

JULIE KLASSEN

En la casa del guarda



Tramas fin
seda



Copyright foto © Farrow Media

Julie Klassen ama todo lo que tiene que ver con Jane —*Jane Eyre* y Jane Austen—. Licenciada por la Universidad de Illionis, trabajó en el mundo editorial durante dieciséis años y ahora se dedica a escribir a tiempo completo. Tres de sus libros: *La institutriz silenciosa*, *En la casa del guarda* y *Fairbourn Hall* han ganado el premio Christy a la mejor novela histórica. *El*

secreto de Pembroke Park ganó el premio Minnesota a la mejor historia de ficción. Julie ha ganado también el premio Midwest y el Christian Retailing Best, y ha resultado finalista en los premios RITA y en los premios ACFW's Carol. Ella y su marido tienen dos hijos y viven en las afueras de St. Paul, Minnesota. Para saber más, visite su página: www.julieklassen.com.



La señorita Mariah Aubrey desaparece tras un escándalo y se esconde en la casa abandonada de un guarda, en los confines de la hacienda de un pariente. Para ganarse la vida y pagar a su leal sirvienta, Mariah se dedica a lo único que sabe hacer: escribir novelas.

El capitán Matthew Bryant, que acaba de volver de la guerra rico y condecorado, alquila una enorme hacienda a un noble empobrecido, decidido a demostrarle a la bella mujer a la que un día amó y lo rechazó que se equivocaba, y de qué manera.

Al visitar la propiedad, descubre la vieja casa de un guarda y le sorprende encontrar en ella a una joven de cuya identidad no sabe nada, ni tampoco de su pasado. Sin embargo, cuanto más sabe de ella más se da cuenta que debe alejarse de allí. Enamorarse de una mujer a la que ha rechazado la buena sociedad no serviría más que para arruinar sus planes. Además, la propia casa alberga sus secretos. ¿Podrán Mariah y el capitán Bryant descubrirlos antes de que el astuto heredero de la propiedad los entierre para siempre?

*En la casa
del guarda*

En la casa del guarda

Título original: *The Girl in the Gatehouse*

Copyright © 2011 by Julie Klassen

Originally published in English under the title:

The Girl in the Gatehouse

by Bethany House Publishers,

a division of Baker Publishing Group,

Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A.

All rights reserved

© de la traducción: Rosa Bachiller

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

28036 Madrid

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdeseda

@librosdeseda

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Maquetación: Rasgo Audaz

Conversión en epub: [Booqlab](#)

Imagen de cubierta: © Jill Battaglia/Arcangel Images

Primera edición digital: julio de 2018

ISBN: 978-84-16973-54-5

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Julie Klassen

*En la casa
del guarda*



*Libros de
seda*

*A Brian,
que ama y perdona.*

*Y en memoria de mi madre, mi más ferviente seguidora,
Loretta «Lori» Theisen.
Junio de 1940 – Agosto de 2010*

«Las puertas del Paraíso se abren
con el perdón mutuo de los pecados».

WILLIAM BLAKE

«Porque estrecha es la puerta,
y angosto el camino que lleva a la vida,
y pocos son los que lo hallan».

JESUCRISTO (MATEO 7:14)

Capítulo 1

«El lugar al que mandarla se convirtió en motivo de tristeza, y fue una difícil decisión».

JANE AUSTEN,
Mansfield Park

Septiembre de 1813

«El fin de la única clase de vida que he conocido», pensó Mariah Aubrey mientras miraba hacia atrás por la ventana del carruaje y veía encogerse las siluetas de su madre y de su hermana. Julia, de diecinueve años, estaba delante, y podía ver como los hombros le subían y bajaban, al compás de los sollozos. El llanto de su hermana le abrasó el corazón. Su madre permanecía detrás, agarrando a Julia del brazo, en gesto de consuelo, de comprensión y, probablemente, también de control. Y allí llegaba su padre, bajando los escalones de Attwood Park. No había salido a despedirla. Bajo ningún concepto iba a «aprobar su vicioso comportamiento, ni a reducir de ninguna manera su deshonra». No obstante, en ese momento rodeó con un brazo a su esposa y con el otro a su hija pequeña, invitándolas a darse la vuelta y conduciéndolas hacia la casa, hacia el único hogar en el que Mariah había habitado durante toda su vida. Y que puede que no volviera a ver jamás.

Dejó de mirar por la ventana. La señorita Dixon, sentada frente a ella,

desvió la mirada de inmediato, centrándola en las correas de su bolso de mano, como si no se hubiera dado cuenta de que estaba llorando.

Mariah se mordió el labio inferior para que dejara de temblar. Pese a que sabía que la pondría enferma, dirigió la vista a la ventana lateral. Miró sin ver hacia el paisaje campestre, ya que lo que de verdad ocupaba su mente eran los acontecimientos que habían tenido lugar durante el último mes. Intentó alejarlos pestañeando varias veces, pero las desgarradoras escenas seguían ahí, incólumes e inalteradas.

—Tenemos por delante un largo viaje, señorita Mariah —dijo Dixon—. ¿Por qué no procura dormir un poco? Así el camino se le hará más corto.

Mariah forzó una sonrisa, asintió y cerró los ojos obedientemente. Dudaba mucho que fuera capaz de dormirse, pero, por lo menos, el hecho de cerrar los ojos le impediría ver la pena dibujada en la cara de la única aliada que le quedaba en el mundo.



Viajaron durante dos días, parando en diversas posadas de carretera para cambiar los caballos, estirar las piernas y comer algo a toda prisa. El segundo día, y ya bastante tarde, Mariah cayó por fin en un sueño exhausto, aunque extremadamente breve, pues un giro brusco del coche la despertó, arrojándola con violencia hacia un lado del asiento.

¿Qué ha pasado? —preguntó tras enderezarse.

Dixon se recolocó el sombrerito que le cubría en parte el pelo rubio, salpicado de algunas mechas grises.

—Creo que el cochero ha tenido que esquivar una oveja —dijo, mientras miraba a través de la ventana el bucólico paisaje, lleno de pastos—. No cabe duda de que estamos en una zona de lo más pastoril.

Mariah se frotó el hombro que se había golpeado y se asomó para mirar por las dos ventanas laterales. Por un lado, vio que el camino seguía un río tranquilo y de aguas cristalinas, y por el otro se extendía un prado ligeramente ondulado, salpicado de ovejas de cara blanca con sus pequeños corderos. El río formaba un meandro justo delante de ellos, que cruzaron por un puente de

pedra, dejando a su izquierda un par de molinos de agua. Entraron en un pueblo de casitas de piedra parda, en el que había posada, botica, un comercio en el que se vendían piedras labradas y una iglesia con campanario, rodeada por el jardín con un prado triangular.

—¿Estamos en Whitmore? —preguntó Mariah.

—Eso espero —suspiró Dixon—. Mis huesos ya han tenido bastante tortura después de aguantar dos días sobre este incomodísimo asiento. —Su antigua niñera aún no había cumplido los cincuenta, pero se quejaba como si fuera bastante mayor de lo que era.

Dejaron atrás el pueblecito y, solo unos minutos más tarde, el carruaje viró otra vez con cierta brusquedad. Mariah miró por la ventana y le dio tiempo a ver la entrada a una hacienda imponente, protegida por una alta valla de piedra y enmarcada por un arco de medio punto que sostenían dos anchas columnas.

Dixon se inclinó hacia la ventana, como una planta de interior busca la luz.

—¿Dónde está la casa del guarda?

—Esta debe de ser la entrada principal —conjeturó Mariah, recordando lo que había leído en la carta de su tía—. La casa del guarda está en una entrada secundaria, que ya no se utiliza.

Mariah apenas podía llegar a comprender aún que ahora se esperaba que viviese por su propia cuenta y solo con la compañía de la señorita Dixon. Su padre había insistido en que, incluso aunque no hubiera ninguna otra joven en la casa que corriera el peligro de ser contaminada por la reputación de Mariah, no permitiría que hiciera ningún daño al vecindario en el que residiera. ¡Qué daño le habían hecho, y le hacían todavía, esas palabras!

El carruaje pasó a través de la puerta de piedra y recorrió un camino circundado por varios acres de terreno bien cuidado: setos recortados, una roaleda y un magnífico estanque. Al final de una curva surgió Windrush Court, un imponente edificio del siglo XVI. La gran mansión de campo, construida en piedra de color pardo claro, se elevaba tres alturas, la última abuhardillada y con ventanas tipo claraboya que interrumpían el tejado, bastante inclinado. Tanto la planta baja como el primer piso estaban salpicados de enormes ventanales.

El carruaje se detuvo ante la casa y dio una sacudida, mientras el mozo de

cuadra se inclinaba para bajar la escalerilla. En ese momento se abrió la puerta principal, pero por las columnas no salió la esperada figura de su tía, sino otra, bastante más extraña. Era un hombre, a primera vista cercano a los sesenta años, vestido con un traje oscuro y sin adornos, que no era el que podría esperarse de un mayordomo o un lacayo, pues no llevaba librea. Había algo poco natural en la forma en la que andaba, como si tuviera un hombro más alto que el otro.

El mozo de cuadra abrió la puerta del carruaje, pero el individuo que se aproximaba lo detuvo, levantando la mano abierta.

—¡Alto! ¡Espere un momento!

Hizo una breve inclinación mirando a Mariah.

—Jeremiah Martin. —Elevó la calva cabeza, con pelo gris en los laterales—. ¿Es usted la señorita Aubrey?

—Sí. ¿No me está esperando mi tía?

—En efecto. Pero debo conducirla a la casa del guarda.

—Muchas gracias. —Mariah dudó un momento—. ¿Podría saludar primero a la señora Prin-Hallsey?

—No, señora. Debo llevarla directamente a la casa del guarda.

¿Así que su tía le había ofrecido un lugar en el que vivir, pero se negaba a recibirla en persona? Mariah lanzó una mirada rápida a Dixon para comprobar la reacción de la testaruda dama, pero en ese momento no dirigía la vista hacia ella. Mantenía la vista fija en el extraño mensajero, o más bien en el garfio que sobresalía en el lugar en el que debería haber estado su mano izquierda.

—Entiendo. —Mariah esperaba que su decepción y su vergüenza quedaran más o menos ocultas tras la sonrisa forzada que intentó dibujar.

Los ojos azules del individuo se quedaron fijos en los suyos durante un momento, pero inmediatamente rehuyeron su mirada.

—Con su permiso, voy a colocarme junto al cochero para dirigir la marcha. Windrush Court es una hacienda muy grande.

Unos momentos después el carruaje volvió a arrancar y rodeó la mansión por la otra esquina.

Mariah volvió la vista para observar el edificio. Las cortinas de una de las ventanas del primer piso, que estaban abiertas, se cerraron rápidamente.

Después, el carruaje torció a la derecha, alejándose de la casa e internándose en un bosque de pinos centenarios y castaños de indias.

Según avanzaban por el tortuoso camino, María no pudo evitar que el corazón se le encogiera por el hecho de que su tía ni siquiera hubiera aparecido para saludarla. Cuando se casó con su tío carnal, «la tía Fran» mostró interés por ella, e incluso la invitó a que la visitara en diversas ocasiones. Aunque nunca se mostró excesivamente cariñosa, su tía sí que fue amable con ella durante su juventud. Todo esto convertía el actual rechazo en algo aún más doloroso.

De manera impulsiva, la joven se inclinó y agarró a su acompañante de la mano.

—Gracias por venir conmigo.

Dixon también se la apretó en respuesta, y de repente los ojos se le pusieron llorosos.

—¿Cómo no iba a hacerlo?

El carruaje pasó frente a la casita del jardinero, junto a la que había una carretilla llena de crisantemos otoñales colocados en macetas, y después dejó a la izquierda un invernadero acristalado. También pudo ver la carpintería: largos troncos, suspendidos entre caballetes, mostraban que el lugar se utilizaba habitualmente. De hecho, un hombre delgado y fibroso que se quitó el sombrero para saludar al paso del carruaje se asomó.

Conforme avanzaban, el bosque se fue haciendo más denso y el camino más estrecho, cubriéndose paulatinamente de arbustos y de hierba allí donde el mantenimiento era insuficiente. Mariah estiró el cuello para intentar distinguir de nuevo la valla de la hacienda, o incluso la casa del guarda.

Y allí estaba.

Alta y estrecha, construida con la típica piedra de Costwood color caramelo. «Tampoco está tan mal», pensó. Se parecía a un castillo en miniatura de dos plantas, adosado a un arco de entrada con verja, y con una torre a cada lado del arco, ambas una planta más altas que la propia casa. A partir de la torreta más alejada y la zona trasera de la propia casa, la alta valla de piedra que circundaba la propiedad formaba una curva y desaparecía en el interior del bosque.

El carruaje se detuvo, y el cochero descendió de nuevo para abrir la puerta. Esta vez, el señor Martin no evitó que salieran. De hecho, toda su atención se centró en su propia bajada del carruaje.

Mariah dio unos pasos para desentumecerse y levantó la mirada para fijarse en el arco, bastante elevado, y en la verja de hierro, adornada con anchas y afiligranadas barras. Estaba claro que, en algún momento, había sido un lugar importante para la hacienda, quizá hasta la entrada y salida principales. Ahora estaba cerrado con una cadena y un enorme candado, ambos oxidados.

Mirándola más a fondo, la propia casa parecía bastante abandonada, con las paredes desconchadas, los cristales de las ventanas borrosos y algunos hasta rotos. El pequeño jardín estaba muy descuidado, inundado por las malas hierbas. Había dos construcciones adyacentes, un pequeño establo y una leñera, absolutamente abandonadas. De la rama de un árbol colgaban un par de cuerdas, de las que pendía un columpio de madera roto en dos partes.

Mariah miró a Dixon, pero ella volvía a tener la mirada clavada en el señor Martin. El hombre avanzó hacia ellas al tiempo que sacaba un gran manojo de llaves del bolsillo, y Dixon se llevó a la nariz un pañuelo perfumado sin molestarse en disimularlo. La verdad es que el hombre desprendía un olor acre bastante intenso. No le pareció que se debiera a la falta de limpieza, sino a otra cosa. Fuera por lo que fuese, Dixon lo desaprobaba por completo, eso estaba claro.

El individuo miró a Mariah con cierta severidad antes de hablar.

—Esta cancela debe permanecer cerrada, salvo en caso de incendio o de alguna otra emergencia grave.

—¿Y se puede saber por qué? —inquirió.

Le picaba la curiosidad.

El hombre elevó el hombro derecho, el del brazo normal, pero el otro también subió, en un remedo de encogimiento de hombros.

—Lleva muchos años sin utilizarse. De hecho, desde que en la carretera cercana a la entrada principal se construyó una cabina de peaje.

La respuesta no terminaba de aportar una explicación para el cierre de la entrada, pero Mariah no insistió.

El señor Martin abrió el cerrojo de la puerta principal y la empujó. Le pasó las llaves y Mariah entró, impaciente por conocer su nueva casa.

Le invadió un rancio olor a humedad mustia, y automáticamente se le cayó el alma a los pies. Pasó a una pequeña cocina, cuya mesa y mostrador de trabajo estaban absolutamente cubiertos de polvo. Dixon levantó una vieja cesta que estaba vuelta del revés sobre el aparador, pero lo único que ocultaba era un montón de deposiciones de ratón. Su pequeña nariz se arrugó visiblemente.

Mariah salió de la cocina y entró en la sala de estar, que daba a la fachada principal. Algo se movió muy deprisa, y no le dio tiempo a descubrir qué era. Al igual que en la cocina, gruesas capas de polvo cubrían un desvencijado sofá y una mecedora. Había marcas de humedad en la pared principal, bajo la ventana, aunque el techo parecía seco; ¡algo era algo! Lo mejor que se podía hacer con las apolilladas cortinas era quemarlas y sustituirlas, aunque quizá pudieran lavarlas y remendarlas, al menos para empezar. Mariah suspiró. Había muchísimo que hacer y, por desgracia, muy pocos fondos para hacerlo.

El señor Martin indicó al mozo de cuadra y al cochero que bajaran los baúles y las maletas del techo y de la parte trasera del carruaje y los llevaran dentro, pero se marchó sin ofrecerse a ayudar. Puede que ni siquiera pudiera hacerlo, dado que le faltaba una mano. O quizá pensara que esa joven desconocida, pariente lejana de su ama, no merecía ningún tipo de esfuerzo por su parte.

Dixon se puso al mando de las operaciones. Ordenó colocar un par de baúles con material de cocina en la pequeña estancia destinada a ese fin, otro con libros y ropa de hogar en la sala de estar y el resto en las habitaciones de arriba.

Dixon y Mariah subieron las estrechas escaleras siguiendo a los hombres. El pasamanos tembló cuando Mariah se atrevió a rozarlo. Encontraron un par de dormitorios, cada uno en el extremo de un angosto pasillo, y una pequeña sala de estar entre ambos.

—¿Cuál prefieres, Dixon? —preguntó Mariah, bastante aliviada al comprobar que los cuartos eran habitables.

—Usted debe quedarse con el más grande, por supuesto. —Pero Dixon

dudó al acercarse a la ventana del susodicho, que daba a la carretera y al bosque. Por encima de las copas de los árboles se divisaba el tejado de un austero edificio con forma de caja. De él surgían tres chimeneas negras, que no dejaban de emitir sendas columnas de un humo gris y denso, que seguramente procedía de la quema de carbón.

—Me temo que la vista no es gran cosa. Si prefiere la otra habitación, no hay problema.

—No te preocupes, Dixon, muchas gracias. ¿Qué crees que es ese edificio?

—No lo sé. Pero cuando sople el viento nos vamos a tragar todo ese humo, y tendremos que limpiar el hollín en toda la casa. —Se dio la vuelta—. Bueno, a trabajar. No creo que esta casa vaya a limpiarse sola.



Durante varios días Mariah y Dixon se dedicaron a limpiar a fondo, a ventilar y a acondicionar la casa del guarda, desde el tejado hasta la planta baja, y desde el ático hasta el sótano. Tuvieron que desalojar unas cuantas criaturas que habían establecido su residencia permanente en la chimenea y que de paso habían dejado montones de excrementos. Esa fue la única razón por la que Dixon no se negó en redondo a la sugerencia de Mariah de que adoptaran al gato que empezó a seguirlas como una sombra mientras metían y sacaban ropa vieja para quemar, o lavar y secar si todavía era salvable.

El cuarto día, Dixon la llamó.

—¡Señorita Mariah! Se acerca un carruaje por el camino.

A Mariah le dio un vuelco el corazón. El carruaje procedía del interior de la hacienda. ¿Quién podría ser? Se acercó corriendo a la ventana de la cocina y pudo ver un magnífico coche, del que tiraban dos alazanes casi exactos. Un lacayo con librea bajó del carruaje, abrió la puerta y le tendió la mano a quien lo ocupaba.

Allí estaba. Su tía, la antigua Francesca Norris, y ahora la señora Prin-Hallsey.

Tenía el pelo distinto a como lo recordaba Mariah. Ahora era gris, como el

de un conejo, recogido en una elegante cofia de la que caían rizos abundantes hasta los hombros. Estaba claro que se trataba de una peluca. La tía Norris nunca había tenido un pelo tan espeso, y el suyo propio era castaño rojizo. Apenas llevaba empolvada la cara, pero sí que tenía oscuras las cejas y las pestañas, lo que hacía que sus ojos pardos parecieran más grandes y profundos. Llevaba un vestido de día color borgoña con toques plateados, rematado por un cuello alto de encaje blanco. Mantuvo la cabeza bien erguida mientras avanzó hacia la puerta de la casa. Mariah se apresuró con la intención de abrirla, pero Dixon la detuvo, agarrándola del brazo con firmeza.

—Déjeme a mí, señorita —dijo con su tono de voz más respetuoso, al tiempo que le quitaba el gorro de trabajo a Mariah que, inmediatamente, se desató el delantal.

Dixon abrió la puerta antes de que Mariah pudiera retirarse al cuarto de estar. Se quedó allí en medio mientras su tía entraba a grandes zancadas en la modesta cocina, actuando como si la casa le perteneciera. Lo cual era cierto, aunque se la hubiera cedido.

—Tía... Quiero decir, señora Prin-Hallsey. Cuánto me alegro de volver a verla. —Mariah arrojó el delantal a la mesa e hizo una reverencia.

—¿De verdad?

—¡Por supuesto! Quizá no tanto... en estas circunstancias, pero sí, me siento feliz de verla.

En la boca pequeña y de labios finos de la mujer se dibujó una mínima sonrisa. Incluyó levemente la cabeza en mudo y elegante reconocimiento a sus palabras y siguió a Mariah al cuarto de estar.

—¿Qué edad tienes ya, Mariah? ¿Veintiuno?

—Veinticuatro.

—¿En serio? —preguntó, alzando las oscuras cejas en gesto de sorpresa—. Bueno. No había calculado bien tu edad, pues ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos. No hace falta que me devuelvas el favor y me preguntes la mía... La verdad es que tienes muy buen aspecto.

—Gracias. Usted también.

Su tía asintió con la cabeza.

—¿Qué tal va la instalación?

—Pues a mí me parece que bastante bien —respondió Mariah—. Le agradezco mucho su generosa oferta de alojamiento.

La señora Prin-Hallsey hizo un gesto con la mano, quitándole importancia.

—Siento no haber podido darte la bienvenida cuando llegaste. Hugh... quiero decir, yo, estaba indispuesta. —Hizo un gesto a dos lacayos que esperaban fuera—. He traído unas cuantas cosas.

Entraron los dos lacayos, ambos vestidos con librea. El primero de ellos llevaba un cofre cuadrado con muchos adornos por fuera.

—Es un cofre que me traje cuando me trasladé a vivir a Windrush Court. Solo tiene unos pocos efectos personales. Me sentiré más a gusto si, por ahora, queda bajo tu techo. Debo decirte que mi relación con el hijo de mi último marido, Hugh, es, como mínimo, difícil. Supongo que lo entiendes.

Mariah no lo entendía, pero se limitó a asentir.

Con un delicado gesto de la mano enguantada, la señora Prin-Hallsey indicó al otro criado que se adelantara.

—Y aquí tienes unas cuantas cosas para ti. —Su tía empezó a sacar objetos de la cesta que sostenía el criado—. Esta lámpara era de mi abuela, y una docena de velas. —Las sacó, sujetas con un cordel de bramante—. También he traído una lata de té y otra de café, y la cocinera ha preparado unas cuantas cosas, ya horneadas. —De nuevo movió la mano para que el lacayo dejara la cesta en la cocina.

—¿Te parece bien que lleven el cofre al ático? —preguntó la señora Prin-Hallsey—. Si no recuerdo mal, en lo alto de la torreta hay espacio, ¿verdad?

—Sí —respondió Mariah, aunque estaba claro que se trataba de una pregunta retórica. Se preguntó cómo es que su tía sabía de la existencia de un ático en la torre, y también por qué extraña razón se habría aventurado a entrar en la casa y explorarla, llevando tanto tiempo abandonada.

El joven criado que llevaba el cofre empezó a subir las escaleras.

—¿Tienes algo más que subir al ático, aprovechando que están aquí mis criados?

Mariah se apresuró a pensarlo.

—Tenemos dos baúles vacíos en el pasillo del primer piso.

—Muy bien. —La señora Prin-Hallsey le hizo una seña con la cabeza al

segundo criado, que se apresuró a subir las escaleras.

Mariah no se sentía a gusto del todo con el hecho de que unos desconocidos se movieran tan libremente por la vivienda que tan rápidamente había empezado a considerar su hogar. De todas formas, le dirigió una sonrisa de agradecimiento a la señora Prin-Hallsey.

—Muchas gracias, tía Fran. —La antigua forma de dirigirse a ella le salió sin que pudiera evitarlo, y la mujer abrió unos ojos asombrados.

—Hacía mucho que nadie se dirigía a mí de esa forma, y la verdad es que tampoco lo echaba de menos. Puedes llamarme... —Lo pensó durante un momento—... tía Francesca. O señora Prin-Hallsey, si lo prefieres.

—¡Por supuesto! Le ruego que me perdone. —Mariah se sintió reprendida, pese a que antes a su tía no le importaba en absoluto que se dirigiera a ella de esa manera—. Y vuelvo a darle las gracias por los regalos.

Una vez más la mujer hizo un elegante gesto de reconocimiento.

—No tiene importancia.

Unos minutos más tarde su tía se había marchado, seguida de su séquito.

Mariah subió las escaleras y le encantó comprobar la cantidad de espacio que había quedado libre al retirar los baúles. Se sorprendió a sí misma mirando por la ventana en dirección al edificio que asomaba entre el follaje dorado del otoño.

El chirrido del pasamanos le anunció la presencia de Dixon.

—Le he preguntado a uno de los criados por el edificio que hay al otro lado de la carretera.

—¡Ah! —dijo Mariah, volviéndose a mirarla—. ¿Y qué has averiguado?

—Que es el asilo para pobres, o casa de caridad, que gestiona la parroquia —contestó la antigua niñera, con la mirada fija en la ventana.

Mariah siguió mirando hacia el oscuro tejado y se estremeció. La casa de caridad, un asilo para pobres... De repente, la casa del guarda no le pareció un destino tan terrible.

Capítulo 2

«Trabaje, señora, trabaje, y sin duda escribirá ese libro; seguro que muchas mujeres que se creen más sabias que usted no han escrito ninguno».

LA DUQUESA DE NEWCASTLE,
autora del siglo XVII

Cinco meses después. Febrero 1814

 El otoño y el invierno habían sido fríos, solitarios y descorazonadores. La señora Prin-Hallsey no había vuelto ninguna otra vez, ni tampoco había invitado a su sobrina a la mansión. El carpintero de la hacienda le contó a Mariah que la señora había estado enferma durante gran parte del mes de diciembre y también en enero. La señorita Dixon también enfermó. Durante varias semanas, que se hicieron interminables, le afectó una fiebre intermitente, y Mariah tuvo que recurrir a prácticamente todo su acopio de fuerzas, y también de fondos, para mantener caliente la habitación de Dixon y para proveer todas sus necesidades. Pese a ello, Dixon no había dejado de tiritar ni de respirar con dificultad. Acudió a la botica del pueblo en busca de remedios, y compró también unos gruesos calcetines de lana y una bufanda, que, según le contaron, habían sido confeccionados por «residentes de Honora House», que era el nombre de la casa de caridad cercana a su propia morada.

Pronto le quedó claro que el estipendio anual que su padre había establecido para ella no resultaría suficiente para el año completo. Se habían

visto obligadas a comprar vidrios para las ventanas y tela para reponer la ropa casera que, por su lamentable estado, no había podido reutilizarse, así como carbón y otros suministros para la casa. Y por ello, los gastos de la botica habían reducido al mínimo la suma restante.

Pero ahora la primavera parecía dar señales de querer llegar más pronto de lo habitual. Solo estaban en febrero, y la nieve se había derretido por completo. En la tierra de los alrededores habían empezado a crecer ruibarbos y azafrán morado, junto a las modestas campanillas de invierno.

Pese a que un tiempo algo menos glacial significaría que iban a requerir menos combustible para calentarse, y a que pronto estarían en condiciones de plantar una pequeña huerta para su abastecimiento propio, la situación económica seguía siendo desesperada. Mariah no dejada de calcular y recalculer las cuentas que, por supuesto, no le cuadraban por mucho que las estudiara. Así que decidió que tenía que hacer algo, y muy pronto. Recordó la famosa frase del almirante Nelson: «Las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas», y supo que era el momento de aplicarla a su propia situación.

Mojó la pluma en el tintero y empezó a escribir una carta a su hermano. Henry Aubrey era unos años mayor que ella y estaba luchando por abrirse camino como abogado en Oxford. No lo había visto desde el verano pasado, pero estaba completamente segura de que su padre le habría advertido de la situación, prohibiéndole que le prestara cualquier tipo de ayuda. No obstante, su petición iba a tener un carácter más profesional que personal, razonó Mariah para sí.

En su carta, Mariah describía su «desesperada» propuesta y le pedía a Henry que la visitara en la casa del guarda de Windrush Court si lo veía factible, o bien que, en caso contrario, le contestara por carta indicándole su negativa. Odiaba la idea de desatar la ira de su padre, o de alejar a Henry de su trabajo, en el caso de que su plan fuera considerado inútil por su hermano.

Dixon, ya muy mejorada, fue a echar la carta al correo.

Durante el resto de la semana, Mariah pasó bastante tiempo recorriendo la casa de un lado a otro, sobre todo el cuarto de estar, mientras Dixon se aplicaba con calma a sus trabajos de costura.

—¿Tú crees que vendrá? —preguntó Mariah por vigésima vez.

—¿Acaso no le has escrito para pedirle que venga? —preguntó a su vez al tiempo que enhebraba un hilo largo en la aguja.

—Sí, claro, pero igual ha hablado con padre, y se lo ha pensado mejor.

—Vendrá —insistió Dixon—. Debes confiar en tu hermano, y también en Dios.

Mariah confiaba en Henry. Pero no lo tenía claro por lo que respectaba a Dios. Ya no.

En mitad de su angustia, el amable jardinero de la hacienda, Albert Phelps, se acercó a la casa con una cesta de bulbos de flores. Tanto él como Jack Strong, a lo largo del otoño y del invierno, habían demostrado ser unos vecinos de lo más amables y serviciales. El señor Phelps era rechoncho y llevaba el pelo muy corto, por lo que parecía que se había echado en él unas abundantes raciones de sal y pimienta. Cada vez que veía a Dixon le brillaban los ojos. Tal reacción divertía bastante a Mariah, pero no así a la recelosa señorita Dixon.

—Ahora parece que no son nada —dijo el señor Phelps—, pero antes de que se den cuenta siquiera, estos gladiolos y estas fresias devolverán la alegría al jardín trasero.

Dixon permaneció silenciosa y rígida, por lo que Mariah fue la que se encargó de dar las gracias al jardinero.

—Si lo desean, yo se las planto. —Miró a Dixon mientras hacía el ofrecimiento, así que esta vez Mariah esperó a que su amiga respondiera. Dixon alzó la barbilla y contestó con frialdad.

—Las agradecemos mucho su ayuda, señor Phelps.

Su cara rojiza se iluminó con una amplia sonrisa.

—Dentro de solo unas semanas traeré una caja de plantas del invernadero que están empezando a crecer allí. Todavía es un poco pronto para eso, pero no para los bulbos.

Mariah se preguntó si algún hombre le habría llevado alguna vez flores, o incluso bulbos, a la señorita Dixon. Por un momento, se olvidó de sus preocupaciones y sonrió.

Ya iba siendo hora.

El sábado por la tarde sonó una llamada en la puerta principal de la casa del guarda, lo cual era extremadamente raro, y Dixon se levantó para ir a abrir. Cuando Mariah vio a Henry de pie en el umbral, se le encogió el corazón y se le hizo un nudo en la garganta sin que pudiera evitarlo. Le apetecía muchísimo correr hacia él y echarle las manos al cuello, pero dudó como nunca lo había hecho antes en su presencia. ¿Se comportaría con ella de un modo frío? ¿Distante? ¿Reprobador?

—¡Mariah! —Sus ojos se iluminaron, llenos de calidez y compasión, y se acercó a grandes zancadas hacia ella. Sus reservas desaparecieron y lo abrazó con fuerza.

—¡Oh, Henry, gracias por venir! Temía que no lo hicieras. No te lo habría reprochado, pero...

—¡Cómo no iba a venir, Rye! Lo he hecho en cuanto he podido.

Mariah observó a su hermano mientras este saludaba a Dixon con mucha amabilidad. Tenía el mismo aspecto de siempre, igual de guapo, aunque puede que su cintura se hubiera vuelto un poco más ancha y que el pelo castaño, exactamente del mismo tono que el suyo propio, se hubiera vuelto algo menos denso.

Una vez que Dixon se hubo excusado discretamente, Mariah posó la mirada en los ojos color avellana de su hermano, exactamente iguales que los de su madre.

—¿Piensas que es una idea ridícula? Por favor, dime la verdad.

—No, en absoluto. Todo lo contrario, creo que es maravillosa. Puede ser la forma de sacar algo bueno de todo este embrollo —afirmó, sentándose en el sofá—. ¿En cuál estás pensando concretamente?

—Pues... en *Las zarzas de Bath*. —Se sentó a su lado—. De forma anónima, por supuesto. La he revisado y editado durante el invierno. Pero también *Las hijas* está casi lista, si es que crees que es mejor.

—Las dos me gustaron mucho. Y también a Julia, te lo aseguro. Mmm... —Se acarició la barbilla mientras pensaba—. Seguramente deberías cambiar los títulos, si no quieres que padre las reconozca.

Su padre detestaba las novelas, pues las consideraba una nefasta influencia sobre las jóvenes impresionables.

—Muy bien pensado —dijo—. No hay ninguna necesidad de darle más motivos de desaprobación.

La mirada de Henry se volvió triste.

—Rye...

Pero Mariah le interrumpió. No quería que sintiera pena por ella, ni tampoco hablar del pasado.

—¿Crees que ese editor que tú conoces podría estar interesado?

Su hermano respiró hondo.

—No tengo la menor idea. Pero le puedo preguntar.

—¿Estás completamente seguro de que no te importa hacer esto? Si padre se enterara...

—Creo que las posibilidades de que ocurra tal cosa son mínimas. —La tomó de la mano—. Y, además, me hace muy feliz poder ayudarte. Me gustaría poder hacer algo más, pero...

—Calla, Henry, lo sé, no hace falta que digas nada. Estoy enormemente agradecida por el solo hecho de que hayas venido. No aceptaría dinero de tu parte ni siquiera aunque pudieras dármelo. De esta manera podrás decir sin mentir que no me has amparado.

Henry se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—Entiendo que no pueda, o no quiera, mantenerte en casa junto a Julia, pero no atender a las necesidades de su propia hija...

—No lo juzgues con dureza —le pidió Mariah, hablando con mucha suavidad—. Sin duda pensaba que la cantidad que me dio me duraría un año entero. Sabes que son madre y Weston los que administran los asuntos financieros de la casa, y llevan haciéndolo muchos años.

—¿No podrías escribirle, explicarle cómo están las cosas y pedirle un poco más?

Le lanzó una mirada afilada.

—¿Lo harías tú?

Henry se estremeció.

—Nunca.

—Seguramente podría haberlo administrado de una manera más eficiente, pero...

En ese momento entró Dixon, llevando una bandeja con café y pastas.

—Ha hecho usted un trabajo extraordinario, señorita Mariah. ¡Ni lo dude! «Ladrillos sin paja», como dice la Sagrada Escritura.

Henry alzó las cejas.

—¿De verdad? —Le dedicó una sonrisa a Mariah y le apretó la mano—. Estoy orgulloso de ti.

—¿Orgulloso? Yo... Gracias, Henry. —Sintió en los ojos la acidez de las lágrimas.

La reacción de su hermana pareció desconcertarle.

—Bueno, a lo que vamos... No eches a perder por mi causa el magnífico aspecto que tienes. —Se puso de pie—. Muchas gracias, Dixon, pero no puedo quedarme más tiempo. Y ahora, ¿dónde está esa obra maestra?

Mariah se puso de pie y se acercó a la mesa de la sala de estar. En ella reescribió el título sobre la primera página, *Un invierno en Bath*, y envolvió el manuscrito con papel marrón y cordel de bramante. Mientras tanto, Dixon le dio a su hermano un puñado de galletas para el viaje de regreso.

Henry se lo agradeció y después miró a su hermana con ojos ilusionados.

Ella dudó, sosteniendo el paquete entre las manos. ¿Y si el editor pensaba que la novela era mala? Había muchas posibilidades de que así fuera. Pero, en cualquier caso, tenía que intentarlo. Finalmente le pasó el grueso paquete.

Henry apreció su peso con las manos.

—¡Pensé que me habías dicho que era una novela, no un diccionario! —dijo, guiñándole el ojo.

Mariah intentó sonreír, pero no lo consiguió.

—Ten cuidado con ella, Henry. Es la única copia del manuscrito final.

—No te preocupes. La cuidaré como si fuera tu primogénito. —Le puso sobre el hombro la mano libre—. ¡Y ahora cuídate, querida! ¡Y termina pronto la segunda!



Una mañana de viernes de finales de febrero, Mariah hizo un descanso y dejó de escribir. Se puso de pie, se acercó a la ventana de su dormitorio, y observó

a dos chicos de la casa de caridad tirando de una cuerda a lo largo de la apenas transitada carretera. Sintió curiosidad y abrió la ventana.

—¡Buenos días, chicos! —saludó—. ¿Qué estáis haciendo con esa cuerda?

—¡Hola, señorita! —George, un muchacho de once años entradito en carnes, la saludó con garbo quitándose la gorra y agitándola—. A cada chica que quiera cruzar le vamos a cobrar un peaje.

Mariah levantó las cejas, bastante sorprendida.

—¿Un peaje en esta carretera? ¿Y de cuánto?

George y su amigo Sam intercambiaron sonrisas pícaras.

—Solo de uno.

—¿Un qué? —insistió Mariah, inclinando a un lado la cabeza.

—Un beso.

Sam, que al contrario que George era muy flaco, rompió a reír y se cubrió la boca con la mano, que por cierto se veía mugrienta. Su amigo lo miró como si fuera tonto.

—Hoy es el Viernes de los Besos, ¿no? —arguyó George.

«¿Ya estamos en esa fecha?», se preguntó Mariah, que lo había olvidado por completo.

—Probablemente sí —dijo—. Pero no creo que haya mucha gente que tenga que cruzar la carretera por aquí.

—Bueno, por lo menos ya hemos besado a todas las chicas de la casa de caridad —dijo George encogiéndose de hombros.

Sam asintió vigorosamente.

George bajó la cabeza y, con la punta del pie, le dio una patadita a una piedra.

—Supongo que no tendrá usted la necesidad de cruzar la carretera, señorita, ¿o sí?

—Pues lo siento, pero no, George —respondió Mariah sonriendo—. Igual tienes suerte algún otro día.

—Igual.

—Y cuando lo haga, ¡aquí estaremos! —exclamó Sam.

Mariah negó con la cabeza, los saludó agitando la mano y cerró la ventana. El Viernes de los Besos. ¡Hacía muchísimo tiempo que no se acordaba de tal

celebración! Era el día en el que los chicos de las escuelas podían besar a cualquier chica que quisieran sin miedo a ser castigados.

Bajó las escaleras para buscar algo de comer. Tenía un poco de hambre, ya que había desayunado poco. Dixon había vuelto a chamuscar las gachas de avena.

No había nadie en la cocina, pero pudo escuchar voces que procedían del jardín trasero.

—¿Pero es que no sabe qué día es hoy, señorita Dixon? —preguntaba el jardinero, con una sonrisa pícaro en la rubicunda cara y cierto brillo en los ojos.

—Sí, viernes.

—Pero no un viernes cualquiera. Es el Viernes de los Besos... y usted sabe perfectamente lo que significa eso.

Dixon puso los brazos en jarras.

—¡Señor Phelps! ¡No es usted un crío en edad escolar! No estará pensando en robarme un beso, ¿verdad?

—Vamos, señorita Dixon... —dijo el jardinero con tono falsamente amenazante—. No me obligue a pellizcarle el trasero...

Dixon puso cara de indignación.

—¡Por favor! No se atreverá...

—Esa es la penalización tradicional para las que no cumplen, ya sabe —dijo el hombre, encogiéndose de hombros.

—Albert Phelps, escúcheme bien: como se le ocurra pellizcarme... lo que sea, ¡va a saber lo que es que le golpeen con esta pala!

—¡Señorita Dixon...! —se lamentó, y en ese momento pareció un crío que había crecido mucho. Como George o Sam, aunque, la verdad, menos adorable.

Mariah reprimió la risa al contemplar las payasadas del jardinero. La verdad es que tenía valor y humor.

—Entonces un simple besito en la mejilla, ¿de acuerdo? —Juntó los dedos índice y pulgar—. ¿Uno pequeñito?

Desde la ventana, Mariah podía ver con claridad a Dixon, con los guantes de plantar, un delantal y un viejo gorro que enmarcaba la huesuda cara y los

ojos azules, bastante prominentes. Parecía enfadada y... algo más. ¿De qué se trataría?

—¡Bueno, de acuerdo! —cedió finalmente la mujer, exhalando un exagerado suspiro de sufrimiento, y ofreciendo la mejilla como un paciente que esperase que le fueran a cortar con un bisturí. Pero el señor Phelps no se lanzó adelante bruscamente, sino que se inclinó con cuidado y estampó un beso suave y lento a Dixon en la mejilla. Durante un buen rato la mujer no se movió. Simplemente se quedó allí de pie, con la cara inclinada hacia un lado y con los ojos... ¡llenos de lágrimas!

—Gra... gracias, señor Phelps —murmuró distraídamente.

—Gracias a usted, señorita Dixon —respondió el jardinero, que estaba resplandeciente, y no pareció notar los ojos acuosos de la mujer. Sacudió el sombrero contra la pierna, se lo caló y se marchó andando deprisa.

Por el camino se encontró con el carpintero, Jack Strong, alto y desgarrado como siempre, que avanzaba en dirección a la casa.

—¡Me ha dado las gracias por besarla! —exclamó.

Se notaba que no cabía en sí de gozo.

Mariah esperaba que Dixon replicara algo, o que refunfuñara acerca del comportamiento infantil del jardinero, pero lo único que hizo fue quitarse los guantes y entrar en la cocina. Parecía aturdida.

—Dixon, ¿te pasa algo? —preguntó Mariah preocupada.

Vio surgir de nuevo las lágrimas en los ojos azules de Dixon.

—¿Quién lo hubiera dicho? Que mi primer beso haya sido así...

Mariah apretó las manos de su amiga.

—Muchas chicas reciben su primer beso tal día como hoy. Yo misma, sin ir más lejos.

Dixon expulsó el aire con un bufido.

—El primero y, sin duda, el último.

—A no ser que el señor Phelps tenga algo que decir al respecto —corrigió Mariah sonriendo.

Dixon cerró los ojos con fuerza y negó con la cabeza.

—¡Viejo loco!

En ese momento sin duda que se estaba refiriendo al jardinero, aunque a

Mariah le dio la impresión de que, en cierto modo, también se adjudicaba a sí misma cierta locura.

Salió para darle las gracias a Jack Strong, que iba a reparar el columpio, y también para preguntarle por su esposa, que era el ama de llaves de la mansión. Después agarró un trozo de queso y subió para seguir revisando su novela, *Las hijas de Brighton*. Se trataba de la historia de dos primas, una muy vivaracha y la otra tímida y casta, que estaban enamoradas del mismo hombre. Volvió a mirar por la ventana, mordisqueando el trozo de queso. George y Sam se habían rendido, o igual habían cambiado de lugar, ya que la carretera estaba vacía. Mariah pensó que igual debería haber concedido un besito a los críos. También habría sido el último para ella.

Capítulo 3

«Querida, tía, mi reputación está completamente a salvo; no obstante, sigo estando extraordinariamente en deuda con usted, debido al enorme escándalo que ha organizado».

The Village Coquette,
novela inglesa anónima, 1822

A la mañana siguiente, tras escuchar que llamaban a la puerta, Mariah dejó la pluma, se levantó del pequeño escritorio de la sala de estar y bajó las escaleras lo más rápido que pudo, esperando encontrar en la puerta a Jack Strong o al señor Phelps.

Pero quien había llamado no era ninguno de los dos, sino Jeremiah Martin, el criado principal de su tía.

Mariah se estremeció. Puede que fuera por sus ojos azules, fríos como el hielo. O por esa extraña deformidad de tener un hombro más elevado que el otro. O por el garfio. O por el temor que le producía su inesperada visita, y las noticias que pudiera traer. No había vuelto a aparecer por la casa del guarda desde el mismísimo día de la llegada de Dixon y ella, el otoño pasado.

—Hola... señor Martin, ¿verdad?

—Con Martin es más que suficiente. —Hizo una mínima inclinación de cabeza, pero hasta ese gesto provocó que su traje negro pareciera a punto de estallar—. La señora le ruega que vaya a la mansión.

—¿Acaso está enferma la señora Prin-Hallsey? —preguntó, francamente

alarmada.

—De eso se trata exactamente, señorita. Si no le importa, acuda a las once, pero no antes.

Se dio la vuelta y se marchó. Sus pasos resultaban extraños y poco naturales, dado que mantenía inmóvil el brazo del garfio, pegado contra su cuerpo.

—Mira que me sorprende que una mujer como su tía se atreva a tener en su casa a un personaje tan siniestro como este —dijo Dixon, que había aparecido de repente junto a ella.

—Sí, es sorprendente, en efecto —coincidió Mariah. Negó con la cabeza y apretó los labios—. ¿Qué podrá querer?



A la hora señalada, Mariah se dirigió a la mansión. Se había puesto uno de sus mejores vestidos, el azul claro de paseo. Subió las escaleras de la gran casa y atravesó el pórtico para llegar a la imponente puerta principal. Solo tuvo que llamar una vez para que se abriera la puerta. Martin, adelantándose al criado, le hizo un gesto invitándola a entrar.

—Dos minutos de retraso.

Mariah se enfadó.

—El camino es más largo de lo que recordaba. Además, solo lo he recorrido una vez, y en carruaje.

Hizo un gesto desdeñoso y la precedió por el enorme vestíbulo, en el que resonaba el eco de sus pisadas. En el extremo había una enorme chimenea de piedra. Mariah miró hacia arriba y contempló un magnífico techo, formado por medallones labrados y adornados con pinturas de frutas, flores, ángeles y pájaros.

Llegaron a la escalera principal. Al pie de la misma había dos enormes retratos, muy formales, iluminados por la luz de un candelabro. El primero era de un hombre de mediana edad, de espeso pelo gris y largas patillas, con los ojos verdes bajos y algo tristes. Junto a él contrastaba el retrato de un joven arrogantemente guapo, de pelo negro y ojos oscuros, que llevaba una joya en

el pañuelo.

—¿Quiénes son, Martin?

—El mayor es el último marido de la señora, el señor Frederick Prin-Hallsey. Y el joven es su hijo, el señorito Hugh.

Mariah asintió y continuó tras Martin escaleras arriba, hasta llegar a un amplio pasillo. Al final del mismo, abrió una puerta panelada y le indicó que entrara. Así lo hizo, y el criado cerró al salir.

Las habitaciones que había visto al avanzar por el pasillo le habían sorprendido, pues estaban vacías de muebles. Sin embargo, esta estaba repleta de pinturas, relojes de suelo y de pared, candelabros y estatuas de todos los tamaños. En medio de todo, Francesca Prin-Hallsey estaba sentada, muy erguida, sobre una cama con dosel perfectamente hecha. Llevaba un vestido de crepé completamente negro con un lazo, y la peluca rizada. La única señal de su situación era una manta que le cubría las piernas.

—¡Ah, Mariah! Muchas gracias por venir. ¿Me va bien el color negro? Yo creo que no, pero como el doctor Gaston dice que dejaré este mundo en breve, tengo que estar preparada. Como puedes ver, aquí la señorita Jones también va de negro. —Indicó con mano lánguida a una mujer de aspecto amable que estaba sentada en una esquina de la cama—. Dice que no le gusta, pero es lo que yo digo: ¿por qué no vamos a disfrutar de las cosas buenas que trae consigo todo el barullo del luto, como por ejemplo la elegancia del color negro, antes de que esté muerta y enterrada?

La señorita Jones negó con la cabeza, compartiendo una sonrisa burlona con Mariah. Llevaba puesto una especie de uniforme algo abombado, que parecía más un hábito, y estaba cosiendo lo que parecían unas bandas negras de luto. Mariah esperaba que no fueran necesarias hasta dentro de mucho tiempo.

Se sentó cerca de la cama en una silla de respaldo recto y duro.

—Pues a mí me parece que tiene buen aspecto, tía.

—¿De verdad? Pues seguro que al doctor «Terror» no le gustaría nada escuchar esa opinión. Ni tampoco a Hugh, me atrevería a decir.

Mariah no supo qué responder.

La señora Prin-Hallsey se estiró los lazos de la peluca.

—¿Qué tal la vida en la casa del guarda?

—Bien. Tranquila.

—¿Aún guardas mi baúl?

—Por supuesto.

—¿Has mirado lo que tiene?

Dudó por un momento.

—Yo... no...

Los ojos de su tía brillaron malévolos.

—¡Ah!, o sea que lo has intentado, pero has visto que está bien cerrado, ¿a que sí? —Tiró de una cadena que le rodeaba el cuello, y le mostró una llave antigua y muy historiada que colgaba de ella.

—Y no lo harás, hasta que esté muerta y enterrada, como decíamos hace un momento. —Volvió a esconder la llave—. Cuando eso ocurra, puedes hacer lo que quieras con mis cosas. Nunca se sabe. Igual encuentras algo de valor, o por lo menos de interés.

Su tía siguió hablando antes de que pudiera darle las gracias.

—Hagas lo que hagas, no se lo digas a Hugh, de ninguna manera. Algunas de mis cosas han desaparecido ya, y yo creo que está vendiendo todo lo que puede para poder pagar sus deudas de juego. Es un muchacho muy retorcido.

Su tía inclinó la cabeza hacia un lado, y por un momento Mariah temió que se le cayera la pesada peluca.

—Recuerdo cuando eras una niña, querida mía. —La miró con intensidad—. Tú y yo tenemos más cosas en común de lo que podrías imaginar.

—¿Y eso?

La señora Prin-Hallsey sonrió de forma críptica y después se inclinó hacia delante.

—Si Hugh te echa de la casa después de que yo muera, llévate mi baúl. Prométemelo.

«¿Lo haría, la echaría?». Mariah tragó saliva.

—Lo prometo.

—Muy bien. Solucionado. —Francesca Prin-Hallsey se apoyó de nuevo sobre los almohadones y cerró los ojos. Mariah entendió que ya debía irse.



Al bajar los escalones de la entrada porticada, Mariah vio a un hombre que se acercaba a la casa desde el establo, andando muy deprisa. Lo reconoció gracias al retrato que había visto en las escaleras. Hugh Prin-Hallsey, hijo único y heredero de Frederick Prin-Hallsey, nacido de su primer matrimonio. Ambos, su padre y su madre, habían fallecido. Aunque seguía siendo guapo (alto, con el pelo negro, las cejas pobladas y patillas), Hugh parecía diez años mayor que en el retrato. Debía de tener entre treinta y cinco y cuarenta años. Llevaba una *blazer* de montar que le sentaba bien, y caminaba rápido, pero con elegancia y porte. Conforme se acercaba pudo distinguir que tenía arrugas junto a los ojos y en las comisuras de los labios. Sonreía con suficiencia.

Le brillaron los ojos, y cuando la miró su expresión era de interés.

—¡Hola! ¿Cómo está? Hugh Prin-Hallsey —dijo, inclinándose—. ¿Y usted es...?

—Soy la señorita Aubrey. Y sé quien es usted.

—¿De verdad que lo sabe? ¿Nos han presentado? Creo que me acordaría de una criatura tan adorable.

—No nos hemos visto antes, pero he visto su retrato en la casa.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué opina? —Expandió el pecho y alzó la barbilla—. ¿Me hace justicia?

Sonrió al ver su cómica exageración.

—Se pagara al artista lo que se le pagase, fue barato.

Alzó una de las pobladas cejas.

—Por lo que veo, la señorita habla por medio de acertijos.

Ella cambió de tema.

—Vengo de visitar a la señora Prin-Hallsey, que no anda muy bien de salud, como supongo que sabe.

Notó que hizo una mueca de enfado, y ella se preguntó si lo que le había dicho le había afectado, como quiso dar a entender.

Pero él rápidamente le dejó claro que no había malinterpretado su gesto.

—Me molesta enormemente que se utilice ese nombre para designar a cualquiera que no sea mi querida madre, Dios la tenga en su gloria. —Suspiró.

—Lo siento. —Mariah no le aclaró si lo sentía por la muerte de su madre o por haber utilizado el nombre.

La mueca inicial se convirtió en un claro gesto de disgusto.

—No me diga que es usted la «supuesta» sobrina.

—Pues eso me temo —contestó, sonriendo a modo de disculpa—. Vivo en la casa del guarda.

—Me he enterado hace poco. Una pena.

Le hubiera gustado preguntarle qué era lo que le hacía sentir pena, pero se contuvo. Él se puso las manos a la espalda.

—¿Y dice que su tía no está muy bien de salud?

—No. De hecho, parece que el médico le ha dicho que no durará mucho.

—Excelente. La primera buena noticia que recibo en lo que va de mes.

Mariah lo miró boquiabierta.

—¡Señor Prin-Hallsey! Eso que ha dicho es muy poco considerado.

—Sin duda. Pero no voy a disculparme, ya que pienso exactamente lo que he dicho. Ella se burlaría muchísimo de mí si lo hiciera. Sabe perfectamente lo que opino de ella, y me atrevo a decir que su opinión sobre mí no es mucho mejor.

Mariah no podía contradecirlo.

—De todas formas, a mí me ha parecido que está bien.

—¡Vaya por Dios! Bueno, ya veremos... —Le lanzó una mirada aviesa—. ¿Cuánto está pagando por vivir en la casa del guarda?

Se quedó mirándolo, otra vez asombrada ante el atrevimiento de la pregunta. Lo cierto era que no pagaba nada.

—Yo... Quiero decir que su... mi tía ha sido muy generosa al permitirme...

—No importa. Hablaré con mi administrador sobre el asunto. Y ahora, debo desearle que pase muy buen día, señorita...

—Aubrey.

—Aubrey... —Frunció el ceño—. He oído ese nombre antes, estoy seguro. Pero me ha dicho que no nos conocemos, ¿no es así?

Negó con la cabeza.

—Bueno, ya me acordaré. Y ahora, por favor, discúlpeme. Tengo que ir a

asegurarme de que esa vieja loca no se ha llevado ninguna otra cosa de mi madre. Buenos días.

—Buenos días —murmuró, aunque él ya subía por las escaleras.

Mariah lo vio desaparecer en el interior de la casa, sin saber qué era lo que debía temer más, si lo que hiciera respecto a la renta en cuanto supiera que no pagaba nada, o si se acordaría de qué le sonaba su nombre.

Capítulo 4

«Me gustaría haber estudiado,
utilizar bien las palabras para escribir a mi amante,
y a todos los hombres: uno no basta».

El cuco, canción inglesa tradicional

ariah dejó la pluma en la boquilla y se levantó.
¡Cling!

El ruidito sonó de nuevo en el cristal de la ventana. Se acercó y se asomó a mirar a través del grueso vidrio. Allí abajo, tal como se esperaba, estaba la cara redonda y expectante de George Barnes. Mientras que los demás niños de la casa de caridad que conocía eran muy delgados, George se mantenía rechoncho. Sus mejillas, habitualmente sonrosadas, se ruborizaban con mucha facilidad; tenía los ojos de color azul claro y el pelo castaño, casi rubio. Llevaba una cómoda prenda de abrigo de *tweed* y bombachos, bastante gastados en general, pero sobre todo en las rodillas.

Levantó el pestillo y abrió la ventana. En ese momento pudo oír el ruido que hacía Dixon trajinando en el jardín delantero.

—¡Oye, chico! ¡Deja ya de hacer eso! ¿Es que quieres romper los cristales? ¿Acaso tienes idea de lo que cuesta hoy en día un vidrio de ventana?

—Perdone, señorita. Solo intentaba que me atendiera.

—¿Y por qué no has llamado a la puerta, como hacen las personas decentes?

Mariah conocía la respuesta a esta pregunta, pero constató complacida que el chico de once años era lo suficientemente inteligente como para no contestar a su pregunta. Estaba seguro de que la señorita Dixon le tiraría de las orejas.

Bueno, señor Barnes, pues aquí me tiene —dijo Mariah—. Supongo que la pelota ha cruzado otra vez la valla, ¿verdad?

—Pues sí, señorita. Lo siento, señorita.

—No te preocupes. Ahora mismo bajo y te la mando.

Se encontró con Dixon al final de las estrechas escaleras. Su antigua niñera le dedicó una mirada de desaprobación.

—Lo está malcriando, señorita Mariah. La dejaría con lo puesto si tuviera la oportunidad.

—No pasa nada. Además, me apetecía estirar las piernas. Llevo demasiado rato sentada. —Mariah vio que llevaba sombrerito de salir y capa—. ¿Adónde va?

Notó una mínima expresión de disculpa en la delgada cara de la única amiga que le quedaba.

—A casa de la señora Watford. Ya sabe, a tomar el té y charlar un poco.

—¡Estupendo! Páselo muy bien.

Desde su recuperación, Dixon había reanudado la costumbre de visitar a sus nuevas amigas de la hacienda y del pueblo. Por su parte, Mariah solo veía a Dixon, al gato, al que había puesto el literario nombre de *Chaucer*, y a los pocos chicos de la casa de caridad que jugaban bajo la ventana, al otro lado de la valla.

Dixon inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Por qué no me acompaña, señorita Mariah? Sería usted más que bienvenida, se lo aseguro. —Sus prominentes ojos azules desbordaban amabilidad, y también bastante pena.

—Gracias, Dixon, pero no. ¿Quieres que termine de preparar la mermelada?

—Pues, si no le importa... Los tarros se están enfriando. Además, para cenar le he preparado un estupendo guiso de pescado.

—Gracias —dijo Mariah, forzando una sonrisa.

Dixon se puso los guantes y cargó con una cesta, cubierta con un paño.

Mariah se preguntó qué le estaría llevando a la pobre señora Watford. Esperaba que no fuera estofado de pescado.

Una vez que Dixon se hubo marchado, Mariah salió por la puerta de la cocina. Una vez fuera, anduvo por la hierba, bastante húmeda, buscando la pelota.

George Barnes estaba al otro lado de la verja, mirándolo todo como un recluso tras las rejas; aunque, en realidad, era ella la que estaba presa, y no el chico.

—¡Está allí! —gritó el chico, señalando con la mano y el dedo extendidos la posición de la pelota—. Debajo de aquel arbusto con flores blancas.

Se agachó para recoger la pelota que estaba bajo el endrino, ya florecido a primeros de marzo. Al darse cuenta de lo usada y estropeada que estaba, habría deseado disponer de un poco de dinero para comprarles a los chicos una pelota nueva.

—Aquí tiene, señor Barnes —dijo, arrojándola por encima de la valla con facilidad. El chico la atrapó al vuelo con una mano.

—¡Buen lanzamiento! —exclamó—. Gracias.

Sí, la verdad es que no lanzaba nada mal. Y también era buena receptora. Después de todo, había crecido junto a dos hermanos mayores, Henry y Richard, al que no veía desde que él y su esposa habían emigrado a la India, ya hacía dos años.

George se volvió y salió corriendo hacia el prado que rodeaba la casa de caridad, para reunirse con el grupo de chicos que le esperaba, todos ansiosos por seguir jugando.

Mariah volvió a la cocina y arrugó la nariz al notar el olor que despedía el guiso de pescado de Dixon. Encima de un mueble había una hogaza de pan que no había fermentado adecuadamente. La señorita Dixon tenía muchas cualidades admirables: era leal, inteligente, trabajadora y sincera. Pero también era completamente incapaz de cocinar algo mínimamente apetitoso. Lo cual no era de sorprender, o al menos eso suponía Mariah, pues había sido contratada para el servicio de los Aubrey como niñera y gobernanta, y jamás había pisado la cocina excepto para comer o transportar alguna bandeja. Para Mariah y Julia, cuando eran pequeñas, siempre fue la niñera Dixon. Se

entristeció mucho al pensar en ello. ¡Cómo echaba de menos a su hermana!

Suspiró y se sirvió una pequeña ración del guiso en un plato hondo. Le costó bastante cortar un trozo comestible de pan, y finalmente se sentó sola a la mesa de la cocina. Inclino la cabeza y rezó para sí: «Agradezco de verdad disponer de alimento y refugio, y también de la compañía de Dixon». Mientras rezaba se sintió rara e incómoda, como si hablara con un amigo del que se hubiera separado hacía tiempo, y al que no había tratado nada bien.

Su gato de seis dedos, *Chaucer*, se acercó y se apretó contra sus tobillos. Ese animalito perdido que tenía un dedo de más se había ganado la manutención y el alojamiento cazando concienzudamente, durante el otoño y el invierno, todos los ratones de la casa, desde el ático hasta el sótano. Pero ahora que la primavera estaba a punto de llegar, pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa, y de vez en cuando dejaba sus pequeñas víctimas en el umbral de la puerta.

Mariah dejó el plato en el suelo, todavía con algunos restos del guiso.

—Toma, pedigüeño. Ni se te ocurra decírselo a Dixon, porque te quedarías sin casa de inmediato.

Pero el gato, cuyo pelo era de color gris, alternando el claro y el oscuro, olfateó el plato, alzó la cabeza displicentemente y se alejó, sin tocar siquiera las espinas del pescado y los restos de patatas.

Mariah se levantó, se puso el delantal y lavó los platos. Después, y para evitar que cayera algún pelo en la mermelada, se colocó el gorro blanco de cocina. Cortó dos pequeñas láminas de papel de cocinar, las frotó con aceite y claras de huevo batidas y cubrió los tarros con él.

El ruibarbo, por su sabor amargo, no era del gusto de todo el mundo, y Mariah lo sabía. Se consideraba fundamentalmente una planta de uso medicinal. Teniendo en cuenta la reciente enfermedad de Dixon, María pensó que sería una buena idea guardar todo el que pudiera de los arbustos que habían crecido junto al establo. Ella prefería la mermelada de fresa, o de frambuesa, pero esas frutas no crecerían hasta junio y julio respectivamente. La semana anterior, Dixon había ido al mercado del pueblo y había comprado a precio de saldo un cesto de naranjas de importación a punto de pasarse. Con ellas, con unos pocos limones, que estaban a un precio desorbitado, y con

azúcar, habían fabricado mermelada. Los tarros descansaban orgullosamente sobre las estanterías de la cocina. Una vez que hubo cubierto el último tarro, Mariah echó un vistazo a la ventana de la cocina, dándose cuenta de la oscuridad que reinaba, y eso que, ya en marzo, los días se iban haciendo más largos. Se acercaba una tormenta. ¿Se habría llevado Dixon un paraguas?

Escuchó el repentino sonido de un trueno, y Mariah brincó del susto. Se limpió las manos en el delantal y echó un vistazo al oscuro cielo, al tiempo que sus sentimientos también se oscurecían.



Puede que fuera la tormenta que se aproximaba lo que hizo que se rindiera. O el hecho de que Dixon se había marchado y la había dejado sola en la casa del guarda. Así, no habría ningún testigo de su debilidad.

O quizá fuera porque su ánimo estaba tan hundido como Venus en el cielo de la mañana, cosa que le pasaba de vez en cuando, y las vivencias del pasado se apoderaban de ella. Cada recuerdo le hacía tanto daño como una aguja que se le clavara en la piel, y el dolor le llegaba hasta el cerebro. «¡Cómo pude ser tan boba? ¡Chica ignorante y estúpida!» En esos momentos, las dudas y el desánimo la invadían, creciendo como las olas durante una tempestad del mar del Norte, y amenazando con destruir por completo su estoica fachada. ¿Acaso estaba embrujada, y simplemente se había imaginado lo que había ocurrido? Seguro que no. ¿No le había dado todas las pruebas posibles de que su amor era verdadero? ¿De su futuro juntos? ¿Sería verdad lo que le dijo al final, insistiendo mucho, que ella le había malinterpretado por completo?

Una vez más, necesitaba asegurarse de que su amorío no había sido la mera ilusión de una joven desesperada.

La prueba de ello estaba en el ático, en las profundidades de su baúl, allá donde Dixon no subía para limpiar, pues el ático solo lo utilizaban para guardar los baúles. Ella misma tampoco subía hasta allí, pues no quería consumir los días, la vida, con arrepentimientos inútiles. Habrían pasado muchos meses más sin que lo hiciera, sin subir las empinadas escaleras que conducían al ático de la torreta, resistiendo incluso la curiosidad que la

embargaba por conocer el contenido del baúl que su tía le había confiado aquella oscura tarde de pleno invierno. Solo había subido una vez para ver si era capaz de abrirlo, pero no pudo. Ni siquiera en ese momento había abierto su propio baúl, ni había releído las cartas. La mayor parte de los días se sentía lo suficientemente fuerte como para no hacerlo.

Pero no hoy. No esa tarde, con la casa vacía, una casa de guarda vieja y destartada, muy lejos del hogar, de la familia, a merced de la lluvia y del viento racheado que golpeaban con fuerza los cristales de las ventanas, ampliando su sensación de pérdida y soledad hasta extremos casi insoportables.

Encendió la lámpara de mano más potente, la que le había regalado su tía, y subió las escaleras a su luz.

La llama se movía y vacilaba, produciendo sombras temblorosas en la estrecha escalera que conducía desde el pasillo de la habitación de Dixon hasta el ático. Los viejos escalones de madera crujían a su paso, y la puerta chirrió al abrirse. Dentro, el viento golpeaba las paredes con violencia y silbaba entre las grietas de la solitaria y estrecha ventana. Fuera se producían de vez en cuando destellos luminosos e instantáneos, que iluminaban la habitación, húmeda y mohosa, atestada con los baúles de Dixon y el suyo propio, el adornado cofre de su tía y algunos restos de mobiliario, rotos e inservibles.

Sacó del bolsillo del delantal un trapo viejo para limpiar el suelo, se puso de rodillas delante de su baúl y levantó la pesada tapa. Dejó a un lado un montón de papeles arrugados y un paquete envuelto en tela de tisú, el que contenía el echarpe de su abuela, demasiado delicado para llevarlo puesto, y a la vez demasiado querido como para abandonarlo. Debajo había dos sombrereras apiladas. En una de ellas había un sombrero, como se podía esperar. Era una prenda muy adecuada para la primavera, lleno de flores y de cintas, y también para una chica joven y dada a flirtear durante la temporada, como había sido ella no hacía mucho. Solo con abrir la caja y echar un vistazo, se habría sentido transportada a aquellos días, al último día que lo había llevado. Probablemente no se lo volvería a poner nunca más.

Dejó a un lado la primera sombrerera y sacó la otra. Se sentó en el suelo y

colocó la caja encima de las piernas. Levantó la tapa y la colocó cerca de ella, al alcance de la mano, y también un cuento para niños, que se había guardado como recuerdo de aquellos tiempos felices. Y también para esconder lo que había debajo.

Al contrario que otras, esta vez no le temblaron los dedos al deshacer el nudo de la cinta que ataba un montón de cartas. No obstante, el corazón sí que empezó a latir más deprisa. Sintió una opresión en el estómago, como la que siente una niña después de haber tomado demasiadas golosinas, y quizá como anticipo de las náuseas por venir.

Sacó la primera carta del montón y la desdobló. Estaba embargada de emoción. ¿Encontraría allí el consuelo que buscaba? ¿O había puesto demasiado empeño en leer entre líneas para encontrar el significado que deseaba, pero que realmente no existía? Agarró la lámpara con una mano, y sostuvo la carta temblorosamente con la otra.

Mi querida niña:

No sabes lo que siento tener que decirte que me va a resultar imposible regresar a tiempo para acudir al baile de los Weston, pese a que esperaba poder hacerlo. Mi padre insiste en que el periplo europeo no estaría completo sin permanecer al menos una quincena en Roma. Y como es él quien paga el viaje, está claro que mi deber es cumplir sus deseos. Pero estaremos juntos muy pronto, y ni el deber ni la distancia podrán volver a separarnos.

De momento, el bucle de tu pelo que guardo como un tesoro, y mis recuerdos de ti, producen en mi corazón una mezcla de paz y tormento...

La casa del guarda se vio inundada por un gran ruido, lo suficientemente fuerte como para ser oído por encima del que producían el viento y la lluvia. A Mariah le dio un vuelco el corazón. Dejó caer la carta, como una chiquilla a la que sorprenden en falta. ¿Quién estaría llamando en ese momento precisamente? Dixon tenía llave.

Dobló la carta a toda prisa y la colocó con las demás en el paquete, que ató con rapidez. Lo volvió a guardar en la sombrerera, puso encima los demás objetos y la cerró con la tapa. Le temblaban los dedos mientras volvía a dejarlo todo en su sitio y cerraba el baúl.

¡Bang, Bang, Bang!

Se le subió el estómago a la garganta.

¿Quién podía estar fuera en una noche como esa? Se tratara de quien se tratase, sus intenciones no podían ser buenas. «¡Dios mío, permite que Dixon se encuentre bien, que no haya recaído! Y que no le haya pasado nada a Henry...».

¡Bang, Bang, Bang!

—¡Voy, voy!

Limpiándose las manos en el delantal, Mariah bajó corriendo las escaleras y atravesó el cuarto de estar, llevando la lámpara en la mano. Dudó sobre si debía o no abrir la puerta principal. Tanto los Strong como el señor Phelps se presentaban siempre en la puerta de la cocina. Y Henry no se acercaría tan tarde. La hora tardía y la oscuridad que reinaba fuera hizo que durara aún más. ¿Sería una buena idea abrirle la puerta a una persona desconocida?

Una nueva ronda de fuertes golpes en la puerta hizo que se enfadara de verdad, así que abrió la puerta mínimamente y habló con igual brusquedad a la que utilizaría Dixon.

—¡Tampoco hace falta que destroce la puerta a golpes!

Se quedó helada. Notó el pulso batiéndole los oídos, casi con la misma potencia con la que habían llamado a la puerta. El cerebro le lanzó una urgente señal de peligro al ver a un hombre con tricornio y una levita verde. Alto, imponente, ceñudo. Un extraño. ¿Un extraño llamando a su puerta por la noche? Luchó contra el deseo imperioso de cerrarla de golpe. ¡Ojalá hubiera regresado ya Dixon!

Elevó la lámpara para poder verle la cara. Observó que hacía una mueca de dolor... y que tenía una herida en la cara, que parecía un tajo. Abrió la puerta unos centímetros más.

—¿Sí? —preguntó, y le pareció que la voz le había salido tímida, poco decidida. Levantó los hombros con decisión, para no parecer asustada. El visitante no tenía por qué saber que estaba sola.

El hombre hizo un nuevo gesto, aunque no supo si era por el dolor o para librarse del agua de los ojos.

—¿Está en casa su señor?

Dudó mientras le invadían un cúmulo de reacciones, entre ellas enfado, afrenta y alarma, aunque todas de forma intensa y equivalente. ¡Había pensado que era una sirvienta! Tras reflexionar durante un momento acerca de su atuendo, se dio cuenta de que era normal que hubiera llegado a tal conclusión. Llevaba una cofia y un vestido viejo, que era el que se ponía cuando ayudaba a Dixon en las tareas de limpieza y, para rematar, un delantal bastante sucio.

Además, por mucho que le apeteciera replicar con aspereza que no tenía ningún señor y que tampoco era una criada, temió dejarle claro que no había ningún hombre en la casa, ni tampoco ninguna otra mujer, por cierto.

—¿Qué necesita? —preguntó escuetamente.

—Me he caído del caballo. Creo que anda perdido en esa arboleda de ahí delante, y no soy capaz de encontrarlo. Temo que pueda hacerse daño, está muy asustado por la tormenta.

Mariah asintió. Se trataba de una llamada de ayuda. Y jamás había sido capaz de resistirse a eso.

—Un momento.

No lo invitó a entrar. Por el contrario, cerró rápidamente la puerta y agarró un impermeable de hule de una de las perchas. Corrió a la cocina y se metió varias cosas en los bolsillos. Después se detuvo para encender un farol protegido por vidrios y volvió a la puerta principal. Abrió la puerta y sobrepasó rápidamente al hombre, sin dejar que transformara en palabras la protesta de su gesto. El sombrero, aplastado por el agua, no le permitió ver sus facciones. Parecía tener unos treinta años, pero, más allá de esa vaga impresión, no pudo hacerse ninguna otra idea.

Con el farol en alto, corrió bajo la lluvia en dirección a la arboleda. ¡Cómo le habría gustado tener su propia yegua, *Lady*! Pero incluso aunque su padre se lo hubiera permitido, no habría tenido dinero para atender a su mantenimiento.

Miró un momento hacia atrás y vio que el hombre la seguía como podía, cojeando y con expresión atribulada.

—¡Dios sabe dónde puede estar ya! —musitó.

Tenía toda la razón. A esas alturas, un caballo asustado por la luz de los relámpagos podía haber recorrido medio condado si hubiera salido a todo

galope. O haber tropezado con algún obstáculo, o caído en un socavón y haberse roto una pata. Tenían que darse prisa.

—¿Vive usted cerca de aquí? —le preguntó.

Si así fuera, pudiera ser que el caballo hubiera intentado regresar a la zona que conocía, probablemente un establo cálido y seguro, si no tenía un jinete que lo dirigiera. El que el hombre fuera un extraño para ella no tenía por qué significar que no viviera en las cercanías. Ella apenas había salido de la hacienda vallada y tampoco la había acompañado en sus compras al pueblo; solo había ido a comprar durante el tiempo que se había prolongado la enfermedad de Dixon.

—No. Estaba de camino a Bourton cuando, eh..., sufrí el percance.

Tras avanzar varios pasos entre los árboles, pudo ver al caballo, de color blanco inmaculado, al borde del prado. Al parecer una de las riendas se había enganchado en los arbustos, o en las ramas bajas. Antes de que pudiera dar gracias a la Providencia por la suerte de que estuviera tan cerca, el estampido de un trueno la sobresaltó. El animal se asustó, tiró de la rienda, soltándola de su sujeción y salió corriendo por el prado abierto, aunque se detuvo a escasa distancia.

—Sígame —dijo en voz baja.

Se acercó andando muy despacio, con el brazo extendido y la palma hacia arriba. El caballo volvió la cabeza hacia ellos y dudó, pero se quedó quieto. Lograron acercarse a unos seis metros del tembloroso animal.

—Llámelo con suavidad —le apremió.

—¿Y qué digo? —preguntó el hombre, dudando.

—Simplemente llámelo por su nombre.

Como no decía nada, se volvió a mirarlo. Sorprendentemente, parecía azorado. ¿Sería posible que tuviera miedo de su propio caballo?

—No recuerdo su nombre —dijo avergonzado—. Acabo de comprarlo.

Mariah suspiró, le pasó el farol y se aproximó al caballo con mucha cautela, metiendo la mano en el bolsillo según avanzaba.

—¿Ha traído usted una cuerda? —preguntó él en un susurro perfectamente audible.

—No, ¿y usted? —replicó enfadada.

Al fin y al cabo, era su caballo.

Pero lo que sí que llevaba eran dos cosas mucho más útiles en estas circunstancias: unos terrones de azúcar y una zanahoria. Paso a paso, susurrando palabras dulcemente y mostrando la zanahoria, consiguió que el caballo permitiera que se acercase. Logró agarrar una de las riendas sueltas mientras el animal olía la zanahoria y parecía calmarse un poco. Dejó que mordiera el extremo antes de agacharse a recoger la otra rienda y que se diera cuenta de que estaba atrapado. Pero, en todo caso, el caballo pareció sentirse tranquilo al notar que de nuevo lo dirigía alguien. Dándose cuenta de que le resultaría difícil seguir masticando la zanahoria con el bocado puesto, lo que hizo fue darle un terrón de azúcar como recompensa.

Sonó otro trueno que, naturalmente, asustó al animal, pero Mariah fue capaz de sujetar las riendas, al tiempo que murmuraba palabras suaves.

—Shh... tranquilo. Todo va bien. Ya estás a salvo.

El hombre avanzó y se puso a su altura.

—Acabo de recordar cómo se llama: *Storm*.

«¡Qué adecuado!», pensó Mariah.¹

Lo condujeron juntos por el prado hasta la carretera y enseguida llegaron a la casa del guarda. Aunque seguía lloviendo, lo hacía con mucha menos intensidad. A María le habría gustado mucho poder abrir la verja para que el agotado caballo pudiera refugiarse en el establo, por precaria que fuera la situación del equino. Pero no le pareció que la situación pudiera calificarse de «emergencia grave», tal como advirtió Martin el día que llegaron.

—Deberíamos mirarlo a la luz de la lámpara, para asegurarnos de que no tiene alguna herida o lesión grave.

Ató las riendas a la verja, colocó la lámpara cerca y empezó a pasar los dedos, aún machados de tinta, por las blanquísimas patas del caballo. Después le miró las pezuñas. Mientras se inclinaba para mirar, vio que los pantalones del extraño, también blancos, que asomaban bajo su abrigo y por encima de las botas, estaban manchados de barro y de sangre.

—Parece que está bien —afirmó Mariah—. Pero me da la impresión de que no se puede decir lo mismo por lo que a usted respecta. ¿Cómo tiene la pierna? ¿Me acerco a la botica? Puedo ir a caballo.

—No se preocupe. Solo es un rasguño.

Lo dudaba, pero tampoco tenía ningunas ganas de ir cabalgando hasta el pueblo en medio de la noche.

—Casi ha dejado de llover —constató—. De todas maneras, debería permitir que descansara antes de seguir viaje a Bourton.

Se abrió la puerta principal, por la que apareció Dixon llevando una vela, que se apagó inmediatamente debido al húmedo viento.

—¡Ah, está usted aquí, señorita! Me he puesto histérica al encontrar la casa vacía. ¡Oh! —Dejó de hablar y miró la escena con ojos asombrados—. ¿Quién es ese hombre, si puede saberse?

Mariah siguió la mirada de Dixon, fija en el alto individuo que ahora estaba al otro lado del caballo.

—Pues... a decir verdad, no tengo la menor idea.

—Les ruego que me perdonen. —El hombre se despojó de su sombrero de tres picos, y en ese momento se dio cuenta de que se correspondía con el de un oficial de la Armada. El hombre inclinó la cabeza brevemente, de modo que su pelo, denso, moreno y rizado, le cayó sobre las cejas—. Soy el capitán Matthew Bryant. A su servicio. Y estoy en deuda con usted.

Dixon alzó las finas cejas con gesto de genuina sorpresa.

—Lo único que he hecho ha sido ayudar al... capitán Bryant a encontrar a su caballo, que se había perdido debido a la tormenta —le explicó a su amiga.

Después volvió la cara hacia el hombre y se dio cuenta de que tenía un rostro atractivo, con la nariz recta y los pómulos bien marcados.

—¿Quiere pasar dentro, capitán, y calentarse un poco al fuego? Me temo que no tenemos demasiado que ofrecerle por lo que se refiere a comida o refresco, pero...

—Hay mucho guiso de pescado —dijo Dixon frunciendo el ceño.

Para alivio de Mariah, el capitán declinó el ofrecimiento con mucha educación.

—Muchísimas gracias, pero no voy a abusar más de su tiempo y de su amabilidad. No creo que Bourton esté demasiado lejos, ¿o me equivoco?

—No. A poco más de kilómetro y medio, por esta misma carretera.

—Excelente. Una vez más, le doy las gracias por su ayuda... señorita —

dijo, recalcando la palabra. Sin duda se había dado cuenta del tratamiento hacia ella que había utilizado Dixon—. Tal vez algún día pueda compensarle la inestimable ayuda que me ha prestado.

1 Nota del Trad.: La palabra *Storm* significa «Tormenta».

Capítulo 5

«La verdad se asienta en los labios de los muertos».

MATTHEW ARNOLD

A la mañana siguiente volvieron a llamar a la puerta con insistencia. Con algo menos de intensidad que la noche anterior, pero Mariah se sobresaltó de nuevo. ¿Habría vuelto el capitán Bryant, para averiguar su nombre y reiterarle su agradecimiento?

«¡Tontorrón!» se riñó a sí misma. Dejó la pluma sobre el escritorio, se levantó, salió rápidamente del cuarto de estar de la primera planta y bajó por las escaleras. En cualquier caso, no estaba tan asustada y nerviosa como durante la tormenta.

La llamada no se estaba produciendo en la puerta principal, sino en la de la cocina. Y no era el capitán Bryant el que llamaba, sino Martin, el siniestro criado manco de su tía.

—Ella requiere de nuevo su presencia, señorita Aubrey. Sería mejor que se diera toda la prisa posible. —Su expresión era de profundo desaliento.

Mariah se limitó a echarse por los hombros un ligero chal, que la protegiera de la por otra parte agradable brisa de marzo, y le siguió por el camino. Aunque era casi igual de alta que él, le costó seguir su ritmo, extremadamente rápido.

Cuando Mariah entró en la habitación de la señora Prin-Hallsey, que seguía completamente abarrotada de muebles, tuvo que rodear una silla de

ruedas que no había visto en su anterior visita. Desde el borde de la cama pudo notar que la piel de su tía estaba pálida como la cera, y que sus ojos apenas lograban fijarse en nada ni en nadie. Hasta que se encontraron con los de ella. La señora le hizo un gesto a la señorita Jones, que se acercó inmediatamente para ayudarla a incorporarse, de modo que quedara apoyada sobre los almohadones. No llevaba la peluca, sino un gorro con adornos, del que sobresalían algunas mechadas de color castaño y gris.

—Mariah. —Su voz era débil.

—Señora Prin-Hallsey —contestó, acercándose.

—No utilices ese nombre —dijo, negando con la cabeza.

—Francesca.

—No, tampoco. Usa ese por el que me llamabas de pequeña... —dijo, negando de nuevo con el gesto.

—Tía Fran... —Mariah no pudo evitar que las lágrimas le corrieran por las mejillas, ni que le temblara la voz.

La mujer cerró los ojos, como si quisiera disfrutar de las palabras. Mariah interpretó que deseaba que las repitiera y así lo hizo. Una sonrisa, muy tenue, alegró mínimamente la sombría expresión de la mujer.

Fran Prin-Hallsey aceptó el vaso con un líquido turbio que le acercó a los labios la señorita Jones, que después se los limpió con un pañuelo inmaculadamente blanco. Abrió los ojos y los fijó de nuevo en Mariah.

—¿Recuerdas aquellos poemas y las obritas de teatro que escribías para que se representaran en Navidad y Reyes?

El corazón de Mariah se llenó de ternura y calidez.

—Sí, claro. Pero me sorprende que usted se acuerde también.

—Siempre fuiste una niña muy creativa. Escribías, actuabas... —Otra sombra de sonrisa cruzó su cara—. A mí también me gustaba poner un poco de teatro en mi vida, ya lo sabes.

Hizo un gesto con el dedo para que se acercara, y Mariah obedeció, inclinándose hacia su tía.

—Acércate más.

Se acercó unos pasos y se inclinó hasta poner la cabeza prácticamente a la altura de la boca de su tía, de forma que pudiera susurrarle al oído. La mujer

se llevó la mano temblorosa al pecho y sacó la cadena de la que colgaba la llave. La señorita Jones la ayudó a sacarse la cadena por la cabeza. La mujer la recogió con manos que parecían de granito y se la colocó a Mariah, que seguía con la cabeza inclinada. Le temblaron las manos por el esfuerzo realizado.

Bajo la mirada atenta de la mujer, Mariah introdujo la llave bajo el corpiño. Se alegró de no haberse puesto ese día un cuello alto.

En ese preciso momento se oyó un golpe brusco en la puerta de la habitación, y Mariah se volvió para ver quién era la persona que entraba con tan poca delicadeza. Era Hugh Prin-Hallsey, que se había quedado en el umbral, con la cabeza erguida y ojos alerta.

—¿Qué es lo que le ha dado? Espero que nada que perteneciera a mi madre.

Mariah tragó saliva.

—No, señor.

—No te inquietes, Hugh —dijo Francesca lánguidamente—. Solo se trata de una cadena que me regaló mi primer marido. Su valor es puramente sentimental. A Mariah le gustaba mucho de pequeña, y pensé que le agradaría tenerla.

Era mentira. Todo. Pero Mariah ni se le ocurrió negarlo, en absoluto.

Hugh mantuvo la mirada durante un momento y, casi inmediatamente después, giró sobre sus talones y se marchó de la estancia.

—Cree que tengo un tesoro por ahí escondido —susurró su tía.

—¿Y por qué lo piensa? —dijo Mariah, riendo entre dientes.

—Le he dado alguna que otra pista falsa. —En los ojos de Francesca brilló un destello de burla—. Para atormentarlo.

—¿Tiene usted un tesoro? —preguntó Mariah.

Su tía se encogió de hombros mínimamente.

—¿No lo tenemos todos?



Dos días más tarde, Jack Strong se acercó a la casa portando la triste noticia:

la señora Prin-Hallsey había fallecido durante la noche. A Mariah le sorprendió la sombra de pena y luto que la invadió. Pero se sorprendió todavía más cuando Hugh Prin-Hallsey apareció en la casa unos días antes del funeral, con un brazalete negro en mitad de la manga.

—Sí, ya sé. Muy hipócrita por mi parte, sin duda. Pero lo exigen las convenciones sociales. —Se encogió de hombros—. La verdad es que no era mala la vieja, pero no tenía que haberse casado con mi padre, no le correspondía. No puedo decir que me apene su muerte, pero tampoco la deseaba. Bueno... puede que sí que la deseara, pero lo que le puedo asegurar es que no hice nada para acelerarla.

—Qué... amable —dijo Mariah, sin esforzarse en absoluto en ocultar su sarcasmo.

—Y aquí está usted, señorita Aubrey, toda vestida de negro. Con un vestido viejo y horroroso, debo decir. No es nada adecuado para usted.

—Tengo que darle la razón, sin duda. Pero es el único que tengo para llevar luto.

—Bueno, en todo caso le ruego que no se acerque a la mansión con ese aspecto. Voy a enseñar la hacienda a posibles arrendatarios y no quiero que la vean a usted así y piensen que el sitio está embrujado.

No notó animadversión ni rencor en el modo de pronunciar las palabras; de hecho, y a pesar de sí misma, hasta le hizo algo de gracia lo que acababa de decir.

—A no ser que piense que eso le daría al lugar un cierto y atractivo toque gótico, ahora tan de moda. ¿Era eso lo que pretendía, señorita? —dijo él, esbozando una sonrisa.

Estaba a punto de devolver la sonrisa y la broma cuando cayó en que había pronunciado la palabra «arrendatarios».

—¿Arrendatarios? ¿No tiene usted intención de vender Windrush Court?

—No, no pienso en venderla. Al menos por ahora. Pero con la casa de Londres, a esta enorme hacienda no le puedo sacar excesivo partido. Por otro lado, necesito ingresos.

—Ya veo.

—Y a propósito de eso. Mi administrador me ha dicho que no paga usted

ni un penique por vivir en la casa del guarda. Y quiero reorientar esa situación. No es nada personal, querida señorita Aubrey, entiéndame. Yo diría que es usted un buen adorno para la hacienda y que mi intención es permitirle que lo siga siendo, pero, por favor, sin vestir de negro —dijo, estremeciéndose de forma muy teatral.

—Eso puede cambiarse —dijo sumisamente.

Él levantó una de sus oscuras cejas.

—¿Lo haría, señorita Aubrey? ¿Señorita Mariah Aubrey, de Milton? Porque yo estaba hablando de algo más que cambiar de vestido.

Ahora fue Mariah la que se estremeció, pero en su caso de verdad, y hasta los huesos.



El capitán Matthew Bryant siguió a un criado vestido con librea a través del amplísimo vestíbulo de Windrush Court. El eco de la estancia devolvía, multiplicado, el sonido de sus botas. La altura del techo era desde luego desmesurada. Mientras andaba, se preguntaba si realmente era posible que fuera este su primer día en la zona.

Había ido primero a Wesley Park, más allá de Bourton, el día posterior a su caída del caballo. Pero lord Wesley se había negado en redondo a vender, o ni tan siquiera a alquilar su propiedad, a un simple capitán de navío, musitando quejas sobre el hecho de que la Armada Británica «permitiera a hombres de baja cuna conseguir distinciones tan poco naturales para ellos». Matthew aún se enfurecía solo de pensarlo.

No obstante, por lo que había escuchado, Hugh Prin-Hallsey no compartía esos prejuicios. Había hecho saber por toda la zona, e incluso en Londres, que tenía intención de alquilar su hogar familiar. Corría el rumor de que necesitaba dinero, y lo cierto era que Matthew lo tenía, aunque fuera un simple capitán de barco, eso sí, militar. Ya se había reunido con el administrador de Prin-Hallsey. Esperaba que la reunión que iba a producirse terminara de cerrar el trato.

El criado abrió una puerta que daba paso a una extraordinaria biblioteca,

llena de estanterías.

—El capitán Bryant —anunció el criado, y se marchó inmediatamente.

Un caballero unos seis o siete años mayor que él estaba sentado a la imponente mesa de escritorio. Tenía el pelo casi negro, y sus rasgos revelaban ciertos síntomas iniciales de disipación. Se puso en pie de inmediato.

—Hugh Prin-Hallsey. Bienvenido, capitán.

Se dieron un apretón de manos, y Prin-Hallsey repasó con la mirada la vestimenta civil de Matthew, una levita *Carrick* con refuerzos en los hombros y un pañuelo de cuello normal.

—No viste de uniforme, por lo que veo.

—No. Son las normas. Ni estoy en misión oficial, ni tampoco me dirijo a mi casa. De hecho, llevo en tierra más de dos semanas.

Prin-Hallsey señaló un sillón y él mismo volvió a sentarse.

—¿Se ha licenciado?

—He sido compensado por mi última misión, y en estos momentos no hay un barco disponible para mí. Así que, hasta que se me haga un nuevo encargo, he decidido dar buenos paseos por tierra firme.

—¿No tiene familia?

—Sí que la tengo. Mis padres, ambos a Dios gracias, viven en Swindon. —Matthew pensó en el próximo reencuentro con sus padres con una mezcla de cariño y temor. Esperaría a tener casa propia antes de ir a visitarlos.

—Me da la impresión de que es usted soltero. ¿Acierto?

Matthew asintió. «Aunque espero que por poco tiempo», pensó.

—Y, si me permite que se lo pregunte, ¿qué necesidad tiene un hombre solo de vivir en una casa tan grande? —Prin-Hallsey tamborileó los dedos sobre el escritorio.

—Y, si me permite que se lo pregunte, ¿qué necesidad tiene usted de conocer mis motivaciones, caballero?

—Ninguna motivación, en realidad —reconoció su interlocutor, extendiendo las manos—. Pero sí intenciones, aunque sean negativas, y muchas. Por ejemplo, no tengo la menor intención de que gente extraña baile encima del pianoforte, o haga prácticas de tiro con la vajilla de la familia. Me entiende, ¿verdad?

Se irritó inmediatamente. ¡Era capitán de la Armada Real Británica, no un pirata dedicado al pillaje! Se guardó para sí la sarcástica respuesta que le habría apetecido dar y habló con tranquilidad.

—Le voy a explicar mis... intenciones. Tengo intención de que mis padres se reúnan conmigo, al menos por un tiempo. Mi madre no goza de buena salud. Si fuera posible, también me gustaría invitar a una corta estancia a mis amigos de Londres. Todos ellos son perfectamente respetables.

—Usted sería responsable de cualquier daño que se le causara a la propiedad.

—Lógico y aceptable. También tengo la idea de invitar a un compañero, otro oficial, a pasar el verano en la propiedad. Está saliendo adelante solo con media paga, y además sufrió graves heridas, de las que se está recuperando.

Prin-Hallsey se echó hacia atrás en la silla.

—Es usted una persona caritativa, por lo que deduzco.

—No especialmente. Después de todo, no es ningún extraño. Y ahora que lo pienso, mi antiguo teniente se sentiría mucho más a gusto bajo su propio techo. ¿Existe alguna casa pequeña disponible en la hacienda, aparte de esta mansión?

—No, pero sí que hay una antigua casa del guarda junto a una entrada que ya no se utiliza. En estos momentos está ocupada, pero me da la impresión de que quedará vacante dentro de poco tiempo.

—¿De cuánto tiempo habla?

—De muy poco.

Matthew pensó en la chica que le había ayudado a recuperar su caballo.

—Bueno, tampoco habría mucha prisa. De momento le invitaría a que se quedara conmigo en la mansión, pues nos sobraría muchísimo espacio. Está un poco más lejos de la costa de lo que me gustaría, pero he negociado con su administrador una suma que creo que puede ser satisfactoria para ambas partes. ¿Está usted de acuerdo?

—Me doy cuenta de que le gustan las gangas. Y estaré de acuerdo con la cantidad que le ha ofrecido al administrador, más baja que la que inicialmente pedía yo, pero con una condición.

—Usted dirá.

—Que yo tenga derecho a venir a la hacienda, incluso aunque usted esté en ella en ese momento.

Matthew alzó las cejas, bastante sorprendido. El administrador no había comentado tal posibilidad.

—Dejaré la mansión amueblada y atendida por el personal actual, tal como usted ha solicitado —explicó Prin-Hallsey—, pero desde el fallecimiento de la segunda esposa de mi padre no he tenido tiempo suficiente para revisar y organizar los documentos de la familia, los libros de contabilidad y todas esas cosas.

—Podría empaquetarlos y llevárselos con usted —dijo Matthew frunciendo el ceño—. La verdad es que no veo la necesidad... Su administrador se va a quedar aquí para revisar sus cuentas.

—Sí, pero... En fin, no solo se trata de papeles. Existen recuerdos de familia y otras cosas de esa naturaleza que están, digamos, perdidos. La mujer a la que me refería tenía una idea de la organización y del orden bastante distinta de la mía, o de la de mi madre antes que ella. Tengo que encontrar... varias cosas. No sé exactamente cuánto tiempo voy a necesitar, ni tampoco cómo voy a repartir el tiempo entre esa tarea y mis... responsabilidades... en la ciudad.

Matthew miró al caballero con detenimiento. Se daba perfecta cuenta de que había bastante más de lo que había contado, pero no tenía el más mínimo interés en fisgonear. No le gustaba nada la idea de pagar una renta al propietario, pero tener que dejarle ir y venir a su antojo y disponer del lugar como si no lo tuviera alquilado. Pero el caso es que lo hizo.

—No voy a impedir que venga, no sería lógico —concedió Matthew—. Al fin y al cabo, seguirá siendo su casa.

Prin-Hallsey cruzó las piernas de manera informal.

—Es verdad. Entonces, si está de acuerdo con los términos económicos y la... condición de la que acabamos de hablar, podrá usted disponer de la casa durante seis meses, a partir del primero de abril.

—No creo que esté usted considerando la posibilidad de venderla ya, ¿o me equivoco? —preguntó Matthew.

Prin-Hallsey dudó y torció un poco el gesto.

—Me temo que no me lo planteo, amigo. Todavía no. Puede que, en un futuro, si usted todavía sigue interesado, esté en condiciones de prescindir de ella.

—¿Acaso tiene alguna carga la propiedad?

Hugh alzó la barbilla.

—No. Pero ha pertenecido a la familia durante muchos años.

—Entiendo.

—Lo dudo. —Hugh se levantó, indicando que la reunión tocaba a su fin—. En todo caso, el administrador, Hammersmith, será quien lo gestione todo y se reúna y maneje a los arrendatarios problemáticos, a los criados inútiles y demás caterva. Es la persona que hace que las cosas funcionen aquí.



—Aquí llega —susurró Mariah, hablando consigo misma mientras estaba de pie junto a la ventana de la cocina. Su temor iba en aumento. Inconscientemente, esperaba la visita del administrador en cualquier momento, desde que Hugh Prin-Hallsey le indicó su intención de «reorientar» la situación.

El señor Hammersmith, vestido completamente de negro, con la cintura bastante redondeada y unas piernas muy delgadas, vistiendo unos bombachos que dejaban ver los calcetines, parecía un ganso asado con las patas chamuscadas. Llevaba una mano a la espalda y en la otra cargaba con un grueso libro de contabilidad de tapas verdes. El ritmo cardiaco de Mariah empezó a acelerarse al ver los pasos cortos y rápidos del individuo.

Tras abrirle la puerta, se levantó un poco el sombrero en mínimo gesto de saludo, pero inmediatamente volvió a encasquetárselo, por lo que solo pudo adivinar una escasa mata de pelo, claro como el de un cervatillo.

—Señorita Aubrey, encantado de saludarla. Mi nombre es Hammersmith, y soy el administrador de...

—Sí, sé quien es usted. Adelante, por favor, señor Hammersmith.

—No, no se preocupe. Solo nos llevará un minuto. —Se ajustó los lentes, pero no abrió el grueso libro. Mariah se preguntó si no lo llevaría

simplemente como una especie de escudo defensivo—. Estoy aquí para informarle de que su renta se verá incrementada en veinte libras por trimestre, con efectos inmediatos. Tiene usted hasta el treinta de abril para pagar la primera cuota, y si no lo hace, deberá abandonar la casa en esa fecha... o antes, si lo prefiere.



«¿Veinte libras, y el día treinta?». Imposible. Solo faltaban seis semanas. Hacía aproximadamente un mes que Henry se había llevado el manuscrito, y todavía no había recibido ninguna noticia de él. Dudaba de que el editor hubiera leído siquiera la novela. ¿Qué otra cosa podría vender? Pensó en el baúl de su tía. Aunque si la tía Fran hubiera tenido algo de verdadero valor, seguro que no lo habría dejado en el ático de la casa del guarda.

¿Cómo iba a conseguir el dinero?

Mariah no dejaba de pasear de un lado a otro. Cuando oyó que llamaban a la puerta de la cocina, ella misma fue a abrir.

Allí, de pie, con su siniestro aspecto de siempre, estaba el criado de su tía, Jeremiah Martin, con un papel en la mano y aspecto de encontrarse incómodo. Las llamadas para visitar a su tía en su lecho de muerte se habían acabado. ¿Por qué estaría allí entonces? ¿Qué querría?

—Hola, Martin. ¿En qué puedo ayudarle?

—Me temo que en nada —musitó.

Mariah notó que desprendía una tranquila dignidad, pese a que no parecía un hombre que hubiera recibido educación superior.

—¿Necesita usted algo?

—Lo cierto es que no necesito mucho, señorita Aubrey, ya se dará cuenta. Y, a mi manera, creo que soy útil.

—Lo siento. No le...

—Su tía me ha legado a usted.

Mariah fue incapaz de procesar en la cabeza lo que acababa de escuchar.

—¿Perdone?

El hombre suspiró y le pasó la hoja de papel doblada que llevaba en la

mano.

—Confío en que esta carta exprese con claridad sus deseos.

Frunciendo el ceño, Mariah desdobló el papel y vio que se trataba de una carta muy breve y firmada por su tía. Las palabras parecían desenfocadas, y para ella no tenían el menor sentido.

Mariah:

Te lego a mi sirviente, Jeremiah Martin. Ha estado conmigo durante más de una década. Fue el único criado que se quedó conmigo cuando me volví a casar, por razones cuya explicación me llevaría mucho más tiempo del que tengo para escribirla.

A Hugh nunca le ha gustado, y seguro que lo dejaría en la calle antes de que la primera mota de polvo se posara en mi tumba. Así que te lo dejo a ti. Le he entregado un poco de dinero, y trabajará para ti como compensación durante todo el tiempo que pueda, o hasta que Hugh te eche de la casa. ¡Qué chico más insufrible! Nunca le gusté, por supuesto. Y nunca aprobó el que te dejara vivir en la casa del guarda. Lo hice para fastidiarle, por supuesto.

En fin, me despido hasta que nos volvamos a encontrar al otro lado del río de la vida.

Francesca Prin-Hallsey

—No sé qué decir.

—Eso está muy bien, señorita. Nunca me han gustado las mujeres que hablan mucho. Mire, sé que se trata de algo un tanto anómalo. Así que tiene dos opciones: o me dice dónde puedo dormir, o me permite que siga mi camino. Cualquiera de las dos cosas me parecería bien.

Dixon apareció junto a Mariah y le habló con un susurro tenso y algo aguerrido.

—¿Qué es lo que quiere?

Sin decir palabra, le tendió la carta. Mientras Dixon la leía, Mariah no fue capaz de apartar los ojos del hombre, de su garfio y de su irregularidad física. Sabía que mirarlo era un tanto ofensivo, pero le resultaba casi imposible evitarlo.

—¡Qué Dios nos asista! —susurró Dixon—. No lo queremos aquí.

—Martin, ¿nos perdona un momento? —le dijo Mariah, forzando una

sonrisa.

—Claro.

Mariah cerró la puerta suavemente y se volvió hacia Dixon con un dedo en los labios.

—La anciana señora debió de perder la cabeza al tiempo que perdía la salud —susurró Dixon—. ¿Él aquí, con nosotras dos? ¿En una casa tan pequeña?

—Ya has leído la carta. No tiene adónde ir.

—Ya le diré yo adonde puede irse...

—Dixon, eso no es nada amable de tu parte.

—¿Es que no has visto cómo huele, Mariah? —Hacía tiempo que había empezado a tutearla, sobre todo cuando estaban solas y hablando de asuntos personales o de interés común. Eran amigas.

—Quizá podamos abordar ese asunto... con cierto tacto. Pero ten en cuenta todo el trabajo que podría hacer aquí.

—¿Con ese garfio? Ya me dirás cómo. ¡Pero si ni siquiera nos ayudó en nada cuando llegamos aquí!

—Las cosas serán muy diferentes ahora, si se queda a vivir con nosotras. Estoy segura de que podría realizar ciertas tareas, lo que supondría un gran alivio para ti. Trabajas demasiado.

—Tú eres la que hace muchas más cosas de las que debería. Una joven tan distinguida como tú...

Mariah reprimió una carcajada.

—No tan distinguida. —Recuperó la seriedad—. ¿Recuerdas la noche de tormenta en la que tú estabas fuera y llamó aquel hombre tan extraño que se había caído del caballo? Yo estaba muy asustada, porque estaba sola. El que haya un hombre por aquí puede ser útil en muchos aspectos.

—Pues este hombre es mucho más... «extraño» que aquel.

—Las apariencias a veces engañan, Dixon, y mucho. Ambas lo sabemos —dijo Mariah, mirándola muy seria.

Dixon dudó, y por fin levantó los brazos.

—¿Dónde va a dormir?

—¿En el sótano?

—Tal como huele, yo propondría el establo. Sería más adecuado.

Finalmente, sopesaron las opciones delante del propio Martin. Fue él quien decidió que, mientras hiciera buen tiempo, dormiría en el establo, pues era un lugar seco y en él tendría más privacidad, aparte de que podría entrar y salir sin molestar a las señoras. Cuando hiciera frío, en otoño y en invierno, se resignaría a dormir en el sótano, mucho menos amplio, aunque no es que le gustara demasiado la idea.

—Tengo que confesar que todos estos años que he pasado con su tía me han acostumbrado mal, pues siempre he tenido habitación propia. ¡Y no solo con una cama, sino hasta con un escritorio y una silla!

Mariah se mordió el labio.

—No creo que ninguno de los que estemos aquí tengamos muchas oportunidades de acostumbrarnos a este sitio. Martin, tengo que ser franca con usted antes de que decida quedarse con nosotras: hay muchas posibilidades de que tengamos que marcharnos, y muy pronto. El señor Hammersmith ha estipulado una renta que está muy por encima de mis ingresos. Dixon y yo estamos buscando otras opciones, pero no tengo claro si tendremos la oportunidad de ponerlas en práctica.

—¿De verdad cree usted que el señor Prin-Hallsey sería capaz de echarnos? —le preguntó Dixon.

Martin asintió.

—No lo dudo, ni por un momento.

—Me imagino que ya lo habría hecho si no se lo hubiera impedido mi tía.

—¿Y qué vamos a hacer? —casi gimió Dixon con una mueca de desesperación.

—Creo que yo debería intentar desarrollar alguna manera de caerle bien a Hugh —dijo Mariah alzando los hombros—. Convencerle de que permita a una «prima querida» quedarse aquí sin pagar renta.

Dixon la miró de reojo.

—Cuidado, señorita Mariah.

—No te preocupes, Dixon. No voy a hacer ninguna estupidez.

Martin se aclaró la garganta antes de hablar.

—En su caso, no mencionaría que yo me voy a quedar —sugirió—. Estoy

seguro de que no sería bueno para usted.



El criado condujo a Mariah a la biblioteca de Windrush Court, la anunció y se marchó.

Hugh Prin-Hallsey estaba revisando papeles en el imponente escritorio de madera tallada, y se levantó inmediatamente.

—¡Ah, señorita Aubrey! ¡Qué sorpresa!

—¿De verdad? Pensaba que estaría esperando mi visita.

—Pues no, en absoluto. ¿Por qué habría de hacerlo? Usted apenas sale de su reclusión... *en pénitance*.² —Señaló hacia los sillones que estaban junto al escritorio.

Se sentó ajustándose la falda de su vestido favorito, de color rosa pálido, un tono que, según le habían dicho, le favorecía mucho. Había evitado a propósito el negro, por motivos obvios. También llevaba un sombrero de paja, que se sujetaba con una cinta bajo la barbilla. Juntó las manos en el regazo.

—Me he atrevido a venir para solicitarle que reflexione sobre la nueva renta de la que me ha informado su administrador. Para mí ha sido una enorme sorpresa, dado que mi tía me había permitido instalarme y vivir en la casa del guarda... gratis.³

—Su tía ha muerto, señorita Aubrey. Y no está usted en una institución de caridad.

Lo miró de hito en hito, asombrada por su frialdad. Él, a su vez, le dirigió una mirada acerada.

—¿Se le ocurre alguna razón lógica por la que pudiera plantearme dejar que viviera en mi propiedad sin cobrarle una renta razonable?

Tragó saliva.

—No tenemos ninguna relación familiar —continuó—. Cumplí la última voluntad de mi padre y, tras su fallecimiento, me encargué de la manutención y las necesidades de su tía, pese a que no tenía la menor voluntad de hacerlo y me molestó profundamente. ¿Por qué creía si no que permanecía en Londres

casi todo el tiempo? No quería que esa mujer viviera en mi casa. En las habitaciones de mi propia madre. Pero ahora esta muerta y me he librado de cualquier obligación para con ella. Por otra parte, ejercer la caridad con su caprichosa sobrina en realidad nunca formó parte de mis obligaciones.

Mariah se sintió horrorizada al notar que los ojos se le llenaban de lágrimas, y se mordió la parte interior de la mejilla para contenerlas.

—Entiendo.

Él la miró, dudó por un momento, y después volvió la vista con gesto pensativo. Sus ojos oscuros parecieron suavizarse mínimamente. Abrió los brazos y extendió las manos con gesto de impotencia.

—Si de mí dependiera, señorita Aubrey, estaría dispuesto a bajar la cuantía de su renta, o incluso a permitirle otro periodo de carencia. Pero el nuevo inquilino es un individuo duro e inflexible. Dispondrá de la casa durante los próximos seis meses, aunque Hammersmith seguirá al cargo de la administración de la hacienda, eso sí, siguiendo sus instrucciones, no las mías. Espero que lo entienda, no está en mis manos.

2 Nota del Trad.: En francés en el original.

3 Nota del Trad.: En español en el original.

Capítulo 6

«¡Oh, estar en Inglaterra ahora que ha llegado abril!»

ROBERT BROWNING

uando el sol de abril dispersó la niebla de la mañana, el capitán Matthew Bryant salió a pasear por los prados de Windrush Court, con la sensación de estar estudiando sus propias tierras. Llevaba una levita nueva de color verde oliva, chaleco de rayas, pañuelo y un sombrero alto de castor. Y si el espejo en el que se había mirado esta mañana no le había engañado, tenía todo el aspecto de un caballero, sin que le faltara nada.

En su interior empezaba a anidar un atisbo de esperanza, de ímpetu y de orgullo. Se veía a sí mismo aquí. Se imaginaba perfectamente gestionando una gran hacienda como esta. También se preguntaba cómo reaccionarían sus padres al ver que vivía en un lugar semejante. Y qué diría ella. Sin duda se sorprendería, ¿pero acompañarían a la sorpresa la admiración y el reconocimiento de que sabía que terminaría triunfando? ¿Se uniría a él en su victoria sobre los que habían negado siempre su valía y su capacidad, y entre los que destacaba su propio padre?

Delante de sus ojos se extendía un prado lleno de campanillas, como si fuera un mar púrpura y azulado. ¡Qué preciosidad! Había pasado tantos años de su vida a bordo de barcos que este tipo de paisajes todavía lo asombraban.

Vio a una mujer arrodillada entre las flores. Le costó distinguirla, pues su vestido era azul. Llevaba el pelo, muy oscuro, recogido en un grueso moño, en

la parte de atrás de la cabeza. Su largo cuello se curvaba grácilmente al tiempo que se doblaba para mirar... ¿el qué? ¿Una carta? ¿Un libro?

Estaba tan quieta que parecía una figura en un cuadro, en un paisaje de vívidos tonos verdes, con el vestido azul rodeado de brillantes campanillas que le llegaban casi a la cintura, y la cabeza inclinada como si se tratara de una más de las flores del prado.

No podía apartar la vista, embriagado por la belleza de la escena. ¿Estaría rezando? ¿Llorando? Se acercó un paso y sonó el chasquido de una rama. Ella volvió la cabeza y abrió la boca, sorprendida por la interrupción.

Su perfil era muy delicado y femenino, de nariz respingona y mejillas altas. Le parecía familiar. ¿Quién sería? Prin-Hallsey no había hecho mención de una hermana, ni a una esposa...

—Le ruego que me perdone —se disculpó, algo avergonzado por el hecho de que le hubiera sorprendido observándola—. No era mi intención interrumpir su soledad. —Se acercó con la mano extendida para ayudarla a levantarse, pero la joven se alzó por sus propios medios.

Con una de las manos intentó estirarse el vestido, sin lograrlo, mientras que con la otra sostenía una carta doblada. El porte y el vestido eran los de una dama, pero se dio cuenta de que sus manos mostraban que trabajaba con ellas de forma habitual. Tenía una buena figura, y unos rasgos agradables. Cuando la miró a la cara descubrió unos ojos grandes y del color del ámbar, enmarcados por largas pestañas. Había pasado tantos años en barcos, rodeado solo de hombres, que la contemplación de una mujer bella también le asombraba todavía.

De repente, la reconoció. Era la chica de la casa del guarda, la que le ayudó a recuperar su caballo. Se sintió un tanto avergonzado al recordar la falta de pericia con la que actuó aquella noche, y también su timidez. Pero seguía estando enormemente agradecido por la ayuda que le había prestado.

—¡Es usted! —empezó, e inmediatamente se arrepintió de decir esa estúpida obviedad—. Casi no la he reconocido. Quiero decir sin el gorro, y... bueno, iba usted vestida de una forma... Vaya, que pensé que era usted...

—¿Una sirvienta? —completó, sin la menor afectación.

Hizo una mueca de arrepentimiento.

—Perdóneme.

—No hay nada que perdonar. Usted llamó cuando vestía el delantal que me pongo para hacer mermelada —explicó con una sonrisa—. De todas formas, le reconozco incluso sin el uniforme, capitán Bryant.

Tenía una sonrisa encantadora, y unos dientes perfectos. Le devolvió la sonrisa, feliz de que recordara su nombre.

—¿Y cómo está su caballo? —preguntó—. Espero que no se haya quedado traumatizado por la mala experiencia; a veces les pasa a los caballos.

—No, no. Parece estar bien. Gracias a usted.

—Me alegra escucharlo.

—Y yo me alegro mucho de haberme vuelto a encontrar con usted, pues así tengo la oportunidad de darle las gracias de manera adecuada. —Hizo una amplia reverencia, y ella se la devolvió.

—Me alegré mucho de poder ayudarle —dijo, de forma muy cálida y amigable—. Desde siempre me han gustado mucho los caballos. Son unos animales muy leales.

—¿Lo dice en serio? La verdad es que yo todavía estoy intentando acostumbrarme a ellos.

—¿No cabalgó usted mucho en su juventud? —preguntó ella, inclinando la cabeza en señal de interés.

—No, en absoluto. Cuando era niño me enviaron a una academia naval, y desde entonces he pasado la mayor parte de mi vida de barco en barco.

—¡Ah, entiendo! —dijo asintiendo—. ¿Le puedo preguntar qué le trae por Windrush Court? Lo cierto es que no esperaba volver a verle.

—Entonces no lo sabe... Voy a alquilar el lugar durante seis meses, con la idea de comprarlo en un futuro más o menos próximo.

—¿Usted, caballero? —Su sonrisa se desvaneció por completo—. ¿Es usted el nuevo señor?

Su tono se había vuelto adusto. ¿Sería que, como muchas otras personas, pensaba que un marino no tenía derecho a poseer una hacienda como esta?

—Pues... supongo que sí. ¿Tan inverosímil le parece?

Notó que se le enrojecían las mejillas, pero de puro enfado e indignación.

—Nunca habría pensado eso de usted.

—¿Y por qué no?

La joven empezó a tartamudear.

—Por, porque pensaba que usted era..., que era un...

Él se enfadó del todo.

—¿Un don nadie? ¿Una persona de clase baja? ¿Alguien que no merece la pena?

—No, todo lo contrario. Pensaba que usted era un caballero. —Sus ojos oscuros casi llameaban—. Pero veo que estaba equivocada.

Se volvió y salió corriendo por el prado, sin preocuparse de las flores que pisoteaba a su paso. No entendía por qué se sentía culpable, como si fuera él el que la había pisoteado a ella. ¿Acaso tenía sus propias expectativas respecto a Windrush Court? ¿Por eso se habría enfadado tanto?



Al llegar a la mansión, Matthew buscó inmediatamente a Hugh Prin-Hallsey y lo encontró jugando al billar, él solo.

—¿Quién es la chica de la casa del guarda? —preguntó de sopetón. Todavía estaba irritado, y en ese momento se dio cuenta de que durante su nuevo encuentro había vuelto a olvidarse de preguntarle su nombre. ¡Mira que era idiota! Sobre todo, en lo que se refería al trato con las mujeres.

Prin-Hallsey hizo tranquilamente su tirada y después se incorporó, sosteniendo el palo con ambas manos.

—¡Ah! La adorable señorita Mariah Aubrey. En estos momentos ocupa la casa del guarda; creo que ya se lo mencioné, pero se marchará pronto. Una sobrina de la última esposa de mi padre, emparentadas por el primer matrimonio de ella. La mujer le permitió a la señorita Aubrey ocupar la vieja casa sin cobrarle nada, aunque no tenía ningún derecho a hacerlo, pues la hacienda no era suya, sino mía.

—¿Seguro que, como madrastra suya, no tenía ningún derecho?

Hugh hizo un gesto de profundo desagrado.

—Si vuelve a decir eso, capitán, se arriesga a que nuestras espadas se encuentren, y no por deporte. No tenía ninguna relación conmigo, ni de

madrastra siquiera. Embrujó a mi padre y lo convenció, casi en los últimos días de su vida, de que se casara con ella. Una mujer malvada, malévola. Nunca entendí qué pudo ver en ella el viejo.

A Matthew le sorprendió mucho que Hugh no se planteara siquiera cumplir los deseos de su madrastra con respecto a su sobrina.

—Pero era la esposa de su padre.

—Sí, y como viuda disfrutó de su usufructo vitalicio.

Matthew reflexionó sobre su afirmación.

—¿Hay alguna razón por la que la señorita Aubrey esté en contra de mi presencia aquí como arrendatario? Nos hemos cruzado hace un rato por la hacienda, y parecía muy enfadada conmigo, aunque no alcanzo a entender el porqué.

—Supongo que le dijo que era usted el nuevo señor, ¿no es así? —preguntó Hugh secamente.

—Supongo, sí... Después de todo, me preguntó qué era lo que me había traído hasta aquí.

—Hace poco le hice saber que tenía que pagar una renta —dijo Hugh asintiendo.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Puede que yo haya dejado ver que ha sido cosa suya. Siento haberle echado la culpa, querido amigo, pero usted dijo que probablemente querría utilizar la casa del guarda para que la utilizara su compañero de armas. Y tampoco pensé que a usted le fuera a importar demasiado. Después de todo, ustedes dos no se conocen, aunque es obvio que a nadie le importa tener una chica guapa por los alrededores.

—Pero... —empezó Matthew—, ahora ya nos hemos visto dos veces, nos conocemos. La verdad es que se portó muy bien conmigo durante nuestro primer encuentro, y a mí me gustaría devolverle el favor. ¿Qué problema supondría para usted permitir que la señorita Aubrey siguiera en la misma situación que hasta ahora? Al menos hasta encontrar otro inquilino que pagara una renta superior.

—Pues sería un problema bastante mayor del que usted supone. Para su reputación, por ejemplo.

—¿Y eso?

—¿Qué sabe usted de la señorita Aubrey? —preguntó Hugh, mirándolo con curiosidad.

—Nada —contestó Matthew, encogiéndose de hombros—. Solo que le gustan los caballos y que tiene buena mano con ellos; y que es una joven muy bien educada y que habla muy bien.

—Entonces tiene razón: no sabe usted nada. —Hugh se dirigió hacia la puerta—. En cualquier caso, el alquiler de la casa del guarda no es de su incumbencia. En estos momentos tengo que obtener tanto dinero como pueda. O paga la renta, o se marcha.



Preocupada como estaba por el futuro inmediato, Mariah recibió con calidez a Jeremiah Martin cuando este entró en la cocina, todavía vestido de negro. Sin decir una palabra, se acercó a la olla que estaba sobre la encimera y se sirvió una modesta ración de carne de cordero con patatas. Se metió los cubiertos y la servilleta en el bolsillo, tomó el plato y de nuevo salió a la calle. Mariah se dio cuenta de que se había dejado la puerta ligeramente abierta para poder meter la punta del pie y así poder abrirla con el garfio, ya que tenía ocupada la otra mano.

Cuando la puerta se cerró, Mariah se dirigió a Dixon en susurros.

—¿Le has dicho que no comiera con nosotras?

—No he tenido que hacerlo. La verdad es que nunca comía con la señora Prin-Hallsey, eso te lo puedo asegurar.

—Pero a mí no me importa. No soy una dama tan distinguida como...

—¡Por supuesto que lo eres, señorita Mariah! Ya es suficientemente inadecuado que comas en la cocina conmigo.

Esta discusión había sido recurrente durante el último otoño, hasta que Dixon finalmente cedió a los deseos de Mariah, que se habría sentido de lo más ridícula haciendo sola las comidas en la sala de estar.

Mariah se puso de pie frente a la ventana y observó como Martin se colocaba en el banco, sujetaba el plato, extendía la servilleta en el regazo y

después colocaba el plato sobre ella. Aunque le daba cierto reparo mirar, sentía curiosidad acerca de cómo podría arreglárselas para cortar el cordero que había preparado Dixon. Observó admirada cómo se las arreglaba para sujetar con el tenedor la chuleta de cordero, utilizando el extremo del garfio con enorme destreza, y después, con la mano buena, la partía en trozos utilizando el cuchillo. Se preguntó por qué no se limitaría a pinchar la carne con el garfio una vez cortada, por poco digno que pudiera parecer. ¿Acaso se había dado cuenta de que le estaba observando?

De repente, se sintió avergonzada y volvió a sentarse para comer su propio plato y dejarlo en paz.

Unos minutos más tarde, Martin entró de nuevo en la cocina y miró alrededor antes de hablar.

—Siento molestarles, pero es que no veo el salero. ¿Podrían decirme dónde está?

—¿Y por qué razón necesita usted sal, señor Martin? —preguntó Dixon con tono desafiante.

—Pues mire, estoy acostumbrado a que la comida... sepa a algo, señorita Dixon. Sin duda es una debilidad de mi carácter, lo reconozco.

Dixon frunció el ceño mucho más de lo habitual.

«¡Se avecina tormenta!», pensó Mariah, que se levantó a toda prisa y tomó el salero de una de las estanterías.

—Aquí lo tiene, Martin.

Mientras estaba de espaldas a Dixon, se echó un buen pellizco de sal en la palma de la mano antes de pasarle el salero a Martin, que la miró con cara de complicidad.

—Después fregaré yo, ¿de acuerdo?

—Gracias, Martin.

Aunque Dixon se hubiera enfadado si lo hubiera sabido, Mariah se quedó para secar los cacharros que iba fregando Martin. El garfio solo parecía entorpecerlo cuando tenía que fregar los cubiertos, y con ellos se manejaba solo con una mano. Mariah revisó con atención cada pieza antes de secarla.

—¿Sabe usted que nuestro vecino tiene cierta fama? —preguntó Martin.

—¿Hugh Prin-Hallsey? —preguntó frunciendo el ceño.

—He dicho que tiene fama, no que sea infame —bufó—. Me refiero al capitán Bryant.

Se puso alerta de forma inmediata, aunque intentó disimularlo.

—¿Y por qué razón?

Martin sujetó hábilmente un cuchillo de trinchar con el codo del garfio y lo secó con un paño.

—La señora Prin-Hallsey me dejaba echarle un vistazo a los periódicos después de que ella los hubiera leído. He guardado todos los artículos que a mí me han parecido interesantes acerca de la Armada, y de la guerra en general. Y en bastantes de ellos se mencionaba al capitán Bryant.

—¿De verdad? —murmuró, intentando aparentar poco interés.

No pareció tener excesivo éxito, porque Martin se secó la mano y el garfio en el delantal y sacó un trozo de papel impreso doblado del bolsillo.

—Este quizá podría interesarle. —Lo desdobló y empezó a leer—: «El capitán Matthew Bryant, que hasta hace poco permanecía al mando de la fragata *Sparta*, finalmente ha regresado a Inglaterra, después de cuatro años de servicio ininterrumpido. Bryant no solo ha alcanzado el grado de capitán a una edad inusualmente temprana, sino que también ha amasado una fortuna considerable gracias a la guerra, que se calcula en bastante más de veinte mil libras...».

Siguió leyendo durante un rato más, pero Mariah dejó de prestar atención, completamente anonadada por la enorme cantidad de dinero citada en el artículo.

Martin volvió a guardarse el artículo y reanudó la tarea.

—De todas formas, no puede ni compararse con el almirante Nelson. Nelson llegó a capitán a los veinte años. ¿Sabía usted que le amputaron el brazo derecho y a la media hora retomó el mando de la flota?

Mariah negó con la cabeza.

—En todo caso, el capitán Bryant se ha ganado una magnífica reputación por su valentía y su capacidad estratégica en combate. Ha capturado muchos barcos, tanto de guerra como mercantes, la mayor parte de ellos mayores y mejor armados que su pequeña fragata. Realmente impresionante, la verdad.

A Mariah le costaba imaginar que el hombre que había conocido tuviera

tamaño fiereza, después de su comportamiento apocado delante de un simple caballo. No obstante, su comportamiento con ella parecía cuadrar con el de un hombre que, por encima de todo, buscaba hacer fortuna.

—La verdad es que, por como se lo describe, el tal capitán Bryant parece un tanto despiadado —murmuró.

Martin levantó el cuchillo de trinchar para inspeccionarlo. A la luz que entraba por la ventana, brilló como si estuviera sin estrenar.

—No lo sé —dijo—. Pero lo que sí puedo decirle es que no me gustaría convertirme en su enemigo, en absoluto.

Capítulo 7

«El capitán Wentworth, con sus veinticinco mil libras, y en la cúspide profesional que le permitían su edad y sus méritos, había dejado de ser un don nadie».

JANE AUSTEN,
Persuasión

La Armada había sido generosa con él. Matthew no solo había alcanzado el rango de capitán antes de los treinta, sino que además había hecho una apreciable fortuna gracias a la guerra. Ahora, una vez que había recogido el botín de guerra que le correspondía, por un importe superior a las veinticinco mil libras, había dejado de ser un don nadie.

Era el momento de dar a conocer la nueva situación.

Su plan era muy sencillo: asentarse en una hacienda distinguida y amplia y pedir ayuda a su amigo de buena cuna, el capitán Ned Parker, para que lo reintrodujera en la alta sociedad. Al fin y al cabo, la había conocido por mediación de Parker, ahora hacía alrededor de cuatro años y medio.

Con el alquiler de Windrush Court había cumplido el primero de sus objetivos. También había encargado un vestuario bastante completo para un caballero y se había resignado a ponerse en manos del ayuda de cámara de Prin-Hallsey, uno de los muchos sirvientes que entraban dentro del paquete del alquiler de la hacienda.

Una vez que se hubiera acostumbrado a su nuevo ambiente y que hubiera

adquirido las maneras que implicaba de la vida de un caballero, invitaría a la mansión a cierta dama, y también a algunos otros caballeros y damas, por supuesto, a una estancia de dos o tres semanas, con jornadas de caza, salidas para montar a caballo y magníficas comidas y cenas. Ella comprobaría su éxito, su transformación, y se daría cuenta de que se había equivocado al rechazarlo, al aceptar la decisión de su padre, que le hizo ver que, socialmente, estaba muy por debajo de ella. Y Matthew por fin la conseguiría.

Isabella.

Cuando lo rechazó ella solo tenía dieciocho años, era demasiado joven. Y seguía siéndolo. Se había sentido muy aliviado, y también bastante sorprendido, al saber que no se había casado todavía. ¡Cuánto había sufrido al pensar que lo habría hecho ya! Sí, era cierto que hacía poco se había anunciado su compromiso. Pero puesto que la boda aún no se había celebrado, la esperanza seguía viva, por escasa que fuera.

Matthew reconocía que, muy probablemente, se estaba engañando a sí mismo porque, en realidad, no tenía ninguna posibilidad. Pero no podía aceptar la derrota. Eso no formaba parte de su naturaleza. E iba a jugárselo todo a una campaña final para conseguir su amor.

Matthew se decía a sí mismo que su plan no era completamente egoísta. Después de todo, había invitado a vivir en su casa al teniente William Hart, que había servido con él como primer oficial durante un tiempo. Resultó herido en combate, sin posibilidad de continuar la carrera militar, por lo que Matthew se sentía en cierto modo responsable de él. Además, le tenía afecto de verdad y le apetecía mantener y desarrollar la amistad con su otrora compañero de batallas.

Pero, para empezar, Matthew esperaba convencer a sus padres de que dejaran su pequeña y húmeda casita de campo y se fueran a vivir con él, fundamentalmente para aportar a su madre el confort y los cuidados que merecía, tras una vida de duro trabajo sin apenas recompensas. Esos deseos no tenían nada de egoístas, ¿o sí?

Entonces, ¿por qué le sudaban las manos al pensar en el momento en el que le hiciera la propuesta a su padre?



Matthew observó el pequeño estudio de la modesta vivienda en la que había pasado parte de su niñez. Se encontraba en una calle poco elegante de las afueras de Swindon. Miró a su padre, que ya se había retirado de su trabajo como administrador, sentado en su sillón favorito, con un libro en una mano y la pipa en la otra, de la que salía una pequeña nube de humo muy aromático. De hecho, cada vez que Matthew respiraba el agudo aunque dulce olor del tabaco de pipa, su imaginación hacía que se trasladara a las muchas e interminables tardes pasadas durante años en esta humilde habitación, antes de trasladarse a la academia naval.

Pero no fueron los recuerdos de esa escena tan familiar los que le afectaron, allí con su padre en su habitación favorita, en su sillón favorito y entregado a su pasatiempo favorito. No. Lo que verdaderamente le impactó fue el aspecto de su padre, tan distinto a cómo lo recordaba. Tan envejecido.

Tenía los hombros hundidos, y la mano con la que sujetaba el voluminoso libro temblaba bajo el peso del mismo. Su antigua mata de pelo gris se había convertido en un pequeño cerco, completamente blanco, situado en la parte de atrás de la cabeza. Seguía llevando patillas, y bastante largas, que también eran blancas. En la piel que dejaba a la vista su calvicie se observaban lunares propios de la edad, que le recordaban a Matthew una carta de navegación que representara una ruta comercial muy transitada. Profundas arrugas le rodeaban las comisuras de los ojos, aunque al menos estos seguían tan vivos y tan azules como Matthew los recordaba.

Parecía que a su madre el paso del tiempo la había tratado todavía peor. Su aspecto era bastante parecido al de siempre, con los ojos pardos alegres y vivarachos, el pelo ensortijado y marrón, aunque surcado aquí y allá por canas plateadas, delgada en general, pero con un poco de tripa, que él sabía que era el resultado de su afición por los dulces. Pero ahora que llevaba ya un cuarto de hora, se había dado cuenta de que no estaba bien. La dificultad con la que respiraba resultaba perfectamente audible, como si acabara de llegar de correr bajo la lluvia. Y también podía escuchar una especie de silbido proveniente de su pecho, que lo alarmó mucho.

—Solo es la humedad, querido. No tienes por qué preocuparte —respondió cuando le preguntó—. Ahora que estás aquí, sano y salvo, voy a estar perfectamente bien.

—He alquilado una casa magnífica, madre —dijo, tomándola de la mano—. Lo suficientemente grande como para acogernos a todos, y ni mucho menos tan húmeda como esta. Supondrá un cambio muy positivo para usted, le vendrá muy bien.

—Tu madre está aquí perfectamente, lo mismo que yo —dijo su padre—. A nuestra edad no vamos a perder nuestras raíces. Esta es nuestra casa, Matthew. Lo que pasa es que ahora ya no resulta adecuada para ti... Se trata de eso, ¿verdad?

Matthew se sintió hundido y se puso a la defensiva, todo a la vez.

—Yo no he dicho eso ni mucho menos, señor.

—No olvides que naciste y te criaste en esta casa. Nuestros amigos están aquí, igual que nuestra iglesia, y la tumba de tu hermano. No podemos irnos con tanta facilidad.

Su madre se mordió el labio y le apretó la mano a Matthew.

—Gracias, querido. Eres muy amable al preocuparte por nosotros. Pero necesitas relacionarte con gente joven. Personas con tanto éxito y tan inteligentes como lo eres tú. No con un par de viejos locos como nosotros.

—Madre, usted no está...

—Estamos bien, Matthew —lo interrumpió su padre—. Todavía no tenemos un pie en la tumba. —Se levantó del sillón—. Si tu madre necesita algo, yo seré quien le provea. No necesitamos tu dinero sangriento para vivir entre lujos y remilgos —espetó, y salió hacia la puerta andando a grandes zancadas.

La respuesta airada de Matthew llegó antes de que la atravesara.

—¿Dinero sangriento, se atreve a decir? ¡Es un dinero ganado honestamente tras luchar y arriesgar la vida en defensa de la Armada de su Majestad Británica!

—No hagas caso de lo que dice tu padre, Matthew —dijo su madre, acariciándole el brazo e intentando suavizar la situación—. Es su orgullo el que ha hablado, eso es todo. Odia la idea de no poder darme el tipo de vida

que él cree que yo deseo. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Sin Peter yo nunca podré ser verdaderamente feliz, pero estoy conforme, Matthew. Sobre todo, ahora que has vuelto. Y también deseo que tú estés conforme.

Su padre volvió a entrar en la habitación, con una taza de té en la mano.

—¿Te vas a instalar en una mansión campestre, como un lord, y vas a comprar ropas caras para poder coquetear con una dama de buena cuna, pero completamente inconsistente, vanidosa y vacua? No quiero tener nada que ver con eso.

—¡John, por favor! —rogó Helen Bryant, y después le dirigió una mirada lastimera a Matthew—. Querido, si lo que quieres es una casa distinguida, entonces me alegro por ti. Pero si lo que crees es que necesitas eso para conseguir ganarte el afecto de cierta dama, como dice tu padre, entonces debo poner en cuestión si tal joven es de verdad adecuada para ti. Quien te ama de verdad lo hace por lo que eres, no por lo que tienes.

Matthew suspiró profundamente.

—Madre, en el mundo real lo único que importa es el linaje y el dinero. Y si por nacimiento no eres nadie, entonces las únicas oportunidades que vayas a tener proceden de la riqueza.

—¿Nadie? —repitió su padre—. ¿Te atreves a sentarte en casa y decir que no somos nadie?

—No es eso lo que quiero decir, padre, y usted lo sabe. Pero en la alta sociedad...

—¡Me importa un bledo la alta sociedad, o la nobleza, o como quieras llamarlo! Y no te he criado a ti, ni a tu hermano, ni a tu hermana para aspirar a introducirlos en esos círculos. El pobre Peter jamás hubiera perseguido el éxito temporal del modo en que lo estás haciendo tú.

A este estallido le siguió un momento de denso silencio, como ocurría siempre que John Bryant mencionaba el nombre de su hijo fallecido.

—Espero que, antes de marcharte, pases a visitar la tumba de tu hermano. ¿Lo harás? —preguntó su padre con acritud.

Matthew hizo una mueca de dolor. ¿Ya estaba diciéndole que debía marcharse, que había permanecido demasiado tiempo en su casa?

Los grandes ojos de su madre volvieron a encarar los suyos.

—¿De verdad la amas, Matthew? ¿O lo único que quieres demostrar es que se equivocó al rechazarte hace cuatro años?

Matthew le acarició la mano y después la cara.

—La respuesta es sí, madre. A las dos preguntas.



Unas horas después Matthew cabalgaba hacia Highworth, la ciudad que albergaba el mayor mercado del condado, unos diez kilómetros al noreste de Swindon. Una vez allí, desmontó delante de una pequeña y pulcra casa de campo situada al lado de la iglesia. Mientras ataba las riendas del caballo al pasamanos, la puerta se abrió con brusquedad.

—¡Matthew! —Una delicada joven corrió hacia él y le echó las manos al cuello.

—¡Lucy! —Primero la abrazó con fuerza, y después la separó de sí para poder mirarla a fondo. El pelo color caramelo, bastante más claro que el suyo propio; los brillantes ojos castaños, esos sí que iguales a los de él; los profundos y graciosos hoyuelos de la cara, que sonreía radiante de felicidad... Igual que siempre, pero también distinta. Los años de separación le habían sentado maravillosamente a su hermana, y su cara relucía de felicidad y seguridad en sí misma.

Cuando se casó estaba en la mar, pero le había escrito para darle la magnífica noticia. Cuando se enteró, no solo se sintió feliz, sino también aliviado, y por bastantes razones.

—Tienes un aspecto maravilloso —la piropeó—. El matrimonio te sienta muy bien.

—¡Estoy completamente de acuerdo! Sin embargo, tú tienes un aspecto horrible. —Le brillaban los ojos—. ¿A que vienes de ver a padre y madre?

—Sí.

—Entonces me parece muy bien que hayas pasado a verme. ¡Yo te alegraré! —Lo agarró del brazo y lo llevó dentro—. Supongo que padre estaría... distante, como siempre, ¿no?

—Sí. Cualquiera diría que había salido de prisión, en vez de que volvía de

la guerra.

—Te quiere, Matthew. No debes ni dudarlo.

Pero Matthew sí que lo dudaba.

Aunque Lucy no había logrado escapar del todo de la eterna pena de su madre y de la falta de apego de su padre, al menos lo había llevado mejor. La alegría constante y su eterna sonrisa se habían granjeado un cariño casi inconsciente por parte de sus padres, algo parecido a lo que se siente por un perrito encantador, obediente e incondicional, al que uno acaricia para su propia tranquilidad y confort. Sabía que esa comparación no era justa ni adecuada, pues Lucy había proporcionado calidez y consuelo muy reales a John y Helen Bryant; en todo caso, sus propios intentos para proporcionarles algo semejante habían sido rechazados de plano.

—¿Y dónde está Charles? —preguntó, tomando asiento en un sofá raído pero muy cómodo.

—Ha salido. Ya sabes, asuntos de la parroquia: ha ido a visitar la casa de trabajo para niños huérfanos o abandonados. Tenía que haber ido con él, pero antes me sentía un poco indispuesta.

—¿Indispuesta? —Sonrió—. Pues a mí me parece que gozas de una salud excelente. ¡No me digas que has fingido estar enferma para librarte de ir de visita!

Se sentó frente a él en un sillón de brazos.

—No se trata de una indisposición pasajera, Matthew. Estoy embarazada.

Perdió el aliento.

—¿Embarazada?

—Sí. Supongo que daré a luz en... unos siete meses, más o menos.

Matthew sintió una mezcla de sorpresa, placer e inesperada envidia. Dejó a un lado ese último sentimiento y sonrió ampliamente.

—¡Lucy, qué noticia tan maravillosa! De todas formas, me siento un tanto incómodo. Una cosa era que te casaras antes que tu hermano mayor, pero ¿tener un hijo también antes que yo? Eso es imperdonable. —Se acercó a ella y le dio un golpecito juguetón en la nariz.

—No ha sido culpa mía, Matthew. Si no hubieras perdido el tiempo intentando conseguir la mano de una dama que no vale la pena...

—Era yo quien no merecía la pena, no lo olvides.

—No lo olvido, ¡en absoluto! Y también recuerdo que te utilizó de una manera muy cruel.

—¿Cruel? Si quien me rechazó fue su padre. No entiendo por qué dices eso.

—Ella sabía perfectamente lo que iba a ocurrir. Pero permitirte pensar que se habría casado contigo si se lo hubieran permitido le resultó más cómodo, y tal vez hasta más agradable, que dejarte claro desde el principio que no había esperanzas. Si no te hubiera animado para después rechazarte porque «la obligaban» a casarse a su nivel social, tú te habrías dado por vencido de inmediato y hace tiempo que te habrías enamorado, y casado, con otra chica.

Matthew se sorprendió a sí mismo frunciendo el ceño.

—Lucy, preferiría que no hablaras mal de ella. Todavía hay posibilidades de que llegue a ser tu cuñada.

Lucy negó con la cabeza, su mirada se volvió triste.

—Ahí fuera hay una mujer adecuada para ti, Matthew. Y no le importará si eres panadero, zapatero remendón o capitán de barco. A mí no me importaría, en absoluto. Míranos a Charles y a mí. ¿Quién puede decir que yo merezco la pena?

—¡Calla! No digas eso. Ni se te ocurra. ¡Tú, que de repente te has vuelto tan adulta y tan sabia!

Lucy sonrió, aunque se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Si ahora soy sabia, el conocimiento me ha llegado un poco tarde... como tú bien sabes.

—No hablemos de ello —dijo, apretándole la mano—. El pasado, pasado está.

—Tienes razón. —Lucy suspiró, manteniendo los ojos bien cerrados—. Afortunadamente así es.



Unos días después de Semana Santa, Mariah estaba de pie junto a la ventana de su dormitorio, mirando hacia ninguna parte sin ver... Los problemas eran

tantos que no podía ver más allá de ellos.

Aún no había tenido noticias de Henry.

Dixon y ella habían pasado una Pascua tranquila. Era la primera vez que no había viajado con la familia durante las vacaciones de Semana Santa. Las dos habían cocido huevos que guardaban desde la Cuaresma, con pieles de cebollas rojas para que tomaran ese color. Dixon había rezado con fervor.

—Así recordamos la sangre que vertió nuestro Señor Jesucristo para librarnos de nuestros pecados. —Aunque su querida amiga no se había referido a ella en concreto, de todas formas, se había sentido afectada por sus palabras.

El día de Viernes Santo hornearon panecillos de Pascua y, debido a la insistencia de Dixon, acudieron juntas a la iglesia del pueblo. No era que Mariah desdeñara o le echara la culpa a Dios de lo que le había pasado. Simplemente, lo que pasaba era que no se sentía digna de Él. Tras el servicio, compartieron un modesto guiso de cordero, nabos, huevos cocidos y panecillos que habían untado con mermelada casera. Como de costumbre, Martin comió fuera. Nadie hizo referencia al embutido. Todos sabían que no había dinero para comprar jamón dulce.

Vagamente, oyó voces que provenían de abajo. Eran Dixon y el señor Phelps, que hablaban sobre si las lilas que el jardinero había plantado y cuidado en su propia parcela de terreno debían o no replantarse delante de la casa del guarda. Mariah se sentía como esas flores, siempre separadas del lugar en el que habían echado raíces, desplazadas. Trasplantadas sin que a nadie le importara. Se preguntaba si sería capaz de recuperarse del golpe que supuso la expulsión de su propia casa antes de que se produjera el siguiente desahucio.

El señor Hammersmith no parecía un hombre al que se le pudieran pedir prórrogas. Ni tampoco el capitán Bryant. Y el treinta de abril ya estaba casi encima. ¿Por qué no escribía Henry? Se supone que habría ido a casa, a Attwood Park, durante las vacaciones de Pascua. Probablemente eso sería lo que le habría retrasado. O tal vez el editor había rechazado de plano la novela.

Mariah oyó cerrarse una puerta y supo que Dixon había entrado de nuevo en la casa. Ambas habían empezado a utilizar las tardes para leer en voz alta y

a corregir su segundo manuscrito, creyendo inocentemente que el editor también lo podría querer. Porque, si no era así, ¿de dónde iban a sacar el dinero? Y si no lo obtenían, ¿adónde iban a ir?

Como si el lugar la estuviera llamando por su nombre, alzó los ojos y dirigió la vista hacia aquel sombrío edificio de piedra gris que estaba más allá de la línea de árboles, que ahora empezaban a llenarse de verdes hojas primaverales. Veía perfectamente el tejado plano, protegido por una plancha de hierro y salpicado de chimeneas. La casa de caridad. ¿Sería posible que Dixon y ella acabaran allí?

De repente, captó un movimiento encima del tejado. Mariah se inclinó hacia delante hasta tocar con la nariz el frío y ondulado vidrio de la ventana. ¿Qué diablos era aquello? Había un hombre andando sobre el tejado. Sus movimientos no eran los de un trabajador, sino algo erráticos y más rápidos de lo normal, y también un tanto... ¿irregulares?

—Pero ¿qué está haciendo? —se preguntó, muy sobresaltada.

—Si te refieres a Martin —empezó Dixon, que en ese momento entraba con la ropa de la colada—, nada útil. ¿Cómo se habrá atrevido a quejarse de mi guiso de pescado!

—¡Acércate, Dixon! —le pidió Mariah con tono de urgencia—. ¿Puedes ver a ese hombre?

—¿Dónde?

—En el tejado de la casa de caridad —dijo, señalando al lugar.

—¡Santo cielo, es verdad! ¡Hay un hombre ahí arriba! —exclamó Dixon—. No lo distingo del todo bien...

—¿Qué crees que estará haciendo? ¿Ejercicio?

—¿Ejercicio? —gruñó Dixon—. ¿En el tejado? Yo creo más bien que debe de estar mal de la azotea, nunca mejor dicho... ¡Hombres! —volvió a gruñir.

Algo en el tono de Dixon llamó la atención de Mariah. La miró atentamente a la cara antes de volver a hablar.

—¿Y qué tal está hoy el señor Phelps?

—Pues... demasiado amigable, no sé si me entiendes.

Mariah la entendió, pero además notó que tenía las mejillas arrojadas. Ambas volvieron a mirar en dirección al hombre del tejado.

—¿Qué tendrá la primavera que vuelve locos a los hombres? —se preguntó Dixon con un suspiro.

Capítulo 8

«Con ayuda de su hermano, (de Frances Burney),
Evelina publicó una novela bajo seudónimo
(en) 1778. El libro tuvo éxito inmediatamente».

VALERIE PATTEN,
biblioteca de Chawton House

Matthew pasó la Semana Santa con su hermana y su cuñado. Mientras estuvo allí fue muy consciente de lo cerca que estaba de cierta hacienda familiar de las afueras de Highworth, pero no se acercó a hacer una visita. Todavía no estaba del todo listo para iniciar la campaña. Transcurrida la Pascua, volvió y se instaló para pasar su primera semana completa como señor de Windrush Court.

Le sorprendió darse cuenta de que pensaba mucho en la chica de la casa del guarda. Ahora que entendía las razones por las que se había mostrado tan enfadada con él, deseaba disculparse, y esperaba aclarar el malentendido que la había llevado a sentir tanta ira contra él.

Esa tarde, cuando se dirigía hacia la casa del guarda precisamente para hablar con la señorita Aubrey, escuchó voces que provenían del interior. La conversación parecía muy seria. Y después oyó una exclamación aguda. ¿Una discusión? Continuó andando, pero más despacio. Tenía todo el derecho a estar allí, se dijo a sí mismo. De hecho, pagaba bastante por el privilegio.

—Te pareces mucho a tu tía, niña. —Era una voz grave, de mujer mayor—.

Si te pusieras una peluca y te rellenaras un poco la cintura, casi hasta podría pensar que la estaba viendo. ¿Es verdad que ese enloquecido y vociferante capitán está otra vez aquí, junto con el joven bribón?

—Sí, señora, el capitán está aquí, acompañado del señor Montgomery — contestó una voz juvenil.

Matthew retrocedió. ¿El capitán? ¿El «capitán vociferante y enloquecido»? Estaba claro que no podían referirse a él. Además, ¿quién diablos era Montgomery?

La mujer mayor continuó hablando.

—En mis tiempos, si se veía a una mujer joven hablando con un hombre que no fuera su padre, su hermano o, como mínimo, su primo, se llamaba a capítulo al caballero y supuesto admirador, y generalmente se le obligaba a pedirla en matrimonio. Pero ahora abundan los individuos, sin una pizca de honor y mucha desvergüenza, que no dejan de rondar a las chicas jóvenes, y por lo que veo no con buenas y caballerosas intenciones, que ponen en peligro su reputación y producen escándalo en todo el vecindario.

Matthew escuchaba, cada vez más desconcertado. ¿«Individuos que no dejan de rondar a las chicas jóvenes»? ¿Acaso la señorita Aubrey recibía muchas visitas masculinas? ¿Qué clase de mujer era? Matthew había pensado que era admirable, y hasta bastante tradicional. Esperaba que su primera impresión fuera correcta, aunque después de lo que había escuchado sin querer...

No había hecho caso a algunos comentarios despectivos de Hammersmith, el administrador, ni tampoco a ciertas pistas malintencionadas de Prin-Hallsey. Había pensado que no se trataba más que de las típicas habladurías sin fundamento. Sabía muy bien hasta qué punto podía la gente ser cruel, y lo rápido que corría cualquier bulo relacionado con la pérdida de la virtud de una joven. Las desgracias de su hermana habían hecho que lo viviera en sus propias carnes.

Llegó a la conclusión de que las mujeres de la casa del guarda estaban hablando de otra, y se marchó de allí con paso resuelto.



Matthew decidió intentarlo de nuevo al día siguiente. La lluvia, que había comenzado suave, no lo disuadió. Era un hombre acostumbrado a permanecer firme en el puente bajo cualquier clase de condición atmosférica, y no le importaba en absoluto mojarse un poco, o incluso empaparse. Pero empezaba a arreciar de verdad, y pensó en darse la vuelta. Pero dado que se había pasado casi una hora reuniendo el coraje suficiente, aparte de dejar que el fastidioso ayuda de cámara le colocase bien el pañuelo, pensó que ya era hora de pedir disculpas a la joven de una vez por todas.

Mientras caminaba por el sendero que serpenteaba por el bosque y que se iba haciendo cada vez más estrecho, oyó el sonido de trozos de madera cayendo unos sobre otros, y se preguntó quién estaría trabajando fuera con este tiempo. Todavía tenía que aprenderse los nombres de todo el personal del servicio, pero pensaba que había un carpintero que vivía en una de las casitas del bosque, no lejos de la casa del guarda. Seguramente sería él quien estaba trabajando.

Pero cuando se aproximó al jardín trasero de la casa, se quedó asombrado, pues era la mismísima señorita Aubrey, doblada por la cintura, y tratando de sacar un hacha de un trozo de madera que no había sido capaz de cortar del todo, y que ahora no podía arrancar por muchos esfuerzos que hacía. ¿Pero cómo era posible? Si «abundaban los individuos» que rondaban por la casa, ¿por qué ninguno de ellos la estaba ayudando?

Tenía la cabeza descubierta, y se había protegido con el impermeable de hule que llevaba la tarde de su primer encuentro, cuando llamó a la casa para pedir ayuda tras caerse del caballo. Bajo el impermeable, el vestido azul se estaba empezando a convertir en un auténtico desastre.

—¡Señorita Aubrey!

La chica levantó la cabeza, y vio que las lágrimas le corrían por las mejillas, aunque inmediatamente se las enjugó con el dorso de la mano. ¿O era simplemente la lluvia?

Se puso tensa. Después reanudó su tarea con determinación, casi con fiereza. Levantó el hacha con el trozo de madera y lo dejó caer con todas sus fuerzas contra el bloque de cortar leña. Sonó un ruido sólido y potente. Pero el trozo de madera no se partió.

—¡No hay manera! —exclamó. Sonó a medio camino entre una queja y una expresión de frustración.

Estaba claro que el problema iba más allá de un trozo de madera que se resistía a ser cortado. Muy frustrada, hizo ademán de tirar el hacha al suelo. Pero él se acercó corriendo y le sujetó el brazo, pues temió que se golpeará los pies con él. Intentó quitárselo de las manos, pero ella lo sujetó con fuerza.

—Permítame —rogó.

—No, gracias —espetó con los dientes apretados.

—Entonces pare, por favor, y espere a que su criado haga esto por usted.

—Solo está Martin, y no puede cortar leña con una sola mano. Además, ha ido al mercado. Se nos ha acabado el carbón, y no hay dinero para comprar más. No puedo pedirle al señor Strong que realice esta tarea, ya ha hecho más que suficiente por nosotras, sería abusar. El fuego está a punto de acabarse y Dixon tiene mucho frío, así que le he dicho que se vaya a la cama. No quiero que se resfríe o que vuelva a enfermarse de fiebres...

Las palabras empezaban a salirle a borbotones de la boca, y el tono de voz se elevaba, mostrando toda su angustia y frustración. Él aprovechó para quitarle el hacha de las manos con mucha suavidad y dejarlo en el suelo. La agarró de los hombros con firmeza, pero sin violencia, y le habló con mucha seriedad. Se preguntó si no era demasiado atrevimiento el hecho de tocarla, pero tenía muy claro que no lo habría hecho si no hubiera estado tan angustiada. Sintió la imperiosa necesidad de consolarla, y rogó al cielo que no se ofendiera.

—Señorita Aubrey, en primer lugar, déjeme decirle que no soy en absoluto responsable de que se le haya elevado la renta. Creo que el señor Prin-Hallsey deseaba echarme la culpa, pensando que no me importaría, ya que pensaba que ni siquiera nos conocíamos. Pero sí que me importa. Y no sabe cuánto siento que haya pensado mal de mí después de lo amablemente que se portó conmigo tras el incidente con mi caballo. ¿Me cree?

Asintió y pestañeó. Tenía los ojos llenos de lágrimas y de agua de lluvia.

—Sí. Por supuesto que me parece lógico que Hugh haya hecho eso, dada su manera de ser y de comportarse.

—Deseo y espero que seamos amigos, señorita Aubrey. Y como muestra

de mis disculpas y de mi amistad, le pido por favor que entre en la casa, que se seque, y que me permita terminar de cortar esta madera.

—Pero no me parece bien. No sería adecuado que...

—¡Claro que lo sería! —insistió—. No estoy acostumbrado a la holgazanería, necesito hacer ejercicio. Por favor.

Un hilo de lluvia le bajó por la frente, pasó entre las cejas y terminó descendiendo por la nariz. Volvió a pestañear.

—Muy bien, capitán. Pero solo por esta vez. Gracias.

Agarró el hacha y se dispuso a hacer el trabajo, pero ella volvió a hablar.

—Y le agradezco también la explicación. Debería haberlo imaginado.



Una vez dentro de la cocina, Mariah colgó el impermeable y se hizo con un paño limpio para secarse el pelo. Se decía a sí misma que tendría que haber caído en la cuenta de que Hugh, como dueño de la hacienda, seguía al cargo de los arrendatarios, pero no tenía la menor experiencia personal respecto a tales asuntos, y Hugh había sonado de lo más convincente. Ahora se daba cuenta de por qué Fran decía que era un muchacho malvado y retorcido.

Observó al capitán Bryant a través de la ventana. Había dejado el *blazer* encima de un barril, justo al lado del establo. Solo con el chaleco y en mangas de camisa, levantó el hacha y lo golpeó contra el bloque, rompiendo con facilidad el trozo de madera. Empezó a colocar y a cortar en trozos un tronco tras otro, y después colocó la leña junto a la puerta de entrada de la cocina. La lluvia se había suavizado, pero seguía teniendo el pelo, rizado y denso, completamente empapado. Las mangas de la camisa, también húmedas, dejaban traslucir la enorme fortaleza de los músculos de los hombros y de los bíceps. A través de la tela, cada vez más mojada, podía ver perfectamente la tersa piel que cubría su potente musculatura.

«Extraordinariamente masculino este capitán Bryant», pensó. Le gustó el perfil de la cara, la nariz aguileña y la fortaleza de las mejillas y el mentón. Y tuvo que reconocer que lo encontraba atractivo, y más ahora que había dejado de ser el villano en este desgraciado capítulo de su vida.

«¡Mariah!», se riñó a sí misma en silencio. ¿Acaso no se había prometido que para ella se habían acabado los hombres, y que era una locura confiar en sus promesas vanas, pero que después se demostraban como falsas actitudes? Pero, a pesar de ello, sabía que tal decisión era una armadura demasiado liviana a la hora de enfrentarse a la realidad con la que se enfrentaba. Y es que sabía que ningún hombre honorable podría amarla nunca, dadas las circunstancias. Lo que necesitaba era endurecer el corazón, mantenerlo inmune.

Y, en ese momento, desviar la mirada.



Cuando, el sábado siguiente, vio a Henry acercarse andando por el camino que conducía hasta la casa del guarda, las palmas de las manos empezaron a transpirar. ¿Por qué no la había escrito? ¿Acaso eran tan malas las perspectivas que quería darle la noticia en persona, para poder consolarla en su desgracia?

Resistió la tentación de abrir la puerta antes de que llamara y, cuando lo hizo respiró muy hondo y después abrió la puerta.

—¡Hola, Henry! Pasa, por favor.

Su hermano se sentó en un sillón, mientras ella recolocaba otro para estar frente a él. Muy nerviosa, entrelazó las manos y las colocó en el regazo para intentar disimular el temblor.

—No voy a tenerte en vilo —empezó—. El señor Crosby está interesado en publicar tu novela.

Tuvo miedo de creérselo en vano.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. Le da igual pagar un tanto alzado por hacerse con los derechos o ir a comisión, compartiendo la inversión con el autor. Como ninguno de los dos tenemos dinero para cubrir los costes de impresión, me decanté por la primera posibilidad, es decir, por el alzado. Espero que te parezca bien.

Sintió un alivio inmenso.

—Por supuesto que me parece bien. —Apenas podía creérselo. Su libro se imprimiría, toda Inglaterra podría leerlo, o por lo menos unos cientos de personas, que se arriesgarían a leer la obra de una autora novel y desconocida. Le invadió un sentimiento de inmensa alegría, pero le entraron dudas al ver la expresión de Henry.

—¿Qué ocurre?

Su hermano se inclinó hacia delante, colocó los codos sobre las rodillas y entrelazó las manos.

—El señor Crosby quiere conocerte. En persona.

—¿Cómo dices?

—Pues lo que has oído, Rye.

La cabeza le daba vueltas.

—¿Pero por qué? ¿Qué más le da a él? No voy a ser la primera autora, ni autor tampoco, claro, que firme sus libros bajo seudónimo.

—Es verdad. Aunque dice que prefiere conocer la identidad real de todos sus autores, aunque sus lectores no la conozcan. Al parecer, hace poco se produjo una protesta pública contra cierto conocido escritor que está utilizando distintos seudónimos para «colocar» trabajos de escasa calidad. Y, además, como hoy en día hay muchas autoras que escriben historias moralizantes y didácticas, se ve en la obligación de confirmar sus identidades. No quiere llevarse sorpresas desagradables. Por ejemplo, no le gustaría descubrir que su última novela de éxito se escribió tras los muros de Newgate, o de una Magdelene.⁴

—¿Pero eso es terrible! —gruñó Mariah—. No quiero que nadie meta la nariz en mis propios asuntos. Precisamente por eso quería mantener en secreto mi identidad.

—Ven a Oxford y reúnete con él. Comprobará que eres una dama refinada que has recibido una esmerada educación, y todo irá bien. Es solo una formalidad.

—No tengo ningunas ganas de ir a Oxford.

—¿Y tampoco quieres que se publique tu trabajo?

—¿No crees que haya manera de convencerlo? —preguntó Mariah mirándolo fijamente.

—Pues no. Se mostró absolutamente inflexible al respecto. Aunque quizá...

—¿Qué?

—El señor Crosby se ofreció a visitarte, si eso resultaba más conveniente para ti. ¿Lo preferirías?

Mariah dudaba. ¿Qué sería mejor? Por una parte, le apetecía más la idea de reunirse con el editor en la seguridad de su retiro privado, lejos de miradas fisgonas e indiscretas. La asustaba mucho viajar en una diligencia pública, pues cualquiera sabía quiénes podrían ser los demás pasajeros. Pero ¿de verdad se atrevería a traer aquí, a su lugar de exilio, al señor Crosby? ¿Acaso lo extraño de la situación, el hecho de que una mujer joven y soltera estuviera viviendo alejada del hogar familiar, no daría lugar a preguntas que quería evitar a toda costa? Y, lo que todavía era peor, una vez que el caballero la hubiera visitado en la casa del guarda, ¿sería capaz de guardar el secreto acerca de quién era «Lady A» y de las humildes condiciones en las que vivía? ¿Qué ocurriría si sus padres se enteraran, no solo de la ayuda que le había prestado Henry para lanzar su aún muy incierta carrera como escritora, sino el mismísimo hecho de que la emprendiera? Su padre lo desaprobaba casi con la misma intensidad que los desgraciados hechos que la habían llevado hasta allí.

Desde el punto de vista del dinero, le resultaba extraordinariamente difícil afrontar el viaje. Pero ¿y si la reunión en la casa del guarda le abriera la puerta a la publicación y al pago del alquiler? Tendría que hacerlo. Se encontraría aquí con el señor Crosby, intentaría convencerle por todos los medios de que era una mujer de buena cuna y que merecía la pena, aunque, en cualquier caso, no fingiría ser perfecta, y procuraría que no hiciera excesivas indagaciones acerca de su pasado. Hasta podría surgir la ocasión de enseñarle, y eventualmente entregarle, su segundo manuscrito. Ella y Dixon todavía estaban haciendo la lectura en voz alta de la versión más reciente, e introduciendo las últimas correcciones.

—Muy bien. Si no tiene problemas para venir aquí, lo prefiero.

—Eso es lo que me ha dicho, que no tenía inconveniente. Tiene muchas ganas de conocerte.

—¿Cuándo vendría? —preguntó.

—El sábado que viene —respondió Henry apretándole la mano.

¿Traería el dinero del pago? ¿O lo enviaría más adelante, una vez celebrada la entrevista, y que esta fuera positiva? Ya solo quedaban dos semanas para realizar el pago obligado de las veinte libras de renta. Esperaba que el alzado por su novela fuera suficiente para afrontarla, y que llegara a tiempo.

Antes de marcharse, Henry le entregó una carta.

—Es de Julia. Yo tenía la esperanza de volver a verte, y me la dio para que te la entregara.

—¡Oh...! —susurró Mariah, con el aliento casi perdido—. No debería haberse arriesgado a hacerlo.

Desdobló la hoja de papel, y los ojos de Mariah buscaron la firma del final de la carta. Por eso vio una postdata escrita por su madre, de su propio puño y letra.

Ni te imaginas lo aliviada que me siento por saber que te encuentras bien. Rezo por ti cada día.

Al leerla, sintió una alegría inmensa. Después prácticamente se bebió la entusiasta carta de su hermana.

Querida Mariah:

¡Qué cruel es esta separación! No tengo palabras para decirte lo que hecho de menos nuestras conversaciones nocturnas. Sé que padre se enfadaría mucho conmigo si se enterara de que te he escrito, pero no podía parar hasta compartir mi secreto más íntimo con mi hermana del alma.

¡Estoy enamorada! ¡Sí! He conocido al joven más guapo, atento y amable que existe. Espero que, muy pronto, le pida mi mano a padre. Quiero decir, cuando haga acopio de valor... ¡Ya sabes lo difícil que es pedirle nada a nuestro padre! Supongo que no debería decirlo, pero sigo muy enfadada. Aún no me han dicho, ni me dirán, qué es lo que has hecho, pero conociéndote como te conozco, es imposible que sea algo tan malo. No como para echarme de casa como te han echado...

«¡Pero sí que lo es!», pensó con tristeza, sintiendo de nuevo el dolor y la

mortificación que le causaba el error que había cometido. ¡Cómo le hacía sufrir el hecho de que su hermana pequeña también tuviera que pasarlo mal por su culpa!

4 Nota del Trad.: Newgate era una prisión londinense para hombres. En la época de la Regencia, se llamaba *Magdelenes* a unas casas de caridad creadas para dar cobijo a mujeres descarriadas o sin medios económicos.

Capítulo 9

«Walter Scott no debería escribir novelas,
y menos si encima son buenas. No es justo.
¡Ya tiene suficiente fama y dinero como poeta!»

JANE AUSTEN, 1814

El sábado siguiente Mariah se puso un vestido de día de manga larga de color marfil, con un cinturón alto rematado en un lazo azul lavanda. Se recogió el pelo de forma sencilla, aunque muy esmerada, esperando causar una buena impresión. Cerca de la hora de la reunión, decidió bajar a la sala de estar e intentar tranquilizarse.

Dixon estaba de pie, mirando inquieta por las ventanas; cuando el reloj marcó la hora exacta, habló en un susurro.

—¡Aquí está!

Mariah se levantó de la silla con piernas temblorosas y se alisó la falda mientras Dixon abría la puerta principal.

El señor Crosby era un caballero de estatura media, pero su complexión delgada lo hacía parecer más alto de lo que realmente era. Llevaba el pelo, castaño oscuro, peinado a la moda, hacia delante, y el sedoso flequillo casi le llegaba hasta las cejas, más oscuras aún que el cabello. Tenía los ojos marrones; eran los más grandes que había visto en su vida, al menos en el caso de un hombre adulto. La nariz era estrecha y prominente, y los pómulos resultaban bastante llamativos, rodeados por la piel pálida. En conjunto, su

aspecto era agradable. Mariah pensó que parecía un asceta bien vestido, mientras que ella, por el contrario, pensaba que su aspecto era voluptuoso.

—A. K. Crosby, señora —se presentó, haciendo una educada inclinación—. ¿Estoy teniendo el placer de conocer a «*Lady A*»?

—En efecto, caballero —contestó, e hizo una reverencia, aunque no excesivamente pronunciada, teniendo en cuenta que su vestido, bastante simple, también era ligeramente escotado. Tenía claro que su aspecto no era, ni mucho menos, el de una artista o intelectual que pasaba hambre, al menos en comparación con él. No obstante, su ropa, muy elegante (pañuelo de seda, chaleco y levita parda con las solapas de terciopelo) no eran ni mucho menos el atuendo de un hombre sin recursos económicos.

—Es un honor para mí —dijo con tono cálido, y Mariah se sintió halagada por su amabilidad.

—Por favor, vamos a ponernos cómodos. ¿Tomamos asiento? —ofreció.

—Muchas gracias.

Pensó que debería acordarse de ofrecerle que repitiera de todo lo que le sirviera. «¿Más té, señor Crosby? ¿Otro panecillo dulce? ¿O prefiere otra galleta de mantequilla?».

Se dio cuenta de que Dixon no se había ofrecido a recoger su sombrero. Se disculpó con una sonrisa y señaló la mesa. Dejó el sombrero sobre ella y se sentó, recogiendo los faldones de la levita mientras lo hacía. Ella se sentó también, estirándose la falda del vestido. Esperaba que no resultara llamativamente pasado de moda.

Levantó la vista y notó que la miraba con ojos muy atentos, y que le bailaba en los labios una sonrisa mínima y contenida. Un poco avergonzada, echó un vistazo al corpiño para asegurarse de que estaba como debía. ¿Por qué no se habría puesto una pañoleta?

—Espero que no le importe que le diga que es usted bastante más joven y... más, eh... elegante y agradable de lo que esperaba.

¿Agradable? ¿Qué querría decir con eso? Lo que realmente decían sus ojos era «guapa», pero supuso que resultaría poco profesional decir algo tan personal y poco refinado.

—¿La mayoría de sus autores son de más edad? —preguntó, intentando

mantener la compostura en la conversación.

—Sí. La mayor parte de ellos, y de ellas, son de mediana edad, y también los hay muy, muy mayores.

—¿Y cómo reaccionan a la hora de trabajar con un editor tan joven?

Inmediatamente se arrepintió de haber preguntado tal cosa, pero la verdad era que le sorprendería incluso que hubiera cumplido ya los treinta.

Miró hacia abajo un poco avergonzada y sonrió entre dientes.

—*Touché*, señorita... ¿Le importa que la llame por su nombre real?

—No, supongo que no.

—Entonces tendría usted que decírmelo —admitió, tocándose la barbilla como pidiendo disculpas.

Mariah notó que se ruborizaba inmediatamente por el calor que sintió en las mejillas.

—¡Oh, perdóneme! Pensaba que mi... que Henry se lo habría dicho ya.

—El señor Aubrey actúa de forma muy discreta y protectora con todo lo que respecta a usted, señorita. —Cruzó una pierna sobre la otra y retiró una pelusa de la pernera del pantalón—. Me imagino que cobrará una comisión de sus ganancias.

Negó vigorosamente con la cabeza.

—Se niega a recibir nada.

Se dio cuenta inmediatamente de que el señor Crosby estaba buscando pistas. ¿Qué sería peor, dejar que el hombre pensara que Henry era su novio o amante o admitir que eran hermanos y arriesgarse a que su padre averiguara que la estaba ayudando?

—¿Henry tampoco le ha explicado la naturaleza de nuestra relación? —preguntó con precaución.

La pregunta pareció sorprenderle mucho y, si no se equivocaba, le pareció notar cierto tono de color en sus normalmente pálidas mejillas.

«¡Esto no puede ser!», pensó, e inmediatamente tomó una decisión. En cualquier caso, ¿que probabilidad había de que su padre coincidiera con este joven editor de Oxford?

—Henry es mi hermano, señor Crosby —explicó—. Actúa como mi representante para ayudarme y porque es una buena persona.

La cara que puso el individuo le pareció de incredulidad y, en cierto modo, también de alivio.

—Pero, si es su hermano, ¿por qué no me lo había dicho? ¿A qué viene tanto secretismo?

—El problema es nuestro padre, ¿sabe? —dijo, tras morderse el labio—. No aprobaría bajo ninguna circunstancia que Henry se implicara en mi... nueva vida.

Afortunadamente, lo entendió mal.

—¿Su padre no aprueba que usted escriba novelas?

«Eso se queda bastante corto», pensó Mariah. ¡Hasta se había quejado de que hubiera libros en casa, echándoles en parte la culpa de esa «moda romántica» que había terminado conduciendo a su caída.

—No, en absoluto —se limitó a decir—. Y por eso, señor Crosby, le ruego que evite mencionar a nadie la existencia de cualquier tipo de relación entre Henry Aubrey y Lady A. Incluso le pediría que ni siquiera lo nombre. Ambos le quedaríamos muy agradecidos. Y, por supuesto, yo también deseo mantener el anonimato.

—Dado que aún no me ha dicho su apellido, la verdadera identidad de *Lady A* no puede conocerse, por lo que el anonimato está garantizado.

—Soy la señorita Aubrey.

—¿Señorita?

Asintió.

—¿Y podría saber su nombre de pila, aunque, por supuesto, no voy a utilizarlo?

—Pues no lo sé, A. K. —respondió sonriendo—. ¿Puedo yo saber el suyo? Sonrió, apreciando su perspicacia.

—Anthony King, pero como también era el nombre de pila de mi padre, prefiero que los que me conocen me llamen A. K.

—Entiendo. Yo me llamo Mariah.

—La señorita Mariah Aubrey... Un nombre precioso.

Notó que las mejillas se le encendían de nuevo.

—Gracias.

—Le agradezco mucho el que haya accedido a reunirse conmigo, señorita

Aubrey —dijo, echándose un poco hacia atrás en el sillón—. Creo que entiendo su renuencia, al menos en parte...

Sonó una llamada corta y el señor Crosby dejó de hablar, dirigiendo la mirada hacia la puerta de la cocina. Martin la abrió para dejar pasar a Dixon, que portaba una bandeja con todos los accesorios del té. El propio Martin pasó después, llevando la tetera. A Mariah le extrañó su presencia, pero enseguida lo olvidó.

—¿Quiere alguna bebida para refrescarse, o algo de comer, señor Crosby? —ofreció Mariah—. Estoy segura de que tendrá hambre tras el viaje.

—El té me parece magnífico, muchísimas gracias.

Sin que le temblaran las manos en absoluto, le sirvió una taza, que él aceptó con una sonrisa distraída. Pero cuando le ofreció azúcar, leche o limón, lo rechazó todo, exactamente igual que cuando le propuso tomar un panecillo duce o una galleta de mantequilla. Mariah suspiró para sí. Le resultaba difícil tratar con personas tan contenidas. Si él no comía, ella tampoco debía hacerlo, pues resultaría muy impropio de una dama. Y quería evitar dar esa impresión a toda costa, al menos hoy.

Dio un sorbo a su té y de inmediato echó de menos el azúcar.

Cuando Dixon y Martin se marcharon y cerraron la puerta, el señor Crosby continuó.

—Espero que Henry le haya dicho lo mucho que me ha gustado su novela.

—No me lo había dicho, y me alegra escucharlo. De todas formas, supongo que daba por hecho cierto nivel de aprobación, dado que se ha mostrado interesado en publicarla.

Asintió.

—Y déjeme que le diga que no es usted la primera dama que quiere mantenerse alejada del conocimiento público, por temor a quedar expuesta al escrutinio, e incluso quizá hasta a la censura social.

Mariah notó que se le helaba la sonrisa. Ya había quedado expuesta a ambas cosas. ¿Debería contárselo?

—¿Se reúne usted con todos los autores a los que publica? —preguntó finalmente.

Bebió un pequeño sorbo más antes de dejar la taza sobre el plato.

—Con los nuevos, sí. Muchos de nuestros autores llevan muchos años con nosotros, Crosby & Company, desde mucho antes de que yo tomara las riendas de la misma en lugar de mi padre.

—¿Y qué es lo que pretende conseguir cuando se reúne con los autores nuevos?

—Pues, sobre todo, quiero confirmar que son de verdad quienes dicen ser.

Mariah dio un sorbo, aunque solo con la intención de humedecerse los labios, que repentinamente se le habían secado.

—Pero está claro que muchas mujeres, y también bastantes hombres, publican utilizando seudónimo. Pocos de nosotros somos realmente quienes decimos ser. Incluso Walter Scott, aunque él no engaña a casi nadie con sus casi ridículos «Capitán Clutterbook» o «Crystal Croftangry».

Crosby asintió.

—No solo hablo del nombre que se utilice, señorita Aubrey, sino sobre todo de la autenticidad del carácter. Hubo un enorme revuelo, y mucho enfado también, cuando Miss Pinkley, la autora de *Consejos a Rosina y a todas las damas inglesas* resultó ser nada menos que el señor Eugene Fowler, que ha pasado varios años en la cárcel.

—Le puedo asegurar que no soy un hombre, señor Crosby.

Su expresión no cambió ni un ápice mientras la miraba. Eso sí, pestañeó una vez, e inmediatamente otra.

—De eso no me cabe la más mínima duda, señorita Aubrey. —Se inclinó hacia delante antes de continuar—. De hecho, ahora que la he conocido y que he hablado con usted, estoy muy tranquilo respecto a lo que hemos hablado. Usted es una mujer muy educada y distinguida.

—Gracias —murmuró, sintiéndose un absoluto fraude.

El editor dejó la taza sobre la mesa auxiliar.

—Tengo que confesarle que preferiría utilizar su nombre real en vez de *Lady A*, que me parece excesivamente impersonal, algo así como si se dijera que la novela está «escrita por una dama». De todas formas, con autores que ya han publicado varias novelas, se podría poner aquello de «del autor de tal, y tal, y tal novela...» en la contracubierta de su última publicación. Pero como en este caso se trata de su primer libro...

—Ya se lo he dicho, y perdone mi insistencia, pero o publico de forma anónima o no publico —dijo. Se le tensó la mandíbula a su pesar.

La miró durante un instante, como si estuviera tomando una decisión.

—Muy bien. —Se metió la mano en el bolsillo interior de la levita, extrajo varios billetes de banco y los colocó sobre la mesa sin hacer ningún comentario. Después respiró hondo y se frotó las manos, con gesto expectante—. Y ahora, por favor, hábleme de esa segunda novela que me ha mencionado su hermano.



Media hora más tarde Mariah acompañó a la salida al señor Crosby y se detuvo en el umbral para despedirse de él. Se quedó muy sorprendida al ver al capitán Bryant atando a su caballo a la valla.

—Capitán Bryant —le saludó débilmente, sintiéndose desasosegada porque su «reunión secreta» hubiera sido descubierta.

—Señorita Aubrey. —El capitán Bryant la miró durante un rato, pero inmediatamente volvió los ojos hacia el individuo delgado y bien vestido que estaba a su lado.

Mariah los miró al uno y al otro, sin saber muy bien qué debía decir.

—Señor Crosby, permítame que le presente al capitán Bryant, mi vecino y arrendador. Capitán, el señor Crosby, mi... —Se quedó callada durante un instante, y pudo apreciar la mirada expectante del capitán—. Un amigo de la familia.

El capitán Bryant entrecerró los ojos, mostrando claramente que la presentación lo había dejado insatisfecho.

—¿Cómo está, señor Crosby?

—Muy bien, gracias. En cualquier caso, debo marcharme. —Consultó su reloj de bolsillo—. La diligencia de Oxford sale de la posada Mill Inn a las cuatro, según creo.

—¿Va usted a ir andando, caballero? —preguntó el capitán Bryant.

—Sí.

—Entonces estaría encantado de que utilizara mi caballo. Puede dejárselo

al mozo de cuadra de la posada y decirle que mandaré a buscarlo dentro de una hora, más o menos.

—Es muy amable de su parte, capitán, pero no tendré ningún problema para llegar a tiempo de tomar la diligencia. Calculé lo que tardaba en llegar cuando vine andando, y aún me sobran unos cinco minutos.

—Como usted desee.

El señor Crosby hizo una inclinación, sonrió en dirección a Mariah, se dio la vuelta y echó a andar a buen paso.

Mariah y el capitán lo vieron marchar sin decir palabra. El ambiente estaba claramente cargado entre ambos, debido a las preguntas no planteadas y no contestadas.

De repente cayó sobre el prado una pelota, que dio varios botes hasta pararse a los pies del capitán. Se agachó para recogerla justo en el momento en el que George Barnes llegaba corriendo por el sendero de la casa de caridad. Al ver al extraño, el chico se quedó quieto y mudo.

El capitán se agachó para recoger la pelota y, viendo que el muchacho estaba preparado, se la lanzó con precisión. George la agarró sin dificultad.

Mariah saludó con la mano a George, muy contenta por el hecho de que hubiera contribuido a romper el momento de tensión.

—Acércate, que te voy a presentar a nuestro nuevo vecino. —Cuando George llegó a su altura, Mariah se volvió hacia el capitán—. Capitán Bryant, permítame que le presente a George Barnes. Su hermana y él viven en Honora House, allí, al otro lado de la carretera.

—Hola, George.

—Hola, caballero. ¿Qué clase de capitán es usted?

—De la Armada Real.

George se rascó la oreja, pensativo.

—Pues está bastante lejos del mar.

El capitán sonrió.

—Lo echo de menos cada día.

Después de que George se hubiera marchado, el capitán Bryant se dirigió a Mariah en tono normal.

—¿Qué es Honora House?

—El asilo para pobres, o casa de caridad, que gestiona la parroquia.

Muy aliviada porque no insistiera en preguntarle sobre el señor Crosby, Mariah le explicó lo poco que le habían contado acerca de la casa de caridad Jack Strong y el señor Phelps.

Honora House no era la habitual casa de caridad para pobres, de las que abundaban en Inglaterra, en las que los residentes tenían que trabajar duro para ganarse la estancia y la manutención, por ejemplo, picando piedra, recogiendo estopa o trabajando en un molino o una fábrica textil. Esta casa de caridad solo acogía personas ancianas, tullidas, discapacitados mentales y niños. No se los forzaba a trabajar, pero todos los que podían participaban en las tareas de limpieza, mantenimiento, cocina, etcétera, en la medida de sus propias posibilidades y con el objetivo de que el lugar, en lo sustancial, se mantuviera por sí mismo. Se asignaban tareas de cuidado de los jardines, en las cocinas, en la lavandería o en la sala de costura, donde jóvenes y mayores, hombres y mujeres, no paraban de elaborar calcetines, medias y bufandas, que después se vendían en el mercado del pueblo. La institución recibía también fondos de la iglesia y de benefactores adinerados, la familia Prin-Hallsey entre otros.

Mariah se preguntó en ese momento si Hugh mantendría la contribución o no.

—Es un lugar poco habitual para ser una casa de caridad para pobres — reflexionó el capitán—. Tan cerca de la hacienda, quiero decir.

—Sí —indicó Mariah—. Yo también lo había pensado.

Ahora que había recibido el pago por su primera novela, no se vería obligada a acudir allí. Por lo menos de momento.

Capítulo 10

«Señor, la honestidad, como los avaros, oculta su riqueza en un pobre alojamiento; algo así como la perla se oculta dentro de una ostra nauseabunda».

WILLIAM SHAKESPEARE, 1814

 lo largo de las dos semanas siguientes, Mariah pudo ver varias veces al hombre que se movía sobre el tejado de la casa de caridad. Se preguntaba si sería un empleado de la institución, o bien uno de los residentes. De ser un trabajador, el tejado tenía que estar en muy malas condiciones para requerir tanta atención.

Un día, después de haber visto al individuo del tejado, Mariah vio a George y a Lizzy Barnes caminando por la carretera, volviendo desde el pueblo. Según le había contado George, hubo un tiempo en el que su padre era el dueño de uno de los molinos cercanos al río, en Whitmore. Pero la existencia de tres molinos en un pueblo tan pequeño resultaba excesiva, y el padre se arruinó por falta de actividad. Mariah se podía imaginar perfectamente a George ya mayor, con un delantal limpiísimo cubriéndole la tripa y el pelo y las manos salpicadas de harina blanca, sirviendo alegremente a los clientes del molino. Así habría sido su vida si su padre no se hubiera arruinado y hubiera perdido el molino.

Su madre trabajaba como interna al servicio de una anciana de Bourton. Una vez le preguntó a George por qué razón su madre no se iba a vivir con

ellos a Honora House, y recordaba que el chico negó con la cabeza.

—Dice que entrar en una casa de caridad la mataría. Ella, hija de un caballero, y todo eso. Ya el hecho de enviarnos a Lizzy y a mí estuvo a punto de acabar con ella. Pero tras la muerte de padre, ella no podía mantenernos, ¿cómo iba a poder? Y la vieja para la que trabaja no tiene sitio en su casa para nosotros. Y, encima, no le gustan los niños.

La hermana de George, Lizzy, era una muchacha de diecisiete años con el pelo dorado, un poco más claro que el de su hermano, y de ojos azules, en su caso un poquito más oscuros. Era una chica delgada y no mucho más alta que su hermano, pese a que era seis años mayor. No le cabía duda de que, en poco tiempo, George la superaría en estatura como ya lo había hecho en anchura. De haber seguido siendo hija de un molinero, es decir, una dama con cierta capacidad económica por su familia, seguro que Lizzy habría podido acceder a un buen matrimonio, gracias a una dote generosa o, como mínimo, a un acceso vitalicio al pan y a otros alimentos que proporcionaría el molino. En lugar de eso, allí estaba, pasando su juventud en la casa de caridad, floreciendo radiante, pero sin que prácticamente nadie tuviera la oportunidad de verla.

Mariah se preguntó acerca de cómo era posible que George Barnes gozara de tanta libertad como parecía. Había oído que los niños de la casa de caridad tenían que ir al colegio un mínimo de tres horas diarias, salvo los domingos. El maestro del pueblo acudía al edificio para enseñarles lectura, escritura y aritmética básicas. Y también tenían que realizar ciertos trabajos, acordes con sus capacidades. Sin embargo, George parecía pasear por los alrededores a voluntad.

Mariah veía menos a menudo a Lizzy. En función de su edad, ya no tendría derecho a permanecer en la casa de caridad. Cuando los chicos cumplían trece años, y las chicas dieciséis, se consideraba que ya estaban capacitados físicamente para trabajar, y debían ser enviados a casas con manutención a cambio de trabajo, como los de Cirencester o Stroud, o a la casa industrial de Oxford. Todos ellos eran destinos mucho más duros que la relativamente tranquila vida que se llevaba en Honora House.

Sin embargo, Lizzy se había quedado y trabajaba a las órdenes de la

governanta del lugar. De esa forma podía seguir viviendo con su hermano pequeño.

Mariah abrió la ventana y se asomó para llamar a George.

El chico sonrió y se encaminó hacia la casa del guarda.

—¿Sí, señorita?

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—¡Por supuesto, señorita! Ya sabe que, a cambio de una galleta, soy capaz de hacer cualquier cosa.

—¡Mira que eres glotón! —le dijo, tomándole el pelo—. Hoy no tengo galletas, pero vuelve mañana, a ver si hay suerte.

Sus ojillos brillaron de inmediato.

—¿Quién es ese hombre que anda por el tejado de la casa de caridad? —preguntó.

—No puedo decírselo, señorita. —La sonrisa del chico se esfumó inmediatamente.

—¿No sabes cómo se llama?

—No, señorita. —Agachó la cabeza, incómodo, un gesto muy poco habitual en él.

Lizzy se acercó y pasó un brazo alrededor de los hombros de su hermano.

—Por favor, señorita, no le pregunte. Se supone que no sabemos que hay un hombre que anda por el tejado, y desde luego no podemos hablar de ello.

—¿Pero por qué?

Lizzy arrugó el entrecejo con gesto de enfado, algo muy poco habitual en ella, que siempre tenía una expresión muy dulce.

—Lo siento, pero no puedo evitar sentirme intrigada —se disculpó Mariah haciendo una mueca de disgusto—. Mi naturaleza me obliga a intentar descubrir los secretos. —«A no ser que tengan que ver conmigo», añadió para sí misma.

Mariah se despidió de los hermanos Barnes y cerró la ventana. Inmediatamente oyó el taconeo de las botas de Dixon y la llamó cuando llegó al pasillo.

—Ese hombre está otra vez en el tejado.

Dixon entró en la habitación y se puso a su lado, junto a la ventana. Al

observar al individuo, negó con la cabeza y chasqueó la lengua.

—Como no tenga mucho cuidado, se va a caer, y podría matarse. ¡Es un loco!

—¿De verdad crees que corre peligro? —preguntó Mariah alarmada—. Igual debería acercarme y decirle a la gobernanta que ese hombre está subido al tejado.

Sabía que en la casa de caridad había vigilantes, pero el día a día quedaba en manos de la gobernanta, la señora Pitt.

—No me gustaría que se hiciera daño por no haber avisado de lo que pasaba —añadió.

—Llévate a Martin —dijo Dixon dándose la vuelta—. Si se queda solo conmigo igual me tira por la ventana.



Minutos después Mariah iba camino de la casa de caridad. El edificio era de tres pisos, con un tejado plano en el que se elevaban muchísimas chimeneas, las que se veían desde la casa del guarda. Era la primera vez que veía tan de cerca la casa de caridad. Mientras Windrush Court y la mayoría de los edificios del pueblo estaban contruidos con la típica piedra color miel de Cotswolds, el material de construcción de Honora House era una roca gris oscura, mucho más austera. A cada lado había muchas ventanas rectangulares, una fila en cada piso, perfectamente alineadas. Un par de tejos largos y escuálidos flanqueaban la entrada, que no tenía ningún tipo de adorno.

A unos metros a la izquierda de la puerta de entrada había dos mujeres sentadas en un banco. Parecían muy pequeñas en comparación con la gran magnitud general del edificio. Cuando se acercó, Mariah se dio cuenta de que las mujeres eran mayores, de más de sesenta años. Una tenía el pelo oscuro y estaba haciendo calceta, mientras que la otra, con el pelo blanco, no hacía más que tomar tranquilamente el agradable sol primaveral.

—Buenos días, señoras —las saludó Mariah—. ¡Qué día tan estupendo para estar fuera!, ¿verdad?

—Desde luego que si —confirmó la mujer del pelo blanco.

—Pero se acercan nubes —corrigió su compañera de pelo oscuro.

Mariah paseó la mirada de una a la otra. Y antes de que dijera la siguiente frase, ya sabía que solo iba a ser cierta a medias. Tomados uno a uno, sus rasgos eran extraordinariamente parecidos, pero además del color del pelo, había también otras diferencias notables entre ellas.

—Son ustedes muy parecidas —dijo al fin—. Deben de ser hermanas.

—Y usted tiene que ser un genio. —La frase la pronunció la mujer del pelo oscuro con mechones grises. Alrededor de la boca y de los ojos tenía unas arrugas muy profundas, que seguramente habían labrado los tiempos duros y la amargura.

—Sí que lo somos —dijo la hermana del pelo blanco con una sonrisa—. Y gemelas. Yo nací después, pero tengo el pelo blanco, mientras que mi hermana aún lo tiene oscuro. Es lo que digo siempre: en este mundo la justicia brilla por su ausencia, ¿a que sí? —Sus ojos centellearon, y Mariah supo que estaba bromeando.

—Soy la señorita Mariah Aubrey —dijo, esbozando una sonrisa—. Vivo en la casa del guarda, al otro lado de la carretera.

—¡Ah, sí! —La gemela alegre asintió—. Los niños han hablado de usted. Es tan guapa como han dicho, por cierto.

—No han dicho eso —espetó su hermana frunciendo el ceño.

—Bueno, puede que no con esas palabras. Son niños, después de todo. Pero lo expresan dándose codazos y poniéndose colorados.

—Solo sé el nombre de algunos de los niños —intervino Mariah sonriendo—. George, Sam y la hermana de George, Lizzy.

—George es un encanto. Trajo el tarro de mermelada que usted le dio y lo compartió en la mesa el domingo por la mañana.

—¿De verdad? No sabe cuánto me alegro de saberlo.

—A mí no me llegó apenas nada —protestó la gemela hosca—. Aunque estaba buena, la verdad —concedió.

—Cuando Dixon y yo hagamos más, traeré un tarro para ustedes dos —prometió Mariah.

—Es usted muy amable, querida. ¿Dixon es su criada?

—Prefiero llamarla acompañante —contestó, encogiéndose de hombros—.

La señorita Dixon era nuestra antigua niñera, pero se quedó con la familia después de que mi hermana y yo nos hiciéramos mayores. —Se apresuró a cambiar de tema antes de que se les ocurriera preguntar por su familia—. ¿Puedo saber cómo se llaman?

La gemela alegre de pelo blanco sonrió y señaló a su hermana.

—Le presento a la señorita Agnes Merryweather, y yo soy la señorita Amy.

—Me legro de conocerlas —dijo Mariah, haciendo una pequeña reverencia ante cada una de ellas. Amy sonrió beatíficamente, mientras que Agnes la miró con los ojos entrecerrados.

—Quería hablar con la gobernanta de la institución. ¿Saben ustedes si...?

—Está fuera —la interrumpió Agnes, y cerró la boca con tanta fuerza que sus labios apenas formaron una estrechísima línea.

—La señora Pitt ha ido al pueblo —dijo Amy—. La ha invitado a cenar la familia del vicario, y también va el ayudante del alguacil. ¿No es estupendo?

Agnes soltó un gruñido, aunque suave.

—¿Les parece que la espere dentro?

—Cuando la señora Pitt no está no se permiten las visitas —advirtió Agnes—. Les da miedo que se sepa cómo son de verdad las cosas aquí dentro.

Mariah alzó las cejas de la sorpresa.

—La gobernanta, por naturaleza, es un tanto... —empezó Amy, hablando con precaución.

—Desconfiada —terminó Agnes por su hermana.

—Cauta —la corrigió Amy.

—Miserable.

—Ahorrativa.

Mariah se sintió como si estuviera contemplando un partido de ese juego que llamaban tenis, mientras las hermanas se devolvían la pelota mutuamente.

—He dicho miserable, y quería decir exactamente eso, miserable —espetó Agnes con cara de malas pulgas—. No puedes negarme que una parte de los fondos de la parroquia terminan por servir para comprar cosas como ese ridículo sombrero de plumas de avestruz que de vez en cuando se encasqueta la señora Pitt, o antes en la mesa del glotón de su marido, que Dios guarde, o

ahora de su hijo. Porque en Navidad me llega el olor a ganso asado, mientras que nosotras solo comemos...

—Eso no puedes saberlo, Agnes —intervino Amy con tono paciente—. Yo no vi ni rastro de un ganso.

—Sé cómo huele el ganso asado, Amy. No me digas que no. Puede que lleve sin probarlo muchos años, ¡pero jamás se me olvidará ese maravilloso olor!

La señorita Amy se volvió hacia Mariah.

—La verdad es que... su olfato ha sido siempre extraordinario. Eso sí que se lo puedo asegurar, señorita Aubrey.

—¿Y cómo celebramos nosotros esa gran fiesta, la más sagrada de todas? Con pollo hervido. O, para ser más exactos, con la carne de un gallo que llevaba andando por el campo más años que el hombre del tejado.

Amy Merryweather miró con aprensión a Mariah y le puso la mano en el brazo a su hermana, en lo que a ella le pareció una señal de advertencia. Por su parte, Agnes miró un segundo a su hermana, después a Mariah, y después apartó la vista.

—¿El hombre del tejado? —repitió Mariah.

Amy tragó saliva, y notó como si algo le subiera y bajara por la garganta. Agnes apartó la vista con su habitual gesto hosco.

—Precisamente por eso he venido —dijo Mariah, señalando hacia el tejado—. Para preguntar qué hace ese hombre ahí arriba.

Agnes Merryweather se colocó sobre el regazo las huesudas manos, en las que se veían perfectamente las venas, y le lanzó a Mariah una mirada significativa.

—Ninguna de nosotras sabe nada acerca de un hombre en el tejado, señorita Aubrey. No hay ningún hombre en el tejado.

—Pero... —protestó Mariah.

—¿Ha dicho algo alguno de los niños? —susurró Amy con la cara tensa, y con una expresión que le pareció de pena—. Debe decirme si lo han hecho, para que pueda advertirlos. Los Pitt han dado instrucciones muy específicas.

Mariah negó con la cabeza.

—Le puedo asegurar que ellos no han dicho ni una palabra. Pero yo lo he

visto con mis propios ojos desde la casa del guarda.

—¿Quién más lo sabe? —preguntó Agnes—¿Lo ha visto alguien más?

—Solamente Dixon, pero no sé si le ha hablado a alguien de él.

—Cuanto menos se hable del asunto, mejor, querida —le advirtió Amy—.

Si los Pitt oyen habladurías, sospecharán de nosotros, los residentes.

—Y nos dejarán sin comer hasta que alguien confiese.

Mariah abrió la boca de puro asombro.

—¡Pero eso es ridículo! Puede usted decirles tranquilamente que he sido yo quien lo ha visto. O decirle que venga a verme, y yo se lo diré en persona.

—¿Nosotras decirle a ella que vaya a alguna parte? —Agnes estuvo a punto de echarse a reír, pero se contuvo a tiempo—. Eso sí que me gustaría verlo.

—¿No te sorprende, hermana? —preguntó la señorita Amy mordiéndose el labio mientras pensaba—. Durante años, nada. La verja cerrada, la casa abandonada, pero ahora que la casa del guarda vuelve a estar habitada...

—Sí que me sorprende, sí —asintió Agnes.

—¿Por qué cerraron la entrada de la casa? ¿Lo saben ustedes? —preguntó Mariah.

—Sabemos la razón que dieron —contestó Agnes mordiéndose a su vez el labio, con gesto idéntico al de su hermana—. Dijeron que algunos de nosotros robábamos, pero no era verdad.

—No te olvides, Agnes —dijo Amy con suavidad—. Pasó lo de Harry Cooper y aquellas fresas.

—¡Tres fresas! El pobre chico no había visto fresas en toda su vida. Tenía una en la boca y dos en la mano, para sus hermanitas, y no pudo decir ni una palabra. Si de verdad cerraron la puerta por eso, no sé adónde ha ido a parar la caridad cristiana.

La señorita Amy miró a Mariah.

—Déjeme que le cuente, querida. Al principio dejaban la puerta de la valla abierta para que pudiéramos pasear por la hacienda. En ningún caso cerca de la mansión, por supuesto. ¡Qué maravilla de jardines! Aquel joven, el señor Phelps, disfrutaba enormemente enseñándonos sus preciosas flores. Hasta le regaló algún ramo a mi hermana más de una vez.

¡Agnes incluso se ruborizó!

—La familia celebró una Fiesta de la Cosecha y nos invitó a todos. ¡Qué refinamiento, y qué música tan magnífica! Contrataron a violinistas del pueblo, y bailamos en el prado. Fue una época muy feliz.

—Pero entonces empezaron a decir que robábamos en el huerto de la cocina y en el gallinero.

—También he oído hablar de caza furtiva —dijo Mariah tímidamente.

—¡Caza furtiva! ¡Ni se le ocurra! Supongo que nosotras sabríamos si de verdad pasaba algo de eso, estando como estamos sentadas aquí todo el día.

—Pero hermana, solo nos sentamos aquí cuando hace buen tiempo.

—¿Tú te crees que los viejos que viven aquí son capaces de cazar a rececho? ¿O que pueden colocar trampas en el bosque? Lo sabríamos. No lo olvides, el olor de la caza es inconfundible, al menos para mí.

Amy asintió.

—Lo olería, eso seguro.

—Pues es una pena que la verja siga cerrada —musitó Mariah.

Las dos hermanas asintieron.

—Bueno —suspiró Amy—. Me alivia que no haya sido uno de los niños. Y si empieza a hablarse del asunto, tampoco es que puedan hacer mucho daño a dos viejas arpías como nosotras.

—Salvo, por ejemplo, olvidarse de comprar carbón para los fuegos —espetó Agnes—. O llevarse nuestros chales a la lavandería y no devolvérselos, como pasó la última vez.

—Calla, hermana. La señorita Aubrey no ha venido hasta aquí para escuchar nuestras desgracias. Y, en cualquier caso, las peores ocurrieron ya hace mucho tiempo.

Mariah se sintió indignada al pensar en que esas dos pobres mujeres mayores sufrieran privaciones, y hasta castigos.

—¡Pero eso no es justo!

Amy Merryweather la miró significativamente, con gesto muy serio que le recordó al habitual de su hermana.

—La vida no es justa, señorita Aubrey. ¿Quién ha dicho que lo sea?

Capítulo 11

«¡Mi pluma gris de ganso,
el regalo más extraordinario de la naturaleza!
Esclava de mis pensamientos,
al servicio solo de mi voluntad,
arrancada del nido paterno
solo para que yo pueda escribir...
¡Qué poderoso instrumento
para un hombre tan limitado como yo!»

WILLIAM SHAKESPEARE, 1814

Ahora que había pagado el alquiler, las palabras parecían fluir más despacio. Se había atascado con la última escena de su segunda novela, y por eso dejó la pluma, se intentó limpiar las manchas de tinta de los dedos, aunque sin conseguirlo, y se estiró las mangas de la rebeca. Decidió que le vendría bien un paseo vespertino por el campo. El movimiento solía estimularle la creatividad, y estaba claro que en ese momento la necesitaba. Eso, o la inspiración, o como fuera que quisiera denominarse.

Había recorrido aproximadamente la mitad del sendero que discurría por la rosaeda cuando le sorprendió la voz profunda del capitán Bryant.

—Señorita Aubrey. ¿Estaba usted hablando sola? Me ha parecido oírla...

—¡Ah! ¿De verdad hablaba sola? —Notó que se ruborizaba y agradeció que ya hubiera pasado el crepúsculo y dominaran las sombras—. ¡Qué costumbre más horrible!

El capitán Bryant vestía de manera informal, con pantalones y levita de paseo sobre una camisa sin adornos. Ni chaleco, ni pañuelo de cuello, ni nada más. Sin duda no esperaba encontrarse con nadie después de la puesta de sol.

—Estaba usted diciendo algo acerca de un tal señor Montgomery —dijo.

«¡Vaya por Dios!».

—No debería prestarme mucha atención, capitán Bryant —dijo un tanto atropelladamente—. En la academia de la señorita Littlewart me regañaban una y otra vez por distraer al resto de mis compañeras, y sin embargo yo ni me daba cuenta de que estaba hablando. Me temo que es un hábito que tengo muy interiorizado y que me va a ser difícil de evitar, aunque lo intentaré. Espero que no le haya molestado.

—No, en absoluto. ¿Quiere que demos un paseo juntos? —Asintió, se puso a su altura y continuaron rodeando el perímetro del estanque. Mariah miró hacia arriba y vio a Venus, la primera estrella que podía verse al atardecer.

—Creo que pienso mucho mejor cuando camino.

—¿Y en qué piensa usted?

—¡Oh...! —Dudó, y se dio cuenta de que había preguntado porque ella había hablado de eso—. Pues en lo que sea que se me pase por la mente, supongo. Una solución para un problema, ideas nuevas... cualquier cosa.

La grava crujía bajo el peso de sus botas.

—¿No le da miedo pasear en la oscuridad?

Le alivió el cambio de tema, y negó con la cabeza.

—Esa es una de las ventajas de vivir en una hacienda vallada. Una se siente bastante a salvo.

—¿Y no le molesta el que esté yo aquí?

—No, en absoluto.

—Me alegra saberlo.

Pasearon unos minutos más en silencio, aunque no se sintió incómoda por ello. Él se inclinó, tomó un pequeño guijarro y lo lanzó hacia la superficie del estanque, rompiendo el reflejo de la luna sobre el agua. La piedrecita rebotó una, dos y hasta tres veces. Avanzó hacia delante, pero se detuvo al notar que ella se agachaba para buscar guijarros adecuados, hasta que encontró dos que la convencieron, unas piedrecillas suaves y aplastadas. Volvió a ponerse de

pie y lanzó una al agua. ¡Plaf! Se hundió al primer contacto. Dobló un poco las rodillas y lanzó la segunda. Y rebotó una, dos y hasta tres veces.

—¡Bravo! —la felicitó—. Es la primera chica que conozco que sabe hacer rebotar las piedras sobre el agua.

Sonrió y siguió andando, sin contarle que había aprendido con sus hermanos.

—¿Puedo preguntarle por su familia? —dijo, como si le estuviera leyendo el pensamiento—. ¿Sus padres han fallecido?

Era una pregunta de lo más normal. De no ser así, ¿por qué una mujer soltera iba a estar viviendo fuera de la casa familiar?

—No, en absoluto. Los dos están vivos y gozan de buena salud. Esta es su estación favorita. ¿Y qué me dice de usted?

—¿De mis padres o de mi estación favorita?

—Pues de ambas cosas, si le parece —contestó, riendo entre dientes.

—Pues... creo que prefiero el verano. Y mis padres viven en Swindon.

Se detuvo delante de un banco e hizo un gesto invitándola a sentarse. Así lo hizo, pero él permaneció de pie, con los brazos cruzados.

—¿No tiene usted hermanos ni hermanas, señorita Aubrey?

—Sí. Dos hermanos y una hermana. —Trató de llevar la conversación hacia un terreno más seguro y menos doloroso—. Mi hermano mayor ha emigrado a la India.

—Eso debe ser toda una aventura.

—Pues sí, para él sí; aunque no sé si su esposa está muy de acuerdo. ¿Y usted? ¿Tiene hermanos o hermanas?

Hizo una mueca de pena.

—Mi madre tuvo seis bebés que no sobrevivieron a la infancia y otro que falleció a los diecisiete años. Todavía me queda una hermana pequeña. Se ha casado hace poco y, afortunadamente, rebosa felicidad.

—Me alegro mucho por ella.

—¿Su hermana está casada? —preguntó.

«¡Qué educado es!», pensó Mariah. Bailaba con gran cuidado alrededor de su familia, pero sin pisarle los dedos en ningún momento.

—No. Solo tiene diecinueve años. Pero mi padre ya está a la espera de

una boda ventajosa para ella. Y como mi hermana es una chica muy dulce y obediente, estoy segura de que no pondrá la más mínima objeción a lo que él decida.

El capitán se puso un tanto tenso y volvió la vista. ¿Había dicho algo que lo ofendiera? Al observar su perfil a la luz de la luna, notó que asentía levemente.

—Sí. Los padres suelen ser de lo más persuasivos en lo que se refiere a sus hijas. Ejercen su influencia con la ventaja que les proporciona su autoridad familiar, sin tener en cuenta los sentimientos de sus hijas con razones del tipo «no tiene el dinero suficiente, apenas tiene relaciones sociales interesantes, no tiene grandes perspectivas», etcétera.

Tomó asiento pesadamente en el otro extremo del banco.

—Me da la impresión de que se trata de algo que usted ha vivido en sus propias carnes. ¿Me equivoco? —preguntó con suavidad.

Negó con la cabeza y apoyó los codos en las rodillas.

—Por desgracia, no, no se equivoca.

Volvieron a pasar unos instantes en silencio. Notó que un insecto se le posaba en el brazo y lo alejó con un movimiento. Una tórtola cantó con suavidad mientras que, en el bosque, una paloma torcaz zureó tristemente.

—No solo los hombres jóvenes sufren el escrutinio de los padres, que son especialistas en encontrar fallos y defectos. También las mujeres casaderas son rechazadas a veces por no ser lo suficientemente ricas, o no tener buenos contactos. Y no importa hasta qué punto el joven caballero exprese su deseo de casarse con la dama. Al final, no tiene más remedio que obedecer a su padre, por razones económicas y de estatus social.

La miró con intensidad. Sin duda había captado, por su tono y la convicción con la que se había expresado, que hablaba por propia experiencia, y muy dolorosa.

—Siento muchísimo escuchar eso, señorita Aubrey.

Muy desconcertada al darse cuenta de lo que había revelado, dirigió la vista hacia el estanque.

—Bueno, por lo menos compartimos eso —dijo él, sin duda con el deseo de animarla—. ¿No hay esperanza alguna de que el joven al que se refiere

logre hacer cambiar de opinión a su padre?

Soltó una risa profunda y amarga.

—Ni la más mínima. Se ha casado.

—¡Ah! —Hizo una mueca de disgusto.

—¿Y respecto a usted, capitán? ¿Existe alguna posibilidad de que su amada cambie de opinión, o más bien de que lo haga su padre?

—Albergo muchas esperanzas —dijo, al tiempo que asentía—. De hecho, señorita Aubrey, tengo que confesarle que esa es la razón por la que estoy aquí.

Antes de que pudiera preguntarle nada más, se levantó y le ofreció el brazo.

—Se hace tarde. ¿Puedo acompañarla hasta la casa del guarda?

Mariah dudó. Ahora que le había contado sus intenciones respecto a otra mujer, le dio la impresión de que no había nada impropio en su gesto, ni tampoco en que ella lo aceptara. No tenía ningún miedo a que él la malinterpretara, ni a que se aprovechara de ella. Así que se levantó y colocó la mano suavemente sobre su brazo.

—Sí, gracias. Es usted muy amable.

Le sujetó la mano con mucha formalidad y ambos empezaron a andar por el sendero. Mariah disfrutó de la relación cálida y amistosa que habían desarrollado gracias a su franca conversación. Además, hacía mucho tiempo que nadie la tocaba, o que tocaba a nadie, con excepción del abrazo fraternal que le dio a Henry, o los achuchones prácticos, y a veces un tanto agresivos cuando se trataba de ajustarle un vestido, que le daba Dixon cuando la ayudaba a vestirse y a peinarse.

Dixon no era una persona tan expansiva como su hermana Julia, que siempre la estaba abrazando para mostrarle cariño o expresar pena o alegría. ¡La echaba tanto de menos! Su madre también era bastante menos cálida. Le encantaba cepillarles el pelo, y que ellas lo hicieran a su vez con el suyo. Y les daba un beso en la frente cuando se iban a dormir. Sin embargo, su padre nunca había sido abiertamente cariñoso. Igual que muchos hombres, se preocupaba mucho por las formas y el decoro. Mariah no le había visto besar a su esposa jamás, ni tampoco a ninguno de sus cuatro hijos.

Alcanzaron a ver la casa del guarda. Un farol iluminaba suavemente la cocina. Dixon estaba muy pensativa.

Mariah apretó el brazo del capitán Bryant.

—Le deseo mucho éxito, capitán. Espero que consiga lo que desea.

Él le retuvo la mano durante un momento, y se la apretó con suavidad.

—Y yo espero que algún día se curen los males de su corazón.

—¿Se curarán los suyos? —preguntó, levantando una ceja.

—Pues... tengo que decirle que todavía no me he rendido, así que ni siquiera voy a permitirme contemplar la necesidad de una curación. De momento, voy paso a paso, día a día. Y manteniendo siempre la vista en el premio.

—Entonces le doy las buenas noches, capitán —dijo, dirigiéndole una media sonrisa—. Y que tenga usted dulces sueños... con ella.



Nada más entrar en la casa, Dixon salió de la cocina soltando un gran suspiro de alivio.

—¿Está bien, señorita Mariah? Llevo casi una hora inquieta y rezando. ¿En qué está usted pensando? ¿Cómo se le ocurre, salir a pasear con él a estas horas? —Cuando estaba inquieta, la inefable mujer hablaba de manera muy formal.

—No hay nada que temer, Dixon. Me ha dejado perfectamente claro que su corazón pertenece a otra mujer. —María se quitó la suave pelliza—. De hecho, esa es la razón por la que está aquí: demostrarle a todo el mundo que ha alcanzado un alto rango social. Y convencer al padre de ella de que puede optar a su mano con garantías, de que es socialmente adecuado para su hija.

—¡Así que eso era lo que pretendía! No sabía qué pensar...

—Bueno, pues ya lo tenemos claro.

—De todas formas, hay que tener cuidado —le advirtió Dixon, ya como amiga y no como sirviente—. No tengo ganas de ver cómo te rompen otra vez el corazón.

Mariah tuvo que contener unas lágrimas súbitas e inesperadas.

—Lo sé, Dixon, lo sé.



Un domingo de mediados de mayo, Mariah le escribió una carta a Henry, en la que volvía a agradecerle su ayuda con el señor Crosby, e invitándole a que la visitara otra vez en cuanto tuviera la oportunidad. Dándose cuenta de que el plumín se estaba deshilachando, se detuvo y lo dejó sobre el escritorio. Tendría que preparar otro.

Mientras la pluma de ganso estaba en remojo, con el agua bien caliente, afiló el cortaplumas. Dixon se había ofrecido a hacer estas tareas, pero a Mariah le gustaba realizarlas ella misma. Además, era bastante quisquillosa respecto a su material de escritura.

Primero extrajo la lengüeta sobre la que descansaría la pluma, y en la que apoyaría la punta de la yema del dedo índice al escribir. Después cortó la punta con la inclinación adecuada y extrajo la membrana interior. Hizo una hendidura en el centro del cañón de la pluma, le dio forma de U e introdujo el plumín, arrastrándolo suavemente por la hendidura. El último paso era afilar el plumín, pues le gustaba que las letras quedaran finas y que la pluma no dejara restos de tinta, ni borrones sobre el papel. Para ello utilizaba el cortaplumas, pero con mucho cuidado.

Tras la larga operación, que muchos consideraban tediosa, pero ella no, Mariah se levantó y estiró los músculos, un tanto agarrotados por la postura inclinada. La casa estaba tranquila, pues Dixon había ido a la iglesia, al servicio dominical. Demasiado tranquila.

La iglesia... Sin saber por qué, Mariah se sintió de repente como si estuviera en ese lugar sagrado. La verdad es que solo había acudido a ella una vez desde su llegada, el mes pasado, durante la Semana Santa.

Inclinó la cabeza hacia un lado, aguzando el oído. ¿Qué era lo que había oído?

Se acercó hacia las ventanas, que estaba entreabierta, y la abrió del todo. Allí estaba otra vez, pero ahora lo oía con mucha más claridad. Era una melodía que sonaba bastante lejos, interpretada por una voz tan dulce y tan

pura que a Mariah le llegó al alma. Durante unos instantes se limitó a cerrar los ojos y disfrutar.

Picada por la curiosidad, bajó las escaleras y salió. Sin dudarlo, se dirigió hacia el lugar de donde procedía la voz, cruzando la carretera y de camino hacia la casa de caridad.

El ruido de sus pisadas sobre la grava no le permitía oír bien, y dudó entre detenerse para escuchar a gusto o acercarse para descubrir de quién se trataba. Lo que hizo fue salir del camino de grava y andar por la esponjosa hierba que había en los márgenes. La ausencia de ruido permitió que entendiera en parte la letra de la canción, que era un salmo.

*El tiempo, como un arroyo que fluye continuamente,
se lleva todas nuestras palabras...*

Mariah llegó al final del camino flanqueado por los árboles y vio a las dos hermanas, sentadas en el banco donde las conoció, frente al edificio. Y de pie, delante de ellas, había una niña pequeña, con el pelo largo, rizado y de color rubio rojizo. En la mano derecha sostenía una rama con una pequeña cinta de seda atada al extremo, que movía en círculos mientras cantaba. La niña fijaba la mirada en la cinta, en lugar de en las hermanas, como si no fuera consciente de que la estaban escuchando. Pero eso tal vez fuera solo su impresión, pues su voz era perfecta en todos los aspectos. De una belleza embriagadora.

*Vuelan olvidadas, como mueren los sueños
al llegar a mañana...*

Al acercarse un poco más, Mariah golpeó una piedrecita con la punta del zapato. Al oír ese mínimo ruido, la niña volvió la cabeza y salió corriendo de inmediato a esconderse tras a esquina de la casa de caridad, a tal velocidad que la dejó perpleja.

—¡Oh, perdónenme! —se disculpó Mariah ante las hermanas Merryweather al tiempo que se aproximaba—. No pretendía interrumpir. De hecho, lo que quería era escuchar. La he oído desde la casa del guarda. ¡Tiene una voz extraordinaria!

—Canta como un ángel, pero es voluble como un pajarillo —sentenció Agnes.

—Es terriblemente tímida, la pobre —añadió Amy.

—Lo siento muchísimo. Si me voy, igual regresa.

—Tranquila, querida —dijo la señorita Amy—. Ya que está usted aquí, quédese y charlemos un rato, si le parece. Da gusto recibir visitas.

—Muy bien. —Mariah se sentó en una silla de madera que había junto al banco—. ¿Quién es esa niña, si me permiten preguntarlo?

—Se llama Maggie —respondió Amy—. Pero la mayoría de los niños la llaman Magpie.

—¿Magpie? —repitió Mariah, riendo entre dientes, asombrada—. ⁵ Me parece tremendamente injusto. ¡Canta como un ruiseñor!

Amy asintió.

—Sí. Es huérfana, la pobrecita.

—Me apena mucho saberlo. Imagino que no hay ningún orfanato en la parroquia.

—No que sepamos —contestó Agnes, negando con la cabeza—. y, desde luego, no para niñas de su edad, de ninguna manera.

—¿Canta para ustedes muy a menudo?

—Casi todos los domingos. ¿Nunca la había oído hasta ahora?

—No, la verdad.

—Entonces puede que usted antes no estuviera todavía preparada para oírla; pero ahora sí que lo está —dijo Amy mirándola con gesto especulativo y enigmático.

Mariah alzó una ceja ante el extraño comentario. Lo más lógico sería que durante el otoño y el invierno hubiera tenido la ventana cerrada para que no entrara el frío de la calle. Y como ya había llegado la primavera, las ventanas estaban abiertas y dejaban pasar el ruido.

—¿No va usted a la iglesia, señorita Mariah? —preguntó Amy.

—Solía ir... ¿Y ustedes?

—Ya no. Algunas de las personas que viven aquí van caminando hasta el pueblo, pero me temo que mis días de paseos por el campo han pasado. De vez en cuando viene por aquí el vicario, o algún predicador itinerante; en todo

caso, nos basta con comunicarnos con Nuestro Señor desde aquí, y con oír cantar a la dulce Maggie.

La señorita Amy cerró los ojos y retomó el cántico con voz algo ronca.

*¡Oh, Señor, ayúdanos a merecerte,
concédenos esperanza para el porvenir!*

Su voz no tenía nada que ver con la de la niña, y no obstante también era hermosa. Desde algún lugar oculto, la niña se unió y siguió entonando el himno, de modo que la riqueza de su voz era un perfecto complemento para la de la mujer mayor.

*Sé nuestra guía en esta vida,
y nuestro hogar eterno.*

La nota final, que quedó flotando en el aire, le produjo una quemazón en los ojos. El «hogar».

5 Nota del Trad.: En inglés, *magpie* significa «urraca».

Capítulo 12

«Una novela tiene que ser excepcionalmente buena si quiere vivir tanto como un gato».

Lord CHESTERFIELD,
político y estadista del siglo XVIII



la semana siguiente, una noche Mariah se detuvo frente a la ventana para contemplar la fuerza de la lluvia. Se acercó a ella y vio a Martin correr por el patio desde el establo, con el sombrero bien calado para protegerse del chaparrón primaveral. Casi había pensado que no le iba a importar, teniendo en cuenta que la lluvia era normal en esa época y que la comida que preparaba Dixon no le gustaba en absoluto.

Cuando abrió la puerta, le llegó un fuerte aroma a tierra mojada, junto con el habitual y extraño olor a hierba seca de Martin.

—Hola, Martin.

—Señorita.

Se sacudió las botas, colgó el sombrero en una percha y después miró a la encimera con desconfianza. Sobre ella, una empanada de carne de cerdo humeaba, aunque no desprendía mucho aroma.

—¡Vaya día tan húmedo, Martin! —comentó Mariah—. ¿Por qué no cena con nosotras? Tampoco hace falta que nos andemos con formalidades.

El hombre miró a Dixon, que estaba muy tiesa intentando sacar de su molde un pudín recocado.

El hombre echó un vistazo al exterior. Llovía a cántaros.

—No nos importa —le aseguró Mariah—. ¿A que no, Dixon?

La mujer se volvió y colocó sobre la mesa el pudín, asimétrico y medio quemado.

—Usted manda, señorita —dijo, y suspiró.

Mariah colocó un cubierto extra en la mesa, mientras que Martin echaba de la silla a un aletargado *Chaucer*, que bufó ante la inusitada intromisión.

La cena transcurrió en un incómodo silencio, aunque de vez en cuando Mariah intentaba iniciar la conversación, sin mucho éxito.

—¿Le resulta difícil subir a la parte de arriba del establo?

Martin dio un sorbo de agua.

—Me las arreglo.

—¿Y dispone usted de todo lo que necesita?

Él asintió, sin apartar la mirada del plato.

—Jack Strong me ayudó a trasladar mis cosas ahí arriba. Hasta se ofreció a construirme algunos armarios y otros muebles.

—¡Qué amable!

Mariah dejó de hablar para tomar un bocado, y la conversación cesó. Martin parecía concentrarse en masticar y tragar con dificultad cada bocado, hasta que finalmente dejó el tenedor a un lado, aunque el plato todavía estaba medio lleno.

—Señorita Mariah, me estaba preguntando si podría resultarle útil en la cocina —dijo, para sorpresa de la aludida—. Serví en la Armada Real como marinero, camarero y cocinero.

Dixon se colocó en primera línea defensiva.

—¿Cree que nos vendrían bien aquí su habilidad para preparar galletas marineras y carne en salazón?

Sin decir una palabra, Mariah pensó que el intento quizá mereciera la pena y resultara de agradecer.

—¿En comparación con el... chef que ha preparado este potaje? —Martin levantó con el tenedor un trozo gelatinoso de... algo... que había en el plato.

La joven hizo una mueca, dándose cuenta de que la situación iba a pasar a mayores de inmediato.

—Lo que preparo no tiene nada de malo, cocino bien —protestó Dixon, con los nervios a flor de piel—. Reconozco que todo es un tanto... básico, pero muy nutritivo. ¿O no es así, señorita Mariah?

La «señorita Mariah» no tuvo más remedio que forzar la sonrisa y la respuesta y buscar una salida digna para su amiga.

—¡Por supuesto, Dixon! Pero me consta que no disfrutas haciéndolo. Muchas veces te has quejado de ello, ¿no recuerdas? Y si a Martin no le importa echar una mano..., eh..., perdón, es una expresión muy inadecuada..., bueno, en todo caso no le veo ningún problema. ¿Lo intentamos durante una semana, para empezar?

Dixon se echó hacia atrás, frunciendo los labios con cara hostil.

—Se lo agradezco mucho, señorita —dijo Martin inclinando la cabeza. Al ver cara de vinagre de la criada, recogió velas—. Y ahora, señorita Dixon, la verdad es que tengo muchas ganas de volver a moverme entre las ollas y los pucheros, pero poco a poco, porque igual estoy algo oxidado. ¿Qué le parece que usted siga preparando el desayuno, y yo empiece con la cena?

—Creo que es una propuesta excelente, Martin —dijo Mariah, mirando esperanzada a Dixon.

Pero la antigua niñera no se dignó mirar a ninguno de los dos.

—Muy bien —aceptó, muy enfurruñada.

Martin siguió intentándolo.

—Y tiene usted toda la razón, señorita Dixon. Los menús a bordo de los barcos eran extraordinariamente monótonos: carne de cerdo hervida, guisantes secos, queso, pudín de Dios sabe qué, zumo de limón contra el escorbuto, y galletas, por lo general llenas de gorgojos. Pero, de vez en cuando, el capitán nos permitía pescar desde el puente. Y cuando pasaba eso, conseguíamos algunas capturas deliciosas, como cazón, pez espada y a veces hasta tortugas. ¡Al capitán le encantaba la sopa de tortuga que yo preparaba! Pero lo que más le gustaba era el bizcocho de frutas que hacía los domingos, siempre que tuviéramos provisiones frescas de algún puerto: harina, manteca de cerdo, ciruelas, higos, ron y pasas.

—Suena delicioso —dijo Mariah, que evitó relamerse por temor a la reacción de Dixon.

—Sí, lo era. ¿Preparo uno para mañana?

—Sería magnífico. —Mariah no pudo reprimir su entusiasmo—. Mi hermano Henry vendrá de visita mañana.

Iba a venir a terminar la lectura de *Hijas de Brighton* con Dixon y ella, antes de entregárselo al señor Crosby. De hecho, pensó Mariah, hasta pudiera ser que Henry la visitara más a menudo si fuera otra persona la que cocinara.



La mañana siguiente, después de que Martin hubiera lavado los cacharros del desayuno, empezó a trastear por la cocina, con el delantal bien apretado a su abundante barriga. Al principio, Dixon se mantuvo alejada, como si quisiera permitirle que hiciera las cosas a su aire, para que así se hundiese su reputación a las primeras de cambio. Se colocó delante de la chimenea del cuarto de estar con la caja de los hilos y las lentes bien caladas, pero eso sí, haciendo gestos de fastidio y casi de dolor cada vez que oía algún golpe entre cacerolas o fuentes de cristal.

Martin se acercó un par de veces para preguntar dónde podía encontrar alguna cosa, y una de ellas Dixon se levantó dando un profundo suspiro de sufrimiento y lo siguió hasta la cocina, murmurando que se suponía que el que él cocinara iba a permitirle a ella tener más tiempo para otras cosas.

Mariah no osó ni acercarse al lugar de los hechos, pero sí procuró escucharlo todo, por una parte, pensando que igual debía intervenir en algún momento para poner paz, y por otra porque le divertía enormemente lo que estaba sucediendo.

—¡Si añade así la harina se formarán grumos! —Eso para empezar—. ¿Se está quemando algo? ¡Ah, no! Es usted... Por cierto, ¿de qué procede ese olor tan áspero que se desprende de usted?

—De un bálsamo que utilizo para el brazo —replicó Martin—. Le agradezco mucho que lo haya notado, es usted muy amable.

—¡Ah...! Ya. —Se quedó callada un instante—. Sería mejor que utilizara una cazuela más grande, porque si no se verterá al hervir.

Sonó el golpe de una tapa metálica, seguida del ruido de un chapoteo.

—A la señorita Mariah no le gustan los puerros.

Finalmente, Martin no pudo evitar levantar un poco la voz.

—Calle un rato, por favor, y pruebe esto.

Mariah escudriñó por la estrecha abertura de la puerta, y pudo ver como Martin casi le metía la cuchara a Dixon entre los labios.

A la espera de su reacción, el propio Martin probó la salsa.

—¿Y bien? —preguntó con las cejas levantadas.

La criada dudó por un momento, como sopesando qué decir. Finalmente, su gesto fue una admisión muda de la derrota.

—Tengo que reconocer que está muy bueno —dijo, metiendo otra vez la cuchara en la cazuela y probándolo de nuevo—. ¿Y cómo dice usted que lo llama?



Supuso que se había convertido en una agradable costumbre, como le pasa al zorro al oler el aroma de una liebre, o el gato el de la leche. Una vez más, durante su paseo vespertino, Matthew dirigió sus pasos hacia la casa del guarda, cuya puerta de la valla seguía cerrada con candado, y vio las luces que iluminaban las ventanas. Estaba claro que le gustaba ver a su atractiva ocupante.

Al aproximarse, de nuevo oyó voces, entre ellas la de la propia señorita Aubrey, pero también otra de tono más grave, de un hombre.

Un hombre... ¿en la casa del guarda, ya caída la noche? Podría ser el criado, ese individuo tan extraño, con el hombro encorvado y al que le faltaba una mano, que había sustituido por un garfio.

Pero la profunda voz que escuchaba no casaba con su suposición. Era la voz de un hombre más joven, y también más educado.



—¿Puedes ser tan desalmada como para despreciar al hombre que solo vive para tus sonrisas? ¡Oh, querida! ¡No me rompas el corazón! Si tengo que

alejarme de ti, al menos que sea después de que me hayas perdonado. Al menos, permíteme escuchar que no me odias.

—¿Odiarte? —dijo la señorita Aubrey, y lo repitió—. ¡Odiarte! ¡No, no! Nunca he odiado a nadie; pero sabes demasiado bien que yo...

—¡Sigue! —dijo el hombre—. ¡Sigue, querida mía! ¿Qué ibas a decir? ¿Que me amas?

¿Quién era ese hombre? Matthew estaba alarmado. ¿Acaso sería ese tal señor Crosby, al que había conocido? ¿Acaso estaba intentando forzar la voluntad de la señorita Aubrey?

Después de una pausa, el hombre volvió a hablar:

—Esa mirada me hace ver que sí. En ese caso, ¿por qué te niegas a hacerme feliz?

¿Debía intervenir? Por supuesto, no era asunto de su incumbencia. Salvo porque... aunque solo fuera temporalmente, él era el señor de la hacienda, así que la señorita Aubrey estaba bajo su protección, ¿no? Durante un instante, apareció en su mente la cara de su hermana. ¡Si la hubiera protegido! Aunque dudaba de que la señorita Aubrey se fuera a alegrar de que interfiriera. De todas maneras, no podía irse de allí hasta estar completamente seguro de que no corría ningún peligro.

Así que llamó a la puerta con brusquedad.

Las voces se acallaron de inmediato.

Volvió a llamar, esta vez con menos ímpetu. Se sintió tentado de mirar por las ventanas, pero el sonido de unos pasos que se acercaban le obligó a quedarse donde estaba. La puerta se abrió unos centímetros y vio aparecer la cara de la sirvienta, con la cabeza cubierta por un gorro que, a la luz de la vela que portaba, parecía de tono amarillento. Al principio notó cierta preocupación, pero al verlo, la expresión de su cara se suavizó.

—¡Capitán Bryant! No le esperábamos.

—Estaba paseando por aquí, he oído a un hombre que elevaba la voz y he llamado para ver qué ocurría. ¿Va todo bien?

—¿Un hombre? No, caballero, está usted equivocado.

—He oído claramente las voces —dijo, después de dudar un momento—. La de la señorita Aubrey y la de un hombre.

—Aquí no hay ningún hombre, a no ser que incluya usted a Martin, que es un criado.

—Si la señorita Aubrey desea recibir a visitantes masculinos en su casa, y por la noche, muy bien, es cosa de ella, pero...

—¿Visitantes masculinos? ¡Santo cielo! ¡Menuda imaginación tiene usted! En su casa no hay ningún visitante masculino, capitán. Si ha oído a un hombre, ha tenido que ser Martin. Ese viejo loco siempre se está quejando de todo, y murmurando entre dientes. Seguro que era él, dándonos una de sus peroratas.

—Pero la señorita Aubrey parecía preocupada, o enfadada. Si ese hombre la asusta, debería...

—No estaba asustada. En el fondo, Martin no es más que un fanfarrón: ya sabe, perro ladrador, poco mordedor. —La criada empezó a cerrar la puerta—. Es usted muy amable por preocuparse, capitán, pero de verdad que no hay necesidad.

En ese momento, la señorita Aubrey apareció junto a su criada.

—¿Qué pasa, Dixon?

—Es el capitán Bryant. Cree que ha oído voces, a usted discutiendo de... cosas con un visitante masculino. Le he dicho que sería Martin.

—¡Ah!... Martin, sí.

Matthew empezó a enfadarse de verdad. ¿Por qué fingían?

—Pero el hombre estaba hablando de amor.

—¡Oh! —balbuceó la señorita Aubrey—. En realidad, no era una... No estábamos hablando, sino declamando.

—¿Declamando?

—Sí, el texto de una... obra de teatro. En nuestra familia siempre nos ha gustado declamar obras de teatro, sobre todo en Navidad y Epifanía.

—Estamos en mayo.

—Lo sé, lo sé. Debe usted de pensar que somos unos estúpidos.

La miró a la cara.

—¿Está usted bien, señorita Aubrey? La veo algo pálida.

—¿De verdad? —Se apartó un mechón de pelo de la cara—. Pues le aseguro que estoy perfectamente, capitán.

—Bueno, si me asegura que es así, me marchó —dijo, tras dudar un

momento.

—Sí que lo estoy. Le agradezco mucho su interés —dijo, aunque su sonrisa no resultó convincente.

Hizo una inclinación y se dio la vuelta, muy descorazonado al darse cuenta de que la señorita Aubrey no había sido sincera con él.



Matthew no tenía la menor intención de espiar. En realidad no. De todas formas, volvió a la casa del guarda a la mañana siguiente, antes de ir a la iglesia, sintiéndose obligado a intentar alejar sus sospechas y comprobar que las personas de la casa, sobre todo la señorita Aubrey, no tenían ningún problema, tras el extraño encuentro de la noche anterior. Después de marcharse, temió que hubiera permanecido en la casa un bandido enmascarado, que les hubiera amenazado con hacerles daño en caso de que revelaran su presencia. ¿Pero un bandido hablando de amor? ¡Qué idea tan absurda! En cualquier caso, no se quedaría tranquilo hasta saber que la señorita Aubrey se encontraba perfectamente.

Cuando se acercó al jardín trasero, volvió a oír voces y, a través de las rejas de la valla, vio dos figuras al otro lado, la de la señorita Mariah y otra, de un hombre bien vestido y más joven que él. Así que no había una voz sin cuerpo, no se trataba de ningún fantasma. Evidentemente, no era el tal señor Crosby, ni tampoco el viejo y gruñón Martin. Ella no podría hacer desaparecer a ese hombre sin dar una explicación, esta vez no había excusas posibles. ¿Un hombre que había permanecido toda la noche en la casa...?

Mientras Matthew estaba allí de pie, sin que lo vieran, el hombre le dio un rápido abrazo a la señorita. Al verlo, Matthew sintió una inesperada reacción de fastidio en las entrañas. ¿Celos ilógicos? ¿Disgusto al comprobar que los rumores que le habían llegado no eran infundados?

La señorita Aubrey le dio al hombre un paquete envuelto en papel marrón, que él se puso debajo del brazo. Él sonrió y dio unos golpecitos al paquete, al parecer de satisfacción. Quizá fuera un regalo, o algo para vender. Sabía que la señorita tenía dificultades para pagar el alquiler. Hasta había hablado con

Hammersmith, el administrador, para que le concediera un poco más de tiempo. Pero este le había contestado con cierto enfado, diciéndole que no debía preocuparse. Seguramente se las había arreglado para pagar la renta del trimestre y poder quedarse en la casa.

La señorita Aubrey se quedó donde estaba, mirando al hombre mientras se alejaba por la carretera, hacia el pueblo. Al final desapareció de su vista. Fueran los que fuesen los sentimientos iniciales de Matthew, el enfado fue el que los sustituyó. Le había mentado, tanto ella como su sirvienta, las dos. Seguramente pensaban que habían logrado que se tragase la absurda representación de la noche anterior.

Antes de darse cuenta de que había decidido hacerlo, Matthew se acercó a la valla y la saludó, hablando con acidez.

—Hola, señorita Aubrey.

Mariah se sobresaltó y abrió mucho los ojos.

—¡Ah, capitán Bryant! Me ha sobresaltado usted.

—¿Y puedo saber por qué? —preguntó en el mismo tono, apoyando el hombro contra la valla.

—Pues... porque no esperaba verle.

—Ya me lo imagino. No cuando el caballero que la visita la tenía en sus brazos a plena luz del día.

—¿Habría usted preferido una cita amorosa nocturna? —preguntó, frunciendo el ceño.

—¿Cómo? ¡No! No estaba sugiriendo... —¿Por qué esta mujer siempre lo dejaba desconcertado? En su presencia siempre parecía un grumetillo al que le temblaban las piernas.

Ella levantó la cabeza con cierta altivez.

—Y, en realidad, no era «un caballero que me visita».

—¿No? ¿Entonces quién era?

—Un amigo... —contestó dudando— que... me ayuda en asuntos de negocios.

—¿Qué tipo de negocios?

—Eso no es de su incumbencia.

—¿De verdad que no? Si tienen lugar en la hacienda...

—Nada «tiene lugar» en ninguna parte. Ha pasado la noche en la posada y solo ha vuelto por aquí ahora para despedirse. Le aseguro que, desde que llegué a Windrush Court he sido el modelo más exacto del decoro que pueda existir.

—¿Lo ha sido? ¿Y antes?

Se quedó de piedra. La incomodidad, la vergüenza y el dolor evidente en su cara lo dejaron anonadado.

—Perdóneme, por favor, señorita Aubrey. No quería dar a entender nada indecoroso.

Ella tragó saliva, pero la respuesta que él esperaba no salió de su boca.

Capítulo 13

«Esta mañana he encontrado en los bolsillos de mi tía un bolso de mano que pesaba por lo menos veinte libras... Un alfilerero, un dedal y una billetera roja, que únicamente ella puede mirar».

Señorita AUGUSTA SMITH,
sobrina de la vecina de Jane Austen

Matthew decidió intentar paliar su frustración jugando al billar, y cuando iba de camino pudo ver a Hugh Prin-Hallsey en la sombría sala de armas. Estaba de rodillas, revisando el contenido de un viejo y polvoriento armario. Detrás de él estaban apiladas un montón de armas antiguas, unas dentro y otras fuera de un enorme cajón. Hugh, inclinado sobre el armario, estaba en ese momento retirando el paño que cubría un retrato con un marco muy historiado. El retrato, un óleo, era de la cara de un hombre, y Matthew solo tuvo la oportunidad de echarle un somero vistazo antes de que Hugh volviera a cubrirlo con el paño. ¿Habría decidido Hugh vender también sus recuerdos de familia, lo mismo que pensaba hacer con sus propiedades?

La verdad es que el hecho de que Hugh anduviera a su antojo por allí lo enervaba. Nunca podría sentirse como en su casa en Windrush Court si el dueño campaba a sus anchas por ella y por la hacienda. Esperaba que cuando llegara el teniente Hart ya se hubiera marchado a Londres. Y que se quedara allí durante todo el periodo del alquiler.

Matthew se apoyó en el marco de la puerta.

—¡Hola, señor Prin-Hallsey? ¿Ha perdido algo?

Por toda respuesta, Hugh sonrió sin ganas, aunque el gesto se pareció más a una mueca que a una sonrisa. Al ponerse de pie, una de las rodillas le crujió de manera claramente audible.

—¿Sabe usted algo acerca de que la señorita Aubrey tenga un administrador que le lleve los negocios? —preguntó Matthew, y de inmediato se arrepintió de haberlo preguntado.

—¿Un administrador? ¿De sus negocios? —Hugh alzó las cejas asombrado—. ¿Qué tipo de negocios podría traerse entre manos?

—No lo sé. La vi hablando con un hombre junto a la puerta enrejada que hay al lado de la casa del guarda, y le había entregado un paquete. Me dijo que era un amigo, y que le ayudaba con sus negocios.

—¿Vio que le daba un paquete a un hombre? —exclamó Hugh, muy alterado.

Matthew asintió.

—¿Era grande ese paquete?

Matthew dibujó un rectángulo con las manos.

—No demasiado. Del tamaño de un libro, diría yo.

—¿Un libro? —Ahora Hugh frunció el ceño—. ¿Sabe el nombre del caballero?

—No. No me lo dijo. Le pregunté a su criada cuando me la crucé después, pero no supo o no quiso decírmelo. Me dio la impresión de que se puso nerviosa cuando pregunté.

—Y yo me pregunto por qué. —Desvió los ojos, muy pensativo—. ¿En qué andará metida la señorita Aubrey?



Cuando Dixon acompañó a Hugh Prin-Hallsey a la sala de estar, Mariah guardó a toda prisa en uno de los volúmenes del diccionario Johnson el papel del esquema que estaba elaborando de las ideas para una nueva historia.

—¡Hugh! Quiero decir, señor Prin-Hallsey. ¡Qué sorpresa! —Se levantó e hizo una reverencia—. ¿Cómo está?

Se quitó el sombrero y la saludó con una inclinación de cabeza leve y forzada.

—Podría estar mejor, señorita Aubrey.

—¡Vaya! ¿Puedo ayudarle en algo?

—Pues, la verdad, creo que sí que podría. —Empezó a darle vueltas al sombrero con sus cuidadas manos. Estaba claro que se hacía la manicura. Sin embargo, las manos no hacían juego con el pelo, grasiento y sin lavar, ni con la cara, que no se había afeitado—. Estoy buscando algo, ¿sabe? Algo que me pertenece.

—¿Y de qué se trata?

—Algo con lo que se quedó su tía antes de morir. Me pregunto si no se daría a usted. Sin caer en la cuenta de que no tenía derecho a hacerlo, naturalmente.

Se quedó mirándolo, y pensó en las cosas que había traído su tía, y de las advertencias que le había hecho a propósito de Hugh.

—¿Le dio a usted algo? —volvió a preguntar ansiosamente—. No se preocupe, no le echaré la culpa de nada. Usted no podía saber que su tía estaba cometiendo un error. ¿Cómo iba a saberlo?

Mariah negó lentamente con la cabeza.

—Mi tía no me dio nada de valor, si se refiere usted a eso. Solo vino a visitarme una vez, poco después de que me trasladara aquí. Para ver si estaba bien instalada.

—¿Y no le hizo ningún regalo?

—Solo unas pocas cosas para la casa.

—¿El qué? ¿El qué? —Su expresión era febril, casi la de un maniaco, pensó Mariah, que se encogió de hombros, algo inquieta.

—Pues traje una cesta con utensilios de cocina, una lata de té y otra de café, unas pocas velas, con sus candelabros y... una caja de galletas.

—¿Una lata de té? ¿Todavía la tiene?

—Pues... creo que sí —contestó dubitativa.

—Entonces déjeme verla. —Se volvió hacia la puerta para dirigirse a la cocina, y le abrió la puerta para dejarla pasar. Mariah no tuvo más remedio que precederle.

Dixon, que estaba junto a la mesa cuando entraron, se asustó y dio un respingo, poniendo cara de susto.

—¡Discúlpenme! Me han sobresaltado.

—Lo siento, Dixon. ¿Puede poner el agua a hervir? Parece que al señor Prin-Hallsey le han entrado unas ganas irrefrenables de tomar un té. —Se volvió hacia Hugh—. ¿O prefiere usted un café?

—Yo no... Lo que usted prefiera. ¿Las latas, señorita Aubrey?

Mariah se dirigió a una alacena, notando la mirada preocupada de Dixon. Localizó rápidamente la decorada lata, que habían usado continuamente, pues las pocas onzas de té de Ceilán que le había traído su tía se acabaron enseguida.

Prácticamente le arrancó la lata de las manos, abrió la tapa y empezó a remover el té de un lado a otro para poder ver el fondo.

—Déjeme, por favor. —La agarró, vertió las hojas de té sobre un plato y se la devolvió. El hombre miró la lata, ahora vacía.

—Nada —murmuró.

¿Qué esperaba encontrar?

Tuvo más dificultades para localizar la lata de café.

—Dixon, ¿te acuerdas de lo que hicimos con la lata de café esmaltada en azul que nos dio mi tía la primera vez que vino?

—¡Ah! —Dixon se secó las manos en el delantal—. Espere un momento, que voy a buscarla.

Poco después volvió de su habitación y presentó la lata como si fuera un Rey Mago ofreciendo un regalo.

Hugh se apresuró a tomarla y, sin el más mínimo cuidado, quitó la tapa, por lo que se desparramaron por la cocina un montón de botones, alfileres, agujas y demás pequeños materiales de costura. Dixon puso cara de horror, como si una ola se hubiera llevado al mar los últimos chelines que le quedaban tras toda una vida de ahorros.

—Aquí no hay nada —anuncio Hugh—. ¿Qué más ha dicho que le dio?

—Unas galletas, envueltas en papel. Me temo que, en su momento, ya hace mucho, nos las comimos.

—Y su tía nos dio también una vela...

—Varias velas —la interrumpió Mariah rápidamente, echándole además una mirada de advertencia—. Pero también se han acabado.

—¡Vaya por Dios! —Hugh agachó la cabeza, se pasó los largos dedos por el pelo descuidado e intentó controlarse—. Está bien. —Se estiró de repente—. Perdona esta intrusión. Espero, «prima» Mariah, que si recuerda en algún momento alguna otra cosa que le facilitara su tía, me lo dirá de inmediato, ¿verdad?

Mariah asintió, pero no plasmó en palabras tal promesa.

Después de que el hombre se hubo marchado, Mariah ayudó a Dixon a recoger los botones y los alfileres, que se habían esparcido por todo el suelo de la cocina. Después encendió una vela y subió despacio hacia el ático. Una vez allí, sacó la llave que tenía colgada del cuello y se puso de rodillas delante del cofre que había sido de su tía. Hasta ese momento se había resistido a la tentación de abrirlo, pero ahora... ¿Qué demonios podía pensar Hugh que contenía? Probablemente no tendría nada que ver con la broma de su tía acerca de la existencia de un «tesoro». ¿Era posible que Hugh, llevado por su avidez, se lo hubiera creído?

Deslizó la llave en la cerradura e intentó abrir el cofre. No lo logró. Removió un poco la llave y probó de nuevo. ¡Clic! Levantó la tapa y dirigió la vela hacia el cofre para poder ver bien qué contenía. Curiosamente, en la parte de arriba había un chal de encaje, muy semejante al que ella tenía en su baúl. Lo puso a un lado. Debajo de él encontró dos pares de guantes, una pila de viejos libros de contabilidad, dos novelas y dos retratos en miniatura, uno del hijo de la tía Fran y otro de su tío Norris. Ambos habían muerto hacía mucho tiempo. Miró más de cerca el del hermano de su madre. Contemplar su cara después de tanto tiempo le produjo una sensación agri dulce. Había sido un hombre muy divertido y adorable, o al menos ella lo recordaba así.

También dejó a un lado todas esas cosas y se fijó en un grupo de lo que parecían ser varios libros de contabilidad, bastante gruesos. ¿Cuentas de la hacienda? ¿Diarios personales? No tenía el más mínimo interés en las cuentas, y se preguntaba si era apropiado leer antiguos diarios. No obstante, Francesca Prin-Hallsey había dejado todo eso bajo su custodia. Sus palabras exactas fueron: «Espera hasta que esté muerta y enterrada; después, puedes mirar mis

cosas». Algo parecido a eso, y con ese significado, sin la menor duda.

Así que abrió el primer diario y empezó a leer.

Los Prin-Hallsey quieren que todo el mundo piense que son una familia de abolengo, muy relacionada con la nobleza. Pero la verdad es que el viejo Horacio Hallsey se ganó la vida trabajando como sastre. Escuchando comentarios de sus clientes, muchos de ellos pertenecientes a la nobleza, eso sí que es cierto, aprendió muchos trucos y estrategias de inversión, y también fue capaz de ocultar su forma de hablar de procedencia humilde y aprender a mantener conversaciones que cuadraban con las de la alta sociedad británica. Añadió a su apellido el prefijo «Prin», que procedía del de soltera de su madre, porque pensó que así sonaría más aristocrático, y se distanció del negocio familiar, que en Londres era muy conocido, «Hallsey e Hijos». Conoció a su primera esposa en Covent Garden. Era actriz...

Mariah negó con la cabeza. No le extrañaba que la tía Fran no quisiera que esos diarios salieran a la luz pública cuando ella todavía estaba viva. Y también explicaba el porqué de que se los hubiera dejado a Mariah. Seguro que temía que Hugh los destruyera si caían en sus manos.

La llama de la vela empezaba a fallar, y además a Mariah le empezaban a doler las rodillas. Decidió llevarse los diarios a su habitación y así leerlos con mucha más comodidad y cuando tuviera tiempo libre.



Mariah corrió hacia la ventana al oír un ruido inhabitual. Era un coche de punto, que se detuvo junto a la casa del guarda. ¿De quién se trataría?

Henry. ¿Cómo es que había vuelto tan pronto? No lo esperaba, y menos en mitad de semana. ¿Y por qué había alquilado un coche hasta su puerta, en vez de tomar la diligencia de Oxford a Whitmore y después ir caminando el corto paseo hasta la hacienda, como siempre? ¿Por qué tantas prisas? Eso sin hablar del gasto adicional.

No pudo deducir nada de su expresión, pues tenía el sombrero bien calado para protegerse de la llovizna y del viento, que le levantaban los faldones de

la levita. Llevaba un paquete en una mano y una maleta en la otra. ¿Acaso había rechazado su segundo manuscrito el señor Crosby? ¿Tan pronto?

Corrió hacia la puerta y la abrió inmediatamente.

—¿Qué pasa, Henry? ¿Va todo bien?

En el rostro de su hermano se dibujó una media sonrisa.

—Tú dirás.

Le pasó el paquete, envuelto en papel marrón, y ella lo tomó entre sus manos como una madre toma a un recién nacido. Era sólido y de forma rectangular. El corazón empezó a latirle a toda prisa. ¿Podía ser? ¿Tan pronto?

—¿Puedo entrar o prefieres que siga aquí, mojándome?

—¡Oh! Pasa, por favor —murmuró, retirándose del umbral, aunque manteniendo los ojos y los pensamientos en el paquete. Lo colocó encima de la mesa y empezó a desenvolverlo con mucho cuidado.

Henry se sacudió los zapatos y se quitó el sombrero.

—¡Vamos, Rye, por una vez en tu vida desgarras el papel, no seas melindres!

Se sintió un poco ofendida por el comentario, pero estaba tan nerviosa que se limitó a mandarle una fugaz mirada de reproche. Rasgó el papel y dejó que cayera al suelo. Se quedó mirando con los ojos muy abiertos, muda de la sorpresa.

¡Ahí estaba, en sus manos!

Un verano en Bath

Por *Lady A*

—¿Es de verdad? —susurró, casi sin aliento.

—No, querida, creo que es ficción —bromeó Henry, sonriendo—. O al menos eso espero.

—¡Bobo! —Le echó una mirada de reproche, pero no pudo evitar volver a mirar el libro impreso—. No esperaba que lo imprimieran tan rápido.

—Y eso no es todo. Crosby me ha dicho que también le interesa el segundo manuscrito, pero que quiere volver a leerlo antes de comprometerse del todo.

¿No son buenas noticias?

—¡Claro!

Henry sonrió y dio unos golpecitos en la cubierta del libro.

—Entonces creo que esto hay que celebrarlo.

La felicidad le salía por todos los poros.

—Y yo creo que tienes toda la razón.



Mariah, Henry, Dixon, y hasta Martin, estaban sentados alrededor de la mesa de la cocina, cuando el capitán Bryant apareció por la puerta trasera, que estaba entreabierta para dejar pasar a la habitación el aire fresco, aunque pese a ello seguía bastante caldeada gracias al fuego.

—¡Capitán Bryant! —Dixon, con las mejillas algo coloradas por el champán que había traído Henry, se levantó para abrir la puerta del todo.

Ya no había nada que hacer. No estaba en la puerta principal, donde se le podía despedir con una excusa, por peregrina que fuera. Estaba allí, en la puerta de la cocina, y los había visto a todos sentados, hablando y riendo encantados.

Mientras el capitán Bryant intercambiaba saludos con Dixon, Mariah quitó subrepticamente la novela de la mesa y se la colocó en el regazo.

—Perdónenme, por favor. No era mi intención interrumpirles —dijo, cambiándose de mano la cesta que llevaba.

—No se preocupe —le tranquilizó Dixon, mucho más locuaz de lo habitual—. Estábamos de celebración.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué celebran?

Todos se volvieron a mirar a Mariah, que titubeó.

—Yo... quiero decir... ¿hace falta algún motivo para hacer una celebración?

—Normalmente sí.

Mariah notó en su mirada que en cierto modo la estaba retando. ¿Qué podía decir sin revelar su secreto?

Martin se echó hacia atrás en la silla y cruzó los brazos con gesto relajado.

—Capitán, hoy es mi cumpleaños. Me gusta la discreción, pero ya sabe, cuando hay mujeres de por medio, no hay nada que hacer. Sobre todo, cuando se les ha metido algo en la cabeza.

A Mariah le sorprendió, y por supuesto le alivió, la rapidez mental de Martin. ¿O acaso era verdad?

—¡Ah, bien! Feliz cumpleaños, señor Martin. —El capitán Bryant dirigió una mirada desconcertada, y también desconcertante, a Mariah—. No les entretendré. He pescado varias truchas y también unos cuantos timalos. Bastantes más de los que puede utilizar la cocinera. Y pensé que igual ustedes querrían quedarse con alguno.

—Es muy amable de su parte, capitán Bryant. ¿No te parece, Dixon?

—Por supuesto, muy amable —confirmó Dixon, asintiendo enérgicamente.

El capitán dirigió la vista a Henry durante un momento, que inclinó la cabeza al encontrarse con su mirada, pero nadie hizo la presentación.

—Martin ha hecho una tarta —dijo Mariah con voz de entusiasmo—. ¿No le apetece unirse a nosotros, capitán?

—No, muchas gracias. No quiero interferir en su... celebración. —Dejó sobre la encimera la cesta con el pescado, se inclinó levemente y se marchó.



Tras su marcha se produjo un silencio incómodo. Henry y Mariah se miraron de un modo sombrío mientras Dixon se dedicaba a guardar el pescado y Martin se levantaba para ayudarla.

—Dile lo que tengas que decirle, Rye —comentó Henry—. Tengo muy claro que antes prefiero arriesgar mi escasa e hipotética herencia que tu reputación.

Mariah negó con la cabeza.

—No, Henry.

—Está bien, no te preocupes por mí.

Mariah dio un profundo suspiro. Se excusó, se colocó encima un chal y salió corriendo a la calle, en dirección a la gran casa, intentando evitar los charcos lo mejor que pudo. Finalmente lo vio cerca de la curva del camino.

—¿Capitán Bryant, espere, por favor!

Se volvió al oír su voz y se quedó quieto en el camino mientras ella se aproximaba. Notó con cierto disgusto que no se acercaba hacia ella, ni tampoco le sonreía.

—¿Puedo preguntarle, capitán, si tiene usted algún conocido en Cambridgeshire? —empezó.

Casi había perdido el aliento debido a la carrera.

—Pues... no que yo recuerde. ¿Por qué? —dijo, frunciendo el ceño.

—Siendo así, se lo voy a decir sin más preámbulos. El hombre que está en casa es mi hermano. Siento no haberles presentado. He sido muy maleducada.

Él mantuvo el ceño fruncido.

—Si es su hermano, ¿por qué no me lo dijo usted antes? Casi la acusé de estar recibiendo a un amante...

Ella dudó y se mordió el labio.

—Mi hermano no debería visitarme. Nuestro padre se lo ha prohibido.

—¿Por qué?

—Tiene sus razones, eso es todo lo que le puedo decir. Pero lo que no quiero, bajo ningún concepto, es que llegue a mi padre la noticia de que me visita de vez en cuando.

El capitán negó con la cabeza.

—Cuenta usted con mi palabra de que no se lo mencionaré a nadie. De todas formas, me parece que su padre está obrando de una forma tremendamente injusta.

—No lo juzgue usted con tanta dureza. Él no tiene la culpa. La tengo yo, solo yo.

El capitán Bryant abrió la boca como si fuera a insistir, pero aparentemente se lo pensó mejor. Al final lo único que hizo fue agradecerle la confianza en él que había mostrado por contárselo y darle las buenas tardes. Mariah lo observó alejarse, dándose cuenta de que también le estaba diciendo adiós... quizá para siempre.

Capítulo 14

«Continuarán las palizas hasta que mejore la moral».

Aviso en un barco
de la Armada Real Británica

Matthew se preparó un solitario desayuno en una encimera sobre la que había desplegada tal cantidad de viandas que habrían satisfecho sin duda a una docena larga de marineros hambrientos. Mientras se servía salchichas, huevos y panecillos dulces pensó en su encuentro de la noche anterior con la señorita Aubrey. Le intrigaba mucho la inquilina de la casa del guarda, pero allí había algo que no cuadraba, eso era evidente. Además, se preguntó por qué pensaba en ella tan a menudo. ¿Sería porque estaba aburrido? A decir verdad, esta vida de caballero le estaba pareciendo bastante tediosa, al menos hasta ahora. Y solitaria, tenía que reconocerlo. Aunque no tenía tanto personal como se suponía que tenía que tener, por Windrush Court pululaba una enorme cantidad de sirvientes y de trabajadores de la hacienda. Pero no amigos. Por lo menos, a bordo de un barco había disfrutado de la compañía de los demás oficiales durante las comidas, porque momentos libres no había. Aquí cenaba solo.

Esa misma mañana, un poco más tarde, saliendo de la casa de camino a los establos, Matthew oyó los cascos de un caballo al trote. Miró hacia el arco de la entrada principal y vio a un jinete de pelo claro con *blazer* azul marino y sombrero de tres picos. Sintió una gran alegría.

William Hart había llegado por fin.

El joven mozo de cuadra corrió a recibir al visitante y ocuparse de su caballo. Matthew hizo un gesto de pena al ver que su amigo bajaba del caballo con mucho cuidado, apoyando el pie en el estribo de una manera poco natural. El mozo, que estaba esperando, tomó las riendas del caballo y le ofreció la mano para ayudarlo.

Matthew bajó corriendo las escaleras de la entrada principal y se acercó por el sendero.

—¡Hart!

El joven rubio avanzó hacia él cojeando.

—Hola, Bryant.

Los dos hombres se saludaron con un efusivo apretón de manos y después se tocaron los hombros, sin llegar a darse un abrazo completo. Al parecer algo avergonzado, Hart se retiró antes. Alzó la cabeza, recorrió la mansión con la mirada y soltó un silbido.

—¡Menudo cuartel, capitán!

—Solo temporal. Al menos por ahora. Vamos dentro, y te enseñaré la casa. No sabes lo que me alegra que hayas venido, viejo amigo.

Matthew acompañó a Hart a dar una vuelta por la casa, teniendo mucho cuidado de ir despacio, a un ritmo que él pudiera seguir sin dificultades, y le alivió no encontrarse por ninguna parte con Prin-Hallsey. Le ofreció a su amigo la posibilidad de escoger la habitación que le resultara más conveniente, aunque le sugirió la más cercana a las escaleras para limitar la distancia que Hart tendría que recorrer varias veces al día. También mandó a un criado a recoger el equipaje del teniente. Después de que William se hubo instalado, compartieron una comida ligera, e intercambiaron noticias e información sobre distintos amigos y compañeros de la Armada, así como de la familia de cada uno. En el caso de Hart, solo vivía su madre, que estaba inválida, y Matthew sabía que estaban muy unidos.

Pero lo que empezó siendo una tarde de agradable conversación empezó a dar un giro radical por momentos. Matthew se dio cuenta de que la tensión entre él y su antiguo primer teniente empezaba a crecer. El encuentro no se estaba desarrollando de una forma tan amigable como había previsto

inicialmente.

—¿Salimos a cabalgar? —propuso Hart—. Así podrías enseñarme tus vastos dominios y, de paso, ejercitar a tu caballo nuevo.

—Debes de estar cansado del viaje —dijo Matthew—. ¿No prefieres jugar una partida de ajedrez?

—Pero si el ajedrez no te gusta...

—No me importa. Hacemos lo que te apetezca.

—Pues lo que me apetece es que dejes de tratarme como a un viejo inválido.

Matthew estaba deseando salir de entre las paredes de la casa y, de paso, intentar acabar con la tensión, que iba creciendo a cada minuto que pasaba. Así que propuso ir a dar un paseo por los jardines y los bosques cercanos.

—Siempre que creas que puedes hacerlo sin problemas.

—¡Por supuesto! Tengo un bastón muy firme, y el cirujano me ha asegurado que el ejercicio va muy bien para que se recupere la pierna.

Según paseaban, Matthew le llamó la atención acerca del edificio de los establos, con la fachada de color marfil y la inhabitual torre central con reloj, así como de la rosaleda, en la que empezaban a florecer algunas rosas amarillas, de la variedad más temprana, los setos recortados y el estanque. Mientras rodeaban la tranquila orilla, Matthew se agachó y escogió un guijarro y lo lanzó contra la superficie plateada, sin poder evitar acordarse con mucho agrado de su paseo nocturno y de la conversación que mantuvo con la señorita Aubrey.

—Me gustaría que te quedaras aquí conmigo, William —dijo—. Durante todo el tiempo que tenga alquilada la hacienda.

—¿Por qué? —preguntó el teniente, frunciendo el ceño.

A Matthew le sorprendió mucho su reacción.

—Bueno, hay muchísimo más sitio del que necesita un soltero como yo. Y...

Hart lo interrumpió.

—Y yo solo recibo la mitad de la paga. Y encima, soy un tullido.

—Bueno... sí.

—Y lo sientes por mí.

—¡Pues claro que lo siento, hombre! ¿Cómo no iba a hacerlo? Si hubiera podido recibir esa bala en tu lugar, no dudes de que lo hubiera hecho.

—Aquí está de nuevo el heroico capitán Bryant. —La expresión de William, generalmente sonriente, se torció—. ¿De verdad te crees tan fuerte? ¿Piensas que habrías podido superar sin problemas una herida menor y seguir bailando mazurcas en una fiesta social?

—Yo no he dicho que...

—¿Qué es lo que no has dicho? ¿Qué soy un hombre más débil? Pero lo piensas. Me has invitado aquí para ofrecerme tu caridad. Y para mostrar tu pena.

—Estás a la defensiva, Hart. ¿Qué te ha pasado?

—Pues meses de miradas apenadas y de condescendencia, eso es lo que me ha pasado. Pero todavía puedo superarte, amigo.

—Hart, me cuesta pensar que...

—¿No crees que pueda? ¿Piensas de verdad que una pierna un poco torpe es suficiente como para ponerme trabas? Te superé en la academia, y te supero ahora.

—Por aquel entonces éramos solo unos niños, William. Y fue antes de que...

William Hart lo empujó con fuerza, tanta que estuvo a punto de caer al agua.

—¡Hart!

—¿Me vas a colgar por pelearme con un oficial superior?

—Ahora no estamos de servicio.

—¡Ah, bueno! Solo quería cerciorarme. —Volvió a empujar a Bryant.

Matthew notó que perdía el equilibrio, agarró a Hart por las solapas y los dos hombres cayeron al agua, produciendo un fuerte chapoteo.

Matthew se puso de pie bufando. El estanque era poco profundo.

—¡Rayos y truenos! ¿Pero qué diablos te pasa?

Hart se puso de pie a su vez, jadeando y casi sin aliento.

—No necesito que sientas pena de mí, Bryant. Nunca lo he necesitado, ni lo voy a necesitar.

Matthew se quitó la empapada levita y la lanzó hacia la orilla.

—¿Tan extraño es que te haya ofrecido alojamiento aquí?

Hart se pasó la mano por los ojos para secárselos.

—Ofréceme tu amistad, Matthew. Nada más. Pero no me ofrezcas nada menos.

En ese momento, la señorita Aubrey apareció delante de ellos y, como era lógico, se quedó asombrada al verlos dentro del estanque, uno completamente vestido y el otro en mangas de camisa. Y ambos empapados del todo, de los pies a la cabeza.

—¡Oh, perdónenme! —murmuró, desviando la mirada con gesto de vergüenza.

—Señorita Aubrey —empezó Matthew—. No hay nada que perdonar. Simplemente estábamos... eh... bañándonos.

—En ese caso, discúlpenme. Les dejo a lo suyo. —Se alejó a toda prisa, claramente confundida.

«¡Vaya por Dios!», se dijo Matthew. Salió del estanque y corrió tras ella.

—Señorita Aubrey, por favor, espere —la llamó. La joven se detuvo y él se puso a su altura, intentando recuperar el aliento—. Soy yo quien debe disculparse. Hemos actuado de forma irreflexiva.

Ella siguió sin mirarlo a la cara.

—No tiene que disculparse de nada. Está usted en su casa, ¿no es así?

—Ambos somos inquilinos en esta hacienda —dijo él con tranquilidad—. Tendría que haber actuado con más consideración.

—No se preocupe. —Lo miró durante un instante, pero volvió a desviar los ojos de inmediato—. Al fin y al cabo, me he criado con dos hermanos. Le aseguro que lo que acabo de ver no me llama la atención.

Él se miró la ropa, completamente empapada. «¡Qué vergüenza!», pensó.

—Pero me da la impresión de que la hemos asustado. Y por ello, le reitero mis disculpas, tanto en nombre del señor Hart como en el mío propio. Procedería a presentarles, pero... dadas las circunstancias...

—Lo entiendo. Disculpas aceptadas. —Pese a sus palabras, se notaba que no estaba cómoda, y se dio la vuelta sin volver a mirarlo a la cara.

«¡Idiota!», se reprendió de nuevo a sí mismo.



Cuando, a la mañana siguiente, Dixon condujo de nuevo al capitán Bryant, sombrero en mano, a la sala de estar, Mariah notó que se ruborizaba casi de manera instantánea. Y es que, aunque iba perfectamente vestido, con un *blazer* de color beis y pantalones con brillo, no tuvo más remedio que acordarse de cómo lo había visto la tarde anterior, con la camisa pegada al cuerpo y a los brazos debido a la humedad.

—¡Ah! Veo que recuerda mi vergonzante comportamiento de ayer. He venido para disculparme con mayor formalidad, y para asegurarle que, en el futuro, mi amigo y yo no volveremos a... bañarnos.

—No lo hagan por mí, se lo ruego. Lo único que tengo que hacer es no acercarme tanto a la casa.

—No, señorita Aubrey, eso no me gustaría en absoluto —dijo con mucho énfasis—. Deseo que recorra la hacienda a voluntad, no tiene por qué no hacerlo. —Se acercó un paso—. De hecho ¿por qué no cena con el señor Hart y conmigo mañana? Ya estamos un poco hartos el uno del otro, y eso que acaba de llegar. —Sus ojos pardos brillaron—. Una presencia femenina tan agradable como la suya podría contribuir a que nos comportáramos de una manera más civilizada.

La sola idea de cenar en Windrush Court en compañía de dos hombres hizo que se pusiera nerviosa. Él pareció notarlo, y corrigió de inmediato el formato de la invitación.

—La señorita Dixon puede acompañarla, si le parece.

Conociéndola, Mariah dudaba que a la mujer le apeteciera ir de carabina.

—Es usted muy amable, capitán, pero me permito hacerle otra sugerencia: ¿por qué no vienen usted y el señor Hart a cenar aquí, a la casa del guarda? Podríamos utilizar la mesa más grande de esta misma habitación, y seguro que estaríamos muy a gusto. Además, Martin es un cocinero excelente.

—Señorita Aubrey, no era mi intención venir aquí a solicitar una invitación, ni tampoco ocasionarle el más mínimo inconveniente, del tipo que fuera.

—No hay ningún inconveniente, capitán. De verdad que sería un placer.

Siempre y cuando a su amigo y a usted no les importe que el lugar sea bastante más humilde que la mansión.

—¡En absoluto! Le aseguro que la cena aquí resultaría más agradable que en un comedor tan enorme y con tanto eco.

Una vez que hubieron acordado la hora, él le dio de nuevo las gracias y se despidió con un breve «¡Hasta mañana entonces!».

Dixon escuchó las palabras finales del capitán.

—¿Mañana? ¿Qué pasa mañana?

—Pues que tú y yo vamos a ofrecer nuestra primera cena en esta casa a unos invitados —respondió Mariah con voz débil.

—¿Cómo? —La sorpresa hizo que los ya de por sí angulosos rasgos de la mujer se acentuaran aún más.

—Esperemos que Martin esté a la altura del desafío —concluyó Mariah dando un profundo suspiro.



Mariah buscó a Martin y le explicó el plan que, para su alivio, aceptó encantado.

Mientras el hombre pensaba en el menú, Mariah y Dixon empezaron a limpiar compulsivamente y a poner en orden la casa, y también encargaron a George Barnes algunas de las tareas más duras. Le pidieron a Jack Strong que reparara la pata de una de las sillas, que estaba a punto de partirse, y al señor Phelps que les trajera flores para adornar la mesa y el resto de la casa. Martin elaboró una lista de la compra, y Dixon fue al mercado, no sin antes recibir dinero de Mariah, cuyo monedero se vació de una manera alarmante.

A la mañana siguiente, bastante temprano, Martin se encasquetó el delantal y empezó a canturrear mientras trajinaba por la cocina. Le pidió ayuda a Dixon para pelar, cortar y picar. Mariah temía que su vieja amiga se ofendiera por tener que hacer labores de pinche, pero le alivió mucho comprobar que esta dejaba de lado cualquier resentimiento contra Martin y que trabajaba con él diligentemente y sin protestar.

Entre dos tareas, se paró a secarse las manos en el delantal y le pasó un

tarro no muy grande que había comprado el día anterior.

—¿Qué es esto? —preguntó Martin.

—Un bálsamo para su brazo que parece que huele algo mejor que el que se aplica habitualmente. O al menos eso creo.

A Mariah le entró un escalofrío repentino, pero se sintió doblemente satisfecha al ver que el hombre no se ofendía, sino todo lo contrario, ante lo que evidentemente era un gesto muy atento por parte de la criada.

—Muchas gracias. —Levantó la tapa y aspiró el aroma del ungüento—. Pero, señorita Dixon, me temo que si me pongo esto oleré a dama.

—Lo cual supondría una evidente mejora, señor Martin, se lo puedo asegurar. Y ahora, sigamos. Salvo milagro de por medio, estos patos no se van a desplumar solos.



El capitán Bryant y su amigo se presentaron en la casa a la hora convenida, muy bien trajeados, aunque no de gala; ambos estaban elegantísimos, y Mariah se alegró por haberse puesto el mejor vestido que tenía, de color rosa, y también de haber dejado que Dixon le recogiera el pelo y se lo rizara. El capitán Bryant llevó clarete y un paquete de tabaco de pipa para el cocinero.

—Señorita Aubrey, permítame que le presente al señor William Hart. Hart, te presento a mi amable vecina, la señorita Mariah Aubrey.

El aludido se inclinó, pero no antes de que ella pudiera comprobar un brillo de admiración en sus ojos de color azul claro. Parecía unos años más joven que el capitán Bryant, pero quizá se debiera al pelo rubio y a sus rasgos juveniles e inocentes, lo que hacía que su cojera resultara todavía más lamentable.

Ella hizo una reverencia para saludar formalmente a los dos visitantes masculinos. Les presentó a la señora Dixon como su acompañante, y también a Martin, aunque dudó a la hora de elegir la forma de indicar su relación con ella, así que prefirió limitarse a decir el nombre, sin más.

Todos se sentaron en la sala de estar, y Mariah y el propio Martin insistieron en que Dixon se sentara con ellos, dejando que fuera el cocinero

quien se encargara de servir la cena.

El primer plato, consistente en una sopa de primavera acompañada de salmón fresco cortado en lonchas, levantó exclamaciones elogiosas, que subieron de tono tras la aparición del ragú de pato con guisantes, lengua con guarnición, ensalada de remolacha y pepino y tartaletas de grosellas silvestres. Tanto el vino como la conversación fluyeron de forma muy agradable durante bastante más de una hora. Finalmente, Dixon se levantó para ayudar a Martin a retirar los platos y dejar la mesa despejada para servir el café y los dulces.

—La señorita Aubrey nos ha dicho que sirvió usted como ayudante de capitán. Así que es un hombre de la Armada Real, como Hart y yo.

—Así es, señor, aunque fue hace mucho tiempo. —Martin empezó a servir el café mientras Dixon volvía a sentarse a la mesa.

—Puedo asegurarle que jamás he comido ni la mitad de bien que hoy en un barco. ¡Le felicito! —El capitán levantó la taza de café en su honor, e insistió en que Martin se uniera a ellos.

—Muchas gracias, señor.

—¿Quién fue su capitán? —preguntó Hart.

—Oh, no creo que hayan oído nombrarlo. Embarqué con él cuando era muy joven. Fue poco después de que perdiera la mano. Primero serví un año con el capitán Stone, un hombre muy estricto. Era enorme... de tamaño. En las comidas le preocupaba mucho más la cantidad que la calidad. Resultaba difícil lucirse y enorgullecerse del trabajo estando a las órdenes de un hombre de sus características.

»Mi segundo capitán era muy distinto. Le gustaban las cosas de calidad, y consideraba que mi manera de cocinar era una de ellas. Solo estuve a sus órdenes durante un viaje, hace ya más de treinta años. ¡Pero menudo viaje! Seis meses en el mar, sin tocar puerto. Y después una simple parada en una zona salvaje de la costa, para proveernos de agua potable. ¡Menuda aventura! Muy peligrosa. Pero ustedes son jóvenes y ya saben cómo son esas cosas. No deseo aburrirlos.

—¡No, en absoluto! —Hart le sirvió a Martin un vaso de clarete y le hizo un gesto para que continuara. El hombre asintió con la cabeza, dándole las gracias, y siguió con su relato:

—Nunca olvidaré la última noche que serví a las órdenes del capitán Prince.

Mariah se dio cuenta de que el capitán Bryant y el señor Hart intercambiaban una mirada de entendimiento, y se preguntó el porqué de la misma. ¿Acaso conocerían el nombre del marino que había mencionado Martin?

—El capitán no conocía el miedo, pero también tenía buen corazón. Cuando ocurrió todo estaba visitando a un guardiamarina que se había puesto enfermo. Por eso no estaba en cubierta la noche en la que los franchutes abordaron nuestro barco. Debieron de utilizar dardos envenenados o algo semejante, porque ninguno de nosotros oyó un solo disparo, absolutamente nada, ni un ruido. Mataron a los pocos hombres que había en cubierta y después cerraron a cal y canto el paso a la bodega, y nos dejaron atrapados como a ratones en la ratonera. Pero eso no detuvo al capitán Prince. Planeó el contraataque casi de inmediato, y rompimos el cascarón desde abajo. Pero los hijos de p..., perdón, los franchutes apuntaron hacia nosotros con nuestros propios cañones y dispararon hacia el acceso a la bodega. Muchos de los hombres murieron. Pero el capitán Prince subió por las escaleras como un león, sable en mano, y mató al capitán francés y a otros dos oficiales antes de que se dieran cuenta siquiera de lo que se les venía encima.

Martin bebió un trago de vino mientras los demás tomaban café.

—Pero estábamos tan embebidos en la batalla que nadie logró darse cuenta de dos cosas —dijo Martin, levantando la mano buena y extendiendo el dedo índice—. Primero, que el capitán había resultado herido en la cabeza. La pelea era tan fiera que ni se había dado cuenta, y nosotros lo seguimos ciegamente. —Martin extendió ahora el dedo corazón, sin doblar el otro—. Y segundo, que mientras estábamos atrapados en la bodega se había desatado una tremenda tempestad. Cuando nos dimos cuenta ya era demasiado tarde. El abordaje había roto los mástiles y rasgado las velas, y pese a que logramos abatir a los franchutes, no podíamos enfrentarnos a la tempestad en tales condiciones. ¡Pese a tanto esfuerzo, perdimos el barco! Nos hundimos, todos terminamos en el mar. Yo logré enganchar el garfio a los restos de un palo de mesana, y me aferré a él para salvar la vida. Otros también se agarraron a

maderos, y logramos mantenernos a flote hasta que pasó otro barco y nos recogió. Solo nos salvamos el timonel, el carpintero, unos cuantos guardiamarinas, entre ellos el enfermo, y yo.

Con la vívida descripción de Martin, Mariah fue capaz de imaginar perfectamente las horribles escenas, y hasta sus detalles.

—¿Y el capitán?

Martin negó con un gesto.

—¿Con esa tremenda herida en la cabeza? No. Oí el rumor de que lo habían encontrado, pero no le di crédito. No he vuelto a verlo. Tampoco he leído ninguna mención acerca de su persona en los periódicos, referida a que hubiera sufrido un consejo de guerra, o a que se le hubiera encargado alguna otra misión.

Una vez más, Mariah observó que el capitán Bryant y Hart intercambiaban miradas divertidas.

—En fin, señor —dijo el capitán Bryant—, debo decir que es usted un extraordinario narrador, aunque todos en la Armada sabemos que tales historias acerca del tal capitán Prince son puros mitos.

—¿Mitos? —espetó Martin frunciendo el ceño—. ¿Me está diciendo que he soñado que me hundí con el *Largos*?

—El *Largos* fue un barco que existió, y que se hundió en combate. ¿Pero el capitán Prince...? —Bryant no terminó la frase y se encogió de hombros.

Martin se enfureció.

—Pues yo le estoy diciendo que serví con ese oficial. Y todavía guardo su catalejo para demostrarlo. —Haciendo caso omiso de sus protestas, Martin se levantó rápidamente de la mesa y salió casi corriendo del cuarto de estar.

Volvió al cabo de unos minutos, respirando de manera entrecortada. Le pasó el catalejo a Bryant, que lo recogió de mala gana.

—Me lo dio en cuanto se oyó la primera señal de alarma. Me lo confió y me pidió que defendiera y cuidara al pobre guardiamarina enfermo, con mi vida si era necesario. No sé cómo me las arreglé para no perderlo entre las olas, pero lo hice.

—Una pieza realmente magnífica —concedió Bryant.

—Perdónenos, señor Martin —añadió Hart—. Ni mucho menos

pretendíamos darle las gracias por la excelente cena que ha preparado a base de poner en duda su historia.

—Es posible que, por alguna razón que desconozco, hayan silenciado su hazaña —insistió Martin—. Pese a su enorme valentía, no era un oficial convencional. Puede que enfadara a algún almirante.

—¿Ha vuelto usted a navegar? —Estaba claro que Bryant quería alejar la conversación de cualquier tipo de controversia.

—Sí, por supuesto. No tenía ni veinticinco años cuando sucedió todo lo que les he contado. Después de que nos rescataran, serví durante otros veinte años. Pero jamás encontré otro oficial como el capitán Prince, Dios lo tenga en su Gloria.

—¿Y después de la Armada...? —preguntó Hart, tras dirigir otra mirada al capitán Bryant.

Martin se encogió de hombros.

—Durante algún tiempo fui a la deriva, aunque me avergüence decirlo. Pero después me encontré con la tía de la señorita Aubrey, y afortunadamente me enderecé y encaucé mi vida por otros derroteros. —Se puso muy derecho—. Pero esa es otra historia, y bastante larga, por cierto, y ya les he aburrido bastante. Y ahora, ¿quién quiere un poco más de café?

Capítulo 15

«El hábito de escribir diarios contribuye mucho a que las damas desarrollen un estilo literario fácil y ameno, que es muy bien recibido por los lectores».

Jane Austen,
Northanger Abbey

Pese a que la cena había sido todo un éxito y Mariah estaba agotada, no durmió del todo bien. Por la mañana se sentía demasiado cansada como para levantarse de inmediato, así que abrió uno de los diarios de su tía, que había colocado en su mesita de noche, y empezó a leer.

La primera relación que tuve con la familia Prin-Hallsey se produjo cuando era una jovencita de diecisiete años. En ese momento mi padre ya había fallecido, y mi madre estaba enferma de fiebres pulmonares. Varios amigos le recomendaron que visitara a unos médicos especialistas de Oxford, pues temían que si no lo hacía podría morir. Por mi parte, yo le recomendé también fervientemente que siguiera su consejo, no solo por su bien, sino además por el mío propio. Me aburría muchísimo en nuestro pueblo, pequeño y adormecido. Mi madre era reacia a que dejáramos nuestra pequeña casa de campo, por supuesto, incluso durante el verano, pero siempre he sido muy persuasiva, así que finalmente logré convencerla.

Viajamos en diligencia hasta Bourton y, desde allí, alquilamos un carro conducido por un muchacho, con el que hicimos el resto del camino. La carretera desde Bourton era sumamente irregular, y en algún momento hasta temí que perdiéramos o se nos estropearan nuestras pertenencias.

Pero finalmente llegamos, atravesamos el puente de un viejo castillo y la casa del guarda y llegamos a Windrush Court, que era el lugar en el que vivían los amigos de mi madre.

Su amiga era una gran dama y, en comparación, mi madre resultaba bastante pueblerina. En otras palabras, éramos como los primos pobres de la gran dama, a los que había que atender por caridad. Me intrigaba cómo era posible que mi madre hubiera entablado amistad con tal personaje, y al final supe que habían ido juntas a una escuela.

La señora Prin-Hallsey tampoco estaba demasiado bien de salud, y sintió compasión por mi pobre madre. Organizó las cosas de forma que fuera atendida por su mismo médico de Oxford, un tal doctor Dartmore.

La señora Prin-Hallsey tenía un hijo mayor, Frederick. Pero él apenas me hizo caso. Su madre había puesto los ojos en una dama de la alta sociedad a la que él parecía cortejar con éxito, y esperaba que, de un momento a otro, se anunciara el compromiso.

Recuerdo que, en aquellos momentos, no tenía el menor interés en él.

Era atractivo, la verdad. Alto, con el pelo oscuro, e iba siempre magníficamente vestido. Pero estaba claro que pensaba de manera permanente en sí mismo y en su brillante futuro, y yo decidí relacionarme con él lo menos posible, pese a que vivíamos bajo el mismo techo. Tampoco era algo tan difícil de conseguir, pues estaba muy ocupada haciendo de acompañante y enfermera de mi madre. En mi escaso tiempo libre, me hice amiga de la hija del guarda, que vivía en la casa de la entrada. Era una chica un año más joven que yo, muy tranquila y dócil, que estaba deseando acompañarme cuando paseaba, jugar conmigo a las damas, leer novelas góticas...

Mariah no sabía que Francesca había conocido a Frederick Prin-Hallsey cuando era joven, incluso antes de casarse con el tío Norris. Y le resultó interesante la referencia a la chica que había vivido en la casa del guarda. ¿Utilizaría la misma mecedora que ella, la que había arreglado el señor Strong? Le habría gustado saber qué fue de la chica. ¿Había vivido allí con sus padres hasta que los Prin-Hallsey decidieron que la entrada norte de la hacienda ya no era necesaria y su padre perdió el empleo? ¿O para entonces ya se había casado y abandonado la casa?

Mariah dejó el diario, se levantó, se vistió y se acercó a la salita de estar de al lado del dormitorio. Tendría que ponerse a escribir. Pero, en vez de hacerlo, miró por la ventana. Allí estaba el individuo del tejado, apareciendo

y desapareciendo entre los árboles, que a veces le permitían verlo y a veces no. Antes, cuando los árboles no habían echado todas las hojas, resultaba más fácil de observar. ¿Por qué agitaba las manos? ¿Acaso quería comunicarse con ella?

De repente, oyó unas pisadas muy cercanas y se sobresaltó.

—¡Oh, Martín! ¡Me ha dado un buen susto!

Sin inmutarse, y sin cambiar el gesto en absoluto, el hombre le tendió el antiguo catalejo marino.

—Yo no tengo ningún interés en espiar. Pero si usted quiere seguir mirando, puede ayudarse con esto. —Se lo dio y se volvió, sin decir nada más.

—¡Yo no estaba...! —balbuceó. Pero ya se había marchado.

Observó el catalejo que tenía en la mano. No, definitivamente no estaba espiando. Lo dejó sobre una pequeña mesa auxiliar, pero volvió a tomarlo de inmediato. No había forma de resistirse. Se acercó otra vez a la ventana y se puso el visor en el ojo derecho, ajustándolo hasta enfocar el tejado de la casa de caridad. Árboles, chimeneas... ¡Allí estaba! Dio un respingo y bajó el catalejo como si el sol le hubiera quemado los ojos. Y es que había visto un viejo que también estaba usando un catalejo para mirarla a ella...



Esa misma tarde George y Lizzy Barnes venían por el camino, seguramente tras hacerle una visita a su madre en Bourton. Al verlos, Mariah los invitó a tomar té y galletas. George aceptó de inmediato, pero Lizzy dudó un poco.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Pero solo un ratito.

Cuando se sentaron juntos a la mesa de la cocina, Mariah no pudo evitar hacer mención de que había vuelto a ver al hombre del tejado. Recordando las advertencias de las hermanas Merryweather, no presionó a los chicos en absoluto. George miró con mucha atención el plato de las galletas y, por supuesto, seleccionó la más grande.

—A veces lo oigo, pero nunca lo he visto —dijo inesperadamente el chico—. Lo apartan del resto de nosotros.

—¿Es un delincuente, o algo así? —preguntó Mariah antes de que pudiera

frenarse.

Los hermanos intercambiaron miradas significativas.

—No, señorita —dijo por fin Lizzy—. Estoy segura de que no. Lo único que nos han hecho creer es que, si lo descubrieran, sería malo para él. Que, manteniendo su existencia en secreto, lo estamos protegiendo.

—¿Pero por qué?

—No lo sabemos, señorita —contestó George después de limpiarse la boca con la manga.

Lizzy le bajó la mano, echándole una mirada de reproche.

—Puede que solo sean cotilleos. Cuando no está la señora Pitt la gente cuenta multitud de historias.

Mariah colocó el plato de galletas cerca del chico.

—George, has dicho que alguna vez lo has oído. ¿Qué es lo que has escuchado?

Una vez más, el muchacho echó una rápida mirada a su hermana y se encogió de hombros.

—Grita un montón de tonterías. La mayoría de ellas ni las entiendo.

—¿Qué grita? —repitió Mariah—. ¿Cómo si le doliera algo, o sufriera?

—No, no es esa clase de gritos. —George se inclinó hacia delante—. Su grito favorito es: «¡Manos a los cabos!». O algo parecido. ¡Viejo loco!

—¡Ya está bien, George! —le riñó Lizzy con suavidad—. Y ahora vete. Igual la cocinera necesita tu ayuda para pelar patatas, o algo así. Tienes que hacer algo útil.

El chico gruñó para sí, pero se puso de pie, le dio las gracias a Mariah y se encaminó hacia la salida.

Una vez que se hubo marchado, Mariah le sonrió a la chica en gesto de disculpa.

—Perdóname por ser tan fisgona.

—No pasa nada —respondió la muchacha, devolviéndole la sonrisa, aunque un poco tensa—. Simplemente tenemos que tener cuidado con los Pitt.

—¿Con la señora Pitt?

Lizzy asintió, aunque mirando hacia ninguna parte, claramente distraída.

—Y con su hijo John.

Había algo en su cara que desconcertó a Mariah.

—¿Qué edad tiene John Pitt?

—Diecinueve.

Mariah se mordió el labio inferior.

—¿Y qué tipo de joven es? —preguntó con cautela.

—Pues... no se puede decir exactamente que sea malo—respondió la chica, encogiéndose de hombros.

—¿Qué significa eso?

Lizzy frunció el ceño.

—Pues significa que a los Pitt hay que tenerlos a favor. Hacer lo que ellos quieren, o pagar las consecuencias.

A Mariah le dio un vuelco el corazón.

—Lizzy, ¿alguno de ellos te ha amenazado?

—¡No, señorita! ¡No es eso lo que quiero decir! —respondió la chica, mirándola con gesto de incredulidad.

No obstante, algo en la cara de precaución de la muchacha la puso nerviosa.



Al día siguiente, en la oficina de la casa de caridad, Mariah se sentó en la silla que le había terminado ofreciendo la gobernanta, aunque muy a regañadientes. Rebuscó en la cesta y le ofreció a la señora Pitt un frasco de mermelada. La mujer tenía cuarenta y tantos años, o quizá puede que cincuenta. Se le notaban los huesos de la clavícula y tenía poco pecho, labios finos y el pelo oscuro ligeramente rizado.

La señora Pitt miró el tarro con gesto escéptico y ojos ligeramente turbios.

—¿Ruibarbo? Qué... saludable. Es muy amable de su parte, señorita Aubrey. No es que lo necesite, pero...

—No, por supuesto que no. Es solo un detalle, sin más.

—Pues se lo agradezco entonces.

—Quería preguntarle una cosa, señora Pitt... mire, desde la casa del guarda hemos visto varias veces a un hombre sobre el tejado de este edificio.

Para nosotros no supone ningún problema, por supuesto. Solo quería asegurarme de que usted sabe que está ahí, y que no corre peligro.

La mujer sonrió con gesto completamente acartonado.

—Todos nuestros internos están a salvo, señorita Aubrey, se lo aseguro. Y la mayoría de ellos están perfectamente cuerdos, aunque no todos, por desgracia. Si alguno supone algún riesgo, hacemos lo que podemos para mantener aislado del resto a la persona que supone un peligro potencial para los demás, aunque sea mínimo y sin intención de causarlo. Después de todo, formamos parte de una parroquia pequeña, y en ella no hay ninguna casa de caridad para acoger a ese tipo de personas, pobrecillas.

—Es encomiable que lo acoja usted aquí, señora Pitt.

Inclinó la cabeza para agradecer el cumplido.

—Fue la última voluntad de mi marido, que Dios lo tenga en su Gloria. Yo no estaba al tanto de las condiciones del acuerdo, pero...

Sonó una llamada en el umbral de la puerta, y en la cara de la señora Pitt se dibujó una sonrisa, esta vez genuina y amplia, que tuvo la virtud de hacerla parecer diez años más joven.

—¡Señor Lumley! —Volvió la vista hacia Mariah—. Señorita Aubrey, ¿Conoce a nuestro vicario?

Mariah se volvió para mirar al hombre de traje negro y alzacuellos blanco.

—Lo he visto en la iglesia, pero no hemos sido presentados formalmente.

El hombre inclinó la cabeza un poco.

—Señorita Aubrey.

Si había oído hablar de ella, o la recordaba del domingo de Resurrección, no dio muestras de que así fuera. Volvió de nuevo la vista hacia la señora Pitt.

—Discúlpenme. Solo he venido para hablar de las cuentas, pero si están ustedes ocupadas...

Mariah se levantó de inmediato.

—Yo ya me iba, señor Lumley. —Sonrió sin ganas—. Muy buenos días, señora Pitt. —La mujer hizo ademán de levantarse, pero Mariah le indicó que no lo hiciera—. No, no, por favor. Empiecen con su reunión. Conozco la salida.

Pero una vez fuera de la oficina, Mariah dudó. En lugar de volver hacia la

puerta de salida, avanzó por el amplio vestíbulo principal. De su breve visita y conversación con George y Lizzy, sabía que la cocina, las despensas y la lavandería estaban abajo, en el sótano, y que en la planta principal se encontraban el aula, la enfermería, las oficinas y el vestíbulo, en el que ahora se encontraba. A final del mismo había una amplia escalera que conducía a dos pisos con dormitorios. Mariah avanzó hacia ella sin hacer ruido, y al llegar a la base se detuvo. Al no oír ninguna advertencia procedente de la oficina, y pensando que nadie había notado que estaba allí, empezó a subir los escalones despacio, llegó al primer descansillo y después casi empezó a correr escaleras arriba hasta llegar al primer piso. Pese a ir tan deprisa, procuró hacer el menor ruido posible, y al parecer lo logró.

De repente, un escalón crujió de manera muy audible, y se quedó helada. Pero al aguzar el oído solo escuchó el sonido lejano de la risa de la señora Pitt tras escuchar algo que le había dicho el vicario.

Rodeó el pasamanos del primer piso y miró a través de las puertas que se habían dejado abiertas: se trataba de pequeños dormitorios, ya hechos y muy limpios y ordenados. Todos vacíos. Supuso que la mayoría de los residentes estarían ocupados con sus trabajos en la lavandería, las cocinas o los jardines. Así que continuó.

El siguiente tramo de escaleras para seguir subiendo era bastante más estrecho. Sin dudarle un momento, continuó el ascenso. En esa zona, las puertas de las habitaciones también estaban abiertas, y a través de una de ellas oyó voces amortiguadas, una masculina y otra femenina, pero apenas pudo entender las palabras. Se acercó de puntillas y pudo escuchar con más claridad la voz del hombre.

—Lizzy...

Mariah sobrepasó el umbral de una de las habitaciones, se asomó y le dio tiempo a ver a la joven Barnes salir rápidamente al pasillo desde una de las habitaciones. Llevaba en las manos una cesta con ropa de cama.

—Déjame que siga trabajando, John —siseó, y salió casi corriendo.

—Pero Lizzy... —Un joven con bastante tripa apareció a su vez en el umbral, cerró la puerta con cuidado y siguió a Lizzy Barnes escaleras abajo. Le sorprendió que cerrara esa puerta precisamente, cuando todas las demás

estaban abiertas.

Mariah se quedó mirando, dubitativa. ¿Sería esa la puerta de la habitación del hombre que buscaba?

Avanzó de puntillas y probó con el picaporte, temiéndose que estuviera cerrado con pestillo. Sin embargo, se abrió con facilidad, y miró dentro. No vio a nadie y se metió en la habitación, cerrando la puerta tras ella. Estaba en una antecámara pequeña, como si fuera el vestidor de una habitación más grande. Pero no había armarios ni ropa, sino una mesita y una silla a uno de los lados y otra silla, más vieja, junto a la que se apilaban libros y revistas. Sobre la mesa había una lámpara cuya vela daba bastante luz.

Cruzó la estrecha antecámara y pegó el oído a la segunda puerta. Al principio no oyó nada, pero después una voz recitó una vieja cancioncilla que reconoció, aunque sin saber exactamente cuándo la había escuchado, ni en qué circunstancias. La voz era masculina, sin duda, y bastante profunda:

«Mi padre consiguió un acre de tierra.
y el viento soplaba, y soplaba, y soplaba.
Tienes que enterrarlo con una pluma de ganso,
porque el viento se está levantando...»

Mariah llamó a la puerta con mucha suavidad, y la voz dejó de cantar. Volvió a llamar a la puerta, esta vez algo más fuerte.

—¿Se puede? —susurró—. ¿Se encuentra usted bien?

Oyó un ruido, como si alguien se arrastrara. Por fin le contestó una voz agradable y melódica, de barítono.

—Estoy como estoy. ¿Pero quién es usted, señora? No le pongo cara a su agradable voz.

—Soy su vecina. Le he visto a usted en el tejado. Porque era usted, ¿verdad?

Su voz sonó más alegre, como si le gustara lo que acababa de oír.

—¡Ah... la chica de la casa del guarda! Es todo un placer. Le agradezco su visita. —Mariah notó que alguien se apoyaba en la puerta, pero no se abrió—. Me temo que no tengo la posibilidad de invitarla a que pase, pues no puedo verla en persona. Lo lamentaría.

Mariah dudó, no sabía si debía dirigirse a una persona que, probablemente, tuviera las facultades mentales alteradas y hasta podría ser peligrosa.

—¿Está usted... sufriendo?

—¿Sufriendo? —repitió—. No, físicamente no. Cuando se ha vivido la vida que yo he vivido, las circunstancias actuales son un problema menor. Lo único que echo de menos es... —Se interrumpió. Su digresión filosófica no parecía la de un loco.

—¿El qué? —Mariah deseaba ayudarlo de la forma que pudiera, incluso dándole el pan que llevaba en la cesta.

—Aquí vive cierta dama, ¿sabe? Si pudiera hablar con ella, lo que ahora es una isla de soledad se convertiría inmediatamente en el paraíso.

—¿Y quién es esa dama, si puedo preguntárselo?

—La señorita Amy Merryweather. Una amiga muy querida. ¡Cómo la echo de menos!

¡La señorita Amy! ¿De qué la conocería?

—¿Desea que la salude de su parte? Seguramente voy a verla muy pronto.

—¡Entonces es usted muy afortunada! Pues sí, por favor. Preséntele mis más profundos respetos y transmítale mis mejores deseos, si es usted tan amable.

—Y... ¿de parte de quién lo hago?

—¡Pues del capitán Prince, naturalmente!

Mariah se quedó literalmente con la boca abierta. ¿El mítico capitán al que todo el mundo creía muerto?

—El capitán Prince... —repitió dudando.

—Sí. ¿Acaso no es un nombre apto para un caballero que vaga por las murallas de su castillo, mirando desde ellas sus dominios con benevolencia?

La señora Pitt tenía razón. Ese hombre no estaba en sus cabales. ¡Qué pena!

—Le transmitiré su mensaje —susurró Mariah.

Volvió a salir al pasillo y cerró la puerta de la antecámara. De repente, John Pitt casi se abalanzó sobre ella.

—¡Oh, señor Pitt!

—¿Qué hace usted aquí arriba? —preguntó con cara de enfado.

—Pues... le buscaba a usted, por supuesto.

—¿A mí? ¿Y para qué? —preguntó, entrecerrando los ojos.

—Para darle un pequeño regalo, eso es todo. —Le temblaba la mano cuando la metió en la cesta para sacar la hogaza de pan de cardamomo envuelta en papel que había traído para el hombre del tejado.

—Le he dado a su madre un tarro de mermelada y pensé que a usted le gustaría el pan. Lo he hecho yo misma.

—No tendría que estar usted aquí arriba, señorita —dijo, sin hacer ningún movimiento para recoger el pan.

—Ah, ¿no? ¿Y puedo preguntarle por qué?

En esos momentos sus ojos se convirtieron en unas meras rendijas.

—¿Cómo sabía que podría encontrarme aquí? —Por un instante, giró la vista hacia la puerta cercana, y después volvió a mirarla con agresividad.

Ese gesto contribuyó a tranquilizarla, pues se dio cuenta de que no era ella la única que estaba haciendo lo que no debía.

—¡Está claro! Oí su voz y lo busqué, señor Pitt. La suya y la de Lizzy Barnes. Ustedes dos estaban hablando. Y hasta me atrevería a decir que no estaban de acuerdo. No me extrañaría que toda la casa se hubiera enterado de la... conversación.

Bajó los ojos, y por un momento pareció muy nervioso. Lo había descubierto.

«Bien», pensó. Puede que, de ahora en adelante, dejara tranquila a Lizzy, aunque la verdad era que lo dudaba. Simplemente sería más cuidadoso. Pero sí que se lo pensaría dos veces antes de contarle a su madre que había descubierto a la señorita Aubrey en el piso de arriba. Y que fue su voz la que la llevó a esa habitación en particular, y en qué circunstancias.

Capítulo 16

«Concluiré aconsejando a todas las mujeres jóvenes que no abandonen la senda de la virtud y de la inocencia para adentrarse en la del placer, ni que crean las palabras de los hombres perversos, que solo persiguen sus propios fines».

*La historia de la señorita Sally Johnson,
una nueva Magdalena
(anónimo)*

No paraban de salir franceses. Uno tras otro, como voraces hormigas surgiendo del hormiguero. Los iba derribando uno tras otro con la espada, cuyo filo enrojecido se movía incesante pese al tremendo cansancio de su brazo, entumecido tras causar tantas muertes. Seguían viniendo. Algunos eran prácticamente unos niños.

—*S'il vous plait, non!*

—Por favor, señor, déjeme volver a casa.

Franceses, españoles, holandeses. Los miembros cortados se apilaban en el puente, y prácticamente chapoteaba con las botas en la sangre. Pero no dejaban de venir. «¡Santo cielo! ¿Es que nunca va a parar?». Y, de nuevo, otro joven se postró a sus pies, clamando por su vida. Alzó otra vez el sable, pero en el último momento Matthew retrocedió, conmocionado al reconocer la cara del joven. ¡Era su propio hermano! Peter. Pero el acero ya estaba en el aire, dibujando el arco mortal, sin tiempo para evitar el golpe.

—¡Noooo! —Matthew se incorporó en la cama, aún horrorizado y

escuchando el eco de su propio grito. Estaba bañado en sudor y las sábanas que lo envolvían estaban completamente revueltas. Tenía el brazo derecho entumecido, seguramente porque había dormido apoyado sobre él. Respiraba de manera entrecortada y el corazón latía desbocado.

Oyó pasos en el pasillo y, tras una queda llamada a la puerta de su dormitorio, esta se abrió.

—¡Matthew! ¿Estás bien?

Respiró con dificultad, intentando recuperar el resuello.

—Siento haberte despertado, William. —Hart dio un paso vacilante, con la vela en alto.

—¿Otra pesadilla?

—Sí.

—¿Me la quieres contar?

Matthew se estremeció.

—Pues no, si te digo la verdad. Lo mismo de siempre. Muerte, cuerpos mutilados, arrepentimiento. —Se pasó la mano por los ojos como si quisiera borrar las horribles imágenes.

—Era la guerra, Matthew. No eres un asesino, sino un capitán condecorado de la Armada Real de Su Majestad.

—¿Entonces por qué me siento culpable?

—No has hecho nada malo.

—Cuéntaselo a mi conciencia —espeto Matthew soltando el aire—. Bueno, Hart, vuelve a la cama. Ya hablaremos mañana por la mañana. Siento que hayas tenido que levantarte.

Hart rio entre dientes, intentando dulcificar la situación.

—Las pesadillas no me molestan, Matthew. Lo que no soporto son los ronquidos. Tendría que haber escogido una habitación más alejada.



Por la mañana, los dos amigos salieron a cabalgar. Matthew ya era capaz de manejar a *Storm* con relativa facilidad. Recorrieron la hacienda y después atravesaron la entrada principal y salieron a una carretera abierta, provocando

el vuelo de las aves y los ladridos de algunos perros.

Matthew miró a su amigo de soslayo.

—¿De verdad que no lamentas nada?

Hart se encogió de hombros.

—Lamento haberme puesto en el camino de esa bala francesa, y de haber despilfarrado el dinero de los botines de guerra, pero por lo demás, no me arrepiento de nada.

Como capitán, Matthew había recibido la mayor parte de cada botín. El sistema de cálculo de los porcentajes había ido haciéndose cada vez más complejo, pero, en síntesis, Matthew sabía que, por cada captura, había recibido ocho o nueve veces más dinero que Hart. Además, Hart resultó herido y tuvo que ser enviado al hospital de la Marina, mientras que Matthew había capturado varios barcos más, entre los que había que incluir una fragata española cargada de oro.

—¿Se puede decir de verdad que todo lo que hemos hecho ha sido para ganar la guerra, por la patria y por el rey? —preguntó Matthew—. Yo, sinceramente, no puedo. Una cosa son los buques de guerra. Pero ¿y todos los mercantes?

—Todo lo hacíamos por el bien de la causa.

—No, todo no. En muchos casos se trataba de pura codicia. He matado por conseguir botines. ¿En qué me convierte eso?

Hart frunció el ceño.

—¿En un hombre rico? ¿En un oficial condecorado y susceptible de ser ascendido?

—Nuestro cometido principal era destruir buques de guerra enemigos —argumentó Matthew—, no capturar mercantes cargados de riquezas, independientemente de los beneficios que obtuviéramos.

—No estoy de acuerdo —dijo Hart, negando con la cabeza—. El almirantazgo sabe perfectamente que el cebo de los botines es la mejor táctica de reclutamiento. Dios sabe que los salarios que se pagan no atraen a nadie.

Matthew lo sabía. Sabía que la mayoría de los capitanes, al menos los de fragatas rápidas como la suya, buscaban ávidamente esos botines, ya que el valor de un barco capturado superaba el de un año entero del salario de la

tripulación, y se ganaba solo con unas horas de lucha. La captura y la eventual venta de un barco enemigo que quedara en buenas condiciones, o que al menos se pudiera reparar, incrementaba mucho el valor del botín. Por esa razón, el abordaje y la lucha cuerpo a cuerpo seguían siendo los sistemas de ataque preferidos, pese a que se podía hundir al enemigo desde lejos, utilizando los cañones.

—Los barcos de guerra, los oficiales e incluso los miembros profesionales de las tripulaciones no son lo que no me dejan dormir. Lo que me despierta por la noche es pensar en esos jóvenes obligados a embarcar porque no encontraban otro trabajo, o que simplemente eran comerciantes, y el que sus madres, sus esposas y sus hijos aún estén llorando porque no han regresado a casa vivos.

—Hasta eso hace que la guerra se acorte, Matthew —insistió Hart—, todo lo que contribuya a disminuir la capacidad comercial del país y de Napoleón, y a entorpecer sus rutas de suministro. Es evidente, Matthew, lo sabes.

—Sí, lo sé. —Sonrió débilmente—. Al menos, creo saberlo a la luz del día. De noche ya es otra cosa.

Pero, para sus adentros, se preguntó por enésima vez si todo aquello había merecido la pena. «Puede que sí», se dijo a sí mismo, siempre que le permitiera obtener la mano de la señorita Forsythe.



Tras su extraña conversación con el hombre del tejado, Mariah no vio en el banco de fuera a las señoritas Merryweather, así que al día siguiente volvió a Honora House a entregar su mensaje.

Cuando se acercaba por el camino le dio tiempo a ver a Agnes y a Amy andando tranquilamente desde la casa, para sentarse en el banco de siempre. Según se acercaba, Amy pareció perder el paso y se abalanzó sobre su hermana, que la sujetó con fuerza por el brazo, intentando evitar que se cayera. Mariah se acercó corriendo y sujetó el otro brazo de la señorita Amy. Entre las dos la ayudaron a llegar al banco, para que pudiera sentarse.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Mariah, algo preocupada—. ¿Quiere

que llame a la señora Pitt, o que vaya al pueblo a llamar al boticario?

La señorita Amy se puso la mano en el pecho mientras recobraba el aliento y hasta trató de esbozar una sonrisa.

—Gracias, querida, pero ninguno de los dos podría hacer nada por mí. Mi viejo cuerpo se está rindiendo, eso es todo.

Mariah no pensaba que la mujer tuviera más de sesenta años. ¿Acaso había estado siempre enferma?

—Dentro de nada estará como una rosa, en cuanto le dé un poco el sol aquí fuera —dijo Agnes, pero su cara de preocupación desmentía por completo sus palabras.

—No digas tonterías, hermana. Solo es cuestión de tiempo. Después de todo, nosotras hemos sobrevivido a todos nuestros parientes y amigas. —Dirigió la mirada a Mariah—. ¿Por qué cree que hemos acabado aquí?

Agnes procedió con la explicación.

—Nos mantuvimos por nuestra cuenta muchos años, tras el fallecimiento de nuestro padre. Vendimos la casa familiar y nos fuimos a vivir a dos habitaciones, juntas. Las pocas amigas que teníamos hicieron lo que pudieron por nosotras, pero la salud de Amy empezó a fallar y al final... —Se encogió de hombros, dando a entender lo inevitable.

—Es lo que suele ocurrir con las mujeres que no se casan —intervino Amy—. A no ser que tengas una familia que pueda mantenerte, claro. —Sus ojos azules se posaron en los de Mariah, expresando preocupación—. Usted tiene familia, ¿verdad querida?

Mariah dudó. No quería hacer que la pobre mujer añadiera más preocupaciones a las que ya tenía.

—Sí, la tengo —contestó, aunque la afirmación le sonó poco convincente a ella misma. Bueno, al menos tenía a Henry.

—¿No necesita ninguna ayuda en la casa del guarda? —preguntó de repente la señorita Amy.

Mariah esperaba que la señora Merryweather no estuviera buscando trabajo, dado su estado de salud.

—¿En qué... está usted pensando?

—¿Conoce a Lizzy Barnes?

—Sí. He hablado con ella varias veces. Tengo entendido que desde que cumplió los dieciséis años trabaja para la señora Pitt.

La señorita Amy asintió.

—Sí, así es. Pero bueno, es que... quiero decir que...

—El joven Pitt ha puesto los ojos en ella. —Agnes no se andaba con remilgos, carecía de la delicadeza de su hermana—. Y, generalmente, a los ojos les suelen seguir las manos. Y supongo que usted sabe qué es lo que viene después...

Mariah se puso roja como un tomate.

—Igual no lo sabe, Angie —susurró Amy.

—¡Vamos! Lo sabe perfectamente, igual que tú. No tienes más que mirarla.

Mariah cambió de postura, sintiéndose incómoda.

—¿Y Lizzy no le ha dicho a ese joven que la deje en paz?

—¡Pues claro que sí! —contestó Agnes—. O al menos lo ha intentado. Pero tiene miedo de perder el puesto de trabajo, así que tiene que tomárselo con calma, y negarse «amablemente». Y ya se imaginará usted de lo que sirven las negativas amables con un muchacho tan bruto como John Pitt. Pues de nada. Pero si tuviera trabajo en otra parte, estaría lejos de su alcance y de su... poder, ¿me entiende?

—Sí, la entiendo —dijo Mariah. Pensó en la situación. Si la señora Barnes pudiera aconsejar a su hija... Pero sabía que Lizzy y George solo podían ver a su madre unas cuantas veces al año—. En estos momentos no me sobra el dinero como para pagar un salario más, pero veré lo que puedo hacer.

—Primero tendría que hablar con la señora Pitt —dijo Amy, casi disculpándose—. Todos los que quieran contratar a uno de los residentes necesitan su aprobación.

—Pero, haga lo que haga, no se le ocurra decir nada en contra de John —advirtió Agnes—. Es su angelito, y pobre de aquel que lo olvide.

Mariah se marchó momentos más tarde. Según andaba, su cerebro se pobló con la imagen de Lizzy Barnes y sus intentos, probablemente vanos al cabo de poco tiempo, de mantener a raya a John Pitt. Y de la señorita Amy, apenas capaz de andar y sin más familia que su hermana. Tan concentrada estaba en sus pensamientos que ya se encontraba de vuelta en casa cuando se dio cuenta

de que, con la conversación, se había olvidado por completo de darle a Amy el mensaje del «capitán Prince».



Fue a buscar a Dixon, pero la cocina estaba vacía. Miró por la ventana y la vio pelando guisantes, así que salió para ayudarla. Se sentó en el banco y tomó un manojo de vainas de la cesta. La mujer le dirigió una sonrisa de agradecimiento antes de seguir con la tarea.

Mariah abrió varias vainas con las uñas del dedo gordo y liberó los guisantes con suavidad, dejándolos caer sobre el cuenco que Dixon había colocado en el banco. De repente se quedó inmóvil. Ahí estaban las dos, sentadas en el banco, más o menos igual que Amy y Agnes Merryweather. No, más o menos no: tal cual. Las palabras de la señorita Amy resonaron en sus oídos: «Es lo que suele ocurrir con las mujeres que no se casan». Dixon y ella no estaban casadas. Dos guisantes en una vaina. Que Mariah supiera, Dixon no tenía familia, y la relación de ella con la suya pendía de un hilo. ¿Terminarían como dos mujeres mayores, viviendo solas o, lo que sería peor, en el caso de que sus libros no se vendieran, juntas en una casa de caridad?

—Dixon —dijo Mariah de repente—. Si un día te surge la oportunidad de casarte, o de conseguir un puesto mejor, prométeme que no te negarás por mi causa.

Su amiga se volvió hacia ella y la miró fijamente.

—¿Por qué me dices eso ahora? ¿Ha pasado algo?

—No. Simplemente me preocupo por el futuro. Por lo que pueda ser de nosotras.

Dixon siguió pelando guisantes, imperturbable y con los dedos muy estirados, tan confiada en el futuro como si cada una de las pequeñas esferas verdes fuera una perla de valor incalculable.

—Yo no me preocupo —dijo—. Nuestro destino está en manos del Señor.

Mariah se preguntó si eso era verdad. ¿O acaso ella se había alejado de Él, y había arrastrado a aquella mujer con ella?

El jardinero se acercó por el camino cuando habían terminado de pelar los

guisantes. Llevaba su último regalo, siempre por ahora: una cesta de bayas de color escarlata.

Mariah dirigió una sonrisa maliciosa a Dixon.

—¿Qué tenemos aquí, señor Phelps?

—Pues ni más ni menos que la fruta más sabrosa de Inglaterra, señorita —dijo, alzado la barbilla con orgullo—. *Fragaria elatior*, la mejor variedad de fresa que se puede obtener. Y he guardado para ustedes los mejores ejemplares de la mejor fresa.

—¿Es usted muy amable, señor Phelps! ¿No te parece Dixon?

Su amiga asintió con escaso entusiasmo.

—Pues la señorita Dixon adora las fresas —afirmó Mariah—. ¿Lo sabía usted?

Albert Phelps bajó la cabeza con gesto cohibido, y sus mejillas, ya de por sí rojizas, brillaron aún más.

—Puede que lo mencionara.

Dixon se levantó para tirar las vainas vacías al cubo de basura.

—Se lo agradecemos mucho, señor Phelps.

El hombre destilaba satisfacción por todos los poros.

—Están en el punto justo de maduración. Son realmente exquisitas, se lo aseguro.

Mientras Dixon y ella se dirigían a la puerta de la cocina, el jardinero ni se movió ni hizo ademán de darles la cesta de fresas. El astuto individuo estaba esperando a que lo invitaran a pasar.

—Por favor, señor Phelps, entre con nosotras —dijo, complaciendo su deseo no expresado directamente.

Sentados a la mesa de la cocina, cada uno de ellos seleccionó una fresa, y después otra. Mariah alabó su magnífico sabor y hasta Dixon reconoció que nunca había tomado unas fresas tan dulces.

Las fresas le recordaron lo que le habían contado las hermanas Merryweather acerca del muchacho que había hurtado tres fresas.

—Señor Phelps, ¿cuánto tiempo lleva usted en Windrush Court? —preguntó.

—¿Buf! Más de veinte años ya.

—¿Entonces ya estaba usted aquí cuando se clausuró esta entrada?

—Sí. Y me entristeció mucho, la verdad —dijo.

—¿Se acuerda de las hermanas Merryweather? —continuó Mariah—. Dos hermanas a las que les enseñó los jardines.

Arrugó la frente mientras se esforzaba por acordarse.

—¿Eran gemelas?

—Sí, exactamente. Ellas le recuerdan, y con mucho aprecio. Aunque también se acuerdan de un chico que se llevó unas pocas fresas, y se preguntan si no sería esa la razón por la que hace tantos años se clausuró esta entrada a la hacienda.

El señor Phelps hizo una mueca de disgusto.

—Pues espero que no, señorita. Nunca dije nada acerca de ese asunto. El señor fue el que se quejó, diciendo que la gente de la casa de caridad tenía tendencia a robar, pero yo nunca vi que ocurriera nada. —Se metió otra fresa en la boca—. El antiguo guarda, el que vivía en la casa antes que usted, pensaba que la entrada se había cerrado por otras razones.

—¿Y qué pensaba? —preguntó Mariah.

—Lo despidieron antes de que me lo pudiera contar —contestó, encogiéndose de hombros—. La cosa fue vista y no vista: él y su familia estaban aquí un día, y al siguiente se habían marchado.

—¿Qué raro! —murmuró Mariah.

De repente, las fresas no le sabían tan dulces.



Pocos días después, Mariah estaba sentada bajo un árbol con un lápiz de dibujo y un cuaderno de notas, tratando de ordenar las ideas acerca de un argumento para una novela que hacía días que le rondaba por la cabeza, además de disfrutar del magnífico tiempo de primeros de junio. Pero pronto se distrajo. Las peonías estaban en flor, y su fragancia llenaba el aire de un aroma dulce y muy agradable. En una rama estaba posado un herrerillo, con la cabeza y las alas azules y el cuerpo verde oliva, y Mariah empezó a dibujarlo en lugar de tomar notas para su futura novela. No muy lejos de allí, George Barnes

estaba sentado, apoyado contra la valla y jugando con una cuerda, como si tampoco tuviera nada más importante que hacer.

Lizzy salió casi corriendo de la casa de caridad, mirando a su hermano y señalándolo con dedo acusador.

—¡George! El maestro ha amenazado con quejarse de ti a la señora Pitt si no vuelves al aula ahora mismo.

—¡Vaya! —musitó George; pero se puso de pie inmediatamente y salió corriendo hacia el edificio, cruzando el prado.

Fue la palabra «amenazado» la que le recordó la situación.

—¡Lizzy! ¿Tienes un momento?

La bonita muchacha la miró y se encogió de hombros con gesto receloso. No obstante, cuando le hizo una seña para que se acercara, echó a andar hacia ella.

—¿Te está presionando o amenazando John Pitt de alguna manera? —preguntó, dejando a un lado el cuaderno de notas y el lápiz.

—Yo no diría eso —respondió, torciendo el gesto—. A no ser que usted considere que cortejar es una forma de amenazar.

Mariah levantó las cejas.

—¿John Pitt quiere casarse contigo?

La chica parecía confundida.

—Tampoco diría tanto, señorita. Me ha dejado claro que... le gusto, eso es todo.

—¿Y él te gusta a ti?

Lizzy la miró, pero dudó y se tomó su tiempo para responder.

—No. Pero, por favor se lo pido, no le cuente a nadie lo que le he dicho.

—No lo entiendo —espetó Mariah, frunciendo el ceño.

—Si viviera en la casa de caridad lo entendería. La señora Pitt es la reina y John el príncipe. Ellos establecen las reglas, y premian y castigan a voluntad. Desde que John puso los ojos en mí George recibe raciones extra, y a los dos nos dan más mantas. No voy a quitarle la comida a mi hermano rechazando a John de manera clara. Y, además, ahora la señora Pitt me paga, así que puedo ir ahorrando unos chelines con la esperanza de poder salir de este lugar algún día.

Mariah se levantó y agarró a la muchacha por los hombros, de forma amistosa pero firme.

—Lizzy, mírame. Tú vales mucho más que un poco de comida extra, o unas mantas, o unos chelines. No te valores tan poco.

—¿Cree que debería pedir más cosas? —preguntó con descaro.

—No es eso lo que quiero decir, y lo sabes perfectamente, Lizzy. Los hombres a veces declaran su amor y sugieren la posibilidad del matrimonio solo para conseguir... otras cosas. Lo sabes, ¿verdad? No todos los hombres, pero sí muchos.

Lizzy bajó la vista.

—Sí, lo sé. John dice que me quiere, pero yo no creo que la señora Pitt le vaya a permitir jamás casarse con una chica como yo.

Mariah dudó. No quería adentrarse en terrenos pantanosos y poner aún más nerviosa a la chica.

—Y el señor Pitt... ¿te ha demostrado de alguna manera sus... sentimientos?

Lizzy bajó la cabeza otra vez, pero Mariah pudo notar que se había sonrojado.

—Intenta besarme —respondió Lizzy—. Pero solo cuando estamos solos. En la despensa, o en el almacén.

—Pues entonces no vayas a la despensa, ni al almacén.

—No resulta fácil, señorita. Como ya le he dicho... no puedo permitirme que se ponga en mi contra.

—Pero tampoco puedes permitirte aceptar que te acose. Lizzy, tu reputación y tu virtud son tus posesiones más valiosas. Las más importantes. Sin su reputación, es decir, su capacidad personal ante ella misma y los demás para tomar decisiones propias y convenientes, una chica no tendría nada, y no le sería posible acceder al matrimonio con un hombre honorable. —Esto lo sabía Mariah por experiencia propia—. Si empieza a correr la voz de que vosotros estáis juntos en lugares con la puerta cerrada, todo el mundo pensará lo peor, y en ese caso, ¿qué hombre decente querrá que te cases con él?

—¿Y qué hombre decente querría casarse conmigo ahora? —replicó Lizzy con aspereza—. Llevo a cuestas la vergüenza de haber estado en una casa de

caridad, por no mencionar la ruina de mi padre. No puedo disponer de una dote, no tengo dinero, no tengo perspectivas. ¿Por qué no voy a aceptar al único hombre que voy a poder conseguir en mi vida?

Aunque no había nadie cerca, Mariah bajó la voz.

—¿Y si te utiliza y después no se casa contigo? ¿Qué pasaría entonces?

—¡Usted no lo entiende! —La expresión de la chica se ensombreció aún más—. Resulta fácil para usted hablar de reputación, y de honor, cuando no tiene que preguntarse dónde va a dormir mañana o de dónde va a salir su próxima comida si la echaran de una casa de caridad.

Mariah negó lentamente con la cabeza.

—Claro que lo entiendo, y mucho mejor de lo que piensas. Créeme cuando te digo que la pérdida de la reputación se paga muy cara. —Se mordió la lengua para evitar hablar demasiado. Ya estaba al tanto demasiada gente. Respiró hondo y continuó—. Bueno, resumiendo. Me has confesado que no te gusta John Pitt, así que de amarlo ni hablamos. ¿Que pasaría si te entregaras a él y el día de mañana apareciera en tu puerta un hombre al que sí que pudieras amar?

Desde que había conocido al capitán Bryant, Mariah se podía imaginar perfectamente una situación como esa.

Lizzy se rio secamente, y Mariah se estremeció al escuchar la cínica, amarga y desolada respuesta de una chica tan joven.

—¿En la puerta de la casa de caridad? ¡Menudo milagro! Los únicos hombres que vienen allí son el viejo boticario y el maestro, el vicario, que está casado, y el empalagoso ayudante del alguacil. John Pitt sí que podría considerarse un auténtico príncipe si se le compara con cualquiera de ellos.

Mariah agarró a la chica de la mano.

—Lizzy, solo tienes diecisiete años. Ten cuidado. Espera, y escoge con inteligencia. Porque cuando lo hagas, ya no habrá marcha atrás.



Muy descorazonada, Mariah vio alejarse a Lizzy, que se dirigía de nuevo a la casa de caridad. Le habría gustado poder ofrecerle a la chica un puesto de

trabajo, para que así pudiera librarse de la influencia de los Pitt, pero no podía. Todavía no. La mayor parte del dinero que había recibido por su primer libro ya lo había gastado con el alquiler que había pagado al señor Hammersmith, y en las compras de carne y de otros productos. Por el segundo todavía no había recibido ni un penique.

¿Entonces no podía hacer nada? Había muchas chicas que corrían peligro de caer en manos de hombres manipuladores, o de su propia e ingenua vanidad. Eso fue exactamente lo que le pasó a la propia Mariah. Para ella ya era tarde, pero al menos sí que podía hacer algo para ayudar: podía avisarlas. Mariah decidió que su siguiente libro sería una historia de aviso y consejo, basada en su propia experiencia. Por supuesto, cambiaría los nombres y algunas circunstancias, lo cual, unido al hecho de que publicaba bajo seudónimo, serviría para que la novela no se asociase a ella, y mantendría oculta su identidad. No quería dar pistas a las lectoras acerca de que ella misma era la que había sufrido el problema, ni tampoco sobre el hombre que traicionó su confianza. ¿O sí que debía hacerlo? ¿Compartiría él su vergüenza, aunque solo fuera en parte? Seguramente no. Estaba muy agradecida al señor Crosby por permitirle publicar bajo el seudónimo de *Lady A*, pese a que estaba claro que habría preferido que utilizara su nombre real.

Entró en casa, tomó una hoja de papel en blanco, abrió el tintero, mojó el plumín y empezó a escribir su tercera novela.

*En la casa del guarda
La historia de Lydia Sorrow
Por Lady A*

Lydia llevaba un vestido de noche de encaje, que su madre le había comprado para la ocasión. Era su primera invitación a una fiesta social. ¡Cuántas esperanzas había depositado su madre en esta temporada, y concretamente en este evento! Acudirían varios caballeros de buena familia, todos sin compromiso, y estaba segura de que Lydia lograría atraer la atención del mejor de todos. O al menos del más rico y con mejores relaciones.

Sin embargo, Lydia tenía sus propias esperanzas. Había acudido a Somerton con la intención de establecer nuevas amistades, pero sobre

todo con la idea de volver a ver de nuevo al hombre que ya le había robado el corazón. Quería pasar tiempo con él, mucho más del que las circunstancias le habían permitido hasta ese momento, lejos de los ojos siempre pendientes de sus padres y con solo una carabina, bastante permisiva, que los separara.

Lydia había soportado con paciencia y buena educación los consejos y advertencias de su madre, acerca de que debía observar un comportamiento adecuado y decoroso, y había simulado su aquiescencia de forma adecuada. Pero en ningún momento había dejado de pensar en él. De hecho, no podía pensar en nada más.

Pero el caballero al que esperaba llegó a Somerton con retraso. Cuando empezaba a temerse que finalmente no acudiera a la fiesta, lo vio entrando en el vestíbulo después de la cena, cuando las damas ya se habían reunido en uno de los salones de la casa. Se le aceleró el pulso. Lo había visto, y podría estar y hablar con él al día siguiente. Estaba segura de ello...

Mariah se estremeció y dejó de escribir. Respiró de manera entrecortada. ¡Si hubiera seguido los consejos de su madre, las cosas habrían sido diferentes!

Capítulo 17

«Para llevarnos a tierras lejanas, no hay mejor fragata que un buen libro ni mejores perros de presa que una página de cautivadora poesía».

EMILY DICKINSON

Matthew se levantó del sillón del escritorio cuando la señorita Aubrey entró en la biblioteca de Windrush Court y se que quedó de pie ante él, con gesto algo rígido.

—¿Me ha mandado llamar, capitán?

—¿Qué serio suena eso! —dijo Matthew, haciendo un gesto de desagrado. ¿Cuándo se iba a acostumbrar a que ya no estaba al mando de una gran tripulación, y que no tenía por qué delegar tales cuestiones? Rodeó el escritorio para estar más cerca de ella—. Le ruego que me perdone, señorita Aubrey. Hammersmith me dijo que se pasaría por la casa del guarda, y lo único que le dije es que le diera recado de que, si podía usted venir, en el momento que le resultara posible. —Ahora su expresión era de genuina disculpa—. ¿Debo entender que Hammersmith se lo ha trasladado casi como si fuera una orden?

Ella asintió, levantando las cejas y encogiendo un poco los hombros.

Matthew se dio cuenta de que tenía un pequeño y gracioso lunar debajo de la ceja izquierda, cerca de la sien. Se sorprendió a sí mismo observándola fijamente: las cejas, las mejillas, los labios... De inmediato, miró hacia otra parte. Debía hacerlo, aunque le costó, pues no quería transmitir una impresión

equivocada.

—Lo siento mucho. Si ahora no le viene bien, no dude en decírmelo.

—Ya que estoy aquí...

—Muy bien. Tengo... tengo que pedirle un favor.

—Usted dirá.

Qué directa, qué firme era la mirada de sus grandes ojos color ámbar. Y también un tanto desconcertante.

—He pasado en el mar la mayor parte de los últimos cuatro años — explicó, tragando saliva—. E incluso antes, tampoco es que lo hiciera demasiado bien...

Le estaba mirando un tanto confusa. Notó cierta cara de precaución, que hizo que la expresión de su boca se endureciera un tanto, pese a que siguió siendo muy femenina.

—No importa —dijo Matthew, suspirando—. Seguramente iba a resultarle demasiado atrevido.

—¿A qué se refiere, capitán? —dijo, y sonó un tanto impaciente.

Se pasó la lengua por los labios, pues los tenía completamente secos. Ella ya sabía que era un jinete novato. ¿Empeoraría aún más su opinión acerca de él si le confesaba su impericia en otro aspecto social?

La joven pareció darse cuenta de la vergüenza que sentía, pues notó en sus ojos un brillo un poco malévolo.

—¿Acaso desea que le enseñe a cabalgar, capitán?

—No, señorita Aubrey, a cabalgar no —negó sonriendo, y después respiró hondo para tomar fuerzas—. A bailar.

—¿No sabe bailar? —preguntó, inclinando un poco la cabeza con gesto de incredulidad.

—Bueno, lo cierto es que recibí algunas lecciones mientras estaba en la academia, y bailé una o dos veces en Londres, pero de un modo bastante torpe, y además eso fue hace muchos años. Voy a organizar una fiesta en la casa entrado el verano y supongo que, en algún momento, se bailará. Esperaba que nos podría ayudar a Hart y a mí a recordar, y sobre todo mejorar, nuestras habilidades, ya de por sí bastante escasas.

—Les ayudaré encantada, capitán —dijo sonriendo. Su entusiasmo se

enfrió un poco cuando dirigió la vista hacia la habitación, prácticamente vacía —. Pero voy a necesitar un poco de ayuda.



Se organizó para el sábado. Lizzy estuvo de acuerdo en acompañarla como segunda pareja de baile, aunque tampoco era una bailarina demasiado diestra. Dixon tocaría el pianoforte.

El capitán Bryant y el señor Hart se levantaron cuando entraron en el salón. Los dos hombres, hechos y derechos y curtidos en mil batallas, parecían estar nerviosos como colegiales el día de su primer baile.

—¿Les parece que empecemos con un baile popular? —sugirió Mariah—. Quizá *Los encantos del campo*...

—¿En qué tono, señorita Mariah? —preguntó Dixon al tiempo que se sentaba en la banqueta del pianoforte.

Mariah tardó en contestar. Ella sabía bailar muy bien, pero la experta en música de la familia era su hermana Julia.

—Pues no tengo la menor idea.

Martin, que las había acompañado, se sentó en una de las sillas cercanas al instrumento musical.

—*La criada rubia de la posada* —dijo con voz ronca y sin mirar a nadie.

Mariah se volvió hacia Dixon. Seguro que la cara de asombro de su amiga no difería demasiado de la suya propia.

Sin hacerles caso, Martin abrió una caja pequeña y sacó de ella varias piezas, con las que montó una flauta muy simple, de solo tres agujeros. Empezó a tocar con ella los primeros acordes de la alegre canción, usando su única mano para manejar el instrumento. Dixon alzó las cejas.

—¡Señor Martin! —exclamó Mariah, expresando en palabras el asombro de todos—. No teníamos ni idea de que fuera usted músico.

—Solo un poco —concedió, encogiéndose de hombros—. Y ahora, ¿van a bailar o no?

Dixon y ella intercambiaron una mirada. ¿Qué otras sorpresas se guardaba ese hombre tan extraño?

—De acuerdo, vamos a empezar —dijo Mariah, tomando las riendas—. Los caballeros aquí, y las damas frente a ellos, a unos tres pasos de distancia.

Hart, que estaba apoyado en la pared, avanzó, y Matthew le siguió, poniéndose a su lado.

—Para empezar, los caballeros tienen que rodear a las damas —explicó Mariah, dibujando un círculo con el brazo extendido.

El capitán Bryant miró de soslayo a su amigo.

—No voy a agarrarte de la mano, Hart —dijo secamente.

Mariah contuvo una sonrisa.

—Vayan rápido. Uno, dos, uno y dos. ¡Muy bien, caballeros!

Sorprendentemente, la cojera de Hart no le suponía un impedimento excesivo. Cuando los dos volvieron a su sitio, Mariah continuó con la explicación.

—Ahora las damas deben juntar las manos y dar la vuelta alrededor de los hombres, por el otro lado.

—Mientras las miramos con admiración —puntualizó Hart, sin quitarle ojo a Lizzy.

La joven sonrió y se ruborizó de forma encantadora.

—Tomen a sus parejas con la sujeción de paseo —indicó Mariah cuando Lizzy y ella volvieron a su lugar.

Al ver que el capitán Bryant dudaba, se acercó a él.

—La mano derecha de la dama sobre la derecha del caballero, y la izquierda en la izquierda.

—¡Ah, ya!

Las manos del capitán Bryant envolvieron las suyas, y Mariah tuvo que hacer un esfuerzo para fingir que no le afectaba. Se distrajo mirando a Hart y a Lizzy.

—Ella debe estar a su derecha, señor Hart, y su mano derecha encima de la de ella. Eso es. Ahora hagamos una alemanda, moviéndonos haciendo un círculo por toda la habitación. Aunque es un poco complicado si hay solo dos parejas.

—Pues formemos tres.

Mariah miró hacia el otro extremo del salón y comprobó sorprendida que

Hugh Prin-Hallsey entraba en ese momento y se acercaba al grupo.

La música y el baile cesaron, mientras Hugh se acercaba directo hacia el pianoforte. Al llegar, inclinó la cabeza ante Dixon.

—¿Me concede este baile?

—¡Por favor! Yo no... quiero decir... no debería... —Dixon balbuceó y se puso roja como un tomate, procurando ocultar su alegría, que era evidente.

—Adelante, señorita Dixon —la animó Martin—. Diviértase. Ya tocaré yo lo mejor que pueda, siempre teniendo en cuenta que soy manco, claro. —Levantó las cejas y sonrió ante su propia broma.

La señorita Dixon le devolvió la sonrisa.

—Bien, pues por qué no. De acuerdo, señor Prin-Hallsey.

Si al capitán Bryant no le hizo mucha gracia la irrupción, era demasiado educado como para demostrarlo.

—Bueno, a ver dónde estábamos... —continuó Mariah—. Ya. Pónganse frente a su pareja. Caballeros, manteniendo agarrada la mano derecha de su pareja, intercambien el sitio con ella. Señoras, den un paso hacia delante y formen un círculo, con las manos derechas levantadas. Y, finalmente, los caballeros, una vez más, deben rodear a su pareja. ¡Muy bien! Otra vez.

Hugh bailaba bien, sin esfuerzo aparente, y sonreía en dirección a Mariah cada vez que sus miradas se encontraban. Dixon se movía con gracia, y no era difícil imaginarse la pequeña jovencita que había sido una vez.

El señor Hart no podía evitar renquear, pero se las arreglaba bastante mejor de lo que Mariah habría esperado. De todas formas, se preguntaba cómo reaccionarían los invitados londinenses del capitán Bryant ante una capacidad tan limitada. Esperaba de verdad que no se rieran de él, aunque ningún amigo del capitán Bryant podría ser tan cruel, o al menos eso pensaba.

Por lo que se refería al propio capitán, parecía bailar con ella sin apenas problemas: paso por paso, aunque a veces se rozaban mínimamente, y con las manos bien agarradas. Pero estaba demasiado cerca, y ella demasiado al tanto, como para arriesgarse a mirarlo demasiado.



Cuando, siguiendo sus instrucciones, Matthew colocó las manos de Mariah sobre las suyas, bastante más grandes, tuvo que admitir que le gustó mucho la sensación, así como la calidez de su hombro, muy cercano al de él, mientras bailaban en la posición de paseo. Contempló el perfil y la nariz, recta y un poco levantada, a muy pocos centímetros de la cara. Ella lo miró por un momento y pestañeó, como si le sorprendiera tenerlo tan cerca. La sonrió, admirando sus ojos de color marrón muy claro. Incluso a una distancia tan cercana, su tez era tersa, y al mismo tiempo cremosa. Y parecía tener la piel muy suave, salvo por ese pequeño lunar de debajo de la ceja. Era una especie de punto y seguido tras el delicado y estrecho arco de la ceja.

Matthew se sorprendió de sus propios pensamientos. «Me gusta su cara. Me gusta su olor. Me gusta su voz...», y tuvo que contener el deseo irracional de inclinarse y besarle la ceja, o quizá la respingona nariz.

«Ten calma, Bryant», se advirtió a sí mismo. «Mantén los ojos solo en el objetivo».



El lunes, Mariah se dio cuenta de que el tintero se estaba quedando vacío y se organizó para preparar otro lote de tinta ferrogálica azul. Recogió corteza de roble, compró sulfato de hierro y goma arábica en la farmacia del pueblo y lo mezcló todo con cerveza agria y un poco de azúcar refinado. Le puso un tapón de corcho a la botella en la que había colocado la mezcla y la llevó a la sala de estar. Iba a dejarla en la esquina de la chimenea durante dos semanas, agitándola varias veces al día, hasta que estuviera lista para ser utilizada.

Desde la ventana del cuarto de estar, Mariah pudo ver una cabecita de rizos color de cobre. La joven cantante de la casa de caridad miraba cómo George y Sam preparaban la zona para jugar un partido de cricket. La niña, que creía recordar que se llamaba Magpie... ¡no, Maggie!, parecía que tenía muchas ganas de jugar con ellos, pero no se atrevía. Se acordó de que la señorita Amy le había dicho que era muy tímida, y también huérfana.

Se secó las manos en el delantal y entró en la cocina, donde envolvió varias galletas en un papel, para después salir a la calle por la puerta

delantera.

George y Sam corrieron hacia ella en cuanto salió. El papel de envolver era para ellos una llamada tan eficaz como lo es un capote rojo para los toros de lidia. Cuando los chicos se hubieron comido una galleta cada uno y volvieron a su juego, Mariah se acercó cuatelosamente a la pequeña Maggie.

—¡Hola! —la saludó, caminando despacio por la hierba—. ¿Te apetece una galleta? —La niña se quedó donde estaba, y sus ojos le recordaron los de un ciervo sorprendido por la luz de una lámpara, o los de un caballo asustado por los relámpagos. No le habría sorprendido que saliera corriendo de un momento a otro—. Bueno, las dejaré aquí, en el papel de envolver. Si tú no las quieres, seguro que los pájaros sí.

Mariah se dio la vuelta y escuchó una suave música, de la que antes no se había dado cuenta, pues solo estaba pendiente de si la nena había aceptado o no las galletas. Se volvió a mirar por encima del hombro y vio que recogía una galleta, pero que no se paraba a comérsela. En lugar de hacerlo, se la llevó y empezó a andar, avanzando hacia el lugar de donde procedía la música. Al llegar a la puerta, Maggie agarró con la mano libre uno de los barrotes de hierro, mientras sujetaba la galleta con la otra mano. Se dejó llevar suavemente, siguiendo el ritmo de la melodía de la flauta que estaba tocando Martin, sentado en el banco del otro lado de la carretera. Se trataba de una vieja canción marinera.

Mariah se acercó a unos metros de la niña, manteniendo cuidadosamente las distancias para no asustarla.

—Es el señor Martin. Te gusta su música, ¿verdad?

Si el hombre vio a la niña allí, escuchándole tocar, decidió no hacerle caso, dando por seguro que, si lo hacía, echaría a correr gritando que la perseguían los piratas, como solían hacer otros niños. O simplemente que se aburriría y se marcharía.

Pero, unos minutos más tarde, la niña seguía allí, así que dejó de tocar y la miró a través de los barrotes.

Ella le devolvió tranquilamente la mirada.

—¿Te gusta el sonido de la flauta? —preguntó.

La niña asintió con entusiasmo, pero sin hablar. Sus rizos se balancearon

con mucha gracia.

—Si quieres, puedes acercarte —le propuso Martin—. De hecho, puedes venir a la casa y unirte a mí. Estarás a salvo, no debes temer nada. La señorita Dixon y la señorita Mariah están aquí. Y George y Sam están ahí enfrente. ¿De acuerdo?

Maggie, a su manera cautelosa, miró a todos los que Martin había nombrado, volvió a asentir y avanzó hacia la casa, que tenía las puertas completamente abiertas al sol del principio del verano. Al cabo de un momento estaba al otro lado, y Mariah la siguió, pero se detuvo en la cocina para mirar por la ventana. No quería atosigarla ni asustarla.

Maggie, andando muy despacito, se acercó a Martin, que se había puesto a tocar otra vez, dándose cuenta de que esa era la mejor manera de tranquilizar del todo a la niña. Sin mirarla, se colocó un poco más hacia el extremo del banco, dejándole sitio, y empezó a tocar otra canción.

Maggie se sentó en silencio en el otro extremo del banco.

—No le enseñe ninguna de esas canciones de mal gusto que toca de vez en cuando —le medio riñó Dixon, que estaba de rodillas trabajando en el huerto, aunque lo hizo en tono jocoso.

—No voy a tocar ninguna de esas canciones. Solo una del pirata Davy Jones, del calabozo, el ron y la sífilis.

—¡Señor Martin! —exclamó Dixon escandalizada—. Una niña de su edad no tiene por qué escuchar palabras como «sífilis».

—Pues ahora acaba de escucharla por segunda vez, señorita Dixon. Gracias a usted.

Martin empezó a tocar una melodía suave y agradable con su flauta de madera, pero enseguida dejó de hacerlo.

—Cuando era joven, tocaba la flauta travesera. Se tocaba así, del revés. —Cambió la flauta de su posición vertical a la horizontal, sujetándola con el garfio mientras tapaba y abría los agujeros con la mano buena—. El sonido es precioso. —Tocó un poco más, y después le pasó la flauta a la niña—. ¿Quieres probar?

Abrió muchísimo los ojos y asintió.

Martin sacó del bolsillo un pañuelo y un frasquito de aceite.

—Antes tenemos que limpiarla muy bien, porque si no la señorita Dixon me acusaría de contagiarte el tifus, el escorbuto y solo Dios sabe qué otras terribles enfermedades. —Le pasó el frasco a la niña.

—¿Te importa abrirlo? Con una sola mano me resulta muy difícil. —Así lo hizo con su manita, de dedos ligeros y ágiles—. Echa aquí unas gotitas, por favor —le pidió, acercándole el pañuelo—. En mi pañuelo, que está extremadamente limpio —dijo en voz alta, echando una mirada en dirección a Dixon—. Sé de sobra que la señora Dixon lo ha lavado con lejía y agua hirviendo.

La aludida alzó la cabeza, puso los ojos en blanco y le lanzó una mirada asesina antes de volver a sus cosas.

Con el pañuelo húmedo, limpió a conciencia la boquilla de la flauta, por dentro y por fuera. Después la volvió a colocar en su sitio y le pasó el estrecho instrumento a la niña.

—Vamos a ver. Pon los dedos aquí, aquí y aquí. Y el pulgar por debajo, para sujetarla. Muy bien. Y ahora sopla fuerte pero despacio, como cuando tocas un silbato.

Una nota aguda surgió de la flauta.

—Excelente. Ahora ve quitando y poniendo los dedos de cada agujero, para que compruebes cómo cambia el sonido cada vez.

Así lo hizo la pequeña Maggie, y aunque parezca mentira, abrió todavía más los preciosos ojos azules, completamente asombrada.

—¿Sabes cómo se llama este instrumento? —le preguntó Martin cuando se la devolvió.

La niña negó con la cabeza.

—Pues hay quien la llama flauta para una mano, y otros flauta de tres agujeros. Los franceses la llaman *galoubet*, pero desde que estamos en guerra no hago caso de los franceses. La verdad es que no se inventó para que pudieran tocarla las personas mancas como yo, sino para que se pudiera tocar con una mano, dejando la otra libre para tocar un pequeño tambor. Así, un buen músico podría ganarse bien la vida tocando en los bailes de los pueblos. Como yo no puedo utilizar las dos manos, pues la toco sola, sin tambor.

La niña ya no estaba pendiente de la flauta, sino que miraba fijamente el

garfio.

—¿Duele? —preguntó con voz suave.

«Así que Maggie puede hablar, además de cantar», pensó Mariah.

—¿El qué, esto? —dijo Martin, levantando el garfio—. No, ya no. Lo que pasa es que, lo creas o no, a veces me duelen los dedos que ya no tengo. Supongo que será para que me acuerde de que estaban ahí, pero que los perdí hace tiempo. ¿A que es muy raro?

Maggie asintió con mucha seriedad.

—¿Y dónde están?

Martin asintió, como si fuera la pregunta más natural del mundo.

—Pues en el fondo del mar, supongo.

—¿Y por qué?

—¿Estás segura de que quieres saberlo? —preguntó a su vez, mirándola fijamente.

Una vez más, asintió muy seria. Mariah escuchaba con la misma atención que la niña. Incluso Dixon había parado de trabajar, pendiente de lo que fuera a decir el señor Martin.

—Mira, yo fui siempre un sirviente que se ocupaba de abrillantar las botas del capitán y de prepararle la comida. Antes de eso era marino, tan bueno como el mejor. Tengo que confesarte que la historia que les cuento a otros marineros después de alguna que otra cerveza es un poco exagerada. A ellos les digo que crucé mi sable con un francés, y que yo perdí el brazo, pero él la cabeza, así que a mí las cosas me fueron un poco mejor que a él.

—¡Señor Martin! —exclamó Dixon.

Martin se acercó un poco más a la niña, y le habló como si se dirigiera a ella sola y en secreto.

—Pero a ti te voy a contar la verdad. Los franchutes nos estaban disparando, ¿sabes?, y las balas de cañón caían a nuestro alrededor como el granizo. Me di la vuelta y vi a un guardiamarina muy joven que no era capaz de reaccionar, y que se mantenía quieto cuando estaba a punto de caer un proyectil. Así que estiré a mano para empujarlo y que no le diera. —Martin se encogió de hombros—. La bala se llevó la mano, pero al menos, como ves, puedo contarlo, y el guardiamarina también.

Miró a la niña, que a su vez le miraba el brazo, completamente fascinada.

—A veces me pica, e incluso me duele y me salen heridas, en la zona de la piel en la que me han colocado el garfio. Por lo demás, no pasa nada. Un boticario me vendió una pomada que olía a rayos, y encima no servía para nada. Así que la señorita Dixon me trajo otra, y ahora por lo menos huelo como una tienda de flores.

Martin se miró el brazo y después se volvió hacia la niña.

—¿Quieres verlo completo? Creo que no es tan horrible, o por lo menos a mí no me lo parece. Será que estoy acostumbrado desde hace mucho tiempo. —Se remangó y le enseñó las correas de cuero que le rodeaban el antebrazo, justo debajo del codo.

—El muñón ha quedado muy suave. El cirujano del barco hizo un trabajo estupendo. O los he visto peores, por lo menos.

Maggie tragó saliva, y él se bajó la manga de inmediato.

—Lo siento, nena —se disculpó Martin—. No debería habértelo enseñado. Por un día ya es más que suficiente, ¿verdad?

Se levantó del banco y Maggie entró en la casa, pasando por la cocina como una exhalación, al tiempo que decía «gracias»; Mariah no estaba segura si el agradecimiento iba dirigido a ella o a Martin.

Capítulo 18

«¡Debo decir que la lectura es la mejor diversión que existe! ¡Uno se cansa antes de cualquier cosa que de un buen libro!»

JANE AUSTEN,
Orgullo y prejuicio

Hart estaba en la biblioteca, leyendo uno de los libros nuevos que se había traído de Londres. Matthew había empezado a leer otro, pero no podía pasar tantas horas seguidas con la lectura, mientras que Hart sí que lo hacía. Se levantó y empezó a pasear por la habitación. Cuando oyó a Hart aclararse la garganta, captó la indirecta y salió al vestíbulo.

Desde las ventanas de la fachada, Matthew vio a Hugh Prin-Hallsey organizando la carga en un carro de un montón de pertenencias, que iba a vender para obtener fondos. A Matthew seguía sin gustarle que Prin-Hallsey se paseara por la casa y la hacienda a su voluntad, moviendo y cargando muebles, cuadros y otras cosas, mientras él vivía allí y pagaba una buena cantidad como alquiler. Y sobre todo ahora que tenía un invitado. Pero se guardaba para sí las objeciones, esperando ganarse el favor del dueño de la hacienda para que se la vendiera después del periodo de alquiler.

El corpulento empleado de una casa de subastas iba anotando cada artículo en un libro de notas al tiempo que los criados los iban dejando en el carro. Matthew esperaba que, una vez que terminaran, Hart y él tuvieran esa noche al

menos una cama en la que dormir.

Vio a Mariah Aubrey llegar corriendo por el camino, sujetándose el sombrerito para que no se le cayera. Esperando que no ocurriera nada malo, Matthew salió de prisa por la puerta principal.

—¡Señor Prin-Hallsey! —La chica se detuvo para recobrar el aliento. Tenía las mejillas arreboladas por la carrera—. El señor Strong me ha comentado que usted iba a... desprenderse... de algunas cosas. Me gustaría comprar una cosa que vi la última vez que visité a mi tía.

La joven se volvió hacia el carro para ver los objetos que ya se habían colocado en él, y después los que estaban aún a la espera de ser catalogados y cargados. Finalmente, señaló una silla de ruedas para inválidos.

—¡Es este!

—¿Se refiere a la silla de ruedas? —preguntó Hugh frunciendo el ceño—. Espero de verdad que se encuentre usted bien de salud, señorita Aubrey.

—¡Claro que lo estoy! No es para mí, sino para una señora mayor de la casa de caridad a la que tengo mucho aprecio. Tiene dificultades para andar porque está muy débil, pero siempre mantiene la alegría, y la contagia.

Hugh tomó aire, pensativo.

—La enfermera de su tía la llevó a su habitación cuando estaba muy enferma, pero la vieja era demasiado orgullosa como para utilizarla. La mandamos hacer para mi padre, cuando se puso enfermo... no llegó a curarse.

La señorita Aubrey se mordió el labio, seguramente pensando que eso significaba que Prin-Hallsey no le pondría un precio barato. Matthew pensó en comprarla para dársela a la señorita Aubrey.

—Entonces, ¿cuánto me cobraría por ella? —preguntó.

Hugh la miró con expresión inescrutable. De repente, abrió los brazos y después se tocó la barbilla.

—¡Nada! Llévse la y haga feliz a su querida amiga.

—¿De verdad? —preguntó.

Al ver lo que estaba pasando, Matthew se sorprendió tanto como la propia señorita Aubrey.

—Mi madre, Honora, habría estado de acuerdo —dijo Hugh encogiéndose de hombros—. Además, tampoco obtendría mucho dinero por ella, y espero no

necesitarla nunca.

Mariah lo miró. Su asombro era innegable.

—Es muy encomiable de tu parte, Hugh. Muchas gracias. —En un segundo, se incorporó, le dio un beso en la mejilla y se retiró antes de que el joven fuera capaz de reaccionar. De hecho, parecía un poco aturdido.

La señorita Aubrey agarró la silla por las asas y la empujó por el camino antes de que nadie se ofreciera a ayudarla. O cambiara de opinión.

Matthew contempló la reacción de gratitud y la rápida partida de la señorita Aubrey con una extraña mezcla de sentimientos: envidia, atolondramiento, y algún otro que no fue capaz de identificar.

Prin-Hallsey sacudió la cabeza, como si quisiera despejársela, subió los escalones de la entrada y se quedó de pie junto a Matthew. Los dos se quedaron mirando como Mariah empujaba la silla de ruedas por la hierba del jardín, seguramente pensando que le costaría mucho más llevarla por el camino de grava.

—Un personaje singular, esta chica nuestra de la casa del guarda —musitó Hugh—. ¿No le parece extraño que, con todos los problemas que tiene encima, se preocupe tanto de los de los demás?

—Tal vez es precisamente por eso por lo que lo hace.

Hugh se mordió el labio, pensativo.

—Puede que tenga razón, Bryant. Hasta yo he encontrado una grieta en mi rocoso corazón... Todavía no entiendo cómo he podido regalarle la silla.

—Aparte de que hace un día magnífico y de que estamos en verano, ¿hay alguna razón detrás de su gesto de generosidad?

Hugh dejó escapar una sonrisa torcida y aspiró con fuerza.

—Podría decirse que hace poco he recibido dinero caído del cielo.

—¿Ha ganado a las cartas?

—No, ni a las cartas ni a ningún otro juego. Esta vez no.

—Yo nunca he sido aficionado a los juegos de azar.

Prin-Hallsey lo miró con cara de ironía.

—¡Vamos, capitán! No se engañe. Usted está en medio de un juego de azar, y muy arriesgado, ¿o me equivoco? ¿Qué otra cosa puede haberle traído a Windrush Court? Está arriesgando todo el dinero del botín de guerra que ha

ganado, ¿y para qué? Para apurar la mínima posibilidad de que cierta dama rompa su compromiso con un pretendiente muy bien situado en la escala social y se case con usted, a quien ya rechazó una vez. ¿Qué probabilidades tiene de ganar la partida? —Hugh sonrió con suficiencia y negó con la cabeza—. Yo no apostaría por usted, amigo. No, no lo haría.



Mariah le llevó la silla de ruedas a una agradecidísima señorita Amy. Hasta Agnes parecía complacida. Y también le dio el recado del capitán Prince, aunque con retraso. Al recibirlo, Amy resplandeció, y su hermana miró nerviosamente por encima del hombro, para comprobar que no había nadie cerca.

Mientras estaba allí, Mariah buscó a la pequeña Maggie, pero no la vio. Mientras regresaba a casa, se preguntó si la vívida explicación de Martin acerca de cómo perdió la mano no la habría asustado tanto como para no volver, pero se llevó una agradable sorpresa cuando, unos días más tarde, la niña apareció en la casa del guarda. Sin decir una palabra, se quedó mirando a Mariah con cara esperanzada, y ella le abrió la puerta.

—Bueno, adelante. —Sonrió y la siguió mientras corría, atravesando la pequeña casa.

Dixon ya estaba de pie junto a la ventana de la cocina, y Mariah se puso a su lado. Fuera estaba Martin, sentado en el banco del jardín tocando su flauta. Mariah se sentó a observar y escuchar.

Un rato después, Martin dejó de tocar.

—Me han dicho que cantas —empezó—. Tocaría algo para que pudieras cantar, pero creo que te gustan los himnos religiosos, y yo no conozco muchos, la verdad.

Maggie se encogió de hombros.

—¿Recuperará la mano cuando vaya al cielo? —preguntó la nena muy bajito.

Martin hizo como si pensara en ello, o a lo mejor lo pensó de verdad, quién sabe, e inclinó un poco la cabeza.

—Pues no lo sé. ¿Tú crees que sí?

La niña asintió a su manera vivaz, y sus rizos se balancearon alrededor de la cabecita.

—Bueno, pues en ese caso estaré deseando llegar allí. Echo de menos esa mano, y estaría encantado de volver a tenerla. —Sonrió—. Pero ¿a quién le voy a estrechar la mano cuando esté allí?

—Pues..., ¿se la puede estrechar a usted mismo! —dijo Maggie, y soltó una risita.

—¡Buena idea! —La miró por un momento—. ¿Cuántos años tienes?

—Pues... siete u ocho. No sé cuándo nací.

Martin levantó un poco el mentón, observándola detenidamente.

—Yo diría que ocho. ¿Sabes por qué?

Nuevo movimiento de cabeza y de rizos, esta vez hacia los lados.

—Antes tenía una hermana, y tú me recuerdas mucho a ella. La última vez que la vi tenía ocho años. Yo era mayor que ella, y estaba embarcado cuando me llegó una carta diciéndome que había muerto. Pero cuando volví del viaje militar, había otra nena que la había sustituido. De todas formas, yo nunca olvidé a mi hermanita. Y para mí, ella siempre tendrá ocho años.

—¿Cómo se llamaba su hermana? —preguntó Maggie en voz baja.

Martin sonrió con tristeza, mirando a ninguna parte.

—Mary. Pero como nuestra madre también se llamaba Mary, nosotros la llamábamos Mary Jane.

—Mary Jane —repitió la niña.

—¿Y puedo tener el honor de saber cuál es su nombre, señorita? —preguntó Martin, aunque Mariah ya se lo había mencionado, estaba segura de ello.

La pequeña se mordió el labio y sonrió tímidamente.

—Maggie.

Él le ofreció la mano buena y ella se la estrechó.

—No sé cómo se llamaba mi madre —añadió.

—Es una pena. ¿Y el de tu padre?

Maggie negó de nuevo con la cabeza.

—Yo vivía con mi abuela, y a ella la llamaba así, abuela. Es todo lo que

sé.

—Ya, te entiendo. Como debe ser. —Martin miró a la cara dulce y afectuosa de Maggie y pareció dudar—. ¿Sabes una cosa? Sigo teniendo mi antigua flauta. Tenía que haberme desecho de ella hace años, pero nunca he sido capaz de desprenderme de ella. Puede que pudiera enseñarte a tocarla. O por lo menos eso creo. ¿Te gustaría?

Maggie sonrió y asintió.

—Bueno, pues dame unos días para encontrarla. Creo que está enterrada en mi baúl de marinero, no sé bien donde. Pero creo que podría desenterrarla. ¿Quieres que lo haga?

—Sí, por favor.

Martin se levantó del banco con un quejido y se estiró para desentumecerse.

—Bueno, creo que voy a volver a trabajar antes de que la señorita Dixon me diga que soy un haragán, o algo peor. Que tenga usted un buen día, señorita Maggie.

La niña se levantó de un salto e hizo una pequeña reverencia.

—Y usted también, señor Martin.



—¡Madre santa...! —balbuceó Dixon en la ventana de la cocina.

—¿Qué? ¿Qué es lo que ha hecho ahora? —preguntó Mariah, alarmada. Miró a la cara a su amiga y solo encontró aflicción y sorpresa—. ¡No me digas que ha conseguido gustarte!

—¡Chica estúpida! —espetó Dixon haciendo una mueca de disgusto—. No es que me guste, no de la forma que insinúas. Pero... sí que resulta sorprendente, ¿no te parece? Maggie ha hablado más con él que con nosotras dos juntas.

Mariah asintió.

—Sí. Los niños a los que no les da miedo parecen sentirse atraídos por él como las moscas por la miel.

—O por el estiércol —murmuró Dixon, como si se viera obligada a decir

algo en contra de Martin. No obstante, su expresión carecía por completo de aspereza.



Al día siguiente, un carrito tirado por un caballo pequeño y robusto subió por el sendero de la casa del guarda, haciendo un ruido infernal. Lo conducía Jack Strong, y a su lado, en el pescante, viajaba Martin, que fue el primero en bajarse en cuanto el carro se detuvo. Mariah se asomó para ver qué iban a hacer los hombres, y Martin le hizo un gesto para que se acercara. Se inclinó sobre el carrito, tomó una gran bolsa de tela y se la entregó. La recibió con precaución, pero enseguida se dio cuenta de que pesaba mucho menos de lo que parecía en un principio. Después, Martin y Strong empezaron a levantar un viejo baúl que estaba en la parte de atrás del carro. Maggie, George y Lizzy aparecieron al otro lado de la verja, agarrados a los barrotes de hierro y mirando con mucho interés todo lo que estaba pasando. Mariah llamó a George con un gesto, y el chico salió corriendo hacia la casa. Llegó justo a tiempo de ayudar a Martin a sostener el baúl.

—No podía soportar ver las cosas de su tía quemadas como si fueran basura, o rapiñadas por las sirvientas u otras mujeres —explicó Martin, resoplando y haciendo mucho esfuerzo—. Así que he pensado que a lo mejor a usted le gustaría quedarse con ellas... quiero decir, con lo que Hugh no ha podido vender. Aunque me temo que lo que ha quedado no sea demasiado útil ni esté de moda.

—Muchas gracias, Martin. Ha sido usted muy amable.

Mariah se llevó la bolsa de tela a la casa, y Dixon le abrió la puerta. Martin, George y Jack Strong trasladaron dentro el baúl, y después volvieron a recoger un montón de sombrereras, otra bolsa y una vieja caja de cosméticos, que parecía de madera de caoba. Los hombres lo dejaron todo en la sala de estar para que las damas lo miraran a fondo cuando tuvieran tiempo, pero el señor Strong se ofreció a volver al día siguiente para trasladar el baúl arriba si hacía falta. George se quedó merodeando después de que los hombres se hubieron marchado.

Maggie y Lizzy aparecieron mirando desde fuera por la ventana de la sala de estar. La pequeña aplastaba la nariz contra el cristal. Dixon les hizo una seña para que entraran, y cuando lo hicieron, Mariah les dedicó una sonrisa de bienvenida y descorrió el cerrojo de la tapa del baúl.

—Venid a ver. ¿Qué os parece que habrá aquí? ¿Un tesoro pirata? Después de todo, quien lo ha traído es el señor Martin.

Maggie rio entre dientes, y George se frotó las manos. Mariah abrió la tapa y miró dentro.

—Me temo que no es un tesoro.

George echó un vistazo al interior.

—¡Vestidos...! —murmuró con tono de disgusto, casi de asco. Se tocó el sombrero y en dos segundos estuvo fuera de la casa.

Su hermana puso los ojos en blanco y las dos mujeres intercambiaron una sonrisa.

Mariah sacó una máscara con plumas, que seguramente se habría utilizado en un antiguo baile de máscaras. Después había una gorguera de tela plisada.

—Creo que Martin tenía razón. Todo esto parece muy antiguo.

—Bueno, no lo sé. —Dixon se colocó la gorguera alrededor del cuello. Le apretaba tanto que apenas podía volver la cabeza. Mariah se rio.

—Pareces la reina Isabel con una de sus enormes gargantillas.

Mariah se echó sobre los hombros un mantón de visón bastante apolillado, y se colocó en la cabeza un sombrero alto.

—¿Qué tal estoy?

—Pues, la verdad, no del todo favorecida —dijo Dixon, devolviéndole la broma de antes. Pero le quitó el sombrero y lo sustituyó por un turbante de gasa, rematado con una garbosa pluma de garza—. ¡Eso está mucho mejor!

Le colocaron a Maggie un sombrerito agujereado, pero la cabeza de la niña desapareció dentro de él, y todos se echaron a reír, incluida Maggie.

Lizzy abrió muchísimo los ojos al sacar de una de las bolsas una peluca tipo Cadogan, de color plata, terminada en rizos completamente redondos.

—¡Vamos, póntela! —la apremió Dixon.

Lizzy se rio y se colocó la peluca en la cabeza. Inmediatamente se convirtió en toda una dama.

Al cabo de un rato, la espontánea reunión se había convertido en un juego de disfraces, con tres mujeres y una niña divirtiéndose de lo lindo, probándose prendas y haciendo aspavientos.

Dixon, encima de su vestido de diario, se puso una túnica de satén de color marfil. También se colocó una tiara de estilo griego, completada con una especie de caperuza que le cubría por completo el pelo.

Mariah ayudó a Lizzy a ponerse un *Spencer* de color morado con el cuello de piel y los puños acampanados, y después le pasó unos manguitos de piel a juego.

Ella escogió una cazadora tipo húsar con adornos dorados. Al fondo del baúl vio un conjunto de montar, de falda larga y *blazer*. Esas dos prendas no tenían nada de extravagantes, ni estaban excesivamente pasadas de moda. De hecho, cuando las vio sintió una punzada de remordimiento, pues le recordó su propio conjunto de montar, que le encantaba, y su magnífica yegua. Todo eso había quedado atrás, lejos, en Attwood Park.

Dejó esas prendas donde estaban y sacó un amplio sombrero de muselina con forma de seta y una extensión curvada, un diseño que había estado muy de moda hacía por lo menos veinte años; a pesar de ello, le resultaba familiar. ¿Por qué lo habría guardado la tía Fran? Y de repente se acordó de que su tía le había enseñado ese mismísimo sombrero cuando ella era una niña, y que lo llevaba el día que su tío Norris le había propuesto matrimonio. El hecho de que lo hubiera guardado durante tantos años, incluso después de haberse casado de nuevo, le resultó muy romántico.

Con una sonrisa, Mariah le quitó a Maggie el sombrerito que llevaba y lo sustituyó por el que había estado mirando.

—¡Adorables! Tanto el sombrero como la señorita que lo lleva.

Maggie bajó la cabeza, pero no pudo ocultar lo encantada que estaba.

En ese momento entró Martin, con los ojos fijos en la botella de aceite que llevaba en la mano. Estaba claro que iba a rellenar las lámparas de la casa. Abrió mucho los ojos, y también le brillaron, cuando vio el montón de ropa, las sombrereras, los lazos y los cordeles, y también a Lizzy, Mariah, Maggie y Dixon con algunas de esas prendas puestas.

—Es como si estuviera pasando las páginas de aquella revista, *La Belle*

Assemblée —dijo—. Todas parecen láminas de moda.

Maggie y Lizzy se rieron entre dientes.

Martin detuvo los ojos en Dixon.

—Si usted me lo permite, señora Dixon, debo decirle que esa tiara le sienta muy bien. Parece usted una diosa griega.

La aludida contuvo la sonrisa. El cumplido le había complacido, estaba claro, aunque no podía evitar sentir un poco de vergüenza.

—¡Por favor, siga usted a lo suyo! —dijo.

Pero Martin tenía razón. Sí que parecía una diosa. Y fue en ese momento cuando Mariah tuvo la idea. Prepararían una función de teatro para los niños de Honora House. Se acordó de su tía, que hizo mención de las pequeñas obritas de teatro que representaba cuando era una niña. Seguro que aprobaría el uso de su antigua ropa para ese fin.



Mariah iba paseando por la hacienda cuando vio al capitán Bryant y al señor Hart sentados sobre una manta de pícnic a la sombra de un frondoso roble. En una esquina, dentro de una cesta, estaban amontonados los restos de la comida. Los dos hombres leían en posturas relajadas, pero el capitán Bryant se enderezó cuando se dio cuenta de que se aproximaba.

El señor Hart permaneció apoyado sobre un codo.

—Señorita Aubrey, acérquese por favor, y apiádese de nosotros. ¡Estamos leyendo novelas, y nuestra masculinidad se resiente! Por favor, contribuya a que la recuperemos, diciéndonos que seguimos pareciendo los apuestos oficiales que éramos antes.

«¡Qué descarado!», pensó divertida. Pero como el señor Hart le parecía como un niño pequeño que hubiera crecido mucho, le sonrió.

—Hola, señor Hart. Capitán Bryant. ¿Qué están leyendo?

Hart volvió la cabeza en dirección al capitán.

—Pues Bryant está leyendo una novela recién publicada, que al parecer está teniendo mucho éxito en Londres.

Mariah alzó las cejas.

—¿El capitán Bryant lee novelas? Me sorprende.

—Sí. —Hart se incorporó, quedándose sentado, y cruzó las piernas—. La cosa es que me encontré con cierta joven a la que admira, que me dijo literalmente que «adoraba» esa novela, y que pensaba que no solo era romántica, sino también apasionante.

El capitán Bryant puso los ojos en blanco, y le pareció como si quisiera darle al señor Hart una patada en el pie. En el pie malo.

—¿Así que compró un ejemplar para él? —concluyó Mariah—. ¡Qué amable!

Hart puso cara de malo y le brillaron los ojos. Se inclinó hacia delante.

—Yo creo que él no lo considera amabilidad —comentó en tono conspiratorio—. Y es que me sorprendería mucho que aquí, el capitán Bryant, hubiera leído en su vida algo más que los cuadernos de bitácora de su barco o las notas del periódico acerca de sus logros navales.

—Muchas gracias por el cumplido, Hart —dijo el capitán secamente—. Tengo que admitir que no suele ser mi tipo de lectura preferida, pero estoy intentando disfrutarla. —Levantó el libro para que ella lo viera—. ¿Usted lo ha leído, señorita Aubrey? Si fuera así, le agradecería que me hiciera un resumen y un comentario crítico, lo más benigno posible, claro. Con eso me bastaría para aparentar que he leído la novela con interés. Llevo dos días sin ir de caza ni cabalgar, y me da la impresión de que se me están ablandando las piernas.

—Puede que la haya leído. ¿Cuál es el título?

—*Un invierno en Bath*, de Lady A. ¿Le suena?

A Mariah le dio un vuelco el corazón.

—Bueno... sí. Creo que la recuerdo. —De repente se sintió trastornada—. ¿Y dice usted que no le está gustando?

—¿Cómo iba a gustarme? Escuche esto. —El capitán Bryant empezó a leer. Y Mariah empezó a sentir vergüenza.

El viento le revolvía el pelo oscuro y la negra capa. La miró con sus ojos grises, algo turbios, pero fieros e intensos. Ella no pudo apartar los suyos. Volvía a estar completamente atrapada, como si hubiera caído sobre un zarzal y no pudiera desenredarse y escapar.

Pensó en lo que le había dicho su tía respecto a que la zarzamora era un símbolo de soledad y remordimiento. Ahora era presa de ambos sentimientos, como si el arbusto estuviera dentro de sí, y lo hubiera creado ella misma. Sus espinas la tenían sujeta, atrapada, desvalida. Había caído sobre ellas. ¿O la habían empujado?

Cerró el libro de golpe.

—A mí me parece que esto no es más que palabrería para damas de la alta sociedad.

Hart levantó un hombro y arrancó distraídamente una brizna de hierba.

—Pues a mí me gusta esa metáfora sobre las espinas.

El capitán la miró con cara de franqueza.

—Usted es una mujer, señorita Aubrey. Explíqueme. ¿Qué puede querer decir esa... cierta joven cuando dice que encuentra la novela «absolutamente romántica»? ¿Debería tener el pelo oscuro y alborotado, y los ojos grises, para ganarme su amor?

—«Turbios» ojos grises —completó Hart.

—En cualquier caso, ¿quién tiene los ojos grises? —dijo, con una mueca de impaciencia—. Azul claro, o marrones, o verdes, o cualquier variación de esos colores. Pero ¿grises...?

—Yo he conocido personas con los ojos grises —comentó Mariah, poniéndose a la defensiva.

—¿Un inglés? Bien, en cualquier caso, en mi opinión el libro es extremadamente aburrido.

—A ver, deja que adivine: no hay duelos a espada, no hay disparos y no hay carreras a caballo.

—¡Exactamente! Montones de miradas intensas y de conversaciones profundas.

Hart levantó el dedo índice.

—Y en eso consiste la diferencia entre los sexos. A las mujeres les gustan las miradas intensas y las discusiones profundas, y a los hombres las cabalgadas, las peleas y los disparos.

El capitán Bryant asintió.

—Reconozco que a mí sí. ¿Podemos dejar a un lado las novelas durante

unas horas e ir a dispararle a algo?

—Por mí estupendo.

El capitán Bryant se puso de pie y ayudó a Hart a levantarse a su vez.

—Pero eres testigo, William. He intentado leer *Un invierno en Bath*.

—Por lo que a usted respecta, señor Hart, ¿su novela es también extremadamente aburrida?

—No, todo lo contrario. Creo que es excelente. Muy divertida. Se titula *El regreso de Euphemia*, de una tal señora Wimble. La voy a terminar enseguida, Matthew, y si quieres las intercambiamos.

—No, gracias —respondió el capitán Bryant con un gruñido—. Si esta es su novela favorita, la leeré entera. O moriré en el intento.

—Bien. —Mariah esbozó una frágil sonrisa—. Había venido a pedirle a usted y al señor Hart que tomaran parte en una pequeña obra de teatro que vamos a representar para los niños de la casa de caridad, pero me temo que lo encuentre también extremadamente aburrido...

El capitán Bryant la miró con precaución.

—¿Qué clase de obra de teatro?

—¿Habrás luchas a espada? —intervino Hart con entusiasmo.

Mariah miró alternativamente a ambos hombres y respondió.

—Pues... podría haberlas.

Capítulo 19

«Entre los escritos de juventud de Jane Austen hay una obra de teatro en un acto, posiblemente escrita por la joven Jane para una fiesta navideña».

MARIA HUBERT,
Las Navidades de Jane Austen

Sabiendo que tenía que pedir permiso para representar la obra de teatro, Mariah se pasó la mañana reuniendo el valor suficiente para ir a visitar a la señora Pitt. De camino a la casa de caridad se detuvo para hablar con las señoritas Merryweather. Las hermanas le dijeron que no intentara involucrar a la gobernanta en el trabajo de producción, pero que sería más fácil obtener el permiso si le daba un papel en la representación. Mariah les agradeció el consejo, pero en su fuero interno no tenía las más mínimas ganas de que la señora Pitt participara de ninguna manera.

Le presentó la propuesta en las oficinas de la casa de caridad. Mientras hablaba, la gobernanta contrajo la boca y entrecerró los ojos, mostrando claramente su desaprobación sin necesidad de hablar.

—Y, si le parece y lo desea, podría usted participar en la representación.

La mujer dudó. Mariah estaba segura de que iba a negarse de plano, cuando de repente una voz desde el umbral de la puerta las sorprendió a ambas.

—¡Una obra de teatro! ¡Qué idea tan excelente!

Se trataba del vicario, al que le brillaban los ojos cuando se acercó.

—¡A los niños les encantará! —insistió.

Tras una pausa, intervino la señora Pitt.

—Me alegra oírle decir eso, señor Lumley. Porque acabo de aceptar representar la obra en Honora House e interpretar uno de los papeles.

¿Lo había hecho? Mariah no estaba segura de que quisiera que la mujer participara.

—Yo... no estaba segura de que pudiera usted escaparse y hacer un hueco entre sus muchas obligaciones —dijo titubeando.

Tras echar una rápida mirada al vicario, la señora Pitt sonrió como solía, sin apenas despegar los labios.

—La casa de caridad no es una prisión de la que haya que escaparse, señorita Aubrey.

—¡Por supuesto que no! —murmuró Mariah, aunque pensó en el hombre que estaba recluido en el último piso. Pero pensó que sería mejor no mencionarlo.

La señora Pitt tamborileó sus dedos huesudos sobre la mesa.

—Sí, creo que debo participar, para estar segura de que la representación es adecuada para los niños y para el resto de los internos.

—¡Espléndido! —dijo el vicario—. Ya la espero con mucho interés. — Mariah sonrió débilmente, preguntándose si la señora Pitt habría aceptado la propuesta de no haberse presentado el vicario en ese preciso momento.

—Y si me ausento brevemente —añadió la señora Pitt—, mi hijo John es perfectamente capaz de hacerse cargo del cuidado de la institución. Bueno, ¿cuándo será el primer ensayo?



Una vez más, Mariah volvió a recorrer con la vista la sala de estar. ¡Qué raro le parecía que la señora Pitt estuviera allí, en la casa del guarda! Y sentada en el mejor sillón, cómo no. El reloj de la chimenea marcó la hora y Mariah se sobresaltó. La mujer la ponía muy nerviosa, así que se dedicó a observar al resto de las personas que estaban en la habitación: Dixon y los cuatro niños y jóvenes que más trataba de la casa de caridad, es decir, Lizzie, George, Sam y

Maggie. Los niños también estaban bastante nerviosos.

Mariah se puso en pie cuando entraron el capitán Bryant y el señor Hart.

—¡Bryant y Hart, presentándose para el servicio! —dijo el capitán con voz profunda y algo impostada.

Hart añadió un saludo informal.

—Hola, caballeros —saludó Mariah, con las manos entrelazadas—. Muchas gracias por venir.

En ese momento, *Chaucer* bajó por las escaleras y recorrió la habitación, dejando un rastro de huellas de tinta. ¿Es que se le había vuelto a olvidar cerrar el tintero...?

—¡*Chaucer*, no! —Mariah perdió todo su aplomo y se abalanzó hacia el gato, que se escabulló de inmediato en dirección a la cocina y se perdió de vista.

—No importa, señorita Mariah —dijo Dixon, levantándose—. Ya me encargo yo. Continúe, por favor.

—Gracias. —Mariah se quitó un mechón de pelo de la cara e intentó recuperar la dignidad—. Caballeros, creo que ustedes ya conocen a las señoritas Dixon y Barnes.

Los dos oficiales se inclinaron al unísono y Lizzy hizo una reverencia, al tiempo que se sonrojaba ligeramente. Dixon estaba demasiado ocupada limpiando la tinta del suelo como para advertir el saludo de ambos caballeros.

—Y esta es la señora Pitt, gobernanta y gestora de Honora House, que muy amablemente nos honra con su presencia.

La señora Pitt bajó la cabeza con gesto de condescendencia.

—El resto de nuestros actores van a ser George, Sam y Maggie. Hagan el favor de sentarse y ponerse cómodos. George, ¿te importa sentarte tú en el suelo? Muchas gracias.

Hart se sentó en la silla que dejó libre George, pero el capitán Bryant permaneció de pie. La sala de estar, ahora abarrotada, nunca le había parecido tan pequeña. Mariah respiró hondo y se dirigió al grupo.

—La señorita Dixon y yo misma hemos escogido para nuestra representación varias fábulas de Esopo: *La queja del pavo real*, *El león, el oso y la zorra* y *El zorro y el cuervo*.

El señor Hart levantó la mano para intervenir.

—Yo representaré el papel más corto.

Lizzy soltó una risita.

—En realidad, había pensado que representara usted dos papeles, señor Hart.

—¿Y usted qué papel va a representar, señorita Aubrey? —preguntó el capitán Bryant—. ¿El de pavo real? Tiene usted plumas de sobra, diría yo.

Mariah dudó de entrada, pero vio que el capitán señalaba un montón de plumas que había encima de la mesa. No las había recogido antes de que los niños llegaran, y después se le olvidó por completo hacerlo.

—¡Ah, sí, es verdad, tengo muchas plumas! Tengo que reconocer que soy un poco quisquillosa con los plumines.

—Usted debe de escribir muchísimas cartas.

—Pues sí, ni se imagina cuántas —respondió, desviando la mirada para evitar la de él, bastante pensativa—. Bueno, ¿dónde estábamos...? Señor Hart, me gustaría que representara el papel protagonista en *La queja del pavo real*.

—¿Me considera usted engreído como un pavo real, señorita? —preguntó sonriendo.

—¡En absoluto! Creo que es usted un buen chico.

—Si he aguantado a Bryant todos estos años, tengo que serlo. De hecho, seguro que ya me he ganado el cielo, haga lo que haga a partir de ahora.

—Bueno, como recompensa temporal, también hará el papel del oso que pelea con el león por el cervatillo.

—Doy por hecho que el león va a ser el capitán Bryant —dijo con tristeza.

—Sí.

—¿Por qué, me pregunto, todas las damas lo ven como el valiente león y a mí como el malhumorado oso? Le aseguro que, en la vida real, es exactamente lo contrario.

El capitán Bryant se cruzó de brazos.

—Vamos, vamos, señor Hart —intervino Mariah para poner paz—. Usted luchará con él y nos podrá demostrar a todos lo valiente que es. Si lo desean, hasta podrían utilizar espadas, aunque tengo que pedirle al carpintero que nos fabrique unas de madera adecuadas para un espectáculo infantil. Pero, si es su

gusto, pueden ensayar con espadas de verdad.

George y Sam lanzaron vítores, y Hart asintió.

—Bueno, al menos es algo.

—Si no va usted a hacer el papel del pavo real, ¿cuál representará? ¿el de la diosa Juno?

—No. Dixon es mucho más adecuada para ese papel que yo. Además, voy a hacer de directora, ayudaré a preparar el vestuario, etcétera. —De hecho, ya había empezado a preparar los disfraces a partir de las prendas del baúl de su tía—. Por cierto, capitán, me gustaría que hiciera usted el papel de zorro en *El zorro y el cuervo*.

Él inclinó un poco la cabeza y le lanzó una mirada retadora.

—De acuerdo, pero solo si usted hace el de cuervo.

—¿Por qué? —preguntó Mariah, sorprendida.

—Pues porque me apetece escucharla cantar —dijo con una sonrisa relajada.

—En realidad lo que haría sería graznar, no cantar, lo cual le vendría bien a mi voz, que a la hora de cantar es horrorosa. Pero al menos tendría una excusa.

—Mucho mejor. —El capitán sonrió.

—Aunque, en el grupo, la cantante de verdad es Maggie —dijo Mariah poniendo una mano en el hombro a la niña, que reprimió una sonrisa de satisfacción.

—Por otra parte, ya le he pedido a Lizzy que haga el papel del cuervo, y ha aceptado —añadió Mariah.

—No importa, señorita, haga usted el papel del cuervo —dijo Lizzy—. Ya estoy lo suficientemente asustada con representar la paloma.

—De acuerdo, si de verdad lo quieres así. Y la señora Pitt se ha ofrecido amablemente a ser la narradora de los cuentos.

Una vez más, la mujer bajo el cuello con gesto de hastío, de una forma tan evidente que Mariah se preguntó por qué habría accedido a participar.

Mariah se inclinó para agarrar una prenda de la cesta que tenía al lado. Era una especie de caperuza que había elaborado a partir de uno de los sombreros de su tía.

—He hecho esto para que se lo ponga el cuervo. El pico puede sujetar un trozo de madera que representa el queso.

—¡Qué ingenioso, señorita Aubrey! —dijo Hart, realmente admirado.

—Me pregunto qué otros talentos tendrá usted escondidos —dijo el capitán Bryant, mirándola demasiado fijamente.

En la representación de verdad, la escalera de la casa de caridad podría servir de árbol. La señora Pitt había decidido que el amplio vestíbulo sería el mejor lugar para la representación teatral. Pero para el ensayo, Mariah se subió a una silla para hacer de cuervo.

La señora Pitt sujetó las hojas del guion entre las manos, se acercó a una de las lámparas, se aclaró la garganta y empezó:

—«Un cuervo, que había robado un trozo de queso de una granja cercana, se subió a una alta rama de un árbol, sosteniendo con el pico el apetitoso bocado».

Mariah tenía que admitir que la voz de la mujer, aunque un tanto afectada, resultaba muy adecuada para la lectura.

Con la caperuza del cuervo y el mantón de piel de su tía, Mariah se puso de pie sobre la silla con ciertas precauciones, moviendo la cabeza exageradamente de un lado a otro para que todos pudieran ver con claridad el pico y el «queso» desde su propio ángulo de visión. George soltó una carcajada, y hasta la tímida Maggie se rio. Se dio cuenta de que Hart estaba demasiado entretenido, sin dejar de mirar a Lizzy, mientras que la chica procuraba con todas sus fuerzas no moverse y no mirarle, aunque sí que lo hacía con el rabillo del ojo.

La señora Pitt esperó a que cesaran las risas, y después continuó:

—«Un zorro que pasaba por allí lo vio, e inmediatamente deseó quedarse con el sabroso trozo de queso. De modo que desarrolló un astuto plan para lograrlo. Halagaría la belleza del cuervo».

El capitán Bryant, llevando las orejas de terciopelo que Dixon había elaborado a partir de las gorgueras del baúl, y también con una cola de zorro de verdad sujeta a la cintura de los bombachos, empezó a andar y, como quien no quiere la cosa, se detuvo debajo del «árbol».

Miró hacia arriba, como si estuviera inspeccionándose una de las

«garras», y reaccionó como si acabara de darse cuenta de que ella estaba allí arriba. Reaccionó con exagerada sorpresa, abriendo mucho la boca y los ojos, parpadeando varias veces despacio y girando la cabeza, para que todos lo vieran. Los niños volvieron a reírse con ganas.

—«¡Qué preciosidad de cuervo!» —exclamó—. «¡Nunca me había dado cuenta antes, pero tus plumas son del color blanco más delicado que he visto en toda mi vida!».

—¿Blanco, dice? —protestó George. Y es que tanto la caperuza como el mantón que llevaba Mariah eran negros.

—«¡Y qué extraordinaria y graciosa figura forma su cuerpo desde aquí!» —continuó el capitán Bryant.

Mariah sonrió y se movió hacia los lados con falsa modestia. Se dio cuenta de que, aunque le había facilitado la hoja con su texto al capitán solo hacía unos minutos, apenas tenía que mirar el papel para declamarlo.

La señora Pitt volvió a tomar la palabra.

—«El cuervo, entusiasmado por sus aduladoras palabras, no cabía en sí de orgullo, y se olvidó de todo lo demás».

El capitán Bryant suspiró de manera teatral.

—«¡Si además tuvieras una bonita voz! ¡Si fuera parecida, aunque solo un poco, a tu aspecto!».

Mariah frunció el ceño con gesto de falso enfado, y se puso las manos sobre las caderas.

—«¡Oh! ¡Si su voz igualara a su belleza, merecería ser considerada la reina de las aves!».

De nuevo intervino la señora Pitt.

—«Dándose cuenta de que el zorro dudaba respecto a la calidad de su voz, y decidido a dejar claro que era tan magnífica como todo lo demás, el cuervo abrió el pico y se puso a cantar».

Mariah lanzó un sonoro graznido y agachó la cabeza para dejar caer el falso trozo de queso.

—«E, inmediatamente, el trozo de queso se le cayó del pico» —continuó la señora Pitt. Miró a Mariah, le hizo una seña de advertencia y repitió la frase en voz más alta—. «¡El trozo de queso se le cayó del pico!».

Matthew, al lado de la silla de Mariah, le dirigió una amplia sonrisa. La chica volvió a mover la cabeza, y finalmente notó que la caperuza se aligeraba, al tiempo que el trozo de madera amarillo caía finalmente al suelo.

El capitán Bryant lo atrapó de inmediato y fingió darle un bocado con gran glotonería.

—«Eso era exactamente lo que el zorro había planeado, y lo que esperaba que ocurriera» —leyó la señora Pitt—. «Y se rio para sí de la credulidad del cuervo».

Matthew empezó a reírse de manera exagerada, incluso dando golpes con el pie en el suelo. Después se dirigió a Mariah.

—«Mi buena amiga, tu voz es bastante pasable. ¡Pero lo que te falta es sentido común!»

Dicho esto, el capitán Bryant se guardó el botín. La pequeña audiencia estalló en aplausos. Antes de que Mariah intentara bajarse de la silla, el capitán se dio la vuelta y le tendió la mano. Con cierta timidez, la tomó y la ayudó a descender, pero no se la soltó. En vez de hacerlo, la condujo al «centro del escenario», y allí se inclinaron los dos juntos para saludar y agradecer los aplausos. Los niños, Lizzy, el señor Hart e incluso la señora Pitt aplaudieron con entusiasmo la sencilla representación.

Mariah se sintió muy animada ante un comienzo tan prometedor, y confiaba en que tanto el resto de los ensayos como la propia representación se desarrollaran en la misma línea. Le apetecía mucho proporcionar un poco de diversión y alegría a las vidas de los residentes en aquella casa de caridad. Y también, tenía que reconocerlo, a su propia vida. Tal vez esta actividad le serviría para olvidarse, aunque solo fuera por un corto periodo de tiempo, de los remordimientos que sentía debido a sus actos del pasado...

Esa primera noche, a Lydia le sorprendió mucho oír una queda llamada a la puerta de su dormitorio. Pero al instante supo que se trataba de él. Antes de abrir, se cepilló el pelo, que llevaba suelto para dormir. Durante un momento, se quedó sentada en la silla del tocador, como una estatua, mirándose a los ojos en el espejo. El habitual color ambarino destellaba con una luz poco habitual. Seguramente era el brillo de la esperanza.

Su carabina dormía en la habitación contigua. O al menos eso era lo

que esperaba.

Se levantó, cruzó descalza la habitación y llegó hasta la puerta. Apoyó en ella la mano, y después el oído, contra su superficie suave y fría.

—¿Sí? —susurró, sin imaginar siquiera qué era lo que estaba permitiendo, ni sus consecuencias.

—Soy yo. —La respuesta sonó en un susurro amortiguado—. Tengo que verte. Hablar contigo.

Lydia pensó con rapidez.

—Pues nos vemos en la pérgola, antes del desayuno.

—No. Ahora. Tengo que hablar contigo ahora.

—No podemos.

—¡Sí que podemos!

—¡Shh...! —Lydia temía que despertaran a toda la casa.

—No lo entiendes, Lydia. La angustia me invade. Me duele el corazón de puras ganas de verte. Una vez más. Una vez más antes de que tenga que... partir.

Sorprendida por sus palabras, abrió la puerta.

—¿Partir? —repitió—. ¡Pero si acabas de llegar!

—Lo sé, pero... —Sus palabras se difuminaron. Sus ojos se abrieron como platos, y también se oscurecieron, cuando, tras mirarla a la cara, se fijaron en su melena suelta que se derramaba sobre los hombros, y después en el lazo que sujetaba el corpiño del camisón.

Capítulo 20

«Entretenimiento inofensivo».

Monthly Review, sobre *Emma*, 1816

La semana siguiente transcurrió muy deprisa gracias a una segunda lección de baile en Windrush Court, un segundo ensayo de la representación teatral en la casa del guarda y una tercera, ya en el propio vestíbulo de la casa de caridad. La tarde del uno de julio, Mariah se acercó muy pronto a Honora House para comprobar que todo estaba preparado para la representación.

La señora Pitt, que iba muy bien vestida, con un garboso sombrerito acabado en una pluma y un vestido verde que se adaptaba bien a su figura, recibió a Mariah en la puerta.

—Buenas noticias, señorita Aubrey. El ayudante del alguacil ha venido a visitarnos. Era muy amigo del fallecido señor Pitt, y prometió asistir a la función de teatro. Nos hace un gran honor, ¿no le parece?

—Por supuesto —confirmó Mariah, sintiéndose avergonzada—. Solo espero que le haya comentado que nuestra representación de aficionados va dirigida sobre todo a los niños, aunque todo el mundo está invitado, naturalmente.

Un hombre rechoncho y con barba apareció por la puerta de la oficina.

—No se preocupe ni lo más mínimo, señorita. No soy tan refinado. Seguro que su espectáculo resultará divertido.

—Espero que a usted se lo parezca, señor.

El capitán Bryant y el señor Hart se presentaron bastante antes de la hora convenida.

—Hemos venido por el camino de la casa del guarda en vez de rodearla a caballo —dijo el capitán—. Espero que no le importe.

—No, claro que no —respondió Maria, aunque interiormente se puso algo nerviosa. ¿Cómo es que no se le había ocurrido que podía pasar eso? No se acordaba de si había guardado las páginas del nuevo libro que estaba escribiendo, aunque ahora ya no podía hacer nada al respecto, y tenía mucho trabajo por delante.

Colgaron mantas de almacén hasta una zona situada detrás del improvisado escenario, creando un estrecho pasillo por el que los actores irían a ponerse los disfraces que les correspondieran, sin que la audiencia pudiera verlos. Y colocaron lámparas de gas alrededor del escenario para iluminarlo. El candelabro de varias velas, que casi nunca se utilizaba, sí que se encendió para la ocasión.

A la hora prevista, los espectadores acudieron en masa, deseosos de ver la representación. Unos llegaron desde fuera de la casa de caridad y otros simplemente bajando las escaleras. Los niños se sentaron en el suelo, cerca del escenario, mientras que las personas de mayor edad ocuparon sillas por detrás de ellos. Los adultos sanos y de mediana edad, como el vicario, Martin, el señor Phelps y los Strong, permanecieron de pie formando una última fila. El ayudante del alguacil y John Pitt se colocaron a un lado del escenario, con los brazos cruzados, como si fueran guardias del rey.

Cuando todo estuvo preparado y los espectadores guardaron silencio, la señora Pitt se colocó en un podio. Presentó al ayudante del alguacil de forma muy ceremoniosa, agradeció cálidamente la presencia del vicario y les pidió a los niños que se portaran bien. Después organizó las tarjetas y anunció *La queja del pavo real*. Se notaba a la legua que estaba disfrutando de lo lindo siendo el centro de atención.

La señorita Dixon entró en el escenario, vistiendo la túnica clara de la tía Fran, con la tiara griega en la cabeza y portando una rama a modo de cetro. Se sentó de forma principesca en la raída silla que estaba a la izquierda del

escenario, que con su presencia se transformó de inmediato en un trono magnífico.

Desde su lugar cercano al escenario, Mariah vio cómo el señor Phelps sonreía arrobado, y le daba con el codo a Jack Strong. Mariah notó que alguien estaba cerca y vio que se trataba del capitán Bryant, colocado junto a ella en el estrecho y oscuro pasillo. El señor Hart y Lizzy se encontraban a pocos metros, hablando en voz baja. Al verlos, Mariah sintió una inesperada punzada de celos. ¿Cómo era posible? Se recordó a sí misma que había escogido renunciar al amor romántico. Ya había tenido su oportunidad, y la había desperdiciado.

El capitán Bryant se asomó un poco para poder ver a los espectadores, y le rozó el brazo al hacerlo. Cuando se apoyó contra la pared notó que se quedaba aún más cerca, de modo que permanecían casi hombro con hombro. Se dio cuenta de que no le importaba. De hecho, y, por el contrario, disfrutó secretamente de la situación: estar tan próxima a un oficial alto y guapo, sin que nadie los viera, aunque había mucha gente cerca, con solo Hart y Lizzy como carabinas... y ambos muy preocupados el uno del otro como para darse cuenta.

Era una forma de tomárselo excesivamente romántica y tal vez estúpida, y Mariah disfrutó de ella pese a que sabía que no debía. Su corazón pertenecía a otra mujer, nunca la cortejaría, y no podía echarle la culpa. Por lo menos ella tenía un secreto que no tenía que ver nada con el amor: sus novelas. Con eso le bastaba, se dijo a sí misma. Así era. Así debía ser.

La pequeña Maggie subió las escaleras y se quedó de pie junto al pasamanos. Tragó saliva y buscó la mirada de Mariah. ¡Tenía la cara blanca como la cera! Mariah le hizo una señal de ánimo y sonrió para infundirle confianza. Jeremiah Martin dio un paso adelante y tocó las primeras notas con su flauta. Maggie respiró hondo, miró hacia delante y empezó a cantar. Los murmullos y toses cesaron de inmediato.

*—¡Oh, mi amor, me has engañado!
Me has apartado de manera indecorosa...*

Mariah no se esperaba ni mucho menos las lágrimas, pero allí estaban, corriendo por sus mejillas. La hermosa voz de la niña, la letra que hablaba de amor y de pérdida, le afectaron de una forma mucho más dolorosa de lo que había podido imaginar.

*—Y te amo desde hace tanto tiempo.
disfrutando de tu compañía...*

Mariah no quería ceder al llanto y dejar que el capitán Bryant notara lo afectada que estaba. Pero entonces lo sintió. Él la tomó de la mano, y notó su calidez y firmeza, y además un suave apretón. Con este simple acto de apoyo, se le encogió el corazón y sintió la necesidad de ser comprendida, incluso amada.

Cuando terminó la canción, prácticamente toda la audiencia soltó un suspiro al unísono y estalló en un sonoro aplauso liberador, como si los espectadores hubieran recobrado la conciencia de que estaban en una representación teatral. Mariah se soltó de la mano del capitán para romper también a aplaudir, de modo que el momento de intimidad se esfumó.

—¡Señor Hart! —susurró Mariah.

Hart miró hacia arriba, saliendo de su ensimismamiento, que tenía mucho que ver con Lizzy, y se colocó de inmediato la máscara mientras Maggie sonreía de oreja a oreja y bajaba las escaleras.

Entonces, caracterizado como el pavo real gracias a la máscara de plumas azul cobalto, el señor Hart entró en escena contoneándose y se dirigió a la audiencia.

—«Muy bien, muy bien, seguro que les ha gustado la voz del ruiseñor, ¿cómo no? Imposible competir con ella. ¡Oh, Juno, diosa Juno, mira cuánto les gusta la voz del ruiseñor! Y, sin embargo, desprecian y se ríen de mi tono chillón y feo».

Hizo un gallo para realzar el efecto, y los niños se rieron a coro. Las damas hicieron un gesto de disgusto y se taparon los oídos.

—«¡Y yo pensaba que era tu ave favorita, diosa!» —se quejó Hart, haciendo un puchero de niño consentido.

—«Pues claro que lo eres, pavo real» —confirmó Dixon, es decir, la diosa Juno, con tono paciente.

—«Entonces te lo suplico: concédeme una voz tan maravillosa como la del pequeño ruiseñor».

Juno negó con la cabeza, haciendo brillar la tiara a la luz de las lámparas.

—«¡Vamos, vamos, pavo real! ¿Acaso no tienes suficiente con tus hermosas plumas?».

—«¡No!» —Se cruzó de brazos e hizo otro puchero. Los niños rieron de nuevo.

—«Sí, el ruiseñor posee una hermosa voz, pero tú disfrutas de la belleza y de la admiración de los demás».

Al ver a su antigua niñera, Mariah recordó todos aquellos días en la guardería y el aula, cuando la reñía por tener envidia del talento musical de Julia, o porque otras niñas eran más guapas que ella. Qué magnífica labor había realizado Dixon.

—«¡Ah!» —continuó el pavo real—. «Pero ¿para qué quiero tanta belleza intrascendente si mi voz es horrible, y la del ruiseñor magnífica?».

—«¡Eres un ave muy egoísta! Es el destino el que decide las características de cada criatura». —Juno volvió la cabeza y movió el cetro—. «Mira el poder del águila».

George se había caracterizado de águila. Vestía una camisa cuyas mangas se habían rellenado con medias para realzar su «muscultura», y avanzó por el escenario hasta que se dejó caer hacia el suelo, como si hiciera un picado. Sus amigos rieron a mandíbula batiente.

—«¿Quieres tener también su fuerza?» —preguntó Dixon-Juno.

—«Si pudiera...».

Martin volvió a dar un paso adelante, esta vez llevando sobre los hombros un chal muy colorido y agitando los brazos con actitud estoica y falta de entusiasmo.

Se quejó en dirección a Dixon con un somero susurro, aunque Mariah y, probablemente toda la primera fila, pudo escucharlo.

—¡Mira, aquí tenemos al viejo marinero haciendo de loro! Seguro que se me da bien... —Después graznó con voz cavernosa—. «¡Cruá! ¡El loro quiere

una galleta! ¡Cruá!».

El estallido de risas esta vez fue general.

Juno puso los ojos en blanco, pero después volvió la mirada elegantemente y de nuevo se dirigió al pavo real-Hart.

—«¡Escucha al loro! ¿Te gustaría poder hablar como él?».

—«Si pudiera...».

Martin regresó a su sitio la mar de aliviado. Detrás de la cortina, Lizzy se acercó a Mariah, que la agarró de la mano y se dio cuenta de que estaba temblando.

—«Y, finalmente, mira la dulce paloma, tan inocente y comedida».

Lizzy, con el brillante, plateado y transparente chal de la tía Fran, encima de un vestido de muselina, avanzó por el escenario con pasos cortos y gráciles, moviendo una y otra vez las pestañas y con los rubios rizos cayéndole sobre las pálidas mejillas. Mariah había acertado de pleno al elegir los personajes. En el caso de Lizzy, era la viva imagen de la inocencia y la belleza.

Juno señaló con la mano a la paloma.

—«¿También te gustaría tener su aspecto, y quitárselo a ella?».

El señor Hart parecía especialmente admirado por el encanto de Lizzy, así que se limitó a mirarla con la boca abierta, sin pronunciar el texto que le correspondía.

Juno carraspeó para que saliera de su ensimismamiento.

—«¡No!» —balbuceó el señor Hart—. «Es perfecta tal como es».

Mariah vio que el señor Pitt fruncía el ceño.

Juno se levantó y abrió los brazos.

—«Cada uno de ellos tiene sus propias cualidades, y a no ser que seas un miserable, debes aprender a conformarte con las tuyas, y respetar las de las otras aves».

Pero el señor Hart había perdido el hilo por completo: no dejaba de mirar a Lizzy.

Juno le dio un golpe con el cetro.

—«¡Ah... sí! Claro, así lo haré».

Los actores saludaron al público con una inclinación de cabeza y una reverencia. Hart agarró de la mano a Lizzy y se la levantó, exagerando

bastante. Una vez más, John Pitt frunció el ceño. Pero Hart no le soltó la mano ni siquiera cuando abandonaron el escenario. Mariah se dio cuenta de que apenas se le notaba la cojera.

Se subió al podio. Ella sería la narradora de la segunda obra, mientras que en la tercera y última la sustituiría de nuevo la señora Pitt.

—Ahora vamos a representar *El león, el oso y el zorro*.

Esperó hasta que el señor Hart se quitara la máscara y el capitán Bryant y él fueran a recoger sus espadas de madera. Mientras leía, los dos esperaron de pie, quietos como estatuas y en posturas amenazadoras.

—«Había una vez un león poderoso y valiente, y un oso fiero y que no conocía el miedo. Un día, mientras recorrían el bosque en busca de algo que cazar, los dos descubrieron una cervatilla exactamente al mismo tiempo, y ambos la reclamaron para sí».

El joven Sam empujó la silla de ruedas para colocar a la señorita Amy Merryweather en el escenario, aunque alejada de donde se produciría la lucha a espada. Sobre el pelo blanco llevaba un par de orejas de terciopelo. Tenía un aspecto encantador cuando saludó a la audiencia agitando la mano. Todo el mundo le devolvió el saludo, bien con una sonrisa, bien con la mano o con ambos gestos.

—«Se produjo un épico duelo de garras... bueno, digamos que, de aceros, pues tanto el león como el oso querían dejar clara su supremacía».

El capitán Bryant y el teniente Hart se enzarzaron en una pelea ficticia con sus espadas de madera, entrechocándolas con pericia y dejando que se oyera con nitidez el ruido de los golpes. Uno golpeaba y el otro bloqueaba. Uno daba una estocada y el otro se agachaba para esquivarla. Subieron y bajaron las escaleras, poniendo en práctica una intrincada coreografía, y Mariah se dio cuenta de que lo habían organizado de manera que Hart siempre estuviera apoyado y girando sobre el pie bueno, mientras que el capitán se movía, giraba y saltaba a su alrededor. Seguro que se habían pasado horas ensayando, lo cual emocionó a Mariah. ¿O se habrían aburrido mucho?

Siguió contemplando la pelea, que tenía al público atrapado, y al final volvió a la lectura del texto.

—«La pelea era dura y difícil para los dos. Se esforzaron tanto y sufrieron

tantas heridas que al final no podían con su alma, y eran totalmente incapaces de seguir luchando, e incluso de tenerse de pie».

Ambos hombres se dejaron caer al suelo de una manera muy teatral, emitiendo sonoros quejidos.

—«Y entonces, mientras estaban en el suelo, incapaces de moverse, jadeando...» —Esperó a que lo hicieran—. «Y con la lengua fuera». —Tuvo que cubrirse la boca para evitar que se viera que se estaba riendo. Los dos hombres sacaron la lengua cómicamente.

Alzó la mirada para comprobar si Martin estaba preparado, y al ver que sí, continuó.

—«En ese momento, un zorro, que había estado contemplando la fiera batalla a salvo y desde lejos, llegó y se colocó entre el león y el oso».

Martin, que ahora llevaba unas largas orejas y cola, avanzó y se colocó entre los dos caídos. Se inclinó ante cada uno de ellos y les habló de una manera muy cortés.

—«Se lo agradezco mucho, caballeros». —Agarró una de las manillas de la silla de ruedas y la otra la empujó con el garfio, y se la llevó por el pasillo sonriendo.

El león y el oso prorrumpieron en protestas, pero cada vez que intentaban ponerse en pie, se dejaban caer de nuevo, simulando estar completamente exhaustos.

Antes de que Mariah pudiera continuar con la narración, surgieron gritos de alarma entre el público. Ella levantó la vista y pudo ver a un hombre apartar las cortinas de la ventana y entrar por ella. Corrió hacia delante y se apoyó con una mano en la barandilla de la escalera, subió un par de escalones y se lanzó al escenario, como si fuera un jovencito de veinte años en lugar de lo que realmente era, un anciano de setenta, tal como demostraba su cara. La luz de las lámparas mostraba unos rasgos caídos, un pelo gris plateado y una mirada avejentada.

Tomó una de las espadas de madera, la que había utilizado, Hart, todavía en el suelo, se subió al trono de Juno y se puso a hablar con voz tonante.

—¡Suéltala, perro, o te arrancaré la cabeza de un tajo!

Martin, que ya casi estaba al fondo del vestíbulo, se volvió para mirar a su

inesperado enemigo.

El hombre llevaba una levita azul, que de tan raída parecía blanca, y de botones dorados, aunque faltaban más de los que había, y unos bombachos por las rodillas muy pasados de moda. También llevaba calcetines, aunque no zapatos, ni botas, ni nada más. Pese a todo, su presencia, subido en la silla, resultaba extraordinaria, a la vez elegante y amenazadora, manteniendo la espada en posición de «en guardia», y la otra mano elevada para mantener el equilibrio. Sus ojos brillaban, pese al castigo del tiempo, y apretaba la mandíbula con gesto desafiante.

Martin se quedó boquiabierto, pero no solo por la sorpresa, sino también por el reconocimiento. Desde luego, el temor no fue el sentimiento principal, ni mucho menos.

—¡Capitán Prince! —exclamó Martin.

Se cuadró lo mejor que pudo para imitar el saludo militar, además de despojarse imaginariamente del sombrero tipo tricornio que no llevaba. Una de las orejas de zorro cayó al suelo con el gesto.

El hombre bajó la espada.

—¡Por Poseidón! ¿Será posible?

El hecho de que bajara la espada de madera fue como una señal. La señora Pitt susurró una orden, e inmediatamente su hijo y el ayudante del alguacil se lanzaron a sujetar al viejo y empezaron a tirar de él en dirección a las escaleras. El pobre intentó liberarse y dar patadas a sus captores con los pies descalzos, pero los dos hombres, más jóvenes y más fuertes, no le dieron opción alguna, y empezaron a llevarlo escaleras arriba.

Amy Merryweather se había levantado de la silla y, apoyándose en ella, se dio la vuelta y tuvo tiempo de vislumbrar al hombre que había pretendido rescatarla antes de que los dos captores lo alejaran completamente. Hizo amago de salir detrás de ellos, pero su hermana se lo impidió, poniéndole las manos sobre los hombros. Tras echarle una mirada torcida a la señora Pitt, Agnes se inclinó hacia su hermana y le susurró algo al oído. Aunque Mariah no pudo escuchar lo que le dijo, se lo imaginó de sobra: «Recuerda. No sabemos nada acerca del hombre del tejado».

Porque ese era el hombre, el que estaba encerrado en una habitación del

último piso. De alguna manera, se había escabullido escaleras abajo para contemplar la «inofensiva» función de teatro. Y por ello, a Mariah le daba la impresión de que había disfrutado de su último momento de libertad.



Con el revuelo que se montó, el resto de la representación quedó completamente olvidada.

La señora Pitt continuó dando órdenes, y todos los residentes volvieron a sus cuartos. A Mariah le dio pena que no hubieran podido presenciar el cuento de *El zorro y el cuervo*, sobre todo dado el gran trabajo que se había hecho ensayándolo y preparando los disfraces y las actuaciones. Pero a señora Pitt dejó más que claro que quería que todos los visitantes se marcharan de inmediato, para poder restaurar el orden y la tranquilidad en «su» casa de caridad.

Martin estaba muy alterado y volvió a la casa en absoluto silencio y completamente alicaído. ¿De verdad habría reconocido al hombre como el capitán Prince? ¿O se lo habría imaginado, y ahora simplemente se acordaba de que su antiguo oficial había muerto hacía mucho?

Incluso el capitán Bryant y el señor Hart volvían caminando en silencio. Cuando llegaron a la casa, Mariah les agradeció toda su ayuda y se disculpó por el curso que habían tomado los acontecimientos.

—¿Está bromeando, señorita Aubrey? —dijo Hart—. Lo de esta tarde, todo, ha sido, con diferencia, lo más divertido que ha pasado desde que llegué a Windrush Court.

—Muchas gracias, Hart —dijo el capitán Bryant con sequedad, y después le apretó la mano a Mariah—. Ha hecho usted algo magnífico por esos niños, señorita Aubrey, y estamos muy contentos de haber contribuido a ello. No permita que el desconcertante final estropee el conjunto.

Capítulo 21

«He terminado de leer una novela que se llama *Orgullo y prejuicio*, que creo que es una obra magnífica. Me gustaría saber quién es el autor, o más bien la autora, según me han dicho.

ANNABELLA MILBANKE, 1813

El señor Crosby escribió para preguntar si podía volver a visitarla la semana siguiente, y Mariah pensó que no tenía más alternativa que contestar aceptando dicha visita. Le daba cierta vergüenza mandar una carta por correo al hombre, y evitó escribir la palabra «Editor» en el sobre con las señas.

En la carta, el señor Crosby expresaba su interés en publicar su segunda novela, como Henry le había dicho que haría. En tal caso, ¿cuál sería el motivo de la visita? Esperaba que no intentara continuar con el interrogatorio.

A la hora prevista, Mariah no paraba de mirar por la ventana. Nada. Resultaba extraño, pues el hombre había presumido de su exquisita puntualidad en su primer encuentro. No paraba de pasear por la habitación, deteniéndose de vez en cuando a mirar por la ventana para ver si por fin llegaba. Se había tomado más tiempo del habitual para arreglarse el pelo, cepillándolo hasta lograr que brillara, y sujetándolo en un moño en lo alto de la cabeza, y hasta utilizando la plancha caliente para alisar los rizos de los lados, cosa que casi nunca se molestaba en hacer. El día estaba húmedo.

Esperaba que el alisado durase hasta después de la visita del señor Crosby.

La siguiente vez que pasó junto a la ventana, vislumbró cierto movimiento entre los árboles de los lados del camino que conducía a la casa. Le sorprendió ver no solamente a un hombre, sino a dos, caminando hacia allí. El primero vestía una levita de color pardo, lo que le indicó que se trataba del señor Crosby. El segundo, más alto, llevaba de las riendas un caballo negro. El segundo hombre echó la cabeza hacia atrás al tiempo que se reía con ganas, y Mariah reconoció los rasgos de Hugh Prin-Hallsey. Frunció el ceño. «¿Qué cosa más extraña!», pensó. ¿Acaso se conocían de antes? ¿O se habrían encontrado por casualidad en el pueblo y habían caminado juntos?

No le gustaba la idea de que Hugh supiera que un editor había ido a visitarla a la casa del guarda. Seguramente aprovecharía para subirle de nuevo el alquiler. ¿Qué excusa le daría el señor Crosby? Esperaba que no hubiera confiado en Hugh y le hubiera contado su secreto, en bien del buen nombre y por la posición social de su familia. Mariah se estremeció solo de pensarlo.

Pudo ver que Hugh se daba a vuelta, se subía en el caballo y se alejaba cabalgando hacia la entrada principal de la hacienda. El señor Crosby levantó la mano para despedirse y pasó de la carretera al prado que rodeaba la casa, llevando un maletín. ¿Iba sonriendo, o era una mueca lo que se dibujaba en su cara? Le hubiera gustado poder adivinar lo que estaba pensando en ese momento.

En la puerta, la saludó con amabilidad, incluso con calidez.

—Señorita Aubrey, estoy encantado de volver a verla.

—Señor Crosby, es usted más que bienvenido. Pase, por favor. —¿Debía atreverse a preguntarle por Hugh? ¿Reconocer que los había visto hablar, como si hubiera estado espiándolos? No lo hizo.

—Estaba empezando a preocuparme por el hecho de que no llegaba usted a la hora que había indicado en su carta.

El caballero alzó las cejas.

—¡Ah! ¿He llegado tarde? De hecho, he venido hablando con un vecino de viaje... —Consultó el reloj—. En efecto, he llegado con cinco minutos de retraso. ¡Qué desastre! —La volvió a mirar con los ojos brillantes—. Siento que se haya preocupado, señorita Aubrey, lo cual dice mucho de usted. Espero

que signifique que está deseando recibir mis visitas.

Se ruborizó de inmediato. Era culpa exclusivamente suya haberle llevado a pensar eso. Intentó ocultar la vergüenza que sentía con una sonrisa intrascendente.

Él se la devolvió con calidez, le dio el sombrero y se sentó en el sofá, en el mismo sitio en el que había estado sentado la mayor parte del tiempo durante su primera visita. *Chaucer* apareció de inmediato e intentó subirse a su regazo, aunque el señor Crosby lo alejó suavemente, pero con firmeza.

—Es que los gatos me hacen estornudar.

Una vez más, Dixon y Martin llevaron té y, también una vez más, el señor Crosby solo aceptó una taza sin leche ni azúcar, rechazando educadamente todo lo demás. A Mariah no le importó, pues previendo lo que iba a ocurrir, había tomado algo antes de la visita.

—Tengo buenas y malas noticias —dijo, sacando del maletín unos recortes y varias revistas. Torció un poco el gesto—. ¿O debería decir buenas y malas críticas? ¿Por cuáles prefiere que empiece?

Mariah puso cara de resignación.

—¡Bueno! No sé si quiero escuchar siquiera las malas críticas. Feroces, ¿verdad?

—Decida usted misma. —Tomó uno de los recortes y empezó a leerlo—: «No me ha gustado demasiado *Un invierno en Bath*. La trama carece de interés; solo se puede decir que se trata de un mero entretenimiento».

—¿Que carece de interés? —espetó Mariah—. ¿Un mero entretenimiento?

El editor seleccionó otra.

—Esta no es tan mala: «Una novela inteligente. Me entretuvo mucho, aunque el final es estúpido».

Mariah lo miró con recelo.

—Se lo está pasando usted bien con esto, ¿verdad, señor Crosby?

—Muy bien, muy bien, voy a dejar de atormentarla. Pero antes de pasar a otras cosas, quiero leerle una crítica positiva —dijo, tomando la revista *The Critical Review*—: «Bien escrita. El argumento es creíble, entretiene de verdad y resulta muy interesante».

—Esa es más aceptable, gracias. —De repente se sintió un poco cohibida,

así que cambió de tema—. Me dio una alegría al saber que publicaría también *Hijas de Brighton*.

—Sí —asintió, remarcando la palabra con un gesto—. Y puesto que hemos detectado algunas erratas en la edición de *Un invierno en Bath*, me gustaría que corrigiera usted las pruebas del siguiente libro. Pero después volveremos a eso. Estoy aquí porque tengo otra propuesta para usted.

—¿Sí?

—A través de su hermano, y debo decirle para su tranquilidad que más debido a lo que no ha dicho que a lo que ha dicho, he sabido que algunos ingresos extra no le vendrían a usted nada mal.

¡Ahí estaba otra vez el rubor en las mejillas!

—¡Vamos, vamos! No se avergüence en absoluto por hablar de estos asuntos. Al fin y al cabo, yo me dedico a esto para ganar dinero.

Hizo lo que pudo por sonreír.

—Eso está mejor. Bueno, a lo que vamos. Represento a un autor teatral que, por distintas circunstancias, no se ve capaz de desarrollar una nueva obra, y que pagaría generosamente a otro escritor que la creara para él, como un primer boceto que, si fuera necesario, él corregiría. Su nombre no aparecería en ningún sitio, señorita; si la obra tuviera éxito no obtendría usted ningún crédito, y si no lo tuviera, solo supondría la censura del susodicho autor. Y en todo caso, fuera cual fuese el resultado, usted recibiría una cantidad importante por su trabajo.

A Mariah le daba vueltas la cabeza.

—Pero ¿eso es ético? Quiero decir, ¿no es ilegal hacer pasar el trabajo de una persona por el de otra?

—Solo si hay plagio, es decir, si uno se apropia del trabajo de otro sin mediar consentimiento del verdadero autor. Necesitaría que me firmara usted un contrato en el que consintiera dicho uso de su creación.

—Aún así me parece engañoso.

—Es algo muy habitual, señorita Aubrey. Con novelas, obras de teatro, óperas... Uno de nuestros autores, antes de lograr que se publicara su trabajo propio y con su nombre, se ganó la vida escribiendo poemas y cartas de amor para otros caballeros. Yo no estoy en condiciones de juzgar si eso es ético o

no lo es, pero sí que puedo decirle que es del todo legal, y que resulta inteligente desde el punto de vista estrictamente de negocios ligarse a un autor bien conocido con un trabajo de calidad. Al final, tal asociación suele resultar muy beneficiosa.

Estaba demasiado asombrada como para hacer caso del claro halago que había recibido.

—Nunca he escrito una obra de teatro de verdad.

—Su hermano me dijo que le gusta mucho escribir pequeñas obras para Navidad, y en verano.

—Sí, es cierto, pero solo se trataba de obritas para consumo familiar, o para niños, quiero decir vecinos.

—Lo cual es un punto de partida interesante. Mire, he traído el argumento del autor y las escasas páginas que fue capaz de escribir antes de que «le abandonaran las musas», en sus propias palabras. Léalo todo y decida si es capaz de asumir el reto.

Eché un vistazo a las páginas garabateadas.

—No sé si...

—Me puedo imaginar que está escribiendo una nueva novela, y que habrá que corregir las pruebas de la segunda, pero espero que pueda hacer sitio en su agenda para esto. —Sacó una tarjeta de visita y se la pasó. Había una cantidad escrita en la parte de atrás—. Esto es lo que propone pagar a quien haga el trabajo.

Era más de lo que habría esperado. No lo que su primera novela le había reportado, pero en cualquier caso nada desdeñable. Podría pagar el alquiler del siguiente trimestre. Dixon y ella tendrían combustible más que suficiente para el invierno. Y, todavía mejor, podría contratar a Lizzy.

—Creo que, después de todo, soy una buena presa para este tipo de caza —dijo, y le dedicó una sonrisa al señor Crosby.



Esa misma tarde, por primera vez después de la desdichada representación teatral, fue a visitar a la señora Pitt. La mujer recibió a Mariah con su recatada

sonrisa, siempre esbozada con los labios apretados; apenas levantó la cabeza, señalando casi con desgana la silla que había frente al escritorio, y dirigiendo de nuevo su atención a un libro de cuentas y recorriendo con el dedo una larga lista de cifras.

Una vez que se hubo sentado, Mariah se mojó los labios antes de hablar.

—Me gustaría contratar a Lizzy Barnes.

La señora Pitt se puso rígida y alzó la mano, con el dedo pulgar todavía extendido.

—¿A Lizzy? Pero si ella ya tiene un empleo aquí en la casa; trabaja para mí. Seguro que cualquier otra chica podría servirle igual.

—Es posible, pero quiero contratar específicamente a Lizzy Barnes.

La mujer entrecerró los ojos.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que le ha contado? ¿Le ha dicho que no le gusta trabajar para mí?

—No, señora Pitt. No tiene nada que ver con eso, se lo aseguro. —Mariah dudó—. Creo que... creo que le gustaría cambiar de lugar y de... ambiente. Después de todo, ya lleva mucho tiempo viviendo y después trabajando aquí.

—¿Y qué tiene de malo vivir aquí, entre estos muros? —preguntó la señora Pitt en tono retador.

—Nada.

—¿Le ha dicho algo acerca de mi hijo? —preguntó la gobernanta. Por una vez, sus ojos turbios llamearon—. ¿Le ha acusado de algo? ¡Chiquilla desagradecida!

—Acusarlo no. No ha dicho ni una sola palabra en contra de él. He oído a alguien decir que tiene por ella cierto interés... no correspondido, pero...

—Son esas Merryweather las que le han ido con el cuento, seguro. ¿A que sí? ¡Mira que decirle que mi John está interesado en Lizzy Barnes! ¡Qué malsana imaginación! Bueno, pues déjeme que le diga algo, señorita Aubrey: no puede usted hacer caso de todo lo que le digan las hermanas Merryweather.

—La mujer se inclinó hacia delante—. No deje que la engañen. ¡Menudas damas, mire usted! A una de ellas, cuando era joven, su propio padre la vendió para que se prostituyera, es un hecho. No me extraña que vean lujuria en los ojos de cualquier hombre con el que se encuentren.

Asombrada, Mariah notó el sabor de la bilis en la garganta.

—¿Cuál de ellas? —preguntó débilmente, aunque pensando que ya había adivinado la respuesta a su pregunta.

—No voy a contarle nada más. Solo confío en que no de crédito a todo lo que le cuenten, dado su propio y turbio pasado. Ya sabe cómo afecta la sífilis al entendimiento, ¿verdad?

Mariah se quedó mirándola asombrada, preguntándose cómo era posible que se pudiera decir de una persona algo tan terrible como eso.

La señora Pitt volvió a echarse hacia atrás y apretó los labios.

—Hablaré con Lizzy y dejaré que ella misma decida.

Mariah se quedó de piedra por la reacción de la gobernanta, y se dio cuenta de que lo que brillaba en sus ojos solo podía describirse como odio. Odio y animadversión hacia Lizzy y las hermanas Merryweather... ¿o hacia ella?

Salió de Honora House sintiéndose muy inquieta y preocupada. Se preguntaba qué tipo de manipulación utilizaría la gobernanta para impedir que la chica aceptara su oferta.



Cruzó la carretera para dirigirse a la casa del guarda y se detuvo, maravillada ante la magnífica escena que se estaba desarrollando delante de sus ojos. Los niños de la casa de caridad estaban desperdigados por el prado. Allí se encontraban George, Sam e incluso Maggie, además de otros muchos niños cuyos nombres Mariah no era capaz de recordar. Y también el teniente Hart, de pie y sujetando un bate, preparado para utilizarlo, mientras el capitán Bryant se preparaba a su vez para lanzar la bola.

¡Pam! Hart golpeó la bola y los niños salieron corriendo detrás de ella. Hart se sirvió del bate como improvisado bastón y corrió hacia el otro extremo, marcado con un palo en el suelo, mientras que George, que era el otro bateador del equipo, corría para colocarse en el lugar en el que había estado el teniente y así ser el siguiente en batear.

—¡Venga a jugar con nosotros, señorita Aubrey! —la invitó el capitán

Bryant—. Necesitamos un receptor.

—Muy bien.

Al capitán le brillaron los ojos. Sin duda esperaba que se negara, o que pusiera objeciones.

Avanzó por el prado y se colocó cerca de los palos del bateador, a la espera del siguiente lanzamiento. George golpeó la bola, pero el capitán Bryant la atrapó sin que diera ni siquiera un bote en el suelo, e inmediatamente la lanzó con fuerza contra los palos, antes de que George y Hart pudieran intercambiar de nuevo sus sitios, de modo que Hart fue eliminado.

No había suficientes jugadores para organizar un partido de críquet completo, pero los niños disfrutaban enormemente corriendo y jugando. El día, en pleno julio, era magnífico. Intercambiaron los sitios, aunque nadie les había requerido para que lo hicieran: tampoco había árbitro.

El señor Hart se situó de receptor, mientras que Mariah se preparó para batear. George y Sam se turnaban como lanzadores, pero después de que lo hicieran a lo loco varias veces, el capitán Bryant fue el que se hizo con la pelota. La frotó contra la pernera del pantalón y le escupió.

Ella arrugó la cara con gesto de asco. Después bajó el bate y lo golpeó contra la hierba para prepararse. Se dio cuenta con retraso de que estaba pasándose la lengua por los labios de manera inconsciente, a la espera del lanzamiento. Mariah notó que el capitán Bryant sí que lo había notado, debido a que no le quitaba ojo de la boca.

Hizo la carrera y lanzó la bola, que botó una vez, perfectamente alineada con los palos.

¡Pam! La golpeó de lleno.

El capitán Bryant se quedó con la boca abierta.

—No me lo puedo creer. ¡Es mi mejor lanzamiento!

La bola superó a Sam, a George y a Maggie que, en cualquier caso, estaba recogiendo margaritas y dientes de león, ajena por completo al juego. De hecho, superó hasta la carretera, que era el límite acordado del campo. Cuatro carreras de golpe. Ni siquiera tuvo que moverse nadie.

Mariah alzó el bate en señal de triunfo, y después le dedicó una sonrisa al capitán Bryant.

—¿No le había dicho que crecí jugando con dos hermanos?



La diversión de la soleada tarde pronto se esfumó, lo mismo que el humor de Mariah, que se fue volviendo cada vez más sombrío al comprobar que no había ninguna noticia de Lizzy Barnes. Su insistencia en contratarla seguro que había irritado a la gobernanta, y la idea de que la señora Pitt estuviera enfadada la angustiaba. Refugiada en la sala de estar del piso de arriba, se puso a leer el boceto de la obra de teatro y las primeras páginas que le había pasado el señor Crosby. El dramaturgo se llamaba Simon Wells. Sacó unas cuantas páginas en blanco para empezar a diseñar el guion, pero enseguida se dio cuenta de que no lograba concentrarse. La preocupación por Lizzy no se lo permitía. Exasperada, sacó uno de los diarios de Francesca Prin-Hallsey.

Mi estancia en Windrush Court se está volviendo más pacífica, aunque también bastante más aburrida, ahora que Frederick Prin-Hallsey se ha trasladado a Londres para pasar la temporada. Es un lugar muy tranquilo para una chica, sin ningún hombre con el que poder flirtear, excepto los elegantes, aunque descarados criados. Vi a un hombre de veintitantos años que fue a visitar a la señora Prin-Hallsey, pero no nos presentaron. Era un artista, o al menos eso creo, ya que llevaba un caballete y un lienzo, pero se ve que la señora no consideró que mereciera la pena presentarle a una joven y aburrida visitante.

La salud de mi madre está mejorando, y me da la impresión de que está empezando a cansarse de las amables, aunque agobiantes atenciones de la «querida Jane», pues siempre suspira al pronunciar el nombre de su amiga. y es que, pese a que sus buenas intenciones son evidentes, la mujer la abrumba con interminables itinerarios para hacer ejercicio e inacabables listas de hierbas medicinales, muchas más de las que puede recordar. De hecho, creo que madre echa mucho de menos su propio hogar, y le apetece volver a ser dueña de sus propios actos, y de su casa.

No se lo reprocho, en absoluto.

Mariah se saltó varias páginas.

Ahora que estamos en casa, madre se mantiene bien de salud, aunque no creo que sea capaz de recuperar nunca su antigua fuerza. Ahora casi ni me acuerdo de Windrush Court ni de Frederick Prin-Hallsey. He conocido a otro hombre. Uno que piensa que merezco sus atenciones. Es amable, bienintencionado y, además, me hace reír. Y aunque es algunos años mayor que yo, creo que terminaré casándome con él.

Mariah se dio cuenta de que, con toda probabilidad, estaba leyendo acerca del tío Norris, el hermano de su madre.

Mientras leía el diario de su tía, se acordó de la novela que acababa de empezar. Sintió ganas de continuar con ella, y rápidamente fue a su habitación y tomó las pocas páginas que había escrito. Las releyó y se sentó al escritorio para continuar con *La historia de Lydia Sorrow*.

Lydia pasó la mano por la puerta que los separaba como si fuera un escudo; por un lado, agradecía que estuviera allí, pero por otro deseaba librarse de él. Todo al mismo tiempo.

—Lydia... Eres muy hermosa —susurró él.

Abrió los labios para decir... algo. Pero olvidó las palabras que iba a pronunciar antes de que se formaran, anonadada por lo que leía en sus ojos. Un profundo asombro y un inesperado... ¿qué? ¿Deseo? ¿Pérdida?

—¡Por todos los diablos, Lydia, vas a matarme!

—¡Shh! Si la señora Duckworth nos oye o nos ve...

—¡Entonces déjame entrar! Porque no voy a marcharme. Todavía no. No hasta que pueda hablarte de corazón. ¡Debo hacerlo, Lydia, debo hacerlo!

Ella dudó.

—Muy bien. Pero solo un momento. Y por favor, baja la voz. Te lo ruego.

La dulce y embriagadora alegría que había sentido al verlo antes en el vestíbulo, y la expectativa de estar sola con él, tal vez en los jardines o en la oscura biblioteca, ahora se convirtió en algo más apremiante, distinto.

Reconoció el sentimiento. Era miedo.

Mariah soltó la pluma. El hecho de revivir una parte de su propia experiencia fue suficiente como para que se incrementara la preocupación que sentía por Lizzy.

Capítulo 22

«En los momentos más dolorosos, en los que escribir es imposible y leer no es suficiente, los tratados de gramática y los diccionarios resultan ser una excelente forma de distracción».

ELIZABETH BARRETT BROWNING



El día siguiente, esperando que un cambio de lugar pudiera ayudarla, Mariah agarró el papel secante, los papeles, la tinta y la pluma y se los llevó a la sala de estar de abajo. Allí se pasó varias horas trabajando en la obra de teatro, siguiendo el esquema de amores y engaños entre un hombre que debía hacer un matrimonio económicamente ventajoso y una condesa viuda y pobre, pero que simulaba tener riquezas. No sabía por qué, pero tal planteamiento dramático le provocaba indiferencia. Tal vez era porque, por mucho que quisiera ponerse en el lugar de una mujer que quería ocultar la realidad de su verdadera situación, no le era posible simpatizar con ella. La escena cumbre de amor, una de las pocas que había dejado escritas el autor, le parecía exagerada y nada ingeniosa. Había intentado mejorarla varias veces, pero todavía estaba insatisfecha con los resultados obtenidos.

Estaba de pie junto a la ventana principal, recitando en voz alta posibles líneas de diálogo, cuando se sobresaltó con una llamada procedente de la puerta que separaba la cocina de la sala de estar.

—¡Vuelvo a sorprenderla hablando sola, señorita Aubrey! Espero que no

le importe que haya venido a verla; no obstante, la señorita Dixon me ha dado su permiso.

—¡Por supuesto que no me importa!

El capitán miró hacia abajo, pues había algo en el suelo que llamó su atención. Antes de que le diera tiempo a decirle que lo dejara, él recogió una de las hojas de la obra, que se había caído de la mesa. La miró y alzó las cejas.

—¿Está usted escribiendo para otra función de teatro, señorita Aubrey?

¡Madre del cielo! ¿Qué podía decirle? Decidió ser tan sincera como le fuera posible.

—Bueno. Esta vez quien va a recibir el crédito va a ser el dramaturgo Simon Wells.

—¿Y puedo preguntarle por qué tiene usted en su poder un guion de Simon Wells?

Mariah tragó saliva.

—El señor Crosby, a quien usted ya conoce, es amigo suyo. y le ha dicho que querría conocer la reacción de... una mujer ante su idea y lo poco que había escrito. —Esperando distraerlo, recogió otra página y continuó, hablando con desagrado—. La verdad es que su escena de amor no me convence, en absoluto.

El capitán asintió. Al parecer había aceptado la explicación.

—¿La leemos en voz alta? —sugirió—. Así podríamos comprobar qué es lo que resulta poco creíble, o inadecuado.

—Bueno... es muy amable de su parte, pero no creo que sea necesario.

—Puede ser divertido —dijo él, encogiéndose de hombros—. Tengo que reconocer que me decepcionó mucho no poder representar juntos nuestra pequeña escena en la casa de caridad.

—Muy bien, puede que resulte útil —admitió, con los nervios a flor de piel—. Siempre que de verdad no le importe. No quiero hacerle perder el tiempo.

—Tranquila, no me importa en absoluto, todo lo contrario.

Le sudaban las manos cuando le pasó el original corregido de Simon Wells, mientras que ella se quedaba con su propia versión.

Dando muestras otra vez de la gran capacidad memorística que había demostrado durante los ensayos de *El zorro y el cuervo*, el capitán Bryant se pasó unos minutos leyendo el texto, y empezó a hablar de repente.

—«Mírame. ¿Por qué no me miras a los ojos?».

Mariah se quedó muy sorprendida. Apartó la mirada, buscó el texto que le correspondía para contestar y se aclaró la garganta, que repentinamente se le había reseado.

—«No puedo. Ahora no. Ahora que ya sabes que no soy la persona que creías que era».

—«¿No eres una condesa viuda?».

—«Sí, soy condesa viuda, pero pobre». —Mariah tragó saliva otra vez. Tenía la garganta desesperantemente seca, no había forma de aclarársela—. «Y tú debes casarte con una mujer rica. Una heredera que salve la hacienda de tu familia. Ve con ella. Es mucho más adecuada para ti».

—«Tienes razón, sí que lo es». —Sujetando la hoja de papel entre el pulgar y el índice, el capitán Bryant agarró por los hombros a Mariah, que empezó a respirar con dificultad, muy sorprendida por la intensidad de su actuación. No esperaba que se tomara tan al pie de la letra las acotaciones del texto, que indicaban lo que tenían que hacer los personajes.

—«¿Por qué me resulta imposible marcharme?» —dijo—. «¿Por qué me siento arrastrado a tu puerta? ¿A tus brazos?».

Mariah pensó con tristeza que le gustaría que eso fuera real.

—«Vine aquí para lograr el amor de una mujer» —continuó— «y, sin embargo, he caído rendido ante otra».

—«¡Vete!» —gimió Mariah—. «¡Vete ahora que todavía puedes!».

—«Ya es demasiado tarde. ¡Solo debes prometerme que nunca más me volverás a engañar!».

Le pasó un dedo por la mejilla y Mariah sintió una oleada de placer. «¡Solo está actuando, chica estúpida!». Su voz se convirtió en un susurro íntimo.

—«Muy bien. Entonces, mujer etérea y encantadora, solo tienes que hacerme una promesa».

Le acercó mucho la nariz, grande y recta, a la suya, escasa y algo elevada.

El dulce aliento de su boca le calentó la mejilla, y su olor masculino, mezclado con cierto aroma a jabón, hizo que todos sus sentidos se pusieran en alerta. «Está actuando», se recordó a sí misma.

Le rozó la punta de la nariz con la suya. Inclino levemente la cabeza y se acercó aún más. Tenía la boca casi al lado de la suya. No podía respirar, ni moverse. Los labios de ambos se rozaron, y una oleada de tibieza le llenó el pecho, e hizo que le temblaran las rodillas. La empujó ligerísimamente y clavó sus ojos en los de ella. Unos ojos pardos, cálidos, de pupilas negras, esféricas y profundas.

—En el guion no hay beso —susurró, casi sin aliento.

—Pues debería haberlo —dijo, torciendo mínimamente la comisura de la boca.

En ese momento recordó que estaba interesado en otra, y la magia de la situación se esfumó. ¿Qué era lo que había oído? ¿Estaba jugando con ella debido a su reputación?

Su sonrisa desapareció. Hizo una mueca y dio un paso atrás.

—Ha sido una mala idea. Lo supe en cuanto se la propuse. Le ruego que me perdone, señorita Aubrey.

—Naturalmente. —Tragó saliva, intentando recuperar la compostura—. Bueno, ¿y qué opina de la escena? —Le tembló un poco la voz—. Mala, ¿verdad? ¿Melodramática? ¿Exagerada?

—Pues... no sé qué decirle. La he encontrado muy... eficaz. —Se aclaró la garganta—. ¿Me permite un consejo? Dígale a Simon Wells que un hombre nunca describiría a una mujer como «etérea y encantadora». Si de verdad la ama, no. De ninguna manera.

Se puso a la defensiva debido a la crítica a su trabajo. Pero estaba demasiado alterada como para replicar.



Matthew se fue de la casa del guarda directamente después del incidente, sabiendo que sería mejor retirarse rápido antes de que perdiera la cabeza. ¿En qué estaba pensando? ¿Por qué había jugado con ella de esa forma? Ya le

había hablado de sus intenciones respecto a otra mujer. ¡En qué baja estima debía de tenerle ahora la señorita Aubrey por haber flirteado con ella de esa manera tan irreflexiva, sabiendo que quería casarse con otra! ¡Qué inconstante debía de parecerle! ¿Lo era? Lo único que sabía era que, en ese momento, no se tenía el más mínimo aprecio a sí mismo. Ya iba siendo hora de volver al camino trazado y empezar a planificar su campaña con todo cuidado.

El primer paso tendría que ser ponerse en contacto con su colega de armas, el capitán Ned Parker, y con su madre, que era de alta cuna y estaba muy involucrada en la alta sociedad. Precisamente había sido la señora Parker la que había propuesto en primer lugar una fiesta en el campo, en una hacienda. «¿Por qué no me permite planificar la fiesta?», le había dicho. «Sería la mejor manera de introducirlo en sociedad, o al menos en el círculo específico que tiene usted en mente».

Era el momento de aceptar su propuesta.

Le escribió al día siguiente, invitándola a acercarse a Windrush Court con su hijo o, si lo prefería, sería él quien viajara a Londres a visitarla.

La señora Parker aceptó su invitación a vuelta de correo y le dijo que Ned y ella llegarían la semana próxima.

Mientras tanto, Matthew dejó la casa del guarda bien amarrada en el embarcadero. No quería volver a navegar en ella.



Cuando el carruaje de cuatro caballos de los Parker enfiló el camino de la entrada, Matthew salió a recibirlos. El capitán Parker cabalgaba junto al coche, en su propio corcel árabe.

El mozo de cuadra ayudó a descender a la elegante dama de mediana edad y Matthew hizo una inclinación bastante pronunciada.

—Señora Parker, cuánto me alegro de que haya venido. —Después dirigió la mirada a su hijo, un joven de su edad, rubio y también muy elegante—. Ned, viejo amigo. ¿Disfrutas de tu licencia tanto como yo?

—Bastante más, sin duda. —Parker desmontó con atlética seguridad.

Matthew los condujo hasta la sala de estar, e inmediatamente llegaron los

refrescos. Allí les esperaba también William Hart, y Matthew hizo las presentaciones.

—Señora Parker, permítame que le presente a William Hart, un buen amigo mío, y antiguo primer oficial a mis órdenes.

—Señora Parker, es un placer —dijo, tomándole la mano e inclinándose. Matthew se volvió después a Ned.

—¿Recuerdas al teniente Hart?

Parker asintió y Hart lo saludó.

—¿Cómo está, señor?

Matthew sonrió de nuevo en dirección a la señora Parker y señaló un sillón tapizado con terciopelo de color verde manzana.

—De nuevo les agradezco que hayan venido.

—Y yo me alegro mucho de estar aquí —dijo—. Empiezo a cansarme de la vida en la ciudad. Y, además, me encanta enfrentarme al reto de organizar la primera fiesta en una hacienda en el campo para un hombre como usted. Será un éxito sonado, o dejaré de llamarme Catherine Steadman Parker.

—Nosotros lo dejaremos todo en sus sabias manos, madre —afirmó su hijo, sirviéndose una cantidad generosa de bebida—. Deje que nosotros visitemos las bodegas, y usted puede encargarse de todo lo demás.

—¡Chico malcriado! Por lo menos podrías ayudarme con la lista de invitados.

Esa frase captó de inmediato el interés de Matthew, que se sentó en un sillón enfrente de la señora Parker. Con un dramático suspiro, su hijo se dejó caer en un sofá de seda carmesí, y Hart hizo lo propio.

—Ya tengo algunas ideas, y he empezado a elaborar una lista; provisional, claro —dijo la señora Parker, mostrando una pequeña libreta de bolsillo.

—Claro —repitió su hijo con una sonrisa indulgente.

La señora Parker abrió la libreta.

—Vosotros tres, por supuesto. Y también debería acudir James Crawford.

Matthew frunció el entrecejo, pero la señora Parker intervino de inmediato.

—Creo que es sencillamente obligatorio, capitán. —Después continuó, con voz alegre—. Y quizá también Bartholomew Browne resultaría de interés.

—¿El poeta viudo? ¡Caramba! —Las palabras de Ned rebosaban sarcasmo, y Matthew tuvo que controlarse para no sonreír.

—No te vendría nada mal estar en compañía de personas cultas y bien educadas, aunque solo sea por una vez, Ned —dijo su madre, alzando la barbilla.

A Matthew le sorprendió que la señora Parker le propusiera invitar a un hombre que había enviudado bastante recientemente, y dudaba que el individuo aceptara la invitación. En cualquier caso, guardó un prudente silencio.

La señora Parker continuó revisando sus notas.

—Por lo que respecta a las damas, debemos invitar a Isabella Forsythe y a la señorita Ann Hutchins, que es amiga suya. Son idóneas.

—¡Puede seguir poniendo a la señorita Hutchins delante de mí todas las veces que quiera, madre! —protestó Ned arrastrando las palabras—. No voy a cambiar de opinión, haga usted lo que haga.

La señora Parker no le hizo caso.

—Necesito alguna dama más. Hay unas cuantas jóvenes debutantes a las que podríamos tener en cuenta, como por ejemplo Helen y Millicent Mabry. Y, por supuesto, las damas deben venir acompañadas por sus carabinas.

La señora Parker se dirigió a Matthew.

—¿Conoce usted a alguna otra dama joven y educada a la que debiéramos tener en cuenta?

Lo cierto era que no conocía a ninguna. ¿A quién podría invitar para realizar la fiesta? ¿Y qué iban a hacer sus invitados en Windrush Court? Cazarían, lo cual sin duda resultaría adecuado para los caballeros, y por supuesto habría billar y juegos de cartas. Pero ¿qué harían las mujeres para divertirse, o al menos entretenerse? Habría cenas, por supuesto, y podría pedirle a Hammersmith que contratara músicos locales para que tocaran en el baile. Pero ¿se conformarían Isabella y su amiga con la compañía de las hermanas Mabry, aunque fueran muy agradables? De repente pensó en la señorita Aubrey. Estaba claro que era educada, y socialmente muy presentable. Se preguntó si le apetecería unirse a ellos por las tardes, y durante las cenas...

Al final, Matthew le dijo a la señora Parker que invitara a quien le

pareciera bien, siempre que no se olvidara de Isabella Forsythe. Todos los demás solo estarían allí para disfrazar sus verdaderos propósitos.



Después de unos días de visita en los que recorrieron la hacienda, hicieron planes y elaboraron una lista de todo lo que había que hacer antes de la fiesta, los Parker volvieron a Londres. Matthew quedó al cargo de realizar todas las compras y suministros, así como las demás tareas, antes de que regresaran en agosto. Se sintió cansado solo de leer la lista de todas sus «obligaciones», para cuya realización solo contaba con unas pocas semanas. Pero merecería la pena, se dijo a sí mismo. Siempre que ella aceptara venir.

Vio que la señorita Aubrey estaba dando una vuelta por los jardines, y se unió a ella.

—Capitán Bryant. —Notó que dudaba un poco al ver que se acercaba. Lo miró a los ojos, pero apartó la vista enseguida—. No le... había visto... desde hace algún tiempo —dijo, titubeando.

¡Vaya por Dios! ¿Acaso aún se sentía avergonzada por aquel mínimo beso?

Estuvo a punto de decirle que la había echado de menos, o de volver a disculparse, pero logró contenerse.

—He tenido invitados, y he estado ocupado atendiéndolos —dijo al fin—. Un amigo de Londres, y su madre.

Asintió, visiblemente aliviada, y empezaron a pasear el uno al lado del otro.

—Creo que ya le he dicho que voy a celebrar una pequeña fiesta en agosto. Está usted invitada a unirse a nosotros para... bueno, para lo que desee. A cenar, a cabalgar, a bailar... —explicó.

—Me encanta cabalgar, pero... ¿una fiesta? —La señorita Aubrey se estremeció—. No, muchas gracias.

Él se quedó perplejo.

—¿Le parecen mal las fiestas campestres? ¿No las aprueba?

—No.

—Las jóvenes vendrán con carabina —se defendió—. Y la madre de mi

amigo es una dama muy respetable, que actuará como anfitriona. No se hará nada reprochable, señorita Aubrey. Todo será completamente inocente.

—Según mi experiencia, ese tipo de fiestas nunca resultan completamente inocentes.

Se detuvo y la miró extrañado.

—Le agradezco mucho su invitación capitán Bryant. Pero las fiestas y las reuniones sociales no son para mí. Aprecio mucho mi privacidad, y me gusta vivir una vida tranquila.

A Matthew le sorprendió mucho su vehemente rechazo. no la había tomado por una persona tan tímida y retirada de la vida social.

—Bueno, pues entonces le ruego que me perdone, señorita Aubrey. El hecho de que a veces me haya presentado en su casa a menudo ha debido de incomodarla mucho.

—¡No, señor, en absoluto! Estoy muy contenta de haberle conocido, y de nuestra amistad. Usted y el señor Hart han sido y serán siempre bienvenidos a mi casa... bueno, a mi actual casa. Pero no me apetece encontrarme con desconocidos. —Una sombra de preocupación cruzó su hermosa cara—. Por lo menos —murmuró—, doy por hecho que serán desconocidos para mí.

Siguieron caminando.

—Como usted desee, señorita Aubrey. No invadiremos su intimidad. Pero si en algún momento cambiara de opinión, ya sabe que sería bienvenida.

—Gracias, capitán. Pero no voy a cambiar de opinión.



A la mañana siguiente, el capitán Bryant se acercó a la casa del guarda montando a *Storm* al trote, y llevando de las riendas una yegua de color gris moteado.

Mariah le saludó en el jardín trasero.

—Buenos días, capitán.

—Señorita Aubrey —la saludó quitándose por un momento el sombrero—, me pregunto si le apetecería dar un paseo conmigo a caballo. Me dijo que le gustaba mucho cabalgar.

Al entusiasmo inicial le siguió una riada de pensamientos acerca de si debía o no aceptar la invitación. No había traído consigo la ropa de montar, no tenía un sombrero adecuado, tenía la obligación de escribir una obra de teatro, y todo eso por no mencionar todo lo que tenía que ver con el decoro.

Pero antes de que se decidiera, Dixon salió de la cocina y contestó por ella.

—Estará encantada de salir a cabalgar con usted, capitán. Denos unos minutos, por favor.

La mujer tiró de ella hacia el interior de la casa, y Mariah protestó *sotto voce*.

—¡Pero Dixon, no puedo! No tengo...

—¡Pues claro que puedes! Y también tienes...

Los mencionados «unos minutos» se convirtieron en media hora larga, tras la que Mariah salió vestida con el antiguo atuendo de montar de su tía, que incluía una falda voluminosa, *blazer* con una estrecha gorguera de terciopelo, un gracioso sombrerito rematado con una pluma y guantes cortos de cuero. Se sintió avergonzada al salir, pero los ojos del capitán Bryant brillaron de admiración, lo que la tranquilizó bastante.

La yegua de color gris moteado estaba ensillada a la amazona, con solo un borrén. Ante la ausencia de un escaño para montar, Mariah necesitaría la ayuda de un mozo de cuadra. Y en ausencia de un mozo de cuadra...

—¿Me permite? —preguntó el capitán al verla acercarse. Se agachó y juntó las manos, indicándole que apoyara un pie en ellas. Ella dudó, mirando sus guantes, limpios como una patena.

—Adelante, no se preocupe. El que tiene que ocuparse es mi ayuda de cámara... Es tan meticoloso que se ha pasado ¡veinte minutos! preparando el pañuelo de cuello.

—Pues lo ha hecho muy bien. Tiene usted... buen aspecto —dijo, dudando inmediatamente si debía haberlo dicho. Aunque la verdad era que sí que lo tenía. El *blazer*, corto y entallado, los pantalones pardos y las botas negras y altas le sentaban de maravilla.

Colocó el pie sobre sus manos entrelazadas, permitiéndole que la ayudase a subir a su montura. Se instaló en la silla de amazona, colocando la rodilla

derecha sobre el borrén y apoyó el muslo entre los hombros de la yegua. Notó cómo el capitán Bryant deslizaba suavemente su zapatilla izquierda de montar en el único estribo. Al notar el toque, pese a ser corto y con el único fin de ayudar, sintió una cálida sensación de placer por toda la pierna. Se colocó la larga falda, dejándola caer sobre la zona izquierda de la yegua y asegurándose de que le cubría por completo las piernas. Finalmente, tomó las riendas.

El capitán Bryant volvió a montar a *Storm*, que inicialmente se mostró algo nervioso y se movió bastante, pero que se tranquilizó de inmediato cuando su jinete tomó las riendas con suavidad. Había mejorado mucho sus habilidades en la monta desde la primera vez que se encontraron.

Mariah estaba impaciente, deseando volver a cabalgar después de tanto tiempo, así que puso a la yegua al paso de inmediato. Se preguntó si alguien estaría sacando a cabalgar a su yegua, *Lady*, allá en Attwood Park. ¿La habrían dejado solo al cuidado del mozo de cuadra? ¿O la habrían vendido, dado que su hija había ido por mal camino y ya no vivía en la casa? Al pensar en todo eso, sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, pero pestañeó con determinación, pues deseaba disfrutar del paseo a caballo, de la magnífica mañana y de la compañía.

El capitán Bryant se puso a su lado de inmediato. Juntos fueron cabalgando por un amplio y señorial paseo perteneciente a la hacienda, y después por un sendero más modesto, fuera de la entrada principal, mientras Mariah se iba acostumbrando al ritmo y la forma de cabalgar de su yegua. El capitán Bryant se adelantó, internándose por un camino rural, por el que pusieron a los caballos a un suave medio galope. El estado de ánimo de Mariah mejoró al sentir la suave brisa refrescándole el rostro y removiéndole el pelo, que casi le llegaba a las comisuras de los labios...

Estaba sonriendo sin darse cuenta.

Los ojos del capitán Bryant brillaron al mirarla.

—¿Lo está usted pasando bien, señorita Aubrey?

—Sabe que sí —respondió sonriendo.

Mariah se daba cuenta de que era una tontería sentir esa agitación en presencia del capitán Bryant. Era absurdo abrirle el corazón a un hombre cuyo objetivo era cortejar a otra. E incluso aunque él llegara a sentir algún tipo de

atracción romántica hacia ella, ¿no se vería obligada a revelarle su pasado? Sufriría muchísimo cuando la habitual mirada de simpatía, y a veces de admiración, de los francos ojos pardos del capitán, se convirtieran en una sombra de desprecio. Era mejor que las cosas siguieran así. Dado que había dejado tan claras sus intenciones respecto a otra mujer, ella no tenía nada que decir, y no le diría nada de su situación.

Cabalgaron por un prado extenso y ondulado, y después a lo largo de un estrecho arroyo, que discurría con bastante fuerza entre rocas, cuyas aguas brillaban a sol de la mañana. Cada vez se alejaban más de los límites de Windrush Court. Desde que llegó a la hacienda, el otoño pasado, nunca se había alejado tanto de la casa del guarda. Le sentaba bien alargar un poco sus ataduras. Llenar los pulmones de aire renovado y disfrutar de sonidos y vistas nuevas.

En una zona en la que la orilla era más plana dejaron que los caballos se detuvieran para beber. Mariah fijó la mirada en el capitán Bryant, esperando que sus ojos fueran capaces de expresar la profundidad de la gratitud y la cordialidad que sentía, unos sentimientos que prefería no expresar con palabras.

—Le agradezco muchísimo este paseo, capitán —se limitó a decir—. No puedo recordar la última vez que lo pasé tan bien.

—Entonces tendremos que repetirlo.

Pero con la cercanía de la fiesta, Mariah tuvo el presentimiento de que el paseo de hoy muy bien podría ser no solo el primero, sino también el último que diera con él.

Capítulo 23

«¡Vaya! Una mujer que toma la pluma se inmiscuye en los derechos de los hombres como una intrusa. Como una criatura presuntuosa será tenida, y no habrá virtud posible que la redima».

ANNE FINCH, condesa de Winchelsea, 1713

nos días más tarde, Mariah estaba sentada en el banco del jardín trasero cuando vio a Hugh Prin-Hallsey acercarse por el camino de la mansión. No lo veía desde que había coincidido con el señor Crosby, hacía más o menos dos semanas, así que había llegado a la conclusión de que se había vuelto a Londres. ¿Para qué habría regresado ahora?

—Buenos días, señor Prin-Hallsey —saludó, al tiempo que se levantaba.

—Por favor, llámame Hugh. ¿Acaso no somos casi primos? —dijo con una sonrisa que parecía ilusionada, pero ella se limitó a mirarlo con cautela.

—¿No me invitas a pasar?

—¡Ah! Sí, desde luego. —Se dirigió a la puerta trasera, la abrió y le indicó que entrara—. Por favor.

Pensando que la cocina era un lugar excesivamente humilde para un visitante de tanta importancia, lo condujo a la sala de estar. Se sintió inquieta al ver un ejemplar de su novela encima de la mesa, así que puso encima de ella otros libros, intentando apartarla de su vista. Pero él fue más rápido.

—¡Oh!..., la novela de Lady A. ¿Te ha gustado?

—Pues... sí.

—En White, mi club, se ven ejemplares por todas partes. Pero, entre tú y yo, no me sorprendería nada saber que la tal Lady A no es una «*lady*» en absoluto.

¿Sospecharía algo, o incluso hasta lo sabría? Sintió escalofríos por todo el cuerpo.

—¿Por qué dices eso?

—Pues porque me imagino que Lady A es realidad «Don A» camuflado de dama —dijo, encogiéndose de hombros—. Los mejores escritores siempre son hombres.

Se sintió muy aliviada por haberlo entendido mal.

—¿Eso piensas? —dijo, sin excesivo interés.

—¡Pues claro! —Echó un vistazo alrededor, por toda la habitación—. Pero no he venido aquí a hablar de libros, Mariah. ¿Puedo llamarte Mariah?

—Pues... supongo que sí.

—Mira, ya he revisado la casa de arriba abajo, y Bryant está absolutamente harto de mis idas y venidas. Así que pienso, creo, espero de verdad, que lo que busco esté aquí, en la casa del guarda. Y que lo ha estado siempre.

—Pero...

—Ya sé que vine una vez a preguntar, y no recordaste ningún objeto en particular que hubiera dejado aquí tu tía. Pero es que tú no tienes la mente retorcida que tenía ella. Ni, para ser justos, tampoco la de Hugh Prin-Hallsey, siempre a tu servicio. Creo que, si soy yo el que revisa la casa, hay más posibilidades de que encuentre lo que busco.

La miró con las cejas levantadas y una sonrisa casi convincente. Pese a la cual, Mariah dudó.

—Tú no tienes nada que esconder, supongo —dijo, inclinándose hacia ella.

Cerró el puño derecho con fuerza, clavándose las uñas en la carne.

—Pues no, nada en especial, pero dado que soy una dama, tengo mis reservas respecto a que un hombre husmee a sus anchas en mis pertenencias, que son muy personales.

—Eso es verdad. Eres una mujer con un pasado interesante y relativamente secreto. —Sus ojos oscuros brillaron con malicia.

Notó que las mejillas se le encendían, pero de furor, no de vergüenza. Volvió al tratamiento formal. No quería ningún tipo de relación amistosa con el individuo.

—Creo que será mejor que se marche, señor Prin-Hallsey.

Observó su rubor con aparente placer, y también cómo luchaba por contenerse.

—Cuando sea el momento, Mariah. Después de todo, esta casa es de mi propiedad. ¿O no?

La miraba muy atentamente, y Mariah se preguntó si esperaba una respuesta a su pregunta, sin duda retórica.

—Creo que lo más conveniente sería hacer una búsqueda de arriba abajo —dijo, tras revisar de nuevo la habitación con la mirada—, empezando por el ático de la torreta.

Mariah supuso que el joven criado habría confesado finalmente que, el otoño pasado, había llevado un baúl de la señora y lo había subido al ático. Se preguntaba si habría sido obligado, o incluso sobornado, para hablar del trabajo secreto que, en su momento, le había encargado la señora Prin-Hallsey.

Hugh se dirigió rápidamente hacia las escaleras, sin aguardar ninguna respuesta por su parte.

Mariah se dio la vuelta y lanzó a Dixon una mirada implorante. Una mirada que significaba: «¿Y ahora qué hacemos? ¿Cómo podemos detenerle?».

Oyeron el ruido de sus botas en el suelo de las habitaciones de arriba, y después subiendo por los escalones hasta el ático.

¡Sus cartas de amor! Bocetos de sus novelas. La promesa que le había hecho a su tía... Todos esos pensamientos la llenaron de angustia, una angustia que anidó sobre todo en el pecho. Su pecho... ahí estaba la llave, todavía segura. ¿Sería capaz de romper el baúl a golpes?

Unos minutos más tarde obtuvo la respuesta. Hugh bajó las escaleras pisando con fuerza, y la miró con rencor. Hizo un esfuerzo muy visible por mantener la calma, contuvo su frustración y habló con voz calmada.

—Tengo que pedirle dos cosas, señora. Una lámpara. Y una llave.



Matthew miraba por las ventanas de la casa para comprobar si la señorita Aubrey estaba dentro, y se quedó atónito al ver a Hugh Prin-Hallsey mirándola de manera amenazadora. Se apresuró a entrar en la casa, y llegó a tiempo de oír la voz del individuo.

—¿Me va a dar la llave o se la tendré que arrancar de esa cadena que lleva en el pecho?

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Matthew.

Las dos cabezas se volvieron hacia él de inmediato.

—¿Está usted bien, señorita Aubrey?

—Yo...

—La señorita Aubrey está perfectamente bien —dijo Prin-Hallsey—. Solo un poco confundida. Tiene algo que es mío y se niega a devolvérmelo.

—Yo no tengo nada suyo, señor —respondió la señorita Aubrey alzando la barbilla.

—¿Y cómo lo sabe? ¿Ha mirado dentro del baúl?

—¿Y usted?

—Esa es una omisión que pienso corregir de inmediato.

La señorita Aubrey se dirigió a Matthew en lugar de a Prin-Hallsey.

—Capitán, mi tía, la señora Prin-Hallsey —Hugh apretó la mandíbula e incluso se encogió al escucharlo, pero la señorita Aubrey continuó sin inmutarse—, solo me dejó unos recuerdos personales. Nada de verdadero valor ni, por supuesto, nada que perteneciera al señor Prin-Hallsey.

—¿Entonces por qué no me lo enseña para demostrarlo? —dijo de repente Hugh.

—No me gusta la idea de que usted busque entre los objetos personales de la señora... de mi tía, ni tampoco entre mis pertenencias.

—¿Qué es lo que usted busca exactamente? —preguntó Matthew.

—Pues no lo sé... exactamente. Pero lo sabré en cuanto lo vea.

—¡Muy bien, de acuerdo! —La señorita Aubrey cedió de repente con gesto de frustración, y algo más que Matthew no fue capaz de identificar. Le pasó a Prin-Hallsey una lámpara de aceite vieja y voluminosa y agarró la

cadena que llevaba alrededor del cuello y sacó una llave que colgaba de ella, y que estaba entre sus senos. Matthew desvió la mirada ante la visión de la tersa piel de la señorita. No se la pasó a Hugh, sino que le indicó con un gesto que subiera las escaleras.

Sujetando la lámpara, Hugh Prin-Hallsey los precedió escaleras arriba hasta el primer piso, y después ascendió por el estrecho tramo de escalones que conducían al ático de la torreta. Al llegar a la puerta, Hugh se hizo a un lado para que pasase Mariah y la siguió. Matthew se quedó en el umbral, pues con ellos dos y el montón de baúles que había en la pequeña estancia, no habría tenido sitio donde permanecer. Mariah se inclinó rápidamente ante un baúl con muchos adornos, introdujo la llave en el cerrojo y dio un paso atrás.

Hugh le pasó la lámpara, y acto seguido se lanzó hacia el cofre como un hambriento sobre la comida de un banquete, escarbando con las dos manos. Sus movimientos, al principio frenéticos, pronto se fueron haciendo más lentos, y finalmente se volvió hacia Mariah con gesto torvo.

—Aquí no hay casi nada —espetó, levantando con desdén un apolillado chal—. No pretenderá que me crea que le dio este baúl para que usted lo guardara con solo esto, que no es nada, más dos retratos en miniatura y unas cuantas novelas de Edgeworth.

—Había algunas otras prendas —dijo Mariah—, guantes, por ejemplo, con las que me he quedado. Si quiere se las puedo enseñar también.

—¿No había cartas..., ni diarios?

Mariah lo miró de hito en hito, dejando que la pregunta resonara en las cercanas paredes, y que el silencio las siguiera.

—¿Y si los había, serían de su incumbencia? ¿Qué derecho tendría usted sobre ellos?

Hugh lanzó una rápida mirada a Matthew, y respondió con evasivas.

—Bueno, si hubiera documentos que tuvieran que ver con la hacienda, o con asuntos... familiares.

—Le prometo que no había ningún documento legal: ni escrituras, ni billetes de banco, ni acciones, ni joyas, ni objetos de oro, ni de plata, ni nada semejante.

Matthew se preguntó si Mariah se habría quedado ya con lo que fuera que

Hugh estuviera buscando. ¿Sería por eso por lo que se había resistido en un principio, para no dar la impresión de que cedía con demasiada facilidad y evitar así que Hugh incrementara sus sospechas?

Hugh la miró fijamente, como si estuviera evaluando su sinceridad, o como si estuviera todavía asimilando sus palabras anteriores. Aspiró por la nariz y soltó el aire por la boca, en un profundo suspiro. Después, tras volver a mirar a Matthew, se levantó y le indicó a Mariah que bajara.

Pero en el primer piso, la señorita Dixon los llamó desde el cuarto de estar, desde cuya ventana estaba mirando a la calle.

—¡Ese capitán viejo y loco está otra vez en el tejado de la casa de caridad!

La señorita Aubrey entró corriendo y los dos hombres, sintiendo curiosidad, se miraron y se acercaron también a la ventana. Mariah tomó el catalejo de Martin y miró a través de él, negando con la cabeza. Después se lo pasó a Hugh, que estaba a su lado.

—¿Espiondo a nuestros vecinos? ¡Qué interesante! —El hombre miró por el catalejo, pero el gesto burlón desapareció de inmediato de su cara—. ¡Será posible...!

—¿Qué ocurre? —preguntó Mariah alarmada—. ¿Lo conoce?

Hugh dudó, y después le devolvió el catalejo.

—No. ¿De qué iba a conocerlo?

—Pero... por su reacción, he pensado que...

—No. Solo me ha sorprendido. Le pasaría a cualquiera que viese a ese lunático levantando los brazos entre las chimeneas.

Matthew recibió el catalejo de manos de Mariah y vio al viejo que había interrumpido la obra de teatro en la casa de caridad.

—Parece que está levantando una bandera blanca. —Bajó el catalejo y la miró—. Se está rindiendo a usted, señorita Aubrey. ¿Tiene idea de por qué?



Mariah se sentó en el escritorio e intentó alejar de su mente todos los sucesos del día, pero fue en vano. ¡Qué alivio tan inmenso sintió cuando apareció el

capitán Bryant e intervino en mitad de la enloquecida visita de Hugh! Teniendo en cuenta que ya había sacado del baúl los diarios de su tía, pensó que sería una buena estrategia resistirse inicialmente a dejar que él lo examinara. Lo cierto es que las experiencias de su niñez haciendo obritas de teatro le habían sido de utilidad, porque al parecer surtió efecto. Aunque también estaba segura de que, de no ser por la oportunísima aparición del capitán, ni siquiera su simulación habría evitado que Hugh pusiera patas arriba toda la casa del guarda, revolviendo hasta en el último rincón. ¿Tanto miedo tenía de lo que los diarios de Francesca pudieran revelar acerca de su familia? ¿O de verdad pensaría que su tía había escondido un tesoro de verdadero valor en la casa?

En cualquier caso, estaba contenta de que el hombre se hubiera marchado y de que la casa estuviera tranquila de nuevo.

Aprovechando semejante tranquilidad, introdujo la plumilla en el tintero y siguió escribiendo *La historia de Lydia Sorrow*.

Lydia se preguntaba si verdad se le declararía y pediría su mano, como ya había pensado que haría otras veces. ¿O le volvería a decir palabras maravillosas, que a ella le encantaba escuchar, con esa voz melódica y embriagadora? ¿La besaría con toda la pasión que veía acumulada en sus ojos?

Pero, acompañando al entusiasmo, sintió una oleada de miedo, por si los descubrían. ¿Y si lo encontraban en su dormitorio? ¡Si fuera así, les obligarían a casarse de inmediato! De todas formas, eso no sería el fin del mundo, ni mucho menos. Por supuesto, sí que sería devastador para sus padres cuando lo supieran. Y su honor quedaría mancillado, pero solo hasta que él lo redimiera casándose con ella. Cosa que quería hacer. De eso no le cabía ninguna duda. Pero ¿qué era ese comentario acerca de su partida? Si acababa de llegar tras varios meses en el Continente.

La tomó de las manos.

—Querida, qué ganas tenía de volver a verte. ¡Cuánto he echado de menos tu presencia cuando estaba lejos!

—Y yo la tuya. —Gracias a la luz de la vela, que bailaba sobre el candelabro, pudo observar su semblante, y darse cuenta de que no se había afeitado.

Le apretó las manos hasta casi hacerle daño.

—Pensaba que podría tomarme mi tiempo. Cortejarte. Pero mi padre insiste. Quiere verme ya casado. Asentado.

Ella estaba dispuesta a casarse con él ya mismo, o al menos inmediatamente después de que se leyeran las amonestaciones.

—No me importa —dijo Lydia.

Él la miró, como si lo hubiera tomado por sorpresa.

Ella sabía que su padre estaba enfermo, y que en esas circunstancias él no iba a llevarle la contraria.

Animada por el gesto de timidez, o casi de derrota, que expresaban sus grandes y expresivos ojos, le habló con un susurro.

—Estoy preparada.

Se inclinó ligeramente hacia delante, con la intención de besarle en la mejilla, pero él la malinterpretó. La acogió entre sus brazos y buscó sus labios, dándole un beso apasionado y profundo. Pero enseguida lo interrumpió.

—Perdóname. Soy el ser más vil que conozco, pero no he podido contenerme.

Se quedó extrañada por la ferocidad de su autocensura. Era un caballero, no excesivamente indulgente consigo mismo, pero tampoco tan severo. A ella le apetecía besarle la cara, ahora lúgubre.

—¿Qué te pasa? ¿Cuál es el problema? —le preguntó.

Él negó con la cabeza, con los labios apretados formando una línea recta.

—No te preocupes —murmuró—. Sabes que me casaría contigo mañana, si hace falta.

—Sí, lo sé —susurró. La tomó de la mano y la condujo hacia la cama.

Mariah soltó la pluma y suspiró. ¡Qué agotador le resultaba recordar aquella noche! Dejó a un lado la novela y tomó las páginas de la obra de teatro para Simon Wells. En cualquier caso, tenía que ponerse con ella. Tenía que terminarla, y además pronto, pues el señor Crosby ya había anunciado su visita para dentro de tres días. Había escrito indicando la fecha de su visita para llevarse el original. También decía en la carta que quería hablar con ella de otros asuntos de negocios, pero sin especificar nada. Esperaba que no se tratara de malas noticias... o de malas críticas.

Capítulo 24

«Jane Austen ocultó el hecho de que era escritora, tanto a su familia como al público en general. Todos sus libros se publicaron anónimamente, firmados con seudónimo».

REBECA DICKSON,
Jane Austen, un tesoro ilustrado

Tres días más tarde, esta vez a la hora exacta de la cita, A. K. Crosby llegaba por el jardín delantero, sujetando con una mano el reloj de bolsillo y cargando con un paquete bajo el otro brazo.

Mariah lo recibió en la puerta.

—¿Más críticas horribles?

Él negó con la cabeza.

—Esta vez no.

Cuando estuvieron sentados, con las tazas de té entre las manos, entraron en materia.

—¿Qué tal se está vendiendo el primer libro? —preguntó Mariah.

—Yo diría que más o menos bien —contestó, dando un sorbo de té—. Aunque no tanto como a mí me gustaría.

Con el ánimo de cambiar de tema, Mariah le pasó la obra de teatro. La ojeó rápido y sacó un cheque del bolsillo.

—Excelente. Aquí tiene la mitad de lo pactado. Le haré llegar el resto cuando el señor Wells lo apruebe.

Dejó la taza sobre la mesa, recogió el paquete y se lo acercó.

—Le voy a hacer un pequeño regalo. No dude en aceptarlo. Se trata únicamente de dos libros que he tenido el honor de publicar en mi editorial. Uno es de viajes, un tema que se ha vuelto muy popular en estos tiempos.

Mariah abrió el paquete y leyó el título.

—*Paisajes encantadores de Italia*, de la señora Elizabeth Rushford. ¿Es su nombre real?

—Sí. Conozco tanto al señor como a la señora Rushford. Ella lo acompaña en sus viajes de negocios, y escribe acerca de los lugares que visita. Pero tengo mucho interés en que lea el otro, una novela. Se llama *El regreso de Euphemia*, y lo ha escrito nuestra nueva autora de moda, la señora Wimble.

Mariah frunció el ceño, intentando recordar. ¿No era ese el nombre del libro que estaba leyendo el señor Hart?

—He oído hablar de esa novela.

—No es la única, porque se ha agotado la primera edición, y hemos encargado ya la segunda.

—Me alegro mucho por usted y por la señora Wimble —dijo Mariah secamente. En su fuero interno, renegaba de que le diera rabia que otra escritora tuviera éxito, y peor si dicho éxito era mayor que el suyo.

—¿Ha vuelto a pensar en la posibilidad de utilizar su nombre real para su segundo libro? —le preguntó, inclinando levemente la cabeza.

—No he cambiado de idea, A. K.

—Aparte de la modestia femenina, ¿hay alguna otra razón para que usted permanezca en el anonimato y que no me haya contado?

—Le estoy diciendo que sigo queriendo publicar bajo seudónimo —replicó, poniéndose algo tensa.

Él mantuvo la mirada durante un momento, pero después la apartó.

—Bueno, pues hablemos de otro asunto de negocios, si le parece. —Miró el reloj de bolsillo, pareció satisfecho con la hora y lo cerró de nuevo—. Otro de nuestros autores se ha puesto en contacto conmigo. Aunque el caballero no vende muchos libros en estos momentos, me ha dicho que desea conocer a Lady A. Está relacionado con una revista muy respetada y desea ofrecerle la posibilidad de colaborar con ella, de publicar críticas, o incluso de incluir

trabajos suyos por entregas. Eso supondría un tremendo empujón para las ventas, señorita Aubrey. Un auténtico *boom*.

Sintió una oleada de placer, y también de nervios.

—¿Quién es? Es posible que haya oído hablar de él...

—Ese es el problema, señorita Aubrey. Este autor también publica bajo seudónimo, un seudónimo que probablemente usted reconocería. De hecho, tengo razones para pensar que ya lo conoce.

—Quiere decir que conozco su trabajo, claro —indicó Mariah, dándolo por hecho.

—No. Que lo conoce en persona.

Pero Mariah no conocía a ningún otro autor. A no ser que... ¿Bartholomew Browne escribiría también novelas, además de poesía? Pero, en tal caso, ¿por qué iba a utilizar su nombre real como poeta y un seudónimo como novelista? «¡Seré bobal!», pensó. ¿No hacía Walter Scott exactamente eso? El señor Browne no colaboraba con ninguna revista periódica, al menos que ella supiera, aunque también podría haber empezado a hacerlo sin que ella se enterase: llevaba bastantes meses aislada de todo contacto social, y no se enteraba de casi nada. Por otra parte, ¿qué otra persona podría ser? Pasó revista mental a los hombres que conocía. No podía ser su hermano, por supuesto, ni el capitán Bryant, ni Hugh Prin-Hallsey, ni el propio señor Crosby. ¿Podría ser el hombre que le había roto el corazón?

—¿Por qué piensa que lo conozco? —preguntó.

—Por algo que dice en su carta —contestó, encogiéndose de hombros—. Aunque puedo estar equivocado. ¿El nombre de Thomas Piper le suena de algo?

A Mariah sí que le sonaba, aunque vagamente.

—¿Es el autor de *Las aventuras del Príncipe Dorado*?

—Exactamente.

—Mi hermano leyó esa saga hace años. —Mariah dejó de hablar, frunciendo el entrecejo por la concentración—. ¿Y Thomas Piper quiere tener una reunión conmigo?

—Sí.

—Pero ese no es su nombre real, ¿verdad?

—Supongo que cree que, si ustedes se reúnen y averiguan sus verdaderas identidades, así ambos estarían seguros de que se guardarían los respectivos secretos —dijo, negando con la cabeza.

—Entiendo... —Pero Mariah no sabía qué hacer. Por mucho que deseara que sus libros tuvieran éxito, le ponía muy nerviosa el que ese autor conociera su secreto, abrir su santuario para él, por decirlo así. Y sobre todo sin tener la menor idea de quién era el hombre al que iba a introducir en su vida, al menos en la parte literaria de ella.

—¿Puedo pensármelo?

El señor Crosby se levantó.

—Sí, pero no se tome demasiado tiempo. Pronto tendré que decidir si sigo publicando o no sus novelas. No me gustaría nada que desperdiciara esta oportunidad, por usted... y también por mí, claro.



Tras la marcha del señor Crosby, Mariah empezó a pasar distraídamente las páginas de *Paisajes encantadores de Italia*. Pensó que era muy improbable que tuviera la oportunidad de viajar alguna vez en su vida a ese país o, en realidad, a cualquier otro sitio. Decidió guardar ese libro para un día en el que le apeteciera viajar de un modo imaginario a otros lugares del mundo, ya que no podría hacerlo en persona. Dejó el libro en una estantería y empezó con *El regreso de Euphemia*, de la señora Wimble.

Un poco habitual verano soleado, Euphemia Dellwood residió con su madre en Primrose Park, la hacienda de una amiga de Londres, para ponerse en manos de un médico que trabajaba en una importante ciudad, y que sería capaz de proporcionarle la atención y cuidados que no podría recibir en el pequeño pueblo en el que vivía. La viuda, lady Darthmore, le ofreció a la señora Dellwood la posibilidad de mudarse a la casa del guarda. Ambas habían coincidido de jóvenes en el seminario para señoritas de la señora Rathbone. La propia viuda tampoco se encontraba en muy buen estado de salud, y se ofreció a ayudar a la señora Dellwood cuando supo de su enfermedad y de la incapacidad del boticario local para curarla o siquiera aliviarla. Fue precisamente en Primrose Park,

mientras hacía compañía y atendía a su madre, cuando Euphemia conoció al apuesto y socialmente prominente lord Dartmore, hijo de la viuda.

Alto, de pelo negro y bastante taciturno, lord Dartmore era viudo a su vez, y tenía un hijo enfermizo. Miraba a Euphemia con el mismo interés que miraría un semental las moras en las zarzas del camino. Hasta que un día recibió en el corazón el pinchazo de una de sus fatales espinas...

Resultaba extraño que el libro se desarrollara en la casa del guarda de una hacienda. Ella nunca habría escogido como lugar de desarrollo de una de sus novelas un emplazamiento que diera tantas pistas acerca de su propia situación, por miedo a que algún lector conocido atara cabos.

Mariah leyó durante algunos minutos más, y lo que había empezado como una leve sensación, algo así como el zumbido de un insecto alrededor de una luz, o el ruido lejano de la lluvia, se fue concretando. La vaga sensación de familiaridad con lo que iba leyendo se convirtió en algo mucho más específico, y Mariah se dio cuenta de que se sentía como si una amiga le estuviera contando la historia. ¿Por qué le estaba pasando algo así? Miró la fecha de publicación inicial, para comprobar si se trataba de una nueva edición de una novela que hubiera leído en el pasado. No, se había publicado ese mismo año, es decir, era nueva, como le había indicado de entrada el señor Crosby. ¿Por qué le había regalado este libro en particular? ¿Sería porque la protagonista vivía en la casa del guarda de una hacienda, como Mariah en este momento? ¿O solo porque pensaba, por alguna razón que no llegaba a entender, que a Mariah le iba a gustar especialmente? Mariah negó con la cabeza, desconcertada. ¿Por qué le parecía tan familiar?



Matthew escribió a sus padres para reiterarles la invitación a visitar Windrush Court. A no ser que Prin-Hallsey cambiara de opinión respecto a la posibilidad de venderle la hacienda, a Matthew solo le quedaban dos meses de alquiler, y tenía verdaderas ganas de compartir un lugar tan bonito con sus padres, aunque solo fuera durante unos días.

Mientras escribía, se acordó de sus días de juventud, cuando también

enviaba a su padre cartas invitándole a acudir a algún evento de la academia. La mayor parte de las veces John Bryant respondía con una seca negativa.

Matthew envió esta carta como si no fuera más que una salva de saludo, pero temiendo que le contestaran con fuego real.

Le sorprendió que Hugh Prin-Hallsey fuera a buscarlo unos días después. Entró en la biblioteca mientras Matthew tomaba una taza de café y echaba un vistazo a los periódicos londinenses.

—He estado pensando mucho en esto, viejo amigo —empezó Hugh—, y, después de todo, he decidido que estoy dispuesto a desprenderme de Windrush Court. Siempre dando por hecho que siga interesado en adquirir este precioso lugar, claro.

Matthew sintió una oleada de satisfacción al escuchar sus palabras. Cuando, la semana que viene, llegara Isabella, podría decirle que era el propietario de Windrush Court, su futuro hogar si aceptaba ser su esposa. Pero a este pensamiento tan feliz le siguió un velo de sospecha.

—¿Y puedo conocer la razón de ese repentino cambio de intenciones? —preguntó. Consideró la idea de que, a ojos de Prin-Hallsey, se hubiera hecho acreedor a cierta legitimidad social como para ser propietario de la gran hacienda, pero le pareció poco probable. Al ver que Hugh dudaba, intervino de nuevo—. ¿Tiene que ver con lo que fuera que no encontró en la casa del guarda?

—Lo que no encontré... —Hugh torció el gesto como si estuviera pensando—. No, no, ni lo más mínimo.

Matthew miró al individuo, intentando comprobar si hablaba con sinceridad. Si comprase Windrush Court, ¿qué razones tendría Prin-Hallsey para vender el hogar familiar? A no ser que... ¿habría descubierto recientemente algún defecto estructural que Matthew desconocía? Antes de tomar una decisión, consultaría con Hammersmith y con Jack Strong.

—Hágame una oferta de venta y la estudiaré —concluyó Matthew de repente.



Matthew y William Hart estaban haciéndole una visita a la señorita Aubrey esa misma tarde cuando el señor Martin bajó las escaleras como un trueno y entró en la sala de estar. La señorita Aubrey lo miró muy sorprendida. Estaba claro que no esperaba que Martin viniera del piso de arriba. Por lo que Matthew sabía, eran muy raras las ocasiones en las que Martin se aventuraba más allá de la puerta de la cocina.

—Capitán Bryant, señor Hart, me alegro mucho de verlos aquí. ¿Quieren alistarse?

—¿Alistarnos? —preguntó Matthew, perplejo.

—Para el plan. Para la misión. Tengo la intención de rescatar al capitán Prince esta noche. ¿Se unirán a mí?

—¿Rescatarlo? —preguntó Matthew, levantando mucho las cejas—. ¿Es que se encuentra en peligro?

—¿Que si está en...? —espetó Martin, incrédulo. Se pasó una mano por la cabeza, casi calva—. ¿Le gustaría a usted estar encerrado en una habitación de esa casa de caridad, completamente aislado de todos?

—No, ni mucho menos.

—Bien, ¿entonces...?

—¿Cómo podemos saber que lo que le pasa es que, por lo que sea, ha perdido la razón, en todo o en parte, y que no está encerrado por su propio bien? —preguntó Matthew.

—Venga conmigo —dijo Martin, invitándole a que subiera con él las escaleras, y metiéndole prisa.

Matthew miró a la señorita Aubrey para pedirle su aprobación, vio que asentía y siguió al extraño individuo un poco a su pesar. Hart se pegó a sus talones, él sí que claramente interesado.

En la ventana de la pequeña sala de estar, Martin señaló hacia el tejado de la casa de caridad.

—Juzgue por usted mismo.

Entrecerró los ojos para ver con más claridad, y Martin le pasó el catalejo.

Matthew enfocó y vio la serie de banderas colocadas colgando de una chimenea que, sin ningún género de dudas, mandaban una señal náutica. No

había ninguna señal civil, como podría ser, por ejemplo, una simple bandera blanca, que todo el mundo, aunque no fuera militar de carrera, sabía que significaba rendición. Vio una bandera con tres rayas, azul, blanca y azul, y debajo otra roja. El significado era «he encallado».

El hombre del tejado había colocado después una señal numérica, que solo conocían los oficiales del Almirantazgo: amarillo, rojo y amarillo. Significado: «Uno». Después, en diagonal, blanco sobre azul: «Seis». O sea, «dieciséis», y el significado: «Enfréntense al enemigo».

—¿Qué le parece? —preguntó Martin.

Matthew bajó el catalejo y se lo pasó a Hart.

—Estoy con usted. Considéreme alistado.



Cuando le describieron el plan, la señorita Aubrey se quedó con la boca abierta, de forma encantadora, por otra parte. Y también se asustó.

—Supongo que no estaremos declarándole la guerra a la casa de caridad...

—Señorita Aubrey, sabe usted por experiencia que soy un hombre pacífico —dijo Martin—. Pero no puedo quedarme cruzado de brazos sabiendo que el capitán está encerrado en contra de su voluntad. Le debo muchas cosas.

—¿Y no podríamos presentarnos civilizadamente a la señora Pitt, repito, civilizadamente, y no organizando toda una operación militar? Para conocer la verdadera situación y los deseos de su capitán. Por lo que sabemos, le encanta subirse al tejado.

—¿Entonces por qué ha puesto esas señales? —preguntó Matthew, con los brazos cruzados.

—¿Para llamar la atención? Miren, se las arregló para aparecer durante la obra de teatro. ¿No podría escapar, si de verdad quisiera hacerlo?

Martin negó con a cabeza.

—No lo sé. Lo único que sí que sé es que no voy a descansar hasta poder hablar con él y hacer lo que sea para ayudarlo.

Mostrando su desasosiego, la señorita Aubrey puso las manos en jarras, y

el movimiento provocó que el vestido se le ajustara más a las redondeadas caderas.

—Capitán Bryant, debo recordarle que quien tiene jurisdicción en esta materia es el ayudante del alguacil, y su agente. No me gustaría verlos a todos ustedes en una celda de la cárcel de Stow.

—Ya le he dado mi palabra al señor Martin de que le voy a ayudar. Y lo mismo ha hecho Hart.

El aludido asintió vigorosamente.

—Si le digo la verdad, señorita Aubrey, no podemos más de aburrimiento. Si no nos metemos en algo que suponga un poco de acción, no respondemos de nuestros actos.

La joven fijó sus ojos ambarinos primero en Hart y después en él.

—Prométanme que no van a disparar a nadie. Ni a perseguirlo para ensartarlo, o lo que sea que hagan con esos sables...

—De acuerdo, de acuerdo... —dijo Hart con una nota de sarcasmo que claramente la sobrecogió.

Pero Matthew no se tomó a broma el comentario de la joven. No quería pensar en toda la sangre que se había derramado bajo su responsabilidad mientras cumplía con su deber durante la guerra.

Capítulo 25

«Los marineros lanzaban garfios de abordaje contra los barcos enemigos, enganchándolos en las jarcias y después fijándolos a los baluartes».

EVAN THOMAS,
John Paul Jones

Al caer la noche, los hombres regresaron a la casa del guarda, en donde se unió a ellos el joven George Barnes. Allí, por turno, se tiznaron la cara con corchos quemados. Al verlos, la señorita Aubrey negó con la cabeza.

—Lo están pasando bien con esto, ¿verdad?

—Pues sí, la verdad. —Matthew sonrió y se dio un toque negro con el corcho en la punta de la nariz—. No tenía ni idea de que la vida de un caballero pudiera ser tan mortalmente aburrida.

La verdad es que así, con la nariz pintada, tenía una pinta estupenda.

—¿Le ha resultado todo aburrido? —preguntó.

Él levantó el mentón con gesto de desaprobación. Sabía que buscaba un cumplido.

—Como bien sabe usted, no todo, muchacha descarada.

En la oscuridad, salieron los tres hacia la casa de caridad detrás de George, que se había autodenominado guía de la expedición de rescate. Hart estaba justo detrás del chico, y Matthew vio cómo su amigo hablaba con

George en susurros, preguntándole por su hermana. Martin llevaba un largo rollo de cuerda y también algo debajo del brazo. Pero no transportaban ninguna lámpara, ni tampoco armas. Matthew esperaba y rezaba por que ni la señora Pitt ni su hijo tuvieran armas preparadas.

Cuando llegaron a uno de los laterales de la casa de caridad, George señaló hacia el piso de arriba.

—¿Ven esa ventana abierta? Esa es su habitación.

Martin sacó un enorme garfio de debajo del brazo, lo que hizo que Matthew levantara las cejas, sorprendido.

—¿Un garfio de abordaje, señor Martin?

—Bueno, la verdad es que poseo una buena colección de armas navales. Nunca me imaginé que esta antigualla pudiera volverse a utilizar alguna vez.

Matthew se tranquilizó bastante al ver que no tendrían que derribar ninguna puerta para entrar a buscar al hombre encerrado. Hart, que siempre había sido más hábil que Matthew a la hora de hacer nudos, aseguró la cuerda al garfio de abordaje.

Martin le pasó la cuerda con el garfio.

—Capitán Bryant, ¿hará usted los honores?

Matthew pensó que, de todos los miembros de la expedición, probablemente él sería el más adecuado para la tarea, y esperaba tener fuerza suficiente como para llegar con el garfio y la cuerda hasta la ventana. Dejó la cuerda en el suelo, a su lado, y agarró con la mano izquierda el extremo libre, mientras que con la derecha empezó a balancear el pesado garfio, que empezó a tomar impulso. Tanto su tripulación como él mismo lo habían hecho muchísimas veces para preparar el abordaje de barcos enemigos, pero en esos casos la distancia que le separaba del objetivo era horizontal, y no vertical como ahora, cosa que dificultaba bastante la realización de un lanzamiento certero. Tomó un último impulso y soltó el garfio con un jadeo, seguido de un gruñido. El garfio voló bien y aterrizó en el tejado con un sonido que a él le pareció estruendoso. Matthew pestañeó varias veces, esperando que se encendieran luces en todas las habitaciones, que empezaran a ladrar perros o que por la ventana de la habitación se asomara una cabeza. Pero, pasados unos segundos, volvió a reinar el silencio.

—¡Buen lanzamiento! —susurró Hart.

Matthew probó la firmeza de la cuerda, y quedó satisfecho. Parecía que el garfio estaba bien anclado, así que respiró hondo y colocó uno de los pies sobre la rugosa piedra. Utilizando la cuerda, empezó a ascender laboriosamente por la pared del edificio.

Unos cuantos meses de vida fácil lo habían ablandado. Matthew sudaba profusamente, y tanto los brazos como las piernas le temblaban en el momento en el que alcanzó la tercera fila de ventanas. Apoyándose en la cornisa, llegó hasta la ventana abierta e intentó recuperar el aliento. Apenas logró ver nada dentro de la habitación, excepto el brillo de las ascuas en el hogar de la chimenea. Le sorprendía que el viejo no se hubiera despertado con el fuerte sonido del garfio que había aterrizado casi encima de su habitación. ¿Estaría enfermo? ¿O no estaba en la habitación? Puede que se hubiera escapado por su propia cuenta, sin su ayuda.

La bisagra de la ventana estaba entreabierta, y le tranquilizó darse cuenta de que, aunque no estaba ni mucho menos en plena forma, al menos podía pasar sin problemas por el hueco para deslizarse hasta la habitación.

Aterrizó en el suelo con un golpe seco, pero antes de que pudiera ponerse de pie y situarse, recibió un golpe en las pantorrillas, lo suficientemente fuerte como para hacerlo caer al suelo. Durante un confuso momento pensó que lo que le había derribado era «el viento del cañonazo», es decir, el golpe de aire en movimiento que acompaña a una bala de cañón recién disparada, y que es capaz de derribar a un hombre y dejarlo sin sentido. Pero lo que lo había derribado no era una mera ráfaga de viento, sino un hombre con nervio y fuerza, que lo agarraba por la garganta con una mano de hierro.

—Pensaba que no sería capaz de oír cómo su garfio de abordaje se estrellaba contra las jarcias, ¿verdad? ¡Pues sí que lo he oído! —La voz era un susurro, pero transmitía una fiereza inusual—. ¡Quería abordar mi navío!, ¿verdad? ¿Quién es usted? Un francés, ¿no es así?

Matthew intentaba respirar y librarse de las manos que lo sujetaban. Logró zafarse de ellas mínimamente para poder contestar.

—No, señor. Soy el capitán Bryant, de la Armada Real, últimamente a bordo de la fragata *Sparta*.

—¿Cómo es eso? —El viejo lo soltó, se puso de pie y se acercó a la chimenea. Un momento más tarde echó un nuevo leño al hogar, que empezó a arder de inmediato, iluminando la estancia. Además, encendió la vela de una lámpara.

—¿Vio usted mi señal? —preguntó el hombre.

—Sí, señor, la vimos —respondió Matthew frotándose la garganta—. No tenemos la intención de realizar un abordaje. Lo que queremos es liberarlo, si es que es eso lo que desea.

El hombre alzó la lámpara y miró fijamente a Matthew.

—¿Acaso le parece que no soy libre? ¿Cuándo ha visto usted un camarote de capitán tan bien cuidado y tan confortable? —Paseó la lámpara por la habitación, y era cierto que tanto el sofá como las sillas y sillones, la mesa y las estanterías, que iban de suelo a techo, estaban en perfectas condiciones, las propias de un caballero.

—¿Y cómo llega usted al tejado desde aquí, señor? —preguntó Matthew.

—Mi nombre es capitán Prince —rectificó con dureza—. Le agradecería que lo recordara de ahora en adelante.

—Sí, señor. Quiero decir, capitán.

Su expresión se suavizó y levantó la lámpara hacia un extremo del techo de la habitación, desde donde colgaba una desvencijada escalera que, a su vez, llegaba a una trampa.

—Asciendo por esa escotilla. Voy y vengo cuando quiero. Aunque John la clausuró durante un tiempo, después de la aparición de mi, eh..., invitada en el piso de abajo. Pero hace relativamente poco tiempo que volví a convencerlo de que volviera a abrirla. Pero, en su momento también reforzó la cerradura de la puerta.

«Así que no podremos salir por la puerta», pensó Matthew, y dio un suspiro.

—¿Le gustaría acompañarme y bajar por la cuerda, capitán? Quiero decir, si se siente usted capaz.

—¡Pues claro que soy capaz! No soy un inválido.

Puede que no, pero el hombre rondaría los setenta años.

—El señor Martin lo aguarda abajo, capitán.

—¿Mi antiguo asistente? Aquella noche pensé por un momento que era él. Siento haberlo confundido con un secuestrador.

Matthew dudó, pero reaccionó rápidamente.

—Una confusión... lógica.

El viejo se puso la levita y avanzó hacia la ventana.

—Eh... —Matthew se preguntó si debía hablar o no—. ¿Los zapatos, capitán?

—No los aguanto —contestó frunciendo el ceño—. Bueno, vámonos...

Al recordar cómo había saltado sobre el pasamanos de la escalera la tarde de la representación teatral, a Matthew no debería haberle sorprendido la agilidad con la que bajó por la cuerda, pero no obstante sí que se quedó admirado. Lo siguió, reconociendo que con menos agilidad. Pero se dijo a sí mismo que acababa de subir por la escala, lo que sin duda era mucho más difícil y agotador.

El hombre llegó al suelo, aterrizando junto a Martin, que se llevó la mano al borde del sombrero.

—Capitán Prince.

—¡Es usted, señor Martin! ¡Cuánto me alegro de verlo, después de tanto tiempo! —dijo, y se dieron un efusivo apretón de manos.

Hart también lo saludó marcialmente.

—El teniente Hart, a sus órdenes.

El viejo asintió, agradeciéndole la presentación. Hart tocó en el hombro al muchacho que estaba a su lado.

—Y también le presento a George Barnes, que ha sido nuestro guía esta noche.

—Conque George, ¿eh? —dijo el viejo capitán, estrechándole la mano al chico.

Martin intervino con entusiasmo, cortando las presentaciones.

—Con su permiso, capitán Prince, he preparado para usted su postre favorito, pudin de pasas.

—¡Pudin de pasas! ¡Cuántos recuerdos me trae eso!

—¿Si fuera tan amable de seguirnos hasta la casa del guarda...?

—Le sigo, señor Martin.

George prefirió quedarse en la casa de caridad, pero los demás se marcharon, dejando la cuerda donde estaba, con la promesa del capitán Prince de que, a su regreso, recogería el garfio de abordaje y la cuerda.

«¡Vaya! Así que piensa regresar... ¡Menudo rescate que hemos hecho!», pensó Matthew.

—¿Es usted de verdad el capitán Prince? —preguntó Hart mientras caminaban, pero Bryant le tocó con el codo. No quería que el viejo se ofendiera. Aunque no estuviera en sus cabales, estaba claro que había servido en la Armada, ya que era capaz de hacer esas señales con las banderas, por no mencionar la jerga marinera que utilizaba.

Pero el hombre respondió a la pregunta sin la más mínima aspereza.

—Esa es una larga historia, teniente Hart. Vamos a tomar una generosa ración de pudín y de oporto, y no se preocupe, que se la contaré de principio a fin con mucho gusto.



Mariah se sintió muy aliviada al ver regresar indemnes a los rescatadores, y además con el rescatado entre ellos. Le ponía un poco nerviosa que ese hombre tan extraño estuviera en su casa. ¿Estaría loco tal como le había dicho la señora Pitt? Lo cierto es que habló bien y con coherencia con ella a través de la puerta de su habitación en la casa de caridad, pero no podía olvidar el modo como había saltado al escenario desde detrás de las cortinas, enarbolando la espada de madera.

—Señorita Aubrey —empezó Martin—, permítame que le presente al capitán Prince.

—Encantada, capitán —dijo, haciendo una reverencia, y él inclinó la cabeza con mucha galantería.

—¡Ah! Es la amable joven que vino a visitarme. Es un placer poder verla cara a cara.

Mariah abrió la puerta por completo y se hizo a un lado para dejar pasar a la comitiva.

—Adelante, por favor. Sean bienvenidos.

El capitán Bryant salió casi corriendo hacia la mansión para traer el oporto que se había solicitado, pues Mariah no tenía existencias, mientras que Martin fue a la cocina a preparar café y el pudin.

Mientras Mariah ponía la mesa en la sala de estar del piso de abajo, el capitán Prince la observó, con las manos por detrás de la espalda.

—¿Pudo usted llevarle mi mensaje a la señorita Amy?

—Sí, señor, sí que pude.

—No la he vuelto a ver desde la noche del... eh... drama. ¿Qué tal está? ¿La ha visto usted?

—Pues... la última vez que la vi estaba un tanto débil. Pero le aseguro que tan alegre como siempre.

—Sí. Ella es así.

Tenía ganas de preguntarle desde cuándo conocía a la señorita Amy, pero no quiso presionarle, estando en la habitación el señor Hart y la señorita Dixon.

El capitán Bryant regresó enseguida con el oporto y Martin colocó sobre la mesa su obra maestra culinaria, y además una salsa.

—¡Qué extraordinaria visión para estos pobres ojos! —exclamó el capitán Price.

Martin no cabía en sí de orgullo.

Mariah pensó que el pudin estaba tan magnífico como la primera vez. Hasta Dixon estuvo de acuerdo. El capitán Prince se pasó con las alabanzas, pero Martin no se sintió abrumado, sino todo lo contrario. El hombre mayor alzó su copa de oporto para celebrarlo, mientras los demás lo imitaron, pero con las tazas de café. Cuando el capitán Bryant rellenó su copa, el capitán Prince se pasó la lengua por los labios y comenzó su historia.

—El *Largos* era el primer barco a mi mando. Nunca lo olvidaré. Emprendimos un largo viaje hacia el cabo de Hornos, durante el que obtuvimos varias victorias, pero no les aburriré con ellas. Imagino que el señor Martin les habrá contado ya nuestra batalla final y la tremenda tormenta que supuso nuestra ruina, ¿verdad?

Todos asintieron.

—Entonces ya saben que el poderoso *Largos* se hundió. Todavía me duele

pensar en él, allí, pudriéndose en el fondo del mar. No como yo, en mi habitación. Mis días útiles y gloriosos ya solo pertenecen al pasado, se han ido. Pero bueno, estoy divagando. —Dio un sorbo de oporto.

»Estaba decidido a hundirme con mi barco en su tumba de agua. No sé exactamente cómo ocurrió, pero en un momento estaba de pie, luchando en el puente, y al siguiente el barco se había dado la vuelta y se hundía sin remedio. Me pareció como si una sirena deslizara el suave brazo alrededor de mi cuello y me susurrara que flotara sobre su espalda, mientras tiraba de mí hacia una preciosa orilla. Supuse que estaba dirigiéndome a la gloria. Entonces mi visión se oscureció como si entrara en un túnel que cada vez se estrechaba más, como si mirara por un catalejo con la lente tapada o rota, y no vi otra cosa que negrura. No puedo decirles cuánto tiempo permanecí en esa oscuridad.

Sus descoloridos ojos verdes se volvieron un poco más turbios.

—Después de aquello, lo primero que recuerdo son voces. No me parecieron familiares, sino más bien semejantes a trinos de pájaros, hablando en una lengua que era incapaz de comprender. Noté que me acariciaban unas manos suaves, pero también sentía un tremendo dolor en la cabeza y en los ojos. Ahora me doy cuenta de que estuve en un estado de semiinconsciencia durante mucho tiempo, incluso meses quizá. No lo sé. Cuando desperté por fin, tenía una larga barba. ¡Yo, que siempre iba bien afeitado! Abrí los ojos y vi dos hermosas mujeres morenas. Parecía como si las conociera. Y, en cierto modo, aunque parezca extraño, así era. Durante ese tiempo en el que estuve medio inconsciente, me había acostumbrado a sus voces, a sus masajes y hasta a sus olores. Siempre es un placer ponerle cara a la gente que conoces, o de la que has oído hablar. Algo parecido a lo que me ha pasado con usted, señorita Aubrey.

Él sonrió, y Mariah le devolvió el gesto.

—¿Eran esas mujeres mi familia, mis amigas? —continuó el capitán Prince—. No lo sabía. Al principio no me sentí desconcertado. Eso vino después, cuando empecé a recordar retazos de mi vida anterior. Pero al comienzo, cuando esas mujeres me sonrieron como si me conocieran muy bien, y se pusieron a hablar en su idioma absolutamente entusiasmadas, imagino que

diciendo algo así como: «¡Por fin! ¡Al fin está de verdad con nosotras!», lo único que sentí fue alivio y alegría. Como un recién nacido en manos de su madre. Y, en muchos aspectos, Fara, la mayor de las dos, fue como una madre para mí. Y su hija, Noro, la hermana que nunca tuve.

»Poco a poco fui recuperando las fuerzas, y empecé a explorar los alrededores. Fara y Noro vivían en un pueblo muy pequeño de una isla bastante grande, que sus habitantes llamaban Madagasikara, aunque tiempo después caí en la cuenta de que debía ser ese lugar que los marineros denominamos «La isla de la luna».

—¿Fue allí donde lo dejó el mar, capitán? —preguntó Martin—. El resto de los supervivientes, entre los que me encontraba, fuimos recogidos por un barco que pasó por allí, y nos llevaron a isla Mauricio.

—Bueno, Martin, por desgracia para ti, no te guio una sirena, ¿verdad? —Sonrió, y lo cierto es que resultaba difícil saber si bromeaba.

En ese momento, el capitán Prince juntó las manos y miró hacia abajo. Después se dirigió de nuevo a Martin con cierta indecisión, como si temiera su respuesta.

—¿Hubo muchos supervivientes?

Martin negó con la cabeza con gesto pesaroso antes de contestar.

—Solo unos pocos. Pero ese guardiamarina cuya seguridad me encomendó fue uno de ellos, capitán, aunque tampoco se puede decir que se salvara gracias a mí. Nunca podremos saber por qué algunos nos salvamos y otros no. Los caminos del Señor son inescrutables.

El capitán Prince asintió con gravedad y después agachó la cabeza. Todos guardaron un respetuoso silencio hasta que el anciano oficial volvió a levantarla para continuar con su relato.

—Tampoco quiero hacerles soportar un relato interminable sobre mis aventuras, así que basta con que les diga que comencé una nueva vida en esa isla. Aprendí el idioma, trabajé con el pueblo malgache, que se dedica a la caza, a la pesca y a la construcción de sus cabañas. No había demasiados hombres, después de muchos años de luchas con los piratas, que habían convertido la isla en su puerto franco. Así que fui bien aceptado en general, tal vez un poco a regañadientes por parte de los hombres, pero con los brazos

abiertos por las mujeres.

Se detuvo para meterse en la boca el último trocito de pudín que quedaba en la bandeja.

—Como no tenían la menor idea de quién era ni de cuál podría ser mi nombre, me llamaron *lahy lava*, que después supe que quería decir «hombre alto». Aunque los malintencionados me llamaban *vazaha ratsy*, que en su idioma significa «feo hombre blanco». —Se rio entre dientes—. No les culpo. La herida de la cabeza no se curó nada bien, y todavía ahora me dejó el pelo largo a los lados para que los demás no se vean obligados a contemplar el desastre. —Se tocó la cabeza—. ¡Menuda bronca tuve con el señor Pitt cuando intentó cortármelo!

Su sonrisa desapareció antes de continuar, y su tono casi se volvió reverencial.

—Me alegra que la señorita Amy no esté aquí para escuchar lo que viene a continuación. Y es que Noro se convirtió con el tiempo en mi *vady*. Mi esposa. Pasamos juntos muchos años felices, e incluso hasta tuvimos descendencia. —Se detuvo, y la voz se le espesó—. Una niñita. Jane.

—¿Jane? —preguntó Dixon—. ¿Existe también ese nombre en su lengua?

Negó con la cabeza, como si le costara hablar en ese momento. Después se aclaró la garganta.

—Ese fue el primer retazo de memoria que recobré: quería llamar Jane a mi hija, pero no sabía el porqué. Así empezó el proceso. Como gotas de lluvia, o cagadas de pájaro, lo que prefieran, que cayeran del cielo. Pensé que quizá no había hecho caso a esos retazos de recuerdos, o no me había esforzado lo suficiente en retenerlos. Puede que, de haberlo hecho, hubiera recuperado la memoria con más rapidez. Pero lo cierto es que... en realidad no me importaba. Mi vida era feliz. De hecho, empecé a temer a mis recuerdos, pues no quería que me apartaran de mi idílica y pacífica vida.

Negó con la cabeza, apenado.

—Algo hizo que el proceso se acelerara, pero no fueron recuerdos amenazadores del pasado, sino peligros reales del presente. Empezaron a llegar a la isla otros *vazaha*. Comerciantes, inicialmente. Muchos de ellos honrados y con buenas intenciones, pero no todos, ni mucho menos. Siempre

me miraban extrañados, se lo pueden imaginar, aunque ninguno pareció reconocerme. Pero sus visitas llevaron conflictos, luchas intestinas y enfermedades a aquel pequeño mundo, que era el nuestro. Parece que Dios no contemplaba entre sus designios... —Se le rompió la voz y le corrieron lágrimas por las mejillas—... permitir que Noro y Jane sobrevivieran.

A Mariah se le partió el corazón.

El capitán Prince volvió a juntar las manos y a bajar la mirada hacia ellas. En la habitación se produjo un espeso silencio, y todos los oyentes intercambiaron miradas de pena.

—Si me olvido de la realidad —susurró al cabo de un rato—, y dejo que la niebla invada mi mente de vez en cuando, ¿me lo van a echar en cara?

Mariah, que no podía contener las lágrimas, le puso la mano en el brazo.

—No, capitán. De ninguna manera.

Tomó la servilleta, se la pasó por la cara y continuó hablando.

—Las heridas y el dolor trajeron consigo la pérdida de la memoria, pero también su recuperación posterior. De repente, me acordé de Amy Merryweather. El dulce ángel que me esperaba en Inglaterra. Una pequeña llamita de esperanza se encendió en mi corazón, que estaba medio muerto. Como poco, le había prometido que regresaría a visitarla, y tenía que cumplir mi promesa, aunque ya sabía que con muchos años de retraso. Pero una vez que reconstruí, casi pieza a pieza, la mayor parte de mi pasado, supe que tenía que regresar a un lugar llamado Bristol. Pasaron varios meses hasta que conseguí embarcar en un mercante, pero su capitán me dijo que tenía que trabajar en él a cambio del pasaje. Y ahí empezó otra larga serie de desgracias. Finalmente logré llegar a Bristol. Si se puede confiar algo en los cálculos que es capaz de hacer esta cabeza mía, ocurrió catorce o quince años después de hacerme a la mar en ese mismo puerto.

Dio el último trago a su copa de licor portugués.

—Me acerqué a la casa de huéspedes en la que había visto por última vez a la señorita Merryweather. Para mi sorpresa, recordaba muy bien cómo llegar al sitio. Pero, lógicamente, Amy ya no vivía allí. Debía haberlo esperado, pero no obstante...

El capitán Prince se levantó tan de repente que la silla en la que había

estado sentado cayó al suelo haciendo bastante ruido.

—¡Necesito encontrarla! La señorita Amy venía a hablar conmigo una o dos veces a la semana. Pero hace tiempo que ha dejado de venir, y eso me perturba. Es muy raro en ella. Espero que no ocurra nada malo. —Se dirigió hacia la puerta.

—¿Será usted capaz de escalar esa pared? —preguntó el señor Hart—. ¿De volver a entrar en su habitación?

El capitán Prince se detuvo en el umbral y se volvió hacia ellos.

—Entraré por la puerta principal, como Dios manda y como una persona civilizada y normal.

—Pero... No nos ha contado usted ni por qué ni cómo ha acabado en Honora House —dijo Martin.

—Ni por qué cuando se declaró al «capitán Prince» perdido en el mar, en acto de guerra, y las autoridades intentaron localizar a sus familiares, no encontraron ni una sola persona llamada Prince que lo reconociera como pariente para poder notificárselo y compensar su pérdida —añadió el capitán Bryant.

—¡Ah! —dijo el capitán Prince con ojos brillantes—. Esa es otra historia, y se la contaré otro día. ¡Delante de otro pudín y otra botella de oporto!

Capítulo 26

«Probablemente la suerte sea el seudónimo que utiliza Dios cuando no desea firmar con su nombre un trabajo».

ANATOLE FRANCE

Tras la partida del anciano capitán Prince, el resto del grupo se quedó sentado a la mesa, tomando los últimos sorbos de café frío que quedaba en sus tazas y hablando de la increíble historia que les había contado. Matthew tenía sus dudas acerca de la veracidad de la misma, al igual que Hart y Dixon; sin embargo, tanto Mariah como Martin creyeron su relato a pies juntillas. Si Matthew recordaba correctamente sus clases en la academia, el *Largos* se había hundido hacía más de treinta años. De haber estado más cerca de la ciudad, habría ido a consultar los registros navales para ver qué podía descubrir acerca de su tripulación. Pero, a decir verdad, tenía otros asuntos más urgentes de los que ocuparse ahora. Y es que los días pasaban muy deprisa, y aún quedaban muchas cosas que preparar para la fiesta.

Poco después, Martin se levantó y dijo que se iba a acercarse a la casa de caridad, para asegurarse de que el capitán Prince había llegado sin novedad.

—Si no le importa, le acompaño —dijo la señorita Dixon, dejando la servilleta a un lado de la mesa—. Tras este magnífico pudín me vendrá muy bien un paseo.

Cuando se marcharon, la señorita Aubrey se levantó para quitar la mesa.

Matthew y Hart se ofrecieron para ayudarla, pero Mariah los alejó con un gesto de la mano. La verdad es que Matthew se alegraba de poder marcharse, dado que la larga lista de tareas que le había encargado la señora Parker empezaba a pesarle en la cabeza.



El servicio de Windrush Court funcionaba como un engranaje oxidado que necesitara bastantes ajustes y gran cantidad de lubricante. Estaba claro que hacía muchos años que no habían tenido que enfrentarse a la ardua tarea de preparar una fiesta en la casa con varios invitados, así que tardaron bastante en alcanzar la velocidad de crucero necesaria para completar toda la limpieza, la preparación de las comidas y cenas y el abrillantado de cubertería y muebles.

Mientras Hammersmith planificaba estoicamente el reabastecimiento de la bodega y negociaba con los músicos locales, la figura de la señora Strong, el ama de llaves, se elevó por encima de todos como la mejor aliada de Matthew. Se hizo cargo de la lista de tareas de la señora Parker, pidió más hielo, organizó a los criados para ir de compras, remató las negociaciones con los músicos que Hammersmith no fue capaz de cerrar y, además, recortó los gastos inicialmente previstos por el administrador, de los que Matthew se haría cargo, por supuesto. Se sumó alegremente al ajetreo general, implicándose ella misma en el trabajo, pero también delegando con habilidad en las criadas las tareas de limpieza, lavado y cocina. Parecía disfrutar ventilando todas las habitaciones, preparando dormitorios que no se habían utilizado en muchos años, consultando con el señor Phelps sobre dónde colocar cada tipo de flores, etcétera, etcétera.

La labor eficaz y alegre de la señora Strong contribuyó a motivar a un conjunto de sirvientes antes perezosos, pero también el propio Matthew puso su granito de arena prometiendo pagas extras si el trabajo terminaba siendo satisfactorio. Al fin y al cabo, esto no era la tripulación de una fragata preparándose para que les pasaran revista el sábado y, a los que no trabajaran, les azotaran, aparte de llevarse los correspondientes porrazos del

contra maestre ante los descuidos, por mínimos que fueran. No, había que emplear otros sistemas, y si Matthew había aprendido algo en este mundo de caballeros, nuevo para él, era que el dinero tenía su propia y sugerente voz.

Además de arreglar la propia casa y preparar magníficos menús, había que pensar en el entretenimiento. No había caballos suficientes para todos los invitados, pese a que su número no era excesivo y que él, Hart, Parker y probablemente Crawford y Browne traerían sus propias monturas. El establo también tenía que acoger el corcel negro de Prin-Hallsey cuando estuviera en la casa, el gris moteado que había montado la señorita Aubrey y un par de bayos a juego para el carruaje. Pero dudaba que los caballos que tiraban de coches resultaran adecuados para montar. Tendría que preguntarle a Parker. También tendría que preguntar de cuántas sillas de amazona disponían.

Con la ayuda del señor Phelps y de Jack Strong, arreglaron el prado posterior para poder jugar a los bolos, e instalaron una diana para el tiro con arco. El propio Hart se ofreció a organizar una búsqueda del tesoro por la hacienda. Matthew recordó la obra de teatro de la señorita Aubrey y pensó que a los que acudieran a la fiesta les encantaría organizar una función. Tendría que preguntarle si le importaría prestarle los disfraces. O quizá incluso participar, aunque dudaba de poder convencerla para que se uniera a ellos.

Cuatro días antes de que llegaran los demás invitados, la señora Parker y Ned volvieron a Windrush Court para supervisar los preparativos finales. Mientras su hijo vagueaba, la señora Parker desarrolló una energía tremenda, inspeccionándolo todo, asignando habitaciones a cada invitado y planificando la colocación en la mesa para las cenas. Hart desaparecía de vez en cuando durante una hora o más, y Matthew se preguntaba adónde iría... hasta que lo vio paseando con Lizzy Barnes. Esperaba que su buen amigo encontrara pareja entre las jóvenes que acudirían a la fiesta, alguna a la que no le importara la herida de su pierna. Pero quizá ya había encontrado a la chica adecuada.

Dos días antes de la fiesta, recibió la respuesta de su padre:

Gracias por reiterarme tu invitación. Ahora permíteme que yo te reitere las razones de mi negativa...

Negativas, una detrás de otra. En el caso de Matthew, la gente parecía haber convertido en un hábito negarse a hacer lo que proponía. Arrugó con la mano la pequeña carta, intentando convencerse de que no le importaba. De que lo que sentía era enfado y no dolor por el rechazo.



Hugh Prin-Hallsey volvió a la casa del guarda, todo sonrisas y amabilidad, como si su irrupción casi a la fuerza para inspeccionar el baúl del ático no hubiera ocurrido nunca.

Mariah le abrió la puerta a regañadientes.

—Hola, Hugh.

—Mariah. Es un placer volver a verte. Me apetecía saber qué tal te iba. Por otra parte, el capitán Bryant me dijo que no estaba invitado a la cena con sus invitados. —Hizo una mueca—. ¡Qué cascarrabias! Ahora entiendo por qué hemos ganado la guerra.

No le dijo a Hugh que se marchara, pero tampoco tenía la menor intención de invitarle a compartir la mesa con ella.

De todas formas, lo dejó entrar o, más bien, entró él sin ser invitado a hacerlo, pasó a la sala de estar y se sentó en el sofá, cruzando tranquilamente las largas piernas que tenía. No dejaba de moverlas, mostrando un exceso de energía contenida. O de nervios.

Fijó la mirada en el libro que estaba encima de la mesa, en un extremo.

—Veo que estás leyendo *El regreso de Euphemia*. ¿Qué te parece? —Alzó una ceja esperando su respuesta. Estaba claro que no era una conversación casual, sino que estaba ansioso por conocer su opinión acerca de la novela.

—La verdad es que me gusta, por muchas razones —reconoció—. De todas maneras, solo he leído una parte, algo menos de la mitad. Tengo entendido que las críticas han sido muy buenas.

—¿Has leído la crítica de *Gentleman's Magazine*? No, doy por hecho que no estás suscrita a esa revista. La describen como «una obra excesivamente buena como para no levantar sospechas».

—¿Sospechas? ¿De qué?

—Creen que está más allá de las posibilidades de una autora, quiero decir, de una mujer escritora —explicó, riendo entre dientes—. En otras palabras, que el autor tiene que ser un hombre.

—¡Ah, ya! Y me imagino que eso es lo mejor que se puede decir de la novela, ¿no? —dijo ella secamente.

—¡Por supuesto! ¿No te resulta divertido?

—¿Y por qué debería serlo?

Miró hacia todos los rincones de la habitación, como si quisiera descubrir a un periodista espiando, escondido en un rincón.

—¿Podrás guardar el secreto, Mariah? Bueno, no sé por qué te lo pregunto. Sé que puedes, y que lo haces muy bien. —Le guiñó un ojo y soltó la novela—. Tienen razón. El autor es un hombre.

Se quedó mirándolo. Sintió miedo por lo que acababa de deducir.

—¿Cómo lo sabes?

Se inclinó hacia delante, con la cara brillando de puro placer.

—Porque el autor soy yo.

Se quedó con la boca abierta, completamente incrédula.

—¿Qué tú eres la señora Wimble? No te creo.

Negó con la cabeza. Su mente se negaba a aceptar que lo que estaba leyendo, unos pensamientos y sentimientos tan femeninos, hubieran podido ser escritos por ese hombre.

Pero, por otra parte, ¿no le habían parecido familiares? Y, ahora que lo pensaba, ¿no había visto a Hugh hablando con el señor Crosby aquel día?

«¡Y tanto que un compañero de viaje!», pensó.

Después de un cuarto de hora de comentarios presuntuosos, Hugh pareció darse cuenta de que Mariah no iba a invitarlo a cenar, así que se marchó.

Una vez libre de su molesta presencia, Mariah subió a su habitación y sacó del armario uno de los diarios de su tía. Quería leer detenidamente los volúmenes en los que mencionaba a menudo a Hugh, para comprobar si había alguna pista acerca de su afición por la escritura siendo adolescente o joven.

Supe que Frederick Prin-Hallsey se había casado con una joven rica y socialmente bien situada, tal como deseaba su familia. Su nombre de

soltera era Honora Whitmore, y pertenecía a una familia de la aristocracia local, de la que el propio pueblo había tomado su nombre. También supe que la pareja había tenido un hijo, y eso fue todo lo que pude sacarle al señor Norris. En esa época, en la que las familias con ocho, diez y hasta doce hijos eran habituales, la Providencia había decidido darnos solo uno a cada uno de nosotros. Y, además, decidió llevarse al mío, mientras que el suyo todavía vive.

No conocí a Honora Prin-Hallsey. Frederick me habló mucho de ella, e intenté hacerme una idea lo más real posible de cómo era a partir de las descripciones obtenidas de su marido, su hijo, sus vecinos y sus sirvientes. Fuera Honora como fuese, al parecer Frederick pensaba que, como esposa, yo significaba una mejora, lo cual he de reconocer que no dice mucho en favor de su comportamiento y cordialidad. Por supuesto, a ojos de Hugh yo no era ni siquiera un guiñapo en comparación con ella. A él no le parecía bien nada de lo que hacía, ni tampoco de lo que dejaba de hacer.

Me sorprendió averiguar el hecho de que Honora había sido responsable de la donación de los fondos y del terreno para la construcción y el mantenimiento de la casa de caridad que estaba junto a la hacienda. Nada en el comportamiento de su hijo ni en la forma de comportarse de su viudo, que ni remotamente podía calificarse de devota, me llevaba a pensar que fuera capaz de poner en práctica semejante acto de caridad cristiana. De hecho, el conocimiento de su buen corazón hizo que lamentara mis pensamientos previos, poco caritativos hacia ella.

Mariah pensó que era bastante triste que una mujer tan generosa y caritativa hubiera terminado criando a un hijo como Hugh.

El hecho de leer acerca de la casa de caridad hizo que se acordara de Lizzy Barnes, y se preguntó si la señora Pitt habría informado siquiera a la chica de su interés por ofrecerle un puesto. Estaba ansiosa por sacar a Lizzy de la institución... y de ponerla fuera del alcance de John Pitt.

Tras llegar al final de ese diario, Mariah se inclinó y sacó otro volumen, uno de los del final, para ver si había más referencias. Lo abrió y empezó a leer:

Los ojos de lord Masterly mantuvieron la clara y verde mirada de Jemina. Su mano se extendió sobre la lápida para alcanzar la de ella.

—Sabía que volverías a mí. Te había lanzado un hechizo. Uno que no

serías capaz de resistir, como la marea no resiste llegar hasta la orilla.

—No, milord, está equivocado, me ha interpretado mal. Solo deseo encontrar el mapa de mi abuelo, y por eso estoy aquí.

«Pero ¿qué diablos...?». Mariah ojeó por encima algunas páginas más, sorprendida y en cierto modo divertida de encontrar una novela gótica, escrita con la historiada letra de su tía.

Sonrió.

¿Qué era lo que le había dicho una vez? Algo así: «Tú y yo tenemos más cosas en común de las que te imaginas».



Mariah recibió otra carta del señor Crosby, en la que le reiteraba que el autor «Thomas Piper» deseaba reunirse con ella y publicar críticas o fragmentos de su siguiente novela en una revista de gran tirada.

¿Por qué querría ayudarla? ¿Era eso lo que quería, ayudarla? ¿Y si albergaba otro tipo de intenciones, que por supuesto no había mencionado a un joven y tal vez ingenuo A. K. Crosby *Junior*? Sus encuentros con el hombre que finalmente la traicionó, e incluso con el retorcido Hugh Prin-Hallsey, la habían convertido en una mujer poco proclive a dejarse llevar por los instintos o las intuiciones, ni tampoco por lo que los demás prometían.

El señor Crosby le insistía en que su primer libro no se estaba vendiendo tan bien como él hubiera deseado, y que se planteaba una tirada más corta para el segundo. Le decía también que las críticas de Thomas Piper podrían ayudar mucho al desarrollo de su carrera, y que justificarían la publicación de una tercera novela, firmada por Lady A. Pero ¿ese hipotético éxito justificaba poner en peligro su anonimato, o el descubrimiento por parte de su familia de que escribía novelas, y por parte de la sociedad de que Lady A no era en absoluto una dama que mereciera el título de *lady*?

El señor Crosby decía que tenía que encontrarse con ese hombre. Pero ¿y si se trataba del propio Hugh Prin-Hallsey? Ya había confesado que utilizaba seudónimo. Si también era «Piper», ¿de verdad estaría dispuesto a ayudarla?

Dudaba que mereciera la pena correr el riesgo de averiguarlo.

El señor Crosby finalizaba la carta diciendo que volvería a escribir dentro de una semana indicando dónde y cuándo proponía que tuviera lugar la reunión sugerida. Para entonces tendría que haber tomado una decisión definitiva.

Sabiendo que cuando paseaba tendía a pensar con más claridad, Mariah salió de la casa del guarda con la intención de dar una vuelta bastante larga por la hacienda.

Martin, que estaba sentado en el banco con la flauta y el periódico, la saludó levantando el brazo del garfio.

—Hola, Martin.

—Señorita. —Pasó una de las páginas del periódico—. Finalmente, napoleón ha partido por mar en dirección a su exilio en la isla de Elba.

—Es una buena noticia. ¿Por qué no parece hacerle feliz?

—Desde mi punto de vista, Elba no está lo suficientemente lejos.

Se acercó un poco más al banco, y vio por casualidad que también tenía al lado otra revista.

—¿Qué revista es?

Se encogió de hombros a su extraña manera.

—*Gentleman's Magazine*. La señora Strong tiene la amabilidad de pasármela una vez que el señor Hugh ya las ha leído.

Sorprendida, Mariah hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Primero periódicos y ahora también revistas. Si, para completar el cuadro, me dijera que lee novelas, me desmayaría.

—Bueno —empezó a contestar, pasando otra página—, le aseguro que no me verá leyendo poemas épicos, ni tampoco libros muy gordos.

—Le contaré al señor Scott lo que ha dicho.

Levantó rápidamente la vista para mirarla.

—Solo estaba bromeando, Martin. ¿Cómo iba yo a conocer a esa celebridad?

—Yo tampoco lo conozco, pero jamás se me ocurriría decir algo que pudiera ofenderlo si llegase a sus oídos. —Tomó la revista y la abrió por una página que había marcado—. Aquí hay algo que quizá podría interesarle. Una crítica de esa novela que está usted leyendo, *El regreso de Euphemia*.

—Otra crítica magnífica, supongo.

—Bastante buena, sí. La verdad es que es bastante mejor que la que hacen de *Un invierno en Bath*, aunque supongo que usted no tendrá mucho interés en ella, ¿verdad?

—Pues no, la verdad es que no lo tengo.

Martin asintió.

—Si se dirige usted a la mansión, vaya con cuidado. Según he podido saber, el capitán Bryant y otras personas están haciendo tiro con arco con los ojos vendados.

«¡Madre mía, qué peligro!», pensó.

Mariah empezó a andar con precaución por el camino de la casa del guarda, y empezó a mirar en todas direcciones según se acercaba a la zona de hipotético peligro, al alcance de las flechas perdidas. No vio a nadie por los alrededores.

Siguió andando y vio al señor Hart sentado bajo un árbol, con un escritorio portátil y una pluma en la mano.

—Señor Hart.

Miró hacia arriba sorprendido y, de inmediato, escondió la hoja sobre la que estaba escribiendo debajo de otra en blanco, desviando la mirada y con expresión de desconcierto. Había reaccionado igual que lo habría hecho ella. ¿No sería...? ¿El agradable señor Hart, otro novelista secreto?

—¿Puedo preguntarle qué es lo que está usted haciendo, señor Hart?

—Eh, bueno... nada en realidad.

¿Por qué parecía tan avergonzado? ¿Tan culpable? Levantó las cejas, muy intrigada. Finalmente, él contestó.

—Solo estaba escribiendo una carta.

—Pues debe de ser muy importante, por cómo se ha ruborizado usted.

Bajó la cabeza.

—Creo que me ha sorprendido *in fraganti*, señorita Aubrey. —Intentó reír entre dientes, pero lo que le salió fue un ruido extraño. Ella aguardó.

—Debe de pensar usted que soy un estúpido. Y seguramente tiene razón.

—Puede que no.

—Es que es algo absurdo. Un hombre como yo intentando ser... elocuente.

El capitán Bryant maneja el lenguaje mucho mejor.

—¿De verdad? —«Estoy segura de que no es él», pensó. Se lo habría contado. Aunque, por otra parte, ella no se lo había contado a él...

Finalmente, Hart confesó.

—Estaba intentando escribir una carta de amor, señorita. ¡Hasta con algún verso! Pero no tengo una mente nada poética. ¿No siente usted lástima de una pobre criatura enamorada?

O sea que no era una novela, sino una carta. Pensó en lo que le había comentado el señor Crosby sobre algunas autoras que se ganaban un dinero extra escribiendo cartas y poemas de amor para caballeros incapaces de hacerlo. Pese a todo, la idea seguía sin gustarle.

—¿Le puedo preguntar para quién es la carta?

—Para la señorita Barnes —contestó, mirándola a los ojos con mucha franqueza—. Pensé que lo habría adivinado.

—Eso pensaba, y me alegro mucho de haber acertado.

—¿De verdad?

—Sí —dijo, asintiendo para resaltar su convicción—. Pero una chica como Lizzy no necesita leer palabras sofisticadas ni poemas escritos por otra persona que no sea usted. Límitese a escribir lo que le salga del corazón. —Se acercó y le dio un breve toque en el hombro—. Creo que le gustará.

El señor Hart miró hacia la lejanía.

—Lo que hay en mi corazón no es poesía ni, me atrevería a decir, nada capaz de entusiasmar a una chica. Lo que quiero es... presentársela a mi madre.

Mariah sabía que la madre del señor Hart, que estaba inválida, vivía con su hermana en un par de pequeñas habitaciones, en la costa. Y que madre e hijo estaban muy unidos.

—Dígame, señorita Aubrey. ¿Piensa usted que esa propuesta es absurda, o prematura? ¿Pensará la señorita Barnes que estoy asumiendo demasiadas cosas?

—No —le contestó Mariah con mucha seguridad—. Se limitará a pensar que es usted un hombre cuyas intenciones son honorables.

¿Serían honorables hacia ella las intenciones de Thomas Piper, fuera quien

fuese?

Capítulo 27

«Mis únicos libros fueron percepciones de mujer,
y solo me han enseñado lo que es la estupidez...».

Sir THOMAS MOORE

Mariah se sentó a la mesa de la cocina, jugueteando con una taza de café y su manuscrito. Fuera, Albert Phelps charlaba, sugería y echaba una mano a Dixon, que estaba trabajando en el jardín. Su voz le llegaba clara, pues el día era tranquilo, por lo que casi podía escuchar la conversación perfectamente.

—¿Sabe por qué me gustan las plantas? —preguntó el señor Phelps.

Dixon no le dio ninguna respuesta, y es que la verdad era que la pregunta era retórica, no la requería.

—Porque me gusta estar rodeado de seres vivos. Hacen que un hombre... un viudo... se sienta un poco menos solo, ¿me entiende? —Se aclaró la garganta—. ¿Usted nunca se siente sola, señorita Dixon?

«¡Por Dios!», pensó Mariah. El hombre estaba enamorado de verdad.

Se levantó para volver a llenar la taza. Vio desde la ventana a un chico que venía por el sendero de la mansión, llamando a gritos al señor Phelps. Al parecer el ama de llaves, la señora Strong, necesitaba todavía más flores para la decorar la casa. El jardinero se incorporó de inmediato y salió a toda prisa, agitando la mano en señal de despedida.

Martin salió del establo y agarró la azada que había dejado en el suelo el

señor Phelps.

—Hola, señorita Dixon. ¿Ha visto usted a Maggie hoy?

—No. Y me pregunto por qué no ha venido.

Durante unos momentos trabajaron juntos. Martin manejaba la herramienta de una manera un poco rara, debido a la falta de la mano sustituida por el garfio. Después pareció dudar.

—Señorita Dixon, me estaba preguntando una cosa... ¿Le molesta que se dirijan a usted llamándola simplemente Dixon?

Mariah se puso rígida. Seguro que se refería a cuando ella misma hablaba con su amiga y la llamaba solo por su apellido.

—Estoy acostumbrada —contestó, sin el menor asomo de acritud—. El padre de las niñas fue quien empezó a hacerlo, cuando decidí quedarme como dama de compañía y chica para todo después de que la señorita Julia empezara a ir a la escuela. Antes de eso, me llamaban niñera Dixon.

—¿Puedo preguntarle su nombre de pila?

Lo miró, inclinando la cabeza.

—Sí. Me llamo Susan.

—Es un nombre precioso.

—¿Usted cree? —Siguió trabajando—. Tengo que admitir que me gusta escucharlo después de tanto tiempo. Así me llamaban mis padres, naturalmente, y a veces lo echo de menos.

—Sería un honor para mí llamarla Susan —dijo Martin—. Si me lo permite, por supuesto.

Susan Dixon sonrió.

—Pues sí, me gustaría mucho.

Mariah volvió a sentarse en la silla, sintiéndose avergonzada e inquieta.

Unos minutos más tarde, la antigua niñera entró en la cocina mientras se quitaba los guantes de jardinería.

—Hola, Dix... señorita Dixon.

La mujer la miró con mala cara desde el umbral de la puerta, sin duda dándose cuenta de su expresión de culpabilidad.

—No me importa en absoluto que tú me llames Dixon, Mariah. Pero como quien me preguntó fue Martin, y es un hombre, prefiero que los hombres me

llamen señorita Dixon, o por mi nombre de pila.

—Lo entiendo. —Mariah le guiñó un ojo—. «Susan».

Pero la aludida no sonrió tras su broma. Lo que hizo fue suspirar, sin mostrarse feliz en absoluto.

—Jamás había tenido ni un solo pretendiente, Mariah, y ahora parece que tengo dos. Pensaba que sería agradable, pero no lo es. No me gustaría herir a ninguno de los dos.

—¡Por supuesto que no lo harás! —intentó tranquilizarla Mariah—. Pero lo que tampoco puedes es hacer felices a los dos.

Dixon miró a la lejanía.

—Lo sé. Y no me gusta. Quizá lo que tengo que hacer es alejarme de ambos.

Mariah negó con la cabeza.

—No debes sacrificar tu propia felicidad, Dixon. Debo admitir que veros a Martin y a ti trabajando juntos en el jardín me pareció entrañable, y además hablando de Maggie. Parecíais una pequeña familia, y yo una entrometida.

—¿Tú? ¡Ni se te ocurra! Después de todo, esta es tu casa.

—Es nuestra casa, Dixon, y lo será durante todo el tiempo que pueda conservarte. —Se detuvo un momento, pensativa—. Aunque creo que no será mucho.



Finalmente llegó el día tan esperado. Matthew se despertó hecho un manojo de nervios y pidió un baño, aunque también se había bañado la noche anterior. Pasó más tiempo de lo normal lavándose y soportó estoicamente el dilatado proceso de afeitado al que le sometió su ayuda de cámara, al que siguió el peinado y la colocación del pañuelo del cuello. Por primera vez desde que llegó a la mansión, no soltó ni una sola queja. Se paseó por la casa, y sus botas, recién lustradas y muy brillantes, resonaron por todo el suelo, sobre todo en el amplísimo vestíbulo; comprobó con aprobación lo reluciente y limpio que estaba todo. Sí, se acostumbraría a ser el dueño de todo esto.

Esa idea hizo que se parara a pensar. ¿Podría de verdad? ¿Un hombre

como él, que había pasado su vida entre una humilde casa de campo, los cuarteles de una academia militar y la cubierta y los camarotes de un barco?

Oyó cascos de caballos acercándose por el camino de grava. «Sí», decidió. «Siempre que tenga a mi lado a la mujer adecuada».

Y allí estaba, con su cara pálida, la frente ancha pero el mentón puntiagudo, mirando por la ventana del carruaje. Su pelo seguía tan dorado como lo recordaba, rizado por las sienes, y el resto cubierto por un sombrero alto.

El corazón de Matthew empezó a latir con fuerza, casi como un tambor, con la misma regularidad que un toque militar. ¡Tenía tantas ganas de verla, de hablar con ella, que hasta le dolía el pecho! Recordó la última conversación que tuvieron...



Isabella sonrió valientemente al verlo, aunque se le escapó una lágrima de cada ojo. Al final, les dio rienda suelta y empezaron a correr por sus mejillas. Y su corazón y sus esperanzas se desplomaron con ellas.

—Estoy absolutamente convencida de que tendrá éxito en todo lo que emprenda, capitán Bryant —dijo, haciendo hincapié en el título, al que todavía se estaba acostumbrando. Había conseguido ese rango gracias a su éxito en la academia, pero todavía no la riqueza que exigía un hombre como Stanley Forsythe.

—Hablaré con tu padre —dijo, tomándola de la mano—. Le haré entrar en razón.

—No, por favor, no lo hagas —replicó ella, negando vivamente con la cabeza, lo que hizo que los rizos de su peinado se balancearan—. Solo conseguirías ponerle furioso. Y lo conozco demasiado bien como para saber que no es posible hacerle cambiar de opinión.

Deseaba con toda su alma, y también con su cuerpo, abrazarla, hacerla suya.

—No voy a insultarte proponiéndote que nos fuguemos para casarnos... — Dejó que la idea flotara entre ellos, rezando por que la aceptara, aunque

sabiendo lo desesperada, absurda y escandalosa que era.

La joven se estremeció y retiró la mano de entre las suyas.

En ese momento fue cuando se le cayó la venda de los ojos. No solo era su padre el que lo rechazaba, sino también ella, y con toda claridad.

—¿Hay alguien más? —preguntó, odiando el tono ácido que empleó al decirlo.

—¡No! —replicó gritando con voz tensa, casi ofendida.

Algo aliviado y recobrada de repente la esperanza, la tomó por los hombros y la llamó por su nombre.

—Isabella, escúchame...

—Lo siento, capitán —dijo dando un paso atrás para librarse de su sujeción, y volviendo a negar con la cabeza—. Siempre hemos sabido que mi padre se oponía a nuestra unión, y yo... yo finalmente me he convencido de que tiene razón. No estoy preparada para ser la esposa de un oficial de la Armada. No soportaría vivir sola, lejos de Londres, en un puerto, mientras tu estás embarcado en misiones interminables. Me moriría de aburrimiento.

Soltó una risa forzada, lo que le recordó lo joven que era todavía. ¿Por qué tuvo que enamorarse de una chica que apenas tenía dieciocho años? Él tenía casi ocho años más. Pero no era la edad lo que los separaba, ni mucho menos.

Dándose cuenta de que la había perdido, se entabló en su interior una lucha entre dos sentimientos: la indignación y la pena.



Y la lucha continuaba.

Matthew estaba en el pórtico, medio atontado e inmóvil, mientras el mozo abría la puerta del carruaje y bajaba la escalerilla. Matthew debería estar allí, tendría que ser él quien le ofreciera la mano para bajar. «¡Estúpido!».

Notó que alguien le tocaba desde atrás. Hart, sin duda. Siempre podía contarse con él para recibir un empujón a tiempo. En este caso logró que las piernas de Matthew volvieran a la vida, y con ellas el resto de su cuerpo.

¿Qué es lo que vería en su cara? ¿Repugnancia? ¿Cortesía forzada?

¿Admiración? ¿Arrepentimiento?

No se dejaría engañar. Ni mucho menos. Se mantendría tranquilo. Amigable, pero despegado. Como si lo hubiera superado todo, incluido su sentimiento por ella. Al fin y al cabo, habían transcurrido cuatro años, ¿no?

Ella lo miró mientras se acercaba.

—¡Capitán Bryant! —Su voz sonó alegre, sus ojos azules brillaron y su sonrisa surgió instantáneamente, y pareció muy sincera.

Todos sus nervios se pusieron en tensión.

—Señorita Forsythe. —Se inclinó para saludar y después alzó la cabeza y fijó los ojos en los rasgos de su cara, que eran tan hermosos como los recordaba.

—Me alegro mucho de volver a verle. —Ella lo miró, y después contempló la mansión—. ¡Vaya, vaya, esta casa se ajusta perfectamente a usted! Siempre supe que algún día alcanzaría el éxito más absoluto.

Matthew sintió una oleada de alegría, algo parecido al sentimiento que siempre le producía la victoria.

—Gracias. Es usted bienvenida. Me alegro de que aceptara mi invitación.

—Me alegré mucho al recibirla, se lo aseguro.

Se dirigía a él con mucha calidez. Y también de forma aprobadora, incluso hasta con admiración. Si no estuviera comprometida, posiblemente la cosa resultaría hasta sencilla.

Pero, en la vida, pocas cosas lo eran. Eso Matthew lo sabía muy bien.

La señorita Forsythe se volvió hacia su acompañante, que se estaba alisando la falda detrás de ella.

—La señorita Ann Hutchins. Imagino que te acuerdas del capitán Bryant, ¿verdad, Ann?

La joven forzó una sonrisa y le miró, quizá con expresión de excesiva curiosidad.

—Sí, claro que sí. Aunque creo que por aquel entonces aún no era capitán.

Matthew respiró hondo.

—Señorita Hutchins, mi más cordial bienvenida. Permítanme que les presente a mi amigo, el teniente William Hart.

Se volvió, pero cuando William se acercó, y pese a que se esforzó mucho

en disimular su cojera, la sonrisa de Ann Hutchins se esfumó. William simuló no notar nada y se inclinó. A su vez, las dos damas hicieron una reverencia.

La señorita Forsythe sonrió de manera comprensiva.

—¡Qué hombres tan nobles y valientes, Ann, que se entregan así por nuestro país! —Ofreció a William la mano enguantada—. Permítame que le de las gracias, señor Hart, como ciudadana británica.

William sonrió y se inclinó. Unas preciosas palabras procedentes de una preciosa dama. Ni siquiera William, casi siempre a la defensiva, pudo evitar en este caso sentirse encantado.

Pese a que a Matthew le molestaba enormemente mencionar al pretendiente de Isabella, sabía que era obligado hacerlo, para demostrar que no sentía celos ni albergaba rencor alguno por el caballero. Matthew no conocía a James Crawford, pero Parker le había dicho que tenía fama de calavera. Sabía que su obligación era pensar que tal fama no fuera merecida, pero en el fondo de su corazón sí que esperaba que lo fuera.

—Me temo que el señor Crawford no ha llegado todavía, señorita Forsythe, pero lo esperamos en cualquier momento.

La joven hizo un gesto con la mano, quitándole importancia.

—No me sorprende. El señor Crawford, como suele, hará una entrada tardía, pero triunfal, no me cabe la menor duda. ¿Quién más está previsto que acuda a la fiesta?

—El capitán Parker y su madre, que muy amablemente se ha ofrecido a ser la anfitriona. También se unirá a nosotros Bartholomew Browne.

—¡Bartholomew Browne! —repitió—. ¡Qué gran idea! Seguro que resultará divertido.

Matthew se dio cuenta de que no preguntaba acerca de otras damas, pero de todas formas aportó la información.

—He dejado que la señora Parker elaborara la lista de invitadas, dado que un hombre de mar no tiene excesivas oportunidades de entablar amistad con damas cuando está de servicio.

La señorita Forsythe levantó una ceja.

—Debutantes que harán que Ann y yo nos sintamos como ancianas, supongo.

Dado que ella tenía solo veintidós años, se dio cuenta de que lo lógico sería hacerle un cumplido, para dejarle claro que no tenía nada que temer de una debutante, pero se mordió la lengua.

—Ha invitado a las hermanas Mabry, ahora que lo menciona.

—Unas jóvenes muy agradables y educadas —concedió la señorita Forsythe.

Junto a ella, Ann Hutchins asintió con gesto de aprobación. Estaba claro que las Mabry no suponían amenaza alguna para ellas desde el punto de vista del atractivo femenino.

«Bueno..., de momento, bien», pensó Matthew.

El hombre ordenó a un par de criados que bajaran el equipaje de las damas y que lo llevaran a dos de las mejores habitaciones de la mansión.

—¿Qué les parece, señoritas, si después de que se instalen salimos a cabalgar un rato? Los terrenos de la hacienda son muy agradables.

Isabella le sonrió, y Matthew no cupo en sí de gozo. Al parecer, William Hart había desaparecido, y Ann Hutchins también se había vuelto invisible. Matthew solo tenía ojos para ella.

—A Ann no le gusta cabalgar, capitán —informó Isabella—. Pero a mí sí. Me encantaría ir con usted. Suponiendo que me pueda prestar un caballo, claro.

—¡Por supuesto! —Utilizaría la yegua moteada y la silla de montar de amazona que en su momento usó la señorita Aubrey, que tanto le habían gustado a ella—. Digamos que... ¿dentro de una hora?

Puede que resultara egoísta y hasta algo insensato organizar una cita a solas incluso antes de la llegada de Crawford, pero Matthew no había alcanzado la posición que tenía en la Armada Real gracias a su cautela. Después de que las damas entraran, acompañadas por los sirvientes, Matthew entró en la casa para ponerse una levita de montar y bombachos. Mientras subía las escaleras, vio a la señora Parker, observando desde una ventana trasera.

Al oírlo, le hizo señas con un dedo encorvado para que se acercara.

—Capitán Bryant, ¿quién es esa chica?

Matthew fue rápidamente hacia la ventana y miró hacia el jardín trasero,

rodeado de árboles frutales, y que se había preparado para jugar a los bolos. Le dio tiempo de ver a una mujer que desaparecía por la esquina de la mansión y se introducía en el camino del bosque.

—No estoy seguro —contestó, frunciendo el ceño—, pero creo que era la señorita Aubrey.

—¿Aubrey? No recuerdo haber invitado a ninguna señorita Aubrey.

—La señorita Aubrey vive... en las cercanías.

La dama arrugó la frente con gesto de concentración.

—Creo recordar que el año pasado, en la fiesta que dimos nosotros en nuestra mansión de campo, vino una señorita Aubrey. ¡Qué decepción!

—¿Sí?

—Por supuesto, yo esperaba que Ned estableciera una relación con la señorita Hutchins, pero, solo para fastidiarme, cortejó a otras chicas. No atormente nunca de esa manera a su madre, capitán Bryant.

—Le aseguro que no lo haré.

—Aubrey... —repitió—. ¿Qué fue lo que pasó con la señorita Aubrey? Algo no del todo correcto, pero no consigo acordarme de qué...



Mariah estaba cayendo al vacío. Era uno de esos sueños tan inquietantes en los que uno cae desde una gran altura, como una torre o un barranco, en los que la falta de apoyo provoca un vacío en el estómago y solo se siente desorientación, miedo, incapacidad de reaccionar, aparte de una serie de pensamientos absurdos e incontrolables, en los que todo gira alrededor sin control.

«¡Él está aquí!».

¿Cómo la había encontrado? No importaba. Había venido. ¡Por fin, había venido a buscarla! Para solucionar lo que estaba mal hecho. Para demostrarle al mundo que la amaba. La mente le daba vueltas otra vez, y sintió un vacío en el estómago. «¡Qué tonta!».

Lo había olvidado por un momento. Estaba casado. Lo había perdido para siempre.

Estaba sentado junto a otros dos hombres cerca de la diana de tiro con

arco que se había instalado, hablando y riendo completamente despreocupado. Se volvió hacia ella, como si la hubiera oído acercarse, sonrió y alzó una mano. Notó un hormigueo en su propia mano y empezó a levantarla para responder al saludo, pero con lentitud, como ocurre en los sueños. Pero después la cruda realidad la inundó, explotándole en la cara y helándole las venas. Oyó el sonido de cascos, y vio al capitán Bryant a lomos de *Storm*. Junto a él cabalgaba una mujer, concretamente sobre la yegua moteada. Pero Mariah ni se fijó en ella, cuando la realidad la alcanzó de lleno, como un alud de nieve.

Los estaba saludando a ellos. Les sonreía a ellos. Ni siquiera la había visto y, si lo había hecho, no le había hecho ni caso.

Mariah se dio la vuelta rápidamente, llena de una vergüenza que sin duda le había enrojecido el cuello y las mejillas. «¡Dios todopoderoso, permite que no me vea! Que no contemple mi reacción, mi absurda esperanza. ¡Estúpida presuntuosa! ¡Qué tonta, tonta!».

Mariah intentó caminar con naturalidad, procurando no llamar la atención de ninguna manera, pero los pies no parecían querer obedecerla. Anduvo cada vez más rápido, al ritmo de su propio corazón, huyendo del hombre que, una vez, había tenido la posibilidad de salvarla. Pero que lo que hizo fue huir.



Matthew vio cómo la señorita Aubrey se alejaba muy deprisa, con las mejillas casi llameantes. ¿Le habría dicho algo inconveniente alguno de los hombres? ¿La habrían visto siquiera? El capitán Parker, el señor Browne y un hombre que dedujo que era Crawford parecían conversar amigablemente. ¿Por qué estaba entonces tan avergonzada? A no ser que conociera a alguno de ellos...

¿Qué era lo que Hugh le había contado más o menos en secreto? Que la señorita Aubrey había estado involucrada en un escándalo, o que no era la viva imagen de la corrección, al contrario de lo que aparentaba... Algo así. Eso explicaría por qué, pese a no estar casada, no vivía bajo el mismo techo que su padre. Ella misma había confesado que no le gustaban las fiestas en las casas porque, según su propia experiencia, no eran «inocentes». Pero eso no

significaba necesariamente que los cotilleos de Hugh fueran ciertos. No se fiaba nada de ese individuo.

Matthew se preguntó si alguno de aquellos hombres habría tenido algo que ver en el escándalo, fuera el que fuese. De ser así, era una pena que hubiera llevado al muy canalla al patio trasero de la chica. Le entró un repentino e irracional deseo de darle una paliza, fuera quien fuese. Pero ¿sería la señorita Aubrey tan inocente como él deseaba creer? En la guerra, ninguno de los contendientes era del todo inocente, lo mismo que tampoco se le podían echar todas las culpas al otro. Y Matthew sabía por su propia experiencia, larga e intensa, que después de una batalla lo normal era que ambos barcos resultaran dañados.

Capítulo 28

«La literatura no puede ser la actividad principal de la vida de una mujer, ni debería serlo».

ROBERT SOUTHEY, poeta,
en una carta dirigida a Charlotte Brönte

El primer domingo de agosto, el señor Phelps llamó a la puerta de la cocina preguntando si podía acompañar a la iglesia a la señorita Dixon. Ella, con su vestido de domingo y un gorrito, llevando el libro de salmos y oraciones en la mano, aceptó asintiendo sin palabras.

Tras su marcha, Mariah se sintió más sola que nunca, sobre todo ahora que el capitán Bryant y el señor Hart estaban ocupados con la fiesta. Y, lo que era peor, suponía que se alejarían de ella de forma permanente, una vez que recibieran la información de su falta, con todos los pormenores que se solían dar en los actos sociales de ese tipo.

Mariah caminó sola hacia la casa de caridad, buscando compañía. Como esperaba, las hermanas Merryweather estaban sentadas a la puerta, Amy en la silla de ruedas, y Agnes a su lado, en el banco de madera. Las dos mujeres hacían punto con largas agujas y sendos ovillos de hilo de lana en sus respectivos regazos.

—¡Hola, señorita Merryweather! Señorita Amy.

—¡Señorita Aubrey! Maggie acaba de estar aquí, y ha cantado ese himno que a usted le gusta tanto.

—¡Vaya! Siento habérmelo perdido. —Según se acercaba, comprobó lo delgadas que se le habían quedado las mejillas a Amy, y cómo le temblaban los dedos mientras tejía. Agnes parecía estar haciendo unas medias de lana gris, y el hilo de Amy era de un rojo anaranjado muy brillante.

Mariah se sentó en el extremo del banco más cercano a Amy para hablar con ella.

—¿Cómo está usted, señorita Amy? —preguntó amablemente.

—Muy deteriorada, querida —contestó con una sonrisa tenue y resignada, aunque, eso sí, sin dejar de mover las agujas.

El desánimo de Mariah debió de resultar muy patente, puesto que Amy soltó las agujas, se adelantó un poco y le dio unos golpecitos en la mano.

—No sienta pena por mí, señorita Mariah. Estoy contenta.

Al sentir su tacto, a Mariah se le llenaron los ojos de lágrimas.

Amy le apretó los dedos y después sacó del regazo una segunda madeja de hilo de lana de color rojo intenso. Con los dedos pulgar e índice, muy nudosos y retorcidos, agarró uno de los pequeños nudos que había en la madeja cerca del extremo.

—¿Ve usted este embrollo de madeja?

Mariah asintió.

—Pues es como mi vida en este mundo. Y esto... —Con una fuerza inesperada, Amy lanzó la madeja, que dibujó un amplio arco, pero la mantuvo sujeta por el extremo del nudo. La bola de hilo de lana se alzó, botó y rodó por el suelo, dejando un rastro de color durante sus movimientos. Incluso superó una pequeña subida del terreno, hasta que desapareció de su vista, pero seguro que sin dejar de rodar... es la vida que me espera.

—¡Amy! ¡Qué desperdicio! —exclamó Agnes chasqueando la lengua para mostrar su desaprobación—. Tú y tus metáforas. ¡Qué bobadas!

—Puede —concedió Amy—. Pero me gusta pensar en ellas. Así mantengo la mente ocupada. —Sus ojos, fijos en el rastro de color rojo, se perdieron en la distancia—. El cuerpo siempre tiene que estar ocupado con tareas arduas, pesadas, desagradables..., pero la mente tiene la capacidad de pensar en cuestiones adorables, puras, nobles...

Mariah se preguntó si ese era el secreto de la alegría constante de la

señorita Amy.

Agnes apoyó una mano en el brazo del banco y se levantó con un quejido.

—Siéntese, por favor, señorita Merryweather —dijo Mariah inmediatamente—. Yo recogeré la madeja.

Tomó el nudo de la mano de la señorita Amy y siguió el hilo, volviendo a formar una madeja esférica. Cuando regresó, las dos hermanas le dieron las gracias. Amy observó la madeja.

—Iba a hacer una bufanda para mí —dijo—. Creo que ya le he hecho una a todo el mundo aquí, así que esta va a ser para usted, señorita Mariah, si le parece.

—¡Oh, no, señorita Amy! Hágala para usted. Este color tan alegre le sentará estupendamente.

Amy sonrió, jugueteando con el hilo entre los dedos.

—Me gusta, la verdad, aunque Agnes dice que es el color de la malvada Jezabel.

Mariah recordó el oscuro pasado que había mencionado la señora Pitt. Sí, Mariah pensó que Agnes Merryweather podría estar asociando el color del hilo a un pasado accidentado.

Mary se quedó charlando con las Merryweather durante unos minutos más. Les preguntó por Lizzy Barnes, pero las hermanas le dijeron que era difícil que ellas la vieran, pues durante estos días la señora Pitt la mantenía muy ocupada, de la mañana a la noche.

También le contaron que cierto caballero había venido a visitarlas después de su «rescate» nocturno, y que desde entonces dicho caballero no había vuelto a ser visto ni oído. Mariah cayó en la cuenta de que ella tampoco había vuelto a ver al capitán Prince desde aquella noche. Esperaba que no le hubiera ocurrido nada, y se preguntó qué habría sido de la cuerda y el garfio de abordaje que había llevado Martin.



La tarde siguiente, mientras Martin cocinaba y Dixon le ayudaba y fregaba los cacharros, Mariah limpió a fondo la sala de estar. Deseaba quitarse de la

cabeza la mortificación que le suponía haber visto a determinado caballero, tanto hacía pocos días como en el pasado, aunque eso no era tan sencillo como dejar limpia del todo una habitación.

Lizzy Barnes se acercó a la puerta, llevando de la mano a la pequeña Maggie. Mariah ya prácticamente se había olvidado de la idea de que Lizzy trabajara con ella en la casa del guarda. Las recibió con gran alegría.

—¡Lizzy, qué ganas tenía de que vinieras! ¡Y tú también, Maggie! Sé que Dixon y Martin estarán encantados de verte. ¡Ve a la cocina a saludarlos!

Maggie sonrió y salió corriendo hacia la puerta de la cocina.

Cuando se quedaron solas, Mariah le señaló el sofá a Lizzy.

—¿Te dijo la señora Pitt que le pedí contratarte?

—La semana pasada —respondió la chica asintiendo.

Mariah se preguntó por qué era ahora cuando la muchacha había venido a verla, y no antes. No parecía tan contenta como pensaba que estaría al saberlo.

—No es que no se lo agradezca, señorita —empezó Lizzy—. No sabe lo que me alegraría perder de vista a John Pitt, y también a su madre, pero...

—¿Pero?

—Me da miedo lo que puedan hacer con George. No quiero dejarlo solo. Y además está lo de mi madre.

—¿Lo de tu madre?

—Sí —dijo Lizzy, bajando la cabeza—. Le rompería el corazón si me dedicara al servicio. Ella era hija de un caballero, ¿sabe? Hizo una boda por debajo de su posición social al casarse con un molinero, y me lo recuerda una y otra vez.

—Sí. Algo me contó George.

—Me dijo que las únicas posibilidades que contempla para mí, y para ella misma, son trabajar como dama de compañía o como gobernanta, que solo esas ocupaciones son adecuadas para una dama.

—Pero si lo comparamos con la casa de caridad...

—Lo sé —dijo, aunque negando con la cabeza—. Pero lo que le he dicho es que soy la «asistente» de la señora Pitt, ¿sabe? Así que, para ella, no soy una «sirvienta», ¿me entiende?

Mariah no necesitaba una asistente, pues ese trabajo lo hacía Dixon

admirablemente en lo que atañía a su trabajo secreto. Pensó durante un momento.

—Quizá podrías decirle a tu madre que Dixon es mi asistente, y tú mi dama de compañía, ¿no te parece?

—Quizá —respondió Lizzy, aunque no parecía del todo convencida. Apretó los labios y se miró las manos. Mariah se dio cuenta de que tenía una pequeña mancha en la manga.

—La señora Pitt me dijo que sería... malo para mí vivir aquí.

—¿Malo? ¿Por qué? —preguntó Mariah, frunciendo el ceño.

—Malo para mí... reputación. Me dijo que las mujeres solteras no viven solas, a no ser que sus familias las obliguen, y que eso siempre ocurre por alguna buena razón.

«¡Qué mujer más malintencionada!», pesó Mariah; no obstante, sintió una oleada de culpabilidad. Puede que la señora Pitt tuviera parte de razón, por mucho que a ella le costara reconocerlo. ¿Qué era peor para la chica, vivir con una mujer que había perdido la reputación o en una casa de caridad?

—En el pasado cometí un error, Lizzy —confesó con voz tranquila—. Un error con un hombre. Por eso hablé contigo y te aconsejé, porque no quería que cometieras el mismo error que yo. De todas maneras, no creo que vivir aquí vaya a causarte ningún daño, aunque eso tendrás que decidirlo por ti misma.

Lizzy asintió, pensativa y callada.

Mariah le ofreció quedarse a cenar. La chica declinó la invitación, pero se quedó durante algo más de media hora ayudando a Martin y a Dixon, que estaban muy ocupados en la cocina preparando varios platos a la vez. Mientras tanto, Maggie, sentada en un taburete de la encimera, hacía como si ayudara, pero fundamentalmente canturreaba, movía las piernas de un lado a otro y probaba todo lo que pasaba cerca de ella.

Lizzy demostró ser una persona que trabajaba bien, deprisa, pero con calma. Mariah deseaba con todas sus fuerzas que se quedara a trabajar en la casa.

Antes de marcharse, le susurró algo al oído:

—No le digo que no, señorita. Le digo que «todavía» no.

Esa noche, a la hora de acostarse, Mariah vio a Dixon mirándose al espejo y pasándose la mano por a fina piel del cuello.

—Maggie me ha dicho que le recordaba a su abuela. ¡Una abuela! ¿Cuándo me he hecho tan vieja? ¡Si ni siquiera he sido madre! Pero por mucho que no me apetezca parecerlo, me molesta la idea de que nunca podré tener el privilegio de serlo.

Eran palabras que no esperaban respuesta, y no se la dio. Mariah le dio un golpecito cariñoso en el brazo y se marchó a su habitación.



Matthew se dio cuenta de que, después de aquella primera tarde, la señorita Aubrey había puesto mucho interés en no dejarse ver, lo cual era un argumento a favor de los rumores que le habían llegado, y pese a que había disfrutado mucho de su compañía, se alegraba de no haberse involucrado más con ella.

Pero uno de los días de la fiesta, la búsqueda del tesoro que había organizado Hart llevó a los invitados a las cercanías de la casa del guarda. El grupo se reunió alrededor de la casa del jardinero. El señor Crawford y las hermanas Mabry empezaron a buscar en el invernadero, mientras que el resto, es decir, Parker, Browne, la señorita Forsythe, la señorita Hutchins y él mismo, empezaron a levantar macetas y carretillas en el huerto y sus alrededores, intentando encontrar la siguiente pista.

De repente, el capitán Parker se puso tenso.

—¿Quién es esa mujer?

Matthew se volvió y siguió la mirada de su amigo, que estaba fija en el camino de la casa del guarda, por el que avanzaba alejándose la señorita Aubrey.

Matthew esperó a ver si alguien respondía, pero nadie lo hizo.

—¿La conoces, Bryant? —insistió Parker.

—Sí, la he conocido aquí. Una joven muy agradable. Vive en la hacienda.

—Pero ¿cómo se llama? —preguntó Ann Hutchins, mirando a su vez hacia el sendero entre los árboles—. Me ha resultado familiar.

A Matthew le habría gustado no tener que mencionar su nombre, pero ya no

lo podía evitar.

—Una tal señorita Aubrey.

—¡No será Mariah Aubrey! —exclamó Isabella con voz francamente alterada.

A Matthew se le cayó el alma a los pies.

—Sí. ¿Por qué?

Isabella parecía muy afectada.

—¿Mariah Aubrey está viviendo aquí?

—Aquí cerca, sí.

—A veces me había preguntado qué habría sido de ella —dijo Ann secamente.

—¿Qué quieren decir? —preguntó Bartholomew Browne tocándose con los dedos la poblada barba negra.

—¡Vamos, señor Browne! —dijo Ann en tono de burla, y después se volvió hacia el capitán Parker—. Usted debería recordarlo, capitán, porque todo ocurrió en su casa de campo familiar.

—¿De verdad que era ella, precisamente aquí? —Parker torció el cuello con tanta fuerza para volverse que hasta se oyó el ruido de los tendones—. ¡Es sorprendente, la verdad!

—Sorprendente y preocupante —murmuró Isabella.

—Pero ¿por qué? —preguntó Matthew.

Ann Hutchins se quedó mirándolo como si fuera tonto.

—¿Qué por qué? Pues porque ella...

Isabella le lanzó una mirada de advertencia. Se produjo un silencio extraordinariamente incómodo, pues nadie se atrevía a decir ni una palabra. Puede que hubieran recordado a la otra persona afectada por el escándalo, si es que lo hubo.

—¡La hemos encontrado! —exclamó Helen Mabry, que llegaba corriendo desde el invernadero agitando en la mano un trozo de papel cuadrado. Su hermana y el señor Crawford iban tras ella.

—Bueno, Ann, vámonos —dijo Isabella—. Me apetece descansar y refrescarme un poco antes de cenar.

—Por supuesto —dijo Ann, cabizbaja y muy arrepentida de su metedura de

pata.

—Capitán Parker, ¿nos acompaña? —preguntó Isabella, con un tono que convirtió la pregunta casi en una orden.

El aludido apartó la mirada del sendero.

—¡Ah! Sí, por supuesto, si es lo que desean.

Matthew se sintió tan apenado como aliviado por su marcha. Por una parte, estaba deseando preguntarle a Parker qué era lo que había ocurrido en su casa. Pero por otro, tampoco estaba del todo seguro de querer saberlo.

Parker y las dos damas se retiraron, mientras que los demás se lanzaron con entusiasmo a la búsqueda de la siguiente pista.



Después de la búsqueda del tesoro, el grupo se dispersó. Unos fueron a la casa, otros a los establos y otros a los jardines. Matthew decidió ir a la casa del guarda, para preguntarle a la señorita Aubrey si la presencia de alguno de los invitados le causaba algún tipo de molestia o sufrimiento. Y para ofrecerle la posibilidad de mantenerlos lo más alejados posible de la casa del guarda, si ese era su deseo. Pero cuando se acercaba por el sendero, entre los árboles, oyó voces y se detuvo. Vio a la señorita Aubrey hablando con Bartholomew Browne, y se quedó de piedra. Matthew opinaba que el hombre tenía el pelo demasiado largo, y no se lo recogía en una coleta como hubiera sido lógico. Pero suponía que los poetas no necesitaban preocuparse de las cuestiones relacionadas con la moda, que estaban por encima de eso.

Mantenían una conversación intensa, como si se conocieran bien. No obstante, la señorita Aubrey no parecía estar a gusto. Todo lo contrario, se mostraba nerviosa y agitada. ¿Por qué sería?

Bartholomew Browne era un hombre casado, o más bien lo había sido hasta hacía relativamente poco tiempo, pues su esposa había fallecido hacía unos seis meses más o menos. Matthew aún estaba sorprendido por el hecho de que el poeta hubiera aceptado la invitación. ¿Eran seis meses un periodo de luto suficiente por una esposa fallecida? Puede, si uno se había casado por razones que no tuvieran que ver con el amor. O quizá, después de seis meses

de soledad, uno estaría deseando volver a tener contacto social. Matthew decidió no ser demasiado duro al juzgarlo.

—Por favor, señor Browne —decía la señorita Aubrey—. No insista en eso. Fue hace mucho tiempo.

—Y, ahora que es usted mayor y más sabia, lo ha dejado atrás, ¿no es así? —Su tono resultaba un tanto sarcástico, y además estaba trufado de cierto acento escocés.

—Yo no sé nada de eso.

—¿Y cómo quedo yo entonces? Porque yo no lo he dejado, por irresponsable que pudiera parecer.

Matthew se dio la vuelta para alejarse de la zona de escucha, avergonzado y negándose a pensar lo que estaba pensando. Seguro que no era lo que parecía. Seguro que no. No entre la señorita Aubrey y el señor Browne, cuya esposa estaba viva y con buena salud el verano pasado.



Allí de pie, en el sendero de la casa del guarda, Mariah sintió crecer su frustración. ¿Por qué había tenido que conocer a ese poeta escocés? ¿Y por qué había confiado en él? Se había imaginado que podría establecerse un vínculo de comprensión entre dos personas que tenían gustos parecidos. Pero estaba claro que se había equivocado.

—Le ruego que no me presione de esa manera —le pidió—. Si yo fuera esa mujer, ¿querría que se supiera? Está claro que, sea quien sea, se esfuerza mucho para ocultar su verdadera identidad.

—¡Lo sabía! —Le brillaron los ojos—. ¡Es usted!

—¡Señor Browne...!

—Tranquila, tranquila. ¡Su secreto está a salvo conmigo! Pero recuerdo perfectamente nuestro primer encuentro. Y los deseos secretos que me confesó... —Movi6 las cejas de forma sugerente. Desde luego no se comportaba como un hombre en pleno periodo de duelo.

—Hace que suene escandaloso. Yo era demasiado joven, y...

—Y a los jóvenes hay que perdonarles sus locuras, ya lo sé.

Mientras miraba al ocurrente señor Browne, Mariah recordó la noche en la que se lo presentaron. Fue hacía muchos años, en un baile y casi por casualidad, junto con un relativamente numeroso grupo de jóvenes. Otra chica le susurró que su esposa se quedaba en casa, casi confinada. Sin embargo, Mariah lo vio esa misma noche, solo, de pie, con cara de aburrimiento. Así que se armó de valor y fue a hablar con él, a expresarle su admiración por el último libro de poesía que había publicado, y a defenderlo de algunas malas críticas que había recibido. Halagado, el poeta se lo agradeció y se enfrascaron en una larga conversación en la que descubrieron que compartían gustos a propósito de diversos autores, poemas y novelas. Ella mostró tanto entusiasmo que el hombre le preguntó si albergaba el deseo secreto de dedicarse a la literatura. Mariah confió en él, y le comentó que había escrito algunas obras de teatro y una historia que tenía lugar en Bath, pero que su intención era solo entretener a su hermano y a su hermana pequeña. ¡Cuánto se arrepentía ahora de haberlo hecho!

—Señor Browne —prosiguió, intentándolo de nuevo—. Le suplico que no hable con nadie de esto. Ni me nombre delante de los demás invitados, ni de sus anfitriones. Conozco a ciertas personas de la fiesta, y no me gustaría que supieran que estoy aquí.

—¿Y por qué no?

—No estoy invitada, señor Browne. ¿Quiere avergonzarme, a mí y a su anfitrión?

—A ese no me importaría lo más mínimo avergonzarlo. Pero no, no tengo la menor intención de ponerla a usted en vergüenza delante nadie.

—Se lo agradezco.

—No hay de qué. —Le guiñó un ojo—. Lady A.



Matthew regresó a la casa procurando alejar de su mente todo lo acontecido, pero Parker se encontró con él en el pórtico, con su perenne copa en la mano. Parecía una prolongación de la misma.

—Me quedé asombrado al saber que la señorita Aubrey está aquí.

—Ya lo he notado —respondió Matthew, arrastrando las palabras.

—¿Recuerdas cuando te dije que todavía podías tener una oportunidad con Isabella, porque se rumoreaba que su pretendiente era un calavera y un inmoral? Pues la señorita Aubrey era precisamente la que se suponía que estaba relacionada con él.

A Matthew se le cayó el alma a los pies. Se le empezaron a agolpar las ideas en la mente. ¡No era Browne, era Crawford!

—Si es así, ¿por qué no me lo habías contado antes?

—¿Y por qué tendría que haberlo hecho, si no tenía la menor idea de que hubieras oído hablar siquiera de la señorita Aubrey? Y ya no digamos que compartías con ella una hacienda.

Matthew soltó un bufido, pero no replicó. Sabía que no tenía que tomarse el asunto como algo personal. Pero lo que no podía evitar era el sentimiento de decepción que lo invadía.

—Las cosas ocurrieron en nuestra fiesta del verano pasado —siguió Parker—. Yo mismo flirteé con la señorita Aubrey cuando llegó, pero, por increíble que parezca, resistió perfectamente mis muchos e innegables encantos —dijo, riendo entre dientes—. Yo no presencié en directo lo que ocurrió. Esa noche bebí bastante y me dormí como un tronco. No amanecí hasta el mediodía siguiente. Pero, por lo que escuché, la encontraron en la cama con Crawford. ¡Y en ese momento ya estaba comprometido con la Forsythe! O casi... Fuera como fuese, no estaba conmigo, lo cual no deja de ser una pena. Parece que fue la mismísima señorita Forsythe la que los encontró. Me dijeron que Isabella montó un buen escándalo esa noche, aunque después ha procurado mantenerlo oculto.

Matthew sentía náuseas mientras su amigo continuaba con la chachara, como si no tuviera la menor importancia.

—El asunto arruinó la fiesta, lógicamente. —Parker cruzó los brazos y suspiró—. Esas cosas pasan a menudo, por supuesto, pero cuando la futura esposa entra en escena, bueno, para todo el mundo se acaba la diversión. Así que yo no quiero casarme, gracias. No me importa la coacción que ejerza mi madre, o más bien que siga ejerciendo. Me escabulliré, como hago siempre.

Parker asintió, confirmando con vigor sus propias palabras, y después

puso cara de pillo.

—¡Conque la señorita Aubrey!, ¿eh? Ahora la fiesta sí que se ha puesto interesante. —Le dio con el codo a Matthew—. ¡Viejo demonio! ¿Dónde la tienes guardada?

Capítulo 29

«Una novela, al igual que una poesía, debe tener como protagonista a una persona superior al común de los mortales».

Lady SHELLEY, 1819

Al cabo de una semana, y en lugar de escribir, tal como había prometido, el señor Crosby se presentó sin avisar en la casa del guarda. Maggie y Dixon estaban recogiendo grosellas fuera, así que Mariah fue a abrir. Al verle, forzó una sonrisa y lo invitó a pasar.

—He pensado que sería mejor así —explicó—. No quería que tuviera usted que esperar varios días, preocupada y ansiosa, que es lo que habría pasado si le hubiera escrito.

«¡Qué amable!», pensó Mariah con acidez, aunque se mordió la lengua y no dijo nada.

—Le cuento lo que he organizado. A las tres de la tarde de hoy, Thomas Piper se encontrará con nosotros en la posada Mill Inn. Yo acudiré de carabina, y también para disfrutar del placer de ver cómo se conocen dos autores a los que admiro mucho.

A Mariah empezó a latirle el corazón a toda velocidad. «¿Hoy?».

—¿Usted conoce al señor Piper?

El señor Crosby torció un poco el gesto.

—No. En persona no. Mi padre sí que lo conoció, y yo me he carteadado con

él, pero tengo muchas ganas de conocerlo. Por lo que recuerdo, mi padre opinaba que era un personaje de lo más particular e interesante. Le aseguro que no tiene nada que temer.

¡Así que el señor Crosby tampoco lo conocía personalmente! Aquel día, al haberlos visto juntos en el camino, casi se había convencido de que el autor secreto era Hugh Prin-Hallsey, que presumía de ser la indomable «señora Wimble». Después de todo, él era el único autor al que conocía, aparte del poeta Bartholomew Browne. ¿Conocería el señor Crosby la identidad que se escondía tras la señora Wimble o el señor Piper, aunque a este último no lo hubiera visto en persona?

—Supongo que usted sabe quién es la señora Wimble, ¿no es así? Me dijo que se había encontrado con todos sus autores esta primavera, para ponerles cara...

—La verdad es que me fue imposible organizar una cita con esa autora —respondió, frunciendo el ceño—. Es un asunto importante en mi agenda, que espero resolver pronto.

—Entiendo... —murmuró Mariah.

Eso significaba que Hugh podía ser tanto la señora Wimble como el señor Piper. ¿Qué haría Hugh si se enteraba de que Lady A era ella? No pensaba que fuera a desalojarla de la casa, dado que él le había confesado que también escribía novelas. Pero ¿y si el autor era un conocido de su propia familia? Mariah se preguntaba qué sería peor, si el que su padre supiera que estaba dañando aún más su reputación al convertirse en una «escandalosa» autora de novelas, o que el señor Crosby averiguara la sórdida fama social de la mujer que, disfrazada de «dama», publicaba obras en su editorial.

Mariah se levantó, se frotó las manos con gesto nervioso y empezó a pasear por la habitación.

—Creo saber quién es Thomas Piper. ¿Es Hugh Prin-Hallsey?

—¿Prin-Hallsey? —El señor Crosby frunció el ceño, concentrándose.

—Le vi a usted hablando con él en la carretera cuando vino a visitarme hace un mes. Un hombre a caballo, alto, con el pelo oscuro.

—Sí, ahora lo recuerdo. Pero no creo que sea Thomas Piper. Por lo que me dijo mi padre, y por el hecho de que la mayoría de lo que ha escrito se

publicó por primera vez hace más de una docena de años, el tal Thomas Piper tiene que ser mayor.

—Pero no lo sabe con certeza.

—Supongo que es posible que el señor...

—Prin-Hallsey.

—Sí, eso. Decía que es posible que escribiera *Las aventuras del Príncipe Dorado* siendo muy joven, pero me sorprendería muchísimo que ese trabajo lo hubiera realizado un escritor sin experiencia, ni literaria ni vital. ¿Ha viajado por mar alguna vez?

Mariah no contestó inmediatamente. La mención del título del libro había captado su atención, y estaba intentando buscar en su mente el porqué. «*Las aventuras del Príncipe Dorado. El Príncipe Dorado. Príncipe*⁶...».

—¿Ha leído usted sus libros, señorita Aubrey? —preguntó el señor Crosby.

Negó con la cabeza.

—Son historias de marinos —explicó—. Espadachines, piratas, náufragos... esas cosas, ya sabe.

—¡Oh...! —musitó. ¿Sería posible? ¿Habría escrito historias el capitán Prince basadas en sus propias experiencias, tras su regreso a Inglaterra?

¿Sería ese el motivo por el que Thomas Piper no había escrito nada en tanto tiempo? ¿Por qué había perdido la libertad que le permitiera hacerlo? Mariah se preguntaba incluso si se le habría permitido mantener correspondencia con el señor Crosby desde Honora House, o trabajar en revistas. No le parecía muy probable. Hasta dudaba de que dispusiera de dinero para enviar y recibir correo postal. Y, si de verdad se tratara de él, ¿tendría planeado escaparse de su habitación esa misma tarde para encontrarse en el pueblo con Lady A? Evidentemente, en otras ocasiones se las había arreglado para escaparse. Y si lo hacía, no quería decepcionarlo, de ninguna manera.

Pero el asunto le parecía fantástico en exceso. Era más probable que se tratara de Hugh, o incluso de Bartholomew Browne, un poeta que también podría ejercer de novelista. Después de todo, los dos estaban en Windrush Court, y podían escaparse con facilidad para ir a la reunión.

Finalmente, el señor Crosby se levantó.

—No creo que deba usted preocuparse por nada, señorita Aubrey, pero no la voy a presionar más. Me voy al pueblo y, mientras tanto, piénselo. Por mi parte, estoy deseando conocer a este autor. No ha escrito nada desde hace mucho tiempo. Puede que le convenza de que vuelva a hacerlo. —Sonrió y después consultó su reloj de bolsillo—. Si usted no viene a la posada antes de... las tres y media, me disculparé en su nombre con el señor Piper y me iré en la diligencia de Londres. —Se tocó uno de los bolsillos de la levita—. ¡Ah, antes de que se me olvide! Le he traído el resto del pago de su trabajo para Simon Wells. Está muy contento del resultado, y me ha indicado que pronto empezarán los ensayos de la obra.

Distraída, Mariah aceptó el dinero sin hacer mucho caso.

—Gracias, señor Crosby.



Mariah subió al piso de arriba para estar en privado, pero le fue imposible sentarse a pensar. En lugar de eso se puso a pasear, muy intranquila. ¿Merecía la pena correr el riesgo? ¿Le ayudaría en algo revelar a Hugh Prin-Hallsey, o incluso a Bartholomew Browne, que ya estaba seguro de que ella era Lady A? ¿Y qué pasaría si se tratara del capitán Prince? Por muy bienintencionado que fuera, ¿sería juicioso confiar su secreto a un hombre tan impredecible?

Martin llamó a la puerta del cuarto de estar, con el sombrero en la mano.

—Desde abajo he oído que paseaba por la habitación. ¿Está usted bien, señorita?

—Pues debería estarlo, pero tengo miedo. —Le explicó la petición del señor Crosby, la reunión, a la que ya iba a llegar tarde, sus dudas acerca del hombre con el que debía encontrarse...

Martin se acercó y se quedó frente a ella.

—Señorita Mariah, no hace falta que vaya si no lo desea.

—Pero el señor Crosby quiere que vaya. ¡Si al menos supiera qué tipo de hombre es Thomas Piper, y que no tiene malas intenciones! —Pensó otra vez en la fiesta de verano e hizo una mueca. ¿Se iba a exponer a más

humillaciones?

—Por supuesto que no le desea ningún mal —dijo Martin—. Doy por hecho que el señor Crosby ya se lo ha asegurado, ¿no es así?

—¿Y entonces por qué estoy tan asustada? —exclamó, levantando los brazos.

—Lo desconocido no tiene por qué asustarnos, señorita. Al menos, no siempre. Pero no debería... No tiene por qué preocuparse más.

—Sí, tiene usted razón. Me reuniré con él y que sea lo que Dios quiera. — Empezó a pasear otra vez por la habitación.

—Solo si lo desea. La acompañaré, si le parece bien.

—¡Si al menos supiera que puedo confiar en él!

—Mi opinión es que puede. Debe de haber visto algo en su forma de escribir que le gusta mucho, y aunque lleve muchos años sin escribir, hace años tuvo fama, y seguro que piensa que puede ayudarla. Incluso aconsejarla un poco.

—Y si sus intenciones son honorables, ¿por qué no revela su identidad?

—Puede que quiera ver primero si las aguas no son peligrosas —dijo Martin, sentándose en una de las sillas vacías—. Quizá no desee imponerle su presencia, ni invadir su privacidad, su vida, más de lo que ha hecho ya. De esta forma, presentándose por medio del señor Crosby, usted tiene la posibilidad de rehusar. Y si lo hace, lo respetará y lo dejará estar.

Mariah solo había escuchado a medias lo que le había dicho Martin. Sabía que estaba intentando calmarla, ofrecerle una salida. Pero, poco a poco, sus palabras fueron abriéndose paso en su mente.

Se volvió a mirarlo, esta vez con la boca abierta.

Imperturbable, Martin se inclinó hacia atrás en la silla, rascándose el brazo con el garfio.

—Y puedo explicarle de primera mano qué tipo de hombre es —dijo tranquilamente, como si no se hubiera dado cuenta de su asombro—. Un viejo lobo de mar que no desea hacerle ningún daño. Que no le llega a usted ni a la suela de los zapatos. Que no podía ni creerse que alguien pudiera querer leer las absurdas historias de aventuras que escribió, pero ya ve, hubo quien las leyó. Y la verdad es que, en su momento, fueron muchos quienes las leyeron.

Mariah contuvo el aliento.

—¿Usted...? ¿Me está diciendo que usted es el señor Piper?

De repente, el apellido «Piper»⁷ cobró en su mente todo su significado. Él sonrió, y se le formaron arrugas en las comisuras de los ojos y de los labios.

—Sí, señorita. Ese soy yo. Muchos de mis cuentos están inspirados en las historias del capitán Prince, y por eso estoy en deuda con él de muchas maneras.

—¿No se me había ocurrido! ¿Por qué no me lo dijo?

—Ya se lo he explicado, señorita. No quería imponerle mi presencia, mi... ayuda, por si no la quería.

—¿Lo sabe Dixon? —preguntó, mirándole todavía con asombro.

Negó con la cabeza...

—No lo sabe nadie, excepto usted ahora. Su tía Fran sí que lo sabía. De hecho, fue ella la primera que me sugirió que escribiera esos cuentos. Pero se llevó mi secreto a la tumba. Y yo también guardé el suyo.

«Su secreto...». Mariah miró fijamente al antiguo marinero, asistente, criado y... autor... como si acabara de conocerlo. Contempló unos ojos azules firmes y un rostro curtido, inteligente, sabio.

—Martin, ¿puedo enseñarle una cosa?

Le mostró su copia de *El regreso de Euphemia*.

—¿Recuerda este libro, que ha recibido unas críticas magníficas en casi todas las revistas y periódicos?

Tomó el volumen y miró la cubierta y el lomo.

—Sí.

—Creo que lo escribió Francesca,

—¿En serio? —Arrugó la frente—. Nunca me dijo que se hubiera publicado ninguna de las novelas que escribió.

—Porque en realidad no se publicaron, o más bien, no las publicó ella. En este caso ha sido Hugh. Creo que se hizo pasar por el autor de la misma, y que se quedó con el dinero, naturalmente.

Entrecerró los ojos y frunció las pobladas cejas mientras pensaba.

—Recuerdo que estaba muy irritada con Hugh. Le acusó de quitarle cosas...

—Creo que por eso guardó el resto de los manuscritos y diarios aquí, en la casa del guarda. Y también explica el porqué de la frenética búsqueda de Hugh por toda la mansión, y también en esta casa.

Martin asintió, al parecer convencido, y se puso en pie rápidamente.

—¿Qué hora es?

—Las tres y media —contestó, mirando el reloj de la chimenea.

—Vamos a ver si todavía llegamos a tiempo de hablar con el señor Crosby. Thomas Piper tiene alguna que otra cosa que decirle.



Al día siguiente, la señorita Forsythe, que llevaba un amplio sombrero de ala ancha para cubrirle el rostro del sol de agosto, se agarró del brazo de Matthew mientras caminaban por la rosalada. La señorita Hutchins, sentada en un banco del jardín, y las hermanas Mabry, que jugaban al bádminton en las cercanías, servían de carabinas. Matthew caminaba tranquilamente, disfrutando de la calidez de su mano enguantada sobre el brazo, hasta que se dio cuenta de que casi habían llegado sin querer a la casa del guarda. Al menos por su parte sí que había sido sin querer.

Isabella dirigió la mirada hacia la casa.

—Así que esta es la misteriosa casa del guarda.

—Sí. Fue lo primero que conocí de Windrush Court. Me tropecé con ella durante una tormenta, incluso antes de que la alquilara. De hecho, iba camino de una posada. —No hizo mención de que se cayó del caballo.

—Ah... eso lo explica.

—¿Qué es lo que hay que explicar?

—Bueno... —Le dirigió una mirada cauta—. La señorita Aubrey y usted parecen tener mucha confianza.

—¿Confianza? ¿Qué quiere decir? —Empezó a sentir punzadas de alarma por todas partes. La verdad es que había contado lo de la función de teatro en la casa de caridad, y Hart había amenizado una de las veladas contando la magnífica cena que había preparado un cocinero manco, pero aquello no le parecía suficiente como para que Isabella llegara a tal conclusión.

—Un soltero y una soltera que viven en la misma hacienda, que comparten cenas y acciones caritativas, trabajando codo con codo... —dejó las conclusiones en el aire, como si lo que había dicho fuera más que suficiente como para extraer conclusiones.

—Está haciendo que parezca mucho más de lo que en realidad es — insistió—. Somos vecinos, pero no hemos intimado. No tenemos... confianza, como ha dicho usted.

Lo miró por un momento, y después volvió a dirigir la vista hacia la casa del guarda.

—No es esa la impresión que tengo —dijo. Parpadeó intencionadamente—. Y me pregunto si es esa también la impresión que tiene la señorita Aubrey.

—Está usted absolutamente equivocada —replicó—. La señorita Aubrey y yo solo somos conocidos.

—¿Amigos?

—Bueno, quizá podría llamársele así, pero... Bueno, hace muy poco tiempo que conozco a esa mujer. Hart y yo sí que somos amigos, por ejemplo, y es que nos conocemos desde hace muchos años.

La joven pareció dudar.

—¿Cree que... es adecuado, teniendo en cuenta su, bueno, su reputación, el que usted se implique en su exilio de una manera tan cercana?

No, no había sido ni adecuado ni inteligente por su parte. Ahora se daba cuenta.

—Entre ella y yo no hay ningún tipo de... implicación, y menos inadecuada, como ya le he dicho. Ni siquiera somos amigos, en ese sentido...

Se detuvo en seco. Y es que allí estaba. Por encima del hombro de Isabella, pudo ver a la señorita Aubrey. Con gesto de asombro, y también afligido. Su expresión parecía... traicionada. Una bocanada de bilis fluyó desde su estómago y le alcanzó la garganta. «¡Vaya por Dios!». No la había visto por el camino que iba hacia la zona de lavandería, junto al establo y por el bosque, y ahora había desaparecido otra vez.

—Deberíamos regresar —dijo inmediatamente—. Los demás se estarán preguntando qué ha sido de nosotros. Sobre todo, Crawford.

—Bueno, deje que se lo pregunte.

Si no hubiera sentido esa sensación de culpabilidad, habría aprovechado al máximo la sugerencia implícita de Isabella, sin pararse a pensar en lo que le estaba ofreciendo con sus palabras y con su actitud. Pero, en realidad, lo que le ocurría era que estaba consumido por el arrepentimiento, y que lo único que deseaba era librarse de la compañía de Isabella para poder volver a la casa del guarda y hablar con la señorita Aubrey para explicarle lo que había ocurrido y disculparse con ella.



Alrededor de media hora más tarde la encontró en el viejo columpio, tal como esperaba. Se balanceaba suavemente, dándose impulso con la punta de la zapatilla. Parecía muy joven y muy inocente. No podía creerse que, de verdad, hubiera estado involucrada en algún asunto con Crawford. A la luz del crepúsculo, pudo ver que había estado llorando, y se sintió como el insecto más vil de toda la Creación.

—Señorita Aubrey, siento que haya oído eso.

—Pues yo no. Ahora sé con toda seguridad qué es lo que piensa de mí de verdad.

—No, no lo sabe. Hablé apresuradamente, sin pensar lo que decía. Ya sabe lo que siento por ella. No quería que pensara que usted y yo... Que había algún impedimento para nosotros, ella y yo. Al menos por mi parte.

Lo miró con esos ojos de color ámbar que expresaban una pena inmensa, y se le encogió el corazón al comprobar el dolor que le había causado.

—No, capitán. Oí lo que usted dijo. Las palabras, una por una. Aunque hace poco me dijera que «esperaba que fuéramos amigos». Para mí las palabras son importantes. Las escucho, las sopeso y las tengo en cuenta. Si no puedo confiar en lo que dice, en sus palabras, ¿cómo voy a confiar en usted?

Fuera acertado o equivocado por su parte, Matthew se dio cuenta de que le tenía afecto a esta mujer y que apreciaba mucho su amistad.

—Puede usted confiar en mí, Mariah, se lo aseguro. —Le dirigió una sonrisa un tanto inconclusa, e intentó aligerar la conversación haciendo una pequeña broma—. ¿Podrá perdonarme alguna vez por sacrificar nuestra

amistad en el altar del amor?

Lo miró de hito en hito, con el ceño fruncido, y negó con la cabeza.

—Justamente ese es el problema.

Su sonrisa se desvaneció de inmediato.

—No la entiendo.

—Ya lo sé —suspiró—. Pero, en cualquier caso, le agradezco que haya venido a disculparse. Se lo agradezco de verdad.



Después de que el capitán Bryant le diera las buenas noches, Mariah siguió en el columpio, viéndolo marchar. Se había quedado muy sorprendida por sus palabras, que había pronunciado en tono de broma, de forma ligera. Pero en realidad la afectaron, pues eran la clave del problema que había entre ellos. Matthew Bryant era capaz de sacrificarlo todo para ganar en el amor.

La palabra «altar» resultaba pavorosamente apropiada.

La voz de la mujer que estaba con él le resultó en cierto modo familiar, pero dándole la espalda y con aquel sombrero tan amplio, Mariah no pudo contemplar del todo su rostro, solo una parte del perfil. ¿Qué era lo que el capitán Bryant veía en ella que le resultaba tan irresistible?

Mientras avanzaba por el umbrío jardín, Mariah se dio cuenta de que debía apartar de su mente los pensamientos sobre el capitán Bryant. No iba a resultarle fácil, pero pensó que una visita a Lydia Sorrow la ayudaría.

El corazón de Lydia empezó a palpar de manera dolorosa cuando él se sentó en el extremo de la cama y la atrajo suavemente hacia sí.

—Sabes que, si pudiera, me casaría contigo mañana mismo. Dime que lo sabes.

Lydia asintió.

Él se inclinó hacia delante y la besó en la sien, en la mejilla, en la oreja.

Se estremeció.

—¡Cuánto tiempo he soñado con esto! Tú y yo. Marido y mujer. Libres para vivir y amar.

Le acarició el hombro, y después le empujó ligeramente el brazo hacia

abajo, dejando libre un lado de su cuerpo y acariciándolo. Se inflamó con sus caricias.

¿Había echado el cerrojo que separaba su habitación de la de la señorita Duckworth? ¿Y si la mujer entraba justo en ese momento? Se quedaría de piedra. Daría la alarma y despertaría a toda la casa. ¿O no...? No, no haría eso. Para salvar su reputación, una carabina adecuada y consciente de sus obligaciones expulsaría con sigilo al hombre que había entrado en la habitación. Mientras, le haría jurar que mantendría el secreto, y le pediría de inmediato que solicitara su mano para salvar su honor.

La besó en el cuello y en el esternón.

—Tienes frío. Toma. —Se incorporó, se quitó la levita y se la colocó sobre los hombros. Después se dedicó a calentarla a base de besos y caricias. Su cuerpo pareció diluirse y su cerebro perdió el control...



Por la mañana, Dixon colocó una cesta de frutas y verduras sobre la mesa de trabajo y empezó a desatarse las cintas del sombrero.

—Mariah, si Phelps viene a visitarme, dile por favor que estoy muy ocupada.

—¿Qué es lo que no te gusta del señor Phelps? —preguntó, mirando a su amiga.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, la mujer empezó a frotarse los antebrazos.

—Me mira como si quisiera utilizarme para hacer pudin.

—Tú le gustas, Dixon —afirmó Mariah sonriendo—. No pasa nada por gustarle a alguien. —«A no ser que ese alguien esté comprometido con otra», pensó para sí.

Su amiga frunció el ceño y empezó a sacar lo que había en la cesta.

—No para de darme la lata con los estambres y el polen de las flores, y con las semillas y la germinación. ¡Y siempre tiene las uñas sucias!

—Es el jardinero, Dixon. Si siempre las tuviera limpias, los dueños serían los que deberían preocuparse.

—El señor Montgomery no tiene tantos defectos.

—El señor Montgomery es un personaje de ficción.

—¿Y qué me dices del capitán Bryant? Seguro que no se dedica a la cháchara absurda, ni tiene apéndices repulsivos.

¿Apéndices? Mariah se quedó pensativa. ¿Hablaba del señor Phelps o de Martin?

—Y además es muy guapo —añadió Dixon.

—Es verdad —reconoció Mariah—. Pero tiene algo que no está del todo bien.

—¿A qué te refieres?

—Está muy decidido... a cometer un error.

Dixon examinó un repollo de la cesta.

—Es bueno que los hombres tengan un propósito. Hay por ahí muchos petimetres sin la más mínima voluntad.

—Es verdad. Pero da la impresión de que es capaz de hacer cualquier cosa con tal de obtener lo que desea, independientemente del coste que eso suponga para sí mismo y para los demás.

—Te refieres a conquistar a una determinada dama.

Mariah asintió.

—Pues a mí no me importaría ser objeto de una persecución tan obsesiva —dijo Dixon suspirando.

—Pues me da la impresión de que ya lo eres. Aquí viene el señor Phelps —informó Mariah, que estaba mirando por la ventana.

El jardinero llevaba una maceta en una mano, y con la otra se estaba quitando el sombrero. Mariah observó que se había peinado con esmero el hirsuto cabello gris.

Dixon se retiró a la despensa, haciendo aspavientos para que lo despidiera.

—Ya te ha visto por la ventana —susurró Mariah negando con la cabeza.

La mujer gruñó, miró a Mariah con inquina y se dirigió hacia la puerta. Cuando la abrió, observó que el señor Phelps se había puesto un sobretodo de *tweed*, una camisa blanca muy limpia y unos pantalones oscuros. Solo los zapatos estaban menos brillantes de lo que debieran. Cuando le ofreció a Dixon la maceta con una rosa de té, no pudo verle las uñas, pese a que lo

intentó.

—Señorita Dixon, me pregunto si sería tan amable de acompañarme a dar un paseo por los jardines. Las nuevas dalias están en flor, y también los azulejos, y me gustaría mucho poder enseñarle todas esas flores.

Mariah se preguntó si se había arreglado con tanto esmero solo para enseñarle el jardín a su amiga.

Al ver que Dixon dudaba, Mariah repitió las palabras que esta había utilizado para empujarla a ir a cabalgar con el capitán Bryant. ¡Donde las dan las toman!

—Estará encantada de acompañarle, señor Phelps. Voy a buscar su chal.

6 Nota del Trad.: En inglés, «príncipe» se dice *prince*, como el apellido de un personaje de la novela, el capitán Prince.

7 Nota del Trad.: *Piper*, en inglés, y entre otras cosas, significa «flautista».

Capítulo 30

«¡Vergüenza para su alma cobarde! Cayó de rodillas ante ella, la persiguió, le juró amor eterno, honor y sinceridad; la ganó... ¡y después la dejó, como si no fuera más que una mala hierba!».

La coqueta del pueblo,
1822 (anónimo)

Mariah paseaba por el prado que rodeaba la casa y se agachó para recoger un gran trozo de papel marrón, que seguro que había caído al suelo mientras los niños se llevaban las galletas que les había ofrecido. Llevaba el vestido de día de color marfil, esta vez con un discreto pañuelo de encaje cubriendo el escote.

Un hombre a caballo avanzaba al trote por el camino. Agachó la cabeza, pero ya era demasiado tarde. La había visto.

—¿Mariah? Perdón... señorita Aubrey. Yo...

Aquella voz. Su voz. La reconocería en cualquier sitio. El pulso se le aceleró al instante.

Miró hacia arriba, pero en cuanto sus ojos se encontraron volvió a bajar la cabeza avergonzada. Apretó con todas sus fuerzas el trozo de papel, convirtiéndolo en una bolita, y se obligó a sí misma a levantar el mentón y fingir indiferencia.

—Hola, señor Crawford. ¿Qué le trae por aquí? —Inmediatamente después de pronunciar tales palabras, se arrepintió de haberlo hecho.

—Estoy de visita en Windrush Court. Un tal capitán Bryant nos invitó. «Nos». Esa palabra fue como una puñalada.

Crawford miró hacia atrás.

—De hecho, él y yo hemos salido a cabalgar, pero se detuvo para saludar a un vecino. Vendrá enseguida. —James Crawford miró alrededor y, al no ver a nadie, siguió hablando—. Debo decir que... no esperaba encontrarla aquí.

¿Pensaría que se había incorporado tarde a la fiesta? Puede que el señor Browne o algún otro le hubieran alertado a él y a su esposa de su presencia. ¿O quizá no, esperando disfrutar de ver a la pareja en semejante tesitura?

—No soy una de las invitadas, señor Crawford. No debe temer nada.

Soltó un suspiro de alivio.

—¡Ah, bueno! ¡Menos mal, no sabe cuánto me alegro! La verdad es que habría resultado más que incómodo que...

—Me encuentro bien, señor Crawford, gracias por preguntar —le cortó bruscamente. Primero, para dejarle claro su enorme falta de educación, y segundo, porque no quería contestar a nada ni remotamente relacionado con su situación personal—. ¿Y usted? ¿Está bien?

—Eh... sí, claro. Muy bien, gracias.

—Excelente. Espero que tanto usted como su esposa lo pasen muy bien aquí —dijo Mariah secamente, y se dio la vuelta, camino de la casa del guarda.

—¿Esposa? ¡Ah, sí, entiendo! Estamos prometidos, pero todavía no nos hemos casado.

Giró en redondo, absolutamente pasmada.

—Pero... usted dijo que era su prometida. Y eso fue... hace ya casi un año.

Ahora le tocó a Crawford agachar la cabeza.

—Lo sé. Estábamos a punto de prometernos, pero después de, eh..., la pelea en casa de los Parker, ella no quiso seguir adelante y rompimos. Pero puedo decir que, felizmente, me ha perdonado, y ya estamos comprometidos, incluso de manera oficial: se ha publicado en la *Gazette*, se han leído las amonestaciones, y todo lo demás.

Mariah, de puro asombro, no podía apartar la vista de él. ¡Lo habían

liberado del compromiso! Podía haber vuelto con ella. Haberla rescatado. Pero no lo había hecho. Su padre podría haberlo puesto entre la espada y la pared, de haberle dicho ella que él estaba comprometido con otra. Pero ya era demasiado tarde. Ahora que se había producido un anuncio formal, un caballero no podía desentenderse del compromiso adquirido.

—Me mintió.

—No exactamente —replicó, haciendo una mueca—. Ella es mi prometida y pronto será mi esposa. Mi padre es inflexible.

Mariah estaba hundida, pero la ira afloró.

—¿Tiene la menor idea de qué es lo que me ha hecho? ¿Del precio que he tenido que pagar? Estaba muy sorprendida porque no había visto su supuesto «compromiso» anunciado en los periódicos, pero claro, usted había estado fuera del país durante varios meses.

—Ese era mi débil plan. Pensaba que, si usted creía que ya estaba comprometido, podría seguir mi camino. Usted no tendría la posibilidad de tentarme, de sacarme de mi camino ya trazado.

—¿Tentarle yo? —exclamó, dando un paso hacia su caballo—. ¡Fue usted el que vino a mi habitación aquella noche!

Las palabras que había pronunciado, y que ella se había aprendido de memoria, volvieron a resonar en su mente, burlándose de ella: «Pensaba que tendríamos tiempo. Que podría cortejarte. Pero mi padre quiere verme casado ya. Establecido... Sabes que, si pudiera, me casaría contigo mañana...».

Asintió con expresión apenada.

—Sí, fui a su habitación a decirle que no podía casarme con usted.

—Pues el método que escogió para darme la noticia no fue el más adecuado. —Sus palabras rebosaban sarcasmo. Él volvió a hacer una mueca.

—Lo sé. Estando solo con usted, no pude contenerme...

Mariah negó con la cabeza una y otra vez. ¿Por qué se habría enamorado de él? No era un caballero, no tenía honor. Había malgastado su tiempo, sus sentimientos, su corazón, su vida, por un hombre egoísta, manipulador y mentiroso.

Respiró hondo y cuadró los hombros.

—Gracias, señor Crawford, por haber liberado por fin mi mente.

Él hizo un gesto de recelo, seguramente esperando otro estallido verbal.

—Tenía miedo de que quisiera usted volver a intentar seducirme. No sabe cuánto me alegra saber que no hay peligro.

En ese momento oyeron que el capitán Bryant se acercaba al galope por el camino, y James Crawford, avergonzado de repente, tiró de las riendas para que su caballo diera la vuelta.

—Debo regresar. —Se acercó al capitán Bryant, intercambió con él unas palabras que Mariah no pudo escuchar y el capitán miró en dirección a ella, con gesto de duda.

Una vez que el señor Crawford se marchó cabalgando, el capitán se acercó al trote.

—¿Va todo bien? —preguntó.

¿Se notaría por fuera cómo se sentía? Probablemente sí, pero de todas formas asintió.

Echó una mirada hacia el jinete que se retiraba hacia los establos, antes de volver a dirigirle una mirada si cabe más especulativa.

—Me da la impresión de que ya conocía al señor Crawford.

Mariah retrocedió como si la hubiera pinchado con una aguja. ¿Sabría algo del escándalo el capitán Bryant? ¿Se lo habrían contado? Solo de pensarlo se sentía vulnerable y mancillada.

—Sí, nos conocíamos. —Continuó antes de que él pudiera hacer otra pregunta—. ¿Y usted? ¿Lo conocía?

—No. —Desmontó—. Antes de la fiesta no lo conocía.

—¿Y entonces por qué lo ha invitado? —preguntó, sin poder disimular su sorpresa.

Se miró los guantes, como si buscara algún defecto en ellos.

—Señorita Aubrey, siempre es una buena táctica ver con tus propios ojos el barco enemigo, calcular su capacidad, antes de desarrollar el plan de ataque.

Inclinó la cabeza hacia un lado, sintiendo curiosidad pese a lo destrozada que estaba.

—¿Y cómo es que el señor Crawford se convirtió en su «enemigo», si ni siquiera lo conocía?

—Es muy fácil.

Lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Tiene algo que ver con cierta dama?

—Tiene todo que ver con cierta dama, la señorita Isabella Forsythe. Creo que ustedes dos se conocen.

Se quedó mirándolo de hito en hito. ¿Isabella Forsythe? ¿Era ella la mujer que el capitán Bryant deseaba conseguir a toda costa? ¿La mujer que ella creía que se había casado hacía doce meses con el hombre del que había estado enamorada? Isabella debía de ser la mujer a la que había visto cabalgando con el capitán Bryant. Mariah no la había reconocido desde tan lejos... pero lo cierto es que nunca los habría asociado, jamás.

—Sí, nos hemos visto... —murmuró—. Brevemente.

El capitán Bryant dio unos golpecitos cariñosos en las húmedas patas delanteras de *Storm*.

—Si desea darme su versión de la historia, le prometo que la creeré.

—¿Y por qué habría de hacerlo? —preguntó, soltando una risa seca y mirando para otro lado.

—Tengo información acerca de la catadura moral del señor Crawford, y por diversas fuentes —respondió él, haciendo una mueca.

—¿De verdad? —dijo volviéndose hacia él—. ¿O simplemente está deseando creer cualquier cosa que se le diga y que vaya en contra del hombre que está comprometido en matrimonio con la dama que usted quiere para sí?

—De repente, se había sentido muy irritada con el capitán. ¿Es que todos los hombres que le gustaban se tenían que enamorar de la señorita Forsythe?

—*Touché*, señorita Aubrey. Pero además hay otra razón.

—¿Sí? ¿Cuál? —Esperó su respuesta, enarcando las cejas.

Él mantuvo una mirada sombría y asintió lentamente.

—Mi propia hermana, que por suerte ya está casada, y muy felizmente, en su primera juventud tuvo un desafortunado... encuentro con alguien muy parecido al señor Crawford.

—¡Ah! —susurró Mariah.

—¿Entiende por qué me gusta mantener la discreción, y no dar demasiado crédito a determinadas... historias?

Asintió.

Mariah se tomó muy bien la confianza del capitán Bryant acerca de su propia hermana, pero no contribuyó a mitigar su dolor. El ver de nuevo a James Crawford había sido como echar sal en una herida que se hubiera vuelto a abrir hacía poco tiempo. Las lágrimas volvieron a acudir a sus ojos, e inmediatamente se disculpó y se dirigió hacia su casa, para dar rienda suelta al llanto en privado.



Una vez que la señorita Aubrey se hubo marchado a la casa del guarda, Matthew regresó cabalgando hacia la entrada principal de Windrush Court. Mientras trotaba hacia los establos vio a la señorita Forsythe saludándolo con la mano desde el pórtico y bajando las escaleras para encontrarse con él. El placer que le produjo verla se vio empañado por el embarazoso encuentro que había tenido con Mariah. Era lógico que Isabella le hubiera advertido acerca del peligro de asociar su nombre al de ella.

La señorita Forsythe le dirigió una cálida sonrisa.

—James ha regresado hace unos diez minutos y ha ido a cambiarse. ¡Qué es lo que lo ha retrasado? Tenía miedo de que le hubiera pasado algo malo.

—Me detuve a hablar con la señorita Aubrey. —Desmontó, dándose cuenta inmediatamente de que no debería haberla mencionado.

Isabella hizo una mueca de desagrado.

—Capitán Bryant... —Dudó antes de seguir hablando—. Sé que no es cosa mía, pero... ¿de verdad debe permitírsele que deambule por la hacienda?

—La señorita Aubrey es la inquilina legal de la casa del guarda. —Mantuvo las riendas de *Storm* a la espera de la llegada del mozo de cuadra, pero entonces se dio cuenta de que todavía debía de estar ocupado con el caballo de Crawford.

—Pues creo que en estos momentos es de lo más... embarazoso —dijo Isabella—. Quiero decir el que esté aquí, al mismo tiempo que James.

—La señorita Aubrey lleva viviendo aquí casi un año.

Ella pensó en lo que le había dicho.

—Entonces debió de trasladarse aquí poco después de...

Matthew decidió fingir ignorancia.

—¿Después de qué?

—¿De verdad no se lo han dicho? Me refiero a la fiesta en la hacienda de los Parker, el verano pasado. —Se estremeció y se sonrojó—. Me mortifica el solo hecho de pensar en ello.

—Puede que... haya... oído algo —reconoció Matthew, titubeando.

—Imagino que ella le habrá dicho que James y yo... nos entendíamos sin estar comprometidos —continuó la señorita Forsythe—. Pues no es verdad, independientemente de lo mucho que desee creerlo, o imaginarlo. James también admite que pudo hacerla creer que le tenía más aprecio del que en realidad sentía, porque no quería herir sus sentimientos.

Matthew pensó por un momento en lo que le acababa de decir.

—Si no siente ni sentía verdadero apego hacia ella, ¿por qué le da usted tanta importancia a que esté aquí? ¿Acaso es usted la que no está segura de sus sentimientos actuales hacia usted?

—¡Por supuesto que lo estoy! No dudo de él, en absoluto, pero tampoco confío en ella, ni lo más mínimo.

—¿Cree que podría intentar hacerlo caer en una trampa, y que él no podría resistirse?

Al parecer no fue capaz de captar su sarcasmo.

—Eso ya ha ocurrido una vez.

—Señorita Forsythe, un caballero no debería...

Dio un pequeño bufido y arrugó su elegante nariz.

—¡Bueno, no me venga ahora con lo que un caballero debería o no hacer! Tengo ojos, y me doy cuenta de las cosas. Y, además, tengo un padre y un hermano. Sé que James quiere casarse conmigo. Pero eso no significa que, hasta que llegue el momento, vaya a mantenerse casto, ni tampoco fiel después de la boda. Eso es demasiado esperar de los hombres. Mi madre siempre me ha dicho que la carne es débil.

Matthew negó con la cabeza.

—Está usted equivocada, señorita Forsythe. Cualquier mujer, incluida usted, por supuesto, tiene todo el derecho, todo, a esperar fidelidad del

hombre con el que se case. Hay hombres que se toman en serio sus votos ante Dios. Por ejemplo, que la amarían y la valorarían durante toda la vida, a usted y solo a usted.

Lo miró intensamente a través de sus doradas pestañas.

—¿Usted conoce algún hombre así, capitán Bryant?

—Sí. —Dio medio paso hacia ella y bajó la voz—. Y usted también.

Durante un momento lo miró a los ojos, y su pecho se llenó de esperanzas. ¿Se rendiría a él? ¿Si se inclinaba hacia ella, le permitiría besarla?

Como si le hubiera leído las intenciones, ella se dio la vuelta. O quizá había visto aproximarse al mozo de cuadra antes que Matthew. Se tragó la decepción, le cedió las riendas al mozo y la siguió al interior de la casa.



Pensando todavía en las lágrimas de la señorita Aubrey y en la cara de culpabilidad de Crawford, la tarde siguiente Matthew buscó al individuo. Al verlo solo en la galería, mientras el resto del grupo jugaba a los bolos, Matthew aprovechó el momento para hablar con él a solas. Esperó a que se sirviera una copa del carro de bebidas y se aproximó hacia él.

—Señor Crawford, ¿podríamos hablar un momento en privado?

Lo miró con los ojos entrecerrados.

—Supongo que sí. Pero, no sé por qué, me da la impresión de que la conversación no va a gustarme.

Matthew bajó las escaleras de la galería, alejándose de los atentos oídos de los sirvientes. Cuando llegaron al jardín lateral, se dirigió a él en voz baja.

—¿No va a cumplir con su obligación respecto a la señorita Aubrey?

—¿Mi obligación? —repitió Crawford, con expresión incrédula—. ¿Ha sido ella la que le ha indicado que me diga eso?

—No, ni mucho menos. Pero sí que ha llegado a mis oídos su abominable comportamiento con ella.

—¿Qué es lo que le ha dicho? Supongo que le ha contado que yo la cortejaba, que nos entendíamos, pero no es verdad. Oficialmente no había compromiso alguno, ni yo se lo pedí de manera expresa. Además, mi padre

jamás habría estado de acuerdo con esa unión. Y ella lo sabía.

—¿De verdad? —Matthew se preguntó qué demonios podrían encontrar las mujeres en este individuo como para enamorarse de él.

—Yo le tengo aprecio a esa joven, debo admitirlo. Pero no resultaba adecuada en aquel momento, y ahora menos.

—¿Qué quiere decir con eso de «y ahora menos»? ¿Ahora que usted ha destruido su reputación?

—Una mujer es responsable de su propia reputación.

Matthew, que tenía los brazos a los lados del cuerpo, apretó los puños. Estaba enfadado con Crawford, por supuesto, pero también con Mariah. ¿Cómo era posible que hubiera confiado en este hombre?

—Estoy convencido de que pensaba que usted se iba a casar con ella, de que le dio razones para que pensara así. Entonces, ¿por qué no cumple con su obligación de caballero, se casa con ella y hace que recupere su reputación?

Crawford esbozó una cínica sonrisa.

—Eso es lo que está usted buscando, ¿verdad? Así se quedaría usted con la señorita Forsythe. No crea que no he visto desde el primer momento cuáles eran sus verdaderos motivos e intenciones. ¡Toda esa charla sobre el deber de caballero...! ¿Acaso cree que me va a obligar a destruir la posición social de la señorita Forsythe y la mía propia rompiendo nuestro compromiso? Mire, esas cosas no se hacen, y usted debería saberlo. Bueno, en el caso de que usted fuera un verdadero caballero lo sabría. Quizá lo que ocurra sea que un hombre de su posición no sepa cómo comportarse socialmente, como lo haría un caballero de verdad... —reflexionó—. Ni las mejores ropas, ni las mejores haciendas, ni los mejores modales del mundo, fingidos, por supuesto, podrían convertirlo a usted en uno de nosotros. ¿De verdad cree que Belle lo aceptaría ahora, después de haberlo rechazado ya una vez? ¿Y solo porque tiene unos cuantos miles de libras para gastar?

Matthew apretó los dientes, controlándose a duras penas.

—No. Ella nunca ha querido casarse por dinero. Ese objetivo es el de usted, no el de ella.

—Usted estaba por debajo de ella entonces, y sigue estándolo ahora —bufó Crawford.

—Es cierto —siseó Matthew—. Pero, por lo menos, yo me esfuerzo por merecerla. Usted nunca lo hará.

James Crawford lanzó el primer puñetazo, directo a la mandíbula, con lo que hizo que Matthew echara la cabeza hacia atrás, pero logró mantenerse en pie. Devolvió el favor con un directo al estómago de su oponente, y cuando Crawford se dobló, le lanzó un gancho a la mandíbula. El hombre cayó al suelo lanzando un bufido y un juramento.

La pelea captó la atención de los que jugaban a los bolos. El señor Browne se crispó, y pareció que iba a acercarse a la refriega, pero Hart colocó su bastón delante de él, como si fuera una valla. El poeta miró al teniente, se dio cuenta de su expresión de fiereza y desistió de su propósito inicial.

Se oyó un aplauso desde la balaustrada superior, y Matthew vio por un momento a Ned Parker, que tenía cara de estar divirtiéndose al tiempo que aplaudía.

—¡Magnífico! ¡Las fiestas de la ciudad son mucho más aburridas!

Matthew miró alrededor y vio a Isabella Forsythe contemplando al caído, con la mano tapándose la boca. Crawford gemía. Tras echar una breve mirada a su agresor, Isabella se acercó y se arrodilló junto a su prometido. Con esa lúgubre mirada, a Matthew le bastó para darse cuenta de que la había perdido sin remedio.



Mariah abrió la puerta de la cocina, vio la sangre que manaba del labio del capitán Bryant y se lo quedó mirando, casi sin aliento.

—¡Está usted sangrando! Pase.

La obedeció y entró en la cocina, sentándose en una silla y exhalando un suspiro. Ella fue a buscar una palangana y un trapo limpio, y regresó enseguida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Pues que soy un estúpido. Eso es lo que ha pasado. Intenté hablar con su señor Crawford, procurando que reaccionara con algo de sentido común.

Le pasó la tela por el labio con una mueca de disgusto.

—Sí que ha sido una tontería. Y no sé por qué dice que es mío. No es nada mío.

—Mi intención era precisamente ponerle remedio a esa situación.

Se quedó quieta de repente.

—Capitán Bryant, usted no debía haber hecho eso, de ninguna manera.

—Lo sé. Pero él aún la aprecia. Y lo admite.

—¿De verdad? —El trapo se quedó a medio camino.

—Pero está decidido a casarse con la señorita Forsythe, a pesar de todo.

—¿Pensaba que podría hacerle cambiar de opinión? ¿Lo dice en serio?

—No sé lo que pensaba —gruñó—. Probablemente ni siquiera lo hacía, ese es el problema. Desde luego, me acusó de intentar romper su relación con Isabella, para así poder tenerla yo. ¡Como si pudiera!

—¿Y no era eso lo que pretendía? —. María aún se sentía triste al ver hasta qué extremos había llegado para intentar recuperar a la mujer que lo había despreciado.

—En parte sí, por supuesto. Mis sentimientos hacia ella nunca han sido un secreto. Pero quería ayudarla a usted si podía, señorita Aubrey.

—Pues deje de hacerlo, capitán. Por favor, déjelo estar. —Volvió a limpiarle la herida, se la miró a fondo y levantó la mirada—. Bueno, ya está. Ha dejado de sangrar.

La miró de cerca. Demasiado de cerca.

—¿Es eso lo que quiere? ¿Todo ha terminado, de verdad?

Capítulo 31

«Todas las mujeres que escriben son pobres de espíritu, y aburridas. Si por mí fuera, se les prohibiría escribir».

NATHANIEL HAWTHORNE,
carta a su editor, 1852

na semana después de la última visita del señor Crosby y de la revelación de Martin, Mariah le abrió la puerta a Hugh Prinhallsey. Su puntualidad parecía demostrar claramente que la carta que le había enviado había cumplido el objetivo que deseaba.

—Hola, Hugh. Gracias por venir.

—Por supuesto que he venido. ¿No me has comunicado que por fin has encontrado algo de tu tía que podría interesarme?

—Sí, en efecto. Pasa, por favor.

Se sentó en la butaca, pero se inclinó hacia delante, evidentemente ansioso por saber por qué lo había llamado.

—Esto es lo que he encontrado —empezó—. Colocó encima de la mesa, delante de él, el ejemplar de *El regreso de Euphemia*, y después, junto a la novela, los manuscritos y diarios de su tía.

Frunció el entrecejo. Se notaba claramente que los cuadernos no le resultaban familiares en absoluto.

—¿Qué es todo esto?

—Diarios que guardaba mi tía, y que empezó a escribir cuando era muy joven.

—¡Pero si me dijiste que no te había dejado nada...! —balbuceó.

—Nada que te perteneciera —le interrumpió, corrigiéndole—. Nada de valor. Al menos, no lo tendría para una persona honesta.

—¿Qué quieres decir con eso? —espetó, entrecerrando los ojos al mirarla.

—He terminado de leer *El regreso de Euphemia*, y también los diarios de mi tía, así como otros escritos. Encuentro una gran similitud entre el lenguaje y el estilo de ambos.

—Y usted es una gran experta en todo lo que tiene que ver con la literatura, ¿verdad, señorita Aubrey? —contestó con suficiencia, volviendo de un modo sarcástico al trato formal y echándose hacia atrás en el sillón.

—Muchos personajes y escenarios son exactamente iguales.

—Lo cual no es de extrañar, dado que ella y yo hemos vivido en la misma casa, y hemos coincidido casi con las mismas personas.

—Hasta el tipo de letra es la misma.

Se quedó rígido por un instante, mirándola con los ojos muy abiertos. Después se puso a dar golpecitos al ejemplar de la novela.

—No se puede decir eso cuando se comparan manuscritos con un libro impreso.

—No. Pero *Crosby y Compañía* ha tenido la amabilidad de enseñarme el manuscrito original a partir del cual se compuso y se imprimió el libro.

Volvió a mirarla con intensidad, como si estuviera evaluando la amenaza que suponía para él, así como la respuesta que debería dar. Finalmente cruzó las piernas, aparentando que el asunto no le interesaba.

—No sé si puedo creerte. Pero, en cualquier caso, debes saber que Francesca accedió amablemente a reescribir mi original para que el editor llegara a la conclusión de que había sido escrito por una mujer, la «verdadera» señora Wimble.

Mariah se esperaba algo así. El señor Crosby le había dicho que la letra tenía todo el aspecto de ser la de una mujer, y también dedujo que, si Hugh utilizara en realidad el seudónimo de señora Wimble, o bien habría contratado a una mujer que le escribiera el original o bien habría intentado imitar una

letra femenina.

—¿Así que mi tía, la mujer a la que despreciabas abiertamente, te hizo este enorme favor?

—No era del todo mala —concedió, encogiéndose de hombros—, como creo que ya te he dicho otras veces. Quizá pensó que me debía algo después de usurpar el lugar de mi madre... o por permitir a su sobrina que accediera gratuitamente a la casa del guarda.

—La señora Prin-Hallsey no te debía nada.

Él hizo una mueca de disgusto, como siempre que oía denominar a Francesca con su apellido.

—Tu madrastra jamás habría accedido a reescribir un libro para ti — siguió presionándole Mariah—, porque estaba demasiado ocupada escribiendo el suyo propio.

Echaba chispas por los ojos de indignación.

—No era nada mío, ni madrastra ni nada parecido a una madre. Era una espina clavada, y una amenaza para el apellido Prin-Hallsey. No paró de quitarme lo que era mío, y yo me llevé algo a cambio. Tenía todo el derecho a hacerlo.

—Me sorprende que consintieras en poner tu nombre a algo que había escrito Francesca Prin-Hallsey, dado el terrible concepto que tenías de ella.

—Bueno, pero no he puesto mi verdadero nombre, ¿o sí? —dijo, sonriendo de nuevo con cinismo.

Básicamente, había conseguido una confesión. Mariah tuvo que contenerse para no mirar hacia la puerta de la cocina, donde se suponía que se encontraba Martin, escuchándolo todo. ¿Se lo habría impedido algo?

Hugh, al parecer ya dueño de sí y confiado, movía la punta del pie derecho en el aire, de un lado a otro.

—¿Piensas de verdad que yo prestaría mi nombre a esa bazofia femenina? ¡Estupideces románticas! Sin el más mínimo valor literario, pero por lo que he podido comprobar, más que lucrativas desde el punto de vista económico. Como heredero, todo lo que hay en la hacienda me pertenece. Solo a partir de ese momento empezó a servir para algo esa vieja bruja.

Mariah levantó los hombros.

—No me extraña que escondiera aquí sus otras novelas al descubrir que le faltaba un manuscrito. Se las llevaré a tu editor, y así sabrá que no fuiste tú quien escribió *El regreso de Euphemia*.

—¿Otras novelas? —repitió, muy alerta de repente—. ¿Cuántas hay?

—Dos, pero no las tendrás nunca, a no ser que compres algún ejemplar, como todo el mundo.

—¿Tienes intención de publicarlas?

—Claro. Pero con el nombre de su autora real, por supuesto.

Se puso de pie inmediatamente.

—No creo que pueda permitirte hacer semejante cosa.

Mariah le devolvió una mirada helada.

—Creo que no tienes elección.

—Ah, ¿no? —se inclinó hacia delante—. ¿De verdad crees que el editor te creerá a ti en lugar de a mí?

La verdad era que el señor Crosby había tardado su tiempo en creerla. Martin y ella habían ido juntos hasta la Mill Inn para exponerle su teoría. Llegaron solo momentos antes de que saliera la diligencia hacia Oxford, y finalmente aceptó llevarse a su oficina uno de los manuscritos de Francesca para compararlo con el original de la novela ya publicada.

Hugh la miró con desdén e insistió.

— ¿Y por qué Crosby y Compañía iba a dar crédito a una mujer con una reputación como la tuya?

«¡Por fin!». Martin abrió de repente la puerta de la cocina y le cedió el paso al mismísimo señor Crosby.

—Porque Crosby y Compañía ha escuchado todo lo que usted acaba de decir.

Mariah hizo una mueca de asombro. ¡El señor Crosby había venido! ¡Y lo había oído todo! ¡Absolutamente todo!



Matthew dio una vuelta más en la cama. ¡No era lógico! No lo era, en absoluto. ¿Por qué no paraba de pensar en ella, ahora, justo en el momento en

el que Isabella al fin estaba bajo su mismo techo? En esta ocasión, no eran las pesadillas que le hacían revivir la guerra las que perturbaban su sueño, sino la imagen de la señorita Aubrey.

¡No era lógico!

Cuantas más cosas averiguaba Matthew acerca de aquella mujer, más se daba cuenta de que debía mantenerse alejado de ella. Entonces, ¿por qué estaba tan obsesionado? No podía permitirse sentir otra cosa que amistad. Y, aún en ese caso, una amistad desde la distancia. Cualquier otro sentimiento podría arruinar sus planes, tan cuidadosamente trazados.

Acalorado por dar vueltas y más vueltas, Matthew se quitó de encima la ropa de la cama, se levantó y se acercó al reloj de la repisa de la chimenea. A la luz de la luna pudo ver que apenas era todavía medianoche. Se había despertado hacía algo menos de una hora, y dudaba de que lograra volver a dormirse pronto. Muy inquieto, se puso los pantalones, se metió una camisa por la cabeza y se calzó las botas. Las prefería a los zapatos de hebilla, que estaban muy de moda, pese a que tales complementos resultaban más fáciles de poner. Tenía demasiado calor como para ponerse también una levita, así que atravesó su habitación, abrió la puerta y empezó a recorrer la casa. Desde algún punto del pasillo oyó una risa nerviosa de mujer, pero no pudo discernir de quién era.

Salió a la calle, e inmediatamente se refrescó, pues la brisa de la noche atravesaba con facilidad la fina tela de la camisa. Al caminar, la grava crujía bajo sus botas. A ver si así, caminando, lograba aclararse las ideas. Y tranquilizar su corazón. Por encima de él, en un cielo sin una nube, brillaban muchísimas estrellas, tan numerosas como los diamantes que viera una vez en un cofre tras confiscar un barco procedente de África.

Cuando contemplo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que allí fijaste... Recordó que había leído ese pasaje del Libro de los Salmos más de una vez, como líder no solo militar, sino también espiritual, cuando la tripulación se reunía los domingos para los oficios religiosos posteriores a la inspección y revista. Bastante a menudo se sentía hipócrita, con el grueso libro entre las manos, que era uno de los escasos regalos que le había hecho su padre, y leyéndoselo a sus hombres como si mereciera hacerlo.

No lo merecía.

Matthew creía en Dios. Era difícil surcar el poderoso océano y no creer, respetar y sentir asombro ante la obra del Creador. Y Jesús tenía que haber sido extraordinariamente poderoso por ser capaz de calmar el viento y las olas. No obstante, algunas veces Matthew no podía creer que Dios se preocupara de un ser tan insignificante como él, o que ni siquiera lo conociera. Quizá se debiera a que su padre en la tierra era frío y distante. No obstante, esperaba estar equivocado.

Matthew pensó en otra cita del Libro de los Salmos y, mientras caminaba, lo recitó para sí: *Porque tú eres mi roca y mi castillo; y así, por tu nombre me guiarás, y me encaminarás.*



Mariah estaba sentada en la mesa de la cocina, disfrutando del calor que desprendían las brasas del horno mientras se tomaba una taza de té. Después de todos los estresantes acontecimientos del día, estaba demasiado inquieta como para acostarse, y lo que hizo fue sentarse para volver a leer una de las novelas de su tía a la luz de una vela, y a esas horas de la noche. *Chaucer* dio un salto para sentarse en la silla de al lado. Empujó su mano con la cabeza, pidiéndole que lo acariciara. Cuando levantó la mano para complacerlo, a través de la ventana de la cocina captó un movimiento.

Se levantó. Allí, con la figura bañada por la luz de la luna, vio pasear al capitán Bryant, de lado a lado, sin acercarse a la puerta, pero tampoco alejándose de ella. Lo estuvo mirando durante unos minutos, hasta que finalmente se decidió a ir hacia la puerta y abrirla.

—¿Un té?

Dejó de andar. Durante un instante la miró con expresión hosca, como si fuera a rechazar su invitación.

—Quizá prefiera un vaso de leche caliente.

Exhaló un profundo suspiro y se dirigió a la puerta.

Mariah apartó el manuscrito a un lado y se dirigió a llenar el hervidor. Lo colocó sobre el fogón y se inclinó para azucar las brasas. En el estado en el

que se encontraba, posiblemente no fuera capaz de distinguir si el té estaba cargado o no.

Se dejó caer en la silla, apenas dándole tiempo de retirarse a *Chaucer*, que maulló con tono indignado y salió de la habitación casi de estampida. Cuando Mariah volvió a sentarse en su silla, él se inclinó hacia ella y le agarró la mano, bastante manchada de tinta.

No dijo nada. Se limitó a mirarle los dedos.

—Martin ha guardado recortes de periódicos que hablan de victorias navales, incluyendo algunas tuyas, muy gloriosas —dijo con tono algo nervioso.

—No tan gloriosas —gruñó el capitán—. Todavía tengo pesadillas debido a lo sangrientas que fueron.

Intentó retirar la mano suavemente, pero él, renuente a que lo hiciera, la retuvo.

—¿Hizo usted todas esas cosas para demostrarle a la señorita Forsythe de lo que era capaz?

Soltó una risa ácida.

—Eso era lo que pensaba antes. Pero al final me he dado cuenta de que ella debe compartir con mi padre ese privilegio.

Esperó más explicaciones. Se sintió tentada de contarle lo que había pasado con Hugh Prin-Hallsey, pero se contuvo, dándose cuenta de que el capitán Bryant tenía otras cosas en la cabeza. Le permitió que siguiera agarrándole la mano entre las dos tuyas, aunque sabía que no debía. Él mantenía la mirada fija en sus dedos.

—No importa lo que haga. Sea lo que sea, parece que nada es suficiente para él. Ni ser ascendido a capitán, ni las victorias y los botines, ni tampoco esta hacienda. No hay rango, ni recompensa, ni casa que sean suficientes como para ganarme su estima.

—Estoy segura de que no necesita nada de eso para lograr el afecto de su padre. Después de todo, usted es su hijo.

—Entonces ¿por qué no está nunca contento conmigo?

—No lo sé. Quizá...

—Le diré por qué —la interrumpió Matthew—. Porque no soy mi

hermano. El perfecto Peter, que tuvo la desgracia de morir a los diecisiete años, pero que se mantiene en su memoria con una perfección sin mácula.

Separó una mano y se frotó los ojos.

—Peter era todo lo que yo no soy. Estudioso, tranquilo, siempre leyendo algún libro gordo de alguna materia con la que yo no podía. Quería hacerse vicario.

—Deje que adivine —dijo Mariah—. Usted era el travieso, siempre corriendo de un lado para otro, jugando con palos como si fueran espadas y peleándose a puñetazos cada dos por tres con otros chicos el doble de grandes.

Rio entre dientes con cierta sequedad.

—Supongo que fue por eso por lo que pensé que la Marina sería una forma de vida adecuada para mí. En ella podría hacer todo lo que se me daba bien: juegos de estrategia, situaciones de riesgo, peleas, duelos con espada...

Al tragar, la nuez se movió de arriba abajo. Estuvo un momento callado y volvió a tragar saliva.

—Cuando murió Peter, fue como si mis padres murieran con él. Perdieron la alegría. El mínimo interés que alguna vez que otra había mostrado mi padre en mí desapareció por completo. Daban igual los buenos informes que recibía de la Academia, a todo parecía hacer oídos sordos.

—¿Su padre le echó la culpa de la muerte de Peter? —preguntó con suavidad.

—¡Santo cielo, espero que no! —respondió Matthew horrorizado—. No creo que fuera capaz de soportar eso, encima de todo lo demás. No creo que haya la más mínima posibilidad de que lo hiciera, pues yo ya estaba embarcado cuando Peter contrajo la fiebre pulmonar. Siempre fue bastante enfermizo. Nuestra casa es húmeda, y hay muchas corrientes de aire. Por eso estaba tan decidido a traer a mi madre a vivir aquí. Me temo que tiene una constitución débil, como le pasaba al pobre Peter.

Cuando pitó el hervidor, Mariah se quedó donde estaba, agarrándole la mano. Así pasaron un buen rato, quizá varios minutos, sin decir una palabra. Hasta que finalmente Matthew se encogió de hombros.

—En cualquier caso, tal vez sea esa la razón por la que me dolió en el

alma que el señor Forsythe me considerada inapropiado. Era como si se hubiera puesto de acuerdo con mi padre. Como si su juicio validara lo que al final llegué a creer: que nunca sería lo suficientemente bueno, con independencia de lo mucho que lo intentara.

Mariah le apretó la mano.

—Pues entonces puede que haya llegado el momento de seguir intentándolo.

A la tenue luz de la vela, la miró con sus grandes ojos, de intensa y brillante mirada. Parecía muy atormentado, y sin embargo también era muy atractivo. Volvió a desear que no hubiera tantos secretos entre ellos. Incluso aunque también lo estuviera Isabella Forsythe.

—La señorita Dixon siempre me dice que, a los ojos de Dios, somos buenos tal como somos.

—Eso resulta difícil de creer a veces —respondió él, suspirando de nuevo y curvando los labios en una mueca de duda.

—Sí —susurró ella—. Desde luego que sí.

Abrió la boca como si fuera a decir algo, o como si deseara besarla. Pero no hizo ninguna de las dos cosas, sino que se limitó a mirarla y, al final, le soltó la mano y se levantó.

—Es tarde. Debo irme. Gracias por el té.

—No se lo ha tomado.

—Es cierto. No importa. Buenas noches. —Inclinó la cabeza para despedirse y salió andando con paso decidido por el camino de la mansión.

Mariah tomó el hervidor. Se había quedado frío.

Capítulo 32

«Encontrarme con él no era un placer,
y es que el cortejo fue insufrible;
porque su amor era falso:
solo quería besarme e irse».

The Cuckoo,
canción popular tradicional inglesa

urante la fiesta, Matthew mencionó de pasada la obrita de teatro en la que habían participado Hart y él. Hart se metió en la conversación, haciendo comentarios acerca de los argumentos, las peleas a espada, los decorados y todo lo demás, rematando con que se lo había pasado muy bien. Su expresión brilló especialmente al mencionar la magnífica interpretación por parte de Lizzy Barnes de la inocente paloma. Tal como Matthew había pensado, varios invitados, sobre todo las damas, apoyaron con entusiasmo la idea de preparar su propia obra de teatro.

Matthew las complació. Le pidió a la señorita Aubrey que le prestara los guiones y los decorados y se los pasó a las damas. Isabella y las hermanas Mabry eligieron sus papeles y empezaron a debatir qué caballero resultaba el más adecuado para cada uno de los personajes masculinos. Los ensayos comenzaron de inmediato, y Matthew se dio cuenta de que la experiencia iba a resultar completamente distinta, con trajes más sofisticados, una soprano profesional que se contrataría para cantar la canción del rui señor y espadas de verdad.

Cuando le preguntaron, Matthew no quiso entrar en muchos detalles acerca de la función original, pero Hart sí que la describió sin trabas, poniendo de manifiesto el gran talento demostrado por la señorita Aubrey en la dirección, la elaboración de disfraces e incluso la interpretación.

Cuando Hart dijo que en la obra original la señorita Aubrey interpretó al cuervo, Isabella Forsythe rechazó ese papel, y finalmente la elección recayó sobre Millicent Mabry. Matthew estaba seguro de que no lo haría ni medio bien.

La señorita Ann Hutchins, alegando que no le gustaban las frivolidades, al menos estuvo de acuerdo en realizar la función de narradora, dejando a Isabella el de la diosa Juno, y a Helen Mabry los que no tenían texto, como el cervatillo y la paloma. El capitán Parker reclamó para sí el papel de zorro, que Matthew había interpretado en la primera representación, el que engañaba con sus lisonjas al cuervo, así como el de oso o el de león, enfrentándose a Bartholomew Browne. Matthew quedó muy sorprendido con las dotes interpretativas y la afición por el teatro de su amigo Parker.

Matthew se quedó con papeles secundarios. Isabella quería que James Crawford interpretara al pavo real, pero él estaba de mal humor y no quiso participar, así que el papel le tocó de nuevo a Hart.

Durante el primer ensayo, la bisagra del pico del cuervo se había aflojado, y también se habían soltado varias plumas de la máscara del pavo real. Matthew lo llevó todo a la casa del guarda para preguntarle a la señorita Aubrey qué creía que podían hacer para solucionarlo. Ella misma se ofreció a hacer las reparaciones pertinentes y a tenerlas listas para el día siguiente, si es que él podía volver.

Matthew quería volver, pero las damas lo mantuvieron tan ocupado escribiendo más copias del guion, reorganizando la biblioteca para la representación y pintando un decorado de fondo que se olvidó por completo. Y cuando se acordó, era demasiado tarde.

El desastre ya estaba esperando entre bambalinas a que llegara su turno.



Mariah no sabía qué pensar sobre el hecho de que los invitados del capitán Bryant utilizaran los textos, los disfraces y los decorados que ella había creado. Por una parte, le agradaba que se volvieran a utilizar, pero por otra le preocupaba que su trabajo se convirtiera en tema de conversación. Esa idea le resultaba tremendamente incómoda.

No obstante, como nunca había podido rechazar a nadie que le pidiera ayuda, reparó la bisagra y la máscara que le trajo el capitán Bryant y esperó a que regresara.

Cuando vio que no volvía al día siguiente, ni el de la representación, se preguntó si no se habrían entendido mal. ¿Acaso él esperaba que le llevara los objetos? Conforme se acercaba la hora a la que le había indicado que empezaría la obra, Mariah empezó a sentirse tan olvidada y abandonada como las piezas de atrezo que había reparado. Tanto Dixon como Martin habían ido a casa de los Watford a jugar a las cartas, pues si no habría enviado a alguno de ellos a hacer la entrega. Aunque a regañadientes, decidió acudir ella misma a la mansión.

«Bueno, ¿qué es lo peor que puede pasar?», se preguntó. Estaba claro que todos los invitados conocían su presencia en la hacienda, y también su implicación en la obra de teatro, así que no había más riesgos posibles. Se limitaría a dejar la máscara y la bisagra a un criado en la puerta, indicándole que le entregara los objetos al capitán Bryant en propia mano y lo más pronto que pudiera.

Se puso un *Spencer* de manga larga encima del vestido azul oscuro de diario y se dirigió rápidamente hacia la mansión, a la luz anaranjada del atardecer. Pero cuando levantó la mano para llamar, la puerta se abrió de repente, lo que le hizo dar un respingo. Apareció el capitán Ned Parker, un joven muy atractivo al que apenas conocía. Había flirteado brevemente con él en su fiesta del año pasado, pero ella estaba tan centrada en el señor Crawford que no le había dado ni la más mínima esperanza.

El capitán Parker salía con un decantador de licor en una mano y un vaso medio lleno en la otra.

—¡Señorita Aubrey! —exclamó—. ¡Qué placer me da verla! No he tenido la suerte de coincidir con usted durante todo el tiempo que llevo aquí.

Supongo que ha venido a unirse a nosotros y presenciar la obra de teatro, ¿verdad?

—No. Solo he venido a traer esto —respondió bruscamente, levantando los objetos que llevaba en la mano, como si fuera una especie de invitación de admisión a un club privado.

—Tonterías. Tiene que quedarse. Hart y Bryant no han parado de alabar la representación en la casa de caridad, de la que fue usted el alma. Yo voy a hacer de zorro, ¿sabe? ¡Ni se imagina lo que me agradecería que actuara usted conmigo! Así podría desplegar ante todos su gran talento.

Mariah se quedó con la boca abierta tras semejante cumplido. ¿Acaso no sabía lo que había pasado en su propia fiesta? Seguro que sí. Era muy agradable encontrarse con alguien que conocía su historia y que, pese a ello, la apreciaba.

—Estoy segura de que hay alguna otra dama que va a representar el papel de forma admirable —contestó.

—Millicent Mabry —dijo él, estremeciéndose cómicamente—. Es estúpida. No paró de soltar risitas absurdas y sin control durante los ensayos.

Mariah se permitió una mínima sonrisa.

—Vamos, señorita Aubrey, no nos abandone. Es usted la única dama inteligente que hay aquí ahora, a no ser que incluyamos a la señorita Hutchins, cosa que yo, personalmente, no hago.

«Ann Hutchins», pensó para sí misma.

—No, no voy a quedarme. No quiero inmiscuirme.

Sus claros ojos llamearon tras el rubio flequillo.

—¿Y va a negarme el placer de su compañía solo por unas simples y malintencionadas habladurías? No me parece justo, en absoluto.

Sí, estaba claro que lo sabía.

—Vamos, señorita Aubrey —dijo, inclinándose hacia ella—. Si prefiere permanecer escondida, la acompañaré a la sala de fumar de la biblioteca. Allí hay un canal de ventilación que utilizan los caballeros para espiar a las damas, mientras se fuman tranquilamente sus cigarros puros. Nadie la vería, y usted tendría la posibilidad de presenciar nuestra horrible representación.

—No creo que sea una buena idea, capitán.

—Si sé que usted está allí, yo lo haré mejor. ¡Vamos! ¿De verdad no le apetece ver la barbaridad que perpetra esta tropa con su guion? Lo harán picadillo, estoy seguro, pero... ¿no siente curiosidad?

—Sí que la siento, lo reconozco —confirmó, mordiéndose el labio.

—Bueno, pues está decidido. —Se colocó el decantador debajo del brazo, le ofreció el codo y la condujo al interior de la mansión. Atravesó el vestíbulo y entró en la recóndita habitación. Inmediatamente se excusó, sin olvidar llevarse el decantador y el vaso.

Mariah se quedó sola en el fumadero, que olía algo a tabaco, pero mínimamente. Albergaba varios magníficos sillones de cuero, y en un extremo vio el punto de ventilación que le había mencionado el señor Parker. Esperaba que nadie la estuviera observando a través de él. Tardó varios minutos en reunir el valor suficiente como para asomarse, y cuando lo hizo pudo ver que la biblioteca estaba vacía.

Mariah se había sentido aliviada, y también sorprendida, cuando el capitán Parker la dejó allí. Había temido las ideas que podían acudir a su cabeza estando solo con ella al tiempo que iba vaciando el decantador trago a trago. Se acordó de su antigua carabina, que le había advertido que se alejara de Ned Parker cuando estuviera bebiendo. Pero puede que estuviera equivocada, puesto que el capitán se había portado con ella de una manera de lo más caballerosa, e incluso inesperadamente encantadora. Igual se había equivocado el verano pasado dejándole tan claro su rechazo.

Escuchó una voz estridente que llegaba desde la biblioteca, y Mariah se volvió a acercar de puntillas al conducto de ventilación. Una de las hermanas Mabry, que le pareció que era Helen, ensayaba una y otra vez las notas de la escala musical. Y después entró una mujer rubia muy hermosa. Isabella Forsythe. Mariah solo la había visto brevemente en la fiesta de los Parker. Estaba bellísima, con su disfraz griego clásico. Juno. Sintió una oleada de resentimiento hacia la impresionante rubia, que una vez más se había interpuesto entre ella y el hombre al que amaba.

Entró otra mujer en la biblioteca, Ann Hutchins, con la que Mariah había coincidido una o dos veces. La señorita Hutchins parecía preocupada, y tenía el ceño fruncido. Fueran las que fuesen las noticias que compartió con las

señoritas Forsythe y Mabry, parecían decepcionantes.

De repente, la puerta de la habitación volvió a abrirse de golpe, y apenas pudo reprimir un grito. Se volvió y comprobó que se trataba del capitán Parker. Llevaba varios objetos entre las manos, entre ellos la máscara de cuervo.

Tenía la cara muy colorada, y los ojos un tanto turbios. El decantador había desaparecido. Suponía que había dado buena cuenta de todo su contenido.

—Es el destino, señorita Aubrey —dijo—. Todo el mundo está amargamente decepcionado, y sin embargo yo me siento aliviado, como si hubiera recibido una bendición. Millicent Mabry se ha puesto enferma de repente. Unas ostras en mal estado. Por la mañana ya estará recuperada, pero la obra de teatro se ha ido al garete, a no ser que usted nos salve.

La negativa había empezado a darle vueltas en la cabeza, por su propia cuenta.

La puerta se abrió otra vez, aunque en este caso con menos brusquedad. Mariah se quedó rígida, hasta que reconoció al capitán Bryant, que entró en la habitación y cerró la puerta.

Parker hizo un gesto, señalándola con la mano, y sonrió con suficiencia.

—Aquí está, Bryant.

—Señorita Aubrey —empezó el capitán—. Parker me había dicho en un susurro que usted estaba aquí, pero tengo que confesarle que no le había creído.

—¿Puedes pensar en alguien que pueda salvar la representación a estas alturas? —preguntó Parker.

—No. Pero podríamos limitarnos a cambiar algunas cosas.

—¡De eso nada! Yo me voy mañana, ¿o es que lo habías olvidado? Y Browne se viene conmigo.

—Sí, lo había olvidado —respondió Bryant mirándolo con desgana.

—¡Vamos, señorita Aubrey! —rogó Parker—. Puede usted ponerse la máscara de Hart y el pico del cuervo, si eso hace que se sienta más segura. Mas de incógnito.

—No tiene por qué hacer esto, señorita Aubrey. No se sienta forzada —

dijo el capitán Bryant mirándola con mucha seriedad.

—¡Vamos, capitán! —se burló Parker—. Está completamente a salvo, ¿no te parece? Estoy seguro de que no vas a permitir que nadie diga nada contra ella en tu propia casa.

—Por supuesto que no.

Parker le pasó a Mariah la máscara y el pico del cuervo, dando por hecha su participación. Después miró con intención al capitán Bryant.

—¿Y no crees que la señorita Forsythe se sentirá agradecida al saber que, después de todo, se va a poder realizar la representación? Quedarás como un verdadero héroe a sus ojos.

Mariah se volvió para observar una vez más a la gente reunida en la biblioteca, que no paraba de hablar nerviosamente y de quejarse. Vio a las jóvenes y a sus carabinas, y al amable señor Hart. Pero no había rastro del señor Crawford. Después miró al capitán Bryant, sabiendo lo ardientemente que deseaba que todo saliera bien en la fiesta, para satisfacer a la señorita Forsythe a cualquier precio. Suspiró para sí. Lo haría por él.

—Muy bien. *El zorro y el cuervo*, y después me marchó.

—Claro, por supuesto. —Parker sonrió, como si él mismo fuera un zorro de verdad.



Mariah se quedó en el extremo de la biblioteca, con la máscara puesta y el gorro con el pico, mientras el capitán Bryant se acercaba al centro de la habitación y se aclaraba la garganta.

—Les alegrará saber que contamos con una actriz de sustitución, para que así la obra de teatro se desarrolle según lo planeado. Sé que todos ustedes le darán amablemente la bienvenida a nuestro humilde escenario; deben saber además que va a actuar porque se lo hemos suplicado, y no por iniciativa propia. ¿Lo entienden?

Todas las cabezas se volvieron hacia la parte posterior de la habitación, y Mariah notó que se ruborizaba hasta la base del cuello. Hart le dirigió una sonrisa de ánimo, pues la reconoció de inmediato. Probablemente todos lo

hicieron. Helen Mabry sonrió de modo inseguro. Quizá no se acordara de ella. La señorita Hutchins le susurró algo a la señorita Forsythe, que palideció y se dio la vuelta. Por primera vez, y sin poder evitarlo, Mariah se apiadó de Isabella. También para ella, una situación como esta tenía que ser muy difícil de soportar. Y es que tanto ella como su amiga la habían reconocido, con toda seguridad. De todas maneras, nadie se quejó.

El capitán Bryant paseó la vista por la habitación.

—Y como Parker parece haber desaparecido, tendré que hacer yo el papel del zorro.

En la biblioteca, el lugar elegido para realizar la representación, no había ninguna escalera, pero habían colocado un montón de tomos enormes para que el cuervo se colocara encima de ellos. Así que Mariah avanzó hacia el improvisado estrado como si caminara hacia la horca, sin desviar la mirada ni un milímetro, pero aún así sintiendo las de los demás clavadas en ella. Al subir al estrado, pudo ver que entraban el señor Browne y el señor Crawford. En ese momento le pareció que el pico le pesaba una tonelada. Los libros cedieron un poco al subirse a ellos, haciendo que se sintiera inestable y desorientada.

«¿Cómo se me ha podido ocurrir aceptar algo así?». Pese a llevar la máscara del pavo real, se sentía completamente expuesta. Vulnerable. «Bueno, pasemos por ello», se dijo. Por el bien del capitán Bryant. Pese a que él no se lo había pedido.

La señorita Hutchins se colocó en su sitio, a la izquierda de la zona del escenario, en la que había unos candelabros encima del pianoforte para proporcionar una buena iluminación que le permitiera leer. Lo hizo con tono excesivamente alto, y a veces entrecortado, lo que llevó a Mariah a recordar la magnífica voz de la señora Pitt con aprecio, aunque solo fuera por eso.

—Un cuervo, que había robado un trozo de queso de la ventana de una casa, se posó en una alta rama, con el queso sujeto en su pico —empezó.

Mariah comenzó a mover el falso pico de lado a lado. El señor Browne sonrió, y Helen Mabry rio. Se dio cuenta de que la señorita Forsythe ni sonrió siquiera, tenía en la cara una expresión dura como una roca. Sentado junto a ella, el señor Crawford la miró, y al notar su malestar desvió la vista con

rostro inescrutable.

El capitán Parker entró tardíamente en la habitación y dejó la espada cerca de la puerta, intercambiándola por una copa de brandi, que se bebió de un solo trago. La señorita Hutchins siguió leyendo.

—Al verlo, un zorro, que quería quedarse con el apetitoso trozo de queso, trazó un plan para lograrlo. Le diría galanterías al cuervo, que era una hembra, alabándola por su gran belleza.

—Seguro que planes como esos han hecho que muchas mujeres crédulas aflojaran sus labios a lo largo de la historia de la humanidad —dijo Parker en voz muy alta, acercándose al escenario—. ¿No te parece, Crawford? —dijo para rematar.

Varios de los asistentes intercambiaron miradas tensas. La señorita Mabry se llevó la mano a la boca para controlar su risa nerviosa.

El capitán Bryant avanzó hacia Parker, pero este lo empujó a un lado, y además tiró del cinturón del que colgaba la cola del zorro y empezó a moverla con la mano como si fuera un abanico de mujer. Avanzó directamente hacia el estrado y se situó bajo el «árbol». El hombre era tan alto que, pese a estar sobre los libros, Mariah no llegaba ni a sacarle la cabeza.

—Parker —siseó Bryant—. Hazte a un lado. Has llegado tarde y estás bebido. Te relevo de tu...

—No he perdido cinco minutos de mi valiosísimo tiempo aprendiéndome el papel como para que ahora me lo arrebatas —le cortó, y después lanzó una mirada de admiración hacia Mariah—. Y no voy a desaprovechar la oportunidad que tengo de halagar a la señorita... a nuestra misteriosa y magnífica ave.

Parker declamó su primer parlamento con gran fervor, levantando de un modo muy teatral uno de los brazos.

—¡Qué cuervo tan hermoso!

Se acercó aún más y pasó un dedo por la tela azul del vestido de Mariah, a la altura de sus piernas. Ella se sobresaltó apreciablemente.

—Nunca me había fijado antes, pero tus plumas son las más extraordinarias que he visto en toda mi vida.

Parker le rozó con los dedos la espinilla. Mariah intentó retirar la pierna,

pero no podía moverse. ¿Qué estaba haciendo ese hombre? ¿Tan borracho estaba?

—¡Parker! —volvió a sisear Bryant.

—¡Y qué magnífica figura tienes! —Parker prácticamente se la comió con los ojos, desde las piernas al cuello, una, dos, tres veces. Mariah notó que se sonrojaba de vergüenza.

Era el turno de la señorita Hutchins.

—Así que halagó y piroteó al cuervo, aunque sin decir la verdad en ningún momento. El cuervo, entusiasmado con sus palabras, intentó acicalarse las plumas, olvidándose de dónde estaba y de lo que tenía en el pico.

«¿No es eso precisamente lo que ha ocurrido?», pensó Mariah. Se había dejado llevar a una situación como esta porque se había sentido adulada. ¡Qué estúpida y crédula había sido, una vez más!

El capitán Parker suspiró de manera teatral.

—¡Si al menos tuvieras una bonita voz! ¡Y si al menos tu reputación fuera tan magnífica como tu aspecto!

A Mariah le pitaron los oídos. ¿De verdad había dicho eso? Se le nubló la vista. Estaba atrapada frente a un grupo hostil, y ella misma les había proporcionado la ocasión de deleitarse en su condena. Ni siquiera podía huir. Un movimiento brusco haría que se cayera del inestable estrado.

Parker continuó con su propia versión, disfrutando del desasosiego que le estaba provocando.

—¡Si tu pureza fuera igual a tu hermosura, sin duda serías considerada la reina de las aves!

Varios de los espectadores empezaron a murmurar y a removerse en sus asientos, pero la señorita Hutchins, sin preocuparse de otra cosa que de lo que tenía que declamar, abrió la boca para hacerlo.

Pero, antes de que pudiera, el capitán Bryant se acercó al estrado a grandes zancadas.

—¡Ya está bien, Parker!

—¿Por qué solo podéis divertirlos Crawford y tú? ¿Eh? ¿Por qué?

—Parker, te lo advierto —espetó, y lo agarró del brazo, pero el otro se soltó de inmediato.

Mientras los dos hombres se enfrentaban, Mariah bajó del estrado como pudo. Apenas podía ver, debido a las plumas y a las lágrimas. El pico con el trozo de madera imitando al queso cayó al suelo mientras ella corría ciegamente hacia la puerta. Quería huir, perderse, desaparecer.

—Señorita Aubrey. —El señor Hart estaba susurrándole junto a la puerta con tono muy afligido—. Lo siento muchísimo. No podía imaginarme que Parker fuera un ser tan despreciable.

Recordó que llevaba la máscara del pavo real. Se la quitó, la apretó con las manos y se dirigió al vestíbulo sin detenerse. Sus pasos presurosos pronto se convirtieron en una carrera por el suelo de mármol y la gravilla de la calle.



Matthew se quedó mirando al capitán Parker. A ese hombre al que pensaba que conocía, al que incluso admiraba, y que en realidad había resultado ser un absoluto canalla.

—Señor Hart —dijo en voz muy alta—. Tírele su espada al capitán Parker. No merece que se la entregue en mano.

—Matthew... —protestó Hart.

—¡Hágalo ya, teniente! —bramó.

Murmurando juramentos, Hart agarró la espada, que estaba cerca de la puerta, y se la lanzó a Parker, que la atrapó con la facilidad que da la práctica.

—¿Ya nos toca representar *El oso y el león*? —Sonrió—. Esta vez tu oponente no será un cojo, Bryant. ¿De verdad vas a arriesgarte a utilizar acero de verdad, en vez de espaditas de madera?

Matthew desenvainó su espada como respuesta.

El choque de las espadas levantó un gran estruendo en la estancia. La pantomima había degenerado en un drama de lo más real.

—¡Caballeros, por favor! —gritó la señorita Hutchins—. Los dos lamentarán esto mañana por la mañana.

—Si es que están vivos para entonces —murmuró Hart.

—No tengo ningún problema en pelear, Bryant —dijo Parker sin inmutarse—. Pero debo saber por qué lo haces tú. ¿También te has acostado con ella?

—¡No! —Clang. Matthew atacó con fiereza—. Lucho para que cierres esa asquerosa boca que tienes. ¿Por qué la has herido de esa manera? ¿Qué es lo que te ha hecho? ¿Estropearle una estúpida fiesta?

—Fue lo que no me hizo lo que me puso furioso, y aún sigo estándolo. ¡Esa casquivana tuvo la osadía de rechazarme! ¡A mí!

A Matthew se le llenó la boca de bilis.

—¡Serpiente asquerosa! No es usted un caballero, señor, ni lo será nunca. —Volvió a cargar contra él, pero Parker contuvo el ataque.

—¿Van a luchar por ella? —gritó Isabella alzando las dos manos—. ¿Por su honor? ¿Cuando todos sabemos que no lo tiene?

Matthew apretó la mandíbula, pero antes de que pudiera hablar, Crawford se le adelantó.

—No te metas en esto, Belle, por favor.

—¿Y por qué? —dijo, volviéndose hacia su prometido—. Me afecta más a mí que a cualquiera de los dos. Al fin y al cabo, fue con mi futuro marido con quien se acostó.

Crawford se levantó, empujando la silla hacia atrás con tanta fuerza que chocó contra una mesa y derribó con estrépito un enorme florero.

—¡Ya basta! —gritó. Fue un rugido tan tremendo, y tan lastimero que todo el mundo se quedó helado.

El silencio podía cortarse.

—¡Fui yo el que entró aquella noche en la habitación de la señorita Aubrey! —gritó—. Le dije que haría una escena escandalosa si no me permitía entrar. Consintió solo por eso. ¡Confía en mí, la muy estúpida e inocente! Y me aproveché de su confianza.

Esas palabras de confirmación le sentaron a Matthew como un puñetazo en el estómago, y apenas pudo resistir la tentación de dárselo de verdad a James Crawford.

Crawford paseaba por la habitación a grandes zancadas y con los ojos fijos en el suelo, mientras todos los demás lo miraban, hipnotizados como si estuvieran contemplando el clímax de una tragedia de Shakespeare. Nadie recordaba ya la pelea a espada.

—Le dije que la amaba, y ella me creyó, no tengo la menor duda de eso.

Yo la deseaba, por supuesto, como un niño pequeño que desea algo prohibido para él. —Se pasó una mano por el pelo—. Si hubiera dependido de mí y solo de mí, me habría casado con ella hace mucho tiempo. Pero mi vida no me pertenece. Es mi padre el que maneja los hilos, y yo la marioneta que baila conforme a sus deseos. Y él decidió que debía casarme con la señorita Forsythe.

El gesto de Isabella se endureció, pero Crawford no dejó de hablar:

—Y lo que tenía que haberse convertido en una orden agradable de cumplir no fue suficiente para mí. Tras volver de mi viaje por el Continente, decidí que tenía que ver a la señorita Aubrey al menos una vez más. A solas. Después de todo, le había hecho creer que me casaría con ella. Le había escrito muchas veces, cartas de amor...

Helen Mabry jadeó. Todo el mundo sabía que el hecho de recibir cartas personales de un hombre equivalía a una propuesta de matrimonio, según las convenciones sociales. Crawford se golpeó el pecho con la palma de la mano.

—Yo soy el sinvergüenza. ¡Yo, no ella! Pero no es así como funciona nuestra sociedad, tan civilizada, ¿verdad? El hombre puede hacer lo que le venga en gana, siempre que no cometa el pecado imperdonable de quebrantar un compromiso... social. Condenadamente injusto, al menos para mí, pero nadie, ¡nadie!, se ha molestado en preguntarme nada al respecto. Todos estaban muy entretenidos condenándola a ella.

Se volvió a Matthew y lo miró a la cara con dignidad y seriedad.

—Si quiere luchar con alguien, es conmigo con quien debe hacerlo. Si quiere atravesarme con su espada, estoy dispuesto. Lo merezco por todo lo que he hecho, por como la he tratado, por todo lo que ha sufrido por mi culpa y por ser una chica inocente a la que he arrebatado su reputación.

Crawford abrió dramáticamente los brazos, dejando el pecho y el estómago expuestos. Ofreciéndose al sacrificio.

Matthew se quedó quieto, bloqueado por la extraña y enfermiza situación. Parker también se había quedado helado. Aprovechándose de la indecisión de ambos, Hart y Browne se lanzaron hacia delante al unísono y agarraron a Parker, uno de cada brazo, mientras Hart también le arrebataba la espada de la mano derecha.

La habitual cara de porcelana de la señorita Forsythe se había transformado con un gesto de sufrimiento. Finalmente, la indignación hizo que se tapara la cara con las manos. Ann Hutchins se acercó rápido a ella, mientras que la joven Helen Mabry las miraba con los ojos muy abiertos, completamente sorprendida.

Matthew cerró los ojos con mucha fuerza. «Mariah», fue el pensamiento más potente que le asaltó y, como si sus piernas actuaran por su cuenta, salió corriendo de la habitación, en su busca, pese a que sabía que no era a él a quien le correspondía hacerlo. Pero lo único que iba a ser capaz de hacer Crawford era quedarse allí de pie, como un mártir postizo, sensiblero y llorón, y el canalla e ingrato de Parker tampoco iba a disculparse. Así que sería él mismo quien se presentaría ante Mariah. La encontraría y procuraría consolarla, si es que eso era posible. Se disculparía en su propio nombre por haber participado en una farsa tan terriblemente errónea y absurda.

Capítulo 33

«De la flor de la pasión, en el puente,
ha caído una lágrima espléndida».

TENNYSON

Matthew corrió a toda velocidad y torció por el sendero que conducía a la casa del guarda. Al ver a Mariah, la llamó:
—Señorita Aubrey, por favor, espere.

Ella siguió andando, sin poder contener los sollozos, y hablando entrecortadamente, con voz temblorosa.

—Usted me dijo que yo me limitara a representar mi papel, que eso sería todo, y que después podría marcharme sin que pasara nada.

Todavía sin aliento debido a la carrera, procuró adaptar su paso al de ella.

—Lo sé. Y lo siento muchísimo. Nunca se me habría ocurrido pensar que Parker haría semejante cosa.

—Usted dijo que nadie diría nada de mí, y que tampoco se dirigirían a mí. Que lo único que tenía que hacer era ese estúpido papel en esa estúpida obra para que su señorita Forsythe estuviera contenta, y que eso sería todo.

—Lo sé, lo sé. Soy un auténtico idiota. No sospeché lo que planeaba Parker.

—Yo era quien debería haberlo sospechado —dijo ella, haciendo un gesto de pesar y de negación con la cabeza—. Tendría que haberlo deducido. Se portó conmigo de una manera demasiado amable, demasiado halagadora.

Ahora lo veo con una claridad meridiana. Soy la chica más estúpida que hay en el mundo.

La agarró de la manga, logrando detenerla por fin.

—¡No! El estúpido e imbécil es Parker. Y Crawford, por supuesto. Usted salió corriendo antes de que declamara su dramático monólogo.

Al oírlo, se tapó el rostro con las manos.

—No puedo soportar escuchar ni una sola palabra más.

La tomó suavemente de la mano y se la apretó con calidez.

—Esto sí que va a querer escucharlo, se lo aseguro. Lo ha confesado todo. Su comportamiento, completamente inadecuado para un caballero, al llevarla a creer sin ningún género de duda que se casaría con usted, la inocencia de usted a la hora de tener un encuentro sin carabina, ya que él...

—Yo no soy inocente —le contradijo, negando con la cabeza; todavía le corrían las lágrimas por las mejillas—. Jamás debí abrirle la puerta. Tenía que haberme negado, tenía que haber resistido...

—Calle. Ninguno de nosotros es absolutamente inocente. —Le apretó la mano—. Yo no lo soy. Todos fallamos, sea de una manera o de otra. La cuestión es que Crawford asume que es él quien debe responder por los hechos en cuestión. ¿Acaso no son buenas noticias?

Con la mano que tenía libre, agarró su pañuelo y se lo tendió. Ella se limpió las lágrimas y se sonó la nariz.

—La verdad es que eso no cambia nada en la práctica. Pero sí, me alivia que lo haya dicho. —Soltó un suspiro entrecortado—. Supongo que esto despeja el camino para la relación entre usted y la señorita Forsythe —añadió inexpresivamente. Estaba claro que no le gustaba la idea.

Él, hasta entonces, ni había pensado en eso. ¡Qué raro que ella sí!

—No lo sé. Crawford parece decidido a obedecer como un corderito los deseos de su padre, y si la señorita Forsythe todavía quiere...

—Puede que no. Tal vez ahora se dé cuenta de cómo es de verdad, y de que usted es un hombre muy superior a él.

¿Lo era? En ese momento Matthew no se sentía superior a nadie en absoluto. Se sentía un fracasado. Un hombre débil. Tuvo en la punta de la lengua el decir que Mariah sí que era una mujer superior, pero se contuvo. Sus

pensamientos eran caóticos. Lo único que tenía claro era que deseaba abrazar a Mariah, besar sus lágrimas para enjuagarlas, y también el resto de su rostro. Pero después de cómo la había tratado Crawford, eso sería lo último que se le ocurriría hacer. Y, por otra parte, ¿no tendría ella razón? ¿No era este el punto de inflexión que llevaba esperando desde hacía muchos años? Se aclaró la garganta.

—Me disculpo de nuevo, señorita Aubrey. Si hay alguna cosa que yo pueda hacer, no tiene más que decírmelo. Mientras tanto, tengo que regresar a la casa, para intentar evitar que mis invitados causen más daños.



«Daños», pensó Mariah mientras miraba alejarse al capitán. «Esa es la palabra que define perfectamente la situación».

Dixon y Martin se sentaron con ella, intentaron calmarla ofreciéndole un té caliente, unas sabrosas galletas y su amistad incondicional. Dixon escuchó el relato de todo lo que había ocurrido esa tarde sin dejar de llorar ni de mostrar su comprensión y apoyo, mientras que Martin echaba fuego por los ojos, generalmente muy tranquilos, debido al enfado y la indignación.

—¿Quiere que la vengue, señorita Aubrey? ¿Qué busque a ese canalla malvado y le dé su merecido?

—No, Martin, pero gracias por la propuesta.

—Sabe que estoy dispuesto a ayudarla como sea —dijo, dándole unos golpecitos en el brazo con su callosa mano.

Mariah asintió. Se le agolpaban las lágrimas en la garganta, dificultándole el habla. No era de extrañar el aprecio de su tía Fran por Jeremiah Martin. Qué amigos tan leales e incondicionales eran Dixon y Martin.

Mariah se despidió de ambos, dándoles las buenas noches, y ellos se quedaron en la cocina, hablando en voz baja.

Sabiendo que, en esas condiciones, sería incapaz de dormirse, se sentó en el pequeño escritorio de su habitación con papel y pluma. Sentía la necesidad de escribir, de purgar su mente del desastre de esa tarde-noche, y por encima de todo de las felonías que habían cometido con ella. Y la mejor forma de

hacerlo era echarlo todo a la espalda de Lydia Sorrow.

Mientras la estaba besando y abrazando sabía que debía protestar, impedirselo, dar la alarma.

Pero no lo hizo.

Y enseguida fue demasiado tarde. Se lo había dado. Todo.

La puerta se abrió de repente. No la puerta de comunicación con la otra habitación, como ella temía sino la principal, que se iluminó con la vela encendida de una lámpara de mano. Lydia parpadeó, deslumbrada.

Y también debido a la mirada de odio de la mujer que entró por la puerta.

—Me preguntaba cuánto tardarías en irte a escondidas junto a ella.

—Shh... Cynthia, cálmate.

—¿Que me calme? ¿Cuando te encuentro en la cama con otra mujer?

—Baje la voz, señorita.

—No, no lo haré. Todo lo contrario. Por la mañana todo el mundo se habrá enterado de esto. Y todo el condado. ¡No sé a cuál de nosotras le has hecho más daño!

Dicho esto, la joven se volvió y se marchó hecha una furia, cerrando de un portazo.

Lydia se levantó, sudorosa y temblando de frío, asombrada y enferma tras la escena que acababa de contemplar. Habían sido descubiertos, y ella estaba... comprometida. ¿Sería capaz de contarle todo esa mujer? Si lo hacía, Lydia estaría perdida, en el más amplio sentido de la palabra. Solo un matrimonio rápido podría minimizar el escándalo y los crueles cotilleos. Estaba claro lo que había que hacer, y muy deprisa.

Lydia la había reconocido sin lugar a dudas. Recordaba que se la habían presentado y había intercambiado unas breves palabras con ella, pero en el estado de nervios en el que se encontraba no era capaz de acordarse de su nombre.

—¿Quién es? —balbuceó.

Él estaba blanco como la cera. Una palidez cadavérica volvía casi irreconocibles para ella sus queridos rasgos. Hizo una mueca de dolor, de miedo, de muchos sentimientos a la vez, y desvió la vista.

—Es mi esposa.

Mariah lo releyó por última vez. Finalmente decidió corregir la última frase, y escribir: «Es mi futura esposa». Eso parecía más adecuado. Al menos por ahora.



Esa noche el camino no se despejó ni mucho menos con la señorita Forsythe, pues ella subió a su habitación antes incluso de que regresara Matthew, casi secuestrada por su amiga del alma, la señorita Hutchins. Se consoló pensando que, por lo menos, tampoco había estado con Crawford. Después de media noche vio al individuo en el salón, sentado en una butaca y con la cara entre las manos.

Matthew se pasó la noche entre dos aguas: en unos momentos deseaba con toda su alma que Isabella lo aceptara, y en otros prefería que se marchara sin más.

Se levantó por la mañana pronto, se vistió rápidamente y bajó al salón del desayuno. Pero Isabella no apareció. Por un criado, supo que había pedido que se le sirviera el desayuno en su habitación, en una bandeja.

El capitán Parker y el señor Browne se marcharon temprano y sin despedirse, y los demás empezaron a hacer el equipaje enseguida, en lugar de quedarse a completar la semana, como estaba previsto en un principio. Solo Millicent Mabry, una vez repuesta del problema digestivo que le habían causado las ostras, pareció defraudada por el apresurado final de la fiesta.

La señora Parker, que había estado cuidando a Millicent durante su breve indisposición y, por tanto, se había perdido el drama de la noche anterior, estaba muy enfadada con su hijo, pero al parecer solo por el hecho de que, una vez más, no le había hecho el menor caso a la señorita Hutchins, que era lo que ella deseaba. Matthew se sintió apenado por ella, debido a su desencanto con el canalla e inútil de su hijo. Le agradeció mucho su ayuda y decidió que visitaría a su propia madre pronto, y también que lo haría más a menudo, independientemente de otras consideraciones respecto a la actitud de su padre.

Matthew estaba entrando de nuevo en casa, tras despedirse de las hermanas Mabry, cuando oyó voces en el piso de arriba. Se apresuró a subir las escaleras para ver qué estaba pasando. Vio a Crawford en medio del pasillo, a la puerta de la habitación de Isabella, con la mano en el picaporte y la cara casi pegada a la puerta, rogando y prometiendo. Matthew se preguntó si estaba empleando las mismas tácticas que utilizó con la señorita Aubrey

para entrar en su habitación. Pero al parecer, la señorita Forsythe permanecía inmune a sus ruegos.

—¡Isabella, esto es ridículo! —siseó—. ¡Abre la puerta para que podamos hablar!

—No. Márchate. —La respuesta sonó apagada, pero tajante.

Matthew se sorprendió de que el rechazo de la señorita Forsythe a aquel petimetre no le causara tanta satisfacción como él esperaba. Las voces, que empezaron a subir de tono, le molestaron profundamente, por lo que se dio la vuelta para bajar de nuevo las escaleras. Salió a la calle para respirar el aire fresco... y la soledad.

Unos minutos más tarde, el señor Crawford se marchó de la casa. Solo. El individuo, claramente avergonzado, evitó mirarlo al pasar junto a él y desapareció camino de los establos. Unos diez minutos más tarde, el mozo de cuadras abrió la puerta y Crawford salió por ella sobre su caballo, primero al trote y después al galope. Su adversario se retiraba. Matthew esperó a que le invadiera la consabida sensación de euforia por el triunfo. Pero esta no llegó.



Once de la mañana. Mediodía. La una. Ni rastro de la señorita Forsythe. ¿Acaso lo estaba evitando también? Seguramente le echaba la culpa de la debacle, ya que él era quien había permitido la participación de la señorita Aubrey. O quizá se sentía avergonzada y estaba a la defensiva por su relación con Crawford, pero era demasiado orgullosa como para reconocerlo. Fuera como fuese, al parecer tanto ella como la señorita Hutchins pensaban permanecer en sus habitaciones hasta que todo el mundo se hubiera marchado.

Matthew estaba en la biblioteca escribiéndole una carta a su madre cuando una suave llamada a la puerta interrumpió sus pensamientos. Levantó la cabeza y vio la rubia cabellera de la señorita Forsythe, que asomaba tímidamente la cabeza por la puerta.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto. Adelante. —Matthew se levantó y rodeó el escritorio. El corazón le empezó a latir de forma extraña, irregular, al tiempo que sentía una

rara mezcla de esperanza y temor.

Ella se detuvo a unos metros. Su timidez resultaba muy poco habitual: la mirada furtiva, las manos juntas... No cuadraba en absoluto con su altivez y seguridad habituales.

Fue Matthew quien rompió el embarazoso silencio.

—El señor Crawford se ha marchado.

—Sí, lo sé. Yo misma le dije que se fuera.

Matthew enarcó las cejas con gesto de interrogación y esperó, conteniendo el aliento.

—He roto con él. —Avanzó un paso—. Sé que es a ti a quien quiero. A ti. —Antes de que pudiera responder, le rodeó el cuello con los brazos, tiró de la cabeza hacia abajo y lo besó apasionadamente.

En su cerebro, y en todo su cuerpo, se produjo un choque entre el deseo y la repugnancia. ¡Sí, repugnancia! Cerró la boca y la apartó de la de ella, y dio un paso atrás.

—Señorita Forsythe, ¿tan pronto ha olvidado a su prometido?

Ella volvió a apretar su cuerpo contra el de él, pero esta vez ya no sintió el más mínimo deseo, sino solo irritación, pura y dura. La agarró por los hombros y la apartó de él.

—Isabella, escucha. Sé que te sientes herida, y que probablemente quieras devolverle el daño que te ha hecho. Pero no me utilices para eso. Ya es tarde para nosotros.

Ella negó con la cabeza muy despacio, sin poder creer lo que estaba oyendo.

—¿Acaso no me rogaste que rompiera mi compromiso con Crawford y que me casara contigo? Pensaba que tú y yo... nos entendíamos.

«¿Nos entendíamos?». A Matthew le daba vueltas la cabeza, y se rebeló ante esa afirmación. ¡No era así, de ninguna manera! Pero ¿habría roto su compromiso con Crawford porque él le había pedido matrimonio...? Vio que a Isabella le brillaban los ojos.

—¿Tú también vas a traicionarme?

Sus dolientes palabras lo dejaron inmóvil, asombrado y sin palabras. Por fin se había dado cuenta de que amaba a Mariah, pero... ¿acaso tenía una

obligación moral con Isabella? Rememoró en su mente todo lo que le había dicho para intentar ganársela. Sí, sería razonable que cualquier mujer dedujera de ellas... «¡Oh, Dios mío! ¿Qué he hecho? ¡Perdóname este orgullo absurdo!».

—¿Has roto tu compromiso de matrimonio? —preguntó con voz ronca.

Ella alzó los hombros, esta vez con su gesto altivo habitual.

—He terminado con James Crawford. ¡Es un estúpido! ¿Por qué crees si no que he retrasado tanto la boda?

—No lo sé. Simplemente pensaba que tenías tus dudas acerca de él.

—Bueno, ¿es que no tenía motivos para dudar? —preguntó, mirándole esperanzada.

A Matthew le invadía la misma sensación de funesta angustia que cuando terminaba una sangrienta batalla. ¿Qué le ocurría? Esto, es decir, ella, era lo que siempre había deseado. Por lo que había trabajado. Entonces, ¿por qué no la tomaba entre sus brazos y le pedía que se casara con ella? ¿Por qué pensaba que debía huir a toda prisa y sin mirar atrás?

—Señorita Forsythe, ¿sería tan amable de disculparme un momento? —rogó, muy formalmente.

Ella lo miró con expresión sombría.

—Por supuesto. ¿Va todo bien? ¿Hay algún problema?

—Solo, eh... concédame unos minutos, por favor —balbuceó. Se dio la vuelta y salió de la estancia, dejándola allí de pie, muy sorprendida y preocupada ante su reacción. Atravesó el vestíbulo a grandes zancadas, como si las piernas hubieran decidido por su cuenta llevar a cabo el impulso de huir.

Aminoró la velocidad, se pasó la mano por la cara y se dirigió hacia las ventanas de la fachada principal. Desde allí observó los jardines de Windrush Court. Estaba tan cerca... Todo lo que hasta hacía muy poco había pensado que deseaba lo tenía casi al alcance de la mano. Estaba hecho un manojo de nervios, con todo el cuerpo en tensión. Notaba acidez en el estómago. Apretó los puños en los costados, sin saber muy bien si para atrapar sus sueños y que no se le escapasen o para destruirlos.

Mientras pensaba atropelladamente, oyó el ruido de cascos de caballo. A través del cristal, Matthew vio a un jinete galopando por el camino y

levantando una gran nube de polvo. Frunció el ceño y salió a la calle. Era James Crawford. El caballo jadeaba y echaba espuma por la boca. En la grupa vio señales de golpes de látigo, bastante profundos. Muy enfadado por la crueldad del jinete, se dirigió a grandes zancadas hacia el establo a llamar al mozo de cuadra.

Mientras, Crawford desmontó y se dirigió a él de malos modos.

—¿Dónde está?

—Si se refiere a la señorita Forsythe, en la biblioteca. ¡Este pobre animal está medio muerto!

—He cabalgado unos quince kilómetros antes de darme la vuelta.

—¿Y su caballo no le preocupa?

—Tengo asuntos más importantes de los que preocuparme. —Sin esperar respuesta, su interlocutor se precipitó prácticamente hacia la entrada y subió las escaleras.

El joven mozo llegó enseguida y Matthew le pidió que se encargara y procurara que maltratado animal se recuperase. Inmediatamente después, siguió los pasos de Crawford.

Cuando Matthew entró en la biblioteca, Isabella se alejó de inmediato de Crawford y se colocó junto a Matthew, agarrándolo del brazo.

Crawford frunció el ceño.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Como puedes ver, vuelvo con el capitán Bryant.

—Tú y yo estamos comprometidos, y vamos a casarnos. —La boca del hombre era una línea recta, incluso al hablar.

—Un error que tengo la intención de rectificar —dijo, mirándolo con los ojos entrecerrados.

—No te atreverás. He esperado por ti más de un año, para darte tiempo a que superaras el enfado del verano pasado. No te dejaré sin pelear. Si te atreves a romper nuestro compromiso, demandaré a tu padre por incumplimiento de promesa.

—Lo único que te preocupa es el dinero, ¿verdad? Yo no te importo lo más mínimo. Nunca te he importado.

—Eso no es cierto, Belle, y tú lo sabes. Sí, al principio mi padre me forzó,

pero después me he enamorado de ti. ¿Crees si no que habría sido capaz de esperar todo este tiempo, dejando pasar la posibilidad de cortejar a otras jóvenes, guapas y socialmente adecuadas?

—Pues puedes irte a cortejar a quien quieras y a casarte con cualquier otra joven... guapa y socialmente adecuada. No me importa —respondió, levantando la barbilla.

—No dices lo que sientes. Simplemente estás irritada. Sé que me he portado como un estúpido, y lo siento mucho.

Al escuchar lo que era una evidente pelea de enamorados, las nubes que Matthew tenía en la cabeza se despejaron, y la verdad se abrió paso en su mente, acompañada de una ola de alivio.

Respiró hondo antes de intervenir.

—Señorita Forsythe, no sabe lo que me alegra saber que sigue usted comprometida formalmente con el señor Crawford, porque debo decirle que en los últimos tiempos me he encariñado mucho con la señorita Aubrey.

Se volvió hacia él con la boca entreabierta y los ojos como platos.

—¿Con la señorita Aubrey? ¿Después de lo que hizo? ¡Pero si no es más que una...!

Matthew alzó la mano en señal de advertencia.

—Ve con cuidado, Isabella. En mi presencia, no voy a permitir que se diga ni una sola palabra contra ella. ¿Me he explicado bien?

Crawford bajó las cejas.

—Bryant, escúcheme. Usted debe...

Matthew no le hizo ni caso.

—¿Qué le parecería, señorita Forsythe, si proclamo a los cuatro vientos lo que hizo usted, hace unos minutos y a solas en una habitación cerrada, para... «saludarme»? ¡Siendo usted una mujer comprometida en matrimonio con otro hombre!

El blanquísimo cuello y la cara se le pusieron como un tomate. Con el ceño fruncido, su rostro era muchísimo menos hermoso.

—Usted no haría algo tan poco caballeroso.

—Solo en el caso de que se me provocara. Solo si sigo escuchando rumores y cotilleos sobre la señorita Aubrey.

—Pero... trataste de convencerme... Y yo...

—Tú has desperdiciado ya cuatro años, «Belle». —Una vez aliviado y seguro de lo que estaba haciendo, Matthew notó que se le soltaba la lengua—. Afortunadamente para ti, entonces eras muy joven, así que todavía no te has marchitado, ni mucho menos. —Señaló con la cabeza a Crawford—. Pero ¿perder a este buen partido, tanto en la opinión de tu padre como en la tuya, y tener que empezar otra vez, con tu reputación...? Me estremece pensar en las posibilidades que aún conservarías para casarte bien.

Negó lentamente con la cabeza.

—Estaba decidida a enfrentarme a mi padre para casarme contigo, y a soportar el rechazo social que sin duda traería consigo el hecho de renunciar a un compromiso oficial. ¿Y aún tienes la osadía de echármelo en cara?

Hizo una mueca y dejó el tono sarcástico que había utilizado.

—Le pido disculpas, señorita Forsythe. Fue un error por mi parte intentar inmiscuirme en su relación con el señor Crawford. Pero... lo cierto es que usted no ha roto su compromiso oficial. No creo que tenga ningún motivo para sentirse ofendida por lo que le he dicho, si lo piensa bien.

—Quería estar segura de que de verdad pensaba lo que me dijo —espetó Isabella con voz temblorosa—, pero por lo que veo estaba equivocada al pensar que era usted un hombre de honor. Quizá después de todo mi padre siempre tuvo razón en lo que respecta a su opinión acerca de usted.

—Quizá siempre la tuvo —respondió Matthew encogiéndose de hombros—. Mi honor herido sufrió tanto que pensé que iba a explotar. Decidí luchar con todas mis fuerzas para demostrarles, a él y a usted, y a todo el mundo, que estaban equivocados.

La imagen de la cara de Mariah llenó su pensamiento.

—Eso me volvió ciego a los sentimientos que empezaban a crecer dentro de mí por otra mujer, absolutamente generosa, inteligente y hermosa.

—¿La prefiere a ella en vez de a mí? —susurró Isabelle.

Matthew asintió de inmediato.

—Lo siento si le hace daño, pero sí. Mil veces más, y me quedo corto. —«Si es que ella también me quiere», pensó para sí.

La señorita Forsythe lo miró durante un buen rato. Después se recobró y

compuso una trémula sonrisa.

—En ese caso, capitán, le deseo que sea feliz. —Se dio la vuelta en redondo—. Vámonos, James. Se nos ha hecho muy tarde.



Matthew observó desde el pórtico la marcha de las señoritas Forsythe y Hutchins, y a un avergonzado señor Crawford cabalgar junto al carruaje, al que iba atado su caballo. Sentía abatimiento y vacío, pero no esa sensación de derrota que tanto temía hacía algo menos de dos semanas.

Se había comportado como un absoluto estúpido. ¿Sería capaz Mariah de creerse que era a ella a quien amaba después de haber perseguido a otra con tanto ahínco? Tendría que tener paciencia, esperar el momento. Nada de lanzarse de una propuesta a otra como un descerebrado. Tendría que demostrarle que se podía confiar en él, que sus intenciones eran honorables. Y más después del trato que había sufrido a manos de otro hombre. Procuró ocultar en lo más recóndito de su cerebro ese pensamiento, que le resultaba más doloroso que nunca.

Hart apareció a su lado, apoyándose en una de las columnas de la galería, mientras el carruaje y el jinete se perdían de vista. Durante un buen rato no dijo una palabra, así que solo oyó el sonido de las ruedas y de los cascos de los caballos. Finalmente, volvió a escucharse únicamente el agradable canto de los pájaros.

—¿Y ahora qué? —preguntó su amigo.

—Pues a relajarnos y a descansar —suspiró Matthew. Echó una mirada a Hart—. ¿Te apetece una carrera a caballo?

Los ojos de Hart lo escrutaron, pareció aliviado al comprobar que no estaba hundido, sino todo lo contrario y sonrió como un adolescente.

—¡Eso, eso, capitán!

Mientras se dirigían a los establos, Matthew se dio cuenta de que estaba contento de que todo hubiera acabado. Había preparado la batalla, la había librado y había luchado con todas sus fuerzas. Había tenido la victoria al alcance de la mano, de hecho, la había tocado, pero también había logrado

percibir las señales de advertencia y se había retirado justo a tiempo. No se había hecho con el botín, pero al menos hubo pocas bajas, y él mismo había salido prácticamente ileso.

Capítulo 34

«No puedo seguir dejándola abandonada (*Sentido y sensibilidad*), igual que una madre no puede olvidar a su hijo lactante; hoy he corregido dos páginas... pero dudo mucho que pueda salir en junio».

JANE AUSTEN,
una carta a su hermana, 1811

entada en la sala de estar, Dixon estaba leyendo lo que Mariah había escrito hasta ese momento de *La historia de Lydia Sorrow*. Subrayaba con el dedo cada línea mientras leía en silencio, pues Mariah no quería que esta novela se leyera en voz alta. Impaciente por conocer la reacción de su amiga e incapaz de sentarse, Mariah paseaba nerviosamente por la habitación.

En un momento dado, Dixon, por encima de las lentes de leer, le lanzó a Mariah una mirada significativa y después subrayó con el lápiz una de las frases. Mariah se asomó para ver de qué frase se trataba:

Le puso la mano sobre el hombro y después la deslizó lentamente a lo largo del brazo, rozándole el seno al hacerlo.

La joven se sonrojó, alegrándose de que en ese momento no estuviera también su hermano Henry realizando la lectura crítica.

Al llegar al final, Dixon dejó el mazo de papeles sobre la mesa, se quitó las lentes y se frotó los ojos. Mariah hizo un gesto de interrogación.

—¿Qué te parece?

—Bueno... —empezó Dixon, algo dubitativa—. La verdad es que leerla... produce dolor.

—¡Imagínate vivirlo! —bufó Mariah.

—¿De verdad quieres seguir adelante con ella? —A Dixon se le notaba la preocupación en los ojos, y los tenía muy abiertos—. No me cabe la menor duda de que la historia les puede servir de advertencia a las chicas jóvenes, y para ellas puede ser edificante, pero...

—Lo sé —suspiró Mariah—. A mí tampoco me gusta. Estoy empezando a cansarme de tanto arrepentimiento y tanta miseria.

—Pero ¿no le has prometido al señor Crosby otra novela?

—Sí, claro. Y él me ha dicho que las historias con moraleja hacen furor en Londres y en la alta sociedad en general. Me ha hablado de algunas que se han vendido muchísimo: *La coqueta arrepentida*, *La infortunada Magdalena*...

—Lydia Sorrow no tiene nada que ver con María Magdalena, ni tú tampoco —espetó su amiga, frunciendo el ceño.

—Ya lo sé. Pero no puedo evitar pensar que quizá se han escrito ya suficientes historias con moraleja. —Cerró los ojos y se los frotó—. ¿Y por qué, pese a todo lo que cuentan, no les hacemos el menor caso?

Dixon le apretó el brazo para animarla.

—Mariah, Dios es mucho más misericordioso que las personas, y Él sí que perdona nuestras faltas y equivocaciones. Incluso más que nosotros mismos. La sociedad puede no perdonar nunca, y tampoco deja que nadie olvide. Pero, si se lo pides, Dios sí que perdona. Todavía mejor, hasta olvida y permite que se empiece de cero.

Mariah pensó que eso sonaba demasiado bien como para ser cierto. No tenía la menor duda de que Dios perdonaba a los demás. Entonces, ¿por qué le resultaba tan difícil de creer que iba a perdonarla también a ella?

Dixon y ella dejaron de lado a *Lydia Sorrow* durante un rato y pasaron a la cocina a tomar el té.

Martin ya había preparado la mesa. Cuando las damas se sentaron, le pasó una carta a Mariah.

—Es del capitán Bryant. Pasó por aquí cuando ustedes dos estaban, eh...,

ocupadas.

—No nos hubiera importado en absoluto la interrupción, Martin. No si se trataba del capitán Bryant.

—Le dije que la informaría de que él estaba aquí, pero no me dejó que la interrumpiera. Solo me pidió que le entregara la nota.

Esto hizo que Mariah se pusiera a hacer conjeturas. ¿Se habría imaginado el capitán, o incluso habría esperado que no quisiera encontrarse con él cara a cara? Desdobló la nota. Eran solo unas pocas líneas, y se notaba que se habían escrito de manera apresurada. Contaba que iba a ir a visitar a sus padres y a una antigua amistad. Mariah se preguntó si esa «antigua amistad» no sería la señorita Forsythe. No obstante, sería una denominación un tanto extraña para la mujer con la que aspiraba a casarse. Lo más probable era que se tratara de un compañero oficial de la Armada, se dijo a sí misma, aunque le habría gustado que fuera más específico.

Se preguntaba si el capitán Bryant habría logrado la segunda oportunidad que tanto anhelaba con la señorita Forsythe. Seguramente sí, pensó. Porque si no, con toda probabilidad lo habría visto. También se preguntaba qué podría haber pasado entre Matthew y ella misma si las cosas se hubieran desarrollado de una forma distinta.

«Yo le gusto», pensó. O al menos le gustaba, antes de saber lo que había ocurrido con el señor Crawford. Y pese a ello, eran amigos, y estaba segura de que la encontraba atractiva.

Pero se conocían desde hacía solo unos meses, durante un verano radiante para ser más concretos, mientras que Matthew llevaba años suspirando por Isabella Forsythe. Lo lógico sería que fuera ella la que se llevara el gato al agua. Esperaba que Isabella lo amara de verdad, que lo tratara bien y fuera leal; porque quería lo mejor para él, y lo merecía. Mariah le deseaba toda la felicidad del mundo, de verdad. Y ahora parecía que iba a lograrla.

Se alegraba por él. Mucho. Pero, al mismo tiempo, se sentía completamente infeliz.



Ahora que Windrush Court estaba libre de «intrusos», según la denominación acuñada por Martin, los moradores de la casa del guarda, así como el señor y la señora Strong, el señor Phelps y, desde luego, el resto de los sirvientes, sin duda que habían exhalado un gran suspiro de alivio. De nuevo podían disfrutar del terreno sin preocuparse de encuentros, flechazos mal dirigidos o partidas de bolos, y también de más tiempo de ocio y descanso, ahora que la obligación de entretener y servir a los invitados había concluido.

Pero Mariah se sentía desanimada. Como una de las hogazas de pan que hacía Dixon que no hubiera fermentado. Tras los altibajos de los meses precedentes, ahora todo estaba tranquilo. Era como después de la fiesta de la Epifanía, tras la que solo cabía aguardar el largo y tedioso invierno, sin nada que esperar, sin movimiento en el horizonte.

Su segundo libro entraría pronto en imprenta, y se lo recordaba a sí misma a menudo. Henry le había llevado en mano las pruebas de *Las hijas de Brighton*, y Martin se había ofrecido a llevarlas a Oxford tan pronto como las corrigiera. Estaba claro que el señor Crosby no iba a cancelar la edición de la novela, y menos a causa de un comentario desdeñoso de un personaje tan poco fiable como Hugh Prin-Hallsey. Además, tanto su editor como ella estaban protegidos por su seudónimo. Mientras que la sociedad ignorara que tras Lady A se escondía la señorita Aubrey, su reputación no afectaría en absoluto al libro. No podría. Se preguntaba si de verdad el editor querría que le entregara un tercer manuscrito. Un tercer manuscrito que, de todas formas, aún no había terminado del todo.

Pero lo que más la desanimaba era la ausencia del capitán Bryant, por mucho que le costara admitirlo. ¿Acaso había decidido cortar las relaciones con ella tras escuchar la confesión de Crawford?

Se sorprendió al saber que el señor Hart no se había marchado con él, pero solo hasta que vio varias veces al teniente y a Lizzy paseando juntos; además, averiguó que Hart quería presentarle a Lizzy a su madre. Mariah se preguntó si ya le habría propuesto a la chica realizar el viaje. Y hasta si la señora Pitt le concedería el tiempo necesario para realizarlo.

En todo caso, el capitán Bryant se había marchado, y ni siquiera le había podido contar la última fechoría que había cometido Hugh Prin-Hallsey para

obtener dinero. Incluso después de la discusión con el señor Crosby, Hugh seguía sosteniendo que tenía todo el derecho a publicar y a obtener los beneficios que se obtuvieran de las ventas de *El regreso de Euphemia*. El señor Crosby le había advertido de que emprendería acciones legales si no renunciaba a todos los derechos de propiedad intelectual y devolvía el anticipo. Mariah se imaginaba que ese dinero habría volado hacía mucho tiempo. ¿De dónde iba a sacar Hugh los fondos para devolverlo? ¿O se negaría y afrontaría los problemas legales? Pero dudaba de que el señor Crosby lo llevara finalmente ante los tribunales, de forma que todo el mundo supiera que la editorial, o sea, él, había sido engañada. Mariah no tenía la menor idea de cómo se desarrollarían los hechos, y se alegraba mucho de que todo estuviera en manos de los abogados de la empresa Crosby y Compañía.



La pequeña Maggie estaba subida a un taburete, asomándose a la mesa de trabajo, mientras Martin le enseñaba a hacer galletas de jengibre. La niña se había puesto el delantal de Mariah, y tenía una manchita de harina en la mejilla y otra en el mentón. Tenía un aspecto absolutamente adorable, y Martin resplandecía en su presencia.

Mariah estaba sentada a la mesa de la cocina corrigiendo las pruebas de imprenta de *Las hijas de Brighton*. A decir verdad, avanzaba con mucha lentitud, pues le distraía todo lo que estaba pasando a su alrededor. Si realmente quería que el trabajo le cundiera, tendría que trasladarse a la sala de estar y trabajar sola. Pero le apetecía mucho seguir con la cálida compañía que tenía en la cocina.

Dixon se sentó a la mesa frente a ella y empezó a leer en voz alta un antiguo volumen de *Las aventuras del Príncipe Dorado*. O por lo menos a intentarlo.

El joven polizón pensó que el barco empezaría a balancearse, puesto que el fuerte viento hinchaba completamente las velas. El puente parecía como la empinada pendiente helada por la que se podía deslizar un trineo, y estaba también muy resbaladizo. ¿Es que nunca podría llevar

una existencia tranquila y sin sobresaltos?

—¡Todo a estribor! —gritó el manco capitán, dirigiéndose al contramaestre que manejaba la rueda del timón—. ¡Estate atento, por todos los demonios!

—¡Fuego a discreción, muchachos! —gritó el segundo de a bordo, tras recibir la señal del capitán.

El barco se estremeció con el estruendo cuando se produjo la descarga de los poderosos cañones, cuyas balas de nueve libras se dirigieron hacia el barco pirata. Desde su cubierta, recibieron una descarga de mosquetes, cuyas balas barrieron la cubierta como un viento mortífero, de modo que Tom pensó que, con toda seguridad, pronto se encontraría con el Creador.

¿Por qué había creído que la vida en el mar estaría llena de aventuras y de diversión? ¿Por qué le había parecido tan monótono y aburrido el trabajo de su padre? ¡Lo que daría Tom por regresar a su casa en ese momento!

El imponente contramaestre miró hacia arriba, pues una enorme bala de cañón volaba directamente hacia ellos.

—¡La que se nos viene encima! —susurró, inmediatamente...

Dixon hizo una pausa.

... antes de que le alcanzaran un montón de restos ensangrentados.

Tragó saliva.

Cuando el palo de mesana estaba a punto de ceder, el capitán frunció el ceño y gritó....

Tras echar una mirada a la pequeña Maggie, Dixon corrigió el juramento que de verdad constaba en la novela.

—¡Vaya por Dios!

Martin rio entre dientes.

—No hace falta que lo lea, señorita Susan. Ya me doy cuenta de que no es una lectura apropiada para las damas.

Maggie le dedicó una amplia sonrisa a Dixon.

—Ya están listas las primeras galletas. ¿Quiere probar una?

Claramente aliviada, la mujer dejó a un lado el libro y se levantó.

—Pues sí, aunque, por alguna razón, he perdido el apetito —dijo, lanzándole una mirada hosca a Martin.

—Bueno, pues entonces deje la lectura y ayúdenos a preparar el siguiente lote —le propuso, mirándola con una sonrisa de lo más amistosa—. Aunque debo decirle que tiene usted una magnífica voz, señorita Susan, y que la lectura gana mucho con ella. Me pasaría la vida escuchándola.

Dixon dio un respingo y lo miró, muy sorprendida por el cumplido; pero, como quien no quiere la cosa, Martin se puso a trabajar con Maggie, ayudándola a enrollar la masa de las galletas. ¿Lo que notaba en sus recias mejillas era un amago de rubor, o se debía solo al calor del fogón?

Mariah contuvo la sonrisa, aunque le apetecía mucho hasta reír abiertamente.

—¿Por qué dejó usted de escribir, Martin? —preguntó, entre otras cosas para ayudar a que sus dos amigos superaran el momento, y también porque le interesaba lo que pudiera contestarle.

—Pues sobre todo porque se me acabaron las ideas —respondió, encogiéndose de hombros—. Después de todo, solo hice un viaje con el capitán Prince. Fran me decía que debía escribir mis propias historias, y de hecho me convenció, pero, por alguna razón que no acierto a discernir, me resultó difícil seguir escribiendo después de que se casara con Prin-Hallsey y nos mudáramos a Windrush Court. Me pareció un lugar muy opresivo. Sentía constantemente el aliento de Hammersmith en el cuello. Me abandonaron las musas, como se suele decir. No sé si volverán algún día.

—Espero que lo hagan —dijo Mariah en tono melancólico.

Todos volvieron la cabeza hacia la puerta al oír que alguien llamaba. Allí estaba Phelps, con un ramo de flores en la mano.

—¡Ah!... Hola —empezó el jardinero, introduciéndose en el familiar escenario y mirando alternativamente a Martin y a Dixon—. Señorita Dixon, había venido a ayudarla a recoger las judías, pero veo que... está ocupada en otra cosa.

Mariah notó que empezaba a surgir cierta tensión, fuera de lugar entre las magníficas fragancias a pan tierno y a jengibre. Probablemente, el jardinero se

dio cuenta en ese momento de que Jeremiah Martin era su competidor.



Dos días después, cuando Martin ya había ido y vuelto de Oxford con las pruebas de imprenta de Mariah, el señor Phelps volvió a acudir a la casa del guarda para pedirle a Dixon que saliera a dar un paseo con él. Mariah salió al patio de delante a sentarse bajo su árbol favorito y gozar de la atenuada tibieza de aquel día de finales de agosto.

Lizzy Barnes se acercaba cruzando la carretera, nerviosa y con la cara arrebolada. Cargaba en una mano con una maleta muy desgastada y en la otra con un fardo atado con cuerda de bramante.

—Ya lo he hecho.

—¿Qué es lo que has hecho?

—Decirle a la señora Pitt que dejo de trabajar para ella y que me voy de la casa, porque su hijo está amenazándome.

—¿Amenazándote? —Mariah se levantó de inmediato y abrió la puerta para dejar pasar a la chica.

—Bueno, la verdad es que no era su intención. En realidad, John no es un joven violento. Pero me ha visto alguna vez paseando con el señor Hart y está enfadadísimo. Intenté explicarle con tranquilidad que él, es decir, John, me gusta como amigo, pero no de la forma que yo le gusto a él. Es decir, no de la forma que... me gusta el señor Hart. Pero no quiso escucharme. Siguió intentando besarme, hasta que no tuve más remedio que darle una bofetada. Fuerte. —Lizzy suspiró—. Pobre John. Está celoso, triste y enfadado, todo al mismo tiempo. Pero la señora Pitt solo está muy enfadada, y eso, para ella y para mí, ya es bastante.

—Lizzy, no sabes lo que lamento oír eso. Pero has hecho lo que debías. Ojalá tuviera también sitio para George. Quizá podría preguntarle al capitán Bryant si puede contratarlo en Windrush Court, como criado o lo que sea.

—Gracias, señorita. George me ha dicho que sabrá cuidarse y que no me preocupe, pero no puedo evitar hacerlo.

—¡Pues claro! ¿Cómo no te vas a preocupar?

Unos minutos más tarde dejó sola a Lizzy mientras improvisaba un dormitorio en la estrecha despensa de al lado de la cocina y organizaba sus cosas. No quiso utilizar la sala de estar de la planta de arriba, diciendo que era demasiado elegante para ella. Pero dentro de uno o dos meses, cuando el tiempo empeorara y empezara a hacer frío, Mariah tendría que convencerla de que durmiera arriba, para dejarle la despensa a Martin.

Dixon volvió de su paseo con el señor Phelps precisamente en el momento en que Mariah ponía la tetera y cuatro tazas en la pequeña mesa.

—Lizzy ha venido por fin —informó Mariah en voz baja, preguntándose si la chica ya se habría dormido, pues no se oía ningún ruido en la habitación.

Pero Dixon no sonrió. De hecho, parecía muy turbada mientras se ponía el delantal y empezaba a restregar la mesa de trabajo, pese a que estaba casi reluciente.

Mariah no pudo por menos que fijarse en los distraídos movimientos de su amiga, mecánicos pero nerviosos, y se acercó a ella, agarrándola suavemente del brazo.

—¿Qué te pasa?

Primero, Dixon respiró hondo, y después soltó el aire poco a poco, estremeciéndose al tiempo que lo hacía.

—Albert Phelps me ha pedido que me case con él.

A Mariah no tenía por qué sorprenderle la noticia, pero la verdad es que no se la esperaba, al menos por ahora.

—Es viudo, ya sabes —prosiguió Dixon—. Y por lo que dice la señora Strong, la señora Phelps era una mujer feliz. Estoy convencida de que sería un buen marido, pero...

—¿Pero?

—Yo... yo no quiero abandonarte, Mariah.

—¡Dixon! ¡Ya hemos hablado de esto! No debes renunciar a tu felicidad por mí. Estarías muy cerca, en la casa del jardinero, y ahora está aquí Lizzy, así que no hay problema. Aunque, por supuesto, no me gustaría perderte... — Mariah dejó de hablar de repente al ver la lánguida expresión de su amiga—. Esa no es la verdadera razón por la que dudas, ¿a que no?

Susan Dixon negó con la cabeza.

Momentos después Martin entró en la cocina con gesto adusto. Dixon se puso rígida y empezó a recolocar los cacharros de las estanterías, haciendo mucho ruido.

Mariah pensó que el hombre se habría enterado. Seguramente el señor Phelps no había sabido guardarse para sí sus intenciones. Inmediatamente se disculpó y se dirigió a la sala de estar, pero antes de cerrar la puerta escuchó la voz baja y quejumbrosa de Martin mientras empezaba a hablar con su amiga.

—Susan, quiero decir, señorita Dixon... Se equivocaría mucho si rechazara tener un futuro con el señor Phelps. Su casa es muy soleada, tiene un buen trabajo y lo desempeña muy bien y, además, su trato es magnífico. Si no fuera un buen hombre, o no me lo pareciera, se lo diría, pero lo es. Por mucho que yo desee... señorita Dixon...

Los ruidos de los cacharros finalmente dejaron de sonar.

—Te dije que me llamas Susan, y que me tutearas —se quejó Dixon.

—Puede que haya pasado el momento de utilizar los nombres de pila y de tutearse —dijo con resignación—. Tengo muy poco que ofrecerle. No tengo ni siquiera un trabajo como tal. No tengo casa. Ni siquiera tengo dos manos que pueda ofrecerle.

—Eso no me importa.

—A mí sí me importa. Usted merece algo mejor.

«¡Pobre Martin!», pensó Maria mientras subía las escaleras. El estoico y noble Martin. ¿Qué terminaría haciendo Dixon?

Capítulo 35

«Finalmente, tenían que subir la loma y atravesar la verja, pero estaba cerrada con llave».

JANE AUSTEN,
Mansfield Park

Tras no ver a Maggie durante tres días seguidos, Dixon empezó a preocuparse. Durante los últimos meses había desarrollado un gran aprecio por la niña. Y aunque de vez en cuando tenía que ayudar en la lavandería o en la cocina y tenía que quedarse en la casa de caridad, la nena siempre se las arreglaba para hacerles una visita cada uno o dos días, a tomar unas galletas o a aprender a tocar la flauta con Martin.

Dixon decidió acercarse hasta Honora House para preguntar por ella y comprobar si estaba bien. Lizzy se ofreció a acompañarla, diciendo que conocía todos los sitios en los que se escondía para jugar, pues en la casa de caridad seguía siendo muy tímida. Mariah esperaba que no se hubiera puesto enferma.

El pensar en una posible enfermedad le recordó a la señorita Amy, por lo que Mariah les pidió a ambas que intentasen ver o preguntasen por las Merryweather cuando estuvieran allí.

Media hora más tarde Lizzy volvió corriendo hasta la puerta de la casa. Dixon venía resoplando detrás de ella, con los brazos cruzados sobre el pecho. Mariah nunca había visto correr a Susan Dixon, y menos de aquella

forma tan poco digna.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Mariah a Lizzy—. ¿Es la señorita Amy?

—No, señorita. —Lizzy se inclinó hacia delante y apoyó las manos en las rodillas, intentando recuperar el resuello.

—¿Entonces es que Maggie está enferma?

Lizzy negó con la cabeza.

En ese momento entró Dixon. Al ver la cara cenicienta de su amiga, a Mariah le entró el pánico.

—¿Dixon? —casi gritó.

La mujer apoyó la mano en la cadera.

—Es Maggie... —jadeó—. Se ha ido.

—¿Se ha ido? —A Mariah se le desbocó el corazón—. No habrá... muerto.

Dixon negó con la cabeza, mientras sus prominentes ojos azules se llenaban de lágrimas.

—La han mandado a otro sitio.

—¿Cómo? ¿Adónde?

Una vez más, Dixon negó con la cabeza. Todavía respiraba con dificultad.

—La señora Pitt no nos lo ha dicho.

—Voy a ir a hablar con ella —dijo Mariah, y salió casi corriendo hacia la puerta.

—No. Debe de estar muy enfadada contigo, pues no paraba de sonreír y de mostrarse superior y vengativa.

—¿Porque Lizzy ha venido a trabajar conmigo?

—Por eso y por el capitán Prince —explicó Lizzy—. Se enfadó muchísimo cuando vio la cuerda. La oí decir que tenía que haber sido usted, ayudada de sus amigos, la que lo hizo.

—¿Crees de verdad que ha hecho esto para vengarse? ¿Utilizar a una niña pequeña? —preguntó Mariah incrédula, negando con la cabeza, y sintió que el miedo le calaba hasta los huesos. Era culpa suya. ¡Si no se hubiera entrometido en el asunto del hombre del tejado! ¡Si se hubiera conformado con advertir a Lizzy!

—Lo siento muchísimo, Dixon —dijo Mariah—. ¡No sabes hasta qué

punto!

—Ni se me ocurre culparte de nada, Mariah. ¡Es esa malvada mujer, que Dios confunda!

—¿No podemos hacer nada?

Sonaron golpes llamando a la puerta que interrumpieron la agitada conversación. Durante un momento nadie se movió, simplemente se quedaron mirándose entre ellas y hacia la puerta. De inmediato, Mariah respiró hondo y se acercó a abrir.

Se le revolvió el estómago al ver a la señora Pitt, allí de pie delante de ellas, con los brazos cruzados. La pluma del sombrero se agitaba con el viento.

—Señora Pitt... —dijo Mariah, titubeando—. Ahora mismo estábamos... hablando de usted.

La gobernanta sonrió fríamente con los labios apretados.

—Eso he oído a través de la ventana.

La vergüenza y la irritación inflamaron a Mariah, pero Dixon le puso la mano en el brazo para que se calmara. Dio un paso atrás para permitir el paso a la señora Pitt, que cruzó el umbral.

—No voy a quedarme. He venido simplemente a dejarle claros unos cuantos hechos, señorita Aubrey. Llevo más de veinte años siendo la gobernanta de la casa de caridad y, en ese tiempo, he aprendido algunas cosas respecto a la forma de controlar a las personas malintencionadas, y también a las desobedientes.

Mariah echaba humo. Solo la mano de Dixon, agarrándola con fuerza del brazo, impidió que estallara y le dijera a aquella arpía lo que pensaba de ella.

—Si se hubiera limitado a robarnos a la señorita Barnes, envenenándola e inculcándole ideas negativas contra nosotros, seguramente habría dejado pasar tal interferencia.

—Volveré, señora Pitt —dijo Lizzy con voz aguda y lastimera—. Simplemente permita que Maggie regrese.

La mujer le ordenó que se callara extendiendo el dedo índice y mirándola con cara asesina.

—¿Y por qué iba a querer seguir dándole trabajo a una mocosa desleal

como tú? —Volvió a posar los fríos ojos en Mariah—. Pero si usted pone en peligro mi fama de gobernanta eficaz, eso ya no puedo admitirlo. Honora House recibe ayudas importantes por mantener a salvo a un hombre inestable. Si, la noche en la que sus amigos lanzaron esa cuerda, nuestro... interno se hubiera caído al suelo desde esa ventana y hubiera muerto del golpe, o hubiera sido visto paseando por terrenos de la parroquia, o incluso en esta casa, el consejo de la casa de caridad habría llegado a la conclusión de que no estoy cumpliendo como debo con mis obligaciones. —Se inclinó hacia delante, acercando mucho su cadavérica cara a la de Mariah—. Y le puedo decir, señorita Aubrey, que siempre cumplo como debo con mis obligaciones. ¡Siempre, y pese a quien pese!

Mariah tragó saliva, resistiendo a duras penas las ganas de dar un paso atrás.

—Pero el capitán Prince volvió por su propia voluntad.

—Exactamente. —Los delgadísimos labios de la señora Pitt se curvaron para dibujar una petulante sonrisa—. Lo cual solo demuestra la desconsideración que usted siente por la casa de caridad y por el bienestar de esa persona. Él sabe de sobra lo que le conviene. No existe ningún otro lugar adecuado para un hombre como él. Y si vuelven a llevar a cabo alguna otra intentona para... molestarlo, no tendré más remedio que tomar represalias más contundentes.

Mariah sintió un escalofrío en la espalda.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que le va a hacer?

—¿A él? Nada, siempre y cuando se pague el estipendio anual pactado. Pero George Barnes bien podría ser enviado a, digamos, una institución menos acogedora, pese al erróneo aprecio que mi hijo siente por su hermana. Y no me gusta nada imaginarme cómo afectaría un frío invierno en una casa de trabajo a las mejillas saludables y regordetas del joven George.

La voz de Lizzy sonaba ahogada por las lágrimas.

—No haga eso, señora. Se lo ruego.

Siguió con los venenosos ojos clavados en Mariah, haciendo caso omiso de las súplicas de Lizzy.

—Señorita Aubrey, espero haberme expresado con una total claridad.

Puesto que no confiaba en su voz, Mariah se limitó a asentir.

La señora Pitt se dio la vuelta y salió de la casa.

En cuanto Dixon cerró la puerta, Lizzy soltó un gemido de angustia y se apretó la cabeza con las manos, como si temiera perderla.

—¿No le dije que no convenía enfadar a los Pitt?

—Lo siento, Lizzy.

—¿Por qué tuve que hacerle caso? Tenía que haberme quedado, soportando las miradas, las caricias y los besos de John Pitt. Tengo que volver. Rogarle a John que la convenza. Haré lo que sea para proteger a George. Lo que sea.

—¡No, Lizzy, no! No debes arruinar así tu vida. Pensaremos otra manera de solucionarlo.

—Puede que alguna persona con capacidad de influencia, como el señor Prin-Hallsey, pueda preguntarle dónde está Maggie —reflexionó Dixon.

—¿De verdad piensas que Hugh Prin-Hallsey me ayudaría, después de demostrar que ha cometido fraude editorial?

—¿Y el vicario? —propuso Dixon como alternativa, tras pensar un rato.

—Tú tienes más relación con él que yo, pero tengo la impresión de que él y la señora Pitt siempre están de acuerdo.

La mujer pestañeó varias veces muy deprisa, intentando que no se le escaparan las lágrimas, aunque sin éxito.

—¡Ese pobre angelito! Tan pequeña y ya ha perdido mucho en la vida, a todos los que la querían. Y ahora otra vez abandonada... ¡Qué sola y confundida debe de sentirse!

Mariah le puso las manos sobre los hombros a su amiga y, al notar que no la rechazaba, le dio un abrazo. Ahora ella también lloraba, y Lizzy moqueaba como una chiquilla.

Martin entró tras haber preparado la cena, limpiándose la mano con un trapo. Miró la llorosa escena y puso unos ojos como platos.

—¿Qué está pasando aquí?

Mariah lo miró por encima del hombro de Dixon.

—Es por Maggie. La han mandado a otro sitio.

—¿Cómo? —Le cambió la cara por completo, en un gesto de espanto y

pena.

—Seguramente la habrán mandado a otra casa de caridad —dijo Lizzy—. O aún peor, a una casa de trabajo.

—¡No tienen derecho! —exclamó Dixon, separándose de Mariah—. ¡No pueden hacer eso con una niña tan pequeña y que no puede defenderse!

—¿A qué casa? ¿Lo ha dicho? —preguntó Martin.

—¡No! —exclamó Dixon levantando las manos—. ¡Y se niega a informarnos!

Mariah se abstuvo de animar a Dixon diciéndole que todo iría bien, porque todo el mundo sabía que una casa de trabajo era un destino funesto. No solo funcionaban más como prisiones que como orfanatos o casas de caridad, sino que, además, en esos sitios se solía incluso vender a los niños a fabricas textiles como «aprendices pobres», lo cual suponía en la práctica esclavizarlos a cambio de nada, o de una miseria, hasta que cumplían los veintiún años. Si es que vivían para contarlos.

Martin avanzó hacia delante y, de alguna manera, logró agarrar a Dixon de las dos manos con la única que tenía.

—Susan, escúchame. La vamos a encontrar. De alguna manera la encontraremos. ¿Me has oído?

Dixon lo miró a través de las lágrimas. Le temblaba la barbilla. Él también tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Pero ¿cómo?



Tras visitar a sus padres y a su viejo amigo el capitán McCulloch, Matthew volvió a Windrush Court. Se sentía otro hombre, una vez que se había librado de la pesada carga de demostrarse a sí mismo, a la señorita Forsythe, a su padre y a la sociedad el hecho de que podía estar a la altura. Tenía la corazonada de que Mariah Aubrey consideraría que era un hombre que merecía la pena tal como era, sin pretensiones de grandeza, y estaba ansioso por verla de nuevo. No iba a seguir perdiendo el tiempo.

Después de darse un baño reparador y de cambiarse de ropa, fue directo a

la casa del guarda. Encontró a Mariah en la puerta de la cocina. Las lágrimas le corrían sin control por las mejillas. Se alarmó al instante. Parecía sufrir mucho y estar desesperadamente triste. De forma instintiva, abrió los brazos, lo mismo que habría hecho con su hermana de haberla encontrado en la misma situación, y Mariah se zambulló en ellos, como un pajarillo exhausto se mete en su nido, y escondió la cabeza en su pecho. Él la acarició los temblorosos brazos y la espalda, apretándola suavemente.

—¿Qué ocurre, Mariah? ¿Qué ha pasado?

—Es Maggie —sollozó, alzando la cabeza—. La señora Pitt la ha mandado a otro sitio, y todo es culpa mía.

—Pero ¿por qué? —preguntó, verdaderamente asombrado.

—Pues por Lizzy, y por el capitán Prince.

Matthew vaciló. ¿Esa maldita mujer había mandado a una niña pequeña a otro sitio solo para castigar a Mariah? ¡Era impensable!

—¿Te lo dijo ella misma?

Mariah asintió y volvió a esconder la cabeza en su pecho. Con mucha suavidad, le agarró los hombros y la separó un poco para poder mirarla a la cara. Las lágrimas no paraban de manar de sus ojos ambarinos, y corrían como un arroyo por sus mejillas. Le dolió el pecho al contemplarla. Le limpió las lágrimas con los pulgares, pero surgieron más de forma inmediata.

—Dixon no para de llorar en la cama. Seguro que nunca has contemplado tanta tristeza en una mujer. Se me rompe el corazón. ¿Por qué he tenido que interferir? ¿Cómo es posible que no adivinara lo que podía hacer la señora Pitt? Hasta Martin ha llorado al enterarse. ¡Martin!

Matthew sabía que Martin le tenía cariño a la pequeña, pero no se imaginaba que su sentimiento fuera tan profundo.

—No es culpa tuya, Mariah. Si hay que echársela a alguien, es a mí y a mis compañeros. Nosotros dejamos esa cuerda colgando, permitiendo que la mujer la viera.

—Pero ninguno de vosotros habría sabido nada del capitán Prince si yo no lo hubiera visto en el tejado, si no os lo hubiera contado a Martin y a ti, si no le hubiera preguntado por él a la señora Pitt...

—No digas tonterías, Mariah. Si no lo hubieras visto tú, habría sido

cualquier otra persona. Solo intentabas ayudar.

—No. Lo que intentaba era satisfacer mi espantosa curiosidad. Resolver el misterio. ¡Soy tan egoísta!

—Calla, Mariah. No tienes nada que reprocharte. Ahora todos estamos en esto, y haré lo que sea para ayudar a resolver la situación.

—¿De verdad?

—¡Desde luego! —susurró, aunque la verdad era que no tenía ni la menor idea de qué era lo que podía hacer. Apartó los mechones de pelo que le habían caído sobre la cara y se los colocó tras las orejas. Se inclinó y le dio un casto beso en la frente. Y como no protestó, le dio otro en la sien derecha y después en la izquierda, muy cerca del precioso lunar cercano a la ceja.

Se apoyó en él, posando las manos sobre su pecho, y se vio perdido. La rodeó de nuevo con un brazo y con la otra mano le acarició la cara. Bajó la boca y la besó la respingona nariz, algo que llevaba tentado de hacer desde hacía mucho tiempo, y después la mejilla, notando el salado sabor de la piel. Le alzó la barbilla suavemente y bajó la boca hasta tenerla muy cerca de la de ella. ¿Se atrevería a hacerlo? Deseaba con todas sus fuerzas besarla con pasión, pero ¿era adecuado hacerlo ahora, cuando estaba tan disgustada? Sabía que no debía aprovecharse de su débil estado emocional, de su necesidad de consuelo.

Retiró la mano y apretó el puño, utilizando toda su capacidad de autocontrol para no juntar los labios con los de ella. Respiró hondo, dio un paso atrás, le agarró la mano y la condujo a su asiento de costumbre en la mesa de la cocina. Matthew se sentó al otro lado, pues no confiaba en poder contenerse si se sentaba al lado de ella. Pero no le soltó la mano, permitiéndose al menos esa conexión física con la pequeña mesa de por medio, sosteniendo sus dedos entre los de él, y acariciándole el dorso de la mano con el pulgar.

—Empieza por el principio, y cuéntamelo todo.



Mariah respiró muy hondo y procedió a explicarle con detalle todo lo que

había pasado, y también todo el veneno que había soltado la señora Pitt por la boca.

En un momento dado, él murmuró un insulto dirigido a la gobernanta, lo cual apaciguó en cierto modo a Mariah, como si de algún modo justificase sus propios y nada caritativos pensamientos acerca de la mujer.

—Mañana por la mañana temprano iré a hablar con el vicario —dijo el capitán Bryant—. ¿Quién más está en el consejo directivo?

—Supongo que Hugh Prin-Hallsey en el lugar de su padre, pero probablemente no asista nunca a las reuniones. Y también el ayudante del alguacil.

—Que supongo que tendrá más ganas de arrestarnos que de ayudarnos, si la señora Pitt está tan enfadada por la «fuga» del viejo capitán.

Mariah asintió.

Empezaría por el vicario.

Pero al día siguiente, a media mañana, el capitán Bryant regresó, decepcionado de su visita a la vicaría.

—Dice que la gobernanta tiene todo el derecho de expulsar a residentes que le causen problemas a ella, o a la institución en su conjunto. Dice que puede pedir una revisión de los registros e incluso presentar una reclamación para revocar su decisión. Pero el consejo no se reunirá hasta dentro de tres semanas.

—¡Eso es una eternidad para una niña!

Asintió apenado.

—Pero, además, no hay ninguna garantía de que el consejo tome una decisión revocando la de la gobernanta, simplemente debido a la petición de unos vecinos entrometidos.

—Eso es muy desalentador.

—No pierdas la esperanza —dijo, tomándola de la mano—. No voy a rendirme. Ni tampoco Martin.

Capítulo 36

«Dice usted que el libro es indecente. Dice que soy una desvergonzada. Pero, caballero, para escribir acerca del verdadero amor, el recato impide la descripción de la verdad; y la decencia, la franqueza; así que tengo que ser franca con usted y pedirle que retire mi nombre de los títulos de crédito de las tiradas futuras. Bastará con que ponga “Una dama”».

JANE AUSTEN, carta a su editor acerca de
Orgullo y prejuicio

n día de primeros de septiembre, alguien llamó a la puerta de la casa del guarda. Mariah abrió, y allí estaba George Barnes junto a un desconocido que llevaba una bolsa de mensajero colgada sobre uno de sus hombros. Tras él había un caballo ensillado.

—Es ella —le indicó George con voz llena de orgullo—. El mensajero no era capaz de encontrarla, señorita, pero yo le he acompañado para indicarle dónde vivía. —El muchacho se inclinó un poco hacia delante—. El capitán Prince le manda saludos. Le he contado lo de Maggie, y él también se ha enfadado muchísimo.

El mensajero miró el nombre y la dirección que estaban escritos en el paquete que llevaba en la mano.

—¿La señorita M. Aubrey?

—Sí.

—Una entrega para usted.

—Un momento, por favor. —Se dio la vuelta para buscar el bolso de

mano, pero Dixon apareció a su espalda y le pagó al joven lo que correspondía. A su vez, el mensajero le dio a George un chelín por su ayuda.

—Muchas gracias, señor —dijo el chico, absolutamente radiante.

Mariah también le dio las gracias al mensajero y le dijo adiós con un gesto a George. Su placer por recibir lo que sin duda era un ejemplar de su segundo libro vino acompañado de cierta confusión.

—Es extraño —dijo, frunciendo un poco el ceño—. La vez anterior el señor Crosby le dio el ejemplar a mi hermano, y él me lo trajo en persona.

—Bueno —contestó Dixon—. Supongo que el segundo libro no es un acontecimiento tan importante como el primero.

—Es verdad, pero antes nunca me había enviado un mensajero.

Mariah se llevó el paquete a la sala de estar, cortó los cordeles con el cortaplumas y fue desempaquetando, con Dixon asomándose a su espalda. El libro tenía sobrecubiertas azules, y en el lomo solo constaba el título, *Las hijas de Brighton*. Perfecto. Levantó la sobrecubierta.

Y se quedó helada.

Por un momento, lo único que pudo hacer fue mirar, absolutamente asombrada, con el pulso acelerado. Un sudor frío le perlaba la frente y las palmas de las manos. Cerró el libro de golpe.

—¿Qué pasa? —preguntó Dixon desde detrás de ella—. ¿Hay alguna errata?

Mariah pestañeó, esperando inconscientemente haberse equivocado al leer, y volvió a abrir el libro. Lo que había leído seguía allí.

Sí, en la página de créditos, para que lo pudiera ver todo el mundo:

Las hijas de Brighton

Señorita Mariah Aubrey,
autora de *Un invierno en Bath*

No por Lady A. Tampoco ningún otro seudónimo. Su propio nombre, Mariah Aubrey, tal cual.

¡Eso no era lo que constaba en las pruebas que había corregido!

Dixon le apartó la mano para poder ver la página. Con esa misma mano se

cubrió la boca para contener el gemido que se le escapó.

Mariah sintió varias emociones a la vez. Traición, para empezar. ¿Cómo era posible, si el editor sabía de sobra lo mucho que deseaba permanecer en el anonimato? Y también miedo, un miedo enfermizo. ¿Cómo reaccionarían sus padres? ¿Y el capitán Bryant?

¿Tan convencido estaba el señor Crosby de que se incrementarían las ventas que hasta se había atrevido a actuar en contra de sus deseos? Si era así, pronto se arrepentiría de su decisión, pues todos los que conocían lo que había hecho se negarían a comprar un libro escrito por ella.

¿Qué podía hacer? ¿Escribir a Henry y pedirle que hablara con el señor Crosby en su nombre para pedirle una nueva tirada y la destrucción de esa?

Pensó en su nuevo manuscrito, *La historia de Lydia Sorrow*. El miedo se convirtió en terror, aunque teñido por un negro sentimiento de venganza. Si finalmente se publicara, ahora que todo el mundo sabía quién era, los lectores atarían cabos rápidamente, adivinarían la identidad de James Crawford y sabrían lo que había hecho. Pero no. La pequeña satisfacción revanchista que pudiera obtener se vería desbordada con creces por el daño que causaría a su familia. Ya no solo porque había publicado novelas, sino también por los hechos que se desprenderían de lo que habría publicado.

No era capaz de apartar los ojos de la página de créditos, dándose cuenta de que, aunque no escribiera ningún otro libro, solo era cuestión de tiempo el que las repercusiones de lo que había ocurrido alcanzaran a su editor, a su familia e, incluso, al capitán Bryant.



Después de discutirlo a fondo con Martin y Dixon, Mariah decidió que viajarían a Oxford al día siguiente, por si aún era posible parar la distribución de los ejemplares a los puntos de venta. Sin embargo, antes de que pudieran ir a ningún sitio, el señor Crosby se presentó en un carruaje privado, alquilado específicamente para la ocasión. Al verlo por la ventana, a Mariah se le empezó a concentrar la sangre en los oídos.

Vio a Henry, que bajó del carruaje después de él. ¿Acaso había traído el

señor Crosby a su hermano para impedir que le hiciera una escena? Se preguntó por qué se habría molestado en mandar por delante un ejemplar si su intención era entregárselo en persona. ¿Habría sido para dejar que tuviera en privado la primera reacción de ira, y ahorrarse así el tener que soportarla, junto con un más que probable estallido en lágrimas?

Dixon dirigió la vista al cielo negando con la cabeza. Martin abrió la puerta con expresión lúgubre y se hizo a un lado. Hecha un manojo de nervios, Mariah se colocó en el umbral para esperar a los visitantes.

Henry se adelantó y la agarró de las manos. La miró con un gesto de preocupación tan intenso como el de ella misma.

—¿Cómo estás, Rye?

—Muerta de miedo —respondió—. ¿Cómo iba a estar?

Detrás de él, el señor Crosby se aclaró la garganta. Henry la soltó y ella dio un paso atrás, invitando a entrar a ambos.

—Señorita Aubrey —empezó el señor Crosby, con el sombrero en la mano—. Sé que estará usted furiosa, pero le ruego que me permita darle una explicación, que me escuche. —Miró a Martin y a Dixon—. En privado.

Mariah respiró hondo.

—Muy bien.

Les hizo una seña a sus amigos, que se fueron de la habitación inmediatamente. Mariah se sentó y Henry se quedó de pie junto a su sillón. Miró al señor Crosby y le indicó que podía sentarse en el sofá.

Se le notaba incómodo. Se colocó los bordes de la levita nerviosamente y después juntó las manos sobre el regazo.

—Le prometo que no he tenido nada que ver con esto —empezó el señor Crosby—. El impresor jura que yo envié a un mensajero, con órdenes expresas por escrito, indicando que añadiera su nombre en la página de créditos. De hecho, la orden estaba escrita sobre papel con el membrete de Crosby y Compañía. Alguien ha debido de sustraerlo de mi oficina.

Mariah no se fiaba del todo de él. Pensó que podía estar mintiendo para calmarla y volcar la responsabilidad sobre un infortunado impresor, o sobre un mensajero sin identificar. ¿Cómo iba a creerse semejante explicación si desde el principio había intentado convencerla de que utilizase su nombre

real?

Él la miró fijamente.

—Señorita Aubrey, creo saber lo que está pensando, lo veo en sus ojos, pero le aseguro que no he hecho esto a sabiendas. Pese a que era lo que yo quería, y que debo parecer el sospechoso más lógico, jamás, le repito, jamás, quebraría la confianza de un autor de Crosby y Compañía. Le prometo, por la memoria de mi padre, Anthony King Crosby Sénior, que le estoy diciendo la verdad.

Su voz retumbó con tal aire de veracidad que Mariah no tuvo más remedio que creerle. Asintió rígidamente.

Henry dio un paso adelante e intervino con gesto muy de abogado, que es lo que era.

—¿Puedo ver la orden, por favor?

El señor Crosby sacó una carta del bolsillo y empezó a desdoblarla, y después a alisarla.

—La verdad es que no puedo echarle la culpa al impresor —dijo—. Ni tampoco hacerlo responsable desde el punto de vista económico. Nunca había recibido una orden falsa, a sí que no tenía ningún motivo para dudar de esta.

Le pasó la nota a Henry. Su hermano la leyó con gesto sombrío y después se la pasó a Mariah.

—Pero... —Incluso antes de que la pregunta, «¿Quién sería capaz de hacer semejante cosa?» se hubiera formado del todo en su mente, ya tenía la respuesta.

Hugh Prin-Hallsey.

Leyó la nota que le pasó su hermano. En efecto, el papel era el oficial de la editorial Crosby y Compañía.

La autora, cuyo padre está a punto de fallecer, ha decidido proporcionar al mencionado padre el placer de ver el nombre de su hija impreso antes de morir. Por tanto, por favor incluya en la página de créditos el nombre de la autora, de la siguiente forma:

[Título]

Señorita Mariah Aubrey,
autora de *Un invierno en Bath*

Mariah se dio cuenta de que Hugh no se había limitado a sustraer el papel de la oficina del señor Crosby. Al parecer también se las había apañado para verificar sus sospechas acerca de la identidad de Lady A.

—Espero que al menos lo que se dice de su padre no sea verdad... — preguntó con cautela el señor Crosby, dirigiéndose a ella y a Henry.

Su hermano negó con la cabeza, respondiendo por los dos. Mariah se preguntó qué haría su padre. Porque, de un solo golpe, Hugh había revelado no solo que Mariah era la autora de este libro, sino también de la primera novela.

Hugh le había devuelto el golpe, multiplicado por dos. Desenmascarar al autor y su fraude, todo al mismo tiempo. Mariah se dio cuenta de lo irónico de la situación. «Él es el que debería escribir libros sobre arrepentimiento y venganza», pensó. La había superado en toda regla.

—¿No puede hacer una edición nueva? —preguntó Henry.

—A decir verdad, no estoy en condiciones de hacerlo —contestó Crosby, haciendo un gesto de impotencia—. O vendo esta o entro en bancarrota.

—Pues yo creía que Crosby y Compañía era una empresa de éxito —dijo Mariah.

—En estos momentos las cosas están un poco complicadas, pero espero que la situación mejore pronto —dijo, sonriendo con valentía—. Mire el lado positivo, señorita Aubrey. ¿No le llevo diciendo desde el principio que las ventas mejorarían si publicara con su verdadero nombre? Frances Burney publicó su primer libro bajo seudónimo, sin el conocimiento ni el permiso de su padre. Pero después cambió a su verdadero nombre, y no tuvo problemas personales. Y yo creo que usted tampoco tiene por qué sufrir ninguna catástrofe personal.

¿Acaso había olvidado el comentario de Hugh acerca de su reputación ¿O es que de verdad no le importaba?

Lo único que podía hacer Mariah era rezar por que tuviera razón.



Matthew pasó varios días visitando casas de caridad y casas de trabajo para niños y jóvenes en las parroquias de los alrededores, así como la casa de la industria textil de Oxford. En todas le aseguraron que no habían admitido ni recibido ningún nuevo residente que se correspondiera con la descripción de Maggie. Tendría que ampliar la búsqueda. Pero antes volvió a Windrush Court.

Pese a que no tenía información acerca de la niña, Matthew ansiaba volver a ver a Mariah. Parecía tenerlo todo absolutamente claro. Llevaba amándola desde hacía bastante tiempo, y estaba deseando hacérselo saber. O estaba muy equivocado, o ella también lo quería a él.

En un rincón de su mente seguían bullendo preguntas molestas respecto a Crawford y Mariah, pero procuraba mantenerlas apartadas. Intentaría simplemente olvidar que todo aquello había ocurrido, porque no podía siquiera soportar el imaginarlos juntos. A él le hubiera gustado empezar a cortejar a Mariah de inmediato, pero debía esperar a que se resolviera la crisis de Maggie.

Pero Mariah lo recibió en la puerta de la casa del guarda sin una de esas dulces sonrisas que tanto ansiaba ver. Su gesto era sombrío, de cautela. ¿Se habría equivocado acerca de sus sentimientos?

Lo condujo a la sala de estar y retiró una de las sillas de la mesa.

—Por favor, siéntate —le dijo, con excesiva seriedad.

Así lo hizo, pero mientras se sentaba la agarró de la mano.

—Mariah...

—Shh. No digas nada de lo que te puedas arrepentir antes de que te enseñe lo que te tengo que enseñar.

—Eso no suena nada bien —dijo, tocándole con la punta de la bota los bajos del vestido—. ¿Acaso tienes ahí debajo una pata de palo? —añadió con tono juguetón.

Su cara lúgubre hizo que se ensombreciera la de él. Le apretó los dedos.

—Espero que no hayáis recibido peores noticias sobre Maggie...

Ella retiró la mano y se volvió para tomar un objeto de la estantería.

—No quería que lo vieras o que te hablaran de él en cualquier otra parte.

«Esto no suena nada bien», pensó Matthew, preparándose para el golpe,

fuera el que fuese.



Mariah colocó el libro delante de él y lo abrió por la página de créditos. Después dio un paso atrás y contuvo el aliento.

Él se quedó mirándolo durante unos momentos, sin decir ni una palabra. Al final, fue Mariah quien decidió romper el silencio.

—Nunca fue mi intención utilizar mi verdadero nombre, pero se produjo un cambio involuntario de última hora y el editor se niega a reimprimir. — Pensó que no tenía sentido echarle la culpa a Hugh. No podía demostrarlo, y aunque pudiera, lo importante era la realidad que había salido a la luz, y no cómo había pasado.

—No me lo puedo creer —dijo él por fin.

Le dio un vuelco el corazón.

—¿Tan horrible es? —preguntó, molesta por el temblor en la voz, que no fue capaz de evitar.

Él no la miró a los ojos.

—Una vez una mujer me dijo que las palabras eran muy importantes para ella... Ahora entiendo la razón, pagas el alquiler gracias a la palabra impresa. Y cuando recuerdo la forma en que me dejaste criticar *Un verano en Bath*... Pensé que simplemente defendías el libro en nombre de tu sexo, o de las novelas románticas en general. Nunca hubiera imaginado que... —Negó con la cabeza, y cuando por fin la miró, la pena y la irritación inundaban sus ojos—. Me dijiste que pesabas y medías las palabras. Y yo pensé que eso significaba que la honestidad era importante para ti. Sin embargo, nunca has sido honesta conmigo.

Se levantó echando la silla hacia atrás. Tenía la cara gris y el gesto tenso. Sus siguientes palabras fueron acusatorias.

—Primero descubro un oscuro secreto acerca de ti, y ahora esto. Otra mentira.

—¡Eso no es justo! —replicó Mariah, elevando la voz—. No tenía ninguna intención de mentir. Solo quería mantenerlo en secreto. La sociedad considera

que las damas no deben ser escritoras. Mi padre se pondrá furioso.

—No me lo ibas a contar nunca, ¿verdad? Igual que lo de Crawford, que tuve que escucharlo de otros. Y ahora solo me cuentas esto porque te has visto obligada a hacerlo, pero en contra de tu voluntad.

—¿Acaso estoy obligada a contarlo todo? —dijo, haciendo una mueca—. ¿A confesar todas mis faltas y debilidades desde el primer momento? ¿Como una leprosa que debe ir proclamando que lo es tocando una campanilla para que la oiga todo el que se aproxima a ella? ¿Es que estoy obligada a contárselo todo a quien me alquila la casa?

—¡Ser arrendador no tiene nada que ver! —espetó, mirándola furioso—. Pensaba que éramos amigos. ¿Me falta todavía alguna cosa por saber, peor aún de las que ya sé? ¿Qué otros secretos hay escondidos? ¿Un niño, por ejemplo?

—¡No! —contestó con voz entrecortada.

—Pero... ¿no eres virgen?

Al ver que no respondía, apretó la mandíbula y desvió la vista, como si no pudiera soportar seguir mirándola.

—Pensé que sabía muchas cosas, pero... Ahora me doy cuenta de que todo lo que he aprendido a fuerza de experiencias dolorosas siempre acaba siendo verdad, después de todo. Las mujeres siempre procuran aparentar una imagen que no es la real.

Mariah sintió como si se le clavaran en el pecho unas tremendas punzadas de remordimiento, tan reales que hasta le impidieron contestar, defenderse, argumentar..., casi hasta respirar. De nuevo sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, pero pestañeó casi con furia. Nunca le había oído hablar en un tono tan cortante, ni con una expresión tan herida. Y sus palabras le hicieron tantísimo daño porque... eran ciertas.



Desde el otro lado de la mesa de billar William Hart lo fulminaba con la mirada, absolutamente perplejo y muy enfadado.

—¿No estás asombrado?

—¿Respecto a qué? ¿Al hecho de que Crawford sea un imbécil, o a que lo

seas tú?

—¿Y qué he hecho yo, aparte de recibir golpes de mar que me han dejado por los suelos? Primero me entero de que su reputación no es la que debería, y ahora me dice que lleva una vida secreta que me ha estado ocultando hasta ahora.

Según estaba pronunciando la frase, Matthew cayó en la cuenta de que su reacción había sido excesiva. Llevaba bastante tiempo sabiendo, o temiendo, la verdad acerca de la relación que había tenido lugar entre Mariah y Crawford, lo que pasa es que se había negado a afrontarla. Después de todo, cuando estaba decidido a reconquistar a Isabella y casarse con ella, tampoco había tenido por qué tomarse la cosa tan a pecho. Pero tal razonamiento no había evitado que acumulara cierta desilusión, e incluso resentimiento, respecto al hecho de que Mariah hubiera tenido relaciones íntimas con otro hombre. El conocimiento de su actividad clandestina como escritora de novelas solo había sido el detonante del estallido de cólera que, hasta entonces, no había dejado que aflorara.

Hart seguía mirándolo con el ceño fruncido.

—Por lo que respecta a su falta de discreción, o lo que fuera, con Crawford, la verdad es que ya ha pagado un altísimo precio por ello. Según tú, ¿qué debería haber hecho? ¿Meterse debajo del agua, como un ancla, hasta el fin de sus días?

—No. Pero lo que no me gusta es que me engañen.

—¿Eres tú el que te engañas! ¿Acaso tu pasado es mejor que el de ella?

—Teniente, está sacando los pies del plato —dijo, a punto de explotar.

—No, capitán, en absoluto: es usted el que los ha sacado, y no me lo puede negar, pues he sido testigo de todo. Yo estaba allí cuando usted hizo caso omiso de la señal de rendición de aquel barco y, a pesar de ello, lo atacó y lo abordó para conseguir otra captura, otro botín, aún sabiendo que no serviría para cambiar el rumbo de la guerra, que ya estaba trazado. Yo estaba allí cuando se llevó las manos a la cabeza al ver a todos aquellos jóvenes que ahora estarían vivos si no hubiera atacado. Y también estaba allí, en aquel puerto del sur de España, y recuerdo a aquella preciosa y jovencísima españolita que solo tenía ojos para el apuesto y pudiente capitán.

—¡No sigas! —Matthew se puso la mano sobre los ojos como si quisiera bloquear las palabras de Hart, así como la dolida expresión de Mariah cuando le había echado en cara su comportamiento.

—¿Y por qué no? Querías que la señorita Aubrey te contara todos sus secretos a las primeras de cambio, ¿y no me dejas que te recuerde los tuyos? Que con toda seguridad no le has contado a ella...

¿Es que Hart, su amigo, era incapaz de entender su turbación? Pese a que Matthew había renunciado ya a ocupar un puesto prominente en la alta sociedad, cualquier hombre se descompondría al ver confirmadas sus peores sospechas acerca de la mujer que amaba: que no era virgen. ¿Acaso desear que lo fuera lo convertía en un estúpido anticuado? El hecho de que se revelara que era autora de novelas no contribuiría en absoluto a mejorar su reputación.

Pero después de todo lo que le había ocurrido a su querida hermana, y de lo que Dios le había perdonado a él mismo, ¿cómo podía ser capaz de unirse al grupo de los que la condenaban?

No podía.

—¡Vaya, Hart! —Matthew se frotó la parte de atrás del cuello y suspiró—. ¿Es que siempre tienes que tener razón, demonios?

¡Con qué tremenda hipocresía se había comportado! ¿Cómo había podido ser capaz de juzgar a la señorita Aubrey por los desgraciados hechos que había tenido la mala suerte de vivir, y por llevar adelante una afición que, además, le permitía salir adelante en la terrible situación en la que la había dejado su padre? ¡Y ni que él fuera un santo! Si sus tremendas acciones no lo dejaban dormir por la noche... «¡Perdón!», pensó para sí. «¡Perdón!», se repitió. La súplica iba dirigida a la mujer que amaba y su Dios, que sin duda lo amaba a él.



Abrumado por el remordimiento, Matthew resistió la urgencia de salir corriendo a toda prisa hacia la casa del guarda y suplicar que le perdonara. En vez de eso, se sentó en el escritorio de la biblioteca a pensar cuál podía ser la

mejor manera de comunicar sus más sinceras disculpas, y también sus esperanzas, a la señorita Mariah Aubrey, novelista.

Por fin se le ocurrió una idea. Preparó papel, un tintero y una pluma. Musitando la misma oración que rezaba para que Dios le permitiera una travesía tranquila, empezó a escribir.

Mi querida señorita Aubrey:

Dado que es usted una persona que valora mucho las palabras, he decidido escribir una historia, solo para usted. Sin duda será un intento muy pobre, de escasa calidad; no obstante, esta es mi versión de la fábula de Esopo que yo he rebautizado como El zorro estúpido y los dos pájaros...

Capítulo 37

«Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo».

JESUCRISTO,
Evangelio según san Juan, 10:9

Preocupada al no encontrar fuera a ninguna de las hermanas Merryweather, Mariah entró con precaución en la casa de caridad. Una vez dentro vio a Agnes, que cruzaba el vestíbulo con una botella de agua caliente entre las manos.

—¡Señorita Merryweather! —susurró Mariah—. ¿Cómo está la señorita Amy?

Agnes movió la cabeza de lado a lado. Tenía los labios apretados y descoloridos.

—No está bien. Pero seguro que le apetece verla. Venga conmigo.

Mariah caminó junto a la delgada mujer, mirando nerviosamente hacia atrás a cada momento, pues temía que la señora Pitt la viera y la expulsara del edificio.

—La han traído a la enfermería, aquí al lado.

Mariah siguió a Agnes más allá del cuarto en el que trabajaban el boticario y el cirujano en sus ocasionales visitas a la casa de caridad, y dejando atrás también la pequeña botica donde se almacenaban las medicinas, que, guardadas bajo llave, se iban utilizando en el día a día, así como varias pequeñas habitaciones para enfermos. Cuando llegaron a la última puerta del

pasillo, Agnes le indicó que pasara.

—Tienes visita, Amy. Pero no quiero que te canse —dijo Agnes.

—Es imposible que nada me canse más —dijo Amy esbozando una débil sonrisa—. Hola, señorita Mariah.

Las dos sonrieron con ternura.

Agnes se inclinó para colocar entre las sábanas la botella de agua caliente.

—Bueno, espero que esto te ayude a dejar de temblar.

Y es que, aunque en la habitación no hacía nada de frío, sino todo lo contrario, Amy estaba cubierta de mantas y hasta llevaba una bufanda roja alrededor del cuello.

Amy tocó con los dedos la prenda.

—No le he hecho una bufanda, señorita Mariah —dijo tristemente.

¡Qué pequeña y frágil parecía la encantadora y querida mujer! Mariah tuvo que contener las lágrimas al darse cuenta de lo cerca que estaba del final.

—No importa, señorita Amy, no se preocupe. Está usted maravillosa con ese toque de color rojo tan alegre alrededor del cuello.

Amy volvió a llevarse la mano a la bufanda.

—Tómela, es para usted.

—No, no puedo aceptarla.

—¿Y por qué no? —Amy emitió una mínima risita—. Allá donde voy no la necesitaré, descuide. En la casa del Padre no hay habitaciones frías, ni húmedas.

Agnes murmuró algo que Mariah apenas entendió, pero que le pareció que era algo así como «¡Santo Dios!».

—Puede que la señorita Agnes la quiera —dijo Mariah.

Amy movió la mano en gesto de negación.

—No. Ya le hice una roja hace mucho tiempo, y se niega a ponérsela. Esta tiene que ser para usted.

Mariah recordó que, según Agnes, el color rojo era para pecadoras como Jezabel. Podía entender que la mujer no quisiera acordarse de una vida que preferiría olvidar. Miró a Agnes, que asintió.

—Entonces la guardaré como un tesoro. Gracias.

Mariah ayudó a Amy a quitarse la suave bufanda del cuello. Con dedos

temblorosos y curvados, se la puso entre las manos.

—Póngasela, querida. Y recuerde.

—Nunca la olvidaré —dijo, con un nudo en la garganta.

Amy soltó lo que pareció un débil bufido.

—¡Buf! A mí olvídeme cuando quiera, pero recuerde lo que significa la bufanda —dijo Amy, sin soltarle la mano a Mariah—. Ninguno de nosotros transitamos por esta vida sin meternos en algún que otro embrollo, o sin cometer errores, grandes o pequeños. O sea, como los nudos de aquella madeja, ¿se acuerda? Pero hay que saber superarlos, aceptando la bondad, la ayuda y el perdón de nuestro Señor. Debemos dejarlos atrás y mirar la vida que tenemos por delante.

Con las lágrimas borrando su visión, Mariah le apretó suavemente la mano.

—Gracias —susurró.

Lo recordaría. Toda la vida.

Mariah levantó la vista y sintió un nudo en el estómago al ver correr las lágrimas por las recias mejillas de la estoica Agnes Merryweather, que tomó la mano libre de su hermana.

—Por favor, no me dejes, Amy. Otra vez no.

—Prométeme que seguirás adelante sin mí, Agnes. Prométeme que cruzarás la puerta.

«¿La puerta?», se preguntó Mariah.

La señorita Amy debió darse cuenta de que Mariah no lo entendía, y señaló hacia arriba con el dedo índice.

—No me refiero a esta puerta, querida, sino a la del Señor.

En ese momento, el capitán Prince entró en la habitación, muy agitado. Miró a Amy Merryweather, tan afectada por el tiempo y la enfermedad, y su gesto no pudo expresar más dolor.

—¡Oh, querida niña! Vieja amiga...

Se acercó a la cama, puso una rodilla en el suelo, agarró una de sus manitas de pájaro y sollozó.

—Vamos, vamos —lo consoló la señorita Amy—. Solo es una despedida temporal, capitán, así que te diré que *au revoir*. Hasta que nos encontremos de

nuevo.

Mariah y Agnes se retiraron silenciosamente para dejarlos compartir ese raro momento de intimidad de la que ahora disponían, y que quizá fuera también el último.



En el pasillo, Agnes Merryweather parecía muy conmovida y alterada. Perdida. Mariah la tomó de la mano con cierta precaución, pensando que quizá la rechazaría. Sin embargo, Agnes se la apretó con fuerza, tanta que a Mariah casi le hizo daño el metal de su anillo incrustándose en la carne.

No se quejó.

—Parecen muy unidos —dijo Mariah—. Pero ¿de verdad pueden conocerse tan bien, estando él aislado?

Agnes condujo a Mariah hacia un punto del pasillo en el que había dos sillas.

—Bueno, Amy se colaba en su habitación siempre que podía. La pobre apenas podía andar, pero hacía lo que hiciera falta para subir esas largas escaleras. Yo intentaba impedirselo, pero no hacía caso de nada de lo que le dijera. Con todos sus defectos, ese chico, John Pitt no deja de ser un romántico. A veces se marchaba para que pudieran hablar en privado a través de la puerta.

—En todo caso, nunca estaban juntos de verdad...

—Bueno, se conocían desde mucho antes de coincidir aquí.

«Es verdad», recordó Mariah. ¿Qué era lo que había dicho el capitán Prince? Algo acerca de que se acordó de que la señorita Amy lo esperaba en Inglaterra.

Agnes seguía con los ojos neblinosos, fijos en algún punto más allá del oscuro pasillo, un punto lejano en los años, en los recuerdos.

—Ella sigue viva gracias a él, aunque me temo que por pocas horas... — Le temblaron los estrechos hombros, y se llevó un pañuelo a la cara, angulosa y demacrada.

Mariah le pasó un brazo por los hombros. Temblaba. Tardó bastante en

recuperarse.

—¿Cómo se conocieron? —preguntó Mariah muy bajito.

—Fue cuando Amy estaba... cuando mi padre la... entregó —contestó Agnes—. ¡Un mal hombre! Necesitaba dinero para beber, y vendió su propia carne y sangre para conseguirlo.

Mariah se estremeció. ¡No podía ser posible! Agnes tenía que estar confundida. Pensaba que era a Agnes a quien se refería la malvada señora Pitt, la hermana que había sufrido tan tremenda ignominia. ¿Cómo podría haberse equivocado de esa manera? ¿O es que Agnes prefería trasladar a su hermana su propia experiencia para distanciarse de algún modo de sus recuerdos, para poder acordarse de aquellos amargos días?

—Se vio forzada a trabajar en una casa de lenocinio de Bristol —continuó Agnes—. Ya sabe, una ciudad portuaria. Al parecer, el capitán miró hacia arriba y la vio en la ventana, con la vista fija en las estrellas. El caso es que la reconoció, no me pregunte cómo. Supongo que, hacía muchos años, la había conocido en Whitmore, que era donde vivíamos. Supo quién era por su aspecto, no por su nombre. Y, como conocía perfectamente la fama bien ganada de mi padre, no le costó demasiado atar cabos y deducir el resto de la historia.

»El caso es que entró en el prostíbulo y pidió ver a la joven que estaba en la ventana. El odioso propietario la hizo bajar de inmediato, como se baja una bolsa de naranjas para exprimirlas y sacar de ellas la mayor cantidad de zumo posible. Amy me dijo que el capitán, vestido de uniforme, la miró con cara de enorme enfado, y en principio le pareció que era por ella. Así que le dio miedo. Ya tenía mucha experiencia con hombres crueles y violentos. Pero después captó algo en sus ojos, en su expresión, que le hizo darse cuenta de que no estaba iracundo por su causa. Preguntó al proxeneta que cuánto quería por la chica, y él le dijo el precio. Pero el capitán le contestó que no quería pagar por un tiempo, o por un servicio, sino para llevársela de allí. Quería saber el precio de su libertad.

»El individuo le dio una cifra desorbitada. Estaba claro que ese traficante de mujeres no quería perder el beneficio que obtenía. De hecho, la cantidad que pidió era mucho más alta que la que le había pagado a mi padre por ella.

Pero, sin decir una sola palabra ni apartar los ojos de Amy en ningún momento, el capitán Prince metió la mano en uno de los bolsillos de su levita militar, sacó una gran bolsa de oro y se la pasó al individuo. E inmediatamente le dijo a Amy: «Recoja sus cosas. Nos vamos».

—¡Menuda historia! —exclamó Mariah. La cabeza le daba vueltas. ¿De verdad que la afable y alegre Amy había sido una...? Ni siquiera era capaz de pensar en utilizar semejante palabra en una frase que también incluyera el nombre de Amy Merryweather. ¿Cómo podía haber sobrevivido, y con la alegría y las ganas de vivir intactas?

Agnes asintió.

—El capitán la llevó a una casa de huéspedes que regentaba una familia de su confianza y temerosa de Dios. En principio, tuvieron algún inconveniente a la hora de acogerla, pues sabían lo que se había visto forzada a hacer. Pero al final lo hicieron, gracias a la mediación del capitán. Amy me dijo después que pasaron unos días maravillosos juntos, y que él se portó como un perfecto caballero. La animó a que me escribiera, y lo hizo, lo cual me alivió muchísimo, pues antes no la dejaban enviar ninguna carta para decir dónde se encontraba. El barco del capitán iba a zarpar, y le dijo que estaría fuera muchos meses, pero le prometió que, al volver, lo primero que haría sería ir a visitarla.

Agnes apoyó la cabeza en la pared que había detrás de las sillas.

—Mi hermana pensaba que se casaría con ella. Yo no. Pese a que era muy amable, ella estaba muy lejos de su nivel social, incluso antes de su perdición por causa de mi padre. Pero no fui capaz de advertirla. Así que esperamos. Seis o siete meses más tarde, llegaron noticias de que su barco se había hundido en una batalla, y que la mayoría de los hombres, incluido el capitán, habían perdido la vida.

—¡Qué horror! —. La tristeza de la historia afectó mucho a Mariah, pese a que ya la había escuchado de labios del propio capitán, y desde su punto de vista de marino militar.

—Sí, fue horroroso para Amy. Pero, por lo que se refiere a mí, recuperé a mi hermana. A partir de la noticia, aceptó salir de su lugar de espera y volver a Whitmore. Nuestro padre murió dejando deudas, por supuesto, así que

tuvimos que vender la casa familiar. Nos instalamos en dos pequeñas habitaciones, juntas, y nos fue muy bien. Fueron años felices para nosotras. Aunque Amy no terminó de recuperarse del todo, tanto de su pérdida como de las penurias que había tenido que pasar antes de conocerlo, y su salud empezó a resentirse.

—¡Amy debió de quedarse atónita al encontrarlo aquí! Sería sin duda el último sitio donde esperaría verlo.

—Atónita, desde luego, esa es la palabra —confirmó Agnes, resoplando—. En cierto modo, alivió el dolor que significó tener que ingresar en una casa de caridad. Por supuesto, Amy atribuyó el reencuentro a la bondad del Señor. De todas formas, tuvieron que pasar varios meses antes de que otros residentes nos hablaran del hombre del tejado. Y aún pasó más tiempo hasta que ella fue capaz de reconocer su voz. Durante bastante tiempo pensó que la imaginación le estaba jugando una mala pasada. Y es que para todos el capitán Prince estaba muerto, claro.

—Nos habló de su herida en la cabeza, de la pérdida de memoria, de sus años viviendo como un náufrago, entre nativos...

Agnes asintió, indicando así que conocía los hechos, y se sonó la nariz con un pañuelo algo deteriorado.

—En cualquier caso —insistió Mariah—, resulta sorprendente que terminara en esta casi desconocida casa de caridad, al lado de Windrush Court.

Agnes la miró con intención.

—No, lo cierto es que no es nada sorprendente, dado que todos hemos nacido y crecido en esta parroquia del condado. —De nuevo se le llenaron los ojos de lágrimas—. Cuanto me alegra que él esté aquí. Por el bien de Amy.

Pero, en cierto modo, sintió menos pena por Amy que por la pobre Agnes, que se iba a quedar absolutamente sola sin su hermana.



Esa noche, Mariah no podía conciliar el sueño debido a los muchos asuntos que la inquietaban: la preocupación por la señorita Amy, por Maggie y por la

airada reacción del capitán Bryant. No apagó la vela de la lámpara de su mesilla, como si la luz pudiera ahuyentar de alguna manera el miedo que la invadía, oscuro como una pesadilla. Sobre todo, sufría por las adversidades que la pobre y desamparada Maggie estaría sufriendo en ese mismo momento. Siguiendo los consejos de la señorita Amy, y también de Dixon, Mariah empezó a rezar, pidiéndole contritamente a Dios no solo que perdonara sus ofensas, sino también que no tuviera en cuenta su reciente pérdida de la devoción. También le pidió que cuidara de Maggie y de la señorita Amy, y que ayudase a reparar la grieta que se había abierto entre Matthew y ella. Tras rezar, se sintió algo mejor, con el alma algo apaciguada, pero, de todas formas, seguía sin poder dormir.

Se dio por vencida, eligió al azar uno de los diarios de su tía y empezó a leerlo. Pensaba que podía ser un buen remedio para su insomnio, sobre todo tras leer un montón de páginas que describían de forma muy tediosa los planes para renovar el salón rosa y su propio dormitorio tras la boda con Frederick Prin-Hallsey, que, para colmo, se completaba con una interminable lista de comercios dedicados a la venta de alfombras, tapicería y muebles, indicando lo que había que buscar o encargar en cada una de ellas, así como posibles lugares especializados en realizar pinturas y decoración con frescos.

Mariah se saltó varias páginas y empezó a leer con interés casi malsano los sentimientos que había transcrito Francesca acerca de su nuevo marido, y también sobre su deteriorada salud, así como la creciente tensión que se iba produciendo entre Hugh y ella.

Pero entonces le llamó la atención algo absolutamente distinto.

Los Prin-Hallsey nunca dejarán de sorprenderme. Me he enterado de algo bastante impactante. Lo cierto es que no sé si debería dejarlo por escrito siquiera. Y es que, si la verdad sale a la luz, ¿no afectaría, y mucho, a mi propio destino?

He sabido las razones que tuvo Honora Prin-Hallsey para donar los terrenos y los fondos donde y con los que se construyó la casa de caridad, y no tuvieron nada que ver precisamente con eso, con la caridad cristiana. Al menos no fue ese el motivo fundamental.

Puede que no esté siendo del todo justa. Supongo que podrían haber conjurado el peligro de perder Windrush Court por otros medios mucho

más... definitivos. Por ejemplo, utilizando para sus fines alguna despiadada casa de trabajo en el norte, o algún asilo londinense. O incluso fingiendo un accidente de caza, o una caída, o una dosis excesiva de láudano. Así que quizá los estoy juzgando demasiado mal. Al fin y al cabo, aquí estoy yo, sabiendo lo que ahora sé, y sin tomar ninguna medida para cambiar la situación. Ni la de él, ni la mía propia, naturalmente.

¿Debería atreverme a contárselo a Hugh? Una parte de mí está deseando experimentar la sensación de venganza que me produciría revelar una realidad oculta tan devastadora. Ver cómo ese joven orgulloso y altanero lo pierde todo, absolutamente todo. Pero este viejo sentido de autoprotección me obliga a que me lo piense mejor, teniendo en cuenta todas las consecuencias posibles.

Me pregunto si fue ese el caballero al que vi por la hacienda cuando era una chiquilla. ¿Era el hermano mayor, el que desapareció, según escuché sin querer en una conversación entre mi madre y la señora Prin-Hallsey?

Cuando estaba reformando y cambiando el mobiliario de la casa, encontré un cuadro envuelto en papel y guardado en la parte de atrás de un armario. Era un retrato de un hombre de algo menos de treinta años, y me resultó ligeramente familiar. Podía tratarse del hombre que había visto hacía tantos años, pero no estaba completamente segura. Lo que sí que sabía era que el hijo mayor se había alistado en la Armada, en contra de los deseos de sus padres, pero ¿habían sido tan graves la discusión y el rechazo como para quitar su retrato de la galería de pinturas del vestíbulo, sobre todo teniendo en cuenta que se le había dado por muerto? Le pregunté por ello a Frederick, y en principio intentó hacer pasar al hombre del retrato por un antepasado, pero el tipo de ropa y la pintura en sí me parecieron modernas. Insistí y, finalmente, me confesó la verdad, aunque tuvo la precaución de decirme que su hermano había perdido la razón, y que había tenido la consideración de no internarlo en una institución más dura, y lejos de la hacienda.

¿Consideración? No me lo pareció. ¿Egoísmo? Eso sí que podía creerlo.

«Y yo también», pensó Mariah, que se quedó mirando a la pared, sobre la que se proyectaban las sombras de la lámpara, mientras la vela iba perdiendo la mecha y soltando humo negro. Cerró el diario. ¿Sería verdad? ¿Era posible que el que ella conocía como «capitán Prince» fuera en realidad un Prin-

Hallsey? ¿El primer Prin-Hallsey en la actual línea sucesoria, y también en la pasada?

La lectura del diario de su tía la distrajo por completo de sus preocupaciones, pero ahora su mente empezó a darle vueltas a otras cuestiones, del todo diferentes... sobre todo, de qué forma y en qué medida esa sorprendente verdad podría afectarlos a todos.

Capítulo 38

«Después habló el valiente Horacio,
el capitán que los mandaba:
a todos los hombres de la tierra,
antes o después, les llegará su hora».

THOMAS BRIGHTON

Pese a que había dormido muy poco, Mariah se levantó muy temprano, cuando la casa todavía estaba tranquila. Ni Lizzy ni siquiera la siempre muy madrugadora Dixon estaban aún despiertas. Entró de puntillas en la cocina para no hacer ruido e ir encendiendo el fuego, y le sorprendió mucho ver en el suelo una carta lacrada, justo al lado de la puerta de entrada trasera.

La carta iba dirigida a ella, pues figuraba solo su nombre, señorita Aubrey, con letra masculina. Se le aceleró el pulso. Olvidándose del fuego, se sentó, y con dedos trémulos rompió la cera del lacre y desdobló la hoja de papel. Al leer la introducción de Matthew, el corazón empezó a latirle atropelladamente. Mientras leía *El zorro estúpido y los dos pájaros*, en unos momentos reía entre dientes y en otros se llevaba la mano al corazón.

Érase una vez un zorro estúpido y muy arrojado que llegó a un país muy lejano, decidido a atrapar uno de los raros pájaros cantores amarillos que vivían allí. Durante varios días persiguió al cautivador pájaro, pero él lo miraba con desdén, yendo de rama en rama, y volando cada vez más

alto.

Cerca de allí había otro pájaro, con un nido más modesto, cerca de la guarida del zorro. También era un pájaro precioso, aunque quizá no tan llamativo como el pájaro amarillo. Tampoco podía cantar. Tenía las plumas oscuras, y unos ojos ambarinos e inteligentes. Se hizo amigo del zorro, y le avisaba de los peligros cuando estos se acercaban, y también le advertía cuando podía caer en una trampa. Él le daba las gracias al pájaro despreocupadamente, pero no se apartaba de su camino, siguiendo los pasos del voluble pájaro cantor amarillo.

¡Qué estúpido era el zorro! ¡Qué ciego! Por no darse cuenta de la amistad, el afecto y la confianza que le ofrecía el pájaro pardo.

Un día, por fin, consiguió atrapar al pájaro amarillo, pero justo en el momento de tenerlo, se dio cuenta de que ya no lo quería.

Corrió hacia el modesto nido del pájaro pardo y lo llamó, pero él no le contestó.

¿Sería tarde, o finalmente lo perdonaría?

Mariah contuvo las lágrimas. No, no era tarde. Y sí, lo perdonaría.

Ansiosa por decírselo, y también por contarle el secreto que había descubierto leyendo los diarios de su tía, Mariah se vistió rápidamente y se acercó hacia Windrush Court. Flotaba una neblina fría y, para su desgracia, en lugar de encontrar a Matthew fue a Hugh Prin-Hallsey a quien vio, bajando los escalones de la entrada. Dudó entre la urgencia de hablar con Matthew o dejarlo para después y retirarse discretamente, pero de inmediato decidió avanzar, pasara lo que pasase.

—¡Vaya, aquí está Lady A! —dijo, e incluso sonrió en dirección a ella. Estaba claro que la venganza le ponía de buen humor.

—Supongo que no tengo que preguntarte por qué lo hiciste, Hugh —dijo Mariah, sorprendida de que se levantara tan temprano—. No obstante, aún intento conciliar tu acto con la idea que yo tenía de ti como hombre y como caballero. Nunca te había considerado vengativo.

—Pues la verdad es que tienes razón, aunque solo en cierto modo —dijo asintiendo—. En general, mi filosofía vital es más del tipo «vive y deja vivir». Pero, y eso sí que me define, reacciono muy mal cuando alguien pretende interponerse entre mi próxima libra y yo. O insiste en referirse a cierta molesta mujer como «señora Prin-Hallsey».

—Ese era su nombre, Hugh —dijo Mariah, suspirando.

—Igual que «Lady A» era el tuyo, ¿no? —arguyó, dirigiéndole una seca sonrisa—. Pero bueno, ya me ha encargado de terminar con tu farsa, ¿o no? Y la otra murió de muerte natural.

Mariah sintió una pena inesperada por el evidente abismo que se había abierto entre ellos. Es muy posible que siempre hubiera estado allí, pero no se había dado cuenta del todo de su enorme profundidad, distraída en un principio por su encantadora bravuconería y su fachada afable y educada.

—Sí —dijo en voz baja—. Ya te has encargado tú de acabar con ella.

Notó la implacable y estudiada expresión de Hugh. ¿Debería decirle lo que había descubierto en la casa de caridad, y confirmado en los diarios de su tía? Al igual que Francesca, sintió la tentación de tomarse la revancha con él. Además, era de justicia que el capitán Prince, o Prin-Hallsey si es que se llamaba así, fuera liberado, y que recuperara la posición que le correspondía. Pero ¿la tomaría en serio Hugh? Inmediatamente llegó a la conclusión de que sí que lo haría, aunque no lo admitiera. Y es que Hugh, aquel día, cuando lo vio en el tejado, lo reconoció, estaba segura. Respiró hondo.

—He conocido a tu tío.

—¿A mi tío? —preguntó, levantando una ceja.

—Sí, acuérdate. El viejo del tejado de la casa de caridad. Aquel hombre al que reconociste. Es el hermano... mayor de tu padre —dijo, recalcando el adjetivo.

Hugh la miró impávido. Ni se inmutó, ni mostró preocupación, tal como ella esperaba. Se limitó a sonreír con suficiencia. De hecho, hasta le brillaron los ojos oscuros.

—Pobre Bryant.

—No —le contradijo, frunciendo el ceño—. El capitán siempre podrá encontrar otra casa, pero tú vas a perderlo todo.

Se encogió de hombros.

—En todo caso, ya iba siendo hora de dejar esta vieja casa y vivir por mi cuenta.

—¿Te vas? —preguntó Mariah—. ¿Para siempre esta vez?

—¿Para siempre? —Hizo una mueca—. ¿Cuándo me he ido yo para

siempre de algún sitio?

Mariah se lo quedó mirando, desconcertada por su respuesta y por esa sonrisa que no se le quitaba de la boca. ¿Habría conseguido destruir todas las pruebas, de modo que ni los abogados ni las autoridades fueran capaces de verificar que la hacienda, y todo lo demás, pertenecía al capitán Prince? O, aún peor, ¿habría puesto en peligro al capitán colocándolo entre Hugh y «su próxima libra»?

Sintió un escalofrío en la espina dorsal solo de pensarlo.

—¡Señorita! ¡Señorita Mariah!

Se volvió. Allí estaba Lizzy, que llegaba corriendo por el camino de la casa del guarda, todavía con el camisón y un chal encima, haciendo gestos de urgencia con la mano.

—¡Venga, deprisa!

Mariah presintió de inmediato lo que había ocurrido. Olvidó por completo a Hugh y salió a todo correr.

Mientras corría, se le encogió el estómago. Estaba claro que, si la llamaban tan pronto, no sería para darle buenas noticias. Imaginó que George, o cualquier otro chico, habría ido corriendo a la casa para avisarla de la muerte de la señorita Amy. Pero lo que no esperaba era ver al propio capitán Prince.

Y allí estaba, de pie en la sala de estar, con el sombrero en la mano, completamente vestido, pero, como siempre, sin zapatos. Su cara triste y arrugada era más que significativa

—Capitán Prince, siéntese, por favor —dijo Mariah, compadeciéndose mucho de él.

Dixon bajó las escaleras de puntillas, vestida, pero con el pelo sin recoger. Miró a Mariah y al capitán Prince y, en lugar de quejarse por lo temprano de la hora, asintió con cara de pena, comprendiendo la situación.

—Voy a hacer té —dijo suavemente, antes de dirigirse a la cocina.

Lo más probable era que se hubiera acercado al establo para avisar a Martin porque, unos minutos más tarde, tanto él como Dixon entraron con el servicio de té. Mariah los invitó a sentarse con ellos, y les repitió las noticias que el capitán Prince acababa de darle. Amy Merryweather había muerto esa

noche, mientras dormía. En paz y preparada para encontrarse con el Creador.

Al capitán le brillaban los ojos por la humedad de las lágrimas, y al hablar se le notaba el nudo que le oprimía la garganta.

—Era una buena amiga para mí. Mi luz y mi calor en ese deprimente lugar. Se produjo un denso silencio.

Poco después, Lizzy subió a vestirse y Mariah se decidió a hablar.

—Capitán, ¿podría contarnos ahora qué fue lo que ocurrió cuando regresó a Inglaterra?

El hombre asintió con expresión desconsolada.

—Siento no poder ofrecerle hoy ningún tipo de pudín, ni de tarta, capitán —dijo Martin.

Hizo un gesto con la mano para quitarle importancia. Era como si sus ojos miraran hacia dentro, y no hacia fuera.

—El propietario de la casa de huéspedes pensaba que las señoritas Merryweather habían regresado a su villa natal, aunque no se acordaba de cuál era. Yo sí que me acordaba, pues había crecido cerca de allí. Permanecí en Bristol trabajando en lo que pude hasta poder ahorrar dinero suficiente como para costearme un billete de diligencia. Cuando llegué a Whitmore, me dirigí primero a la antigua casa de los Merryweather, pero vivían en ella unos extraños. Me miraron fatal, como si fuera un mendigo, o incluso algo peor. No tuve valor para preguntar por Amy Merryweather, temiendo que ya no estuviera en el pueblo, o que, si lo estaba, no se sintiera feliz de verme. Y puedo asegurarles que, en aquel momento, nadie podría alegrarse de verme, con el aspecto que tenía. Harapiento, con la ropa llena de manchas de sal, solo piel y huesos y moreno como una nuez. Confiaba de verdad en que la señorita Amy se hubiera casado bien en mi larga ausencia, con un hombre decente, a pesar de que sabía que eso era bastante complicado.

»Decidí volver a casa primero, dando por hecho que mi hermano la conservaría, viviría en ella y me acogería. Yo lo recordaba perfectamente, aunque dudaba de que él, a su vez, me reconociera. Esperaba bañarme, afeitarme y conseguir ropa decente antes de empezar a buscar a fondo a la señorita Amy.

»¡Menuda situación! Al principio, Frederick no quiso creerme. Me dijo

que su hermano había muerto hacía mucho tiempo, y que yo era un impostor. Más tarde supe que tanto él como su esposa habían oído habladurías inconcretas acerca de que yo todavía estaba vivo: me habían visto en la isla y a bordo del barco mercante, y los rumores habían corrido de barco a barco entre los marineros, y de ellos a sus familias, llegando finalmente a casi todas partes.

—Es cierto. Yo mismo escuché los rumores, y la verdad es que quería creerlos —asintió Martin.

El capitán hundió la cabeza entre los hombros.

—Gracias. No obstante, mi hermano y su esposa no compartían esos sentimientos. No quisieron creerlo cuando empezaron a circular las habladurías, así que no estaban preparados para ofrecerme un sitio en el que quedarme. Además, me declararon loco, para que Frederick no perdiera la hacienda. No se lo echo en cara... Bueno, no del todo, porque no estaba completamente cuerdo, la verdad, y sigo sin estarlo. Dudo que nunca llegue a recuperarme del todo, hasta que no me reúna con Amy en el cielo.

Mariah negó con la cabeza.

—Puede que su hermano tuviera en mente iniciar acciones encaminadas a convertirse legalmente en heredero, pero no creo que al final lo hiciera. Puede que solo le amenazara con hacerlo para que usted no se planteara huir de Honora House. Si usted pensaba que no tenía otro sitio adonde ir... —Mariah dejó que las palabras calaran y después se levantó, alzando también el dedo índice—. Espérenme un momento.

Salió de la habitación y volvió muy deprisa, esta vez con el diario de su tía Fran en la mano.

—Escuchen lo que escribió mi tía.

Se detuvo un momento para inspirar y empezó a leer:

Supongo que Hugh podría iniciar acciones legales, siempre lentas, caras e imprevisibles, para lograr que ese hombre fuera declarado oficialmente incompetente, pero no tengo la más mínima prueba de que Frederick y Honora lo hicieran. Demasiada exposición pública, supongo. Demasiado escándalo. Y demasiado arriesgado. Además, ¿por qué iban a molestarse? Y es que, mientras limpiaba el escritorio de mi marido,

encontré un documento. Un certificado que declaraba muerto a efectos legales a Percival Prin-Hallsey, puesto que había permanecido desaparecido durante más de siete años. Frederick y Honora nunca reconocieron su regreso. En lugar de ello, escondieron esa verdad tan inconveniente para ellos de forma muy «humanitaria», para mantener la hacienda y seguir manejando los hilos.

Mariah volvió a respirar hondo y continuó:

Así que esta es la verdad, pura y dura. Windrush Court no pertenece legalmente a Hugh Prin-Hallsey. Sí, es el heredero de Frederick, pero es que Frederick tampoco fue nunca su verdadero ni legal propietario. Pertenecía por derecho a su hermano mayor, y seguirá perteneciéndole mientras esté vivo. Y es que no ha muerto, ni legal ni realmente. Vive en la casa de caridad que está al lado de la casa del guarda, en secreto y en cautiverio.

Mariah levantó la vista del diario. Martin y Dixon se sentaron, perplejos y con el ceño fruncido.

Al final, fue Martin quien rompió el silencio.

—Pero, entonces, si usted es un Prin-Hallsey, ¿por qué se hace llamar capitán Prince?

El hombre, antes de responder, entrelazó los dedos, largos y nudosos.

—Mis padres querían que me convirtiera en un caballero, ¿saben? Cuando tenía diecisiete años me enviaron a Oxford para recibir la educación correspondiente. Pero esa no era la vida que yo quería para mí mismo. Por eso me fui de casa y me alisté como marinero voluntario. No podía firmar con mi nombre real, por supuesto, pues en ese caso mi padre me habría seguido la pista incluso antes de que el barco se hiciera a la mar.

En este punto, el capitán rio secamente entre dientes.

—Pero, incluso aunque no hubiera querido que me encontrara mi padre, no me habría gustado utilizar mi propio nombre, tan refinado y formal: «Percival Prin-Hallsey». Ese nombre habría sido el hazmerreír de todas las tripulaciones, y todo el mundo en los barcos se habría mofado de mí. Con razón, he de decir.

Martin enarcó las cejas y asintió.

—Tres años más tarde, un capitán me nombró guardiamarina —prosiguió—. Me da la impresión de que sabía quién era de verdad, pero nunca dijo una palabra al respecto. Puede que también tuviera un padre que desaprobaba su vocación marinera, como el mío, aunque no lo sé. Tres o cuatro años después, aprobé los exámenes para ser teniente. Me gustaba todo lo que tenía que ver con lo naval, y creo que yo también le gustaba a la Armada.

Alzó el vaso a modo de brindis, y Martin le respondió levantando su taza de té.

—No tenía la intención de estar toda la vida embarcado y lejos de mi casa, pero tampoco deseaba regresar. Vivía al día, promoción tras promoción, disfrutando de cada minuto.

—Mi tía mencionó que había visto el retrato de un hombre de veintitantos años, y que pensó que podría tratarse de usted —indicó Mariah—. ¿Cómo es eso posible, si se marchó de casa a los diecisiete?

El capitán Prince miró hacia arriba, seguramente escarbando en su memoria.

—Cuando tenía unos veintiocho años supe que mi padre había muerto. Ese viejo capitán del que les he hablado me pasó un recorte de periódico y me concedió un permiso. Pese a que nunca me había llevado bien con mi padre, quería mucho a mi madre y decidí ir a verla, consolarla y asegurarle que me encontraba perfectamente bien. Fue entonces cuando vi en el pueblo a las hermanas Merryweather. Había oído hablar de su padre, un bebedor empedernido según las habladurías. Pero sus hijas se habían convertido en unas preciosas jóvenes mientras yo había estado fuera. En ese momento no sabía su nombre de pila, pero resulta imposible olvidar a dos jóvenes tan espléndidas.

Mariah se mordió el labio. La verdad es que resultaba imposible olvidarlas.

El capitán se detuvo un momento, emocionado, respiró hondo y prosiguió.

—Llegué a Windrush Court y me encontré a mi madre bastante enferma, aunque se alegró muchísimo y se sintió aliviada por verme. Yo también me alegré de haber ido, porque sabía que no viviría mucho más. En ese momento

mi hermano estaba en Londres, y no apareció durante los quince días que pasé en la hacienda. Mi madre le escribió, pero él no quiso perderse ni un solo día de la temporada social. Mientras estaba en casa, mi madre encargó a un pintor que me hiciera un retrato. ¡Ese horrible individuo me obligó a estar sentado en la misma postura durante horas!, y lo tuve que hacer para no disgustarla. Finalmente, se conformó con pintar la cara en detalle, diciendo que terminaría el resto a partir de bocetos y utilizando la memoria. Seguramente, y por lo que me han dicho, no salió nada bien.

—Me pregunto dónde estará —murmuró Mariah, confiando, aunque escasamente, en que Hugh no lo hubiera vendido.

—No tengo la menor idea —dijo Prince, encogiéndose de hombros—. Yo volví a embarcar y a progresar en mi carrera. Finalmente, me encargaron mi primera misión como capitán. Encontré a Amy pocos días antes de hacerme a la mar, con grandes expectativas y esperanzas de futuro...

Los ojos de Percival Prin-Hallsey volvieron a anegarse, y Mariah se acercó y le puso la mano sobre el brazo.

—¿Y qué va a hacer ahora, capitán?

Movió la cabeza de un lado a otro, al parecer desconcertado y sin poder pensar en alternativas.

—Le ayudaremos a conseguir que se le libre para siempre de la casa de caridad —dijo Martin de forma resuelta—. Usted ni está muerto ni es médica ni legalmente incompetente. Windrush Court le pertenece por derecho.

—Al capitán Bryant aún le quedan varias semanas de alquiler —añadió Mariah—, pero no creo que le importe renunciar a ellas. ¡La cantidad de penalidades por las que ha tenido que pasar, capitán! Estoy segura de que le alegrará tanto como a nosotros permitirle volver al lugar que le pertenece por derecho.

—Las penalidades por las que yo he pasado no tienen ni punto de comparación con las que ha sufrido la pobre Amy —dijo el capitán, moviendo la cabeza apesadumbrado—. ¡Ni punto de comparación!

—Pero siempre ha contado con su amor y con su amistad, capitán, no lo olvide —arguyó Mariah acariciándole el brazo—. Y a su querida hermana a su lado.

El viejo se secó los ojos.

—Nunca he podido entender cómo pudo superarlo. —Volvió a negar con la cabeza, esta vez más lentamente—. Cómo pudo mantenerse llena de fe y de alegría pese a todo.

Mariah recordó los nudos de la madeja de lana roja, y el hilo rojo, recto, que se alejaba hasta perderse de vista.

Y lo entendió.

Capítulo 39

«Deja que otras plumas se preocupen
y escriban sobre la culpa y la tristeza».

JANE AUSTEN

Después de que el capitán Prince regresara a la casa de caridad para ofrecer a Agnes Merryweather todo el consuelo y apoyo del que fuera capaz, Mariah se sentó y hojeó las abandonadas páginas de *Lydia Sorrow*. Sentía como si la historia hubiera sido escrita, y vivida, por otra persona. Una persona de la que se acordaba, a la que había conocido bien, pero cuyo dolor, arrepentimiento y deseo de venganza ya no le pertenecieran.

Lizzy llamó a la puerta del dormitorio, que en realidad estaba abierta. Su cara, casi de niña, estaba iluminada por un entusiasmo apenas contenido.

—El señor Hart quiere presentarme a su madre. ¿Puedo ir, señorita? ¿Puedo ir?

El pecho de Mariah se llenó de felicidad. Era como si le llegara por oleadas.

—¡Pues claro que puedes!

—William dice que puedo llevarme a George como carabina. Así, además, la señora Pitt no podría mandarlo a ninguna otra parte mientras estamos fuera. Sabe lo muchísimo que me preocupa. ¿No cree que son buenas noticias?

—¡Son excelentes noticias, Lizzy!

Mariah se ofreció a prestarle una maleta más grande, y además le dejó dos

de sus vestidos para el viaje. La chica estaba encantada, y abrazó a Mariah en señal de afecto y agradecimiento.

—¡Muchas gracias, señorita! No quiero avergonzar a William.

—¡Eso es absolutamente imposible! Te considera maravillosa.

—Sí, es verdad. —Las mejillas se le pusieron coloradas y aparecieron en ellas unos hoyuelos.

«El amor debería ser siempre así», pensó. Dos personas honradas, con sentimientos nobles y directos, que solo quieren amarse y protegerse mutuamente.

Al pensar en Lizzy y el señor Hart, así como en la señorita Amy y el capitán Prince, e incluso en Dixon y sus pretendientes, Mariah se levantó y se colocó junto a la chimenea, en la que ardía un fuego encendido para contrarrestar el húmedo y neblinoso día de septiembre. Una por una, empezó a arrojar al fuego las páginas de *Lydia Sorrow*. Empezaría algo nuevo. Ya no quería vengarse, no lo necesitaba. Solo deseaba el perdón, no el resentimiento, ni la venganza, ni todo lo que eso traía consigo. Y, si Dios lo quería así, también una segunda oportunidad.

«Deja que otras plumas se preocupen y escriban sobre la culpa y la tristeza». Recordó esa frase, que había pronunciado la amiga de una amiga, y fue como si procediera de su propia alma.

Decidió escribir una historia inspiradora, de indulgencia y amor verdadero, y con final feliz.

Bien, al menos podía soñar... ¿O no?



Un rato después, Mariah se acercó al capitán Bryant y a Martin, que estaban sentados en el banco del jardín trasero. Oyó que Martin le estaba contando la historia de los orígenes y la verdadera identidad del capitán Prince.

—¿Se lo puede creer? Ahora ya sabemos por qué las autoridades no pudieron seguir el rastro del capitán hasta ninguna familia de nombre Prince. Así que ya ve, ambos teníamos razón.

El capitán Bryant asintió, pero a Mariah le pareció un tanto aturdido por

las noticias.

—¿Dónde se encuentra ahora? —preguntó.

—Ha dicho que volvía a la casa de caridad, a consolar a la señorita Agnes.

Martin la vio y se levantó de inmediato, y el capitán Bryant hizo lo mismo.

—La señorita Mariah podrá contarle el resto de la historia —dijo Martin un tanto atropelladamente, y entró en la casa enseguida y los dejó solos. La verdad es que no fue nada sutil, pero, aún así, Mariah le agradeció su consideración.

Se acercó a él un poco más y empezó a hablar.

—Recibí y leí su carta; su... cuento, quiero decir.

Él asintió y la miró con gesto precavido.

—Y creo que sería justo decir que, si no quiere continuar en la Armada, podría dedicarse con mucho éxito a... construir barcos, por ejemplo. Pero sería bueno que las cartas a los clientes se las escribiera alguien. —Sonrió maliciosamente, y el gesto reservado de Matthew dio paso a una amplia sonrisa.

—Sí, igual que usted se haría aún más famosa si se convirtiera en cantante de ópera... siempre y cuando alguien actuara por usted —replicó burlón.

Mariah mantuvo la mirada y las sonrisas dieron paso a algo distinto, bastante más serio y profundo.

—Te perdono —susurró—. ¿Me perdonas tú a mí?

Se puso a su lado y la tomó de la mano.

—Eso está hecho.

Se le aceleró el pulso cuando la tocó. Con la mano libre señaló hacia el banco y se sentaron.

—Quería haberte encontrado antes, para contarte lo del capitán Prince —dijo—. Pero con el fallecimiento de la señorita Amy y todo lo demás... —No terminó la frase, pero le hizo una pregunta—. ¿No estás contento ahora de que Hugh no quisiera venderte Windrush Court?

Sentado a su lado, el capitán Bryant miró al cielo y respiró hondo, pero no respondió.

A Mariah empezó a latirle el corazón casi desbocado.

—Porque no quiso, ¿verdad?

—Al principio no.

Al darse cuenta de su sombría expresión, adivinó de inmediato lo que pasaba.

—¡Oh, no...!

—Oh, sí —suspiró él—. Ya le he entregado a Hugh Prin-Hallsey una suma considerable, como gesto de buena voluntad y anticipo por la compra. Y ahora me entero de que él no podía vender ni un ladrillo, ni yo comprárselo.

Mariah negó con la cabeza. La cabeza le daba vueltas.

—¡Entonces tendremos que ir a buscarlo y pedirle que te devuelva tu dinero!

Le dirigió una mirada irónica.

—A ver, Mariah, ¿qué posibilidades crees que hay de que Hugh Prin-Hallsey me devuelva, digamos, siquiera un penique del dinero que le di?

Le miró a los ojos pardos, y vio en ellos un enorme desaliento, por lo que se olvidó de cualquier falsa esperanza.

—¿Se trata de mucho dinero? —preguntó en voz baja.

Asintió sin mirarla.

—Oh, capitán, ¡cuánto lo siento! Has perdido tu fortuna...

Negó con la cabeza, muy despacio. La miró a los ojos y le apretó la mano con ternura.

—Esta es mi fortuna.

Pero la sensación de culpa no le permitió a Mariah entender el significado real de sus palabras.

—Me siento muy responsable. Después de todo, Hugh es una especie de primo.

—¿Por qué quieres ser el sostén del mundo, Mariah? —preguntó, esbozando una mínima sonrisa—. Por mi parte, siento como si por fin hubiera echado el ancla en el lugar que deseaba. —Soltó el aire y se puso derecho—. Todavía me queda algo de dinero, pero pronto tendré buscar trabajo. Otra misión...

—Pero Matthew. ¿Y el derramamiento de sangre, las pesadillas...?

—Sí, claro. Y ahora, con Napoleón en el exilio, por cada barco que

mantiene la Armada hay diez capitanes esperando. No obstante, tengo otras posibilidades. El escuadrón de África Occidental está trabajando para acabar con el tráfico de esclavos en el Atlántico, aunque se trata de una labor bastante desagradecida, según creo. Los barcos del escuadrón son escasos y pequeños, fragatas; el océano es muy grande y sigue habiendo muchísimos esclavistas que no quieren hacer caso de las nuevas leyes y perder su negocio. De todas formas, iría, Mariah, si no fuera por ti.

«¿Si no fuera por mí...?». Mariah notó que apenas podía respirar.

Al notar que ella no decía nada, continuó hablando.

—En esos barcos tan pequeños apenas hay espacio para un camarote de capitán, así que ni hablemos de otro para su... —dudó—. Para una mujer.

Mariah asintió vagamente, pero sus pensamientos eran un torbellino, y la sangre le golpeaba las sienes con tal fuerza que no sabía si se estaba enterando bien de lo que él decía.

—Hace poco he ido a visitar a un viejo amigo —continuó él—, el capitán McCulloch. Está poniendo en marcha la creación de una nueva flota que, de momento, denomina el Servicio de Control Costero. Creo que me ofrecería un puesto. No creo que la paga vaya a ser algo extraordinario, ni que el trabajo implique muchas aventuras.

—¿Eso es tan importante?

La miró de soslayo.

—En las novelas los héroes siempre son capitanes, o caballeros, ¿no?

Intentó sonreír para suavizar la gravedad de la conversación.

—A una mujer que te quiera de verdad no le importará que seas panadero, tendero o capitán. A mí no me importa.

Se quedó quieto, la miró con enorme afecto y le acarició la mejilla, una mejilla que estaba bastante colorada y tibia, cuando se dio cuenta de lo que acababa de decir.

—Mi hermana me dijo algo parecido hace relativamente poco tiempo —susurró Matthew—. Y también predijo que encontraría a una mujer que pensaría y sentiría de la forma que tú lo haces. —Se acercó aún más a ella y le habló muy suavemente—. Esa criatura entrometida ha vuelto a tener razón.

Al notar que inclinaba la cabeza, Mariah supo que la iba a besar.



Desde detrás de ellos, alguien se aclaró la garganta. Matthew cerró los ojos con mucha fuerza, absolutamente exasperado y, con bastante dificultad, se mordió la lengua para no soltar un exabrupto. «¿Y ahora qué pasa?». Se volvió y vio a Martin al otro lado de la valla, haciéndole gestos.

—Capitán, siento muchísimo molestarle. He procurado esperar hasta que terminaran ustedes de, eh..., de hablar. Pero es que es algo muy urgente.

Martin agitó una hoja de papel, como si Matthew supiera perfectamente de qué se trataba. Suspiró, sonrió con gesto de disculpa a Mariah y le apretó la mano para despedirse. Después se levantó y se apresuró a acercarse a la valla.

A través de los barrotes, Martin le habló agitadamente. Nunca lo había visto tan nervioso, a él, que personificaba la calma y el autocontrol.

—¡Lo tenemos! ¡Sabemos adónde enviaron a Maggie! —exclamó, desdoblado una hoja de papel.

—¿Cómo? —preguntó Matthew—. ¿La señora Pitt ha terminado cediendo?

—No, señor. Fue el capitán Prince. Bueno, el capitán Prin-Hallsey, si lo prefiere. Después de la conversación de esta mañana, se metió en la oficina e inspeccionó los documentos. En uno de los ficheros encontró un registro en el que explicaba las razones del traslado o, en mi opinión, más bien daba falsas excusas. El joven George acaba de traerme esta nota. —Introdujo el papel entre los barrotes para dárselo a Matthew—. La han enviado a Westhill House.

—¿A Westhill House? —Matthew leyó la nota para confirmarlo—. Conozco el lugar. Es la casa de trabajo de Highworth.

Se volvió para contarle a Mariah lo que pasaba, pero vio que había entrado en la casa, para que los dos hombres pudieran hablar en privado.

Martin le tocó en el brazo a través de los barrotes.

—No estoy seguro de si debo decírselo a la señorita Mariah ni a la señorita Susan. No quiero que se hagan falsas ilusiones; cabría la posibilidad de que Maggie hubiera entrado como aprendiz en uno de los molinos. —Hizo un gesto de dolor y frustración—. Imaginé que usted sabría qué hacer. Además —añadió algo avergonzado—, usted tiene caballo, y yo no.

Matthew asintió, pensando a toda velocidad.

—Podría ir yo solo, pero dudo de que fueran a liberar a una niña pequeña solo porque yo lo quiera. —Prosiguió Martin—. Tampoco sé cómo reaccionarían si lo pidiese usted, y no se lo tome a mal. En todo caso, tenemos que intentarlo. —Su tono de voz se endureció—. Me estremece pensar en la pobre niña, allí sola, entre extraños. Seguro que piensa que todos nos hemos olvidado de ella.

Matthew le puso la mano en el hombro a Martin.

—Voy a acercarme inmediatamente a ver qué se puede hacer. —Dudó durante un momento—. Puede que tenga razón, y que no debamos decírselo a las damas, al menos por ahora. Seguro que albergarían esperanzas que podrían no cumplirse. Pero es su decisión, haga lo que crea conveniente. —De nuevo dudó—. Martin, le voy a pedir un favor. Dígale a la señorita Aubrey que he tenido que salir... por asuntos de negocios. Pero asegúrese de decirle también que, en cuanto regrese, vamos a terminar la conversación que habíamos iniciado. ¿Me ha entendido?

—Perfectamente, capitán —asintió Martin—. Asuntos de negocios. Y terminarán la conversación... justo después de que regrese.



«¿Qué había pasado? ¿A qué venía tanto secreto?». Mariah estaba pelando manzanas e intentaba concentrarse en el trabajo, pero se dio un pequeño corte en el dedo. «¡Caray!».

Unos minutos después Martin entró en la cocina.

—¡Ah, aquí está, señorita Mariah! El capitán Bryant me ha encargado que le diga algo.

—Ah, ¿sí? —dijo, como sin darle importancia, intentando ocultar sus emociones.

—Ha tenido que salir a toda prisa para solucionar un asunto de negocios, y hablará con usted en cuanto vuelva.

—¿Qué clase de negocios? —preguntó con voz trémula.

—Yo... no se lo podría decir, señorita. Pero el capitán se ha ido a Highworth. Tiene que... bueno, eso es todo lo que puedo decirle, señorita.

«Highworth». Allí era donde los Forsythe tenían su hacienda campestre. Donde vivía la señorita Forsythe, aunque Isabella pasaba gran parte de su tiempo en Londres, en casa de su tía. Mariah se preguntó si Matthew habría recibido un mensaje de la señorita Forsythe. Eso explicaría el secretismo. Pero no podía creerse que Matthew hubiera ido a Highworth a hablar con Isabella, ni con su padre. No después de la conversación que acababan de tener. La verdad es que Matthew aún no había pedido su mano, pero sí que le había dado pistas acerca de su futuro juntos. ¿O era ella la que se había imaginado las implicaciones de sus palabras, simplemente por el deseo de que las hubiera? «¿Lo mismo que hice con el señor Crawford?».

Estaba inmersa en un mar de dudas y de temor, pese a que se dijo a sí misma que no estaba pensando más que tonterías.

—Entiendo —dijo, pensando que, en efecto, entendía muy bien lo que estaba ocurriéndole, una vez más.



Una hora más tarde, Mariah salió para tirar al vertedero las mondas de las manzanas. Vio a Susan Dixon y a Albert Phelps de pie, en el sendero de la casa. Con el sombrero en la mano y con la cabeza gacha, el señor Phelps escuchaba lo que le decía Dixon. Al ver que tenía los hombros hundidos y expresión de pesadumbre, Mariah adivinó que ella estaba rechazando su oferta de matrimonio.

«¡Pobre hombre!», pensó Mariah, sintiéndolo mucho por él. Volvió a entrar en la casa y se metió en la sala de estar para no interrumpir ni romper su privacidad.

Cuando, unos minutos más tarde, oyó que se abría la puerta de la cocina, Mariah se acercó para ver cómo se sentía Dixon. Pensaba que su amiga estaría cansada y triste.

—¿Va todo bien? —preguntó Mariah suavemente.

Dixon tenía los ojos húmedos.

—No me ha gustado nada hacerlo. Es más, detestaba la idea —dijo, casi sollozando—. Pero era inevitable.

Mariah asintió.

—¿Qué tal se lo ha tomado?

La mujer reflexionó un momento antes de responder.

—Mejor de lo que yo me temía. No me guarda rencor. Dice que él ya ha experimentado la felicidad que trae consigo un matrimonio, y que quiere que yo también sea feliz.

Mariah había subestimado al jardinero. Era un hombre de una sola pieza. Le apretó la mano a Dixon y salió de la cocina. Esperaba que su amiga no se arrepintiera de su decisión pues, al menos por lo que Mariah sabía, Martin no le había pedido que se casara con él. ¿Vivirían para siempre como dos solteras en la casa del guarda?



Pocos días después, llegó la fecha del cumpleaños de Martin. Los tres estaban sentados a la mesa de la cocina, sobre la que había un paquete envuelto en papel. Mariah y Dixon observaban nerviosas cómo Martin lo desenvolvía con la mano y el garfio. Mariah esperaba que no se ofendiera por el regalo de Dixon.

—No hace falta que lo utilice si no quiere —decía Dixon—. He pensado que igual le gustaría ponérselo para ir a la iglesia, con la ropa de los domingos.

—¿Es un pañuelo de cuello, entonces? —preguntó, al tiempo que desenvolvía el regalo.

Dixon negó con la cabeza. Parecía muy ansiosa.

Al fin abrió la caja y se quedó perplejo al ver el contenido. Mariah también asomó la cabeza para mirar; y es que solo había escuchado a Dixon explicarle de qué se trataba, pero no había visto el objeto que había encargado a una tienda de Londres.

Sobre una caja de tejido descansaba una mano artificial, que terminaba en una pequeña concavidad de cuero y una estructura tubular para acoplarla en el codo.

—No digo que lo necesite —dijo Dixon, haciendo hincapié en el verbo—.

Le digo sinceramente que el garfio no me importa en absoluto, me he acostumbrado a él. Solo he pensado que quizá le gustaría... Pero si no es así, puede dejarla en cualquier sitio. Para colgar el sombrero, por ejemplo.

La mano ortopédica, que tenía los dedos ligeramente curvados hacia dentro, estaba cubierta por un guante de fino cuero negro, y en la caja había otro guante exactamente igual, para que ambas manos tuvieran la misma apariencia. Mostrando curiosidad, Martin extrajo el guante. Tanto la palma como los dedos resultaban muy realistas, aunque su aspecto metálico era evidente.

—¿De dónde ha sacado esto? —preguntó Martin, mirando la mano con expresión inescrutable.

Dixon tragó saliva. Su preocupación por haberlo ofendido era evidente.

—Se lo encargué a un herrero cuyos antepasados trabajan para jinetes armados.

Abrió mucho sus grandes ojos mientras esperaba su reacción. Parecía muy vulnerable.

Finalmente, Martin la tomó de la mano y la miró con aprecio y ternura.

—Gracias, Susan. Es el regalo más atípico que he recibido en mi vida. Y también el más considerado.

Mariah se sintió invadida por un montón de sentimientos al contemplar la dulce escena: estaba conmovida, divertida y triste, todo al mismo tiempo. Le habría gustado mucho que Maggie estuviera allí. Y también Matthew, por supuesto.

Pero el capitán Bryant llevaba ya tres días fuera, sin dar señales de vida. En todo momento se decía a sí misma que no debía preocuparse en absoluto por Isabella Forsythe. «Dios todopoderoso, ayúdame a no tener miedo. Sé que me has perdonado, igual que Matthew. Ayúdame a que me perdone a mí misma. Sé que tiene que haber una explicación lógica para su ausencia. ¡Por favor, haz lo que puedas para mantenerme tranquila hasta que vuelva, porque si no me voy a volver loca!».

El señor Hart, Lizzy y George también se habían marchado, ellos a la costa, para visitar a la madre de Hart. Esperaba que les fuera muy bien.

Y en todo momento rezaba por Maggie, estuviera donde estuviese.

Capítulo 40

«Mi hacienda son mis amigos».

EMILY DICKINSON

Pensaban esperar hasta el regreso del capitán Bryant, imaginando que, con su autoridad moral, podría influir en la señora Pitt más que cualquiera de ellos, cuya insignificancia social no podría hacer cambiar de parecer a la gobernanta. Pero tras una semana de ausencia y sin recibir ninguna noticia escrita de él, decidieron no esperar más para hablar con ella acerca del capitán Prince.

Dada su enemistad con Mariah, Jeremiah Martin se colocó su mano nueva y se dirigió al encuentro de la gobernanta de la casa de caridad. Mariah se dio cuenta de que Dixon lo miraba alejarse con un brillo de posesivo orgullo en sus grandes ojos azules.

Regresó tres cuartos de hora más tarde, solo, con la cara algo colorada tras la caminata, que seguramente había sido bastante rápida, o por la crudeza del encuentro, o por ambas cosas.

—¿Y bien? —preguntó Dixon, mientras Martin se sentaba a la mesa de la cocina junto a las dos ansiosas mujeres.

—Se lo voy a contar todo desde el principio —dijo Martin antes de empezar con un relato muy pormenorizado de lo que había ocurrido. La verdad es que tranquilamente podría haber servido para una nueva obra de teatro breve de la autora Aubrey.

—Pasé a su oficina y le dije, con el tono más solemne de que fui capaz, que era el secretario de la difunta Francesca Prin-Hallsey.

«¿Secretario?», pensó Mariah. Pensó que ayuda de cámara no habría sonado tan oficial.

—Le dije: «Ha llegado a mis oídos que usted está manteniendo aquí a una persona que se llama Percival Prin-Hallsey, aunque se le conoce como capitán Prince, y que es heredero legal y, por tanto, dueño de Windrush Court por derecho de nacimiento. Estoy aquí para exigir su inmediata puesta en libertad».

—¡No es posible que hayas hecho eso...! —jadeó Dixon.

Mariah también estaba impresionada por su valor. Y por su audacia.

Martin asintió.

—Se me quedó mirando sin decir nada, así que proseguí. «Puedo traerle todas las pruebas que necesite sobre la veracidad de lo que estoy diciendo. A usted o al ayudante del alguacil. Incluyendo los registros anuales del dinero que se le paga por retenerlo aquí, en contra de su voluntad».

—«¿En contra de su voluntad?», me dijo ella, en tono imperioso. «El hombre al que usted hace referencia viene y va a su libre albedrío. Si de verdad es quien usted dice que es, ¿por qué hasta este momento no se ha molestado en cruzar la carretera y reclamar lo que es suyo, como usted acaba de decir?».

»La verdad es que era una pregunta lógica, y le expliqué que Frederick Prin-Hallsey le había dicho a su hermano que había sido declarado legalmente incompetente, así que el señor Percival pensaba que no tenía otro lugar al que ir.

»La señora Pitt insistió en que en realidad sí que era legalmente incompetente, pero yo le respondí que pensaba que no. «Puede que a veces esté confundido, y que olvide cosas, pero ni más ni menos que cualquier persona de su edad. Sea como sea y opine usted lo que opine, no hay ningún registro oficial que lo declare otra cosa que fallecido, y eso, señora mía, resulta extraordinariamente fácil de refutar. ¿Prefiere que haga intervenir en el caso al ayudante del alguacil, al condado, a abogados...», continué.

»Me fulminó con la mirada, pero no me contradijo. Se limitó a decir lo

siguiente: «Si se va de aquí, jamás podrá volver si él, o alguna otra persona, cambiara de opinión. ¿Queda claro? Aún en el caso de que usted se dé cuenta de que no es capaz de ser dueño de nada, ni de que necesite un lugar en el que reciba los cuidados adecuados a su condición, no se le permitirá el regreso. Al menos mientras yo gobierne esta institución».

»La verdad es que tuve que pararme a pensar. Porque el capitán ya no es el mismo hombre que era. Pero, finalmente me mantuve en mi postura, pensando que, si necesitara cuidados, o incluso supervisión, podría proporcionársela yo mismo, o cualquier otro cuidador profesional contratado al efecto. Eso le permitiría vivir en su casa familiar, mucho más comfortable que la casa de caridad.

—Muy cierto —dijo Dixon asintiendo.

—La verdad es que no debí decir lo que dije después. Pero al escucharla burlarse con tanta frialdad del noble capitán Prince, con esos asquerosos y delgados labios sonriendo despectivamente, no pude contenerme. Así que se lo solté: «Señora, por otra parte, podría ser que no conservara durante mucho tiempo su puesto de gobernanta aquí, una vez que el consejo de tutores, o los periódicos, conozcan su participación en todo esto».

Mariah resopló.

—¡No es posible que hayas dicho eso...! —jadeó Dixon de nuevo.

—No pareció preocuparle demasiado —respondió él, encogiéndose de hombros—. «Yo no he tenido ninguna participación en todo esto, como usted dice. Todos los acuerdos entre la familia Prin-Hallsey y Honora House se establecieron cuando mi marido estaba vivo y era el responsable de la institución. Yo desconocía los detalles, y simplemente mantuve al caballero en las condiciones que se me indicaron».

—Me pregunto si ha sido inteligente amenazar a esa mujer —dijo Dixon—, teniendo en cuenta su poder. Teniendo en cuenta lo que le hizo a la pequeña Maggie. —Le tembló la barbilla.

Martin se acercó y le tomó la mano. Mariah cayó en la cuenta de que, últimamente, eso pasaba muchas veces, y además ambos utilizaban sus nombres de pila para hablar entre ellos. Se preguntó si, por fin, Martin la había pedido en matrimonio.

Apartó la vista de las manos enlazadas.

—Entonces, ¿ha accedido a liberarlo?

—No se lo pregunté —respondió Martin, como si lo diera por hecho—. Le dije que volveríamos por la mañana para recogerlo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Dixon—. ¿Y si desaparece antes? ¿Si lo manda a otro sitio, como hizo con Maggie?

Era una posibilidad que ninguno de ellos quería contemplar.



A la mañana siguiente, muy temprano, Mariah acompañó a Martin a Honora House para recoger al capitán Prince. Incluso antes de que llegaran a la casa de caridad, lo vieron sentado en el banco de fuera, acompañado de Agnes Merryweather. Mariah sintió un alivio enorme al verlo. Quedaba claro que ya no estaba confinado en su habitación, y que tampoco lo habían enviado a otro lugar. Era un comienzo esperanzador.

Pero cuando empezaron a hablar con él, el hombre no se mostró nada entusiasmado con el hecho de abandonar el lugar. Se retorció las manos, claramente turbado.

—¿De verdad cree, señor Martin, que es una buena idea el que me vaya de aquí? Llevo mucho tiempo. Se puede decir que es todo lo que conozco, el único hogar que recuerdo con claridad, excepto aquellos años en Madagascar.

—Yo le ayudaré, capitán —dijo Martin—. Si usted lo desea, seré su mano derecha, hasta que se acostumbre. No tiene nada que temer, se lo aseguro.

—Pero no tengo la menor idea acerca de cómo gestionar una hacienda.

—Hay un administrador, el señor Hammersmith, que se encarga de eso, señor.

El capitán se rascó la cicatriz de la sien.

—No lo sé...

Agnes, que estaba sentada a su lado, le lanzó su típica mirada severa.

—¡Vamos, Percy! —le regañó—. Fuiste capitán al mando del buque *Largos*, con responsabilidad sobre cientos de hombres. ¿Qué es una casa con un puñado de sirvientes para un hombre de tu categoría?

Finalmente, entre Agnes y Martin fueron capaces de convencer al capitán Prince para que al menos se acercara andando hasta Windrush Court y viera la casa y parte de la hacienda. Aunque todavía no se sentía preparado para dejar para siempre Honora House, sí que accedió a hacer una breve visita, siempre que la señorita Merryweather le acompañara. Agnes dijo que se sentiría muy honrada de acompañar al capitán en su regreso a Windrush Court después de casi veinte años.

Informaron a la gobernanta de que simplemente se iba a dar un paseo, es decir, que no dejaba la casa de caridad de momento, temiendo que la mujer sacara todas las pertenencias de la habitación del capitán antes de que volvieran. La señora Pitt estaba que echaba humo, pero no dijo una palabra cuando se marcharon.

Agnes salió de Honora House con un vestido de luto, sombrero y guantes. Y aunque todavía eran mediados de septiembre, se puso alrededor del cuello una bufanda de color rojo brillante, la que Amy había hecho para ella hacía mucho tiempo. Al verla, a Mariah se le encogió el corazón.

El capitán le ofreció el brazo, pero Agnes dudó.

—No soy una inválida, capitán, pero se lo agradezco de todas maneras — dijo con cierta brusquedad.

Se alejaron de la casa de caridad y cruzaron la carretera. El capitán Prince volvió la vista hacia la verja mientras se dirigían a la puerta principal de la casa del guarda.

—¿Por qué no podemos entrar por la verja, señorita Aubrey, en lugar de dar un rodeo y pasar por su casa?

—La verja lleva muchos años cerrada, capitán —contestó.

—¡Ah, claro! —dijo él, alzando el mentón—. Deje que lo adivine: desde que el antiguo guarda me vio sobre el tejado de la casa de caridad. Probablemente se lo dijo a mi hermano.

—¿La cerraron por eso, incluida la casa?

—Dudo que se tratara de una coincidencia, ¿no le parece?

—¡Desde luego que sí! —asintió Martin.

Tras pasar junto a la casa del guarda, siguieron por el sendero que, trazando una amplia curva, cruzaba el bosque y se dirigía a la mansión

principal. Mariah se dio cuenta de que Agnes no era tan frágil como lo había sido su hermana, y mantenía el paso del capitán con aparente facilidad.

—Aquí está, Agnes —dijo el capitán Prince, señalando la imponente casa—. ¿Qué te parece?

—Ya la había visto antes, hace mucho tiempo. Pero es mucho más grande que como la recordaba.

—¿De verdad te lo parece? Pues yo la encuentro más pequeña. —Mariah notó que le guiñaba el ojo, y Agnes apretó los labios.

Mariah se temió que Agnes se ofendiera, pero cuando llegaron a las escaleras que conducían a la entrada principal de Windrush Court, el capitán Prince volvió a ofrecerle el brazo, y esta vez Agnes lo aceptó sin ningún comentario.

Dixon, Mariah y Martin los siguieron hasta el pórtico. Pero en el momento en el que iban a traspasar el umbral, se oyó en la distancia el ruido de cascos. Mariah se volvió y vio un par de jinetes a caballo que entraban al trote por la verja principal, seguidos por un carruaje. Se puso rígida. El capitán Bryant había regresado por fin. ¿Quién volvía con él? No podía ser Isabelle Forsythe... ¿Habrían accedido a venir sus padres finalmente? ¿O traía otro grupo de invitados?

Pero conforme se acercaban las figuras, Mariah sintió una opresión en el pecho y se quedó con la boca abierta.

—¿Estás bien, Mariah? —le preguntó Dixon, que se había colocado a su lado, poniéndole una mano sobre el hombro.

Mariah levantó la mano y señaló hacia los que llegaban. Dixon miró hacia allí y jadeó, cubriéndose la boca con la mano. Después se acercó rápidamente adonde estaba Martin, y le agarró el brazo bueno.

—¿Qué ocurre? —preguntó, con un gesto de preocupación cálido y tierno al ver la cara de asombro de Susan Dixon.

Ella señaló hacia los recién llegados.

Pero Martin no se limitó a taparse la boca. Lo que hizo fue levantar los brazos, los dos, en señal de triunfo.

—¡Es Maggie! ¡La ha encontrado! —exclamó, y bajó corriendo las escaleras.

Y es que allí, avanzando por el camino, estaba el capitán Bryant, montando a *Storm*, y tras él la pequeña Maggie, cabalgando estilo amazona en un alazán que le recordó mucho a Mariah a su propia yegua, la que se había quedado en casa de sus padres.

—¡Maggie! —Dixon bajó las escaleras tan deprisa que hasta adelantó a Martin. Al verla, la pequeña resplandeció de alegría y se bajó del caballo de un salto, para lanzarse a los brazos de Dixon.

Martin se unió a ellas, agachándose para acariciar el hombro de la niña. Maggie se inclinó sobre él y le rodeó el cuello con un brazo, aunque sin soltar a Dixon, de modo que los tres quedaron entrelazados en una maraña de amor.

Mariah tenía los ojos arrasados en lágrimas. «¡Gracias!», dijo para sí.

Una vez que se separaron, Maggie agarró la nueva mano de Martin y la miró con curiosidad, hasta que finalmente sonrió encantada.

—Le pedí la mano a la señorita Dixon y, en vez de concedérmela, me regaló esta —bromeó Martin.

—¡Vamos, no digas bobadas! —protestó la mujer, negando con la cabeza. Los ojos le brillaban, anegados en lágrimas.

Mariah podía sentir casi físicamente la mirada del capitán Bryant posada sobre ella, pero no volvió los ojos hacia él, pues sus dudas y sus inseguridades la atenazaban. Tenía miedo de lo que pudiera descubrir en sus queridos y profundos ojos pardos. ¿Se mostrarían fríos y distantes, en lugar de cálidos e íntimos, como la última vez? ¡Había experimentado una decepción tan enorme que no sabía qué esperar! Pero se recordó a sí misma que el capitán Bryant no tenía nada que ver con James Crawford.

El carruaje se detuvo, y Lizzy, George y el señor Hart les saludaron con la mano desde la ventana. ¡Qué sorpresa que regresaran al mismo tiempo que el capitán Bryant!

Tras bajar, Mariah se acercó a Lizzy y le preguntó que qué tal había ido el viaje. Al ver que la joven se ruborizaba y no podía disimular el gesto de felicidad, dedujo que la visita a la señora Hart había ido muy bien. El señor Hart lo confirmó inmediatamente.

—Mi madre la adora.

—Y yo a ella —dijo Lizzy, resplandeciente—. Es que es adorable.

El capitán Bryant se acercó a ellos, pero Mariah se excusó para darle la bienvenida a Maggie. Le apretó la mano a la niña y le sonrió. Seguía teniendo la misma cara de querubín que antes, y rogó a Dios que esas semanas de soledad y privaciones no le hubieran dejado huella.

Detrás de Maggie, la yegua que había montado inclinó la cabeza para mordisquear la hierba. Mariah la miró asombrada. El color castaño rojizo, el flexible cuello coronado por una melena más clara, la cola, las orejas, hasta los cascos... No es que fuera parecida a su yegua. ¡Es que era su yegua! La propia y queridísima *Lady*. «¿Cómo es posible?». *Lady*, liberada de su pequeña amazona, trotó para buscar una zona donde la hierba fuera más alta, o simplemente para hacerlo en libertad.

Mariah la siguió, llamándola con voz suave y estirando la mano para que se la oliera.

La yegua echó las orejas hacia atrás, mostrando recelo y precaución. ¿Acaso se había olvidado ya de ella, después de un año separadas? Pero enseguida torció el ágil cuello y fijó en ella sus ojos, de largas pestañas. Bufó un poco mientras Mariah se acercaba, hablándole con mucha suavidad y dulzura.

—¡Hola, querida! No sabes cuánto te he echado de menos. ¿No quieres venir conmigo?

Lady relinchó y movió la cabeza. Dio unos pasos hacia Mariah, que sintió una enorme satisfacción. Cuando le lamió la palma de la mano con la áspera lengua, Mariah sonrió. Con la otra mano empezó a acariciarle el sedoso cuello rojizo.

Matthew apareció al otro lado de la yegua, con los ojos brillantes muy atentos a sus reacciones.

Mariah se alegró de que, al menos de momento, *Lady* se interpusiera entre ellos.

—¿Cómo has logrado encontrarla?

—¿A Maggie o a tu yegua? —preguntó, sonriendo levemente.

—A las dos. Siento una curiosidad tremenda.

—Martin descubrió que habían enviado a Maggie a la casa de trabajo de Highworth.

—¿Y cómo se enteró él?

Bryant acarició la frente de la yegua.

—Según creo, el capitán Prince miró los archivos de la señora Pitt, sin su permiso, claro, para ver si encontraba papeles que aclararan su propia situación. Y, al hacerlo, vio la orden de traslado de Maggie. Preferimos no decirnos nada ni a ti ni a la señora Dixon, por si no lográbamos encontrarla o traerla de vuelta.

Sentía tanto alivio por el regreso de la niña que ni se le ocurrió protestar por la ocultación.

—¿Y te la dieron sin más?

—No, de entrada no. Pero el marido de mi hermana es clérigo coadjutor en Highworth, ¿sabes?, y tiene amistad con algunos de los miembros del consejo director de la institución. Así que podía intentar conseguir el que liberaran a Maggie, y con muchas posibilidades de éxito. No obstante, me advirtió de que podría llevar un tiempo. Así que, mientras tanto, fui a visitar a mis padres y escribí a Hart, pensando que, si la señorita Barnes se unía a nosotros, Maggie se sentiría más a gusto.

Así que el hecho de que regresaran juntos no había sido una casualidad.

—Muy inteligente. Pero ¿qué pensaron tus padres de todas estas idas y venidas?

—Es un tanto irónico —dijo pensativamente—. Nada de lo que he hecho o conseguido en toda mi carrera militar había impresionado a mi padre. Pero, por alguna razón, esta cruzada para encontrar y devolver con sus seres queridos a una niñita sí que lo ha hecho. Hasta me dijo que estaba orgulloso de mí —dijo con voz espesa.

Mariah se llevó la mano al pecho, y él deseó que la hubiera apoyado en su brazo.

—¡Oh, Matthew! ¡Es maravilloso!

Le mantuvo la mirada y rodeó a la yegua para colocarse cerca de ella.

—Me sentí muy feliz por poder ayudar a Maggie, y naturalmente, por la alegría que iba a suponer para la señorita Dixon y para Martin. Pero tengo que confesar que, sobre todo, lo hice por ti.

Mariah soltó un suspiro.

—Mientras esperaba a que Hart y la señorita Barnes llegaran para unirse a mí, viajé hasta Milton para ver si podía comprar tu yegua.

—¿Y mi padre te la vendió?

—Me la dio. Para ti.

La invadió un sentimiento de alegría e incredulidad.

—¿No me lo puedo creer! ¿Mi padre estuvo de acuerdo?

—Sí. Dio su permiso.

«Permiso...». La palabra le recordó el constante interés del capitán Bryant.

—¿Fuiste a... visitar a los Forsythe mientras estuviste en Highworth?

Inclinó la cabeza y la miró con precaución.

—No. ¿Por qué iba a hacerlo? —Hizo un gesto de contrariedad—. ¿No te dio Martin mi mensaje?

—Sí, pero solo que habías ido a resolver algún tipo de asunto, o negocio, en Highworth, que es donde está la hacienda de los Forsythe.

—¿Mariah! ¿No creerás que...?

—Intenté no creerlo. Y lo conseguí. Al menos, la mayor parte del tiempo... Le tomó la mano entre las dos suyas.

—Solo fui a Highworth para buscar a Maggie e intentar traerla de vuelta. El único padre de una dama con el que he consultado ha sido con el tuyo. Es a él al único al que he pedido permiso. —Le alzó la mano y se la besó cálidamente—. Y no solo para devolverte a *Lady*.

¡Hasta podía escuchar los latidos de su corazón!

—¡Barco a la vista, capitán Bryant! —saludó el capitán Prince, de una manera muy efusiva desde el pórtico.

Mariah se sintió incómoda al darse cuenta de que habían ido a visitar la casa por la que el capitán Bryant todavía estaba pagando un alquiler, y sin su permiso. Así le explicó la situación rápidamente.

—El capitán Prince quería visitar la casa después haber pasado tanto tiempo lejos de ella, pero si no te parece bien...

—¡Por supuesto! Ningún problema —dijo Matthew.

—¿No te importa?

—En absoluto.

El capitán Prince bajó los escalones casi de dos en dos, y ambos hombres se estrecharon la mano.

—Capitán Bryant, no se preocupe. El señor Martin me ha explicado lo de su alquiler. Por supuesto que lo respetaré. La casa es suya hasta... ¿cuándo? ¿Finales de septiembre?

Mariah y Matthew intercambiaron una mirada significativa. Tendrían que contarle al capitán lo que había hecho el estafador de su sobrino. Pero no hoy. Inmediatamente después, Hart y Lizzy se acercaron a felicitar al capitán y a la señorita Merryweather.

—¿Por qué no recorremos la casa todos juntos? —sugirió Percival Prin-Hallsey.

Todo el mundo estuvo de acuerdo.

Entraron en el enorme vestíbulo, en el que la pequeña Maggie y George miraron asombrados el techo, lleno de adornos y pinturas, y las relucientes lámparas. En el inicio de la enorme escalera, Agnes Merryweather miró hacia arriba y se quedó con la boca abierta, permaneciendo donde estaba sin atreverse a subir. Los demás siguieron su mirada.

La propia Mariah también se asombró. Allí, en el primer rellano, donde antes colgaban dos retratos de los Prin-Hallsey, ahora había tres: los de Frederick y Hugh, como antes, pero también el de Percival.

Miró a Martin, que le guiñó el ojo.

Agnes se agarró al pasamanos y empezó a subir las escaleras en silencio. Se detuvo en el rellano y miró el retrato del capitán Prince cuando era joven.

—Amy siempre me hablaba de lo atractivo que eras —dijo—. Tenía razón.

El capitán subió y se colocó a su lado, mientras que todos los demás se quedaron donde estaban.

—Siento muchísimo que no haya vivido lo suficiente como para poder disfrutar de este día. Tendríamos que haber podido compartir el acontecimiento, y también esta casa, los tres.

Agnes apartó la vista del retrato.

—No te ofendas, capitán, pero creo que ella vive ahora en una casa mucho mejor que esta.

—Creo que tienes toda la razón. —Le sonrió, y la bufanda roja captó su

atención—. Me gusta esa bufanda. ¿No es muy parecida a las que hacía la señorita Amy?

Las miradas de Mariah y Agnes se encontraron.

—Sí. Muy parecida.

El capitán le ofreció el brazo a Agnes una vez más y subieron el resto de las escaleras. Con Lizzy, el señor Hart, Martin, Dixon y George, y Maggie correteando entre ellos, recorrieron el lugar en el que había crecido Percival «Prince» Prin-Hallsey, y que también sería su futuro hogar en un plazo muy breve.

Mariah y Matthew se quedaron a la cola del grupo. Caminaban el uno junto al otro, ambos con las manos a la espalda, escuchando las exclamaciones del capitán Prince mientras volvía a entrar en sus habitaciones favoritas y recordaba anécdotas que le habían ocurrido.

Mariah inclinó la cabeza para hablar en voz baja con el capitán Bryant.

—Ha sido muy amable de tu parte, pero no puedo aceptar a *Lady*. No tengo dinero para alimentarla y cuidarla.

—Todavía me queda dinero como para afrontar ese gasto —dijo, mirándola de soslayo.

—Pero yo no puedo permitir que lo hagas.

—¿No podrías considerarlo como un regalo de boda?

Se detuvo y se lo quedó mirando. Se había quedado sin palabras.

Matthew echó una mirada a los otros, la tomó del brazo y la arrastró a un salón vacío.

—Te quiero, Mariah —susurró—. Estoy seguro de que lo sabes.

Sintió en su pecho un gran destello de esperanza, pero permaneció en silencio. Esperó mientras Matthew pensaba detenidamente antes de continuar hablando. Fuera sonó un trueno, y las gotas de lluvia empezaron a hacer ruido contra los cristales de las ventanas.

—Mi persecución, por llamarlo así, a la señorita Forsythe cegó durante un tiempo los sentimientos que empecé a albergar hacia ti, y que no paraban de crecer. Fue el canalla de mi corazón el que decidió que tú eras la mujer a la que quería, pese a los esfuerzos de mi cabeza por seguir el plan que había trazado.

La miró a la cara, pero finalmente fijó sus cálidos ojos pardos en los labios de ella. Su tono de voz se pareció mucho al que Mariah había utilizado para dirigirse a *Lady*.

—¡Cuánto te he echado de menos, querida mía! ¿Podrás perdonarme alguna vez el que haya sido tan estúpido?

El nudo en la garganta no le permitía hablar, así que se limitó a asentir.

La mirada de Matthew perdió todo rastro de sombras, y en las comisuras de los ojos se dibujaron unas arrugas.

—«Vine aquí a conseguir una mujer, y lo que he hecho ha sido perder la cabeza por otra» —dijo, citando la obra de teatro de Simon Wells— ¿Quieres...? —Se detuvo dando un bufido y haciendo un gesto de desagrado —. No, aquí no. Ven conmigo.

La tomó de la mano y tiró de ella hacia la puerta. Se asomó y vio que el grupo entraba en otra habitación. Después la agarró del brazo.

—¡Matthew! ¿Qué estás haciendo? —protestó Mariah. Pero lo cierto era que le daba igual. Lo seguiría a cualquier parte.

Bajaron juntos las escaleras, atravesaron el vestíbulo y salieron por la puerta principal. Sin importarles la lluvia que caía en ese momento, bastante intensa, corrieron por el sendero. Mariah reía, yendo lo más deprisa que podía para ir a la par que él, cuyas zancadas eran bastante más largas. Ya había adivinado sus intenciones.

No se detuvo hasta llegar a la casa del guarda, y abrió la puerta de un empujón. Allí se detuvo por fin. Agarrados del brazo, permanecieron de pie, respirando entrecortadamente, con el pecho subiendo y bajando, y procurando recuperar el aliento.

—Te quiero, Mariah Aubrey —dijo Matthew entre jadeos. Le tomó la cara entre las manos, mirándola con una expresión exaltada y posesiva que la emocionó. Su aliento le alcanzó el labio superior, y en ese momento la besó con enorme suavidad.

—Quería pedírtelo aquí, en el lugar en el que nos conocimos. ¿Quieres casarte conmigo? ¿Y acompañarme, allá donde vaya?

Inclinó la cara y le apretó los labios con los suyos, besándolo con firmeza, profunda y apasionadamente. Le dolía el corazón de puro placer. Las rodillas

amenazaban con no sujetarla. Se separó de ella, pero solo la distancia y el tiempo justo para volverla a agarrar, esta vez por la cintura y con las dos manos, y apretarla muy fuerte contra el pecho.

—Dime que sí. Dime que lo harás.

Durante unos momentos Mariah recordó sus fallos, y se sintió indigna de tanto amor. Pero entonces pensó una vez más en la querida Amy Merryweather, que había caído por completo, pero que fue redimida a un alto precio por su capitán. Él se lo había dado todo, lo mismo que el Señor: la había perdonado y la había amado. Y el Señor también la había perdonado a ella y, a cambio, esperaba su amor.

Volvieron a llenársele los ojos de lágrimas. A Mariah le temblaron los labios, pero logró sonreír, llena de felicidad, y logró hablar de manera entrecortada, casi sin aliento.

—Sí. Lo haré.

Epílogo

El capitán Matthew Bryant y la señorita Mariah Aubrey se casaron una fresca mañana de finales de octubre, en la iglesia de Whitmore.

Después de la ceremonia, regresaron a Windrush Court en un carruaje abierto y adornado con cintas, mientras que los invitados les seguían a pie. Todos se dirigían a la hacienda para el desayuno de celebración.

Cuando el carruaje llegó a la verja de la casa del guarda, Matthew se bajó y la abrió. El capitán Prince, en su primer acto oficial como dueño de Windrush Court, había retirado el enorme candado que la mantenía cerrada. Tras abrir, Matthew volvió a subirse y puso de nuevo en marcha al caballo, de modo que Mariah y él atravesaron la verja. Allí, muy cerca de donde se habían conocido, el capitán y la señora Bryant se dieron un largo beso mientras esperaban a sus invitados.

Minutos más tarde llegaron los primeros. Encabezaban la comitiva algunos residentes de la casa de caridad, los que mejor se sabían el camino, dirigidos por George y Sam. A Mariah se le llenaron los ojos de lágrimas al contemplar la alegre procesión. Y es que todos los residentes de la casa llevaban una bufanda roja, de modo que sus trajes y vestidos, sobrios y adecuados para una ceremonia religiosa, habían adquirido un toque de alegría con las prendas que les cubrían la garganta, y que año tras año había hecho para ellos con sus propias manos Amy Merryweather que, de esa forma, estaba muy presente en la celebración.

Matthew la miró, y a Mariah se le empañó la visión con lágrimas de pura felicidad. Consiguió librarse de ellas pestañeando, pues no quería perderse ninguna cara, ni ninguna escena.

Tras el grupo de alegres residentes venían dos parejas, agarradas del

brazo: Lizzy y el señor Hart, y Agnes Merryweather y el capitán Prince. Tras ellos, John y Helen Bryant, seguidos del señor y a señora Strong, el señor Phelps y el vicario. Y, finalmente, Martin, Dixon, Maggie y el hermano de Mariah, Henry. Fue una delicia contemplar tantas caras, y tan queridas, cuando cruzaban la verja. La hermana de Matthew y su marido no acudieron, pues esperaban el nacimiento de su hijo de un momento a otro. A Mariah le habría gustado mucho que hubieran estado también su hermana y sus padres, pero no dejó que su ausencia la entristeciera.

Se sentaron bajo los grandes arcos, con las hojas enrojecidas por el otoño: rieron, contaron historias y compartieron recuerdos agridulces de las personas amadas que no estaban con ellos.

Tras la magnífica comida, que hasta a Martin le pareció espléndida, acudieron a tocar algunos músicos locales, y al cabo de un rato se les unieron el propio Martin y la pequeña Maggie, él tocando su flauta de tres agujeros y Maggie cantando con su magnífica y cristalina voz.

En ese momento, un grupo de tres personas a las que Mariah no esperaba cruzaron la verja, y su corazón se aceleró. Se trataba de su madre, su padre y su hermana Julia. Junto a ella estaba Matthew, que le agarró la mano temblorosa, se la apretó para tranquilizarla y le dirigió una sonrisa de ánimo. Su hermana llegó corriendo.

—¡Mariah! ¡Siento que no hayamos llegado a la ceremonia! ¡Se rompió una rueda del carruaje, y tardaron una eternidad en repararla!

Mariah le apretó la mano.

—No pasa nada. ¡No sabes lo que me alegro de verte, de veros a los tres!

—¡Yo también voy a casarme pronto! —exclamó Julia con los ojos brillantes de alegría—. Padre lo ha aprobado. ¿No es una buena noticia?

—Sí, magnífica.

Julia la abrazó y aprovechó para susurrarle unas palabras al oído.

—Madre y yo hemos leído tus dos novelas. Estamos muy orgullosas de ti.

Cuando Julia la soltó por fin, su madre dio un paso adelante. Sus ojos, color avellana como los de ella, brillaban de alegría y estaban húmedos.

—¡Qué preciosa estás, querida mía! —Se inclinó para besarla en la mejilla—. Me alegro muchísimo por ti.

Con cierto temor, Mariah se dirigió después a su padre, pero él estaba mirando a Matthew. Tragó saliva.

—Padre, creo que ya conoce al capitán Matthew Bryant, mi marido.

Sir Thomas asintió.

—Sí. Vino a verme hace poco, para pedir mi consentimiento para casarse contigo y... también para dejarme clara su opinión respecto a algún que otro asunto que nos concernía a ambos... o más bien a los tres.

—Muchas gracias por venir, señor. —Matthew le ofreció la mano y, al cabo de un instante, *sir* Thomas Aubrey se la estrechó.

Después se volvió hacia su hija mayor.

—Mariah, no solo lamento haberme perdido la ceremonia de tu boda, sino también el último año de tu vida. Te he tratado de manera injusta y espero que me perdones.

La voz de Agnes Merryweather resonó en su mente: «La vida no es justa, señorita Aubrey ¿Quién ha dicho que lo sea?». Eso le aportó el valor suficiente como para contestar de la manera que lo hizo:

—Por supuesto que sí.

Su padre le dio unos torpes golpecitos en el hombro, y Mariah no fue capaz de recordar que nunca le hubiera dirigido un gesto más afectuoso que aquel. No fue capaz de decir ni una palabra más, pues se le había formado un enorme nudo en la garganta.



No fue la única boda que tuvo lugar ese otoño.

Lizzy Barnes y William Hart se casaron muy poco después de que lo hicieran Mariah y Matthew. Quizá un poco antes de lo que hubieran querido, pero es que su nombramiento dependía de que estuvieran casados. El consejo de tutores de la casa de caridad los había nombrado respectivamente patrón y gobernanta de Honora House. La señora Pitt había dejado el cargo, ya fuera para evitar cualquier tipo de problema o recriminación en el asunto «Prince Prin-Hallsey» o para aceptar la propuesta de matrimonio del ayudante del alguacil. O quizá por ambas razones, ¿quién podía saberlo?

El capitán P. Prin-Hallsey se había asentado en su papel de dueño de Windrush Court. Pidió a la Armada todos los atrasos de sus pagas y, mientras tanto, sin los graves problemas económicos que habían atribulado a su caprichoso y obstinado sobrino, vivía modesta pero confortablemente de los beneficios que daba la hacienda, por fin bien gestionada y no esquilhada por deudas de juego.

Cuando el capitán Prince supo la forma en que su sobrino había estafado a Matthew, insistió en recompensarle. Como primer paso para devolver la deuda contraída por el estafador de su sobrino, vendió la casa de Londres. Después, firmó un documento declarando a Matthew Bryant heredero y futuro dueño de Windrush Court. Tiempo después, les llegaron rumores de que Hugh vivía en Londres, en una pensión de mala muerte de Cheapside.

A juzgar por las muchas visitas del capitán a la casa de caridad, parecía claro que tenía la intención de convencer a Agnes Merryweather de que se casara con él, para que pasara los años que le quedaran de vida con la comodidad que merecía, acompañada por una persona que la apreciaba muchísimo. Hasta ese momento, Agnes había rechazado su proposición, aunque sí que aceptaba las invitaciones a cenar del capitán, y compartían tardes de conversación y juegos de cartas. Mariah nunca había visto a la mujer con un aspecto tan feliz, y esperaba que al final el capitán lograra convencerla.

La última boda de ese año, que se celebró en Navidad, fue la de Susan Dixon y Jeremiah Martin. Maggie y Mariah ayudaron a la novia, la más hermosa y más apreciada que había visto en toda su vida. Martin también estaba elegantísimo. Llevaba un traje nuevo, y además traslucía una renovada confianza en sí mismo, la que le daba la boda y también el haber vuelto a escribir, gracias a la insistencia del señor Crosby y, por supuesto, de Dixon. Muy pronto el *Golden Prince* surcaría de nuevo los mares.

Después de esta última boda, el capitán y la señora Bryant se marcharon de Windrush Court. Según se alejaban, Mariah miró hacia atrás y vio a la pequeña Maggie Martin de pie, frente a la casa del guarda, moviendo su manita enérgica y sentidamente, a modo de despedida. Pese a que era invierno, llevaba un bonito vestido primaveral, que había estado en el ático durante mucho tiempo. Martin y Dixon habían solicitado criar a la niña como si fuera

suya, y tanto Maggie como los patronos aceptaron de todo corazón. Mariah estaba encantada de que, durante muchos años por venir, hubiera una niña en la casa del guarda.

Matthew y Mariah se iban de viaje de novios a Italia, con algo de retraso, claro, pero no les importaba. Tampoco sabían qué aventuras les esperaban. En cualquier caso, ella podía escribir en cualquier lugar, fuera el que fuese. Esto solo era el principio.

Nota de la autora

os seguidores de Jane Austen seguro que reconocen su influencia sobre esta novela. Por ejemplo, uno de mis héroes favoritos de la autora, el capitán Wentworth, protagonista de *Persuasión*, ha servido de modelo general para mi capitán Bryant, aunque también debe algo al teniente Horatio Hornblower, de Forester. También he tenido muy en cuenta al personaje de Austen, Maria Bertram, que «destruyó su propia reputación» y fue enviada, con una única acompañante, «al extranjero, a un emplazamiento adecuado para ella, privado y remoto».

Es evidente que en *Mansfield Park* la vacía y adúltera Maria Bertram no provoca la más mínima simpatía ni admiración, y que la mayoría de los lectores creen que recibió exactamente lo que se merecía. Pero ¿y si Maria, pronunciado y escrito Mariah en tiempos de Jane Austen, hubiera sido un personaje que nos cayera bien? ¿Nos habría gustado que fuera condenada a un solitario exilio? Soy una persona que ha cometido bastantes errores en su vida, por lo que agradezco el perdón y las segundas oportunidades. Y me ha gustado mucho proporcionarle las suyas a Mariah Aubrey.

Mariah es una autora secreta, igual que lo fue Jane Austen durante su vida. En los siglos dieciocho y diecinueve muchos autores, tanto mujeres como hombres, publicaron de forma anónima o bajo seudónimo. Jane Austen firmó sus libros como «una dama», o «la autora de» una de sus novelas precedentes. En algunos casos, la identidad de algunos autores sigue siendo desconocida.

En los capítulos ocho y doce, he tomado prestadas dos breves frases de una de esas novelas, titulada *Corinna de Inglaterra, una heroína en la sombra: una historia de amor moderna*, firmadas por el autor (¿o autora?) de *El invierno en Bath*. Se publicó anónimamente en 1809 en dos volúmenes, por

una editorial ubicada en Londres de nombre Crosby y Compañía. Aún se debate quién está detrás de la autoría (Fuente: Biblioteca Chawton House). Salvo, por supuesto, las fábulas de Esopo, todas las demás citas son de creación propia.

Así mismo, en el capítulo veintiuno he hecho referencias a algunas críticas reales a las novelas de Jane Austen, que se escribieron al poco de su publicación. Me sentía obligada a indicar a los autores de todas partes que hasta la señorita Austen recibía ocasionalmente malas críticas. Tal vez eso contribuya a que se sientan mejor. A mí me ocurre.

He disfrutado mucho investigando las vidas de autoras pioneras, como Maria Edgeworth, Charlotte Lennox, Fanny Bourne y, por supuesto, Jane Austen. Si desean saber más acerca de ellas, existe mucha documentación disponible. Y también lo he pasado bien aprendiendo un poco acerca de las técnicas y pasos editoriales de principios del siglo diecinueve. En realidad, la composición, la impresión y la encuadernación de los volúmenes eran procesos muy lentos antes de la irrupción de los ordenadores y las técnicas modernas de impresión. Pero, en beneficio del desarrollo de la historia, he comprimido dichos tiempos.

Por lo que se refiere a aspectos relacionados con la navegación marítima, debo mencionar dos cosas. En primer lugar, la guerra no había acabado del todo, como creen mis personajes. Napoleón escapó de su primer exilio a principios de 1815, y la guerra se reanudó. Después de la derrota en Waterloo, Napoleón volvió a ser exiliado, y la guerra sí que terminó por fin, oficialmente y, de hecho, a finales de ese mismo año. En segundo lugar, el capitán Joseph McCulloch no propuso crear un Servicio de Vigilancia Costera hasta el año 1815, es decir, el siguiente al que termina esta historia. El servicio empezó a funcionar un año después de su propuesta. Espero que los entusiastas de la Historia como disciplina me perdonen la libertad que me he tomado al incluir la referencia en la novela cambiando las fechas.

La casa del guarda que aparece en la cubierta es la que tenía en mente al escribir la novela. Su localización real se encuentra en Deene Park, en el condado de Northampton. En su momento formó parte de la residencia campestre de lord Cardigan, «el conde homicida» que dirigió la Carga de la

Brigada Ligera. Mis más sinceras gracias a la diseñadora Jennifer Parker por otra preciosa portada, una más.

Como siempre, quiero dar las gracias y reconocer la ayuda y el apoyo de toda mi familia, de los miembros de mi comunidad religiosa, de mis amigos, de los técnicos que han intervenido en la edición, de mi primera lectora, Cari Weber, y de mi editora, Karen Schurrer. Muchas gracias también a Jeff Beech-Garwood, Matthew Camp, Bill Kelley y a la autora Laurie Alice Eakes, por su ayuda con los detalles históricos (¡y con los relacionados con el cricket, como no!). También a Cheri Hanson por su ayuda con el idioma malgache. Finalmente, mis más efusivas gracias a mis lectores, que siempre me envían correos electrónicos muy estimulantes. Os lo agradezco a todos.

Preguntas para reuniones de lectura

1. ¿Sabía que el nombre de Jane Austen no aparecía en sus novelas cuando estas se publicaron durante su vida? ¿Le ha sorprendido saber que escribir novelas era considerado, al menos por algunas personas, impropio e inadecuado para una dama? ¿Cree que estas actitudes, u otras parecidas, perduran hoy en día? Si es así, ¿de qué manera?
2. La situación de Mariah, expulsada de su casa por su conducta inapropiada y obligada a vivir en aislamiento, se inspira un poco en el destino de uno de los personajes de la novela *Mansfield Park*, de Jane Austen (aunque Maria Bertram, en dicha novela, era una mujer casada que tuvo una aventura extramatrimonial). ¿Cree que el padre de Mariah la trató de una manera injusta? ¿De qué forma han cambiado las actitudes y las concepciones de la virtud y el vicio desde principios del siglo diecinueve hasta nuestros días?
3. ¿Ha aprendido cosas nuevas al leer las citas iniciales de cada capítulo? ¿Qué cita es la que más le ha gustado? ¿Por qué?
4. ¿Se imaginaba la historia que había detrás del capitán Prince antes de que se describa en la novela, del modo que se hace o de otro similar? ¿Y acerca del «tesoro» del ático de la casa del guarda? ¿Se creyó alguna de las pistas falsas introducidas, y llegaron a hacerle pensar que de verdad había un tesoro, es decir, monedas de oro y joyas, escondido en la casa?
5. El capitán Bryant se pasó muchos años intentando ganarse la aprobación de

su padre. ¿Se ve usted reflejado? ¿De qué manera? ¿Por qué son tan importantes las relaciones paternofiliales?

6. ¿Le ha ido tomando aprecio a algún personaje que al principio no le gustara? ¿Cuál es su personaje favorito? ¿Por qué?
7. ¿Qué le parece la metáfora de la madeja de hilo rojo de Amy Merryweather en relación con los acontecimientos de la vida? (Como recordatorio, ella dice algo parecido a esto: «No permitas que los nudos te hagan olvidar la vida que tienes por delante»). ¿Ha tenido que superar «nudos» en su propia vida?
8. Mariah no le echa la culpa a Dios de sus problemas, pero ya no se siente merecedora de su amor. ¿Usted, o alguien que usted conozca, tiene dificultades para dar o recibir el perdón? ¿Cómo afecta esa actitud a las relaciones y a la autoestima?
9. Vuelva a leer las primeras palabras del libro, y también las últimas. ¿Por qué cree que las ha escogido la autora?
10. Si pudiera hacerle a la autora una pregunta, ¿cuál sería? (Nota: Si lo desea, envíe un correo electrónico con dicha pregunta, en inglés, a julie@julieklassen.com. Ella hará lo posible por contestarla).